El último hereje

Jesús Ávila Granados

EpubLibre

El catarismo constituye uno de los grandes enigmas de la historia medieval. Con la muerte en la hoguera, en el otoño de 1321, de Guilhelm Bélibaste, último perfecto del catarismo occitano, desapareció la esencia de una forma de vida que, durante más de dos siglos, enriqueció el mundo occidental; detrás quedaba una cruzada, la única lanzada por la Iglesia contra un territorio de cristianos, y un balance superior al millón de muertos. Sin embargo, esa filosofía, que ahonda sus raíces en la lejana Persia de Zaratustra, sigue viva en nuestros días, como podemos ver al visitar la estela de Montségur, donde fueron quemadas 225 personas.

Pero antes de morir, Bélibaste nos lega el relato de su apasionante vida, en permanente huida y llena de revelaciones. Las llamas no destruirán, sino que confirmarán una profecía que hizo temblar los cimientos de la Iglesia, y cuya sombra planeará sobre los siglos venideros. Cátaros y templarios se cruzan en esta trepidante obra, una novela histórica que narra, en primera persona, la vida de Bélibaste; el último perfecto, después de superar las pruebas de iniciación —explicadas y analizadas con todo lujo de detalle—, tras evadirse de las mazmorras de Carcasona, se ve obligado a huir a través de rutas secretas, en busca de su libertad, al acecho de traidores, conspiradores e inquisidores, recibiendo el apoyo de sorprendentes aliados. “El último hereje”, no deja indiferente al lector, porque es una aventura que sobrecoge por el realismo y la magia que le envuelve de principio a fin.

Jesús Ávila Granados

El último hereje

ePub r1.1
Titivillus 02.07.17

Título original: *El último hereje*
Jesús Ávila Granados, Octubre 2012
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Loli, mi esposa; a mis hijos David y Alejandro, y a mis nietos Ricard, Cristina y Sofía

Hay cuatro grandes diablos que rigen el mundo: el papa, diablo mayor; yo lo llamo Satán. El rey de Francia es el segundo diablo; el obispo de Pamiers, el tercero, y el señor inquisidor de Carcasona es el cuarto diablo.

GUILHELM
BELIBASTE
.
(Último perfecto del catarismo occitano).

* * *

Los deseos del muerto se van con él.

Proverbio turco.

Prólogo

De nuestra sangre se aprestan a beber los hijos de Cahors, principio que nos abocará sin remedio a un fin infame.

(Canto veintisiete del «Paraíso» de la Divina Comedia, donde su autor, *Dante Alighieri*, pone en boca de san Pedro este severo juicio contra Juan XXII, el pontífice galo que autorizó la ejecución del cátaro *Guilhelm Bélibaste*).

Más de un siglo después del inicio de la cruzada contra el Languedoc, dirigida militarmente por *Simón de Montfort* con el apoyo logístico del rey de Francia, Felipe II "*Augusto*" y guiada en lo espiritual por
Arnaud-Amaury
, el que fue seguidor de las consignas del pontífice Inocencio III, ya nada quedaba del esplendor del antiguo condado de Toulouse.

Habían transcurrido setenta y siete años desde la caída de Montségur, sesenta y seis desde la de Quéribus, el último baluarte de los *bons hommes* del Languedoc, y apenas siete desde la muerte en la hoguera del último gran maestre templario,
Jacques Bernard de Molay
, frente a la mismísima catedral de *Notre-Dame* de París. Las antiguas sedes de los obispados cátaros eran tan sólo un recuerdo. En su lugar, la Iglesia romana ejercía el poder con mano férrea, mientras sus ministros, sólidamente establecidos y con el apoyo logístico del Santo Oficio, seguían nadando en la abundancia, y sus miembros no predicaban precisamente con el ejemplo. Las masacres de la cruzada primero (de 1209 a 1255) y el terror oficialmente impuesto por la

Inquisición después llenaron de cadáveres esa tierra a lo largo de todo el siglo XIII, con un recuento final que superó el millón de muertos. En aquella sangrienta guerra, pocas ciudades, pueblos, aldeas o ciudadelas occitanas fueron respetados por los ejércitos invasores del norte, y cuando fracaso el lenguaje de las armas, empezaron a funcionar los macabros mecanismos de la terrorífica Inquisición, que no sólo destruía la resistencia física de las gentes, sino que también aniquilaba su capacidad de pensamiento. A comienzos del siglo XIV, poco quedaba ya de aquel fascinante país que, en muchos sentidos, fue el más avanzado del Viejo Continente.

Sin embargo, a pesar de los horrores vividos y de las innumerables matanzas, una gran parte del pueblo occitano seguían siendo fieles creyentes, en silencio, y en el más profundo secretísimo. Conservaban el mismo respeto por las tradiciones y las formas de vida de sus antepasados —para ellos, ejemplos de libertades—, aun a sabiendas del peligro de ser descubiertos. Pero se acercaba el final de ese sueño; un sueño que durante varios siglos la sociedad occitana podría haber hecho realidad. Así hubiese sido, probablemente, de no haberse producido la guerra, esa que se convirtió en la única cruzada alentada por el Vaticano contra un territorio de la vieja Europa. Las cárceles de los castillos, especialmente las escalofriantes mazmorras del Muro, en Carcasona, estaban repletas de personas acusadas y condenadas por presunta herejía, la mayor parte de las cuales, después de sufrir los más espantosos tormentos, verían allí el fin de sus días, privados de luz, aire, comida y agua.

I.
SONIDOS ESCALOFRIANTES

Era la hora prima del día 24 de marzo de 1321, domingo y festividad de santa Catalina, la Virgen y mártir de Alejandría, cuyos lugares de adoración coinciden con enclaves de cultos precristianos relacionados con Lusina, la Madre Tierra y la Luna, reflectora de la luz procedente del Padre Sol. Su figura equivale a la Cibeles frigia y a la Isis del Antiguo Egipto, que los cultos religiosos grecorromanos supieron muy bien elevar a la categoría de portadora de los saberes cabalísticos y de las enseñanzas más trascendentales, esas capaces de hacernos comprender los conocimientos divinos de lo inaprensible. Sus atributos son la rueda, el libro o la espada; además, el nombre de Catalina deriva del griego *katharos*, que significa «puro», y son innumerables los lugares vinculados con el culto a esta santa que se hallan repartidos por todo el mundo occidental.

Aunque había comenzado la primavera y el disco solar, amarillo y rosa, ya asomaba por el horizonte montañoso, ni los pájaros se atrevían a trinar; el único sonido que rompía aquel silencio sepulcral procedía del patio de armas del castillo, donde los soldados indicaban a los porteadores el lugar donde debían colocarse los haces de leña, recién cortada en los cercanos bosques, y se oían los sonidos metálicos de las botas y los cascos de las herraduras de los caballos que golpeaban sobre las losas del suelo y retumbaban en el silencio espectral del lugar. Los ecos de aquella algarabía, sin embargo, no alcanzaban las profundas mazmorras de los sótanos. En ellas, sin letrina, privado de luz y apenas aire para respirar, estaba encerrado un preso especial para la Iglesia, que, a sus poco

más de cuarenta años, era consciente de su inminente final. Las campanas de la iglesia, cuyo sonido anunciaba a diario la hora de la misa, parecían ahora repiques mortuorios.

Aquella fría mañana, el aire del Pirineo se dejaba sentir en los cuerpos, y el pueblo de *Villerouge-Termenès*, a unas veinticinco millas de distancia de Carcasona, seguía inmerso en un miedo que se cortaba en el aire. Los pocos postigos de madera aún sueltos no cesaban de golpear las ventanas a causa del viento, y los pueblerinos ni siquiera se atrevían a abrirlas para asegurarlos. Dentro de las viviendas, y con la plomiza luz de las lámparas de aceite, las gentes aguardaban expectantes el desgarrador espectáculo que el arzobispo les había prometido. Estaban obligados a ir a misa, pero nadie osaba asomarse y, menos aún, salir a la calle.

Todas las casas de madera, ladrillo y piedra del pueblo, incluso los soportales, gravitaban en torno a la fortaleza. Era una construcción medieval característica de planta cuadrangular, alzada sobre robustos cimientos romanos y sólidos torreones circulares que arrancaban de la roca viva y protegían sus ángulos; en las entrañas, las tenebrosas mazmorras, concebidas para ocasionar el mayor sufrimiento —físico y mental— a los presos allí confinados.

Aquella noche, el ilustre preso no había conseguido dormir un segundo. El dolor de las heridas causadas por los golpes, que seguían abiertas y sangrantes, y los castigos recibidos días antes en las terroríficas galerías de la prisión de Carcasona le habían impedido pegar ojo; además, el frío y la terrible humedad de aquella celda infecta le calaban los huesos. Pero lo más angustioso era, sin duda, la sensación de verle el rostro a la muerte. Hacía ya rato que los roedores habían vaciado el plato que contenía la escasa cena que le habían servido y, sin embargo, aquel recipiente metálico y maloliente no cesaba de moverse de un extremo a otro de la celda, golpeado por los rabos de las enormes ratas que dominaban la estancia y que compartían la comida y el espacio con el reo. La visión era sobrecogedora: el fardo de paja que hacía las veces de colchón, fuente inagotable de toda clase de insectos, era también la madriguera de aquellos gigantescos roedores. Al carecer de letrina y cloaca, un olor nauseabundo e irrespirable impregnaba la mazmorra, y se mezclaba con el hedor procedente de los cadáveres acumulados. Algunos de ellos permanecían en un rincón de la fría

estancia, pues tampoco se retiraban los esqueletos de los desdichados muertos que habían visto en esos cubículos el final de sus días. Para los soldados franceses, y también para los inquisidores, los reos que allí morían no eran merecedores de recibir cristiana sepultura, y menos todavía los herejes. El preso vivo estaba obligado a convivir y compartir la estancia con aquellos escalofriantes amasijos de huesos y detritus humanos, cuyo accidental contacto, en medio de la más absoluta oscuridad, helaba la sangre del recluso y lo hacía imaginar su fatal destino.

Mientras tanto, en el exterior, los soldados proseguían con los trabajos de la formación de la pira, amontonando sin parar haces de leña, de madera de olivo, roble y almendro, que llegaba en carros de anchas ruedas de madera tirados por fuertes percherones.

Bernard de Farges, el arzobispo de Narbona, se había engalanado con sus más elegantes ropas de terciopelo, y en su pecho, entre sedas y armiño, reposaba el crucifijo. Era el más alto dignatario de la Iglesia en aquella región y, al mismo tiempo, el señor más poderoso, por encima incluso de los poderes terrenales. Esperaba con ansia un desayuno sabroso y abundante, y mientras se frotaba las manos frente a la cálida chimenea, se dirigió a Raymond, su ayudante de cámara:

—¿Cómo te encuentras de tus dolores de espalda?

—Bien, monseñor. Aunque los fríos vientos de estas últimas jornadas me perjudican terriblemente —respondió Raymond—. Y vos, ¿cómo os encontráis de vuestra terrible gota? —preguntó a su vez, solícito, el ayudante de cámara.

El arzobispo recordó entonces los quebraderos de cabeza que sus pies le ocasionaban y, frunciendo el entrecejo, le recordó:

—Desearía que, al acabar el desayuno, me instalases ese sillón frente a la ventana que mejor domine el patio de armas, ya que no quiero perderme la ejecución.

Abajo, en el centro del patio, se iba alzando el poste, clavado en los haces de leña, mientras la pira se disponía según las órdenes de los verdugos, bajo la atenta mirada del inquisidor general.

En aquel momento, el condenado, descalzo y apenas cubierto con una sucia túnica apretada a la cintura con un cordón de cáñamo —único testimonio de su condición de perfecto—, comenzó a repasar su vida. Antes de que su cuerpo fuese consumido por las

llamas sería reclamado por el verdugo para comparecer ante el Altísimo. El escalofrío de horror que lo sacudió al pensar en el terrible final hizo que sus dientes castañetearan sin control.

En el tiempo y en el espacio.

Me llamo Guilhelm Bélibaste. Nací en 1280 en una aldea de la región del *Razès* llamada *Cubières*, conocida por sus feraces huertas y sus pastos siempre verdes, regados por el río Cinoble. Mis padres, *Raymond* y *Lauri*, al igual que mis abuelos, fueron devotos creyentes, herederos de una cultura y una tradición ejemplares, y preocupados siempre de que a mi no me faltara una educación basada en el amor y el respeto a los demás. Hubieron de mantener siempre en secreto sus creencias cátaras, por temor a las continuas persecuciones sufridas en la región, ordenadas y llevadas a cabo por las autoridades de la iglesia oficial.

Al recordar esos episodios de dolor y persecución, no puedo reprimir el llanto, que anega mi rostro. Las lágrimas me mantienen sumido en la oscuridad y el silencio más profundos.

Quizá debería haberles hecho caso. Buena parte de mis errores, así como el inevitable final que me aguarda, son sólo fruto de mi soberbia, y de no haber sabido comprender, cuando fui niño, toda la riqueza, la sabiduría y el deseo constante de aprendizaje que encerraban sus nobles consejos. Y es que mi familia, a pesar de su condición humilde y rural, siempre mostraba un formidable interés por el saber. Sin embargo, no puede ya cambiarse nada de lo sucedido en mi vida; una vida cargada de sobresaltos, en la que he sido injustamente acosado y perseguido constantemente por la justicia eclesiástica.

Recuerdo cuando mis padres me hablaban con la mayor admiración de los Hermanos *Pierre* y *Guilhelm Authié*, quienes, a pesar del riesgo de ser descubiertos, seguían impartiendo los preceptos del catarismo en la clandestinidad, ya fuese en Cubières, o en las demás aldeas y pueblos del *Razès*. Afortunadamente para los predicadores, la gran mayoría de la población era también adepta al catarismo. Prueba de ello era que siguiesen reuniéndose en las *maisons* para seguir los seminarios y enseñanzas de los Hermanos o Hermanas. Yo, en cambio, ignoraba tales ritos, y llevaba una vida

más libertina.

Me desentendí, pues, de todos aquellos consejos. Hice caso omiso de la prudencia que vi en ellos, y dediqué mi juventud a la satisfacción de los placeres, al disfrute egoísta. Convertí en divisa el clásico «*carpe diem*», pensando que la vida había que vivirla con intensidad, sin preocuparme en absoluto por los ideales y los valores filosóficos, sociales o religiosos, porque creía erróneamente que eran cuestiones secundarias. Sólo Dios sabe cuánto me he arrepentido de ello desde entonces.

Opté por la ganadería como medio de subsistencia. Cierto es que conocía muy bien las montañas, los prados, los mejores pastos para las ovejas y las cabras en la trashumancia, y en esa actividad me gané la vida durante parte de mi juventud. Pero reconozco que, de joven, tenía un carácter agresivo, y siempre estaba metido en peleas con otros ganaderos y pastores de la región, lo que me granjeó enemistades y un merecido (ahora lo creo así) desprestigio.

Y un mal día sucedió lo que mi carácter pendenciero anunciaba. En 1305 caí víctima de una trampa. Las relaciones con algunos vecinos habían empeorado, y un pequeño grupo intentó lincharme, encerrándome en una vivienda apartada y vacía. Mis padres se encontraban fuera del pueblo, y no pudieron advertirme de la emboscada. Antes de darme cuenta, me encontraba ante cuatro ganaderos, pero yo era un joven de veinticinco años, fuerte y robusto, y no me acobardé. Luché contra todos ellos, me golpearon y golpeé en todas direcciones. Finalmente, y en mitad de una lucha encarnizada, le clavé a uno de ellos el cuchillo que siempre llevaba conmigo. Mi contrincante se desplomó de inmediato. Los demás salieron huyendo, pero aún tuvieron tiempo para avisar a los soldados de lo que había sucedido. La víctima, según los archivos conservados en la ciudad de Narbona, era un tal *Barthélemy Garnier*, católico convencido que residía temporalmente en *Villerouge-Termenès*; un ganadero que trabajaba a sueldo para el arzobispo conduciendo sus rebaños hasta los pastos de Cubières durante los meses estivales. De esa forma, el único camino posible era la huida, una huida desesperada a través de las montañas, el medio en el que crecí y que mejor conocía.

II.
HUIDA
HACIA LAS MONTAÑAS

Nunca nadie ha llegado a aclarar cuáles fueron las causas de aquella muerte. Lo que sí es seguro es el beneficio que le reportó al arzobispo de Narbona, señor feudal de aquella zona. No perdió la ocasión el arzobispo para condenar el asesinato de uno de sus ganaderos y asegurarse la apropiación legal de todos los bienes de mi familia, que estaba en el punto de mira de la Iglesia desde hacía mucho tiempo por sus prácticas cátaras y, por tanto, heréticas.

En la misma población de Cubières se llevó a cabo un juicio sumarísimo. Como no podía ser de otra forma, fui declarado culpable, incluyendo las demás penas propuestas por el arzobispo. Todos los míos —la familia Bélibaste al completo— fueron obligados a entregar la propiedad de sus tierras, y, pese a la avanzada edad de muchos de ellos, a trabajar en tareas de gran esfuerzo al servicio de otros señores para poder sobrevivir. Me buscaron durante varias jornadas. El «*castellano*» encabezaba un grupo de rastreadores al servicio del *bayle* que seguían el rastro marcado por los perros día y noche; sin embargo, todas las partidas de caza regresaban sin la presa. Conocedor como nadie de las montañas y de sus escondrijos, logré escapar de mis perseguidores alimentándome de bayas y frutos silvestres, y durmiendo en el interior de cuevas. De esa forma, me resguardaba mejor de las alimañas y los animales salvajes, pero hube de andar siempre con la precaución de no hacer fuego para no ser descubierto por mis perseguidores.

En mi agónica carrera por salir de Cubières y de su zona de influencia, busqué las montañas, el mundo en el que yo me movía.

Crucé arroyos y torrentes para despistar a los perros y, a la caída de la noche, agotado y rodeado de la más absoluta oscuridad, decidí echarme bajo un gran árbol para descansar. Fue en ese instante cuando resolví que, a partir de entonces, mi vida estaría dedicada por entero a hacer el bien a los demás, y con ese honroso pensamiento no tardé en quedarme dormido.

Me desveló el trinar de los pájaros y los primeros rayos de sol en los ojos, pero ¡cuál no fue mi sobresalto cuando, al alzar la mirada contemplé una jaula de hierro que se balanceaba a pocas varas de mi cabeza!

Me incorporé de inmediato para ver mejor aquel extraño objeto, convertido en terrible instrumento de tortura, y comprobé con un escalofrío que la jaula estaba ocupada por un condenado.

—¡Agua, agua…! —imploraba con voz entrecortada y grave, apenas audible, el reo allí aprisionado. Impresionaba su extrema delgadez, que resaltaba todos los huesos.

Al oír aquellas palabras de angustia, no tardé en buscar un riachuelo y, con mis propias manos, intenté acercarle un poco de agua con la que humedecer sus resecos, agrietados y despellejados labios.

Bebió y lamió de las palmas de mis manos hasta la última gota. Su mirada era de afecto y agradecimiento. Con un hilo de voz, me dijo:

—¡Acercaos, os lo ruego! Mi final se acerca… pero antes de morir, quiero confesaros un secreto.

Me aproximé lo más que pude a la jaula, mas para elevarme y poder escuchar sus palabras, tuve que colocar un tronco seco y unas piedras.

—Me llamo *Nicolau d'Olmes* —susurró—. Fui señor de un castillo de la zona del Alto Ariège. Pero el conde de *Foix* me desposeyó de mis tierras y demás propiedades al considerarme un *faidit*. Por ese motivo, me delataron y fui hecho prisionero por los exploradores de la Inquisición. Mi pecado fue haber ayudado a escapar a algunas familias cátaras por el Pirineo que huían hacia Catalunya. Después de sufrir terribles castigos en las cárceles de Carcasona, un juicio me condenó a morir en la jaula, y aquí llevo tres semanas, los minutos de mi vida están

contados.

—También yo estoy huyendo de la justicia. Los soldados han puesto precio a mi cabeza por haber matado a un hombre en defensa propia. Mis padres son creyentes devotos y, bien lo sabe Dios, estarán sufriendo mucho por mi causa.

—Veo en vos una alma noble. Por tanto, y antes de cerrar los ojos, deseo confesaros algo —confesó *Nicolau* con voz grave. Hizo una larga y penosa pausa, en medio de toses y estertores, y luego continuó—: A causa de dos poderosos señores, la Iglesia católica y el monarca francés, poca libertad queda ya en el Languedoc. Sin embargo, hay un lugar en los Pirineos, de donde yo procedo, en el que encontraréis cobijo; es la zona más meridional del condado de *Foix*, en cuyas montañas siguen fuertes algunas poblaciones y castillos, y que, a pesar de las circunstancias, se mantienen firmes contra los poderes dominantes. —Sus palabras procedían de una garganta seca y quebrada.

Tras unos momentos de silencio, en los que aproveché para llevarle más agua, el condenado prosiguió su confesión:

—En aquellas montañas del Alto Ariège y, especialmente, en las profundas y ancestrales grutas, es donde hallaréis las claves del conocimiento. Por tanto, no dudéis en ir hasta allí, y apartaos siempre de los núcleos urbanos. Id siempre a través de los valles más abruptos.

Al terminar la frase, los ojos de *Nicolau* se cerraron, mientras su mano izquierda seguía fuertemente asida a mi hombro derecho. «¿Qué debía de querer decirme *Nicolau* con esas extrañas palabras?», pensé.

A pesar de haberlo intentado mientras lo escuchaba, no conseguí abrir la jaula, pero al verlo exhalar el último aliento me decidí a romper la oxidada cerradura de aquella trampa mortal de hierro para sacar de su interior al fallecido. Con la ayuda de una piedra golpeé la jaula hasta lograr que cediera la resistencia de la férrea prisión en la que *Nicolau* estaba confinado. Saqué el cuerpo rígido de aquel desdichado y me lo eché sobre la espalda. Al disponerlo con el mayor cuidado sobre la hojarasca del suelo, me llamó la atención la extraña figura que colgaba de una cadena en su pecho, hecha en bronce y de forma pentagonal; curioso símbolo que acaricié con las yemas de mis dedos y respeté al enterrarlo, colocándolo sobre su

cuerpo enflaquecido para que también lo acompañara en el más allá. No fue tarea fácil. Su piel casi traslúcida estaba, además, llena de heridas sangrantes, producidas, sin duda, por las alimañas de la noche que habían intentado devorarlo, Darle cristiana sepultura me llevó buena parte de la mañana. Pero estaba satisfecho de haber hecho algo por una persona que, desde el comienzo, había despertado en mí simpatía y conmiseración, y cuya imagen no olvidaría el resto de mi vida. Ni a él, ni al extraño mensaje que me dio momentos antes de morir.

Mientras tanto, en Cubières se había colocado un bando en la plaza porticada en el que se anunciaba la búsqueda y captura de Guilhelm Bélibaste, con una sustanciosa recompensa para quien lo entregara, vivo o muerto, a la justicia.

Después de dar reposo eterno al maltrecho cuerpo de *Nicolau*, hice una cruz en el interior de un trenzado redondo de ramas de roble y la clavé en el suelo a la altura de su cabeza.

Al terminar, advertí lo cerca que me hallaba de una encrucijada de caminos, y recordé que tales castigos —entre ellos, la jaula— solían colocarse cerca de las frecuentadas vías de paso para que los caminantes temieran a las autoridades al contemplar a los condenados allí expuestos, y los conminaran a no transgredir las leyes impuestas.

Así que, siguiendo los consejos de *Nicolau*, me aparté todo lo que pude de los senderos que por allí pasaban, y busqué el amparo de los bosques y la seguridad de las montañas. En mi angustiosa huida por conseguir la libertad, y tras un par de semanas de camino por profundos valles y precipicios vertiginosos, llegué a una pequeña aldea del Ariège, colgada en una escarpada garganta sobre el cauce del río. Allí, haciéndome pasar por un peregrino, saludé muy cortésmente a los campesinos que se hallaban conversando ante el brocal del pozo:

—¡Dios os guarde!

—¡Id con Él, señor! —me respondieron de inmediato.

Me hallaba, sin duda, ante hombres de fe, ante personas de fiar, y eso ayudó a tranquilizar mi alterado ánimo. En la parte más alta del pueblo advertí un torreón de planta pentagonal. Después de saludar a los aldeanos, me dirigí a la iglesia, o mejor, a la modesta ermita, dadas sus reducidas dimensiones. Observé entonces,

casualmente, que sobre el arco apuntado de acceso había una extraña cruz grabada en la piedra. Su figura me llamó poderosamente la atención.

Mientras contemplaba aquella modesta ermita, y buscando algo de descanso, decidí apoyarme en el banco corrido del lado de mediodía. En aquel momento se me acercó un campesino del pueblo, un hombre de avanzada edad, de piel muy curtida por el sol y ataviado con chaleco de lana de oveja y pantalón grueso de lino. Con una sonrisa en los labios, exclamó:

—¡No podréis entrar a la ermita, señor!

—¿No? —pregunté—. ¡Pues siento una gran curiosidad por ver su interior; parece muy interesante! Pero ¿por qué está cerrada?

—Esta ermita sólo se abre el día 22 de julio, festividad de Santa Magdalena. En esa fecha, día de romería, llegan peregrinos de todos los pueblos de los alrededores para venerar a esa Virgen, pues, como vos sabréis, guarda relación con los templarios —añadió *Guy*, que así dijo llamarse. Y prosiguió—: Recuerdo que en este sencillo templo, mientras nuestra gente tuvo a los caballeros de la cruz *paté* como protectores, el pueblo disfrutó de sus mejores momentos. Todo el mundo era feliz y sabía bien cuál era su lugar; se respiraba una armonía plena. Los templarios, ataviados con sus túnicas blancas y la cruz grabada en su pecho de color rojo, supieron mantener el orden sin tener que imponer apenas castigos, y judíos, occitanos, cristianos, e incluso algunas familias musulmanas llegadas del reino de Aragón, se respetaban por encima de sus credos religiosos o intereses económicos o sociales. Los más viejos del lugar aseguran que, por debajo de la iglesia discurre un manantial de aguas milagrosas, y que, en sus entrañas, y según la leyenda, fue escondido el Santo Grial, el cáliz que los perfectos cátaros, huidos de *Montségur*, portaban como el mayor tesoro de la historia del cristianismo.

«¿Sería ésa una de las claves del conocimiento de las que me habló *Nicolau* pocos segundos antes de morir?», pensé. De nuevo aparecía la palabra mágica: cátaros. Al oírla, no pude evitar un estremecimiento. Recordé de inmediato a mis padres, y mi ánimo se sobresaltó.

—¿Por qué esta humilde ermita ya no es centro de culto? —pregunté al campesino.

—La Inquisición, después de la caída del castillo de Quéribus, hace medio siglo, no ha dejado de hacer batidas en esta zona en busca de herejes y, sobre todo, de los tesoros evadidos de la fortaleza de *Montségur*. En una de ellas, y aprovechando el abandono de esa plaza por parte de los templarios, no sólo clausuró el lugar como centro de culto herético, sino también cristiano. La iglesia fue cerrada, tapiaron el acceso a la cripta situada bajo el altar y desviaron el curso del manantial. Desde entonces, sólo se permite abrirla el día de la festividad de Santa Magdalena.

—¿Y los templarios? —quise saber.

—Los caballeros garantes del culto a esa Virgen comenzaron a ser perseguidos por orden del pontífice y también del rey de Francia. Hasta esta apartada aldea de
l'Ariège
llegó la férrea mano de tales poderes; Los soldados reales sólo vienen por aquí a buscar herejes y a defender al cobrador de tributos, lo cierto es que no nos dejan muchas opciones para poder sobrevivir.

—Algunas personas de estos contornos se ven obligadas a emigrar a Catalunya y a otros territorios del reino de Aragón, cruzando los Pirineos, no sólo para buscar mejores condiciones de vida, sino también una mayor seguridad para toda su familia. Se producen numerosas persecuciones de creyentes, a causa de los informes facilitados a la Inquisición por miserables canallas que desean hacerse ricos con las tierras y demás bienes arrebatados a esas nobles gentes… —explicó Guy con una tristeza que nublaba sus cansados ojos. Y prosiguió—: Mi familia y yo hemos ayudado a algunos cátaros, ocultándolos en nuestra casa, dándoles, además, comida y un lecho donde descansar, antes de proseguir su camino hacia Catalunya.

Las palabras del aldeano me conmovieron profundamente. Recordé de nuevo a mi familia, pero, aunque los añoraba constantemente, no podía, ni por asomo, acercarme a Cubières.

—Vuestro comportamiento es muy loable —le confesé.

—Ahora me dedico a la búsqueda de oro en el lecho del río —manifestó *Guy*.

—¿Oro? ¿En estas tierras? —repliqué.

—¡Sí, oro! No os extrañéis… —contestó de inmediato el aldeano

—. Estos ríos de montaña siempre han dado oro. Aunque se trata de pequeñas pepitas, más bien polvo, que se encuentran en los fondos arenosos del río que hay junto a *Vicdessos*. Pero hay que cernir gran cantidad de arena en un recipiente de metal cubierto de agua, con mucha paciencia, durante horas y horas… Lo obtenido no es muy valioso, porque además estamos obligados a entregar, como pago de los impuestos, buena parte al *bayle*, pero algo ayuda —confesó *Guy* —. Todas las familias del pueblo disponemos de un trocito de río para buscar el dorado metal y, a pesar de que muchos días volvemos de vacío, son muy pocas las fuentes de subsistencia con las que contamos. ¡Aquellos hombres que veis alejarse hacia el barranco viven de las palomas! —añadió, mientras los señalaba con el dedo.

—¿De las palomas?

—Sí. Me refiero a los *pigeonniers*, que constituyen otra fuente de vida. En esos palomares se instalan unos dos mil animales, de los que se obtienen tres beneficios cuando la población es presa de un prolongado asedio: por una parte, carne, en caso de necesidad; por otra, estiércol, para abonar la tierra de cultivo, y finalmente, las utilizamos para enviar mensajes a larga distancia.

Las explicaciones del aldeano me fueron muy útiles para conocer mejor a aquella gente. Cada vez era más claro mi deseo de retornar a la fe de mis ancestros, y de convertirme, en primer lugar en creyente, y después, en perfecto. Quería darle un cambio radical a mi vida, ascender en el conocimiento de la fe y rescatar aquellos sentimientos que habían estado ocultos, o no había querido ver hasta entonces.

Me despedí de él con un saludo, y le di las gracias por lo que me había contado. Pero antes de partir, y mientras saboreaba el agua fresca de la fuente, Guy aprovechó para decirme:

—Esa agua, señor, es la misma que brota de las entrañas de la iglesia, que se desvió hacia esa zona, donde se alzó la fuente. Es, por tanto, una agua sagrada que, según los templarios, cura a todo aquel que la tome las enfermedades y los males de la piel.

Esa confesión era el revulsivo que necesitaba para decidirme en el paso que iba a dar, el paso que cambiaría el sentido de mi vida. Aproveché para humedecer las zonas de mi cuerpo que seguían moradas como consecuencia de la reyerta de Cubières, y, ante mi

asombro, en breves segundos, la piel dañada fue recuperando su color natural.

Recogí algunas frutas de los árboles silvestres que introduje en el zurrón, y tomé el sendero que descendía, entre grandes roquedales, por la ladera del barranco hacia el profundo lecho del rio junto a *Vicdessos*. Allí avisté a varias familias afanadas en la búsqueda de oro.

Estaba plenamente decidido a ascender por la senda interior del catarismo, la senda espiritual aprendida de mis padres que yo había apartado de mi camino durante todos aquellos años de desconcierto y búsqueda errática. Pero ¿quién sería mi tutor? A la zona del *Razès* no podía acercarme bajo ningún concepto, y menos aún a la población de Cubières. Pero tampoco tenía intención de abandonar mi querida Occitania. Es cierto que hubo momentos en que cruzó por mi mente la idea de huir a Catalunya, atravesando los puertos de montaña de los Pirineos, pero rechacé esos pensamientos de inmediato, por lo que sólo me quedaba el camino de las abruptas montañas para intentar reencontrarme con alguna comunidad cátara, oculta quizá en lugares secretos de la geografía del Languedoc.

Fue entonces cuando recurrí, de nuevo, a mis conocimientos de la naturaleza en general, y de las montañas en particular, para sobrevivir las jornadas que fuesen necesarias, antes de alcanzar el lugar donde pudiese hallar a la persona adecuada para mi iniciación. Pero debía cambiar mi nombre, para no ser descubierto, y pensé en llamarme *Pierre Vidal*.

Durante varios días, y del mismo modo que había hecho tras la huida de Cubières, busqué refugio en las zonas más agrestes del Pirineo del Ariège. Debía escapar, como fuese, de los soldados que me buscaban, de los miembros de la Iglesia que me instigaban, y de la larga sombra de los inquisidores. Evité, por tanto, entrar en la ciudad de Tarascón, a pesar de saber que sus habitantes profesaban un cariño profundo y silente al catarismo. Pero la constante amenaza que suponía la presencia de los soldados, que ya habrían recibido informes de mi evasión, hacía imposible descansar allí.

Después de recorrer senderos ocultos entre la espesa vegetación, siempre con el constante rumor de las aguas de los ríos y los arroyos, y el trinar de las aves como música de fondo, alcancé a ver

los dientes de piedra que culminaban las almenas de una fortaleza. Estaba situada sobre la cresta de una colina, rodeada de barrancos. Era el castillo de *Miglos* o de *Arquizar*, del que ya había oído hablar. A pocos metros de la barbacana, los centinelas de guardia no tardaron en darme el alto.

—¿Quién sois y qué queréis?

—Me llamo *Pierre Vidal*, y estoy perseguido de la justicia por un crimen que cometí en defensa propia.

—¿Y por qué habéis llegado hasta aquí?

—He oído que el señor de esta fortaleza defiende a los occitanos fugitivos que huyen de la Inquisición.

—¡Aguardad aquí!

Minutos después se abrió la puerta de la fortaleza y unos soldados me llevaron al interior. El señor feudal de aquella fortaleza, *Michel d'Alaric*, era cátaro, condición que nunca había ocultado, lo que lo situaba en una difícil posición ante los requerimientos de la Inquisición. Pero era un hombre valiente, virtud heredada de sus antepasados y demostrada, tiempo atrás, en la lucha contra los cruzados, a quienes habían vencido en varias ocasiones. Incluso el temible *Simón de Montfort* fue derrotado sin remisión.

Michel d'Alaric, lejos de enviarme a las mazmorras, me recibió cordialmente y, tan pronto como tuvo conocimiento de mi situación, mandó que me diesen comida y agua, y un lecho donde descansar. Pero yo intuía que ansiaba conocer más detalles de todo lo ocurrido. Conversé con él hasta altas horas de la noche, en su estancia, contándole mi odisea. Desde las ventanas gozaba contemplando la inmensidad del firmamento, salpicado de multitud de estrellas que parecían poder alcanzarse con las manos.

De pronto, a media noche, percibí ruidos extraños procedentes del exterior de las murallas. Quería averiguar qué ocurría, así que salí al pasillo y subí, con la mayor precaución y celeridad, a las almenas. No tardé en descubrir la causa: eran un grupo de cátaros que huían de la Inquisición y pedían refugio en aquella fortaleza afín al catarismo. Los guardias, siguiendo las órdenes del señor, que

también se había levantado de su cámara, abrieron las puertas del castillo a aquellos desdichados que, como yo, eran víctimas de unas leyes injustas, impuestas por la Iglesia oficial. Los refugiados encontraron algo de comida y agua en el patio de armas, donde dispusieron, a modo de albergue, un lugar en el que pasar la noche, arropados con mantas, iluminados con el destello de las estrellas fugaces.

Unas horas después, mientras descansaba en la alcoba, llegó a mis oídos el rumor difuso de una conversación en el pasillo. La curiosidad me empujó a intentar interpretar el sentido de aquellos sonidos casi inaudibles. Abrí la puerta con el mayor sigilo: no había nadie, pero las palabras se oían ahora con más claridad, y constaté que procedían de la cámara del castellano, donde tenía su alcoba *Michel d'Alaric*.

Éste se hallaba reunido con su sargento, *Pierre*, y ambos conversaban de forma animada. Tras asegurarme de que no había nadie cerca, pegué la oreja a la puerta para escuchar mejor la conversación.

—¡Nos encontramos en una delicada situación! —decía *Michel*.

—En efecto, señor —confirmó respetuosamente el comandante militar de la fortaleza.

—Los soldados franceses no cesan de hostigar el territorio y, con el respaldo de la Iglesia, están entrando en las casas de todos los pueblos en busca de *bons hommes* para asesinarlos sin piedad —añadió *Michel*.

—Ante hechos así, debemos obrar con toda precaución. Es peligroso seguir acogiendo a tanta gente. Eso puede acabar comprometiéndonos, como le sucedió a *Nicolau d'Olmes*, el *faidit* condenado a muerte por la Inquisición —apostilló *Pierre*.

Al oír el nombre del malogrado *Nicolau*, mi corazón dio un vuelco. ¡Era cierto! *Nicolau* no me había mentido. Aquel buen hombre había muerto por una causa justa, y yo era poseedor de un compromiso, de un mensaje. «He de recompensarlo», murmuré para mis adentros.

Con los ojos llenos de lágrimas al recordar al pobre *Nicolau*, me retiré en silencio a mi alcoba, a reponer fuerzas para la agotadora jornada que me esperaba al día siguiente. Lo ocurrido en el castillo

de *Miglos* y, especialmente, aquella noche apasionante, marcarían mi espíritu para siempre.

Al asomarme por la ventana para contemplar los primeros rayos de sol, me consternó comprobar que la luz de aquel cielo tenía la misma tonalidad que la de Cubières, mi añorada aldea, a la que, tal vez, ya no volvería a ver más.

A primera hora de la mañana, *Michel d'Alaric* me esperaba en su aposento; un escudero vino a recogerme y me llevó a su estancia, donde el señor estaba acompañado por su jefe de guardia. En aquel preciso instante llamaron a la puerta.

—¡Señor, ha llegado una de nuestras palomas mensajeras con un comunicado! —exclamó el portador de la misiva.

—¡Léemelo! —le ordenó Michel.

—«Un dominico inquisidor de Carcasona acaba de ser asesinado» —leyó el sirviente con voz temblorosa.

Tras un asomo de alegría, los rostros de *Michel* y de su jefe de guardia se tornaron pálidos como la cera. Ambos coincidieron en su juicio:

—La situación se complica por momentos. Ahora, los registros, los arrestos y las condenas serán aún más inmisericordes, y muchas las personas tildadas de herejes y condenadas a muerte.

El señor feudal, pensativo, recorrió la estancia varias veces a grandes zancadas, mientras acariciaba su poblada barba rojiza. Finalmente se detuvo ante la ventana geminada, con la mirada perdida en el perfil afilado de las montañas pirenaicas y después de reflexionar durante largo rato, se dirigió a mí:

—Amigo Guilhelm, debéis partir con la mayor urgencia. En la fortaleza de *Montréal-de-Sos*, que corona la cresta de una montaña, a pocas millas de aquí hacia el sur, os darán asilo. Se trata de una encomienda templaria, cuyos caballeros siempre han apoyado nuestra causa y son, por tanto, gente noble, sabia y de fiar. —El gesto intranquilo de su rostro mostraba la gravedad de la situación.

Después de despedirme cortésmente del señor que tan amablemente me había acogido, el jefe de la guardia ordenó que se me proveyera de pan tierno recién elaborado en la tahona del

castillo, de un puñado de frutos secos y de un pellejo lleno de agua. Tras prevenirme acerca de la conveniencia de tomar las mayores precauciones y aconsejarme que siguiera siempre la ruta del río, partí de inmediato y seguí la ruta que me habían indicado.

Cuando la silueta del castillo se tornaba cada vez más difusa, tomé el sendero que discurría paralelo al profundo cauce del río, donde abundaban las grutas prehistóricas, utilizadas como lugares de cobijo y descanso por numerosos cátaros, además de ser enclaves sagrados. Pasé por aldeas donde encontré el apoyo de sus gentes, pero mantuve siempre una actitud de alerta, porque los sanguinarios esbirros de la Inquisición eran numerosos e invisibles. Al pasar frente a alguna de esas grutas, me estremecí con el recuerdo de lo que *Nicolau*, en su agonía, me había transmitido.

III.
MONTRÉAL-DE-SOS

El camino, en constante subida, iba dejando atrás el rumor producido por el río. Sin darme cuenta, y después de remontar senderos y rocas, había alcanzado las crestas más altas de las montañas. El paisaje que contemplaba era inenarrable, con las hermosas cimas blancas de las montañas frente a mí, su inmensidad majestuosa, y un aire fresco y seco que me azotaba la cara. Pero no me importaba, porque sabía que iba por buen camino. Sobre mi cabeza, el vuelo rasante y sereno de algunas parejas de águilas: presagios de buena suerte, según nuestra tradición.

Después de una larga y penosa ascensión, y cuando me hallaba a una altura considerable, súbitamente surgió ante mi sorprendida mirada, sobre la cresta de una montaña, una singular y magnífica fortaleza. Sus muros grisáceos, que arrancaban de la verticalidad de la roca viva, refulgían por efecto de los primeros rayos del amanecer y la bruma producida por el frescor de la mañana, y brillaban de tal modo que tuve la sensación de estar contemplando algo grandioso suspendido en el aire. ¿Podría tratarse de *Montréal-de-Sos*, la fortaleza de la que me había hablado *Michel d'Alaric*?

Sin titubear, me dirigí hacia la imponente ciudadela aérea.

El *baussant*, estandarte templario de colores negro y blanco, ondeaba sobre el *donjon*. Los soldados que custodiaban las almenas, al ver que me acercaba a ellos, me obligaron a identificarme. Les dije quién era y cuáles eran las circunstancias de mi llegada —huido de la justicia y perseguido por las autoridades eclesiásticas— y les pedí asilo durante unos días.

Al momento, el responsable de la guardia, un soldado que medía cerca de dos metros de altura, con la cabeza rasurada y una poblada barba de pelo castaño, tras ordenar a la guardia que dominaba las almenas que dejaran de apuntar con sus arcos y abrieran la puerta de la ciudadela, me instó a adentrarme en la fortaleza, mientras la profunda mirada de sus ojos afilados me escrutaba de arriba abajo.

Agradecí su hospitalidad desde ese mismo instante; estaba agotado después de recorrer multitud de caminos y senderos, y remontar cimas y altas llanuras. Una vez dentro, oí un sonido que anunciaba cómo se cerraban detrás de mí las bisagras de la puerta.

—Mi nombre es *Yves* —declaró el templario.

Quedé unos instantes sometido a una gran duda: pronunciar mi verdadero nombre, o facilitarle el falso. Hice bien en decidirme por lo primero, y respondí de inmediato:

—Yo soy Guilhelm Bélibaste, provengo de la aldea de Cubières, en el *Razès*, y estoy huyendo de la justicia por un crimen que cometí en defensa propia. Llevo días enteros vagando por la comarca, intentando no ser sorprendido, escondiéndome en las montañas para no caer en las garras de los soldados franceses, ni tampoco en las de los esbirros de la Inquisición, que, como sabréis, están a las órdenes del arzobispo de Narbona.

—Sí, hemos tenido noticias de vuestra posible llegada procedentes del castillo de *Miglos*. Anoche llegó una paloma mensajera que portaba la misiva anunciadora. Pero no temáis, aquí estaréis seguro por el momento —intentó tranquilizarme aquel fornido caballero de blanca túnica y limpia mirada.

—¡Gracias a Dios! —respondí, y suspiré aliviado.

También quedé aliviado en mi interior, por la decisión de darle mi verdadero nombre; de no haberlo hecho, a los ojos del templario habría quedado como un impostor.

—Esta fortaleza, también conocida por el nombre de *Olbier*, toma su nombre de la pequeña población que se encuentra en el fondo del valle, y pertenece al conde de *Foix*. Pero, desde hace años, somos los templarios quienes residimos en ella y, en este tiempo, la hemos ampliado para constituir una encomienda —aseguró *Yves*. Y añadió —: Acompañadme. Quiero mostraros el que será vuestro aposento mientras permanezcáis con nosotros.

Acto seguido, aquel enorme soldado se alejó, caminando a

grandes zancadas. Yo era incapaz de seguirlo, pues mi debilidad y mi cansancio extremos, me impedían andar a su ritmo.

Miraba de reojo a mi alrededor y no dejaba de sorprenderme. Todo el mundo estaba ocupado: el herrero, colocando las herraduras a un caballo; el arquero, preparando sus saetas; el panadero, en su tahona, elaborando los panes. Había también un telar, cuyas máquinas estaban en plena actividad. En la granja, los animales recibían su alimento diario y el agua no faltaba en los abrevaderos. Un grupo de caballeros ejercitaban su puntería en el tiro con arco en un ángulo de la fortaleza; los campesinos preparaban el abono de las tierras de cultivo con los excrementos de las palomas; los cocineros llevaban sus grandes peroles de cobre para lavarlos en las fuentes; los artesanos vidrieros horneaban con el dorso desnudo por el calor del fuego. Y sobre nuestras cabezas, una importante dotación militar garantizaba la seguridad de las almenas por el pasillo de ronda. Nada menos que un complejo perfectamente estructurado, que sólo los templarios eran capaces de diseñar.

—Resulta impresionante y verdaderamente admirable ver que todo el mundo se encuentra ocupado —le comenté, jadeante, al caballero.

—Sí, es lo normal en una encomienda —respondió con la mayor sencillez el templario.

—Y, ¿qué es una encomienda? —quise saber.

—Es una organización en la que tienen cabida los cuatro grupos que forman la sociedad templaria: los caballeros, militares que velan por la seguridad de la comunidad, y que son, al mismo tiempo, los más capacitados para el combate; los sacerdotes que ofician las misas, que son los *freires*; los sirvientes, que se ocupan de que no falten los alimentos: pan, aceite, hortalizas, agua, etc. Y, por último, los caballeros que desarrollan el poder de la mente humana: los magos —explicó *Yves*, sin aminorar el paso.

—¿Los magos? —Mi interés iba en aumento.

—Sí, son los caballeros que han alcanzado un grado supremo de conocimiento en las ciencias del espíritu, y también en muchos otros ámbitos. Se trata de un reducido grupo de personas que estudian siempre en lugares no accesibles al resto —manifestó el templario con rotundidad.

—¿Y no podría yo entrar en esas estancias? —le pregunté a *Yves*,

tratando de disimular mi enorme interés.

—¡No! En ningún caso, salvo que lo permita el maestre. Pero en estos momentos se encuentra fuera. Ha ido a una reunión a la villa de *Domme*, en el *Périgord*, y volverá dentro de unos días —manifestó el caballero de mirada noble y voz solemne. Y añadió—: ¡Ya hemos llegado, espero que os encontréis cómodo! El próximo repique de campanas, a la hora sexta, os anunciará la comida. El refectorio se halla en la planta baja del edificio, junto a las cocinas, en el extremo opuesto del patio. No tendréis dificultad para encontrarlo.

—Muchas gracias, intentaré permanecer el menor tiempo posible en este lugar —respondí.

Cuando me quedé, por fin, solo, ojeé minuciosamente la estancia, limpia y agradable, y descubrí con alegría la luz natural que entraba por un ventanal. La estancia, aunque lejos de ser lujosa, disponía del mobiliario necesario para vivir cómodamente. Mientras reflexionaba acerca de mi situación, oí las campanas y me dispuse a bajar al patio.

Numerosas personas, todas ellas en el más absoluto silencio y procedentes de todas las estancias de aquella encomienda, se dirigían hacia el refectorio. Yo, sin mediar palabra, me confundí con ellas, y siguiendo las indicaciones de *Yves*, accedí al interior del salón, donde algunos caballeros, ataviados con túnica blanca, y algunos otros sirvientes, cubiertos con traje oscuro, iban tomando asiento. A mí se me había reservado un lugar en el extremo de la mesa lateral. Todos los presentes estaban de pie —de gran estatura la mayoría—, con las manos apoyadas en el pecho, a la altura del corazón, donde destacaba la cruz *paté*, grabada en rojo, como distintivo de la orden. Rezaron primero el ángelus, para entonar luego con voz profunda la siguiente oración: «*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*». («No a nosotros, Señor, no a nosotros, sea la gloria en tu nombre»). Este era, según me informaron después, el lema templario.

La comida me sorprendió por la variedad y la calidad de los alimentos: caldo caliente, a base de pasta de harina y huevos, ensalada variada, con aceite de oliva, sal y vinagre, hortalizas, frutos secos y postre hecho con miel, leche y nueces. Todo ello acompañado con agua fresca y vino, este último elaborado en las bodegas de la encomienda y servido con moderación a quien lo deseara Ese día no se incluía la carne en la lista de viandas y, por

tanto, había mayor variedad de platos. Recuerdo con inmensa satisfacción ese momento, porque fue uno de los más gratificantes de mi vida.

Al terminar el almuerzo, todos los caballeros fueron recogiendo sus platos. Mientras tanto, los sirvientes limpiaban escrupulosamente la estancia, iluminada por los ventanales de vidrieras de colores, así como por el rosetón circular del extremo meridional de la sala. El techo, a unas veinte brazas de altura, había sido construido con bóveda de piedra, en arco apuntado de medio punto, y sostenido con nervios que arrancaban de los pilares cilíndricos que nacían en el suelo. Yo no dejaba de mirar a mi alrededor. Me asombraba el equilibrio espacial, no sólo de aquella estancia, sino la armonía, el orden y el respetuoso silencio que se respiraban en aquel lugar.

Allí, en aquel paraíso en la tierra, pasé varias jornadas, curioseando por la encomienda, entrando y saliendo de todas y cada una de las estancias sin que nadie me llamase la atención, lo cual me resultaba sorprendente. Un día, cansado de la lenta rutina diaria, busqué a *Yves* para hablar con él y, al enterarme de que se hallaba en la iglesia, encaminé hacia allí mis pasos.

El sendero, abierto entre las afiladas rocas de pizarra gris de la montaña, terminaba frente a la iglesia. Todo aquel lugar, su enclave y su disposición física, transmitían un aire místico y alejado del mundo. La ermita, de sencillas proporciones, era de una gran belleza. Tenía una planta circular, de unas ocho brazas de diámetro y otras tantas de altura, con escasas aberturas al exterior. Una hilera de pequeñas esculturas decoraba el friso superior de la fachada de aquel singular templo, y una de ellas —me fijé especialmente— tenía la apariencia de un ser monstruoso. No salía de mi asombro: nunca antes en mi vida había visto una iglesia redonda ni con tantos símbolos desconocidos.

Tras abrir la puerta, dirigí la mirada hacia el altar, ubicado en el eje central de la iglesia, e iluminado por un rayo de luz que recogía los mágicos colores de la única vidriera superior. Allí, a los pies del altar, se encontraba *Yves*, rezando a una imagen del arcángel san Miguel que empuñaba una espada en la mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía una balanza. Debajo, un demonio vencido; aunque me percaté que las miradas del santo y de Satanás

se cruzaban, aunque con cierto aire de complicidad.

Me acerqué a él sin hacer el menor ruido, pero *Yves* percibió mi presencia. Después de unos instantes, el caballero se puso de pie y me instó a acompañarlo al exterior. Justo antes de salir, se santiguó en la pila bendita, cuyo fondo tenía la forma de una serpiente enroscada. Ése era otro elemento extraño que no terminaba de comprender.

—¿Qué deseáis? —me preguntó amigablemente *Yves* en el exterior del santuario.

—Perdonad mi atrevimiento, pero estoy deseoso de aprender. Jamás había conocido un lugar tan fascinante como éste, y siento una enorme curiosidad por todo lo que me rodea —reconocí.

—Bien. Me congratulan vuestro interés y vuestra vehemencia, así que intentaré instruiros en la medida en que me sea posible, pero me temo que algunas de las cuestiones que os inquietan no están a mi alcance, sino que forman parte de los conocimientos de los magos —respondió aquel caballero que, por caprichos del azar, posteriormente se convertiría en mi protector ocasional—. Como ya os dije, esta noche regresa de su viaje por tierras del Perigord *frey* Ramon, nuestro querido maestre. Si es posible tendré mucho gusto en presentároslo en cuanto llegue —añadió con voz serena.

—Muchas gracias, *Yves*. Será para mí un gran honor conocerlo y besar su mano —respondí con afecto.

—Mientras tanto, descansad en vuestro aposento, y aprovechad para leer algunos de los numerosos volúmenes del estante; son verdaderamente fascinantes. Veréis incunables procedentes del *scriptorium* de Ripoll, en Catalunya, que llegaron a esta encomienda hace muchos años como regalo de los hermanos caballeros de la ciudad de Girona. Algunos proceden de *Laon*, en la zona de Champagne. También de París, Monzón, Villaicázar de Sirga y Poblet. Y algunos de los que logramos salvar del fuego en el último momento son obras de los maestros clásicos, calificadas como malditas por la Inquisición.

—Así lo haré —asentí—. Me servirá para conocer mejor la cultura de esos lugares, e intentaré averiguar las causas por las que la Iglesia oficial califica de paganas algunas de esas obras.

Ya en mi alcoba, mientras reposaba en los asientos de piedra del ventanal, comprobé que numerosas palomas mensajeras entraban y

salían constantemente de los orificios superiores situados en la torre del *pigeonnier*. Hacía mucho que las campanas habían doblado a vísperas y el sol se había ocultado ya, cuando se oyó un incesante movimiento de personas en el patio. Miré al recinto y comprendí la causa: llegaba un grupo de jinetes. El primero de ellos enarbolaba una gran bandera con la cruz templaria. En medio de aquella ordenada comitiva, divisé la figura de un caballero de porte patriarcal, de poblada barba blanca y cabeza rapada. «Es, sin duda, el maestre *frey* Ramon, que regresa de su viaje», pensé de inmediato.

Pero hubo algo que llamó mi atención: del carro posterior de la comitiva varios criados sacaron un fardo alargado con el máximo cuidado. Por la expresión de las personas que lo trasladaban, debía de ser también muy pesado. Mientras tanto, los caballeros, sudorosos y cansados, ya habían descendido de sus corceles, y unos criados los ayudaban a desprenderse de las cotas de malla, mientras que otros conducían los animales a los establos.

Volví al lecho y cerré los ojos intentando descansar. De pronto, mi cuerpo se sobresaltó: me había quedado dormido con un incunable en las manos, agotado por el cansancio acumulado, la oscuridad de la noche y el silencio reinante. Pero el sueño, dulce y protector, me venció de nuevo. Aquel lugar era un paraíso terrenal concebido a escala humana. Las gentes se veían felices, y andaban siempre ocupadas en tareas útiles para la colectividad; nadie se molestaba o discutía, y reinaba el mayor respeto, especialmente hacia los mayores. ¡Cuánto me hubiese gustado permanecer allí el resto de mi vida! Sin embargo, debía regresar a Cubières para saber de mis progenitores. Mi destino, acorde con los preceptos y los consejos recibidos durante años, estaba más próximo al catarismo, pero la vida templaria aparecía ante mis ojos como un ejemplo de perfección interior y un modelo a seguir. Estaba inmerso en uno de esos sueños que aquietan el alma, y mi mente se recreaba en la paz que transmitía
Montréal-de-Sos
, cuando sonó la puerta. Un golpe seco. Salté de inmediato de la cama y abrí el cerrojo. Era *Yves*, mi buen amigo.

—*Frey* Ramon desea hablar con vos, tened la bondad de acompañarme —dijo sonriendo el caballero.

—Estoy dispuesto —respondí, mientras cerraba la estancia.

—He informado de vuestra llegada al maestre y, tras haber despachado con él algunos asuntos de gran urgencia, ha querido conversar con vos —comentó *Yves*, al tiempo que otro caballero, que había llegado corriendo, le entregaba una misiva.

No tardamos en alcanzar la estancia de *frey* Ramon, a la que entramos después de recibir la autorización pertinente. El maestre se hallaba ocupado leyendo y firmando unos documentos, mientras algunos servidores y dos soldados de su guardia personal esperaban de pie a sus espaldas.

—¡Dentro de un momento estaré con vosotros! —exclamó con voz firme el maestre, sin alzar la mirada.

Mientras aguardábamos, vimos cómo algunos de los allí presentes se intercambiaban numerosos mensajes, algunos de ellos en clave. Del pecho del maestre, ataviado con una túnica blanca, pendía una cruz de plata sujeta por un grueso collar. Era un crucifijo distinto, que recordaba a la cruz griega, pero sin el extremo superior. La estancia estaba decorada con sencillas cortinas de color rojo y tenía la chimenea apagada. De las paredes pendían estantes llenos de manuscritos y rollos; un mueble lleno de lanzas ocupaba la pared derecha, y algunas espadas, escudos y arcos decoraban los muros de piedra. Yo observaba todo aquello admirado, con discreción y sorpresa. En medio de un silencio sepulcral, rolo únicamente por el crujido de la pluma que rasgaba el pergamino, tuve aún tiempo de contemplar a aquel singular personaje.

Era un hombre de mediana edad, robusto, de fuerte complexión y con aparentes dotes de mando, pero noble y respetuoso en sus maneras. Exhibía en el rostro una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha desde la oreja hasta el mentón, seguramente fruto de un encuentro militar. Sus manos eran firmes y fuertes, capaces de manejar sin dificultades una enorme espada. Sus ojos, aunque pequeños, eran penetrantes y de mirada honesta, y transmitían respeto y autoridad. Al concluir sus tareas, levantó la cabeza hacia mí y exclamó, sonriendo:

—¡Bueno, amigo Guilhelm!, me han informado de vuestra llegada a
Montréal-de-Sos
, procedente de *Miglos*, y de los motivos de vuestra precipitada huida de Cubières. Pero no temáis, mientras permanezcáis con

nosotros estaréis seguro. Sabemos que os persiguen por orden del arzobispo de Narbona a lo largo de todo el territorio del *Razès*; incluso aquí ha llegado la noticia de vuestra búsqueda, y de que han puesto precio a vuestra cabeza. Pero nosotros tenemos libertad de acción, puesto que sólo dependemos de dos señores: de nuestro gran maestre, que se encuentra en este instante en Tierra Santa, y del papa de Roma. Sin embargo, la situación es peor cada día que pasa, porque la Inquisición gana influencia y poder decisorio y, como bien sabéis, son numerosas las familias occitanas calificadas de herejes por la Iglesia de Roma que huyen hacia el sur a través de los Pirineos, buscando refugio en Catalunya y en los territorios más alejados del reino de Aragón.

Aunque hablaba con voz segura, noté en él cierta inquietud.

—Os quedo muy agradecido por vuestra acogida y vuestro apoyo —respondí.

En ese instante, un sirviente accedió a la estancia trayendo un nuevo mensaje que *Yves* recogió de inmediato.

—Venerable maestre, acabamos de recibir el presente mensaje desde la hermana encomienda de *Bézu* —dijo el templario.

—¡Entrégamelo! —le ordenó *frey* Ramon.

Un gesto de notable ansiedad invadió el rostro del maestre cuando leyó la misiva.

—Se acaba de producir un grave incidente que quiero que conozcáis —manifestó *frey* Ramon. A continuación dio lectura a aquellas páginas—: «El ilustre estudioso mallorquín *Ramon Llull*, a quien debemos el haber hallado los secretos de la piedra filosofal, ha sido envenenado por sus propios criados durante la travesía que hacía desde su ciudad natal, Palma, hasta Tierra Santa. Pero, afortunadamente, gracias a su fortaleza física y a la posterior intervención de médicos templarios de la isla de Chipre, ha conseguido recuperar parcialmente la salud. Allí, una vez curado, se ha reunido con *Jacques Bernard de Molay*, nuestro amado gran maestre, para planear la fusión de las dos grandes órdenes militares, la nuestra y la de los hermanos hospitalarios».

—No cabe la menor duda de que, tras ese intento de asesinato, está la mano de *Bertrand de Got*, quien tras haberse impuesto el nombre de Clemente V, y coronado como tal en la ciudad de Lyon, ante la presencia de Felipe el Hermoso, ha querido ganarse la

amistad del monarca francés mostrando desprecio hacia los cátaros y los templarios, y no cesando de maniobrar para destruirnos —comentó entre dientes el maestre.

Yves se sobrecogió al oír el contenido de la misiva. La situación, desde luego, era verdaderamente preocupante.

—A primera hora de mañana enterraremos al hermano Mateo, cuyo cuerpo yace en la iglesia —anunció *Yves* a *frey* Ramon.

En ese momento, recordé con tristeza la escena del fardo que varios servidores sacaron del interior del carro.

—Que así sea —confirmó *frey* Ramon, y añadió—: Fuimos víctimas de una emboscada cerca de la bastida de Mirepoix cuando nos dirigíamos al castillo del conde de *Foix*, señor de este territorio. Unos bandidos, apoyados por soldados franceses, nos atacaron, pero logramos rechazarlos gracias a la intervención de un destacamento occitano. *Frey* Mateo fue alcanzado por una pesada piedra que le rompió el casco y le abrió la cabeza.

—En cuanto a vos, Guilhelm, me ha dicho *Yves* que estáis interesado en conocer algunos de nuestros símbolos. Haré lo posible por ayudaros, pero será el hermano *Bernard*, nuestro maestro del conocimiento, quien decida si es prudente. Mañana, después del entierro, que tendrá lugar antes de las vísperas, os pondré en contacto con él —me dijo con voz firme el maestre.

—Debemos retirarnos ya. Mañana será una jornada de mucha actividad —comentó *Yves*, mirándome fijamente a los ojos.

—De acuerdo —respondí, y besé la mano de *frey* Ramon.

Aquella noche, a pesar del cansancio y de todo lo que me esperaba al día siguiente, no logré conciliar el sueño. Habían ocurrido demasiadas cosas nuevas en mi vida, y muchas de ellas golpeaban mi mente en aquel paraíso de las montañas de *l'Ariège*,
cuyos misterios deseaba descubrir, de un modo u otro.

Después de intentar, infructuosamente, descansar algo, me hice con una lámpara de aceite e intenté localizar los incunables prohibidos por la Iglesia, conservados en la estantería. Los encontré al poco, e intenté empezar la relectura de algunos capítulos de Aristóteles traducidos al latín, pero era incapaz de concentrarme, y no pude evitar quedarme profundamente dormido.

Con los primeros rayos del sol y mientras escuchaba el tañer de

las campanas, observé con sorpresa que todo el personal de la encomienda estaba ya en movimiento. Desde mis ventanas podía ver las letrinas, ubicadas en un pequeño edificio de piedra junto a las cuadras; siempre había que aguardar turno a esas tempranas horas. En el cielo, un incesante movimiento de palomas, cuyos aleteos retumbaban dentro de la estancia. Tras refrescarme el rostro y las manos con el agua del recipiente que había en un rincón, a modo de aguamanil de cobre, me dirigí al refectorio, donde me esperaba una sorpresa.

Era la hora normal del desayuno, pero al entrar en la sala ví que no había nadie en su sitio. Las amplias mesas se hallaban vacías, sin alimentos ni siquiera agua. En ese instante apareció de la cocina un sirviente, que estaba barriendo.

—Señor. Hoy no se sirven alimentos ni bebida alguna —aseveró con un tono adusto en la voz.

—¿Por qué? —pregunté, extrañado. Su rostro denotaba incredulidad.

—Señor; hoy es 29 de setiembre, festividad de San Miguel Arcángel, uno de los santos a los que profesamos mayor devoción, así que es día de ayuno —aclaró el ayudante de cocina.

—¡Pero yo no soy templario! —exclamé en tono jocoso.

—¡Ah! Entonces, acompañadme. Os daré algo de comida, pero en un lugar más discreto —dijo, mientras me llevaba a la cocina.

Allí dispuso la mesa ante mis ojos hambrientos: un tazón de leche con pan del día anterior, olivas, miel y uvas pasas.

—¿Qué tiene de particular ese santo para vosotros? —pregunté amablemente, mientras empezaba a desayunar.

—San Miguel no es sólo un ser humano, sino también un ángel de mayor entidad que los otros dos arcángeles, Rafael y Gabriel, puesto que su cometido es el más trascendente —respondió—. Es el portador de los mensajes celestes, divinos, a los seres vivos; por ello, este santo se representa con una figura que es mitad ángel y mitad humano. Es, además, un santo de aspecto sincrético, que aparece de dos formas bien distintas pero, al mismo tiempo, complementarias: con aspecto humano, angelical, cubierto de coraza y lanza o espada, venciendo y humillando a Satanás, que se postra arrodillado a sus pies; o bien portando una balanza en las manos, para pesar los pecados y las virtudes de las almas de los mortales, y decidir luego

si son merecedoras de la gloria del paraíso terrenal o, por el contrario, debe conducirlas a los horrores del averno.

—Lo que decís es fascinante. Creo haber visto su figura en el altar de la iglesia de la encomienda —confirmé.

—San Miguel es, por tanto, el árbitro entre el Bien y el Mal porque, al vencer al diablo, se erigió en paladín de la Justicia y del Bien. Además, es un santo relacionado estrechamente con la custodia de los agricultores, quienes fijaron el tiempo óptimo de siembra entre el 8 de mayo y el 29 de setiembre, que es hoy, y que coinciden, respectivamente, con la primavera y el otoño —concluyó Miguel, pues así se llamaba el ayudante de cocina. Quizá hiera ése el motivo de que conociera con tanta profundidad el sentido onomástico de su patrón.

Yves vino después a saludarme y nos encontramos a la salida del refectorio. Yo no te dije que ya había desayunado, pero imaginé que él no habría ingerido nada, ni lo haría, al igual que los demás caballeros, en toda la jornada.

—Guilhelm, deberíais acompañarme para asistir al ritual que se oficiará en honor del hermano Mateo, fallecido ayer —manifestó el templario.

—Por supuesto que iré. Yo también quiero darle el último adiós.

Había estado toda la mañana dándole vueltas al asunto de las palomas, así que aproveché la ocasión para preguntar directamente:

—Amigo *Yves*, ¿por qué hay tantas palomas que entran y salen de la encomienda continuamente?

El caballero me miró con agrado, al ver mi curiosidad, e instantes después me dijo:

—Se trata de un asunto de suma importancia para nuestra seguridad.

—¿Para vuestra seguridad? —pregunté con el mayor asombro.

—Sí, gracias a la red colombófila, los templarios nos mantenemos puntualmente informados sobre los asuntos de vital importancia, sobre aquellas cuestiones que nos atañen de un modo especial, entre las diferentes encomiendas existentes en todo el mundo occidental. Pero este sistema también entraña ciertos riesgos —dijo *Yves* mientras acortaba el paso.

—Explicaos, por favor, estoy asombrado —contesté, preso de una creciente curiosidad.

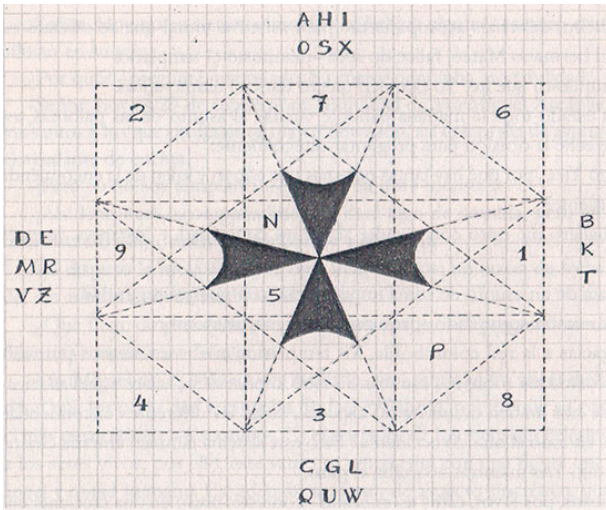
—Cuando un mensaje es enviado a través de una paloma, y para evitar su intercepción por halcones adiestrados por la Inquisición, o por las fuerzas reales, cosa que antes conseguían con frecuencia, mandamos palomas desde diferentes puntos, simultáneamente y a la misma hora, portando en sus patas el mismo mensaje.

—¿Y quién se ocupa de redactar tales mensajes?

—Si el mensaje se considera secreto o de máxima prioridad, su contenido se redacta de forma críptica para que, en caso de que sea interceptado, evitemos su lectura.

—¿De forma críptica?

—La encriptación suele estar contenida en un texto ordinario de instrucciones internas de la Orden, siempre de índole monástica, para aparentar que el mensaje no contiene nada fuera de lo habitual. De esa forma, disimulamos su contenido. Y esos mensajes sólo los sabe interpretar el mago, quien utiliza para ello la cruz de las ocho beatitudes:



Dicha encriptación varía según la letra del encabezamiento de los párrafos del escrito. O sea, la primera letra del encabezamiento de cada párrafo indica, por su número de orden dentro del alfabeto latino, la secuencia en la elección de cada letra sólo en esa línea. De ese modo se pasa a la siguiente. Y cada una contiene las letras que después serán agrupadas en un orden preestablecido, y que sólo nuestros magos son capaces de interpretar. Ahí entra la cruz de las ocho beatitudes de la que antes os hablé, que facilita la reordenación de las palabras para formar un texto comprensible a partir del mensaje previo —explicó *Yves*—. Su gravedad contrastaba con mi infantil fascinación.

—¿Y siempre se utiliza el mismo sistema de códigos?

—No, sería muy peligroso hacerlo así. Ese método de encriptación debe ser modificado periódicamente para evitar que su código pueda ser descifrado por la poderosa red de espionaje de nuestros enemigos —puntualizó el caballero.

—¿Y se han dado casos de extrema gravedad?

—Cuando el asunto es de una gravedad extrema, es decir, que podría ponernos a todos en peligro, tomamos medidas igualmente excepcionales. Para asegurar la recepción de los mensajes, al tiempo que las palomas recorren su trayecto por el aire, desde cada encomienda vecina se envía a un caballero templario apoyado por su séquito, quienes, con caballos frescos y fuertes, cabalgan a galope

tendido y sin descanso. Su objetivo es entregar los mensajes lo antes posible. Y siempre serán escritos codificados y sellados, cuyo texto ni los mismos portadores conocen, para evitar así que, si caen presos en una emboscada, revelen nada que nos delate, ni siquiera por medio de terribles torturas —explicó *Yves*, mientras un caballero le entregaba otro mensaje cerrado.

—En ese caso, ¿todas las encomiendas disponen de palomares para ese fin? —pregunté de nuevo.

—Todas, por muy pequeñas que sean o por muy alejadas que estén entre sí. Los templarios disponemos de una extraordinaria red de comunicaciones entre las diferentes encomiendas, lo cual nos facilita enviar un mensaje en un breve espacio de tiempo y cubrir, a la vez, un extenso territorio.

—De esa forma, las palomas no sólo cumplen la misión de mensajeras, sino que también informan del estado de seguridad de las diferentes zonas —señalé.

—¡En efecto! Veo que lo habéis comprendido bien. El hecho de enviar palomas desde diferentes lugares facilita, también, una extraordinaria información de notable valor estratégico y militar, puesto que nos advierte del estado en el que se hallan las áreas de mayor actividad inquisitorial. En realidad, podemos saberlo por el número de palomas que llegan, o por lo malheridas que resultan algunas como consecuencia de haber sido víctimas de un intento de caza por parte de un halcón amaestrado. Por tanto, el conocimiento de que disponemos, en cualquier momento, de las zonas de influencia de nuestros dominios es asombroso. Y eso sin contar, por supuesto, las avanzadillas apostadas de forma permanente —explicó *Yves*, mientras me miraba con asombro creciente, seguramente admirado por el interés que yo mostraba.

—¿Y el maestre también tiene acceso al descifre de esos códigos secretos?

—No. Cuando el maestre recibe un mensaje, éste ya ha sido descifrado y procesado por los magos, que utilizan un amplio estudio adicional militar, político y religioso. No puedo deciros más al respecto —dijo *Yves*. Pero añadió—: Resulta que el mensaje que acabo de recibir hace unos minutos he de entregárselo a frey *Bernard*, para que proceda a descifrarlo. Me gustaría que me acompañaseis.

Yves me llevó hacia la ermita, adonde se dirigían también todos los miembros de la encomienda, salvo los soldados que montaban guardia en las almenas, puertas y torres. Yo no dejaba de pensar en aquel insólito mundo de mensajes cifrados y encriptaciones mágicas, del que las palomas mensajeras eran su más bella metáfora, y empecé a comprender la importante labor que aquellas aves desempeñaban para los templarios. Eran su mejor y casi su único medio fiable de información. Y eso, dadas las circunstancias de persecución y acoso que sufrían, constituía la tenue diferencia entre la vida y la muerte.

El cuerpo sin vida del templario estaba tendido sobre un banco de madera, en forma de túmulo, a pocos metros del altar. *Frey* Agustín, el responsable de los ritos religiosos, procedió a la ceremonia. Un silencio sepulcral reinaba en aquella estancia circular; en las repisas, gruesas velas y candiles de aceite se disponían a modo de apliques en las paredes. Pero la luz más mágica procedía del rosetón superior, pues los rayos de la mañana, al pasar por el cristal cromado, proyectaban unos sorprendentes haces de luz, de tonos cálidos. Algunos iluminaban el rostro y la figura majestuosa de san Miguel, cuya expresión de santidad y pureza emocionaba a todos los que lo contemplábamos.

El *freire* oficiante bendijo el cuerpo del hermano Mateo mientras arrojaba agua bendita sobre su rostro destrozado. Tras unos segundos de silencio, las paredes de la ermita parecieron derribarse cuando todos entonaron el «*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*». Me enorgullece reconocer que también yo pronuncié esas sobrecogedoras palabras.

Instantes después, el cuerpo de Mateo, cubierto por un sencillo paño blanco, fue conducido a hombros por varios caballeros al exterior de la iglesia, sobre el túmulo. El cortejo fúnebre se dirigió luego hacia el cementerio, situado a pocas brazas de la ermita, sobre las peñas superiores. En el camposanto estaba ya todo dispuesto: una profunda fosa abierta en la que se depositarían los restos, pero me quedé sorprendido al no ver por ningún sitio la caja que debía contener el cadáver.

Cuando el cortejo fúnebre llegó hasta el lugar destinado para el descanso eterno de Mateo, los tres hombres más importantes de la encomienda, *frey* Ramon, *frey* Bernard y *frey* Agustín, estaban

aguardando al borde mismo de la sepultura. Frey Bernard ordenó a los caballeros que tendiesen el cuerpo del hermano fallecido en el suelo, y antes de ser depositado en lo más profundo de la fosa, dispuso que se colocaran un par de monedas en la mano izquierda de Mateo. La tarea la realizaron dos caballeros, con el mayor cuidado y con la ayuda de unas gruesas cuerdas. Pero me pareció extraño comprobar que el cuerpo sin vida de aquel caballero fuera introducido en la sepultura sin caja y, lo más sorprendente, boca abajo. Presencié la escena a escasísima distancia gracias a *Yves*, que me situó en un lugar preferente, aunque discreto. Después, el cadáver y la fosa se cubrieron de tierra, y colocaron una lápida en la parte superior del suelo con el nombre del fallecido y una estela discoidal con la cruz *patée* grabada en la piedra.

Al finalizar la ceremonia, *Yves*, con la autorización de *frey* Ramon, me llevó ante frey Bernard. Aquélla iba a ser una de las experiencias más inolvidables de mi vida.

Frey Bernard, hombre de edad avanzada y barba blanca, portaba también en el pecho una cruz, aunque distinta de la que exhibía en el suyo el maestre. La mirada dulce de aquel sabio irradiaba parte del fondo de su apacibilidad interior. Su generosa amabilidad y su paciente bondad inundaban todo su entorno. El patriarca era, sin duda, la persona más influyente y respetada de toda la encomienda. Según me había confesado *Yves* en alguna ocasión, su conocimiento profundo del alma humana, su magisterio y su sabiduría lo convertían en el hombre más virtuoso de la fortaleza.

—Ya me han hablado de vos, Guilhelm, y de vuestro constante interés por aprender los secretos de nuestra orden. Quisiera transmitiros el conocimiento de algunos enigmas que pueden ayudaros en el camino del perfeccionamiento interior, y para ello, deberéis conocer sus claves. Pero no será aquí, con la luz solar y ante tantas personas, sino en mi retiro, donde os hablaré de ellos —dijo aquel hombre.

—Os quedo muy agradecido, *frey Bernard*.

Yves y *frey* Ramon, tras despedirse de nosotros, se marcharon juntos, y yo seguí a *frey Bernard*, que caminaba despacio pero con paso firme. Apoyaba el peso de su cuerpo enjuto en un cayado de apariencia frágil, pero su caminar mostraba la decisión de su carácter.

Frey Bernard se dirigió hacia la iglesia pero viró, a través de un sendero, hacia el campanario, que estaba alejado del templo. Entró en él y, descendiendo a la planta baja de la torre, accionó un extraño artilugio situado en un lado de la rocosa pared que, al instante, le permitió abrir una puerta oculta. Acto seguido, me invitó a acompañarlo.

El acceso estaba oculto en el grosor del muro del interior de la iglesia, situada bajo el campanario, que daba paso a una escalera de piedra tallada en la roca de la montaña. El monje la abrió accionando una palanca que sobresalía de la pared. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, así que, con la ayuda de una antorcha y poniendo mucho cuidado en no caernos, fuimos descendiendo los peldaños. A pocos metros de iniciado el trayecto comenzamos a oír el sonido del agua. La humedad ambiental hacía imposible distinguir nada de lo que había bajo nuestros pies, de tal forma que el camino se oscurecía poco a poco.

—¡Cuidado, Guilhelm, procurad no pisar la salamanquesa que tenéis delante! —exclamó el mago templario.

—Sí, tendré cuidado —respondí.

—Aunque aparenten una vida inferior, son seres elementales a los que hay que respetar —me advirtió, mientras alumbraba el camino con la antorcha.

Estábamos descendiendo por una escalera tallada en la roca viva, iluminada con el tenue fuego de unas antorchas suspendidas en la pared. El silencio era absoluto, roto únicamente por el rumor del agua que murmuraba en las profundidades de la Tierra, fragor que iba percibiéndose con mayor claridad a medida que descendíamos. Asombrado, yo creía entrar en un mundo ignoto e irreal.

IV.
LA
GNOSIS

Llegamos a aquel misterioso lugar sin noción alguna del tiempo transcurrido. Era una estancia llena de una fuerza difícil de describir, cuyas vibraciones sacudieron todo mi ser. El agua brotaba del suelo y generaba un riachuelo subterráneo que buscaba la salida a través de una galería que, por su amplitud, era también utilizable por el ser humano. Al lado de aquel sorprendente manantial había una Virgen, una Madre de Dios negra, cuya figura, de pequeño tamaño, acunaba sobre su rodilla izquierda al Niño Jesús, que sostenía con la mano derecha un libro abierto.

—Hemos llegado. Esta es la gruta de iniciación —me anunció *frey Bernard*.

Yo me recogí interiormente ante la nobleza de aquel sabio. Especialmente, al ver sus profundas pupilas, que me atravesaban de parte a parte y escrutaban mi interior bajo el resplandor dorado de la llama de la antorcha.

—¿Qué os interesa saber sobre los conocimientos templarios? —preguntó a continuación.

—Todo —respondí—. En pocos días estoy aprendiendo cosas que jamás hubiera imaginado. He andado siempre perdido por las montañas y los prados en busca de los mejores pastos para el ganado. —Pero en mi interior ardía aún la llama del conocimiento, el ansia de sabiduría.

Frey Bernard alzó una antorcha para iluminar la bóveda de aquella estancia rocosa. Lo que vi en la roca viva me dejó sin habla: grabadas en la bóveda, por encima de nuestras cabezas, había una copa, una espada, una lanza, algunas cruces templarias y varias

manchas pequeñas de color rojo.

—Estáis viendo dibujado el sagrado cáliz, utilizado por Jesucristo para bendecir la Última Cena, y en el que luego José de Arimatea recogió la sangre de Cristo. Por eso, aquí está representado no sólo el Grial, sino que también está grabada en la roca la lanza, el instrumento con el que el romano Longinos hirió el costado derecho del Señor. También las gotas de sangre están impresas en la roca. Los misterios del Calvario constituye uno de los episodios más sobrecogedores del Nuevo Testamento y, por tanto, uno de los motivos de meditación más importantes para nosotros —afirmó con voz serena.

Yo estaba extasiado, sin poder respirar, invadido por una profunda emoción que embargaba mi espíritu. Mi mente parecía haberse alejado de aquel lugar, en el espacio y el tiempo.

—El Santo Grial, el cáliz de la Última Cena, llegó a
Montréal-de-Sos
llevado por perfectos que huyeron de *Montségur* antes de la caída de ese baluarte cátaro. El santo cáliz permaneció aquí, escondido en esta gruta de iniciación durante varias décadas, y en este santuario se le rindió culto. Las cruces patés, representadas en la bóveda de esta sagrada estancia, nos recuerdan continuamente que somos nosotros, los templarios, los custodios del Grial —explicó el mago.

—Y, ¿dónde está ahora el codiciado cáliz?

—No me está permitido responderos a esa pregunta, porque debemos velar por el más preciado tesoro de la historia del cristianismo. Sólo os diré que se halla en tierras del reino de Aragón —aseveró el mago.

—¿*Frey* Bernard, por qué confiáis en mí? Podría ser un infiltrado del Santo Oficio y prenderos aquí mismo.

El mago sonrió con indulgencia. Nada en su rostro dejaba traslucir inquietud o pesadumbre. Al contrario, parecía confiar en el buen acontecer de las cosas, como si la realidad fuese siempre digna de confianza.

—Hemos visto en vos, desde el primer momento, y quizá por vuestra mirada transparente, una persona de fiar y con grandes inquietudes. Durante el tiempo que habéis permanecido con nosotros en
Montréal-de-Sos

, habéis sido escrupulosamente observado. De ahí que se os haya alojado en una cámara reservada, destinada sólo a unos pocos. ¿O es que no os consideráis una persona de relieve? —me dijo, sonriendo con ironía—. Si estáis ahora aquí, en este lugar sagrado, no es por azar.

Quedé largo tiempo meditando acerca de sus palabras, que, en aquel momento, no llegué a comprender. Pero eso no era lo único que permanecía vedado para mí.

—¿Por qué se ha enterrado al hermano Mateo sin caja y boca abajo en el suelo?

—Los templarios enterramos a nuestros caballeros fallecidos con el rostro mirando al suelo porque, con ello, buscamos un mayor contacto del difunto con la Madre Tierra. Es una posición que favorece al templario en el más allá, cuando deba rendir cuentas al Altísimo. Ese rito personifica la proclama cristiana «*Pulvus eris et in pulvis reverteris*», que tiene su raíz en el «*Terra eris et in terra reverteris*» —respondió *frey* Bernard—. Además, respetamos así la tradición patriarcal hebrea, que fue adoptada por el cristianismo, y recuperamos la figura de la madre, que la Virgen María, relacionada con la tierra, había perdido. Porque la vida brota de la tierra, y la Virgen, la Madre de Dios, es negra. Evocamos así a Isis, la Diosa Madre, que recuerda al humus, la tierra fértil.

—¿Y las monedas?

—¿Os referís a las monedas que se le colocaron a Mateo entre los dedos de la mano izquierda? —dijo *Frey Bernard*.

—Sí.

—Seguimos en eso un culto ancestral que encuentra sus raíces en las tradiciones de la mitología helénica. Los templarios, en el momento de enterrar a nuestros caballeros, acostumbramos a colocar unas monedas en la mano izquierda porque ese lado del cuerpo se corresponde con el del conocimiento. O bien las ponemos en la boca, para que pueda pagar con ellas, en el más allá, al marinero Caronte, y éste, remando con su barca, le facilite la navegación a través de la mítica laguna de fuego Estigia. Esas monedas a modo de óbolo son, por tanto, un salvoconducto para este último viaje, a través del cual el templario no sólo alcanza la paz eterna de su cuerpo, sino que también su alma disfruta la dicha de ese merecido descanso en el paraíso.

—He de reconoceros mi sincera admiración. Son muchas y enigmáticas las cuestiones que, en pocos días, he tenido ocasión de contemplar. Quisiera ser capaz de interpretarlas correctamente lo antes posible —exclamé con pasión.

Frey Bernard sonrió.

—Bien, y ¿qué otras cuestiones os interesan, amigo Guilhelm?

—Lo cierto es que me llamó poderosamente la atención la serpiente que aparece grabada en piedra en el fondo de la pila bautismal, así como la singular planta redonda de la propia iglesia —respondí.

—Respecto de lo primero, las serpientes se corresponden con los *ouroboros*, los seres terrenales del Antiguo Egipto que, al morderse la cola, representan la fuerza del infinito y, al mismo tiempo, la evolución cíclica del mundo, la eternidad y la renovación integral. Por ello, al sumergir los dedos en el agua bendita y santiguamos, experimentamos un renacimiento de nuestro ser —explicó el mago templario.

Tras unos segundos de silencio, se apretó el cordón que ceñía su ropaje y prosiguió:

—Y en relación con la iglesia, su singular planta circular evoca la rueda, la creación continua, el desplazamiento, que es símbolo, al mismo tiempo, de los ciclos y las renovaciones. Es también herencia de los cultos solares de las antiguas civilizaciones celtas que nosotros supimos recoger para configurar en nuestro mundo algunas de las más sabias interpretaciones del cubo, el centro inmóvil, sobre cuya esfera se mueve y gravita el mundo. En Catalunya hay muchas iglesias circulares. Yo viví de joven en la de Sant Miquel, santuario próximo a la Pobla de Lillet, en tierras del barón de Pinós, cerca de Bagà —añadió con cierta nostalgia el anciano.

—¿Y el extraño y monstruoso ser que aparece grabado en el muro exterior de la iglesia?

—¿Os referís a la figura que decora uno de los canecillos del friso que rodea al templo?

—Sí, me sorprendió sobremanera su extraña apariencia.

—Se trata de un *Baphomet*, palabra que deriva del término iraní *magumeth*, que se traduce como «Luz de la Sabiduría». Ese ser, que puede resultar un tanto horripilante, no tiene nada que ver con el

demonio, sino todo lo contrario, pues es símbolo del Cristo glorioso, del Salvador al que los templarios invocamos, y que las autoridades de la Iglesia de Roma han considerado como motivo de condena porque, erróneamente, ven en él a un ídolo pagano.

—También me llamó la atención el extraño crucifijo que cuelga del pecho de *frey* Ramon —añadí.

—Sí, ese crucifijo, que sólo lo llevan los maestres, es una tau, figura que se corresponde con la decimonovena letra del alfabeto griego, y que se corresponde con *tet*, la novena letra del alfabeto hebreo. Evoca a nuestros primeros nueve caballeros, que fundaron la Orden del Temple en 1118, a iniciativa de nuestro mentor, *Bernardo de Claraval*. Como habréis observado, se trata de una cruz sin cúspide, cuyo significado es la comprensión de la totalidad, y que está relacionada con las antiguas culturas del mundo mediterráneo. Su forma expresa el apoyo del báculo y es, por tanto, el distintivo de los maestres templarios. La cruz que veis en mi pecho es diferente, porque consta de ocho extremos. Es la cruz de las ocho beatitudes que transmite, sólo a los iniciados, un código secreto de enigmas templarios. Esta cruz encierra un criptograma, capaz de descifrar los mensajes más esotéricos a través de veintiuna letras, entre vocales y consonantes, que llevan al número ocho, número cabalístico. Ese número facilita la meditación, pero es un alfabeto enigmático, del que lamento no poder deciros más —concluyó el sabio.

Se produjo entonces un paréntesis de silencio, con el único eco del agua manando de algún profundo lugar de la gruta, y recordé cuanto me había hablado *Yves* sobre aquella enigmática cruz. Después seguí preguntando.

—¿Y el agua, la gruta, los lugares subterráneos… qué significado tienen estos elementos para los templarios?

—El agua es la base primordial de la vida en la Tierra, tanto para los seres humanos como para los animales y las plantas. Sin el líquido elemento, nada se mantiene ni se regenera. Pero si el agua que brota en la montaña, en los valles o en las llanuras es garantía de vida, una dimensión mucho más profunda, y vinculada con la sabiduría, tiene el agua que nace subterráneamente, en las entrañas de la Tierra, y que, como dijo el apóstol Juan, es, además, un elemento de eternidad. Esa agua fresca y cristalina, que nace de una

fuente oculta, no sólo fecunda y purifica, sino que, como elemento sagrado, es capaz de lavar los pecados de los hombres. Por ello, los templarios siempre hemos considerado de especial importancia ubicar nuestros lugares destinados a los ritos iniciáticos en espacios ocultos, de donde broten fuentes de aguas salutíferas para el ser humano.

—Eso lo he visto en otros lugares del Languedoc, mientras huía a través de las montañas. Uno de esos lugares, lo recuerdo vivamente, fue una aldea, al pie de una gran fortaleza, donde la gente se dedicaba a la búsqueda de oro. Allí había también una ermita que, según me confesó un aldeano, sólo se abría un día al año.

—Sí, sé muy bien a qué lugar os referís, amigo Guilhelm. Es el pueblo de *Usson*, en el que, durante muchos años, templarios y cátaros hemos mantenido una estrecha relación. Ese lugar se encuentra en el municipio de Rouze, próximo a la confluencia de los ríos *Aude* y *Bruyante*. El pueblo, que fue elevado a la categoría de ciudad en 1035, sufrió mucho con la cruzada, y fue reconstruido a mediados del siglo XIII por los señores de *Alion*, vasallos del conde de *Foix*. Su señor, Bernard de Usson, a pesar de las órdenes de caza y captura dirigidas a los presuntos herejes, protegió siempre a los cátaros, y contó también con nuestro apoyo. Lo cierto es que hubo una época, hace muchos años, en la que varios obispos cátaros, entre ellos *Raymond Agulher* y *Guilhabert de Castres*, fijaron incluso su residencia en *Usson*. Pero todo aquel esplendor y respeto entre culturas desapareció tras la caída de *Montségur*, porque la Inquisición no tuvo piedad con las gentes del lugar, y persiguió a los cuatro cátaros portadores del Grial. El sagrado cáliz fue llevado allí antes de venir a
Montréal-de-Sos
, y fue escondido por los templarios en las entrañas de la ermita. Pero los soldados franceses, siguiendo informaciones de un *explorador…* un traidor pagado por el obispo de Pamiers, fueron directamente al lugar donde se hallaba. Afortunadamente, nos llegaron noticias de lo que se estaba preparando, así que tuvimos tiempo de sacar el valioso tesoro de la población y traerlo aquí. Los soldados franceses al servicio de la Inquisición, tras conquistar el castillo, convirtieron en cenizas todas las casas de la población, violaron a las mujeres y colgaron a todos sus habitantes. Ahora, las

gentes que pueblan aquel lugar son originarias de otras aldeas. Los llevamos nosotros hasta *Usson* para evitar que el pueblo desapareciese.

El rostro de *frey Bernard* reflejaba la emoción propia de quien conoce los peores detalles de la historia de aquel pueblo. Por sus palabras, pude admirar el profundo afecto que el templario le tenía a aquel lugar.

—La ermita de *Usson* está dedicada a santa Magdalena —prosiguió, como ensimismado—, porque los templarios quisimos hacer un justo homenaje a la memoria de la compañera de Jesús, cuya figura aparece representada a su derecha en la Santa Cena; homenaje motivado por lo mucho que tuvo que padecer a causa de la intolerancia de la Iglesia hacia la mujer, además de no haberle perdonado nunca que concibiera una hija, Sara, con el Señor. Con el apoyo de templarios y del Priorato de Sión, la niña fue llevada a escondidas a las costas de Provenza, donde se dice que cruzó su sangre con los primeros merovingios.

—También me ha llamado poderosamente la atención la abundancia de tres colores: el blanco, el negro y el rojo, presentes en los estandartes, en las vestiduras y en las vidrieras —comenté.

—En efecto, cada color tiene un valor simbólico de suma importancia para nuestra orden. Os los resumiré —respondió el *freire*—. El blanco, opuesto a la sombra, es la unión completa de todos los colores del universo y, por tanto, del espectro de la luz. Es, al mismo tiempo, el símbolo de la inocencia. El negro, por su parte, representa el valor simbólico de lo absoluto. Para la psicología profunda es, además, el cromatismo del completo inconsciente. Y, por último, el rojo, símbolo de la vida eterna que, a su vez, otorga el conocimiento de todo lo sagrado y secreto. El rojo es la energía —concluyó.

—Resulta verdaderamente fascinante todo lo que estoy aprendiendo en este lugar sagrado. Pienso con toda convicción que *Montréal-de-Sos*
es, sin duda el lugar en donde cualquier persona de bien querría vivir. En esta encomienda se respira paz, felicidad y respeto entre todas las gentes —manifesté, exultante.

—Me alegra que estéis a gusto entre nosotros. Podréis permanecer aquí el tiempo que deseéis aunque, como habréis

podido ver, la situación se está haciendo cada vez más insostenible —dijo el iniciado—. Ahora debéis marcharos, porque he de reunirme con otros caballeros que me esperan junto al fresno que se alza frente al refectorio.

—¡El fresno! ¿Es ése el majestuoso árbol que domina el centro del patio principal del recinto, con su robusto porte y sus verdes y exuberantes hojas? —pregunté con enorme interés. No quería interrumpir nuestra conversación tan pronto; hubiera estado horas enteras escuchando aquella voz, que tanto aquietaba mi atormentada alma.

—Veo que sois una persona observadora. El fresno fue elegido árbol sagrado por nuestros nueve hermanos fundadores, tras la aprobación oficial de la orden en 1128, en el concilio de la ciudad de *Troyes* por el pontífice Honorio II —respondió pacientemente el mago.

—¿Y por qué se considera sagrado ese árbol? —insistí.

—El fresno, venerado tanto por los pueblos del Mediterráneo como por los del mundo celta, está considerado el primer árbol de la humanidad, el *Ygdrasil*, el eje de la Tierra, inalterable y siempre verde, convertido en protector contra los rayos y demás fuerzas de la Naturaleza. Y es, al mismo tiempo, un símbolo de la inmortalidad, ahuyentador de todos los seres malignos en la vasta zona que dominan las sombras de sus ramas a lo largo del día —explicó *frey Bernard*. Y, tras hacer una pausa, prosiguió—: Por eso hemos plantado fresnos en muchas de nuestras encomiendas, repartidas por todo el mundo occidental.

Su rostro apacible denotaba un cansancio evidente, así que opté por guardar silencio y no importunar más a aquel sabio *freire*. Su voz parecía gastada al despedirse de mí.

—Creo que no tendréis problemas para encontrar la salida. En el tramo final, junto a la puerta, hay una palanca oculta en la pared rocosa: accionadla y se abrirá.

Me despedí de él como lo haría un alumno recién ingresado en un colegio y que, de golpe, hubiese alcanzado el más elevado grado de perfección. El anciano monje, de ojos brillantes y mirada noble y serena, me dio su bendición. Al salir a) exterior tuve que protegerme la vista del sol cegador. Todo el mundo andaba ocupado en alguna actividad útil para la comunidad, y nadie reparó en mi presencia.

Al poco rato vi a *Yves* dialogando con otros templarios. Parecía que iban a iniciar una partida de caballeros. No dudé en dirigirme al encuentro del grupo.

—¡Amigo *Yves*! ¿Vais de cacería? —pregunté.

—No, nosotros no practicamos la caza, respetamos a los animales libres. La carne que comemos, un par de veces a la semana, procede de la cría que tenemos en la granja, y sólo sacrificamos a los animales que vamos a consumir en esa jornada. Lo mismo ocurre con la pesca. Tenemos un vivero de peces en el río, junto al tramo inferior del desfiladero. Los sirvientes que se ocupan de esas actividades conocen muy bien nuestras normas —explicó, al tiempo que le daba una palmada en el lomo al caballo de uno de los soldados dispuestos a partir—. Estos caballeros salen ahora en partida de reconocimiento. Hemos recibido noticias, desde la encomienda de Junac, de que un destacamento de soldados franceses está merodeando por las cercanías de Olbier, el pueblo más próximo —confesó el templario.

—Pero van sólo diez jinetes, y puede que se trate de un enemigo muy numeroso —apostillé.

—Sí, es posible, pero, aunque el enemigo sea tres veces superior, tenemos el deber de luchar —declaró *Yves*—. Nuestro honor y nuestra supervivencia como pueblo lo exigen. Además, vamos bien equipados; nuestra vestimenta de combate incluye, además del caballo, la cota de malla, la esclavina, sobre cota blanca con una cruz *patée* roja, espada, daga, cuchillo para la comida y cortaplumas. Y cubriéndolo todo, túnica y capa de color blanco, como símbolos de seguridad de valor y salud del cuerpo, con una cruz roja en el lado izquierdo del pecho, como distintivo de la orden.

Al momento, los diez caballeros salieron en formación, en hilera, dado lo estrecho del sendero; al frente, el portador del *baussant*, con el responsable del pelotón, Un imperioso silencio reinaba en el patio. *Yves* tomó la dirección del recinto fortificado, mientras que yo decidí retirarme a mi aposento para organizar mi marcha del día siguiente. Aquel lugar contenía todo cuanto una persona de bien anhelaba para vivir el resto de sus días, pero mi corazón reclamaba ir antes al encuentro de los míos. Primero debía convertirme en un perfecto cátaro y compensar a mis padres por los enormes disgustos que mi comportamiento les había provocado. Pero ¿dónde y cuándo se

podría hacer realidad aquello? ¿Y las extrañas grutas de las que me había hablado el infortunado *Nicolau*, poco antes de morir en la jaula? Muchas incógnitas mortificaban aún mi alma.

Después de la cena, que se celebraba tras el toque de vísperas y la lectura de completas, decidí tener un encuentro con *frey* Ramon para anunciarle mi partida y darle las más sinceras gracias por el bien que todos, sin excepción, habían hecho por alguien que, en el fondo, no era nada más que un miserable buscado por la justicia. Para ello debía mediar con *Yves*, y que éste solicitase la reunión con el maestre. No tardé en verlo: se hallaba en el horno de vidrio, hablando con algunos de los sirvientes expertos en ese trabajo artesanal. El ambiente y el calor que se respiraban en aquella estancia eran irrespirables, a causa del fuego que alimentaba el horno donde el cristal nacía de las manos de aquellos hábiles artesanos. Así que aguardé sin molestar, en la puerta.

Yves me vio de reojo, y, después de terminar la conversación con aquellos maestros del fuego, se dirigió a mí:

—Amigo Guilhelm, ¿qué os trae por aquí?

—Estimado amigo, quería deciros que deseo abandonar este lugar mañana, al amanecer. Ya hace tiempo que ando perdido por estas montañas y, aunque me encuentre en el mejor lugar de la tierra, añoro en demasía a los míos, y quisiera averiguar algo sobre su estado de salud, y también que ellos sepan de mí —respondí.

—Lo que decís os honra, aunque he de recordaros que no es ninguna molestia teneros entre nosotros. Además, aquí estáis seguro.

—Os lo agradezco, amigo *Yves*, pero lo he pensado muy bien, y os agradecería que, antes de mi partida, me facilitaseis un encuentro con *frey* Ramon.

—Haré lo posible, aunque no os garantizo nada. Son muchos los compromisos que el maestre tiene que resolver, y algunos son de vital importancia, como podréis imaginar.

—Bien, voy a mi estancia a recoger mis cosas para la salida. Cuando tengáis alguna información, por favor, comunicádmela —me despedí.

Estaba preparando mis escasas pertenencias, con algunas piezas de ropa limpia que me habían facilitado, mientras, a través de la ventana, contemplaba con cierta melancolía gran parte de la

encomienda. De repente, sonaron unos leves golpes en la puerta. Era *Yves*.

—Amigo Guilhelm, el maestre os espera en su cámara —anunció con voz firme el templario.

—Ya estaba preparado. Os agradezco de nuevo vuestras atenciones.

El camino hacia la estancia de *frey* Ramon lo conocía bien. Fuimos conversando, aunque con cierta congoja, porque *Yves* lamentaba mucho mi decisión, pues sentía por mí un sincero afecto. Ahora estoy seguro de que su deseo era que yo me uniese a la orden templaría. Eso es lo que hubiese hecho cualquier hombre sensato pero, en mi interior, latía el deseo de saber de mis gentes, y también su angustia por no saber de mí.

—Deberéis tener el mayor cuidado cuando salgáis de este territorio —me dijo, mientras mantenía su paso largo.

—Sí, soy consciente de los peligros que me acecharán tan pronto abandone las líneas de seguridad de
Montréal-de-Sos
—respondí.

No tardamos en alcanzar la cámara del maestre, que se hallaba entreabierta: acababa de llegar un caballero portando un mensaje. *Yves* empujó suavemente la gruesa puerta.

—¡Podéis entrar, os estaba aguardando! —ordenó *frey* Ramon al oír el sonido de la puerta.

Una vez dentro, el maestre se nos acercó, al tiempo que nos invitaba a tomar asiento.

—Me han informado de que deseáis marcharos, Guilhelm —me dijo con voz amable *frey* Ramon.

—Sí, venerable maestre, lo he pensado largamente, y he decidido partir. No porque me encuentre a disgusto aquí, al contrario, sino porque una voz interior no cesa de recordarme que he de regresar con los míos a Cubières. Hace tiempo que no sé nada de mi familia, pero antes de ir a verlos quisiera retornar a la fe cátara, aprendida en mi infancia, y compensar, de ese modo, algunos de mis errores —respondí.

—Me alegra oír eso —dijo el maestre. Y añadió—: Regresar al *Razès* supone un enorme riesgo, porque sabemos que son numerosos los grupos armados que, por orden de la Iglesia, están

vigilando la zona. Respecto a lo de perseverar en vuestra fe y ascender en el camino del catarismo, creo que podréis acercaros a *Ussat*, el país de las grutas, donde los cátaros, a pesar de las terribles persecuciones sufridas, siguen manteniendo sus ritos sagrados.

Al oír de nuevo el nombre de las grutas, mi corazón volvió a dar un salto, recordando el mensaje secreto que el pobre *Nicolau*, dentro de aquella trampa de hierro, había compartido conmigo antes de cerrar los ojos.

—Os quedo muy agradecido, amado maestre, por vuestros valiosos consejos, pero ¿cuál es el camino a *Ussat*? —quise saber.

—*Ussat* está lleno de grutas y cavernas naturales, que las gentes del lugar conocen como *caunes* o *spoulgas*. No tendréis dificultad en llegar a ellas si respetáis fielmente los senderos que *Yves* os trazará. Os extenderé, además, un salvoconducto, con el que podréis abriros camino entre templarios y gentes occitanas, pero nunca recurráis a él ante soldados franceses o miembros de la Iglesia. Recordadlo —sentenció *frey* Ramon.

—Por supuesto, no olvidaré vuestros consejos; mi vida está en juego, señor. Muchas gracias, de nuevo, por vuestra amabilidad y vuestra confianza en mí. Y Dios quiera que, en otra ocasión y en circunstancias mejores, pueda regresar a
Montréal-de-Sos
para volver a saludaros y pasar algunos días con vosotros, queridos amigos —declaré, emocionado.

A petición del maestre, *Yves* le acercó un pergamino de uno de los estantes, en cuya parte superior iba grabada la cruz *patée*. Frey Ramon puso su sello sobre una barra de lacre calentada por el fuego de una vela y luego lo estampó en la parte inferior del documento. Mientras tanto, con una hermosa pluma, el caballero iba dibujando un mapa, tal como le indicaba minuciosamente su maestre. Me entregaron ambos documentos de forma consecutiva.

—Os reitero mi más profundo agradecimiento —dije con la voz quebrada, y al momento, sentí que no podría reprimir las lágrimas. Era una despedida enormemente dolorosa.

Tras besar la mano de *frey* Ramon, me dispuse a abandonar la sala. Sin duda, uno de los momentos más emotivos que viví en
Montréal-de-Sos
. *Yves* me acompañó a la puerta, me estrechó contra su enorme

pecho, y me besó en ambas mejillas, como era habitual entre los suyos, al tiempo que me deseaba mucha suerte. No pude responder, sus musculosos brazos me habían dejado casi sin respiración. Al soltarme, y ver mi congestionado rostro, *Yves* no pudo reprimir una carcajada, que resonó en toda la estancia. Las campanas de la iglesia anunciaban las completas, la hora de la oración y el descanso.

Aquella noche la pasé pensando en las numerosas dificultades que, a partir de la mañana siguiente, encontraría en mi camino. Pero, al mismo tiempo, sentía el alma llena de energía por los profundos conocimientos que, en pocos días, había adquirido en *Montréal-de-Sos*, el enclave templario de los Pirineos del Ariège. Sin darme apenas cuenta, el sol apuntaba ya sobre las montañas, y percibí que la rutina laboral volvía a la encomienda. Estaba a punto para la partida y, tras echar una última mirada a la estancia, abrí la puerta y me dirigí al patio, donde *Yves* me aguardaba, mientras sostenía una bolsa en su mano derecha.

—Tomad, es para vos —dijo mi buen amigo—. Hay algo de comida, para que dispongáis de víveres durante un par de días, y una bolsa con algunos besantes de plata, en compensación por vuestras labores en la encomienda.

—¡Que Dios os colme de bendiciones! —exclamé, agradecido.

—Recordad siempre seguir los senderos que os he marcado en el papel para ir a las grutas cátaras, y no os apartéis de ellos. Acordaos también de usar el salvoconducto en los lugares adecuados.

—Así lo haré —concluí.

Yves hizo ademán de acercarse a mí para abrazarme de nuevo, mientras extendía los brazos y tapaba el sol con su sombra, al tiempo que se reía a mandíbula batiente. Era un ser tan enorme como bondadoso.

—¡Mejor en otra ocasión…! —grité, falsamente asustado, mientras iniciaba la marcha. A lo lejos seguía oyéndose la fuerte risotada de *Yves*, cada vez más acentuada.

Tras salir de la ciudadela percibí el sonido de las grandes y gruesas puertas de madera de castaño que se cerraban tras de mí. El recinto se aseguraba con recias barras. En *Montréal-de-Sos* se tenía en cuenta hasta el más mínimo detalle. Ni las bisagras, a las

que se untaba constantemente con aceite, chirriaban.

V.
CAMINO A LAS ENEGMÁTICAS GRUTAS DE USSAT

Abandoné aquel lugar con el corazón encogido. Sabía que algo de mí quedaba para siempre en aquella encomienda de *Montréal-de-Sos*, donde todo el mundo era feliz y se respiraba armonía y aprecio entre las gentes. *Yves*, situado en el pasillo de ronda de las almenas superiores, seguía mis pasos desde lo más alto, y yo no dejé de saludarlo hasta que perdí de vista aquella ciudadela aérea.

El sendero trazado era perfecto para ocultarse y viajar sin ser visto, pues apenas se distinguía entre los densos bosques y la espesa vegetación. A mi alrededor, la paz de la naturaleza y el trinar de los pájaros mecían mis oídos. Al llegar al lecho del río, oí el rumor del agua, inquieta y cristalina. Hice un par de altos en el camino para descansar y relajar mi espíritu. Contemplé también, a lo lejos, sobre las laderas de las montañas, algunos rebaños de ovejas pastando. Recordé entonces con nostalgia mi trabajo de ganadero en la región del *Razès*. Pero «¡cuántas cosas habían sucedido desde entonces en tan poco tiempo!», exclamó una voz en mi interior.

De pronto, en un claro del terreno próximo a un pequeño canal de riego, observé a un par de campesinos labrando y me acerqué a saludarlos.

—¡Dios os guarde, amigos! —exclamé.

Los campesinos, al verme, no pudieron disimular su inquietud y, asustados, estuvieron a punto de salir corriendo.

—¡No temáis, vengo de

Montréal-de-Sos
, y voy en busca de las grutas cátaras! —exclamé.

—Vais por buen camino, aunque aún os faltan varias millas —respondió el que tiraba del arado, y que tenía aspecto de ser más comunicativo.

—Son numerosas, y algunas de ellas son verdaderamente impresionantes. Se encuentran cerca de *Ussat*, y son conocidas como *caunes* —apostilló su compañero, mientras echaba semillas en los surcos recién abiertos.

Los campesinos me confirmaron los nombres que había mencionado frey Ramon en nuestra última charla.

—¡Quedad con Dios!, que tengáis un buen día —les dije, mientras apretaba el paso. Ellos prosiguieron con su trabajo, aunque sin dejar de mirarme fijamente.

Tras andar un buen trecho, y siguiendo siempre el sendero marcado en el grabado, que coincidía con lo referido por los labriegos, llegué a Ussat, el punto de partida para alcanzar las anheladas grutas cátaras, el lugar en el que pretendía convertirme en un buen creyente. Mi ilusión no era otra más que ver a mis padres para aliviar así su angustia y su padecimiento por la suerte que podrían haber corrido, comunicarles con fervor que profesaba el catarismo, y fundirme después en sus brazos.

Ussat era realmente una aldea, asentada sobre el corte de un profundo barranco. Al contemplar por primera vez los tejados de pizarra de las casas, casi escondidos entre la espesa vegetación, la visión de algunas columnas de humo me inquietaron profundamente. De pronto, tropecé con un grupo de personas que huían atemorizadas. Apenas tuve tiempo de preguntarles:

—¿Qué sucede?

—¡Han vuelto! —respondieron sin detenerse un instante, con los rostros desencajados por el pánico.

—¿Quiénes han vuelto?

—¡Los soldados reales! ¡Buscan a los cátaros para asesinarlos! —gritó uno de aquellos aterrorizados campesinos, mientras que otros, presas del miedo, tropezaban entre sí en su alocada huida.

Quedé paralizado, sin respuesta, mientras el corazón parecía salirse de mi pecho. No sabía qué hacer. Un escalofrío me sacudió todo el cuerpo.

La avanzada edad de algunas de aquellas gentes, y el pavor que sentían, hizo que me aproximase para confortarlos y ofrecerles un poco de agua de mi pellejo.

—¡Merced! —respondió uno de ellos. Pero su rostro no podía ocultar el terror y las dudas que sentía al verme, pues yo era alguien completamente extraño allí.

—No temáis. Soy occitano y he venido a esta aldea para unirme a los *buenos hombres*. Soy fugitivo de la justicia —manifesté, al tiempo que le mostraba el salvoconducto librado por el maestre templario de
Montréal-de-Sos
.

El anciano, al oír el nombre de
Montréal-de-Sos
y ver el documento firmado por frey Ramon, pareció tranquilizarse.

—Me llamo *Bartomeu*. Mi esposa, Leonor, fue asesinada hace cinco años por los soldados franceses, después de violentarla repetidamente en mi presencia. El delito del que me acusaron fue pertenecer a la orden de los perfectos. Mis dos hijos lograron huir poco después hacia el sur, a través de los Pirineos. Ahora vivo solo en Ussat, y, desde que dejé la panadería, que fue siempre mi oficio, me gano la vida en diferentes trabajos; no muchos, los que me permite la edad. Intento ser de ayuda para otras personas, los pocos que, a escondidas, siguen desafiando al poder central y a la Iglesia de Roma, y que son calificados de herejes —explicó aquel hombre desolado.

—¿No habéis vuelto a saber nada de vuestros hijos? —pregunté, mientras intentaba consolarlo apoyando mi mano sobre su espalda.

—Sí, aunque muy poco, y a través de otras personas. Hace unos meses me hicieron saber que ambos se hallaban en *Sant Mateu*, población del reino de Aragón. El mayor, Arturo, ha contraído matrimonio con una hermosa mujer catalana y trabaja en un importante telar, mientras que el pequeño, César, se ha hecho perfecto. Saber todo eso me reconfortó.

—No sabéis cuánto me alegro —respondí.

—Desde hace algunos años, tras la triste y lamentable caída de *Montségur*, esta zona ha sido muy castigada por los cruzados, y también por los inquisidores —explicó el anciano con voz trémula.

—¿Por qué tanto interés en esta aldea?

—*Ussat* es el punto de entrada a una región sumamente rica en *caunes*, muchas de ellas convertidas en auténticas iglesias subterráneas, y algunas tan grandes como catedrales… —respondió.

—¿Y por qué precisamente esta zona y no otras?

—La razón es que, en una de estas *caunes*, o *spoulgas*, y según la tradición, fue escondido el Santo Grial por los cuatro perfectos que lo trajeron desde Montségur, antes de la caída de esa fortaleza.

—¡Ahora lo comprendo! Pero ¿y las cuevas?

—Afortunadamente, las cuevas están bien escondidas entre las laderas de las montañas, y sólo unos cuantos saben encontrar sus accesos. En ellas se mantiene, aunque cada vez menos, el rito cátaro de iniciación.

Me invadió una inmensa satisfacción al oírlo.

—El día en que la Inquisición descubra el paradero de esas cuevas todo se acabará… —confesó *Bartomeu* con el temor impreso en su rostro.

—Precisamente yo he venido aquí, después de hacer un largo trayecto, para convertirme en un buen cátaro.

—Lo primero que deberíamos hacer es ponernos a salvo, huir de los soldados. Y después, tras asegurarnos de que no nos siguen, quizá podría guiaros hasta una de las grutas, donde encontraréis a las personas que os orientarán debidamente —manifestó con convicción el anciano, mientras se ponía en pie y me indicaba un sendero seguro—. Ésta es una zona especialmente rica en aguas salutíferas para el ser humano, y como consecuencia de las filtraciones, fueron abriéndose enormes galerías subterráneas, que, desde los tiempos antiguos, han sido aprovechadas por el hombre. Ahora, muchas de estas cavernas, además de lugares seguros, se han convertido en santuarios en los que los diáconos cátaros ofician sus ritos y presiden las ceremonias de iniciación y nombramiento de nuevos adeptos.

Bartomeu iba hablándome atropelladamente, mientras andábamos entre la abrupta vegetación para ocultarnos mejor. Las columnas de humo se disipaban en la lejanía, y también los gritos de las gentes que huían despavoridas.

—Os llevaré a una de esas cavernas, llamada *Bouan*, donde solía ir a menudo mi esposa. Está situada sobre la margen izquierda del

río Ariège, en dirección a
Ax-les-Thermes
. Su acceso fue fortificado durante la terrible cruzada para rechazar los posibles ataques de los ejércitos franceses pero, afortunadamente, y dado lo difícil de su ubicación, no fue descubierta. Su interior está considerado como uno de los más seguros refugios cátaros de esta zona de los Pirineos —me explicó *Bartomeu* mientras andábamos.

Pasamos un rato escondidos en el sotobosque, muy quietos y en absoluto silencio y cuando intuimos que ya no corríamos peligro nos levantamos lentamente.

—Os quedo muy agradecido, *Bartomeu*. ¿Falta mucho? —pregunté.

—No. Nos encontramos a poca distancia. La gruta de *Bouan*, a la que las gentes del lugar llaman «la Iglesia», se encuentra en lo alto de ese sendero oculto entre la vegetación. Se dice que, en su interior, fue ocultado el Santo Grial —declaró *Bartomeu* en tono solemne, orgulloso de la historia de su tierra y sin dejar de andar.

Después de recorrer un largo trecho en camino ascendente logramos alcanzar la grieta de la montaña. Allí se abría la portada de acceso a la gruta, asegurada con un recinto amurallado. Me dejó sin habla su aspecto exterior, con una altura de dos plantas y amurallada en su parte superior. Según me explicó el anciano, servía para convertir su acceso en una plaza fuerte subterránea. El lugar estaba desierto, y no se veía a nadie por los alrededores.

—Deben de haberse marchado al enterarse de la llegada de los soldados franceses —dijo—. A pesar de ello, quiero mostraros un poco su interior, pero antes, bebamos agua fresca de la fuente.

—Como prefiráis.

—*Bouan* está considerada una de las grutas mágicas de esta región, y es una de las más seguras. No entiendo cómo ha sido abandonada —se preguntó en voz alta el anciano.

Tras recuperar fuerzas y contemplar la singular belleza de las enormes bóvedas de piedra de la gruta, que parecían precipitarse desde lo alto creando impresionantes columnas de estalactitas y estalagmitas, le pregunté:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Conozco otro lugar, tan importante como éste para las

ceremonias de iniciación cátara, que queda al otro lado del valle, en las entrañas de la montaña de *Ramploque*, también en la zona de *Ussat*. Si lo consideráis conveniente, podemos acercarnos, pero con la mayor discreción, porque podemos ser sorprendidos por los soldados —dijo *Bartomeu*.

—Pasad vos delante; os sigo.

—Es la cueva de *Bethléem*, situada en *Ornolac*, a un par de cientos de metros de *Ussat*. Podemos caer en manos de los soldados, sí es que éstos están todavía atacando a la población. —Las palabras del anciano reflejaban toda la aflicción del momento—. La *spoulga* se abre en la cima de la montaña, y es la última de una serie de cuevas superpuestas; la de *Bethléem* está calificada como gruta de iniciación, y tiene la particularidad de disponer de dos entradas: la de los hombres y la puerta de Dios.

Al cabo de unos pocos minutos de marcha, moviéndonos con la mayor rapidez y procurando hacer el menor ruido posible, alcanzamos la plataforma superior de la montaña de *Ramploque*. No tardamos en ver las entradas de la gruta a la que nos dirigíamos.

A través de la puerta de los hombres accedimos a la cueva. Los ecos de algunas voces humanas y los reflejos de luces de antorchas nos llevaron hacia el interior del lugar. ¿Se estaría celebrando una ceremonia de iniciación?

—Creo que va a tener lugar una ceremonia cátara —señaló *Bartomeu*.

Yo no podía creer lo que sucedía. Ante mis ojos iba a celebrarse uno de los rituales más hermosos y trascendentales que yo pudiese concebir.

—He de dar gracias a Dios por concederme tanta dicha. No quisiera perdérmela por nada del mundo. Además, ardo en deseos de convertirme en creyente. Os quedo muy agradecido, amigo *Bartomeu*, por haberme traído hasta este lugar sagrado —respondí.

—Os llevaré hasta donde podamos seguir la ceremonia sin molestar a nadie. Respecto a vuestro anhelo de convertiros en iniciado, he de confesaros que eso ya no depende de mí, sino del perfecto, al que conozco bien.

La gruta estaba iluminada por numerosas antorchas, y en su sala central todo estaba preparado para la iniciación del neófito.

En medio de un profundo silencio —apenas roto por el

chisporroteo de las llamas de las antorchas—, y antes de iniciarse la ceremonia, todos los asistentes nos lavamos las manos como símbolo de que ninguna mancha perturbase la pureza del lugar. *Bartomeu* me instruía en voz baja acerca del ritual que íbamos a presenciar.

—Seguidamente, el postulante será introducido en el lugar sagrado. A su alrededor se formará un círculo de personas que, con sus fuegos, y a modo de estrellas en un firmamento subterráneo, iluminarán la estancia, convirtiéndola en un anticipo cósmico. Ese proceso transfiere al neófito la misma protección que, a partir de entonces, le darán a todos los postulantes, y que consistirá en seguir un comportamiento de vida ejemplar, según un compromiso establecido por éste durante el rito. La cadena de personas que rodean al neófito son el símbolo de la humanidad primordial: el *ouroboros* del principio de la creación.

Al oír la palabra «*ouroboros*» recordé de inmediato la serpiente que había grabada en el fondo de la pila bautismal de la iglesia de *Montréal-de-Sos*, y de la que me había hablado *frey Bernard*. ¡Había una clara relación cósmica entre templarios y cátaros!

—No os distraigáis ahora, porque, en medio de la enorme carga energética que domina la sala, va a producirse el momento más sobrecogedor de todos —susurró *Bartomeu*.

—Claro que no, es que estaba pensando —respondí quedamente.

—La conciencia superior representada por el Santo Espíritu va a manifestarse, mientras que el Verbo, representado por el libro del Nuevo Testamento que será colocado sobre el mantel de lino blanco, no tardará en ejercer su acción para que el postulante alcance parcialmente el conocimiento de la Verdad —me explicó el anciano con voz serena.

—¿Qué objeto tiene dicha imposición?

—La imposición del libro sobre la cabeza del neófito por el revestido, así como la imposición de manos que, como podéis ver, se está produciendo en estos momentos por parte de los demás hombres que rodean al futuro iniciado formando el círculo que veis, constituyen todo un símbolo de la fuerza que desciende a la Tierra desde las alturas celestiales para proteger al postulante.

—¿Por qué se abrazan y se besan todos ahora?

—Después de la llegada del Espíritu Santo, representado por el Verbo en forma del libro impuesto sobre la cabeza del postulante, todos los oficiantes que forman el círculo mágico, tras el saludo con sus manos al iniciado, proceden a darle a éste el beso y el abrazo como elementos de paz, señalando la voluntad de una vida fraternal entre todos. Al mismo tiempo, ese ritual constituye el símbolo de una experiencia espiritual que el iniciado llevará a cabo, en razón de los meses de preparación anteriores a este rito. Y con la Vestidura de Luz se pone fin a la ceremonia.

—¿En qué consiste la Vestidura de Luz?

—Los cátaros, también llamados "buenos hombres", denominan así al perfeccionamiento interior del individuo, la mayor preocupación del catarismo como corriente religiosa y filosófica, puesto que constituye la vía de traslación y ascenso hacia el Espíritu. La Vestidura de Luz es el cambio del negro al azul que, en las túnicas, se produce tras la celebración de la ceremonia de iniciación. El azul constituye el color de la demostración de la experiencia como «*perfecto*» —explicó el anciano.

Yo no podía salir de la más absoluta fascinación ante lo que oía. Al poco, la ceremonia se dio por concluida, y los allí presentes, tras despedirse como hermanos, fueron abandonando la gruta. Una profunda inquietud sacudió mi espíritu al ver desvanecidas las posibilidades de convertirme allí en iniciado. Ahora, el único sonido que se oía era el clamor desde las profundidades de la Tierra de una caudalosa corriente de agua, que seguramente nacía bajo nuestros pies y retumbaba en el interior de aquella rocosa sala.

—Amigo *Bartomeu*, ¿cómo puedo yo alcanzar la dicha de la iniciación? —pregunté.

—Sí, ya lo tengo en cuenta, no creáis que lo he olvidado. Voy a presentaros al perfecto
Philippe d'Alairac
, quien, ataviado con túnica azul, ha dirigido toda esta ceremonia. Pero ahora debemos esperar, veo que está ocupado hablando con otras personas —respondió.

Mientras tanto, me dediqué a observar detenidamente la sala, puesto que hasta ese momento sólo había tenido ojos para seguir la ceremonia. Dirigí mi mirada a la bóveda de piedra, y me asombró descubrir una gran figura grabada en la roca que, aunque en

mayores dimensiones, me recordaba al amuleto que portaba colgado en su pecho el desdichado de *Nicolau*. Justo al lado había pequeñas reproducciones de unos extraños animales.

—Ya podemos acercamos al perfecto. Espero que se acuerde de mí, aunque lo cierto es que hace tiempo que no nos vemos —explicó mi compañero, y me acompañó ante aquel hombre.

La emoción del encuentro me tenía obnubilado. Quizá era ése el momento que tanto había esperado.

—¡Estimado maestro! Me llamo *Bartomeu* y soy de *Ussat*. Hace muchos años celebrasteis la ceremonia de iniciación de mi esposa, Leonor —recordó mi amigo, dirigiéndose al perfecto con un solemne respeto.

—Sí, os recuerdo, y lamento mucho lo que le sucedió a vuestra esposa. Me hablaron del horrendo crimen perpetrado por los inquisidores, y también de la huida de tus hijos al reino de Aragón. Espero que se encuentren bien —respondió
Philippe d'Alairac
, visiblemente conmovido.

—Os agradezco vuestras amables palabras, apreciado maestro. Mis hijos, según me han comunicado personas que han llegado desde España, están bien. Incluso César, el menor, se ha hecho perfecto, y reside, junto al mayor, Arturo, en la población aragonesa de *Sant Mateu* —explicó *Bartomeu*. Y añadió—: ahora quiero pediros un gran favor, amigo *Philippe*. Me acompaña un joven occitano, llamado Guilhelm Bélibaste, que está huyendo de la justicia por un crimen que cometió en defensa propia en Cubières, su pueblo natal, y, con toda la convicción y la decisión de su alma, desea convertirse en iniciado. Además, es portador de un salvoconducto extendido por el maestre de la encomienda de
Montréal-de-Sos
.

Al oír estas palabras, le mostré el documento al perfecto, que lo tomó en sus manos y, a la luz de la antorcha, lo examinó minuciosamente. Después me miró fijamente a los ojos y me lo devolvió. Aquel corto espacio de tiempo me pareció una eternidad. A pesar de querer desviar mi mirada, sus ojos no me dejaban hacerlo, y se adentraban contra mi voluntad hasta lo más profundo de mi ser. Sin alterar la voz ni sus correctos ademanes, se dirigió a

Bartomeu.

—Conozco muy bien la población de *Sant Mateu*, importante villa, situada entre Morella y Peñíscola, porque la visité en una ocasión y pude comprobar el ambiente de respeto entre las culturas que inunda el pueblo. El colectivo occitano allí residente se dedica, en gran parte, a la industria del telar, y exportan sus hilados a Florencia, Génova, Milán y otras grandes ciudades al otro lado de los alpes. Sé, además, que en Cubières los esbirros del Santo Oficio no cesan de castigar a las gentes, interrogándolas para averiguar vuestro paradero.

Un fuerte escalofrío sacudió mi cuerpo al oír aquellas palabras.

—Mis padres y mis hermanos son fieles creyentes. Todos ellos estarán sufriendo mucho por mi causa, pues les arrebataron todas sus tierras y propiedades. Tengo la más firme convicción, y la mayor disposición interior, para hacerme cátaro oficiante —susurré con el corazón en un puño.

—Eso no es tan fácil, joven Guilhelm. El rito del *consolamentum* es el más sagrado de nuestra religión, y no puede llevarse a cabo sin antes haberse respetado una serie de requisitos y reunir las condiciones humanas y espirituales indispensables —respondió el perfecto.

—¿Qué es el *consolamentum*? —pregunté, azorado.

—El *consolamentum* es nuestra gran prueba iniciática, fruto de la cual el creyente, a través de la ceremonia del bautismo espiritual, pasa al nivel de iniciado, accede al conocimiento del Bien y alcanza los tres sellos: veracidad, castidad y humildad. Los creyentes pueden asistir a dicha ceremonia, pero únicamente los iniciados están capacitados para captar su profundo simbolismo, y sólo un «buen cristiano», perfecto o perfecta, puede llevar a cabo este rito, tras el cual el espíritu está preparado para desprenderse del envoltorio carnal que lo aprisiona —explicó *Philippe*.

—¿Y qué pruebas he de superar antes de la ceremonia de iniciación?

—La ceremonia debe prepararse con mucha antelación, puesto que el neófito, en este caso vos, estáis obligado a llevar una vida totalmente ascética durante tres jornadas; después deberéis ayunar durante cuarenta días, como hizo Jesús en el desierto de Judea, antes de proceder al ingreso en la orden. Por tanto, no me es posible

atender ahora vuestra petición, puesto que todo deberá llevarse a cabo siguiendo los preceptos establecidos —aseveró el maestro con voz solemne.

—Lo entiendo, señor. Es por eso por lo que he realizado un viaje largo y penoso a través de las montañas para no ser descubierto por los soldados. Incluso he pasado varios días escondido en la encomienda de
Montréal-de-Sos
, donde fui acogido con inmerecida amabilidad por su maestre. Y no pienso rendirme ahora ante nada. Haré todo lo posible por conseguir lo que deseo.

El anciano sonrió con indulgencia, y su rostro mostró lo atrevido de mis afirmaciones.

—No os preocupéis, joven Guilhelm, voy a ayudaros. Pero preferiría que la ceremonia se hiciera en mi pueblo natal, *Rabastens*, entre Albi y Toulouse, pues he de marchar hacia allí a solucionar algunos asuntos de vital importancia. Después podréis ejercer vuestro ministerio en la aldea de *Montaillou*, próxima a *Montségur*. Además, como ya sabréis, en estos momentos se están produciendo violentas persecuciones en esa zona. Creo oportuno, por tanto, que me acompañéis a *Rabastens*.

—Por supuesto. Iría con vos hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Mientras tanto, todas las personas que habían participado en la ceremonia fueron marchándose de la cueva. Se despedían todos del perfecto, haciendo tres movimientos de genuflexión, en señal de respeto, al tiempo que decían: «Buen cristiano, la bendición de Dios y la vuestra», y concluían con una letanía: «Señor, rogad a Dios para que este pecador que yo soy sea guiado hacia un buen final». *Philippe*, como buen creyente, les devolvía cortésmente el saludo, bendiciéndolos con su mano derecha.

—¿Qué significado tiene la figura que aparece sobre nuestras cabezas? —le pregunté al perfecto.

Él me miró, sonriendo.

—Veo que sois un gran observador. Se trata de un gran pentágono irregular, la figura geométrica del catarismo, que sirvió para establecer la planta de nuestro más sagrado altar solar: *Montségur*. Es el pentagrama, la figura que condensa el número

cinco, que expresa en su microcosmos la unión de los desiguales, cuyos cinco brazos simbolizan la unión fecunda del tres, como principio masculino, y el dos, que corresponde al principio femenino. Esta figura que veis colgada de mi pecho en forma de amuleto representa uno de los signos más poderosos, fruto de la síntesis de fuerzas complementarias, además de constituir el reconocimiento entre nuestros miembros. Era un elemento usado ya por los pitagóricos en la antigua Grecia, porque abre la vía al secreto: es el símbolo de la idea de lo perfecto. Ese pentagrama que veis grabado a mano en la bóveda de piedra de esta sala es también un pentagrama estrellado, o estrella de cinco puntas, uno de nuestros motivos más secretos —reveló el sabio cátaro.

Al oír esas palabras recordé de inmediato al desdichado de *Nicolau*, y también el momento en el que palpé con mis dedos aquel amuleto de forma pentagonal que pendía de su cuello. No cabía la menor duda de que, además *de faidit*, *Nicolau* era un perfecto cátaro. De haber sido descubierto por los exploradores, en lugar de sufrir aquella tortura, sin duda su cuerpo habría sido devorado por las llamas en una hoguera de la inquisición.

—Y las diferentes figuras que aparecen cerca del pentágono, ¿qué representan? —pregunté.

—Dentro del pentágono, como podréis ver, hay grabada una cabeza humana extendida sobre su nuca, como símbolo supremo del conocimiento superior, la gnosis. La figura geométrica representa el cuerpo humano; a la izquierda, un enorme dragón, que levanta su cabeza hasta el nivel del rostro, con la boca abierta y un cuerpo sinuoso de serpiente. Es el principio del Mal, así como de la perdición humana, mientras que por la zona superior del pentágono se desarrolla un animal mucho más noble: el delfín, que tiene su cola replegada y la cabeza vuelta hacia abajo, en un intento de descender de las alturas celestiales para traernos el Bien, la salvación. Tales animales constituyen, por tanto, la expresión de las fuerzas duales, el dualismo, que, desde los tiempos de *Zaratustra*, en la lejana y antigua Persia, vienen dominando el mundo.

Todas las revelaciones de *Philippe* no hacían sino aumentar mi interés y mi curiosidad.

—¿En qué consiste esa doctrina?

—El dualismo, en nuestra religión, está basado en una idea

antigua y bien sencilla: el constante enfrentamiento entre dos principios, el Bien y el Mal. No existe nada más que un Dios, el Dios del Bien, mientras que el Mal está vinculado a la materia y al tiempo.

Mientras hablaba, el perfecto se despojó de su túnica azul y se puso un hábito mucho más discreto.

—El cambio de hábito es debido al peligro que corremos en esta zona —explicó—. Los inquisidores conocen muy bien la relación del tono azul de las túnicas con la dignidad del rango de perfecto, y si me descubrieran, no tardarían en apresarme y asesinarme. A cambio, el vulgar cordón de esparto sustituye discretamente el hábito anterior.

En mitad de aquella reveladora conversación y de las explicaciones magistrales de aquel sabio, nos dimos cuenta de que nosotros tres éramos los únicos allí. Había caído ya la tarde y la oscuridad comenzaba a apoderarse de la llanura superior de la montaña de *Ramploque*, donde se abría la doble entrada de *Bethléem*.

—Esperemos que se hayan marchado los soldados. Si es así, ¿por qué no pasáis la noche en mi casa y mañana, al alba, salís hacia *Rabastens*? Acercarse ahora a la *maison* de
Ussat-les-Bains
sería temerario —declaró *Bartomeu*, mientras dirigía su mirada a *Philippe*.

—Me parece bien. Creo que deberíamos recuperar tuerzas esta noche para la jornada de mañana —opinó el perfecto. Yo asentí con la cabeza.

En seguida nos pusimos en marcha. Después de descender por empinados senderos y cruzar un arroyo alcanzamos Ussat. El pueblo seguía rezumando olor a fuego, porque los soldados habían convertido en cenizas varias casas, un establo, y parte de los soportales. Pero la escena más dramática que contemplamos nos horrorizó. Habían apresado a tres aldeanos a los que, tras extraerles los ojos, y por orden del Inquisidor, habían colgado de las ramas del roble de la plaza mayor mientras sus familiares lloraban amargamente a sus pies. También descubrimos el cuerpo de un valdense que, después de ser mutilado brutalmente por los inquisidores, había sido arrojado al fondo de un aljibe. Informados de que los soldados se habían marchado, no dudamos en ayudar a

aquellas pobres gentes a dar cristiana sepultura, en el camposanto, a los cuatro desdichados. La ceremonia del entierro se llevó a cabo de inmediato, y fue oficiada por
Philippe d'Alariac
, perfecto conocido y estimado en la población. Todos los aldeanos, sin excepción alguna, acudieron al sepelio.

—Este pobre hombre vino a *Ussat* hace varios meses, huyendo de la Inquisición, y procedente de *Najac*. ¿Cómo iba a pensar él que en estos apartados parajes del Alto Ariège encontraría la muerte, precisamente, a manos de los mismos que lo habían perseguido? — exclamó *Bartomeu*.

Un profundo sentimiento de horror y dolor inundó nuestras almas. *Bartomeu* nos llevó después a su casa, que coincidía con la tahona. El establecimiento que tiempo atrás había estado abierto al público, permanecía ahora cerrado. Su dueño ya no lo regentaba a causa de su avanzada edad, y los continuos achaques le impedían trabajar como antes. Sólo hacía pan para consumo propio. Nuestro anfitrión nos alojó en su humilde casa, en dos estancias separadas, pequeñas pero confortables, pues se beneficiaban del calor permanente que conservaba el horno. Después de compartir con él una comida frugal pero sabrosa, nos retiramos, exhaustos, a nuestras alcobas.

VI.
La bastida de Cordes

Muchos asuntos acuciaban mi mente cuando caí en aquel camastro. Podía vislumbrar la culminación de mi anhelo: alcanzar el grado de iniciado cátaro. Pero existían aún cuestiones ineludibles que impedían que se hiciera realidad. A pesar de mis ansias, debía tener calma, pues había hallado el camino correcto, y me guiaba la persona más adecuada para ello, un perfecto que gozaba del mayor respeto en toda Occitania. Mi destino tenía su nombre escrito, y ahora ése era mi mentor. Con el recuerdo de mis padres y mis hermanos, a los que añoraba enormemente, me quedé profundamente dormido.

Llamaron temprano a mi puerta: *Bartomeu* me avisaba para levantarme. Las campanas de la iglesia aún no habían anunciado la hora prima. Al llegar a la sala principal, que coincidía con el antiguo obrador de la tahona, la mesa —la antigua masera en la que se elaboraba la masa del pan— estaba ya preparada con el desayuno, mientras *Philippe* terminaba de hacer su pequeño equipaje. Recuerdo que en aquella estancia seguía flotando un agradable aroma a harina y a pan recién hecho. El horno era de tradición moruna, con una sola boca de entrada que servía tanto para introducir la leña como luego, una vez retirada ésta, para conservar las piezas de pan recién fermentado, para la cocción.

Nos saludamos cordialmente y, tras atender nuestras necesidades y efectuar las abluciones cotidianas, nos sentamos juntos para compartir aquel último encuentro y los manjares que

teníamos ante nosotros. La visión de la mesa era reconfortante: un desayuno a base de leche caliente, mantequilla, mermelada hecha con arándanos y otros frutos silvestres, pan crujiente recién horneado y algunos dulces, también elaborados por *Bartomeu*.

—Como bien sabéis, Rabastens está a muchas millas de aquí. He pensado que podríais ir en el carro de mi buen amigo *Jean*, que acostumbra a proporcionar excelente madera de los bosques de *l'Ariège* a las ciudades del valle del Tarn, y que tiene previsto partir dentro de pocos minutos en dirección a Albi. Imagino que no le importará llevaros —comentó nuestro anfitrión.

—Lo que mejor os parezca —respondió el perfecto. También yo compartí aquella acertada decisión.

—Entonces esperadme aquí, voy a comunicárselo para que ponga un caballo más en el tiro —dijo *Bartomeu*.

Nuestro buen amigo regresó en seguida con rostro sonriente, ya que Jean no había puesto ninguna objeción, y los tres nos fundimos en un fuerte y sincero abrazo de hermanos, deseándonos mucha suerte. Jean estaba ya esperándonos frente a la puerta de la vivienda de *Bartomeu*, y nos ayudó a subir a su carro, tirado por dos hermosos y fuertes caballos bretones.

El rostro de Jean no podía ocultar una profunda tristeza, porque uno de los tres hombres colgados de las ramas del roble la jornada anterior era primo suyo. *Philippe* intentó reconfortarlo en su dolor, dándole toda clase de ánimos. Aquellas ejecuciones, arbitrarias y crueles, nos sumían a todos en un estado de desánimo que, en ocasiones, costaba de superar.

—¿Conocéis bien la ruta? —le pregunté a *Jean*.

—Sí. Una vez al mes llevo las mejores maderas de los bosques de *l'Ariège* … roble, haya, castaño…, a la ciudad de Albi, para abastecer a los más afamados ebanistas de Occitania. Y, de regreso, traigo paños, vinos, cerámica o aceite, según la época y las necesidades. El viaje es largo, pero iremos parando para que los caballos descansen, beban y coman, y nosotros estiremos las piernas. Poneos cómodos dentro del carruaje.

Éramos conscientes del peligro que residía en atravesar zonas de mucho riesgo, donde los soldados franceses y la implacable

maquinaria de la Inquisición, con sus odiados exploradores, no cesaban de castigar a los pueblos y a sus gentes. Así que, periódicamente, Jean aconsejaba que nos ocultásemos entre los troncos y los haces de madera que componían la carga del carro.

A sabiendas del riesgo que comamos, y ante la posibilidad de que pudieran descubrirnos, Jean decidió cambiar su itinerario habitual, y evitó las grandes ciudades. A pesar de ello, una atmósfera de miedo e inquietud se respiraba por todas partes.

Tras varias jornadas de viaje pernoctando en medio de bosques ocultos, comiendo frutas silvestres (además de lo que comprábamos en alguna pequeña aldea) y pescando en los ríos para pasar inadvertidos, llegamos a *Cordes*.

Philippe d'Alairac

fue el que nos instruyó acerca de la historia de esa población.

—Esta población, asentada sobre la cima del

Puech de Mordagne

, es una bastida fundada el 4 de noviembre de 1222 por el conde de Toulouse

Raymond VII

. Desde entonces, a pesar de la cruzada y de las persecuciones por parte de la Inquisición, sus habitantes siempre han mostrado un apoyo inequívoco al catarismo. Es, además, una villa de afamados tejedores, que ha recobrado su prosperidad por el cultivo del cáñamo y del lino, y por los tintes de rojo pastel.

—Entiendo, y ¿qué es una bastida? —pregunté al perfecto.

—Una bastida es una población fundada de nuevo, bien a iniciativa del rey, en la persona de su senescal, o bien de los poderes eclesiásticos, que solían ser los propietarios del suelo a edificar. Las calles de una bastida, en la mayoría de los casos, se cruzan en ángulo recto, dejando su plaza mayor en el centro, a la que se accede por los ángulos. Por cierto, creo que podremos pasar la noche aquí, y mañana, si os parece, amigo Jean, proseguir la ruta hacia Albi. Esta población ha sido siempre un lugar seguro, y conozco en ella a algunas personas que pueden ayudarnos y, en caso de necesitarlo, nos atenderán bien —dijo el perfecto, mientras se colocaba el hábito azul.

—Estoy a vuestras órdenes —respondió el conductor del carro. Mi asentimiento probaba el respaldo a las propuestas del perfecto.

Dejamos el carruaje oculto al abrigo de un bosquecillo de álamos, en el valle, a tiro de piedra de la entrada de la población, que ascendía en pronunciada pendiente. Jean preparó las mantas para pasar la noche mientras *Philippe* y yo, tras refrescarnos y lavarnos la cara en un pilón, decidimos entrar en *Cordes* sin llamar la atención, aprovechando la oscuridad de la noche.

—Joven Guilhelm, yo siento un profundo cariño por esta bastida, porque en ella siempre he encontrado gente noble y respetuosa con las libertades religiosas, y me gustaría llevaros a un lugar que fue escenario de una historia sobrecogedora —confesó *Philippe*.

—Por supuesto. Después de un viaje tan largo, ya tenía ganas de andar unos pasos y charlar. Además, tengo el espíritu siempre dispuesto para aprender —respondí sonriendo.

—Estupendo. Pero no os separéis de mí —me recordó, y acto seguido, continuó instruyéndome—: *Cordes*, conocida popularmente como la ciudad de las cien ojivas, o
Cordes-sur-Ciel
, llamada así por la riqueza y la monumentalidad de sus edificios góticos, y la altura de la colina sobre la que se asienta, siempre ha sido refugio de cátaros. Por eso aquí me siento tan a gusto —me explicó *Philippe*, mientras emprendíamos la subida por la rúa mayor.

—Parece una ciudad suspendida en el cielo —exclamé, extasiado.

Una poderosa muralla, en triple recinto, aseguraba todo el perímetro de aquella singular bastida, que contaba con varios accesos en forma de puertas fortificadas. Cubierto de una capa oscura, y con el rostro semioculto con una discreta capucha para no ser reconocido por los soldados, seguía algo retrasado al perfecto, que caminaba unos metros delante de mí y ligeramente a mi derecha; mostraba con orgullo su dignidad de perfecto cátaro, ataviado con su brillante túnica azul. Ambos nos confundimos con las gentes del lugar. Los candiles de aceite, suspendidos en las paredes a una braza de distancia cada uno, iluminaban tenuemente las calles y las plazoletas íntimas con una luz plomiza y cansada. Reparé divertido en que cada foco de luz tenía al lado su inevitable salamanquesa, al acecho de los insectos nocturnos. Ésa era, sin duda, la población más hermosa que había visitado hasta entonces. Por los rincones de las callejuelas veíamos numerosos corrillos de

personas que conversaban en voz un poco más alta de lo normal.

—¿De qué hablan? —le pregunté a *Philippe*.

—La mayoría de las personas de esta bastida trabajan en los telares. Los demás se dedican al cultivo del cáñamo y el lino en las tierras de los valles de la comuna, para abastecer a los talleres. Y parece que las cosechas no han sido muy buenas.

El sonido de unas notas musicales al viento, procedentes de una plaza próxima, iluminó el rostro del perfecto.

—¡Guilhelm, vais a ver a un juglar! —exclamó con satisfacción.

—¿Un juglar? —pregunté, extrañado.

—Sí, un poeta que escribe en nuestra lengua occitana; compone él mismo los poemas que recita, y los canta acompañado de un instrumento. Repiten los versos por los pueblos y a veces se juegan la vida, porque comprometen a las autoridades, ya sean civiles o religiosas. Son valientes, aprecio su arte y también su temple —explicó el perfecto con admiración y cariño.

La plazoleta estaba llena de gentes que escuchaban con interés los versos que cantaba aquel joven, iba ataviado con una camisa blanca, un sombrero de piel en punta vuelta hacia adelante, pantalón de lana oscuro sujeto con un ancho cinturón de piel y una hebilla de hierro, y calzado de bota hasta los tobillos.

—¿Qué está recitando ahora?

—Es una historia que tuvo lugar en esta bastida; una historia triste, relacionada con unos inquisidores, y de la que os hablaré más tarde —susurró el perfecto.

Al terminar el recital, el público asistente aplaudió con entusiasmo al juglar, al tiempo que depositaba unas monedas en el cesto de mimbre que había a sus pies.

De repente, cuatro aldeanos hicieron una genuflexión ante *Philippe* inclinándose tres veces consecutivas, mientras le rogaban que les concediera su bendición. El perfecto los saludó con el mayor respeto y estima, y acto seguido los bendijo. Salimos de allí, y después de remontar empinadas calles de piedra —al tiempo que por nuestro lado pasaban caballos y algunos carruajes que regresaban a sus hogares—, llegamos a la parte alta de la población, donde se encontraba su magnífica *halle*, lugar de encuentro de mercados y ferias. En ese momento estaban retirando unos puestos de esencias, y el permanente y agradable aroma a lavanda de

Provenza se respiraba aún en el aire. Fue allí, debajo del impresionante ensamblaje de madera de la cubierta, que había sido construido con la ayuda de veinticuatro pilares de piedra, donde el *bon homme* se detuvo.

—Aquí se encuentra el tema central de la canción del juglar, el motivo de la letra que recitaba. Por el brocal de este pozo, Guilhelm, los ciudadanos de *Cordes*, en el año 1233, hartos ya de tantas opresiones, tuvieron el valor de arrojar a tres dominicos inquisidores, después de que éstos quemaron viva a una anciana por hereje. Como consecuencia de ello, el pontífice Gregorio IX excomulgó a todos los habitantes por herejía, condena eclesiástica que pesa todavía sobre la totalidad del pueblo. A partir de entonces, en los sótanos de las casas se llevan a cabo unos ritos herméticos, como confirma el manuscrito titulado *La suerte de los apóstoles*, una especie de juego de azar, cargado de pruebas de iniciación esotéricas y conocimientos gnósticos, que tuvo que ser escondido en las bodegas de la casa *Prunet* —me confió.

—Todo eso es fascinante. ¿Y no se encontraron los cuerpos de los inquisidores? —quise saber.

—No. Es casi imposible encontrarlos, y dudo de que jamás los hallen, porque el pozo, aunque no lo parezca, tiene una enorme profundidad. Algunos afirman que llega al lecho del rio inferior, y se cree también que fueron los templarios quienes abrieron este aljibe, no sólo para abastecer de agua potable a la población, sino también como galería de escape en caso de largo asedio. Esos caballeros mantienen la iglesia de
Saint-Michel
, que está muy próxima a la puerta de la Jane.

—Me ha sorprendido que la iglesia esté alejada del centro del pueblo —dije, al tiempo que aminoraba el paso.

—Sí, para los hombres y las mujeres que viven en las bastidas, lo más importante no es la iglesia, sino la *halle*. Y es así porque a misa se va una vez a la semana, mientras que al mercado hay que ir todos los días del año. Venid, quiero mostraros las fachadas más bellas y misteriosas de esta ciudad.

Después de descender un trecho por la rúa lateral, arribamos a aquellas singulares viviendas de piedra.

—Ese edificio que veis ahí es la casa *Fontpeyrouse*, con sus seis

elegantes arcadas. Algunos metros más abajo, la casa del *Grand Falconier*, conocida por sus bonitas ojivas y los motivos esculpidos humanos y animalescos. La vivienda que está al lado, igualmente fascinante, es la casa *Prunet*, donde se oculta el manuscrito hermético del que antes os hablé, y que la Inquisición lleva años buscando. Y si seguimos esa rúa hacia arriba, encontraremos a nuestra izquierda la casa del «Gran Montero» el «*Grand Veneur*», en cuya fachada, además de la recreación de todas las escenas relacionadas con la caza, destacan las extrañas, sonrientes y grotescas esculturas que provocan a quienes las contemplan. No son las únicas que asoman por la pared, pues están, además, los rostros esculpidos de
Raymond VII
y su esposa, fundadores de esta bastida. A poca distancia se halla la casa del Gran Escudero, próxima a la iglesia de
Saint-Michel
, famosa por la magnífica escultura de la cabeza de un caballo. Es el justo homenaje a uno de los animales que, junto al perro, se ha convertido en el más noble amigo del hombre. Y algunos metros más abajo, la casa
Carrié-Boyer
, de gran sobriedad. Vivir en esta ciudad, no cabe la menor duda, es un ideal estético y de conocimiento —subrayó *Philippe*.

Yo estaba asombrado y maravillado al mismo tiempo. No daba crédito a lo que mis ojos veían. Las preguntas se agolpaban en mi mente y me impedían pensar con claridad.

—¿En qué consiste ese juego hermético? —pregunté.

—Es una prueba de destreza e intuición, en la que siete jugadores… como sabéis, el siete es un número cabalístico, siguen un recorrido a modo de laberinto, con el objetivo de alcanzar el centro, que no es más que el conocimiento de uno mismo. Este juego recuerda un poco al de la oca de los templarios, pero aquí los obstáculos son los versículos de los dieciséis profetas del Antiguo Testamento: Isaías, Jeremías, Daniel, Oseas, Joel, Amos, Abdías, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías, que se convierten en pruebas de destreza para cada jugador. También aquí se utiliza un dado —respondió *Philippe*.

—Me impresiona que hayáis alcanzado un conocimiento tan

profundo de lo cabalístico.

—El secreto reside en nuestro deseo por conocer las verdades, en plural, porque no existe una sola verdad. Los perfectos tenemos una referencia válida, que nos permite alcanzar ese nivel de conocimiento. En nuestros sermones nos basamos en *La visión de Isaías*, el libro apócrifo del profeta, uno de los dieciséis que vivieron en Tierra Santa entre el año 750 y 450 a. J. C. Pero su obra fue escrita mucho más tarde, en el siglo II d. J. C., por un judío cristianizado. En las páginas de ese libro trascendental se narra la visión de dicho profeta, que habla de la segunda llegada a la Tierra de Jesús a través del séptimo cielo y de su gloriosa ascensión. Ese libro sirve de inspiración a la mayoría de los predicadores cátaros —explicó *Philippe*.

Era ya noche cerrada y las calles empezaban a quedar desiertas, mientras las luces de las viviendas anunciaban los fuegos encendidos en los hogares. Una suave brisa hacía ondear la capa del perfecto, y yo me descubrí el rostro. Sobre nuestras cabezas, una majestuosa luna llena irradiaba su fría y misteriosa luz, iluminando las delirantes formas de las esculturas que sobresalían de los tejados de los palacios, y que parecían condenarnos eternamente con sus miradas maléficas, como seres surgidos del averno. *Philippe* reparó en mis escalofríos de temor.

—Esas extrañas y tenebrosas figuras que sirven para canalizar el agua de la lluvia caída en el tejado hacia la calle son conocidas como gárgolas, aunque más bien parecen *espaurucatz* —comentó con ironía el perfecto.

Entonces oí un ruido que provenía de lo alto. Un temor irracional hizo que me cubriese nuevamente con el capuchón y me aproximase lo más posible a *Philippe* y, de inmediato, como por ensalmo, encontré esa paz interior que transmitía el perfecto. Después descubrí que se trataba de un enorme búho que, en el extremo del alero, había cazado un ratón que le serviría de manjar. Pero de lo que no había duda era de que, a causa del pánico, el corazón había estado a punto de salírseme por la boca.

—Deberíamos ir descendiendo para reunirnos con *Jean* —sugirió *Philippe*—. Pero antes compraremos algunos alimentos en la tienda que he visto abierta cerca de la *halle*.

Los alimentos —miel, hortalizas, huevos, frutas y algo de pan—

los adquirí con la mayor discreción, porque *Philippe* sabía muy bien que, si él entraba al establecimiento, la admiración que despertaba en el pueblo le impediría pasar desapercibido, amén de ser colmado de regalos. Sin embargo, mientras yo estaba dentro de la tienda, varios ciudadanos que por allí transitaban no dudaron en acercarse a sus casas para recoger algunos presentes y entregárselos a mi maestro, que los aceptó y los colmó de agradecimientos y bendiciones.

Bajamos caminando después por la rúa mayor. Estaban cerrando las gigantescas puertas de la ciudad, pero nos dio tiempo de salir. *Jean* se hallaba ensimismado contemplando las estrellas, sentado sobre un tronco seco cerca del riachuelo. Al vemos, tuvo una gran alegría, pues al no saber nada de nosotros durante horas llegó a pensar que nos había ocurrido algo. Después de dar cuenta de los alimentos que llevábamos, nos instalamos en el carro y finalmente pudimos conciliar el sueño. Mas no era posible olvidar las circunstancias de nuestro viaje, por lo que tuvimos que velarnos el descanso unos a otros e, igualmente, nos vimos obligados a dormir con un ojo abierto. Existía, además, el riesgo de ser sorprendidos por bandidos nocturnos: Jean empuñaba un cuchillo.

A la mañana siguiente, justo al romper el alba, nos despertó el alboroto de los pájaros. Recogimos nuestras cosas de inmediato y al cabo de pocos minutos proseguimos el viaje hacia Albi, donde *Jean* debía entregar las maderas. El trayecto hasta la ciudad se hizo muy corto. Yo no cesaba de recordar la bastida de *Cordes*, con sus poderosas murallas y recias puertas y, sobre todo, la historia de los tres inquisidores arrojados al vacío de un pozo por unas gentes hartas de soportar humillaciones. «¡Qué valentía la de sus habitantes, desafiando al papa y a la Iglesia de Roma!», pensé con admiración.

La ciudad de Albi, que dio nombre a la sangrienta cruzada albigense, apareció de golpe ante nuestros ojos al borde del caudaloso río Tarn. *Philippe* estaba deseoso de hablarme del histórico burgo.

—Esta ciudad, también conocida como «*la Roja*» por el color de sus ladrillos, que son su principal elemento arquitectónico y que con los rayos del atardecer parecen encenderse en llamas, cuenta también con una trágica historia. La catedral, que veis al fondo sobre

las murallas, es también de ladrillo. Su campanario es la torre del homenaje de la ciudadela; las prisiones están precisamente junto a la entrada de la catedral. Por insólito que parezca, los carceleros son los mismos sacerdotes católicos. La ciudad sufrió mucho durante la cruzada; en aquel tiempo, hace medio siglo, buscaron refugio algunos perfectos cátaros, como
Arnaud Giffre
, que fue perseguido de manera despiadada por los inquisidores
Arnaud Cathala
y
Guilhelm Pellisson
. Finalmente fue quemado vivo en la hoguera —explicó *Philippe*, visiblemente conmocionado—. Pero eso no es todo —añadió—. Paradójicamente, gracias a los testimonios conservados y escritos por este último inquisidor, *Pellisson*, en sus escalofriantes *Crónicas*, sabemos que los exploradores y los celadores del cuerpo represivo inquisitorial, en su afán por destruir a los cátaros, a los que calificaban de herejes, invadían los recintos sagrados de los cementerios por las noches, abrían las tumbas y exhumaban los cuerpos allí enterrados, para arrojarlos luego a la hoguera «purificadora».

Al oír aquellas terribles explicaciones del perfecto, un tremendo escalofrío nos recorrió de arriba abajo.

—La catedral que veis al fondo, dominando la parte superior de la muralla, fue también construida en ladrillo, y no hace muchos años que se terminó. Con su construcción, la Iglesia quiso transmitir el triunfo de la fe cristiana sobre la herejía cátara. Su altar mayor está dedicado a santa Cecilia, mártir helénica del siglo III, que se corresponde con la pagana Euterpe, y que la Iglesia de Roma convirtió en patrona de los músicos, en claro reconocimiento a los numerosos y renombrados trovadores que siempre ha habido en este burgo y en toda Occitania. Su festividad es el 22 de noviembre.

Tras unos instantes de silencio, *Philippe* prosiguió:

—El esbelto campanario es, en realidad, una torre del homenaje, desde cuyas plantas superiores se domina toda la ciudad y el amplio cauce del Tarn. Pero son los poderes de la iglesia que, desde su sede en *Aviñon*, los que controlan en nuestros días las formas de vida en esta importante ciudad occitana. Y lo hacen ejerciendo un control

muy severo sobre el comportamiento religioso de sus habitantes, con constantes inspecciones, seguidas de órdenes de caza y captura de «herejes». No por casualidad, las terribles mazmorras, con sus correspondientes cámaras de tortura, se encuentran en los sótanos del palacio Episcopal de la *Berbie*, edificio comenzado en 1265 y que está a pocos pasos de la catedral. Procedentes de sus sótanos suelen oírse desgarradores gritos de dolor, causados por los tormentos que allí sufren los condenados por galerías subterraneas. También hay otra prisión eclesiástica, destinada a custodiar a un número exiguo de reos. Está situada en el grosor del pórtico de la catedral, en cuyas oscuras estancias, las más altas autoridades de la Inquisición disfrutan llevando a cabo los castigos más inimaginables —explicó *Philippe*.

Nuestros rostros mostraban el terror que sentíamos. Jean terminó diciendo:

—He de entregar la carga en la carpintería de la zona alta de la ciudad. Desconozco qué tipo de mercancía tendré que llevar a *Ussat*, para repartir después por los pueblos del Pirineo de *l'Ariège*. Si os parece bien, podríamos reencontrarnos aquí, bajo estos olmos, al lado del puente viejo y lo suficientemente lejos del centro de la ciudad. Los que lleguen antes que aguarden a los demás. De noche, con la oscuridad de las sombras, proseguiremos el viaje hacia *Rabastens*.

—Creo que será lo mejor; hemos de ser prudentes —dijo *Philippe*.

—Entonces, amado maestro, ¿qué podemos hacer mientras aguardamos el regreso de Jean? —pregunté a mi mentor.

—Volved a cubriros con la capucha. Yo, en lugar de la túnica azul, y para pasar desapercibido, iré con un modesto sayo apretado por el cordón de cáñamo. De esta forma, y con la mayor precaución, podremos acercarnos a la ciudad para no ser identificados por los soldados, y menos aún por los esbirros del Santo Oficio advirtió el perfecto.

Asentí con la cabeza. También yo, a pesar del riesgo que suponía, deseaba admirar por dentro la villa de Albi.

Verdaderamente nunca había visto un burgo tan grande. Albi me pareció la ciudad más importante sobre la Tierra. Numerosos grupos de soldados, armados hasta los dientes, se desplazaban en

todas direcciones; el colectivo religioso, de diferentes órdenes monásticas, era igualmente numeroso. Los gremios tenían sus barrios (toneleros, carpinteros, panaderos, cordeleros, herreros), y el ensordecedor repique de las campanas de sus numerosas parroquias e iglesias parecía querer competir con las de la catedral. Era un espectáculo indescriptible de colores, sabores y personajes variopintos. Había tiendas que ofrecían las fragancias más exóticas, como el azafrán —que valía su peso en oro—, procedente del reino de Aragón. En un mercado contemplé incluso una subasta de esclavos traídos de Túnez, a cuyos puertos llegaban desde lugares lejanos del África negra. *Philippe* tenía que apretarme de vez en cuando la muñeca para que yo no exteriorizara mi interés, porque, de ser así, podríamos ser descubiertos. En un pequeño comercio de las afueras, de regreso ya hacia el puente viejo, nos detuvimos para adquirir algunos alimentos sin descubrir nuestros rostros. Me llamó la atención que, a pesar del gentío en las calles y en las plazas porticadas, nadie buscaba molestar a los demás, porque, en el fondo, en la atmósfera de Albi gravitaba un profundo miedo; un miedo fruto del sufrimiento que había soportado esa ciudad y sus habitantes desde el inicio de la cruzada, hacía ya un siglo. Nadie allí parecía confiar en los demás, y todos sospechaban de su propia sombra. Sin duda, el brazo ejecutor de la Inquisición era muy largo, y las torturas seguían siendo una pesadilla. Advertí también el hecho de que algunas personas llevaban grabada en la espalda una cruz amarilla. No tardamos en regresar al lugar fijado con anterioridad, y decidimos sentarnos en un banco de piedra próximo al río. Allí había algunos pescadores que arrojaban el sedal para conseguir la cena. Ya tranquilos, y seguros de que no había nadie cerca, le pregunté a *Philippe*:

—Amado perfecto, ¿por qué un mercado de esclavos?

—Eso es consecuencia de la cruzada albigense dirigida por los barones del norte, y de las terribles persecuciones y torturas que la Inquisición no ha dejado de llevar a cabo durante las últimas décadas. La población en edad laboral occitana se ha ido reduciendo alarmantemente, y a iniciativa de las autoridades, tanto civiles como religiosas, se ha recurrido a traer de ultramar mano de obra fuerte y sumisa, capaz de volver a recuperar los viñedos, así como de realizar otros trabajos duros. Pero antes deben pasar por la pila

bautismal.

—¿Y esa extraña cruz amarilla que llevan algunos en su espalda?

—Veo que no se os ha pasado nada por alto —sonrió *Philippe*—. La cruz amarilla es una marca deshonrosa que colocan los inquisidores a las personas que el Santo Oficio califica de herejes para reconocerlas mejor. Esos ciudadanos no tienen derecho a dialogar con los demás, ni a recibir ninguna clase de saludo, atención o ayuda del resto de la comunidad. Los que incumplan estas normas serán igualmente calificados de herejes y considerados como tales —respondió consternado el perfecto.

Entonces cruzaron la calle un grupo de monjes, ataviados de negro, y pude observar en su mirada un cierto e inexplicable desprecio.

—¿Quiénes son? —pregunté cuando comprobé que estaban lejos.

—Son bachilleres, clérigos miembros de la orden de los dominicos. Debemos, por tanto, actuar con la mayor discreción —casi susurró el perfecto.

Al poco llegamos al lugar previamente fijado, y *Jean* apareció con su carreta, que traía cargada de barritas de vino. El aroma del mosto encerrado a pocos metros de distancia embriagó nuestros sentidos.

—¿Hace mucho que aguardáis? —preguntó, mientras procedía a frenar el carro.

—No, amigo *Jean*. Hemos tenido tiempo de visitar un poco la ciudad —respondimos casi al unísono.

—Debo llevar esas barricas a *Ussat*, *Junac*, *Montaillou* y otras poblaciones del Alto *Ariège*. Si os parece, comeremos por el camino. No me siento muy seguro en Albi. Aquí, los arrestos son constantes, y son muy pocas las personas que, una vez encarceladas, vuelven a ver la luz del día —confesó *Jean*, mientras clavaba su mirada en *Philippe*.

—Nos parece una buena idea —respondió el perfecto, mientras buscaba mi aquiescencia con la mirada.

—Entonces daré de beber y de comer a los caballos y luego podremos partir hacia *Rabastens*; en la ruta dejaremos a nuestra izquierda el caudaloso curso del Tarn —nos anunció *Jean*.

A los pocos minutos, los poderosos caballos comenzaron a tirar del carromato con brío. Partimos con celeridad, pero procurando hacer el menor ruido posible para no llamar la atención de nadie.

Jean conocía mejor que ninguno de nosotros la forma más adecuada para ser sigilosos. Nuestro deseo era alejarnos rápidamente de la influencia de la ciudad, e ir a descansar a un lugar seguro en el que pasar la noche, para proseguir después el viaje. Al cabo de varias horas de trayecto, *Philippe* consideró que habíamos alcanzado el sitio adecuado, junto a una fuente. La espléndida luna llena y las innumerables estrellas del firmamento, reflejadas en las aguas del arroyo y que parecían poder tocarse con las manos, fueron luz suficiente, y evitamos así encender la lámpara de aceite del carromato. El objetivo era no ser vistos desde la lejanía. Jean, con la mayor cautela, procedió a instalar y a ocultar el carro bajo unos árboles de la ribera; los caballos, desligados de sus arneses, fueron atados a las ramas más bajas, pero con una cuerda lo suficientemente larga para que pudiesen comer hierba y beber del arroyo. Y nosotros dimos buena cuenta de los alimentos que *Philippe* había adquirido en Albi.

Después de la cena, decidimos pasar la noche allí y, a la mañana siguiente, bien temprano, continuar viaje hacia *Rabastens*, donde nos despediríamos de Jean. Él proseguiría un largo trayecto hacia sus Pirineos, aprovisionado con diez barricas de roble del Lemosín, cargadas de buen vino del *Minervois*.

VII.
La hoguera de Gaillac

El relincho de los caballos nos despertó. El sol ya hacía un buen rato que había asomado por el horizonte, y no nos interesaba permanecer mucho tiempo allí. Tan pronto como Jean enganchó los robustos bretones, nos pusimos en marcha. Todos lo ayudamos a recoger las mantas y demás enseres utilizados para pasar la noche. El Tarn nos acompañaba durante todo el trayecto, a la izquierda del sendero, con la hilera de álamos marcando la orilla del río. De pronto, un grupo de personas se abalanzó sobre nosotros, lo que nos obligó a detener el carromato.

—¿Qué sucede? —preguntó *Jean*, sorprendido.

—¡Se va a producir una ejecución! —vociferaron los campesinos.

Al oír aquellas palabras, *Philippe* y yo nos sobresaltamos, e intentamos asomarnos con cuidado al exterior, entre las mantas y las barricas de vino.

—¿Pero dónde será y quien va a morir? —volvió a preguntar Jean a aquella muchedumbre que corría aterrorizada.

—¡En *Gaillac*! —clamaron al unísono—. El condenado es un *bon homme*, *André Tavernier*.

Al oír el nombre, *Philippe* palideció de inmediato.

—¿Quién es *André Tavernier*? —le pregunté, al advertir en su rostro un gesto de honda preocupación.

—Un perfecto cátaro, tejedor de *Prades*; de ahí que también se lo conociera con el nombre de *Prades-Tavernier*. Fue compañero mío durante décadas, y predicaba a los creyentes de numerosos pueblos

y aldeas, especialmente del condado de *Foix*. Es una persona muy querida por todos los occitanos.

Las lágrimas nublaron los ojos de *Philippe*, mientras la atemorizada muchedumbre nos sobrepasaba y seguía corriendo en dirección contraria a la nuestra.

—¿Podéis acercarnos a *Gaillac*? —preguntó el perfecto a *Jean*, con los ojos cubiertos de lágrimas, mientras trataba de ocultar su dolor.

—Por supuesto que sí, querido amigo, yo también soy occitano, y odio las injusticias que, en nombre de la religión y desde hace demasiado tiempo, se están produciendo en nuestra tierra —exclamó—. Gaillac, además, no queda lejos de aquí, si seguimos el curso del Tarn, que baña también esa villa.

—Os quedaré eternamente agradecido, amigo *Jean*.

Un par de horas después, tras cruzar una espesa alameda, las casas de Gaillac asomaban a la sombra de un fuerte torreón y del campanario de la iglesia. A primera vista, nadie podía presagiar la tragedia que allí, en su plaza mayor, estaba a punto de producirse.

—Intentaré acercarme todo lo posible, pero debemos andar con el mayor sigilo. Estoy seguro de que habrá numerosos soldados vigilando las calles, y corremos serio riesgo de ser descubiertos —comentó en voz baja *Jean*. El resto asentimos con la cabeza.

Jean, como buen carretero, consiguió desplazar la plataforma con las barricas, y aseguró los caballos para evitar que los animales se encabritaran si se producía una revuelta popular.

—¡Ahora, amigo Guilhelm, acompañadme si lo deseáis, porque tengo una deuda con ese buen hombre, también cátaro, con el que compartí muchos momentos de mi vida! —exclamó *Philippe*.

—Por supuesto —respondí con respeto.

—Pero debemos cubrirnos bien el rostro y vestir lo más discretamente posible para no ser descubiertos por los soldados o los inquisidores —recomendó el perfecto.

Jean terminó de asegurar su carruaje mientras ambos intentábamos ayudarlo, y se apostó luego en un lugar discreto, frente a las murallas de la dudad, al otro lado del río. Nosotros, con el mayor sigilo, cruzamos el puente de piedra que conducía al interior de la población. Mientras tanto, *Philippe* me hablaba de aquella ciudad.

—Gaillac es conocida también como la «ciudadela de las viñas»

por la riqueza y la variedad de viñedos en su comuna. Durante muchos años, perteneció al conde de Toulouse, dada la proximidad con la capital del Languedoc, lo que ocasionó que fuese víctima de numerosos ataques por parte de los cruzados mandados por *Simón de Montfort*. Más tarde, fue saqueada por violentas bandas de mercenarios. Sobre los rojizos tejados de la ciudad se alza el baluarte de la torre de Palmata y, al lado, la iglesia abacial de
Saint-Michel
, fundada por los templarios en el siglo XII.

—Parece una ciudad hermosa y en calma; lástima que debamos visitarla en tan mal momento —me lamenté.

Los ojos de *Philippe* seguían llorosos, y él intentaba ocultar su rostro ante los grupos de personas con las que nos cruzábamos; se respiraba una enorme tensión en el ambiente. A los pocos minutos, después de ascender por la calle principal, llegamos a la plaza mayor, en la que se estaba preparando el patíbulo. En torno a él, bajo las casas entramadas de madera y ladrillo, y delante de los soportales, habían dispuesto una hilera de bancos a modo de gradas, en los que se sentarían cómodamente las autoridades para presenciar la ejecución como si de un espectáculo se tratase. La indignación recorría los rostros de la gente, y nosotros asistíamos incrédulos a la escenificación del terror más arbitrario.

—Debemos obrar con la mayor discreción posible —volvió a recordarme en voz baja *Philippe*, con sus pupilas clavadas en las mías.

—De acuerdo —susurré entre dientes, tremendamente asustado.

—Vamos a colocarnos en un lugar próximo. Deberíamos situarnos en un lugar alejado del que recorran las autoridades. Allí donde se acumule, además, el menor número de soldados.

Entretanto, comenzaban a llegar carruajes cargados de leña al centro de la plaza. Los soldados ordenaban su colocación en torno a un poste central. Nuestros dientes chirriaban de rabia y de dolor, al mismo tiempo. Unas horas después, ya estaba preparada la hoguera: habían puesto en la base del poste un par de haces de yesca para que ardiese mejor el condenado. Los verdugos —tres dominicos— controlaban todos los movimientos, sin parar de dar órdenes a sus ayudantes vigoleros. En el nivel mas alto, por encima incluso del senescal, se alzaba el banco; un asiento de madera con

prominente respaldo. Allí tomaría asiento el inquisidor general, el cual, como autoridad máxima del evento, llegaría el último, luciendo sus mejores vestiduras de seda. Un silencio sepulcral reinaba en la plaza cuando las campanas de la iglesia abacial doblaron a muerte y silenciaron el trinar de los pájaros. El aire era fresco. Negros nubarrones cubrían el horizonte, presagiando quizá la tragedia. La gente agolpada alrededor del patíbulo, vigilada estrechamente por el fuerte contingente de la soldadesca del obispo, reflejaba en sus caras el odio que sentían como repulsa ante tan vil ejecución. Daba la sensación de que, de un momento a otro, iban a enfrentarse con los soldados, en un último intento por evitar tamaña humillación, pero afortunadamente no fue así, porque hubiese sido una verdadera carnicería, ya que los arqueros estaban con las ballestas a punto y las espadas desnudas, esperando cualquier revuelta popular.

En ese momento escalofriante se produjo la llegada del carro. Maniatado a unas gruesas maderas, la figura entrevista de *André Tavernier*; sus brazos y sus pies sangraban, así como la espalda y el pecho, por los azotes y los terribles castigos que había recibido durante los interrogatorios en la mazmorra. El carro cruzó delante mismo de nosotros y *Philippe* alzó su mirada hacia el rostro de su buen amigo *André*. Al observar el pentágono estrellado que aquél le mostró discretamente entre los dedos, lo reconoció entre la muchedumbre. El reo y su viejo amigo cruzaron con cariño sus miradas; el perfecto, en aquel agónico momento, quiso transmitirle el *consolamentum* al condenado. Entonces, el rostro de *André* se transformó, se elevó como enriquecido por una fuerza interna que le daba una seguridad indestructible. Por más años que viva, jamás podré explicar con palabras el instante eterno, transfigurador, que se vivió entre aquellos dos hombres en escasos segundos misteriosos de vértigo existencial. Agradezco ahora a Dios haber sido testigo de aquel fenómeno. Instantes después, los mulos que portaban el carro fueron frenados de golpe, y los soldados hicieron descender a *André*, empujándolo violentamente hasta conducirlo ante la base de aquel montón de leña seca. Los rostros de las autoridades no podían disimular una enorme satisfacción, plasmada en una sonrisa sarcástica y deforme.

Los sacerdotes exhortaron al reo a que se reconciliara con la

Iglesia romana. Sin embargo, el gesto de *André*, lejos de mostrar su aprobación, rechazó cualquier conversión al cristianismo. En varias ocasiones se repitió la misma operación; los intentos de doblegar la voluntad del condenado encontraron siempre una negativa por respuesta. Los dominicos, siguiendo las órdenes que, con gestos imperceptibles, enviaba desde el estrado el inquisidor general, gritaron al condenado:

—¡Te abandonamos al infierno, y que el diablo, vuestro señor, se haga cargo de vuestra pecadora alma!

Seguidamente. *André* fue empujado por los verdugos sobre la escalera de madera hasta alcanzar la parte superior de la hoguera, donde fue maniatado al poste. En un acto de sometimiento y humillación, obligaron a que el rostro del infortunado mirase al palco principal del estrado. Una vez allí, uno de los dominicos le acercó, desde el suelo y por última vez, un crucifijo al reo. Éste estaba fijado al extremo de una larga vara para que el condenado pudiese besarlo y, según los sacerdotes, morir así en paz. Pero *André* siguió rehusando todas las exhortaciones, rechazó incluso que le fueran cubiertos los ojos mientras las miradas de las autoridades se clavaban en aquel desdichado. A continuación, los verdugos le prendieron fuego a la hoguera, y el cuerpo de André se consumió con la leña seca, en medio de una columna de humo. Lo primero en prenderse fueron la larga barba y los cabellos que crujían y se resquebrajaban. El olor a carne chamuscada hizo irrespirable el lugar. Lo más impresionante de aquella terrible escena fue el sepulcral silencio de la víctima. En ningún momento salió de sus labios sonido alguno, ni lamentos ni súplicas se oyeron de su boca, y mantuvo los ojos siempre abiertos, como un desafío al inquisidor.

Mientras tanto, el pueblo lloraba amargamente en silencio. Hombres y mujeres sollozaban en un ambiente de tragedia y amargura. En el momento en que el cuerpo de *André* fue envuelto por las devoradoras llamas, todos los allí presentes, al igual que había hecho el ajusticiado, volvieron la mirada hacia el palco del gran inquisidor. Éste, atemorizado y a instancias de sus consejeros —sólidamente protegidos por los soldados—, abandonó precipitadamente el lugar. En ese instante, todos, tras realizar tres reverencias a la pira, exclamaron a voz en grito: «¡*Buen cristiano, rogad a Dios para que este pecador que yo soy sea guiado hacia un buen*

final!».

En ese instante se produjo un fenómeno que sobrecogió a todos los allí presentes: del rescoldo del fuego surgió una voluta de humo blanco que quedó suspendida durante largo tiempo en el aire. Nadie osaba pronunciar palabra. Un silencio sepulcral se cernía sobre el pueblo.

—¡Es la metempsicosis, la prueba de que el alma de André ha sido aceptada por Dios en la gloria! —dijo *Philippe*. Su voz trémula mostraba toda la emoción que encogía su alma. Después, rompió a llorar como un niño.

Los bancos del estrado fueron retirados a medida que las autoridades iban abandonando el palco. Me sorprendió mucho comprobar que, antes de dejar la plaza, y cuando todos los rescoldos se habían apagado, los soldados y demás sirvientes, quizá siguiendo las órdenes de los inquisidores, se afanaron por recoger las cenizas.

—¿Por qué lo hacen? —pregunté extrañado a *Philippe*.

—Para que ningún miembro de la familia de *André*, o algún amigo o conocido del condenado, se lleve a su casa parte de las cenizas. Intentan evitar así que se conviertan en reliquias —respondió, al tiempo que la indignación inundaba su rostro.

—¿Y qué hacen entonces con la ceniza recogida?

—Será aventada lejos de aquí, para que nadie pueda recoger ni un gramo de la misma.

Esperamos, pues, a que todas las autoridades, los soldados y los miembros de la Inquisición fueran abandonando la plaza y, camuflados entre el gentío, buscamos la calle que nos llevase de nuevo al puente de piedra. Al otro lado del río Tarn nos esperaba *Jean*.

El rostro de *Philippe* transmitía un profundo dolor y una pena inconsolables por la muerte de su amigo André, pero, al mismo tiempo, podíamos vislumbrar en él toda la serenidad y el amor que sus creencias le infundían. Además, el símbolo de la paz celestial y la resurrección para los cátaros, la paloma blanca, había hecho acto de presencia en el momento final, y eso reconfortaba a nuestro amigo.

Jean aguardaba con preocupación, sabedor del riesgo que corríamos. Cuando llegamos al lugar de encuentro no pudo ocultar su alegría por vernos con vida. Sin mediar palabra para no llamar la

atención de las gentes que por allí pasaban, preparó los caballos, mientras nosotros lo ayudábamos a organizar el carro.

Durante el trayecto hasta Rabastens cruzamos pocas palabras. En nuestras mentes reinaba un profundo dolor por la muerte de *André Tavernier*. Yo estaba impresionado por la actitud de *Philippe*, quien, desde la ejecución, mantenía una mirada absorta y distante. A todos nos azoraba su hermético silencio y su rostro inexpresivo. Parecía como si en su espíritu algo se hubiese quebrado.

VIII.
«NIDO DE HEREJES»

Llegamos a Rabastens cuando el astro rey se escondía ya tras el horizonte y las estrellas y una luna llena resplandeciente iluminaban el firmamento. *Jean* nos condujo hasta la misma entrada de la población, también cerca del río, y allí nos despedimos, deseándonos suerte y felicidad en nuestras vidas, al tiempo que *Philippe* y yo le mostrábamos nuestro más sincero agradecimiento por acompañarnos en aquel largo viaje. Prometimos volver en otra ocasión por **Ussat**, y le dimos saludos afectuosos para *Bartomeu*. Con un gesto de tristeza, *Jean* arreó a sus caballos y abandonó el lugar, mientras nos despedía lentamente.

—Os llevaré a nuestra *maison*, donde recibiréis alojamiento y estaréis protegido —me dijo el perfecto.

—¿Estaremos seguros en esta ciudad, señor? —pregunté.

—Rabastens ha sido siempre protectora de los cátaros, incluso desde mucho antes del inicio de la cruzada; tanto es así que los clérigos católicos la llaman «nido de herejes». La abundancia de creyentes es tal que disponemos de dos *maisons*: una para mujeres y otra para hombres. La primera está regentada por Hildegarda, su priora, mujer de gran talante y profunda humanidad, querida y respetada en toda la comuna. Más adelante tendré mucho gusto en presentárosla.

—Como vos consideréis más oportuno, señor. Pero ¿cómo deberíamos ir vestidos aquí? —pregunté.

—Yo iré con mi túnica azul, pero vos deberíais seguir con el rostro oculto para evitar que puedan identificaros —respondió el

perfecto.

Tras cruzar el puente sobre el Tarn, nos adentramos lentamente en la ciudad. Instantes después se cerraron las puertas de la muralla, y el sonido de sus goznes rompió el silencio de la noche. Anduvimos a través de las adoquinadas aceras de su rúa mayor, cubiertas con vetustos soportales, y después de atravesar algunas plazoletas desiertas, llegamos a un callejón iluminado con un pequeño candil de aceite. El perfecto hizo sonar la aldaba de hierro de una puerta tan oscura como el resto de aquella estrecha travesía; dio varios golpes a modo de contraseña, y de pronto, tras crujir las bisagras y correrse el cerrojo, el portalón se abrió. Apareció un hombre de mediana edad, que saludó con respeto a *Philippe*.

—¡Dios os guarde, amado perfecto! —exclamó.

—Y que Él os ampare, estimado *Esteve* —respondió *Philippe*.

—Gracias a Dios que habéis llegado bien. Sabiendo lo que ocurre desde hace tiempo por estas tierras, todos aquí temíamos por vuestra vida.

—Sí, ha sido un viaje muy largo, y lleno de sobresaltos. Viene conmigo un joven del *Razès*, que pertenece a una familia de buenos cristianos de Cubières. Desea hacerse creyente, y le gustaría ejercer el noviciado en esta *maison*.

—Pero pasad, mi mujer os preparará algo de cena en un momento. Seguro que estáis cansados —dijo *Esteve*.

La modesta puerta de entrada no se correspondía con el interior de la vivienda. El salón principal disponía de una mesa central, rodeada de sillas, varias lámparas que iluminaban debidamente la estancia, una inmensa biblioteca con rollos, pergaminos y algunos incunables y plumas de ave dispuestas para escribir en papel. El pentagrama estrellado dominaba la pared central de aquella acogedora estancia. *Esteve* nos invitó a sentarnos, mientras su esposa. Alanïs, preparaba algo de comer. *Philippe* y yo fuimos al patio para lavarnos manos y pies en la fuente. Acogimos con alborozo nuestra primera comida caliente en varios días: un tazón de caldo caliente de verduras, un trozo de queso de cabra bañado en aceite de oliva, aceitunas, pan, frutos secos y miel… Todos esos manjares nos hicieron olvidar temporalmente los sucesos de aquella triste y agotadora jornada. Pocas palabras salieron de la boca de *Philippe*, que seguía inmerso en un profundo dolor por la muerte de

Tavernier. *Esteve* comprendió la parquedad del perfecto y, discreta y silenciosamente, nos llevó a nuestros aposentos. Eran dos habitaciones pequeñas y contiguas, situadas en la planta superior, que se iluminaban con la claridad de la ventana que daba al patio trasero. No hizo falta encender la lámpara de aceite, porque la refulgente luz de la luna me bastaba. Tras desprenderme de las sandalias y dejar la bolsa sobre una mesita, me desplomé en el camastro. Lo último que creí oír, lejanamente, fueron las campanas de la iglesia repicando a completas.

A la mañana siguiente fueron también las campanadas —que anunciaban ahora el *ortu solis* de la hora prima— las que me anunciaron el inicio de una nueva jornada. Al asomarme por la ventana, advertí que en el patio ya había movimiento de personas. Llamaron entonces a la puerta: el desayuno ya estaba preparado.

El salón principal estaba dispuesto para compartir el primer alimento del día. *Philippe*, que ya ocupaba su silla, me saludó amablemente. Ambos teníamos aún en el rostro las huellas del sueño reparador de aquella noche. Llevábamos muchas jornadas sin poder dormir varias horas seguidas, y nuestros cuerpos empezaban a acusar el cansancio. *Esteve* y el resto de los huéspedes de aquella acogedora morada llevaban un buen rato despiertos; tras desayunar, todos abandonaron la estancia y fueron a emprender sus correspondientes tareas, pero antes se despidieron respetuosamente del perfecto. El grado de amistad y sinceridad que se respiraba en el ambiente me congratuló y me animó sensiblemente. A medida que pasaban los días, mi relación personal con *Philippe* ganaba en confianza. Cuando nos quedamos solos, él se dirigió a mí:

—Debemos actuar con la mayor discreción, pero sin olvidarnos nunca de nuestra tarea última, que es la de transmitir a los nuestros, y también a quienes compartan nuestros pensamientos, la voluntad de hacer siempre el bien, ayudar al prójimo y temer al mal. Pero antes de proceder a vuestro noviciado, quiero que conozcáis algo de esta ciudad —dijo.

—Como deseéis, señor.

Hacía una mañana espléndida, una suave brisa acariciaba mi rostro y los pájaros trinaban de alegría. La gente conversaba en corrillos amigablemente, en perfecta camaradería, y los saludos y las muestras de respeto hacia el perfecto eran constantes a cada paso.

Éste no ocultaba la condición de su dignidad, y lucía con distinguido porte su brillante túnica azul, calzado con sandalias de cuero; yo, en cambio, seguía ocultando mi rostro, ataviado con un discreto sayo.

—Esta ciudad fue fundada por monjes benedictinos procedentes del vecino monasterio de Moissac, y ha sido siempre una plaza fiel al catarismo, a pesar de lo mucho que sufrió durante la cruzada albigense cuando, en dos ocasiones, fue asediada por el temible *Simón de Montfort*, y fue enteramente arrasada por los soldados reales en 1230. Sin embargo, el sentimiento cátaro se mantuvo tan profundo que no sólo volvió a reconstruirse la villa, sino que un hijo de este burgo, *Raymond de Rabastens*, alcanzó la dignidad de obispo cátaro de la ciudad de Toulouse para ser destituido más tarde por el pontífice Inocencio III —explicó *Philippe*, mientras caminábamos.

—Deben de ponerse muy nerviosos los inquisidores al oír el nombre de Rabastens —comenté sarcásticamente.

—Hace tiempo que esta ciudad está en el punto de mira del Santo Oficio, pero aquí siempre se ha respondido con valentía; las autoridades religiosas de esta dudad llegan incluso a ignorar las órdenes de caza y captura de herejes recibidas de la Iglesia católica. Por ello, he pensado que Rabastens era el lugar adecuado en el que prepararos para el noviciado, e iniciar, así, vuestro camino de creyente, joven Guilhelm. Pero antes, desearía que respiraseis el aire de este burgo, a mi juicio, una de las ciudades más agradables de toda Occitania.

—Os acompañaré a donde me llevéis —respondí.

Al cabo de pocos minutos alcanzamos la iglesia.

—Hemos llegado a
Notre-Dame-du-Bourg,
principal parroquia de la ciudad, construida no hace muchos años. Impresiona su gran pórtico, decorado con capiteles esculpidos; el interior de la iglesia, como veis, está bellamente iluminado con cromáticas vidrieras, en donde abunda el rojo. Es así porque los artesanos utilizaron oro para decorarla —decía *Philippe*, mientras era saludado respetuosamente por unos ciudadanos que se cruzaron con nosotros.

De pronto, un grupo de personas ataviadas de forma distinta salieron de la iglesia santiguándose, al tiempo que portaban pesadas

bolsas sobre sus espaldas, sombreros y un largo bordón, de cuyo extremo colgaban las calabazas usadas como recipientes para guardar el agua.

—¿Quiénes son? —le pregunté al perfecto.

—Son peregrinos que hacen el camino hasta Compostela, a través de los reinos de Aragón y de León, para venerar la tumba del apóstol Santiago, que según la tradición católica está enterrado en Galicia.

—¿Y por qué están aquí?

—Porque Rabastens es una encrucijada de dos grandes ejes de peregrinación hacia Finisterre, correspondientes a la vía Tolosana, que arranca en la ciudad provenzal de Arlés, y a la vía Podensis, que empieza en Le Puy, ciudad del sur de Auvernia. El primero llega a Puente de la Reina, en Navarra, y el segundo a Ostabat, en Aquitania, para convertirse después, ya en tierras hispanas, en un solo camino, el Camino de Santiago, que conduce a los peregrinos hasta Galicia.

—¿Y cómo se guían, sin perderse, en un itinerario tan largo y lleno de peligros?

—Durante el día, los caminos están bien señalizados, y durante la noche, son las estrellas del firmamento las que orientan a los peregrinos en su agotador viaje. Cada cierto trecho hay asilos, albergues y hospitales que ayudan a los romeros, muchos de los cuales son financiados y protegidos por los templarios. Esos caballeros, y a cambio de una modestísima cantidad, garantizan la seguridad en los desplazamientos, y facilitan el paso por los puentes, defensa en caso de presencia de bandidos, comida en los albergues y una cama y cuidados médicos para los enfermos —explicó *Philippe*.

—¿En qué trabajan las gentes de Rabastens?

—Son artesanos, agricultores, ganaderos, peleteros y, sobre todo, tejedores.

—¿Tejedores?

—Sí, se trata de un oficio muy común entre los creyentes cátaros, lo que confirma el alto porcentaje de personas que profesan nuestra religión y comparten, de algún modo, nuestra filosofía de vida. Por ello, los clérigos católicos, de forma peyorativa, llaman *texerant* a todos los cátaros occitanos, sean o no tejedores.

—Estoy pensando, estimado maestro, que durante el tiempo que tenga que estar aquí, en Rabastens, hasta concluir el noviciado, debería buscarme un trabajo. Así podría contribuir en mi manutención y, en cierta medida, sufragar los gastos de alojamiento en la *maison*. Y esa actividad en la que ocuparme podría ser en una industria de telar —sugerí.

—Como queráis, joven Guilhelm, pero no estáis obligado a nada. Nosotros aquí os ofrecemos cuanto tenemos, sin pediros nada a cambio —respondió amablemente el perfecto.

—Lo sé, y no imagináis cuánto os lo agradezco, pero, de cualquier modo, quiero ayudar en los gastos de la *maison*.

—Bien. Si os empeñáis, podré ayudaros a encontrar ese trabajo, quizá en un taller cercano a la casa, donde podréis trabajar con la tranquilidad de saber que no seréis delatado, porque todos los operarios y el menestral son personas de entera confianza. A la hora duodécima, antes de que finalice la jornada laboral, y después de que organicemos el programa que debemos llevar a cabo para que alcancéis la puesta en disposición al grado de buen creyente, os llevaré al taller para presentaros al artesano responsable.

—Estoy a vuestra disposición, siguiendo siempre vuestros consejos —respondí.

Recorrimos luego los hermosos espacios del interior de la ciudad de Rabastens, deteniéndonos a contemplar algunas de las estrechas callejuelas y sus magníficos soportales. Constantemente nos cruzábamos con numerosos creyentes por las calles y las plazas, que presentaban con devoción sus respetos al perfecto, a quien, incluso después de las reverencias, ofrecían alimentos y presentes. Me llenó de satisfacción comprobar el aprecio que las gentes de ese lugar sentían por ese buen cristiano. El cariño del que gozaba *Philippe* en la comunidad era sincero y sobrio, sin exaltaciones ni maledicencias, lo cual demostraba el grado de fervor religioso que aquellos humildes ciudadanos sentían por la causa cátara.

Al fin llegamos a la *maison*. Faltaba poco para que las campanadas de la iglesia de
Notre-Dame-du-Bourg
doblaran anunciando la hora sexta, y *Esteve* organizó la comida, ayudado por Alanïs, su esposa, y por otros miembros de la casa. Estuvimos acompañados por todo tipo de gente. La mesa se llenó en

seguida de personas que —después lo supe— también habían acudido hasta allí para iniciarse en el camino de la fe. Al acabar la comida, la mayoría marcharon a realizar sus actividades, y *Philippe* se ausentó durante un momento para ocuparse de unos asuntos urgentes, pero no tardó en regresar.

Después de un breve descanso, decidimos que el perfecto me acompañase al taller de los telares. Allí me presentó al menestral, *Joseph Bujean*, también ferviente creyente. El lugar era muy agradable; en su atmósfera reinaba un ambiente de cordialidad, respeto y buenas maneras. Le expliqué a *Joseph* mi deseo de trabajar en su acogedor taller, pero también que mi vida espiritual estaba ya encaminada, y mi prioridad era alcanzar el grado de creyente. Para lograrlo, debía estar un tiempo fuera, alejado de la dudad, aislado en las montañas en estado de meditación, y luego me incorporaría al taller con los demás operarios. Tanto el menestral como *Philippe* dieron su aprobación, y convenimos mi pronta marcha. Después, tras despedirnos, salimos juntos hacia la casa. Ya en el salón, el perfecto me animó a ultimar algunos detalles de mi partida.

IX.
EL
RITUAL CÁTARO

—Ahora, estimado maestro, desearía que me explicaseis cuáles son los pasos que debo dar, cuál es el camino que hay que seguir para alcanzar mi deseo.

—Bien. Los preceptos que tendréis que observar y respetar, desde el primer momento, para alcanzar el grado de iniciado, son éstos:

1. No matar a persona o animal alguno, ya que todos ellos son poseedores de almas que esperan su salvación.

2. Obligación de ayuno. Un buen cristiano debe separarse del mundo material, del que es amo y señor el diablo. Lo verdaderamente importante es alimentar el alma.

3. Practicar la castidad sexual, aunque esta norma es aplicable sólo a los perfectos, ya que la procreación es diabólica por traer al mundo la prisión del alma, que es el cuerpo.

4. Prohibición de jurar o tomar juramento.

5. Obligación de trabajar.

6. Asistir a los sermones de los perfectos.

7. Respetar a los perfectos dándoles el *melhorament*, o debido saludo, con una triple genuflexión, mientras se recitan las palabras «Rogad a Dios para que me lleve a buen fin».

8. Creer en la transmigración de las almas y en la reencarnación.

9. Negación de la divinidad de Jesús.

10. Creer que la misión de Jesús consistió únicamente en revelar a los hombres que, adorando al Demiurgo, ese terrible personaje del Antiguo Testamento, era en realidad a Satanás a quien rendían homenaje. No es posible que el Todopoderoso y buen Dios haya

creado un mundo, y a los seres humanos que en él habitan, que lleve dentro de sí el germen de su propia destrucción.

11. Rechazar los sacramentos, sobre todo la eucaristía, dado que este último pretende encerrar a Dios en un trozo de materia.

12. La admisión de los Evangelios, sobre todo el de san Juan, en el que Cristo aparece menos como un personaje histórico que como el Verbo eterno de Dios, luz del Espíritu enviada a las tinieblas de la materia.

13. La aceptación de la veracidad del Apocalipsis, al anunciar la destrucción del mundo material y la instauración del Reino del Espíritu Santo o Paráclito, Consolador.

Escuchar de sus labios todos estos preceptos, muchos de los cuales conocía pero hacía años que no oía, inflamó mi espíritu y llenó mi corazón de anhelo y gratitud. El perfecto prosiguió:

—Una vez que, como adepto, hayáis comprendido las enseñanzas, y siempre a instancias mías, pues soy vuestro preceptor, os convertiré en iniciado. Tampoco podréis adquirir el grado de perfecto sin la iniciación. Y una vez alcanzada la perfección cátara, me acompañaréis a todos los lugares adonde yo vaya. De esa forma, iréis perfeccionando mis enseñanzas —concluyó *Philippe*.

—¿Y durante cuánto tiempo permaneceremos juntos, estimado maestro? —pregunté.

—Es un periodo que suele ser bastante largo; de vos dependerá. Debéis saber que durante ese tiempo iremos ataviados con el hábito para transmitir ese mensaje de pobreza que mueve nuestras almas, visitaremos hospicios para ayudar a los niños abandonados, o daremos refugio en la *maison* a jóvenes necesitados.

—¿Y cuáles serán las pruebas de iniciación a las que deberé someterme? —insistí.

—Aún no es el momento de hablar de eso —respondió el perfecto, y luego guardó un largo silencio.

Ahora que estoy a punto de ser ajusticiado, recuerdo con profunda emoción y algo de nostalgia las pruebas iniciáticas que hube de superar antes de ser admitido en la ceremonia del *consolamentum*. Entre muchas otras, hubo una que consistió en taparme los ojos y conducirme a un espacio cerrado, una gruta de iniciación de la comuna de Rabastens. Allí, tumbado de espaldas en el suelo y completamente desnudo, mis extremidades extendidas

formaron un pentagrama. Aprendí en esa posición a orar intensamente al Altísimo, al tiempo que fui entrando en una profunda y mística meditación. El motivo de mi desnudez no era otro más que favorecer que mi cuerpo entrase en contacto directo con la tierra, sin traba alguna. Otra de las pruebas estribaba en emular los cuarenta días del retiro de Jesús en el desierto; pasar en solitario ese período de tiempo, orando y meditando, con el fin de hallar a Dios dentro de mí. La repetición cotidiana del rito de la oración facilitó, con el tiempo, que alcanzase el estado de trance voluntario. Hoy he de decir, con toda humildad, que no fueron mis fuerzas las que obraron por sí mismas, y que reconozco la ayuda de Dios en la progresiva conformación de mi voluntad. El dominio de esa técnica me permitió logros inimaginables para el hombre que yo había sido: conseguí controlar el dolor, el hambre, el cansancio o el frío. No puedo evitar emocionarme al recordar el rostro sereno y la expresión apacible de mi maestro, así como sus interminables y pacientes enseñanzas.

—Entonces, ¿es posible llegar a desafiar el dolor?

—¡Claro que sí! Esa capacidad de control sobre uno mismo, consecuencia de la voluntariedad del trance, sirve para que muchos de los perfectos cátaros lleguen a ignorar el dolor. Incluso si son capturados e interrogados por la Inquisición y son sometidos a tortura.

Pero existían otras muchas cosas que mejorar, y muchas otras tentaciones que vencer. Recuerdo también que, para no caer en la tentación carnal, se me aisló, junto a una mujer joven y hermosa, llena de vida y frescura. No podía separarme de ella bajo ningún concepto, así que nos llevaron a un lugar apartado para orar y me advirtieron de que estaría constantemente vigilado. En aquel momento yo no supe entender a qué se referían con aquellas palabras, porque lo cierto es que nadie más se quedó con nosotros. Mi corazón era incapaz de concebir que, por encima de nosotros, estaba siempre la mirada atenta y escrutadora del Todopoderoso. Más tarde supe que aquella mujer era una perfecta y formaba parte de la iniciación.

La prueba de la soledad fue especialmente dura. Permanecí completamente solo, aislado del mundo en un enclave eremítico, durante varias jornadas. Allí debía contestar sin vacilar a las

preguntas que mi maestro o cualquier otro perfecto me hacían, incluso cuando, como en algunas ocasiones, acudían por sorpresa al lugar.

Una vez superado ese período, y cuando el consejo lo consideró oportuno, fui instruido para la ceremonia esencial del catarismo: el *consolamentum*.

Después de unos meses de iniciación y aprendizaje, cumpliendo con obediencia todos y cada uno de los preceptos establecidos por *Philippe*, había alcanzado, al fin, la dignidad de creyente. Aproveché entonces para preguntarle al perfecto acerca del *servis*, la ceremonia del *consolamentum*.

Todo el proceso antes de esa ceremonia lo recuerdo como uno de los momentos más singulares e inolvidables de mi vida. En primer lugar, el consejo eligió un hermoso lugar apartado, alto y con manantiales de agua; era una de las principales grutas esotéricas de Rabastens. Recuerdo mi expectación y mi incertidumbre ante lo que me aguardaba. Estábamos situados en la zona inicial del *cluzels*, que hacía las veces de pórtico de entrada a aquel impresionante y sagrado templo rocoso. Una luz tenue penetraba por la grieta de acceso al antro y facilitaba la contemplación de la entrada a la zona principal de la cueva. Era mediodía, una mañana de total transparencia lumínica, porque el cielo estaba enteramente despejado. Ésa era, además, una condición exigida para el ritual que se iba a celebrar en ese mismo escenario.

Mientras me adentraba, sentía una gran emoción por todo lo que intuía del interior de la gruta, pero, al mismo tiempo, no podía dejar de admirar la belleza del cielo, cuyo tono celeste armonizaba con el color de las túnicas de los perfectos que me acompañaban. Allí, en los cielos, las siluetas de las águilas que dominaban aquellos solitarios parajes. En el interior de la cueva reinaba un silencio expectante y denso, apenas roto por los pasos susurrantes. Yo, a pesar de estar descalzo para mantener un contacto permanente con la Madre Tierra, no sentía el menor frío ni en los pies ni en ninguna otra parte de mí. Aunque iba vestido sólo con la liviana túnica blanca de los iniciados, mi cuerpo permanecía templado en aquel fresco mes de noviembre.

Un canto procedente del interior de la cueva avisaba de que el iniciado podía entrar; al momento penetramos en aquel templo de

piedra. Lo que vi me dejó extasiado. Era una enorme sala, casi circular, profusamente iluminada por innumerables antorchas suspendidas a lo largo de todo el perímetro de las paredes rocosas; el techo era en forma de bóveda, y el suelo, levemente rebajado respecto al nivel de la entrada, de unos cuarenta codos de diámetro. Alrededor del centro de la sala, donde se alzaba un altar de piedra, estaban sentados en círculo, y de acuerdo con su lugar en la jerarquía, un total de dieciséis perfectos y perfectas. Todos vestían con sus mejores galas, de un cegador azul brillante, y ceñidos todos ellos por sendos cordones, de cáñamo y de lino, respectivamente. A su alrededor, se agrupaban cerca de un centenar de creyentes dispuestos a no perderse ni un detalle de la ceremonia.

Seguí avanzando hacia el centro cósmico de la nave, mientras mis dos acompañantes me dejaban para que prosiguiera solo. Ellos se quedaron flanqueando la entrada, como custodios de mi llamado «bautismo de fuego».

En ese momento se abrió un pasillo entre los creyentes para facilitarme el acceso al altar. Al alcanzar el círculo central, una perfecta se levantó para que yo pudiese ingresar dentro del círculo mágico, y seguidamente se sentó para volver a cerrarlo. Al instante me vi envuelto en una aureola de fuerza y energía, de pie, frente a un altar cubierto de un lienzo blanco crístico, sobre el cual reposaba un cuenco de madera y un pentagrama esotérico grabado en una tablilla de barro cocido.

Seguidamente contemplé cómo iban pasando un recipiente de cerámica con agua, en el cual todos y cada uno de los perfectos que formaban el círculo sumergían sus manos, en aras de la necesaria pureza que debía imperar durante todo el transcurso de aquel rito.

De repente, unos cánticos guturales rúnicos fueron apoderándose de la magia de la estancia; las voces femeninas y las masculinas se conjuntaban en diferentes tonos, generando finalmente una mágica catarsis sinfónica que evocaba los antiguos cánticos, una extraña mezcla de druídico y persa. Esos cánticos fueron haciéndose cada vez más fuertes, y llegaron a ser, en algún momento, casi ensordecedores.

Todo ese tiempo musical, tras alcanzar el punto álgido, se desvanecía de inmediato, volviendo a empezar. Así hasta tres veces. «*Eee… iii… uuu*…», cantaban todos los asistentes a coro. Mágicos

sonidos para mí, que, a medida que iban perdiendo intensidad, permitían a los allí presentes percibir mejor el fuerte rumor del agua natural que corría con fuerza por las entrañas de la tierra, bajo nuestros pies.

Ya estaba todo preparado para el desarrollo de los tres actos principales de la ceremonia, empezando por «el don de la oración», que consistía en rezar el padrenuestro cátaro:

Padre nuestro, que estás en los cielos,
Santificado sea tu nombre,
Venga a nosotros tu reino,
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro supersustancial danos hoy
Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,
y no nos dejes caer en la tentación.
Mas líbranos del mal,
Ya que a ti pertenecen el reino, el poder y la gloria,
por los eones de los eones,
Que así se cumpla.
Amén.

Al acabar la oración, el diácono, el perfecto de mayor jerarquía, se puso en pie. Un espeso silencio rompió la tensión mágica de aquella gruta sagrada; el círculo se cerró y se estrechó de inmediato.

Yo me había arrodillado con el rostro inclinado mirando a la tierra, dando la espalda al norte, y frente al diácono; en medio de ambos, el ara sagrada que sustentaba los símbolos, mientras con mi cuerpo formaba una figura de cinco lados. Aquel hombre, dirigiéndose a mí, preguntó con voz grave:

—Juan, ¿tienes la voluntad de recibir este santo bautismo de Cristo bajo la forma en que se te ha revelado que fue dado, conservar durante todo el tiempo de tu vida la pureza de corazón y de espíritu, y no faltar jamás a ese compromiso, por el motivo que fuere?

—¡Sí! Tengo voluntad de ello.

Me llamo Juan, porque era el nombre que todos los bautizados recibíamos; Juan para los hombres y Juana para las mujeres.

Al oír mi respuesta, el perfecto procedió a colocar el Libro Nuevo, o Libro de los Evangelios, sobre mi cabeza. En aquel momento se rompió el círculo, y todos los oficiantes allí presentes impusieron su mano derecha sobre mi cabeza, en señal de asentimiento. Yo seguía de rodillas, levanté entonces el rostro, y, gracias a la luz de las antorchas, pude observar, grabado en la bóveda rocosa de aquel recinto sagrado, como si de un atacir se tratase, un pentagrama, y en torno a esa figura geométrica, un cáliz, símbolo del Santo Grial; al lado, dos animales enfrentados: un delfín, como elemento protector del Bien, y un dragón, aglutinador de las fuerzas del Mal.

Eran los mismos símbolos que había visto en la bóveda de la gruta de *Bethléem* de Ornolac, en *Ussat*; pero a diferencia de aquélla, cuyas figuras eran huecas, aquí estaban grabados en la roca.

Más tarde, entre cánticos similares, se hizo la «imposición de la vestidura», así llamada porque para la ocasión se otorgaba al creyente un vestido azul brillante, aunque ese hábito sólo era utilizado para ceremonias íntimas, pues en la indumentaria diaria se cambiaba por un cordón de esparto, para los hombres, y de lino para las mujeres. Así evitaban mostrar en público signos externos que hicieran sospechar a los esbirros inquisitoriales. Volvió de nuevo a cerrarse el círculo, esta vez aún más pequeño, porque dos perfectos, uno de cada sexo, se unieron al diácono principal. Ése iba a ser el final del segundo acto de la ceremonia.

—¡Ponte en pie, hombre de Dios! —ordenó el diácono.

Fue entonces cuando, por encima de mi vestidura, se me invistió con la túnica azul brillante. Por último, recibí del diácono el «beso de la paz» en la mejilla derecha. La ceremonia terminó con la recitación del evangelio de san Juan.

Al finalizar, todos y cada uno de los perfectos oficiantes fueron abrazándome en señal de aceptación. Salieron después de aquel sagrado templo de roca y, al pasar por la entrada flanqueada por los dos oficiantes guardianes del templo, que me habían acompañado al inicio de la ceremonia, efectuaron las tres genuflexiones de rigor. El diácono fue el último en abandonar la gruta, pues yo lo precedía unos pocos pasos.

Mi sueño empezaba a cumplirse, pero aún restaba mucho por aprender, mucho por mejorar, y mucho por sufrir. Ya era un perfecto, miembro del clero cátaro, pero, a diferencia del clero católico, aún no estaba consagrado; es decir, no podía bendecir, absolver ni consolar a los fieles, dado que, por el momento, aún no había alcanzado la fase de perfección interior necesaria para borrar todos mis pecados.

Philippe me esperaba en la terraza exterior, delante de la gruta, y me abrazó alborozado. Permanecí unos segundos cegado por los rayos del sol.

—¡Qué alegría, querido Guilhelm! Un inmenso júbilo interior llena mi alma, y no sabría transmitíroslo con palabras. Mis sentimientos son tan intensos en este momento que sólo puedo expresarlos con un abrazo; quizá mis ojos reflejen parte de mi dicha —dijo el maestro. Su mirada transmitía la pasión interna que regía la totalidad de sus actos.

—Yo siento lo mismo, amado maestro. Gracias a vos, a vuestras sabias y profundas enseñanzas, y con la fuerza de voluntad que he aprendido a tener, he podido culminar esta prueba —respondí, lleno de felicidad.

—No es gracias a mí, sino a vuestro Padre interno, que es el que os guía hacia el camino de la verdad. Sin embargo, piensa que vuestra tarea personal nunca terminará, porque es una labor del día a día. Estad siempre atento.

—Cierto es. Ahora me hallo mucho más cerca del final de mi trayecto; quizá poco a poco, peldaño a peldaño, logre alcanzar un mayor grado de perfección —dije humildemente.

Después de la investidura como perfecto, *Philippe* tenía una grata sorpresa que darme. Fue en la *maison*, al sentamos a la mesa para comer. *Esteve* y su esposa nos habían preparado unos platos exquisitos, que yo nunca antes había tenido el placer de degustar. Tras todo aquel tiempo ausente en las montañas, aquellos manjares me supieron a gloria.

—¡La comida es exquisita! —dije, sin poder dejar de masticar.

—Son dos alimentos realizados a base de pescado. El primero se llama *empastat de peis*; es un paté de pescado, de exquisito sabor, que, además, cuenta en su haber con lo fácilmente que se transporta y se conserva; mientras que el segundo se llama *artocreos*; son

buñuelos de pescado. Ambos manjares son muy preciados entre los perfectos.

—Son deliciosos —manifesté.

—Eso debéis decírselo a *Alanïs* y a *Esteve*, que son quienes han querido celebrar así vuestro regreso —manifestó en tono jocoso *Philippe*.

Después de aquella reconfortante comida conversé con mi maestro durante buena parte de la tarde. Ambos nos encontrábamos cómodos en compañía del otro, y podíamos notar cómo nuestra amistad, que en un primer momento fue simple camaradería, se había tornado en profunda fraternidad. Cuando las campanas de la iglesia tocaron la hora décima nos acercamos al taller de telar, dirigido por *Joseph Bujean*. El menestral me puso al corriente del funcionamiento de las diferentes máquinas. Aún ahora recuerdo el ruido infernal que causaban. Estuve en aquel taller varios meses, trabajando por las tardes, mientras empleaba las mañanas para acudir, en compañía de *Philippe*, a hospicios y a hospitales. Visitábamos a personas necesitadas, ya fuesen niños, jóvenes, adultos o ancianos. Con el salario que percibía en el telar contribuía a los gastos de la *maison*, lo que significaba mucho para mí.

Ahora, cuando mis segundos de vida están contados, el recuerdo de aquellos días llenos de tranquilidad y sosiego contrastan dramáticamente con la angustia que siento. Cómo añoro, en el umbral de la muelle, el olor de los bosques y el frescor del rocío de la mañana. Jamás fui tan feliz, ni vivió mi alma en tanta paz. Sin embargo, a partir del inicio del otoño de 1307, la situación política del mundo occidental se fue complicando, y el Languedoc, a pesar de hallarse en el sector más meridional de Francia, no fue ajeno a esas convulsiones.

Llegaron a Rabastens noticias alarmantes: la principal escuadra templaria, que estaba fondeada en su puerto tradicional de la costa atlántica, La Rochelle, había partido —sorprendentemente, y en cuestión de horas—, hacia un destino desconocido. La cúpula de la orden había intuido que se preparaba una nueva ofensiva coordinada desde las altas esferas del Vaticano y también desde la corte capeta. Las malas nuevas volaron hasta donde nos encontrábamos.

—¡Amigo Guilhelm, el monarca francés Felipe IV acaba de

ordenar el arresto masivo de los caballeros templarios, con el respaldo pleno del papa Clemente V! Esa orden se hace extensible a todo el mundo occidental —exclamó *Philippe*, con un semblante que denotaba su extrema preocupación.

Al oír aquellas terribles palabras me quedé pálido. Me acordé al instante de *Yves*, de *frey Ramon*, de frey Bernard, y de los demás amigos y caballeros de la encomienda de
Montréal-de-Sos
. Pensaba en el riesgo que correrían a partir de ahora, en lo peligroso de su situación y, al mismo tiempo, en las repercusiones que podía tener la pérdida de un aliado de tanto peso como los templarios.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté, consternado.

—Creo que deberíamos partir hacia un lugar más seguro hasta que la situación se estabilice. Y creo que el lugar apropiado es la aldea de *Montaillou*, situada en los valles pirenaicos del Alto Ariège y aislada del mundo.

—Conozco bien esa zona. Mi familia, durante la temporada estival, siempre ha pastado sus rebaños en las altas mesetas del valle de Aillon; yo iba allí cuando era pequeño, y me trae muy buenos recuerdos. Me encantaría regresar: en cierto sentido, sería como revisitar mi infancia.

X.
MONTAILLOU

A la mañana siguiente nos despedimos de Hildegarda, la priora de la *maison* femenina de Rabastens, así como de *Esteve* y *Alanïs*. Después, *Philippe* y yo partimos hacia *Montaillou*, en una carreta que, regularmente, abastecía de harina a esa aldea del Alto Ariège. Aproveché el largo trayecto para pensar en los míos, inmerso en la esperanza de que, en aquel lugar del Pirineo, pudiese encontrarme con algún miembro de mi familia, o, al menos, tener alguna noticia de ellos.

A medida que íbamos aproximándonos a la llanura superior, sobre la que se asentaba la aldea, se apoderó de mí una extraña sensación; recordaba algunas jornadas de trashumancia cuando, de joven, frecuentaba aquellos bucólicos parajes. Ahora, el motivo de mi viaje era bien distinto; tema una misión que llevar a cabo, en unos tiempos enormemente difíciles para la comunidad de creyentes de la aldea, cada vez más perseguida por los poderes de la iglesia católica y de la corona francesa. A pesar de todas esas circunstancias, una enorme paz reinaba en mi interior. Sin duda, la causa era la enorme seguridad que me transmitía la presencia de *Philippe*, mi amado maestro.

La aldea de *Montaillou*, próxima al nacedero donde brotan las aguas del *Hers*, se alzaba sobre una hermosa llanura, rodeada de verdes pastos y densos bosques de robles, hayas y castaños. Las casas, cubiertas de teja árabe, seguían una serie de niveles escalonados, a la sombra de un severo castillo; entre las viviendas contiguas, un pequeño huerto con corral de animales domésticos que, en caso de asedio, facilitaba la supervivencia de la familia. Las casas inferiores se agrupaban entre sí, teniendo como defensa

natural la caída del acantilado, en cuyo lecho discurría el río. La calle principal seguía la irregularidad de la montaña, y enlazaba la iglesia parroquial —capilla de la Virgen, en el nivel inferior— con el castillo, en el nivel dominante. Llegamos a *Montaillou* cuando las luces de las estrellas comenzaban a hacer su aparición en el firmamento, y el resplandor de las casas anunciaba vida en su interior. Nos esperaban los hermanos perfectos *Authié*, quienes, tras intercambiarnos los parabienes de rigor entre iguales, y sinceras muestras de afecto y respeto, nos acomodaron en una modesta y discreta vivienda ubicada junto al corral de un *domus*. Habían dispuesto de cena una sopa caliente de zanahoria y nabos, un trozo de queso blanco con miel y frutos secos. Todo ello regado con buen vino.

—Mañana, antes de establecer las tareas que hay que desarrollar durante el tiempo que vayamos a estar en *Montaillou*, quisiera explicaros algo sobre la historia de esta aldea —dijo *Philippe*, mientras bostezaba de sueño.

—Sí, tengo ganas de recorrer sus calles y casas y, sobre todo, conocer a sus gentes. Pero mañana será otro día —respondí amigablemente.

Instantes después, caímos en nuestros camastros cuan largos éramos, agotados por el duro viaje.

A la mañana siguiente, con el *ortu solis*, la campana de la ermita redobló anunciando la hora prima. Era ése un modo inmejorable y universal de regular los ciclos laborales de las gentes de la aldea. Como pude comprobar al asomarme por la ventana, todo el mundo estaba ya despierto cuando nos levantamos. En el salón, junto a la chimenea, habían dispuesto la mesa con los alimentos del desayuno: un tazón de leche, pan, mantequilla y miel, que comimos después de lavarnos las manos y de dar las gracias a los creyentes propietarios del *domus*. Las formas eran muy importantes para los cátaros, y nunca se era demasiado educado en el trato con los demás. *Philippe* no podía esperar más para relatarme algunos de los avatares históricos de la aldea.

—*Montaillou* ha sido siempre, y sigue siéndolo aún, un pueblo occitano de carácter, cuyas gentes han defendido con ardor los valores espirituales del catarismo. Hace poco más de seis décadas, el diácono *Raymond de*

Saint-Martin
procedió en esta aldea al emparejamiento de los perfectos del Alto Ariège. Se dice que la valentía de los hombres de *Montaillou* hizo que los cruzados de *Simón de Montfort* rehusaran el intento de conquista de este pueblo, por lo que nunca fue sometido a los barones del norte; su castillo sigue defendiendo con firmeza a los habitantes de la aldea, dedicados en su gran mayoría a las labores del campo.

—¿Qué tiene de particular, además, esta aldea? —pregunté.

—Hay una leyenda secular que relaciona a *Montaillou* con el Santo Grial, el tesoro más secreto de la cristiandad. Se dice que los cuatro perfectos huidos de Montségur lo trajeron aquí, poco antes de la rendición del altar solar, a través del estrecho desfiladero de *la Frau*, conocido como las «gargantas del terror» —dijo *Philippe*.

—Me gustaría mucho ir a conocer esos lugares.

—Sí, iremos en alguna ocasión; se encuentran al este de *Montaillou*, en dirección a
Prades-d'Aillon
. Ahora, si os parece, vamos a saludar al castellano y a reunirnos con algunas de las familias creyentes de esta aldea —propuso el maestro.

—Ardo en deseos de conocer a las gentes de este pueblo.

El perfecto Guilhelm *Authié*, que era, junto con su hermano Pierre, el pastor cátaro de *Montaillou*, nos aguardaba en la puerta; al vernos, y tras una ligera reverenda, nos saludamos entre iguales con un fuerte abrazo.

—Deberíamos dejar para la jornada siguiente la reunión con el *bayle* local, puesto que se ha producido un hecho gravísimo y de enorme trascendencia, del que he sido informado esta misma mañana —explicó nuestro anfitrión.

—¿De qué se trata? —preguntó *Philippe*.

—En unas cuevas del desfiladero de *la Frau* fueron encerrados hace unos días algunos creyentes de la vecina aldea de
Verdun-Lauragais
, por los esbirros de la Inquisición. Creo que deberíamos acercarnos para ver qué podemos hacer —sugirió *Authié*, con un semblante que intentaba ocultar su indignada preocupación.

—¡Por supuesto que iremos! Se trata de un asunto de vital

importancia. La reunión con el *bayle* podemos aplazarla hasta mañana —convinimos los demás.

—Pues bien, dispongámonos para el viaje; no es un trayecto largo, pero sí lleno de riesgos, dada la verticalidad de la montaña, lo cual nos obliga a ir caminando. Hemos de procurar, además, no desviarnos nunca del sendero, porque podríamos precipitarnos al vacío por los escarpados barrancos —advirtió *Authié*.

Tras prepararnos algo de comida en la cocina y proveernos de un largo cayado, imprescindible para andar sobre las piedras y en descenso, nos dispusimos a iniciar el trayecto, pues queríamos aprovechar la luz solar. El camino que emprendíamos era peligroso, pero nuestro ánimo era inmejorable.

Consciente de la estrecha relación que unía a *Guilhelm Authié* con mi pueblo natal, aproveché, mientras caminábamos, para preguntarle por mi familia.

—Sí, he sabido de ellos. Vuestros padres están muy mayores, achacosos y exhaustos, pero su fe los sigue protegiendo. Es cierto que la edad, los múltiples y agotadores trabajos a los que los han sometido y el sufrimiento causado por vivir sin noticias vuestras, han minado un poco su resistencia física y moral. Han visto, además, cómo perdían sus tierras y propiedades, pero no todo son malas noticias: siguen viviendo en Cubières, y vuestros hermanos siguen siendo ganaderos, y continúan subiendo sus rebaños, durante los meses estivales, en la época de las trashumancias, a *Montaillou*.

—Qué alegría me dais, estimado hermano. Hace más de dos años que no tenía noticias suyas, y me reconforta saber que, a pesar de todos esos infortunios y de los padecimientos sufridos, aún conservan vivo el aliento de su fe y el recuerdo de mi cariño. Os agradecería que, cuando regreséis a Cubières, les digáis que estoy bien, que pienso en ellos a menudo, y que procuraré acercarme en cuanto me sea posible —contesté, emocionado.

—Así lo haré. Además, vuestra ordenación como perfecto les hará enormemente felices. Precisamente hace unos pocos días que mi hermano Pierre llegó al *Razès*, y no tardará en regresar —confesó *Authié* con gran ternura. Su semblante, empero, denotaba intranquilidad y temor.

Tuvimos que hacer algunos altos en el camino, pues el viento

soplaba con fuerza y oíamos sin cesar los aullidos de los lobos entre las paredes del barranco, mientras que el rumor del agua era cada vez más intenso. Nos estábamos aproximando al lecho del río *Hers*, centro natural de aquel espectáculo paisajístico, cuando, de repente, surgió ante nosotros la entrada de una ancha cueva, cubierta con enormes rocas, maderas y tierra.

—¡Hemos llegado! —anunció *Authié*.

Permanecimos unos instantes detenidos, contemplando en silencio la oscuridad misteriosa de la gruta, que se adentraba hasta lo más profundo de la tierra. Aquel silencio envolvente nos tenía inmóviles, como petrificados. Intuíamos que algo terrible había ocurrido allí antes de que llegásemos, pero ninguno de nosotros se atrevía a pronunciar palabra; sentíamos una inexplicable sensación de desamparo. A medida que nos fuimos aproximando, comprobamos con desolación que nuestros presagios se cumplían; el olor de la muerte, tan reconocible, se filtraba por los poros de la piel: una grave tragedia se había abatido sobre aquel lugar, yermo y abandonado. Sobre un álamo caído, destruido por un rayo tiempo atrás, un leñador lloraba desconsoladamente. No sabíamos cómo acercarnos a él.

—Dios os guarde, buen señor.

El aldeano, al ver nuestras túnicas azules, mudó la expresión de su rostro y vino a saludarnos con afecto y devoción, aunque con la expresión de su rostro devastada por la honda tristeza. Se inclinó ante nosotros, y le dimos nuestra bendición.

—¿Quién sois, buen hombre, y qué ha sucedido aquí? —preguntó *Authié*.

—Mi nombre es Marcos, señor. Hace unos días, algunos creyentes de la aldea de
Verdun-Lauragais
, a la que yo pertenezco, decidieron encerrarse en el interior de esta gruta. Seguían los consejos del perfecto, que los instó a resistir al enterarse de la amenaza de la Inquisición de arrasar todo el pueblo, si no se entregaban los cátaros que en ella viven. Con la voluntad de salvar al resto de las gentes de la aldea, un grupo de unas veinticinco personas decidió encerrarse en esa cueva, lugar sagrado para el catarismo, y poner allí fin a sus vidas, si era necesario. Los exploradores de la Inquisición avisaron a las autoridades del Santo

Oficio de Carcasona para que enviaran soldados que tapasen la entrada con gruesas rocas y tierra. Así lo hicieron. Y allí siguen, encerrados y condenados a una muerte horrible. Señor, dentro de esa cueva hay miembros de mi familia; algunos de mis seres queridos están enterrados en vida —murmuró tembloroso el leñador.

—Dios mío —susurré.

Philippe me miró durante un segundo. La suerte de esas gentes estaba echada, y nosotros nada podíamos hacer, salvo rezar por sus almas.

—Lo que contáis es terrible. Quisiéramos hacer algo más por ellos, pero corremos el riesgo de ser capturados, y el mal acecha por todos lados. Hemos de seguir nuestro camino, pero antes de partir daremos nuestra bendición a esos hombres buenos, martirizados por causa del diablo, y que Dios sabrá acoger —respondió *Philippe* con voz pesarosa.

Al ser el mayor de los que allí estábamos, fue él quien llevó a cabo aquella improvisada ceremonia, a un par de brazas de la entrada de la gruta.

Después de un largo y sentido silencio, apenas roto por los sollozos de Marcos —y por el leve rumor del río, que descendía abriéndose paso entre las rocas—, colocamos un circulo hecho con ramas de árboles caídas, a modo de rudimentaria estela discoidal funeraria sobre una tumba a modo de símbolo solar y protección hacia el más allá, y nos despedimos de Marcos, dándole nuestro más sincero pésame, al tiempo que intentábamos consolar su aflicción. El leñador, a paso lento, emprendió el camino hacia su aldea, volviendo de vez en cuando su rostro hacia nosotros, para saludarnos en la lejanía.

—¿Cómo es posible que suceda algo así? —pregunté a mis compañeros.

—Ciertamente, lo que ha ocurrido es una tragedia, pero el ritual cátaro dispone que, en circunstancias extremas, y a iniciativa del perfecto, puede llevarse a cabo algo así. Aunque, como podéis imaginar, se trata de una posibilidad fuera de lo normal; lo que ha sucedido esta vez es un suicidio ritual conocido como *endura* —respondió *Philippe*.

Authié aprobó con la mirada las palabras del maestro.

—¿Y en qué consiste? —insistí, con el rostro descompuesto por el dolor.

—Muchas personas pueden pensar, en virtud de una visión pesimista del mundo, lo ocurrido obedece a una forma rápida y despegada de librarse de un cuerpo mortal y de una vida a la que no se le tiene apego alguno. Nada más lejos de la verdad, ni de la intención de nuestras creencias. Para algunos perfectos, ése es un paso que es preciso dar cuando consideran que se ha llegado al final de un nivel evolutivo espiritual. En ese sentido, por tanto, resulta imposible seguir avanzando espiritualmente con las ataduras de un cuerpo material; aunque he de deciros que yo no soy partidario de ese rito —explicó *Philippe*.

—¿Y por qué la muerte como resultado final?

—Lo normal es que, al practicar la *endura*, no se llegue a la muerte, sino que el objetivo de ese ritual se lleve a cabo por medio de un prolongado ayuno de unos dos meses de duración. Pero cuando se practica hasta sus últimas consecuencias, el ritual se realiza de cinco formas distintas: de inanición, a causa de un prolongado ayuno; abriéndose las venas y dejándose morir; sumergiéndose de modo alternativo en baños de agua caliente y fría, falleciendo de este modo de congestión pulmonar; arrojándose por un precipicio; envenenándose, o bien encerrándose en el interior de una gruta, como ha sido este caso, lamentablemente.

—Entonces, ¿qué papel desempeña en este caso el *consolamentum*?

—Ese compromiso personal de perfección, hace del *consolamentum*, precisamente, un acto trascendente. Conscientes de ello, hemos instaurado un sustituto, la *convivença*. Los fieles deseosos de ser consolados, pero a los que su condición los empuja, en ocasiones, a hacer el mal… por ejemplo, los hombres de armas, están posibilitados para hacer ante un perfecto la simple declaración de intenciones. Una vez realizado este acto, podemos consolarlos en el momento previo a la muerte, incluso si se encuentran sin conocimiento. Pero si salen con vida de tal situación no están ligados por el voto, a menos que se comprometan de nuevo —explicó *Philippe*, al tiempo que *Authié* asentía dando su conformidad.

—En cualquier caso, se trata de una solución dramática, a la que no veo justificación ninguna —comenté a regañadientes, mientras

enjugaba las lágrimas de mi rostro.

—Deberíamos marcharnos de este lugar de inmediato. Es posible que regresen los soldados mandados por los inquisidores —sugirió *Authié*.

El camino de regreso a *Montaillou* era el mismo que el que habíamos recorrido a la ida, pero las circunstancias vividas lo convirtieron en un trayecto penoso y triste. Para colmo de males, ahora teníamos que subir un desnivel considerable, y ninguno de nosotros andaba sobrado de tuerzas. Hicimos una parada en el camino, más para beber agua de los pellejos que para comer algo. Habíamos perdido el apetito, y también las ganas de hablar; un silencio hermético e insalvable se instaló entre nosotros a lo largo de aquel viaje a través de las montañas. Caía ya la tarde cuando entrábamos en *Montaillou*, y nos dirigimos al *domus en* el que estábamos alojados.

Nos sentíamos derrotados por el cansancio, pero el recuerdo de Marcos y de su espeluznante relato atenazaba nuestros estómagos y producía en nuestros corazones una pesadumbre aún más agotadora. Habíamos perdido el apetito, así que nos retiramos a nuestros aposentos después de que nuestro hermano perfecto *Guilhelm Authié* se despidió de nosotros. En su semblante, el rastro del llanto.

A la mañana siguiente, el repique de las campanas de la ermita nos despertó de un largo y reparador sueño. Parecía como si lo vivido el día anterior hubiese adquirido un velo de irrealidad, tanta era la impresión que nos había causado.

Yo tenía ganas de comenzar a descubrir *Montaillou*. El hermano *Authié* nos esperaba para tomar el primer alimento del día, sentado a la mesa del comedor. Desayunamos en la sala principal de la casa: leche en un cuenco de madera, pan recién hecho, untado con aceite, y una mermelada de arándanos que nos habían hecho los propietarios de la casa. Todo estaba exquisito.

—Estimado hermano, contadnos cuál es la situación de las gentes de esta aldea —dijo *Philippe*, dirigiéndose a nuestro anfitrión.

—*Montaillou* cuenta actualmente con un censo de doscientas personas, agrupadas en unos cuarenta *domus*; más de la mitad pertenecen a familias creyentes, el treinta por ciento restante es de católicos, y unos pocos mixtos —enumeró *Authié*.

—¿«Mixtos»? ¿Qué quiere decir mixtos?

—Significa que corresponden a familias con miembros próximos al catarismo y también a la Iglesia de Roma, y en las cuales se respetan los credos de cada uno —explicó *Philippe*.

—También hay gentes que gustan cambiar de bando, versátiles y dispuestas a traicionar; unas veces heréticas y otras católicas, según las circunstancias. Pero, realmente, sólo hay dos personas de las que debamos guardarnos… —advirtió *Authié*, de forma enigmática—. Nos hallamos, como bien sabéis, en una aldea de alta montaña, donde los recursos son muy limitados, y los rigores del clima del largo invierno marcan decisivamente las formas de vida de las gentes del lugar. Muchas de ellas se dedican a la agricultura, dependiendo de la estación, y también a la ganadería. Precisamente, los pastores, allá en sus altos pastizales, a solas con sus rebaños, gobiernan su pequeño territorio a su entera libertad, con leyes propias; también disponen de moneda propia, que hacen circular de cabaña en cabaña, o de *domus* en *domus*, en sus largos desplazamientos. En ocasiones, llegan incluso a tierras catalanas y aragonesas, al otro lado de los Pirineos —relataba *Authié* sin dejar de andar.

—¿Y los campesinos? —preguntamos ambos.

—Los campesinos cultivan pequeñas parcelas de tierra que, pacientemente, han ido ganando a la escarpada montaña, en forma de bancales, que todos los años, después del largo y frío invierno, han de volver a preparar para la siembra.

Authié se tomo un respiro, y luego prosiguió explicando:

—Los cultivos se hacen con arados tirados por bueyes, mulos, asnos e incluso vacas. En esas altas llanuras se producen cereales, trigo candeal, avena, nabos, cebada y centeno, y se recoge lo justo para las necesidades de la aldea, además de los *versaines*. En cambio, y por razones climatológicas, no hay viñedos, y el vino, al igual que la harina, nos llega en carretas —decía *Authié*, mientras nos conducía al *domus* del castellano.

—¿Y las gentes de la aldea, a qué se dedican? —pregunté, mirando al mismo tiempo a *Philippe*.

—Dentro de la aldea, son los oficios los que contribuyen en mayor medida a garantizar la subsistencia de las gentes. Las limitadas condiciones de vida en estas latitudes hacen que sea muy

difícil cualquier otra ocupación. Hay, pues, leñadores, que portan el hacha al cuello, dentro de una enorme funda de madera; o tejedores, que también ejercen de peleteros, y que se abastecen del comino, las agujas y otros materiales traídos por los buhoneros, necesarios para la confección de las pieles de cordero y de ardilla. Imprescindible es también la función del panadero, que se abastece de la harina que llega en carreta desde Tarascón para elaborar el pan en la tahona comunitaria; o el sastre y el pequeño costurero; ésas son labores que sólo ejercen en *Montaillou* los perfectos que estamos de paso. De este modo, nos ganamos la vida, y también algo del cielo —rió—. Confeccionamos guantes, remendamos túnicas, faldones y calcetas; muchas veces nos acompañan mujeres de la parroquia, que vienen a ayudarnos a repasar alguna camisa. Tenemos también un comercio de bebidas, cuya tabernera, *Fabrise Rives*, se abastece de las barricas de vino que llegan en carretas desde Pamiers y Tarascón, y que luego vende al por menor en su establecimiento, o bien a los *domus* de las familias más adineradas.

—Estoy asombrado. En esta villa hay un universo entero de actividades dignas de elogio, especialmente si tenemos en cuenta las condiciones del lugar.

—Desde luego —respondió *Authié*—. También hay que mencionar la división de las labores por edades y sexos, con el fin de poder ejercitar los distintos trabajos; mientras unos hombres desarrollan su agotadora tarea en el campo, segando los granos, recogiendo los nabos, etc, otros cazan, o pescan, capturan ardillas y urogallos. Los hijos varones colaboran en la unidad familiar guardando el rebaño paterno. Pero son las mujeres las que llevan el peso de las actividades más arduas; además de ser buenas cocineras, se responsabilizan del agua, del fuego del hogar, recogen las coles del huerto anexo al *domus*, escardan los trigos, arreglan el granero, aran las gavillas, friegan las ollas y las sartenes en la fuente y reclaman a su marido cuando falta la leña. Por si no fuera suficiente, también se incorporan al trabajo en el campo, en temporada de siega, portando un pan sobre su cabeza. Como veis, siempre es la mujer la que sostiene lo más importante: la familia.

—Un trabajo verdaderamente duro. Resulta asombrosa la fortaleza de estas gentes.

—Sí, gran parte del duro trabajo de la aldea recae en las mujeres,

que son las responsables de la casa, del *domus*, en cuya planta inferior hay una parte reservada a la estabulación del ganado no trashumante: mulos, bueyes, cerdos, corderos… El establo está separado de las personas sólo por un delgado tabique; de esa forma, proporciona, durante los meses invernales, una apreciable fuente de calor natural —explicó *Authié*.

—Llama la atención la falta de actividades artesanales para mujeres —comentó *Philippe*.

—En efecto, así es. La única excepción se da en la persona de *Arnaud Vital*, que tenía la profesión de zapatero, y cuya esposa debía esperar a Pentecostés para poder cobrar las reparaciones de calzado efectuadas a sus maridos, pues es en esa época cuando las mujeres llevan a cabo la venta de animales de corral. Son ellas, además, las que hilan la rueca en sus *domus*, o incluso en prisión, cuando los inquisidores las encierran. Por otra parte, el maestro tejedor es *Raymond Maury*, que ejercita su profesión en el interior de una cueva semisubterránea, anexa a su propio *domus*, y que, al tener pavimento de madera, garantiza un mínimo de humedad.

Verdaderamente, aquélla era una sociedad perfectamente organizada, y respetuosa: en nuestro recorrido por las calles, fueron numerosos los aldeanos que, al ver nuestros hábitos, nos saludaban con respeto, saludos que nosotros devolvíamos con la mayor cortesía. Mientras andábamos por el pueblo, *Authié* nos mostraba sus diferentes parajes.

—Estamos llegando a la zona inferior de *Montaillou*. Podéis ver el ayuntamiento, justo enfrente de donde nos encontramos, pero antes quiero mostraros este lugar. Se trata de la *fount de Bounet*, una de nuestras fuentes más antiguas y apreciadas. En torno a ella se pactan los acuerdos comerciales de la aldea y se inician las grandes partidas de rebaños trashumantes; es un gran recipiente de piedra, en forma de cuba alargada, que se llena de agua con el nacedero del manantial que brota justo debajo. En la parte superior se encuentra el abrevadero para el ganado, mientras que la zona inferior es el lavadero público, donde las mujeres se juntan para cotillear sobre los asuntos que afectan a la aldea. Mirad, en estos momentos, precisamente, está partiendo de aquí uno de los rebaños de ovejas más importantes de *Montaillou*.

—¿Y hacia dónde se dirigen? —preguntó *Philippe*.

—Parten hacia Catalunya, concretamente al *Empordà*; allí el clima es mucho más benigno durante el largo invierno. Además, el viaje es largo, y aunque son cerca de mil ovejas, van dos pastores ayudados por cinco mastines. Y eso es toda una garantía —dijo *Authié*.

Nos volvimos para contemplar lo que nos estaba señalando.

—Y detrás de nosotros, la iglesia de *Montaillou*. Es una modesta ermita dedicada a
Notre-Dame
des Carnesses. Este santuario goza de gran fervor por parte de la comunidad católica de todo el Alto Ariège, porque, según una leyenda, fue a una joven pastorcilla de esta aldea a la que se le apareció la imagen de la Virgen María, indicándole el lugar exacto donde debería levantarse el santuario.

—¿Y esa extraña reja de hierro que hay a la entrada de la iglesia? —quise saber.

—Se trata de una barrera de protección para evitar la entrada a la iglesia de lobos y demás animales salvajes. En ocasiones, cuando van en busca de alimentos, se aproximan a la aldea durante el crudo invierno. La roca con los grabados que veis alzarse enfrente muestra en su parte superior, y según la tradición, las huellas de la Virgen, y también las trazas de todos los animales llevados por la pastora, cuyo cuerpo, al morir, fue inhumado debajo mismo del altar de la iglesia.

—¿Y quién es el responsable ahora de la comunidad católica de *Montaillou*? —preguntó *Philippe*.

—El cura párroco es *Pierre de Roquefort*. Es un hombre dialogante que, a pesar de ser el responsable de la comunidad católica del lugar, nunca nos ha traicionado. Sin embargo, su reputación en la aldea no es buena, quizá a causa de su debilidad por las faldas —ironizó *Authié*. Y añadió bajando la voz—: Parece ser que, desde hace tiempo, mantiene relaciones amorosas con la mujer del castellano *Berenguer de Roquefort*, que es, paradójicamente, su cuñada, porque el castellano, delegado del conde de *Foix*, es su hermano.

Nuestros ojos se abrieron como platos; no podíamos dar crédito a lo que habíamos oído.

—¿Y cómo es posible eso? Su propio hermano, y además clérigo…

—Pues así es. Quizá tengáis ocasión de conocerla: se llama *Béatrice de Planissolles*. Es una mujer bellísima. —El tono de su voz cambió de repente, y añadió—: La verdad es que este delicado y pecaminoso asunto es un secreto a voces en la aldea, menos para su marido, me temo —dijo *Authié* en tono jocoso.

El castellano ya nos aguardaba en su estancia. *Berenguer de Roquefort* era la máxima autoridad en *Montaillou*, y de él dependía también el destacamento de soldados que defendían el castillo. La estancia era amplia, con altos armarios de madera de castaño con numerosos estantes para libros y pergaminos, y estaba bien iluminada gracias al balcón que daba a la plaza mayor. Aquel personaje me pareció un hombre de honor, respetuoso con el catarismo. Sabía muy bien que la mayoría de los habitantes de *Montaillou* eran creyentes, así que estaba obligado a nadar entre dos aguas. En ese preciso momento, uno de sus servidores irrumpió en la sala portando un mensaje.

—¡Señor!, acabamos de recibir este mensaje de *Rennes-le-Château*, y parece importante.

—¡Dámelo! —ordenó el castellano.

Al abrirlo, el rostro de *Berenguer* se tornó pálido como la cera y, sin apenas poder respirar, dirigió su mirada a *Authié*, y susurró:

—He de daros una mala noticia, estimado amigo. Vuestro hermano Pierre acaba de ser arrestado por orden de la Inquisición, y ha sido encerrado en las mazmorras del Muro de Carcasona.

El rostro de *Authié* se contrajo de repente.

—Nadie de los que allí entran sale jamás. Esa prisión es el fin.

—Como podéis deducir, la situación se torna todavía más peligrosa y difícil para vosotros, y yo recibo cada día que pasa mayores presiones y chantajes desde *Foix* para que combata y persiga la herejía. La creación de la diócesis de Pamiers, en 1295, por el papa Bonifacio VIII, que engloba a todo el condado de *Foix*, y la reciente caída en desgracia de los templarios, ordenada por el pontífice Clemente V con el apoyo del monarca francés, han complicado todavía más la situación. Mi posición es cada vez más delicada y comprometida. Sin embargo, intentaré cubriros hasta que me sea posible, en especial por el profundo afecto que tengo a muchos de vosotros. Como bien sabéis, una gran cantidad de

creyentes son familiares míos —dijo el *bayle*, mirando fijamente a *Authié*.

—Guilhelm Bélibaste y yo hemos venido a esta aldea para contribuir con nuestra modesta ayuda a predicar el catarismo entre los creyentes, al tiempo que intentamos colaborar en las diferentes tareas en las que podamos ser útiles a la comunidad —le dijo *Philippe*, mientras buscaba con la suya una mirada de complicidad.

—Lo sé muy bien —respondió el castellano—. Hacéis, además, mucha falta en estos momentos, porque se ha declarado un brote de peste blanca. Nos asolan desde hace tiempo otras enfermedades que vienen diezmando a nuestra aldea; y la población infantil es la más afectada.

—Ayudaremos en todo lo que podamos —coincidimos *Philippe* y yo.

—Os quedo muy agradecido.

En aquel momento vimos entrar en la sala a una mujer de gran belleza y destacable altura; largo pelo castaño y ojos verdes, ataviada con un vestido de seda que le caía hasta los pies. La elegancia de su figura y sus gráciles movimientos aumentaban la sensación de que el tiempo se había detenido en ella. Se acercó hasta nosotros dejando entrever su esbelta cintura, mientras su mirada felina se encontraba con la mía.

—Es *Béatrice de Planissolles*, la esposa del *bayle* —susurró en voz baja *Authié*.

—Querido *Berenguer*, he de ir hoy mismo a *Ax* para recoger unos vestidos que encargué hace un tiempo —dijo, mientras clavaba, insinuante, sus pupilas en las mías.

—Bien, dispondré de una carreta con escolta para que te lleven.

Recuerdo ahora que salimos de aquella estancia apesadumbrados y envueltos en un halo de profunda tristeza. Aún hoy tengo grabados en la mente los ojos de aquella mujer libertina, y con ellos, el sabor del pecado, de la lujuria: jamás pude olvidarlos.

En la plaza del *Jirc*, donde se iniciaba el camino del *Barry*, nos detuvimos unos minutos para refrescarnos la cara y beber agua de su afamada fuente. Poco después llegamos al *domus* en el que estábamos alojados sin mediar entre los tres una sola palabra.

Lo primero que hicimos fue reunirnos para estudiar la mejor forma de ayudar ante la epidemia de peste blanca que asolaba el

pueblo, y durante toda aquella jornada visitamos todos los hogares en los que sabíamos que había una persona contaminada por la enfermedad; la gran mayoría eran niños, como muy bien había dicho el *bayle*, y el síntoma general más destacado, la expectoración de sangre. Era tan heroico como desalentador. Al finalizar la jornada, y ya de regreso a la
casa-albergue
donde nos hallábamos alojados, iniciamos las consultas para establecer el programa que había que seguir para combatir aquella enfermedad.

—La expectoración de sangre es un síntoma de que nos encontramos ante un tipo de peste que afecta a los pulmones —explicó *Authié*, buen conocedor de aquel terrible mal que tanto daño causaba a las poblaciones más aisladas del Alto Ariège.

—¿Qué podemos hacer? —preguntamos preocupados *Philippe* y yo.

—Yo propondría tres soluciones, relacionadas entre sí; la primera se basa en una alimentación más sana; la segunda, en una limpieza radical del individuo y su casa; y, finalmente, en una mayor ventilación de la habitación en donde se encuentre el enfermo, porque el aire fresco y seco de las montañas es esencial para estos tratamientos —aconsejó *Authié*.

—¿No hay ningún curandero en *Montaillou*, o alguien que entienda de medicina para que nos pueda orientar debidamente?

—Desgraciadamente, no. La persona que cuidaba de la comunidad era *Marcel Bruys*. Curaba eficazmente por medio de plantas medicinales, que él mismo recogía de los montes, y luego hacía los preparados según los males que tenía que tratar; vivía solo, con su viejo mastín, en una casa alejada del centro de la aldea, porque prefería la soledad. Pero, como consecuencia de los delatores de la Inquisición, llegaron un día los soldados reales, mataron a su perro y lo apresaron a él. Después de golpearlo repetidamente, lo llevaron a Carcasona. Allí fue condenado por brujo y sufrió toda clase de torturas que le desgarraron los huesos y la piel: falleció hace dos años. Desde entonces, carecemos de quien pueda ayudarnos en esto —explicó *Authié* con gran pesar.

—Ante la situación de carencia extrema que vivís, propongo actuar con la mayor diligencia y rapidez, y, para ello, creo que lo

mejor es seguir, al menos por el momento, las tres pautas que habéis establecido —respondió *Philippe*.

Ambos estuvimos de acuerdo.

—Bien, pues empezaremos por las viviendas que se encuentren más próximas a la nuestra, y después seguiremos la rúa mayor hasta llegar al otro extremo de la aldea —explicó *Authié*, mientras nos preparábamos para iniciar el recorrido.

Aquella labor de consuelo a las familias con miembros afectados por la peste blanca se prolongó durante meses. Al concluir, los tres nos sentíamos orgullosos de los resultados obtenidos, puesto que una gran mayoría de aquellos niños superaron felizmente la terrible enfermedad. Pero los problemas no cesaban; otra enfermedad común en la aldea provocaba en el pueblo convulsiones y pérdidas del sentido que hacían imposible a los campesinos y ganaderos acudir a sus tareas laborales. Ese mal se fue paliando, de forma paulatina, siguiendo igualmente los consejos de *Authié*, quien, ante las hemorragias nasales, recomendaba sentar al paciente en una silla y, con la cabeza bien erguida, aplicarle compresas húmedas frías sobre la nuca y también en la frente. Los cambios frecuentes de las compresas frías actuaban produciendo una renovación del frescor externo del cuerpo y un alivio general en el enfermo. Después, como recuperación, se procuraba que esa persona siguiera un tratamiento de vida sana y contemplativa, evitando, en la medida de lo posible, vanas preocupaciones. Lo cierto es que esto último, y dada nuestra situación insegura, con las vidas de muchos de nosotros pendientes de un hilo, no era fácil de conseguir. Puedo decir, con certeza, que la tranquilidad era escasa en nuestra villa.

La alimentación se basaba en la ingesta de la sopa ariegense (el plato tradicional más emblemático de las aldeas del Alto Ariège), hecha a base de tocino y pan, y enriquecida con verdura de coles y puerros. La dieta gastronómica de las gentes de la aldea la completaban habas y nabos cultivados en los huertos de alta montaña durante los meses estivales; se incentivó, también, la cosecha de nueces, setas, avellanas y caracoles para aumentar la variedad nutricional de los aldeanos, alimentos, estos últimos, que nos ofrecía a manos llenas la madre naturaleza. Con todo ese aporte calorífico, vitamínico y mineral, logramos erradicar los males derivados de la escasez nutricional, aumentando el número de

alimentos en las tres comidas diarias, y con ello desaparecieron numerosos problemas de salud, tanto en los pequeños como en los adultos y ancianos.

Por otra parte, la omnipresencia de pulgas y piojos, que obligaba a los miembros de las familias a rascarse a todas horas, o bien a espulgarse mutuamente utilizando el dedo meñique —llamado a tal efecto

tue-poux

(«mata piojos»)— en lavaderos y otros lugares públicos, se convirtió en algo verdaderamente molesto, y generaba chismorreos entre los vecinos.

—Precisamente, esos desagradables insectos, pulgas y piojos, son los causantes de otro terrible mal que afecta principalmente a los niños —recordó con preocupación *Authié*.

—¿En qué consiste exactamente esa enfermedad? —preguntó *Philippe*.

—Los enfermos presentan fuertes y largas calenturas que los obligan a guardar reposo. También presentan ataques de tos y molestias estomacales. A otros enfermos se les paraliza el cuerpo, casi siempre, con más dureza, las piernas, de modo que no pueden volver a andar. Otros enfermos tienen graves problemas para respirar, de modo que acaban falleciendo ahogados.

—¿Y qué formas hay para curar a los enfermos? —pregunté.

—Muy pocas, por no decir ninguna. Creemos que es importante eliminar a todos los insectos. Lamento deciros que alrededor de un diez por ciento de los enfermos fallecen, y la mayoría de ellos son los más jóvenes Sobre este mal se cuenta una antigua leyenda que se mantiene viva entre las gentes de la aldea. Narra una procesión macabra de cadáveres por el pueblo, en una noche oscura sin luna, cuyo cortejo fúnebre sale del camposanto y pasa en torno a la fuente de los muertos, en un intento, según la leyenda, de volver a la vida por parte de sus atormentadas almas —añadió *Authié*.

Philippe y yo nos quedamos asombrados. Nuestros rostros debían de reflejar todo el susto que llevábamos encima, porque *Authié* continuó explicando, en un intento por tranquilizarnos:

—El origen de esa leyenda reside seguramente en el elevado número de niños que hay enterrados en el cementerio de la capilla de la Virgen María, casi todos fallecidos a causa de esta terrible

enfermedad.

Poco después, *Authié* nos habló de un misterioso templario que, tras la orden de exterminio decretada por el monarca francés, se había recluido en una cueva de los alrededores de *Montaillou*. Según la sabiduría popular, era conocedor de los secretos que permitían curar las afecciones de la vista. Fuimos a visitarlo, y el caballero no dudó en mostrarnos una fuente perdida en la montaña, cuyas aguas, frotándolas suavemente con las yemas de los dedos en los ojos de la persona afectada, mejoraban su vista de forma asombrosa. Aquella milagrosa fuente, según los mayores de la aldea, estaba dedicada desde tiempos ancestrales a santa Lucía.

Desde aquel momento establecimos una estrecha relación con aquel caballero, llamado *frey* Lorenzo. Él procuraba guardar su intimidad en la soledad de las montañas, pues era, en realidad, y como más tarde supimos, un mago del Temple que llegó a *Montaillou* procedente de una encomienda de la Provenza, después de que ésta fue desmantelada por la Iglesia. Allí, en lugar de ingresar en otra orden militar, prefirió dedicar los años que le quedasen de vida a ayudar, con sus vastos conocimientos, a los que pudieran necesitarlos.

A pesar de nuestras evidentes limitaciones, y en un lugar tan aparentemente alejado de la civilización como *Montaillou*, fuimos consiguiendo erradicar, con grandes esfuerzos y constantes adversidades, la mayor parte de las enfermedades que, si bien no desaparecían totalmente, sí reducían drásticamente su elevada mortandad.

La respuesta de las familias de la aldea ante los sorprendentes logros alcanzados en la erradicación de los terribles males que afectaban a la población, especialmente entre los más pequeños, no se hizo esperar. Sus padres y hermanos, buenos creyentes, nos enviaban lo que podían, en señal de agradecimiento. Buena parte de los presentes, que en muchos casos eran comida y ropa, los repartíamos después entre los hogares más necesitados. Al cabo de menos de seis meses, y como consecuencia de un trabajo continuado y firme, apenas sin descanso, habíamos alcanzado en *Montaillou* una situación mucho mejor que la que nos encontramos.

Nuestro hermano perfecto *Guilhelm Authié*, tras sufrir lo indecible por la muerte de su hermano Pierre, asesinado finalmente

por la Inquisición en Carcasona, envejeció de repente. El dramático final de su querido hermano, carnal y religioso, minó sus escasas fuerzas, y gran parte del espíritu indomable que lo había acompañado durante toda su vida lo abandonó para siempre. En esa situación de postración, y animado por su vocación de servicio a los demás, no dudó en marcharse a la cueva de *frey* Lorenzo, para aprender de él las ciencias de la medicina natural.

Allí, y siguiendo los sabios consejos del templario, se dedicó por entero al estudio de las plantas medicinales, además de convertirse en experto criador de abejas, cuyos preparados ayudaron a la curación de numerosas enfermedades que amenazaban la salud de la comunidad. Yo, por mi parte, pasaba todas las mañanas en el taller de *Raymond Maury*, fabricando peines de cardar, y, con ellos, ayudaba en los gastos de la vivienda que me acogía. Dedicaba las tardes a impartir sermones, y gracias al alimento espiritual que suponían los sabios consejos de mi preceptor y maestro, crecí interiormente como jamás había imaginado. Su sabiduría seguía siendo alimento para mi espíritu, así que empecé a ejercer el apostolado entre los habitantes de *Montaillou*. Los aldeanos creyentes venían, al finalizar sus actividades, a oír nuestros sermones y palabras de consuelo y aliento, mientras les reatábamos capítulos y versículos de los Evangelios.

En aquella época, veíamos con menor frecuencia a *Authié*, pues había decidido dedicarse por entero al conocimiento de la aplicación de las plantas con fines terapéuticos, y se encontraba siempre en la montaña seleccionando plantas o cultivándolas; venía a la aldea un par de veces por semana, coincidiendo con nosotros en algún sermón.

Recuerdo que un día, al regresar al *domus*, una voz gritó mi nombre: —¡Bélibaste!

Mi alegría fue inmensa al comprobar que aquella voz era la de *Bernard Martí*, un querido amigo de la infancia, con el que jugaba de pequeño en Cubières, y a quien no veía desde hacía muchos años.

—¡Qué alegría verte de nuevo, amigo *Bernard*, cuánto tiempo sin vemos!

—¡Guilhelm, viejo amigo! Me hice ganadero, y ahora llevo este rebaño a Catalunya, aprovechando las vías pecuarias de los Pirineos, y espero regresar para la primavera —explicó *Bernard*, con

el rostro lleno de alegría.

—No imaginas cuánto me alegra que nos hayamos encontrado. Recuerdo con mucho cariño los momentos de felicidad que compartimos en la infancia en nuestro pueblo —dije con nostalgia.

—En Cubières, amigo Guilhelm, después de tu huida, las cosas se complicaron para los creyentes. Los saqueos de casas pertenecientes a los cátaros, o incluso a personas que guardaban algún tipo de relación con ellos, han sido constantes, así como la destrucción de tierras de cultivo de los buenos hombres; y raro es el día en que los exploradores del Santo Oficio no interrogan con violencia a algún aldeano para sacarle alguna información sobre ti. ¡No intentes acercarte por allí! —me recomendó *Bernard*.

—Lo sé, y lamento mucho no poder ir a ver a mi familia. Ahora, después de haber sido ordenado perfecto, mi marcha es aún más difícil. Ejerzo mi apostolado aquí, en *Montaillou*, en compañía del hermano
Philippe d'Alairac
. Y mis padres, ¿sabes algo de ellos? —pregunté con cierto temor.

—Sí, los vi hace unos días. Se encuentran bien, aunque muy envejecidos por la edad y los sufrimientos. Te echan mucho de menos, pero te alegrará saber que conocen tu afán por superar las pruebas a las que te ha sometido la vida, y están orgullosos de que hayas luchado por alcanzar el grado de perfección que lograste en Rabastens. La persona que te trajo a *Montaillou* en su carreta pasó por Cubières, y, con discreción, consiguió dar noticias de ti a tus padres. ¡Están muy orgullosos de ti! —exclamó *Bernard*.

Al oírlo, no pude reprimir más las lágrimas de alegría que brotaban de mis ojos, y estreché entre mis brazos a aquel viejo amigo de la infancia. Permanecimos fundidos fraternalmente durante varios minutos, intentando, quizá, recuperar de golpe el tiempo que habíamos perdido. Al separarnos, *Bernard* quiso confesarme algo.

—Amigo Guilhelm, has de saber que la situación se está volviendo insoportable. Son cada vez menos los lugares en Occitania donde los cátaros se encuentran seguros; hay espías por todas partes, las ejecuciones se repiten en pueblos y aldeas, y las cárceles de Carcasona no pueden acoger a más presos.

Instantes de honda preocupación, y con la mirada cabizbaja,

Bernard prosiguió explicando:

—La mayor parte de ellos son acusados de herejes, y raramente vuelven a ver la luz. Todas esas arbitrariedades e injusticias ocurren con la Inquisición actuando, al mismo tiempo, de verdugo y maestro de ceremonias. La quema en la hoguera del hermano Pierre *Authié* causó una gran conmoción en todo el *Razès* —explicó *Bernard*, con expresión de rabia.

—También aquí, a esta apartada aldea del Alto Ariège, llegó la información de la muerte de *Pierre Authié*; su hermano Guilhelm, que también reside en *Montaillou*, se dedica ahora al cuidado de plantas medicinales. Desde la muerte de *Pierre*, tiene la mirada perdida, vive como ausente, y sus ojos reflejan una profunda tristeza.

—Es tan grande el miedo que se respira en todos los pueblos que muchos creyentes, vestidos de pastores, se unen a las partidas de rebaños que cruzan los Pirineos en las trashumancias para escapar de las garras de la Inquisición. Ahora, en esta partida, que se dirige a la zona a Bagà y a Gòsol, en las proximidades de la montaña del Pedraforca, en el norte de Catalunya, llevamos a un hombre perseguido como hereje, pues la Inquisición ha puesto precio a su cabeza. Lo hemos camuflado de pastor; es ése que ves ahí, el de la larga melena blanca que le llega a media espalda, el que va cubierto con capucha de lana —explicó *Bernard* en voz baja.

—Sí, ya me había fijado en él desde el principio. No parecía tener muchos conocimientos de ganadería conduciendo las ovejas —respondí, quedamente.

—Se llama *Robert*, y es un *faidit*. La Inquisición le arrebató, sin juicio previo, la totalidad de sus propiedades, tierras y títulos nobiliarios; fue la represalia por haber prestado ayuda a los cátaros en varias ocasiones. Su familia fue apresada y sometida a tortura, y él logró huir milagrosamente, con la intención de llegar a Catalunya.

En aquel momento, la mirada triste de *Robert* se cruzó con la mía, y pude percibir los estragos que habían causado en él tantos padecimientos. No hizo falta decir nada; sin pronunciar palabra y con un leve movimiento de mi mano derecha, le transmití mi bendición a aquel hombre, que llevaba el dolor impreso en el rostro. Apenas pudo asentir humildemente y esbozar una leve sonrisa.

—Te deseo un feliz viaje a través de las montañas, querido

Bernard —le dije a mi viejo amigo, mientras nos tundíamos en un fuerte abrazo.

—Yo también te deseo mucha suerte, amigo Guilhelm: todos los creyentes de Occitania conocemos muy bien la labor ejemplar que, silenciosa y discretamente, estás desarrollando en esta aldea —respondió *Bernard*.

—¡Que Dios os bendiga!

Bernard, tras despedirse con una inclinación de la cabeza, prosiguió su camino al frente del rebaño: cuatrocientas ovejas en total, vigiladas por tres expertos mastines. Yo permanecí allí, siguiendo su silueta en la lejanía; también *Bernard* volvía el rostro a cada paso. Me invadió una profunda sensación de melancolía. Con la despedida de mi estimado amigo, una parte inolvidable de mí juventud en Cubières se iba para siempre. «Quizá yo también tenga que hacer algún día el mismo viaje hacia el sur», pensé con nostalgia.

Una mañana, casi al amanecer, me despertó el ruido de un tremendo alboroto en el exterior. Me vestí y salí precipitadamente a la calle para averiguar a qué se debía; casi todos los habitantes de la aldea estaban frente al *domus*. Había un griterío ensordecedor. *Philippe* también estaba allí.

—¿Qué sucede? —pregunté a mi maestro.

—Parece ser que esta noche ha llegado un pelotón de soldados enviados por los inquisidores de Carcasona para apresar al cura párroco. Pero nadie lo sabe con certeza.

Yo me quedé sin habla. ¿Qué podía haber ocurrido?

—¿Habrán descubierto que engañaba a su propio hermano? —dije en voz baja.

—No lo sé, pero Jo que es seguro es que se trata de un asunto de importancia; no se encarcela a un sacerdote tan fácilmente en estos tiempos. Y mucho menos detenido y apresado por los propios representantes de la Iglesia católica —dijo *Philippe*, consternado.

—Lo mejor será hablar con el *bayle*; quién mejor que él para que dé una explicación de lo sucedido —sugerí.

—Sí, creo que es lo mejor —respondió *Philippe*.

Marchamos, pues, acompañados de algunos nobles de la aldea, a encontrarnos con el *bayle* en su propio palacio. A medida que nos acercábamos al lugar se iban incorporando aldeanos, que llegaban a

la comitiva intrigados por el origen del altercado. La comitiva se iba haciendo cada vez más numerosa y, tras rebasar la *fount de Bounet*, el grupo era ya enorme; el ruido de aquella muchedumbre desordenada despertó a todo el mundo en casa del *bayle*. Para nuestra sorpresa, fue su esposa, la bella *Béatrice de Planissolles*, quien se asomó por la ventana del dormitorio. Carente de pudor alguno, salió bostezando a recibirnos sin hacer ademán de ocultar sus pechos, descubiertos por la imprevisión del momento.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene tanto griterío? —exclamó.

—¡Queremos saber qué sucedió anoche en la Iglesia! ¿No está el *bayle* en la casa? —respondieron al unísono los notables de la aldea.

—Sí, ahora lo aviso. ¡Aguardad sin hacer ruido, o llamo a los soldados para que os detengan! —ordenó con gesto altivo aquella mujer libertina.

En ese momento, unos soldados abrieron la puerta de la casa y permitieron tan sólo la entrada de cuatro de nosotros. Los escogidos fuimos *Philippe* y yo, además de dos notables de la aldea. Nos adentramos en la casa con la esperanza de poder solucionar aquel embrollo. El *bayle* iba cubierto apenas con una bata. Su cara reflejaba una extraña determinación.

—Sentaos: sé a lo que venís —exclamó la máxima autoridad de *Montaillou*.

—Toda la aldea se halla sumida en una gran inquietud por lo que le ha sucedido al párroco; queremos saber cuáles han sido los motivos de su arresto —dijo *Philippe*.

—*Pierre de Roquefort*, el cura, ha sido apresado por orden del inquisidor general al descubrirse que era un agente delator, un espía del Santo Oficio que, no obstante, los había traicionado. Su tarea consistía en informar a la Inquisición acerca de nuestras prácticas y creencias religiosas, pero, al mismo tiempo, se convertía en aparente defensor de la herejía.

El *bayle* tomó aire un instante, y luego prosiguió:

—Los inquisidores tuvieron pronto información de su traición y han venido a buscarlo esta madrugada para llevárselo preso. Lo más probable es que lo encierren para ser interrogado. Puede que sea ésa la causa por la que, en los últimos años, hemos sufrido persecuciones tan duras por parte de las autoridades católicas; entre ellas, la detención de *Marcel Bruys*, el curandero, a quien tanto le

debe *Montaillou*, y que fue apresado y ejecutado como brujo. De cualquier modo, ahora sí que debemos temer represalias. Nadie es capaz de soportar el potro de tortura sin declarar aquello que se le antoje a su torturador; nadie omite nada de lo que sabe ante el horror del fatal suplicio —dijo *Berenguer de Roquefort*.

XI.
PRIMERA CAPTURA

—Debemos actuar con mucha cautela, porque nuestra situación se está volviendo cada vez más peligrosa —dije.

Los rostros de nuestros amigos reflejaban la tensión del momento. Era posible que, en aquel mismo instante, la suerte de nuestras vidas estuviese echada. A cada segundo que pasábamos allí aumentaba el riesgo de ser detenidos y encerrados: nuestro destino pendía de un hilo.

Al salir al exterior, la reducida plaza se hallaba abarrotada de gente; gran parte de los habitantes de la aldea estaba allí, esperando una respuesta a lo acaecido aquella noche. Cuando *Philippe* y yo les comunicamos cuál había sido el triste final del párroco, los campesinos, en contra de lo que esperábamos, reaccionaron con cierta serenidad, impertérritos ante nuestras palabras, y, sorprendentemente, fueron marchándose en pequeños grupos, murmurando acerca de lo acaecido, pero sin mostrar reacción alguna.

Nuestros temores se cumplieron al poco. A partir de aquella mañana, nuestra pequeña aldea se convirtió en el centro de la represalia inquisitorial: agentes y exploradores del Santo Oficio llevaron a cabo terribles redadas, persiguiendo y condenando sin piedad a decenas de personas, acusadas siempre de herejía.

Toda la comunidad creyente de *Montaillou* —con *Philippe* y yo como perfectos a la cabeza— decidimos, ante aquel dramático estado de excepción, que lo mejor era mantenernos a la expectativa y no tomar iniciativas que pudieran ser suicidas; sabíamos muy bien que no contábamos con ningún apoyo que garantizara nuestra

seguridad. El *bayle* local había caído gravemente enfermo, y su esposa, la ligera y frívola *Béatrice de Planissolles*, lo había abandonado por un acaudalado ciudadano de Tarascón, precisamente en ese trance, en el peor momento y cuando él más la necesitaba a su lado. Quizá influyó en el ánimo de ella el miedo, pues era su amante, el cura, el que estaba entre rejas, encerrado y mantenido con vida exclusivamente porque se trataba de una valiosa fuente de información para los exploradores y demás esbirros de la Inquisición.

A pesar de que la incertidumbre se cernía sobre nuestro futuro en la aldea, *Philippe* y yo seguíamos colaborando en todo lo posible para mantener alta la moral de las buenas gentes de *Montaillou*; dábamos a diario charlas y sermones vespertinos, y nuestras actividades de ayuda a los necesitados aumentaron todavía más en dedicación e intensidad. Estábamos contentos de haber logrado erradicar las terribles epidemias que habían azotado a la mayoría de las familias de la aldea; habíamos seguido los tres principios establecidos ejemplarmente por *Authié* —que seguía trabajando en la misma cueva elegida por frey Lorenzo para el estudio y la ciencia —, y el resultado había sido espléndido. Yo, por mi parte, trabajaba por las mañanas de tejedor y sastre en los bajos de la vivienda de Raymond Maury, y entregaba mi sueldo a los propietarios del *domus* en donde nos alojábamos *Philippe* y yo. La vida discurría sin mayores sobresaltos, y la ilusión de una existencia en paz y armonía se tornaba cada vez más real.

Pero un día, apenas iniciado el otoño de aquel infausto año de 1309, sucedió lo que todos temíamos. Un grueso batallón de soldados, enviados por el inquisidor general de Carcasona, el dominico
Geoffroy d'Ablis
, invadió el área de *Montaillou*, e irrumpió en la aldea después de haber destacado a numerosos soldados en las tres puertas de entrada a la muralla, para impedir cualquier intento de huida de los aldeanos. El miedo se apoderó de todos nosotros, tanto católicos como creyentes; los primeros buscaron refugio en la iglesia, mientras que los segundos se agolparon en la fachada del *domus*, donde nos encontrábamos los hermanos perfectos.

Había que actuar con firmeza e inteligencia, pero también de

forma prudente, sin temeridades absurdas, así que ambos decidimos desprendernos de nuestras túnicas azules y vestirnos de manera anónima, intentando pasar inadvertidos; lo único que conservamos fue el cordón de cáñamo en el cinturón, pieza que sólo los creyentes sabían identificar como propia de nuestra dignidad, y formando parte de la comitiva, nos acercamos a la plaza mayor del pueblo. En aquel preciso momento, el *bayle*, que había sido sacado a empujones a la calle, fue degradado allí mismo; lo maniataron con fuertes y tirantes correas de piel que apenas lo dejaban respirar, y obligaron a sus pocos soldados —entre ellos, los de la guardia personal y los que integraban las guarniciones destacadas en la aldea y en el castillo superior— a rendirse inmediatamente y a deponer las armas.

En ese momento se produjo un hecho que nunca olvidaré: uno de los soldados invasores procedió a clavar en la puerta de la residencia del *bayle* un bando. Acto seguido, procedió a leerlo en voz alta:

Por este documento,
ordeno a mis soldados
que, en nombre de Dios Topoderoso,
apresen a todos los ciudadanos
adultos de Montaillou,
sea cual sea su credo religioso,
para ser conducidos hasta la ciudad
de Carcasona,
donde deberán ser interrogados,
por los ministros de la Inquisición,
sobre su vinculación con la herejía.

(GEOFFROY
D'
ABLIS, inquisidor general).

Las gentes de la aldea, al oír de viva voz el contenido de aquel escrito, se quedaron sin habla. Un silencio sepulcral reinaba en toda la plaza, cuando uno de los campesinos, el creyente Marc, se

abalanzó sobre la puerta y arrancó de un tirón el bando. Cuando se disponía a arrojarlo al suelo, una saeta, disparada por un arquero, cruzó el aire y atravesó la garganta del pobre Marc. Éste se retorció con el cuerpo contraído de dolor, balbuceando pequeños gemidos de auxilio, mientras sus manos intentaban extraer la flecha. Al cabo de breves segundos, su rostro palideció y por su garganta empezó a manar abundante sangre que le inundó el pecho; sus ojos quedaron fijos, sin vida, y su cuerpo se desplomó, como fulminado, y murió de inmediato. Aquello fue el detonante: sin aviso previo y de forma instantánea, los demás aldeanos dejaron escapar la rabia tanto tiempo contenida y se abalanzaron contra los invasores armados únicamente con palos, hoces y cuantos objetos encontraron a su alcance. Fue entonces cuando se produjo la matanza. Los soldados de nuestra aldea, que minutos antes habían depuesto sus armas, al ver aquel acto de valentía de los aldeanos, las recogieron del suelo para defenderlos, y combatieron por igual con aquellos salvajes invasores; pero estaban en insalvable minoría, y, después de unos minutos de lucha encarnizada, fueron reducidos y degollados allí mismo. Las gentes corrían enloquecidas, sin rumbo, intentando huir de la crueldad represora de la tropa, mientras los pocos que aún luchaban iban cayendo uno tras otro a manos de los soldados. Toda la zona de la *fount de Bounet* se cubrió aquel día de cadáveres, y de la fuente, en lugar de agua, parecía manar sangre.

La violencia no terminó ahí; después de doblegar a los aldeanos rebeldes, los esbirros de la Inquisición, cubiertos de corazas y armados hasta los dientes, irrumpieron sobre sus cabalgaduras dentro incluso de las viviendas. El terror generalizado llegó hasta los arrabales del pueblo, donde los soldados reunieron a sus víctimas, desenvainaron sus espadas y procedieron a la masacre, de forma arbitraria e indiscriminada. La sangre bajaba como un río por las empinadas calles de la aldea. En el último momento, quizá a causa del hastío que produce la muerte, el lugarteniente de aquellos saqueadores, al ver la matanza que sus soldados estaban causando, les ordenó que cesasen las ejecuciones y procedieran al arresto generalizado de cuantos aldeanos hubiesen sobrevivido. Los pocos que no habían muerto o estaban malheridos fueron conducidos al interior de unos carros con forma de jaula, para trasladarlos a Carcasona, donde serían interrogados.

Nosotros, conscientes del riesgo inminente de muerte que corrían aquellas pobres gentes, habíamos reunido a unos pocos aldeanos, mujeres, ancianos y algunos niños, y nos habíamos refugiado con ellos en el interior de un pequeño sótano. Allí apiñados, y con una mínima abertura al exterior, que nos había permitido contemplar la salvaje escena, intentamos decidir qué era lo mejor en aquella situación.

—Deberíamos enviar a un emisario hasta la gruta para advertir de lo que está ocurriendo en la aldea —me dijo *Philippe*, en voz baja y temblorosa.

—Sí, enviaré a una persona de nuestra mayor confianza para que los avise de que, bajo ningún concepto, se acerquen a *Montaillou*, y que permanezcan allí escondidos —respondí, mientras le daba el mensaje a Mathias, quien se apartó del grupo, salió de nuestro escondrijo y se internó en el bosque, en dirección a la cueva.

Pero no podíamos soportar la visión de tal mortandad, así que *Philippe* y yo decidimos salir de donde estábamos, en busca de algún superviviente. Nos detuvieron nada más internarnos en la plaza; caímos en la redada al igual que tantos otros aldeanos.

Nuestra situación era dramática. Sabíamos que ningún miembro de nuestra comunidad iba a delatarnos, aunque el peligro acechaba a cada instante, y las cámaras de tortura podían servir para denunciar nuestra identidad. No sabíamos si, a esas alturas, el párroco, o su amante, la desaparecida *Béatrice de Planissolles*, podían estar coordinando los interrogatorios. En esos momentos de desesperación, de rabia, de angustia y de pánico, encontramos en nuestra fe un motivo de sosiego y esperanza. «No todo está perdido», creíamos oír en nuestros corazones.

Mientras, veíamos cómo empujaban a los aldeanos dentro de los estrechos carros jaulas. Nos llamó la atención descubrir que parecían poco interesados por los niños, pues éstos salían disparados detrás de los carros en los que llevaban presos a sus padres —corriendo el peligro de ser atropellados por los siguientes carros de aquella horrible comitiva de muerte—, mientras los soldados los ignoraban por completo y ni siquiera intentaban detenerlos.

—Debemos ser fuertes, ahora más que nunca —me dijo en voz baja *Philippe*—. Recemos en silencio, por nuestros queridos fieles que tanto dolor están sufriendo. Y esperemos que nuestros hermanos

Authié y frey Lorenzo hayan seguido nuestros consejos y permanezcan en el interior de la gruta.

Lo miré con dulzura y asentí, al tiempo que me asombraba al comprobar el temple de aquel hombre, mi querido maestro.

—Tengamos fe: volveremos algún día a esta bendita aldea para continuar nuestro apostolado; debemos estar siempre dispuestos a superar las adversidades, por muy duras que éstas sean —le susurré.

Al momento, unas quince carretas más, cargadas de personas hacinadas entre barrotes, y tan maltrechas como nosotros, se incorporaron a la comitiva.

—¡Son gentes de *Verdun-Lauragais*! —exclamaron algunos de los aldeanos que compartían el mismo carromato.

—Por lo visto, también esa vecina aldea ha sido víctima de una redada como la de *Montaillou*. Lo que ha ocurrido es terrible; no veo el final de esta pesadilla —masculló entre dientes *Philippe*.

—Es cierto que estamos viviendo pruebas muy difíciles, amado maestro, pero como vos me habéis aconsejado hace un instante, debemos ser fuertes frente al mal que nos impide incluso respirar. Anoche tuve una pesadilla: soñé con cuerdas, un símbolo de que algo extraño y peligroso se cernía sobre nosotros; me veía al borde de un abismo, y una mano negra y desconocida me empujaba al vacío. Yo trataba de asirme a cualquier raíz que veía asomar entre las rocas, para no caer. Creo que esa cuerda es un símbolo de fe, pero, al mismo tiempo, puede traducirse por una voz que clama del subconsciente previniendo la necesidad de ayuda —susurré, mirándolo tiernamente a los ojos.

—Yo también he tenido un sueño parecido —respondió *Philippe* con pesadumbre.

—Me he fijado en que únicamente apresan a personas mayores, y parecen respetar a los niños. Es posible que la causa sea que nuestros captores conocen más de nuestras creencias de lo que imaginábamos.

Sólo las personas adultas fieles al catarismo, mediante la imposición de manos, estaban facultadas para recibir de nosotros, los perfectos, el bautismo del *consolamentum*. Quizá fuera ése el

motivo de dejar en libertad, aunque en total desamparo, a los pequeños.

—Sin duda se trata de un intento de causar un daño aún mayor a nuestra comunidad. Sorprende, además, el poco cuidado a la hora de elegirnos, pues entre nosotros hay también cristianos apresados.

—Tenéis razón.

Se esperaba un viaje largo, agotador y de negras sombras para quienes íbamos presos. Las carretas comenzaron a salir de *Montaillou*, emprendiendo el camino hacia el norte, en dirección a Carcasona. Apenas nos dieron agua y comida, y muchos ancianos no soportaron la dureza del viaje, hacinados durante horas en un espacio minúsculo e inhabitable, sin poder incorporarnos, puesto que la altura de la jaula no superaba el metro y medio. Recuerdo que, siendo ya de noche, nos detuvimos en un claro del bosque, sobre precipicios de vértigo, y uno de los presos gritó:

—¡Agua! ¡Agua, por piedad!

Pero, en lugar de socorrer esa petición de clemencia, uno de los soldados que hacia la guardia se acercó en dos zancadas hacia el lugar del que procedía aquella voz y, tras identificar al autor, lo golpeó brutal y repetidamente con una arma y lo hirió de muerte en la cabeza. Al ver que el preso se desplomaba sin vida en el interior de aquel reducido habitáculo, pidió ayuda y, entre tres soldados, sacaron de allí el cuerpo del infortunado y lo lanzaron por los aires hacia el abismo que se abría a nuestro lado. Aquel desdichado era Lucas, el panadero de la aldea, un hombre bueno y un cristiano respetuoso con los creyentes. Mi desesperación no tenía límites: el aldeano asesinado era una de las personas por las que yo sentía más aprecio, un hombre de profundos valores morales, que yacía ahora sin vida en el fondo de aquel barranco.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos del amanecer, las carretas volvieron a ponerse en marcha y, en una curva del sendero, descubrí en el fondo de la sima el cuerpo destrozado de Lucas, tirado sobre unas rocas del lecho del río.

—Recemos en silencio unas oraciones por el hermano Lucas — susurró *Philippe*, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Sí, recemos un padrenuestro por el descanso eterno de su alma.

De pronto, la comitiva se detuvo.

—¿Por qué nos hemos parado? —pregunté, pero nadie sabía el motivo.

Varios jinetes desmontaron de sus cabalgaduras y abrieron la puerta de nuestra jaula para que descendiésemos.

—En uno de los carromatos delanteros se ha roto el eje central de las ruedas, y tenéis que ayudar a arreglarlo —ordenó con voz seca el sargento.

Al cabo de un par de horas, y a pesar del estado de desfallecimiento en el que se encontraban muchos de los presos, habíamos reparado el carromato, así que volvieron a encerrarnos. Sobre nuestras cabezas, el vuelo majestuoso de varias parejas de águilas imperiales, cuyos nidos se podían divisar en las rocas de la colina que se alzaba ante nosotros.

Estábamos entrando en tierras del *Razès*; sus valles y montañas me eran muy familiares, conocía aquellos maravillosos parajes como la palma de la mano. El aire traía aromas de romero, lavanda y tomillo: las veredas me recordaban las jornadas de trashumancia, porque por ellas había transitado en numerosas ocasiones durante mi infancia y hasta mi huida de la justicia.

Al atardecer, después de rebasar *Quillan*, donde las gentes, al igual que en otras poblaciones, contemplaron la comitiva de carros jaula presas de un miedo cerval y de un creciente estupor, algunos aldeanos desafiaron el anillo que los soldados habían establecido en torno a los carruajes, para darnos algunos trozos de pan, frutas y jarras de agua, pero los guardias se lo impidieron de forma brutal. Pasamos luego, en medio de un silencio que helaba la sangre en las venas por las calles de *Couiza*, a orillas del río Aude, e iniciamos la penosa subida a
Rennes-le-Château
, pueblo encaramado en lo alto de una colina, destino final de aquella jornada, pues el comandante de aquella siniestra expedición había decidido que pasaríamos allí la noche. Había luna llena, una luna preciosa y cercana, y una atmósfera de misterio flotaba en el lugar. Varios escalofríos recorrieron mi exhausto cuerpo, y una extraña sensación se apoderó de mí; mis dientes no cesaban de chirriar, y lo mismo le sucedía a *Philippe* y al resto de nuestros compañeros.

—Es un pueblo maldito —coincidieron en decir algunos de ellos,

con voz temblorosa.

—¿Por qué maldito? —Logré susurrar, mientras intentaba por todos los medios dominar mis mandíbulas, y evitar, al mismo tiempo, llamar la atención de los soldados.

—Cuenta una leyenda que en este lugar está enterrado el gran secreto de los templarios, un tesoro de incalculable valor. Pero dice la Iglesia que ese tesoro está protegido por las fuerzas del Mal. Además, a la entrada de la capilla, los feligreses se topan con la imagen de un ser surgido del averno; se trata de un demonio llamado Asmodeo, cuya figura sustituye tenebrosamente como peana a la pila del agua bendita. Ese ser grotesco y deforme intimida a quien lo observa, y clava sus maléficos ojos en todo aquel que acceda al templo, desafiándolo con una risa sarcástica de ultratumba —explicó con desazón uno de los aldeanos.

—¿Y cómo sabéis todo eso? —preguntamos, sin apenas poder mover los labios.

—Mi padre nació en ese pueblo; se dedicaba a la ganadería, y un día, siendo joven, llevó su rebaño a *Montaillou*, se enamoró de mi madre, se casó con ella y se quedó a vivir allí. Esas historias eran el tema preferido de mi padre —respondió aquel hombre.

—Pues quisiéramos que nos contaras alguna más; sería una forma de pasar la noche y distraer nuestras mentes —rogamos, mientras procurábamos que los guardias no se percataran de nuestra conversación.

—Bien. Hay muchas que contar. Ésta es una zona rica en leyendas e historias ancestrales. Acerca de esa iglesia puedo deciros que, además, encima de la puerta hay grabada una frase lapidaría que estremece: «*Terribilis est locus iste*»: «Este sitio es un lugar terrible» —balbuceó el aldeano. Y prosiguió—: En esta población se dice que vivió sus últimos años María Magdalena, la esposa de Jesús. Los testimonios visigóticos y merovingios son también abundantes; estos últimos, cuyos reyes eran verdaderos holgazanes, fueron los herederos del Santo Grial a través de la estirpe de María Magdalena, perpetuando así la primera dinastía franca. No es, por tanto, una casualidad, que esta pequeña población que fuera ya en el siglo VIII, durante el esplendor merovingio, la capital del floreciente condado del *Razès*. Por eso, son muchos los misterios que siguen flotando en este lugar enigmático.

—Por eso precisamente fue saqueado por los cruzados de *Simón de Montfort*, que masacraron sin piedad a sus habitantes; tampoco corrió mejor suerte el castillo de *Coustaussa*, que domina la colina inferior, al otro lado del valle, frente al camino que lleva a *Couiza*, y cuya guarnición fue degollada por los cruzados y las tropas reales en el otoño de 1211 —terció apesadumbrado *Philippe*, quien, por lo visto, conocía también la enigmática historia de *Rennes-le-Château*.

Luego nos dieron algo de comer, y nos permitieron descender del carromato para estirar las piernas y hacer nuestras necesidades. A continuación fuimos arrastrados, maniatados a una misma cuerda, a beber en una fuente. Allí nos dieron un cazo de madera que pasábamos de boca en boca. Entre sombras, un anciano de aspecto patriarcal, apoyado sobre un largo bastón, y de tupida melena blanca y elegantes maneras, se aproximó imperturbable, ignorando la presencia de los soldados, y dirigiéndose a mí, exclamó:

—¡Tú eres el escogido como portador de la profecía!

Aquellas palabras me petrificaron y se clavaron en mi mente hasta hoy. No he podido dejar de pensar en ellas ni un solo día desde entonces. Pero, en aquel momento, yo era incapaz de entender el significado último de aquella frase.

¿Qué habría querido decir de forma tan solemne aquel anciano de mirada penetrante? El único objeto que destacaba de su modesto atuendo era una cruz tau de plata, que llevaba colgada al cuello, y que reflejaba la fría luz de la luna. Y de pronto recordé: era el mismo crucifijo que portaba frey Bernard, el mago templario de Montréal-de-Sos.

XII.
A TRAVÉS DEL RAZÈS

Apesar del cansancio, todos los intentos por conciliar el sueño aquella noche resultaron infructuosos. Ninguno de los componentes de la partida, amontonados como bestias, podíamos sustraernos a la conciencia de que nuestras vidas se adentraban en un túnel del que era imposible vislumbrar el final. Pasamos la noche sobresaltados: cualquier sonido ambiental, proveniente de una lechuza, un murciélago u otros animales nocturnos, nos encogía los corazones de pavor: nos pareció incluso ver extrañas sombras que se movían en la oscuridad… Las campanas de la iglesia sonaron sin motivo alguno, y parecían estar abriendo las puertas del infierno. A la mañana siguiente, advertimos con desazón en el suelo del carro un murciélago muerto, lo que podría indicar un mal presagio.

¿Qué podría significar aquel signo? Mis compañeros estaban presos de un pánico atroz que apenas podían disimular. *Philippe* era el único que conservaba la calina en medio de aquella escena estremecedora.

Después de darnos algo de pan con queso fresco, nos permitieron beber y refrescarnos en la fuente, y nos condujeron de nuevo a las jaulas para proseguir el trayecto.

Los caballos se pusieron perezosamente en marcha, y comenzamos a descender por la empinada cuesta, dejando atrás aquella misteriosa población de sombras y leyendas, que jamás podría olvidar. Cuando las últimas formas del pueblo aún eran visibles, permanecían en mi memoria las enigmáticas palabras de aquel anciano de semblante noble y aspecto patriarcal.

A medida que nos aproximábamos a la ciudad de Carcasona, el movimiento de personas, a pie, a caballo y en carro, se hacía más constante. Estábamos en el *Razès*, la tierra de mis antepasados.

—Estamos entrando en *Alet*, población en donde, según la leyenda, tuvo lugar una historia macabra —dijo *Philippe* casi en un susurro, mientras alzaba su rostro hacia nosotros.

—¿Qué es lo que ocurrió, hermano? —respondieron varios de los prisioneros, moviendo apenas los labios.

—Hace un siglo, la abadía de *Alet* era un verdadero oasis católico, en medio de una tierra mayoritariamente cátara. El perímetro de murallas que rodean el pueblo fue levantado a iniciativa de su abad, *Pons Amiel*, quien, al morir, en 1197, fue reemplazado por un tal *Bertrand de Saint-Ferréol*, elección que no fue aprobada por *Bertrand de Saissac*. Éste, que era cátaro, y tutor del vizconde *Raymond Roger de Trencavel*, señor de Carcasona, no dudó en entrar por la fuerza en el interior de la abadía. Asesinó a los monjes que salían a su paso, apresó al nuevo abad y colocó sobre el sitial abacial los restos de *Pons Amiel*. Allí, bajo la macabra presidencia de un cadáver, ordenó elegir al abad *Boson*, que gozaba de su plena confianza, como perfecto cátaro —explicó *Philippe*, con tono emocionado.

—Dios mío, es una historia terrible.

—Y aún más terrible es su final: el arzobispo de Narbona, intimidado por la situación, decidió ratificar aquella elección a cambio de una irrechazable cantidad de dinero, que aumentó su ya elevada riqueza personal —añadió el maestro.

—¿Y qué fue del abad *Boson*?

—El abad, amigo del catarismo, logró mantenerse en su puesto durante los primeros años de la cruzada. Sin embargo, fue el mismo pontífice Honorio III quien decretó la expulsión de *Boson*, por su relación con la herejía, después de que esta población pasara al dominio del conde de *Foix*.

Al pasar por *Alet*, la gente se agolpó a nuestro alrededor. Veíamos en sus caras la expectación que causábamos, la sorpresa de nuestra situación de cautiverio, pero nadie osó pronunciar una sola palabra de insulto; al contrario, nos miraban con respeto y admiración, conocían bien la naturaleza de nuestro arresto, y en el

espíritu de aquellas buenas gentes occitanas latía un apenas disimulado sentimiento de rechazo hacia los invasores del norte. Oculté mi rostro por prudencia, pues si alguien me reconocía y denunciaba mi presencia, podía considerarme un hombre sentenciado a muerte.

Tras un breve receso de dos horas, en el que nos permitieron comer y beber algo mientras los caballos descansaban, nos llevaron maniatados y enlazados con una larga correa hasta un lugar apartado del centro urbano para que pudiésemos estar, al menos unos minutos, de pie. A pesar de que aquélla era una ciudad férreamente amurallada, algunos vecinos del pueblo lograron lanzarnos un poco de queso y frutas, aprovechando un descuido de la guardia. Después de ese breve paréntesis, nos pusimos de nuevo en dirección a Carcasona.

Llegamos a *Limoux* a la caída del sol. En el aire flotaban aromas a mosto, y las gentes estaban en plena vendimia.

—Los vinos espumosos de esta ciudad gozan de gran prestigio. A mis padres les gustaba tomarlos durante las celebraciones de tiestas —recordé con nostalgia. Me sorprendió oír mi voz temblorosa y triste.

—Lo sé, hermano Guilhelm, pero este burgo es también famoso por sus señores, que fueron rebeldes a la Iglesia; me refiero a los *faidits*, quienes, sublevados en 1240, protagonizaron la que se llamó «guerra de *Limoux*», a cuyo frente se hallaba el último heredero de la dinastía Trencavel —respondió *Philippe*.

Al oír la palabra «*faidits*», recordé de inmediato a aquel señor desposeído de sus tierras, el desdichado *Nicolau*, al que conocí a los pocos días de mi huida de Cubières, en tan mal momento, y di sepultura con mis propias manos.

—Pero la tradición cátara de *Limoux* hay que buscarla en la vecina aldea de *Pieusse*, donde, en 1226, se celebró uno de los últimos concilios cátaros, que reunió a más de un centenar de perfectos, bajo la presidencia del diácono *Guilhabert de Castres*. Fue entonces cuando se creó el obispado de *Razès*, y se nombró a Benoît de Termes como primer obispo, y a *Raymond Agulher* y *Pons Bernardi* como ayudantes mayor y menor, respectivamente —explicó *Philippe* con alegría en los ojos.

—Sí, me siento muy orgulloso de pertenecer a esta tierra,

siempre fiel a los creyentes —dije quedamente, mientras los demás asentían con la cabeza.

—Lamentablemente, los cruzados, que eran los barones del norte y nunca nuestros hermanos templarios, entraron en *Pieusse* tras derribar sus murallas, y asesinaron a la mayoría de sus habitantes, incluida la madre del señor, que era perfecta. Abusaron de las mujeres hasta ver cómo algunas fallecían allí mismo… Fue una verdadera carnicería. Ahora sólo se conservan en el pueblo una torre, restos del castillo y del recinto que rodeaba a la villa, y la iglesia de Saint-André; desde lejos, por la noche, parece una aldea fantasmal.

En *Limoux* pasamos prácticamente desapercibidos, pues las gentes andaban ocupadas en sus tareas: había un mercado de vinos y licores, y nuestros carros jaula se confundían con los demás. Pasamos allí la noche, y a la mañana siguiente, con los primeros rayos del amanecer, nos pusimos de nuevo en marcha. Aquel penoso viaje fue el último para muchos de nosotros; las enfermedades, la falta de agua y las condiciones insalubres en las que viajábamos diezmaron el número de los presos. La estrechez del habitáculo nos obligaba, además, a viajar encorvados, y cuando fallecía un prisionero, éramos los supervivientes quienes procedíamos a cavar su fosa; de no hacerlo nosotros, los soldados no hubiesen dudado en arrojarlo a algún barranco, para que lo devorasen las alimañas.

De pronto, a mediodía y tras rebasar un altozano, apareció la ciudad alta de Carcasona. Su figura se elevaba imponente por encima de los bosques colindantes, creando una sensación de imperial majestuosidad; parecía una fortaleza inexpugnable.

—¡Nunca había contemplado un recinto amurallado de tales proporciones! —exclamé con verdadero asombro.

—Se trata de la ciudad más inabordable que existe en Europa; dispone de dos anchos recintos de murallas: el perímetro exterior, de tres mil setecientos setenta codos de longitud, con catorce torreones, construida en tiempos de San Luis, y la muralla interior, la que vivió la tragedia de la cruzada, de dos mil novecientos codos, con treinta y cuatro torres, incluyendo el poderoso castillo condal —explicó *Philippe*, que también conocía aquella formidable urbe.

—¿Siempre ha sido católica esta ciudad? —pregunté en voz baja.

—No, hace ahora exactamente un siglo, se produjo aquí una de las escenas más sobrecogedoras de la cruzada, cuando las tropas reales, mandadas por el legado pontificio
Arnaud-Amaury
, después de asesinar a más de veintidós mil personas en el sitio de Béziers, rodearon estos formidables muros, y viendo que la empresa del asalto iba a ser difícil para las tropas atacantes, decidieron ofrecer un pacto a *Raymond Roger Trencavel*. Éste, que se caracterizaba por su gran sentido del honor, aceptó el acuerdo, por el bien de sus defensores, y se entregó en calidad de rehén. Sin embargo, aquello era un burdo engaño, y la traición se consumó nada más llegar el prisionero al campamento. Sin su señor, la ciudad fue tomada rápidamente y saqueada por completo. Los ciudadanos, precavidos y desamparados, la habían abandonado, temiéndose lo peor, por lo que las tropas invasoras apenas encontraron resistencia. El pillaje fue absoluto y las viviendas fueron totalmente arrasadas, hasta tal punto que cuenta una leyenda católica que «las gentes de Carcasona sólo se llevaron encima sus pecados».

—¿Y qué fue del conde *Raymond Roger Trencavel*?

—Según algunas crónicas, parece que fue recluido en prisión, y murió tres meses después por disentería. Pero lo más probable es que fuese víctima de las más atroces torturas antes de fallecer Desde entonces, a excepción de un par de años de dominio occitano, y de varios intentos de reconquista por parte del joven Trencavel… el hijo de *Raymond Roger*, al frente de sus *faidits*, esta ciudad ha estado dominada por los barones del norte. Su primer señor fue *Simón de Montfort*, que la tomó en feudo con el respaldo de la Iglesia católica; es uno de los hombres que más daño ha causado a las gentes del Languedoc, y se halla enterrado en la catedral de
Saint-Nazaire
, en el interior de la Cité.

Justo en ese momento cruzábamos el puente levadizo y nos aprestábamos a traspasar las puertas de la ciudad. Sabíamos que aquél era un momento muy importante en nuestras vidas: quizá no saliésemos con vida de aquellos muros.

—Nos adentramos en la ciudad, compañeros. Recemos, pues, por nuestras almas, porque nuestro final puede estar muy cerca. Os damos nuestra bendición, queridos hermanos —dijimos *Philippe* y

yo.

Al instante, los ocho hombres que componían el pequeño grupo que había sobrevivido a los distintos avatares de nuestro cautiverio procedieron a hincar una rodilla en el suelo de aquel habitáculo, mientras agachaban la cabeza en señal de sumisión.

XIII.
LA CONFESIÓN

Hombres y mujeres de todas clases y oficios se daban cita en Carcasona, al amparo de sus poderosas murallas. Cientos de buhoneros y mercaderes de todas las condiciones, soldados armados hasta los dientes, campesinos que portaban sacos de frutos, leñadores que traían haces de leña, panaderos, caldereros, carboneros, banqueros, cuidadores de ocas, todos convivían en la que era la ciudad más segura del mundo. Y como no podía ser de otra forma, era allí, en aquella ciudad alta —conocida popularmente como "*la Cité*"— donde tenía su madriguera el hombre más poderoso de Europa después del papa Clemente V; el dominico francés *Geoffroy d'Ablis*, inquisidor general de Carcasona. Los soldados nos golpeaban para que avanzásemos entre la multitud mientras yo reflexionaba acerca de todas esas cosas.

Cuando llegamos a la entrada del castillo condal —tras cruzar la torre albarrana y salvar el foso que la circundaba por el puente de piedra—, me detuve, mudo de asombro. El poder militar de la ciudad se mostraba en todo su esplendor. Contemplábamos la grandiosidad y la robustez de las torres que flanqueaban la puerta de entrada. Arriba, en las almenas superiores, un pasillo de ronda cubierto de madera, desde cuyas saeteras asomaban centenares de flechas que amenazaban cualquier conato de conquista de la plaza, y, de igual modo, servían como aviso disuasorio para cualquier intento de rebeldía. Un leve gesto del sargento hubiese sido suficiente para acabar con la vida de cualquiera que osara desafiar

los poderes de la ciudad. Pero, una vez dentro de aquella fortaleza, en el corazón de las murallas, los incesantes ruidos de los comerciantes que imperaban en el recinto exterior se apagaron de golpe; daba inicio el lenguaje del miedo. Todos los que íbamos maniatados, conducidos desde *Montaillou* y
Verdun-Lauragais
, no pudimos ocultar nuestro asombro ante ese extraño silencio. La humedad del ambiente, favorecida por la cercanía del río, hacía que flotase en el aire una permanente y densa bruma, que aumentaba la visión de una ciudad fantasmal, huidiza y temerosa. Un escalofrío de pavor heló las mentes de aquellos desdichados, que eran conducidos como reses a aquel escenario de opresión e incertidumbre. Los únicos que controlábamos —mal que bien— el miedo que nos atenazaba a todos, éramos *Philippe* y yo. Nuestra condición de perfectos y el camino interior de espiritualidad que habíamos recorrido en los últimos meses sirvieron para aprender a no temer nuestro destino. Nos debíamos, además, a aquellas buenas gentes, que se acercaban a nosotros, con disimulo, en busca de nuestra secreta bendición.

Nuestra espera se hizo eterna. Estuvimos unas cuantas horas sobre el umbrío suelo del patio, en un rincón orientado al nordeste. La situación era desesperada: había hambre, sed, cansancio, muchos andaban aquejados de enfermedades y, sobre todo, reinaba el miedo. Sobre nuestras cabezas, desde las almenas superiores, veíamos los arcos tensados, prestos a cualquier provocación. No dejaban de controlar todos nuestros movimientos, seguramente esperando órdenes de las altas esferas.

—Hemos de ser fuertes; nuestro destino puede sellarse aquí, en este sombrío lugar, pero no debemos temblar ante la adversidad —dijo *Philippe* entre dientes.

—Me mantiene vivo el recuerdo de mi familia, y la satisfacción de haber intentado hacer el bien entre las gentes —respondí mirando con dulzura a mi amado maestro. Ambos éramos conscientes de que muy pocos de los allí recluidos habían logrado volver a ver la luz del día.

Transcurridas unas horas, vimos cómo se abría una puerta situada en el extremo opuesto del patio. Por ella aparecieron algunos sirvientes que llevaban cargados sobre sus espaldas varios

cuerpos completamente ensangrentados.

—¡Esperad aquí! —gritó el sargento de la guardia—, no tardarán en llegar los carromatos para llevarse esta basura: servirá de alimento a las alimañas del bosque.

Minutos después, volvió a abrirse la puerta principal y aparecieron seis carros tirados por fuertes caballos, en los que arrojaron sin miramiento alguno aquellos despojos humanos. Ante aquel horripilante espectáculo, muchos de los que allí estaban no pudieron reprimir el llanto, mientras otros vomitaban lo poco que habíamos comido; los dientes chirriaban por doquier, y yo pensé que nuestra voluntad se estaba resquebrajando.

—¡Aquí están! —se oyó decir en una estancia del interior.

Instantes después se abrió una puerta y por ella salieron al patio algunas autoridades eclesiásticas que mandaron a los guardias que nos dividieran en grupos. Pretendían trasladarnos a diferentes lugares de la fortaleza, donde seríamos interrogados por los inquisidores. Afortunadamente, a *Philippe* y a mí nos dejaron juntos, y alcanzamos a ver cómo se llevaban a nuestros compañeros, exhaustos y abatidos temblorosos y con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Dios quiera que no estén el cura, o *Béatrice de Planissolles* presentes en las salas de los interrogatorios —le confesé a *Philippe* en voz baja.

Después nos tocó el turno a nosotros. Fuimos guiados, con otros cuatro compañeros, a través de aquel laberinto de galerías, en el reino de las sombras. Varios soldados nos conducían a empujones, sin dirigirnos la palabra, y mientras descendíamos por profundas galerías, descubrimos centenares de mazmorras situadas a ambos lados de aquel espeluznante pasillo, la mayoría de las cuales estaban repletas de presos. Algunas manos salían entre las frías rejas, implorando caridad para sus desgraciadas vidas. Yo aprovechaba los pocos descuidos de la guardia para intentar bendecirlos. Aquel viaje por los infiernos culminó en una galería oscura, al fondo de la cual había una puerta de hierro provista de un ventanuco; ése era el único contacto del reo con el mundo exterior, y servía, al mismo tiempo, para que el carcelero pudiese ver el interior de la mazmorra.

—¡Ya hemos llegado! —dijo el jefe de la comitiva, antes de preguntar al carcelero si aquella celda estaba vacía.

—No, el preso aún está vivo; es todo un milagro, porque hace días que rechaza la comida, y ha logrado resistir duras sesiones de latigazos. Pero no tardará en morir —respondió el soldado.

—¡Pues abre ya la puerta! —ordenó el sargento de la guardia.

El carcelero tardó en encontrar la llave entre las numerosas que llevaba engarzadas en la enorme anilla de hierro. Después de abrir la cerradura y oír el chirrido oxidado de la bisagra, nos empujaron hacia el interior. Nos adentrábamos en el averno.

La humedad de aquel sitio era muy alta, pues, a pesar del ventanuco de la puerta, apenas entraba nada de aire. Además, al no disponer de letrina, el aire era irrespirable. En un extremo, acurrucado sobre un amasijo de telas malolientes, había una sombra humana, que pudimos vislumbrar gracias a la luz plomiza de una lámpara de aceite colgada en un hueco de la pared. Era el preso que el carcelero ya casi daba por muerto. Volvió su rostro tembloroso hacia donde nos hallábamos, pero sus ojos denotaban la ausencia de vida.

—¿Cómo os encontráis? —le pregunté a aquel desdichado.

—Ya hace días que he renunciado a este mundo… pero me llena de alegría contemplar de nuevo rostros humanos, escuchar vuestras voces y compartir con vosotros mis últimos momentos. La peor tortura aquí es la soledad, que acaba por enloquecernos —respondió de forma serena.

—Venimos de *Montaillou*, una aldea del Alto Ariège, y fuimos encarcelados por orden del dominico
Geoffroy d'Ablis
, inquisidor general de Carcasona.

—Sí, lo conozco bien, y también sé por experiencia cuáles son sus métodos para lograr confesiones. Ese monstruo es capaz de llegar hasta el límite de la resistencia humana. He visto con mis propios ojos cómo destruía la vida de infinidad de personas, aniquiladas para siempre por los terribles tormentos padecidos, mientras él y sus esbirros se burlaban de los gritos y el sufrimiento de aquellos seres inocentes —confesó aquel hombre de hablar pausado y firme.

—Pero ¿todas las gentes recluidas en este presidio de Carcasona están condenadas por herejía? —quise saber.

—No, aunque a la mayoría se los considera herejes, hay también templarios, judíos, videntes, magos, valdenses y algunos

condenados por sodomía o satanismo, la Inquisición ha hecho de Carcasona, y concretamente del Muro, la ciudad más odiada de toda Europa. En esta cárcel, pocas personas vuelven a ver la luz del día; por lo que sé, ni siquiera tienen la dignidad de darle a los fallecidos un descanso digno en un cementerio —relató con lágrimas en los ojos.

—Sí, de eso podemos dar fe. Al entrar hemos visto en qué condiciones retiraban a los fallecidos de las cámaras de tortura, o de las mismas cárceles, y el trato inhumano que reciben sus despojos —dijo *Philippe*, apesadumbrado.

A los pocos segundos, el carcelero, precedido de un ruido espeluznante que retumbó en toda la estancia, abrió de golpe la puerta y nos dejó algunos platos de comida y una jarra de agua.

—¡Comed! Debéis estar fuertes para mañana —dijo el guardián, mientras volvía a cerrar la puerta.

Como era de esperar, la comida era repugnante, pero nos forzamos a comer, impelidos por la necesidad de acumular fuerzas para el día siguiente, porque de lo contrario, corríamos el riesgo de caer desfallecidos. Repartimos los alimentos entre todos, incluyendo a aquel pobre desdichado, que agradeció nuestra magnanimidad.

—Comed despacio, amigo, debéis cuidaros; parecéis muy débil —le dije con estima.

—Gracias, veo por vuestro gesto que sois una buena persona. Pero el dolor me impide comer: tengo la espalda abierta en carne viva, y he perdido el apetito —respondió.

—Dejadme ver.

Aquel pobre hombre, objeto de torturas y vejaciones, tenía el dorso cubierto de sangre seca y la piel abierta con numerosas heridas de látigo. Producto de la pésima alimentación, sus vértebras casi podían tocarse. Procedí de inmediato a limpiar las heridas más graves con un poco de agua que quedó en el fondo de la jarra; aquello lo alivió un poco, pero su aspecto era de extrema debilidad. Al poco, y a causa del cansando extremo de aquellas jornadas, todos cayeron en un profundo sueño. Pero yo no conseguía que mi mente se relajase, y permanecía despierto. A mi lado, el enfermo, sentado en el suelo, hacía unos extraños dibujos en la tierra con una varilla de madera. Parecía trazar un laberinto, y en su centro la letra «a», como símbolo de la piedra filosofal. Así se lo indiqué, procurando

que mi voz permaneciese casi inaudible.

—Veo que conocéis algunos de los secretos del conocimiento.

—Así es, a pesar de mi apariencia externa, soy perfecto cátaro —manifesté.

El preso sonrió un segundo, antes de contestar.

—Ésa era mi intuición, y por ese motivo he querido poneros a prueba. Podríais haber sido un infiltrado de la Inquisición para conseguir mi confianza; desde hace tiempo están tratando inútilmente de sacarme información a base de interminables sesiones de latigazos, pero hasta ahora nada han conseguido —repuso el preso.

—Mi nombre es Guilhelm Bélibaste. Nací en Cubières, y huyo desde hace años de la justicia eclesiástica por un crimen que cometí en defensa propia. He sido un refugiado y un proscrito, y he errado por las montañas y los pueblos de todo el Languedoc para no caer en manos de la Inquisición. Después, siguiendo las enseñanzas de mi maestro *Philippe*, que me acompaña en este cautiverio, fui iniciado en la villa de Rabastens, pero el inquisidor general de Carcasona llevó a cabo una terrible redada en *Montaillou* hace unos días, y allí nos apresaron. El resto de la historia ya la conocéis.

—Yo soy *Julien Bornay*. Nací y viví en *Montesquieu-Volvestre*, pequeña bastida al sur de la ciudad de Toulouse, fundada en 1246 por el conde Raymond VI. Mi ciudad fue una comuna siempre afín a Occitania y al pensamiento cátaro, y yo mismo soy alquimista. Por ese motivo estoy aquí, condenado a perpetuidad por brujo —dijo aquel hombre de mirada indulgente.

Al ver mi expresión de asombro, el mago siguió hablando.

—El valenciano *Arnau de Vilanova*, uno de los grandes maestros de la ciencia alquímica, además de médico y filósofo, fue quien me introdujo en el Arte Real en la ciudad de Montpellier, donde tuve el privilegio de conocer al mallorquín *Ramon Llull*, autor de la obra *Ars Magna*, cumbre de los conocimientos alquimistas. Ambos sabios me hicieron partícipe de los secretos del atanor y de sus inmensas posibilidades para transformar la materia hasta alcanzar el estado más puro: el oro. *Ramon Llull* escribe con las dos manos y sobre un espejo, en clave, para que sus mensajes no puedan ser identificados —dijo *Julien*.

Aquel hombre, desconocido para mí unos segundos antes, me relataba con voz pausada su conocimiento de uno de los grandes secretos de la humanidad, perseguido por todos los grandes sabios: el secreto de la piedra filosofal. Tras unos segundos de silencio, prosiguió:

—Acompañé a ambos a Rocamadour, donde rendimos culto a la virgen negra; una virgen mágica, pues como sabréis, ese color se corresponde con una de las fases esenciales del arte alquímico. El *Doctor Iluminado* regresó luego a su querida Mallorca, para crear en la cumbre de la montaña sagrada de Randa, concretamente en la ermita de la Virgen de Gracia, una escuela de lenguas orientales: latín, hebreo, griego y árabe. Desde ese día, y a causa de mi encierro, no he vuelto a tener noticias de mi amigo humanista, ni tampoco de *Arnau de Vilanova* —añadió *Julien*.

—Yo sí, concretamente de *Ramon Llull*, aunque no muy agradables. Me dijeron que, en la travesía que lo llevaba a Tierra Santa, nuestro sabio fue víctima de un intento de envenenamiento por parte de sus propios servidores, pagados por el papa Inocencio XIII. Pero, afortunadamente, gracias a su fuerte complexión, y también a la intervención de los médicos templarios, fue llevado hasta Chipre, donde logró sobrevivir. Allí se reunió con *Jacques Bernard de Molay*, y pudo al fin abordar una de la cuestiones que más le preocupan: la unión de las dos grandes órdenes militares, templarios y hospitalarios —expliqué.

—Veo que estáis bien informado, y me alegra saber que mi admirado amigo y maestro *Ramon Llull* sigue vivo. Una de sus máximas vitales fue siempre la advertencia ante el peligro que suponía la ignorancia, y siempre receló del poder supersticioso y casi hipnótico que la religión lleva consigo. Decía que era imposible progresar en el conocimiento con todas las trabas que la Iglesia ponía al manejo de la lógica y a los avances de la ciencia. Como podéis comprobar, el tiempo le ha dado la razón —dijo *Julien* suspirando.

Aunque la conversación hacía el ambiente aún más denso e irrespirable, el alquimista prosiguió:

—Ahora, ya en la recta final de mi vida, he asumido con serenidad que me encuentro en el umbral de la muerte. Mi cuerpo

está exhausto, y mi alma se dirige todas las noches al Altísimo en busca de consuelo; por eso presiento que mis minutos están contados y que no tardaré mucho tiempo en cerrar los ojos para siempre de este mundo. Pero antes deseo comunicaros algo de suma importancia: se trata de los documentos que dan fe de los hallazgos científicos que tuve el honor de compartir con los grandes maestros de los conocimientos de la ciencia alquímica, así como de otros secretos, de capital importancia. Y creo ver en vos la persona adecuada para confiárselos —dijo *Julien*.

—¿A qué os referís exactamente?

—Los soldados enviados por la inquisición asaltaron mi casa en *Montesquieu-Volvestre*, asesinaron a mi esposa y a mis hijos y, únicamente gracias a los templarios, mis padres pudieron refugiarse en el molino de harina que hay en la orilla izquierda del río Arize. Allí, según me dijeron, permanecieron ocultos varios años, hasta que una terrible epidemia de peste que asolaba la zona acabo con sus vidas. Antes de ser capturado, yo tuve tiempo de ocultar algo que considero del todo comprometedor, y que bajo ningún concepto, deberá ser descubierto por la Iglesia —explicó el viejo alquimista, mientras me miraba fijamente.

—Podéis contar conmigo, estimado amigo *Julien*. Pero pensad en qué situación me encuentro yo aquí; como sabéis mejor que nadie, mi futuro tampoco es muy halagüeño —susurré.

—Sí, soy consciente de ello, pero quiero saber sí, llegado el caso, podría contar con vos. Quizá existiese la oportunidad de escapar de aquí, y me gustaría asegurarme de que sois una persona íntegra. Tendríais que comprometer vuestra vida en esa empresa, pues esos documentos tienen más valor que nuestra propia existencia.

Conforme hablaba, el tono de voz de mi amigo se volvía más grave, más solemne, y su expresión de seriedad alejó de mí cualquier duda.

—Voy a mostraros el objeto más sagrado que llevo siempre encima. Y, dirigiendo mi mano hacia el pecho, saqué del interior de la camisa el colgante que pendía de mi cuello. Al ver aquello, su rostro se iluminó.

—No hace falta más, ahora sé que puedo confiar en vos, amigo Guilhelm —exclamó de inmediato *Julien*, al contemplar la forma

brillante del pentagrama.

—Os quedo profundamente agradecido por confiar en mí, y os prometo que, si salgo vivo de este encierro, no os defraudaré.

—Sí, veo sinceridad en vuestra mirada, y vuestro espíritu parece franco y humilde —dijo *Julien*, emocionado.

Agradecí sus palabras cubriendo sus delgados hombros con mi brazo derecho.

—Lo encontraréis oculto en mi casa de *Montesquieu-Volvestre*, conocida por las gentes de allí como la «casa del alquimista». No tendréis problemas para localizarla, porque está a menos de un centenar de pasos al norte de la iglesia parroquial, y a escasas brazas de la *halle*, concretamente en la calle *Mage* —explicó *Julien*.

—Pero, al hallarse ahora deshabitada, supongo que la casa estará cerrada. ¿Cómo podré entrar sin llamar la atención? —pregunté.

—Encontraréis una llave oculta en el interior de una repisa que, a modo de hornacina, se abre en la fachada, a una vara del lado izquierdo de la puerta. La oculté bajo el tiesto de una maceta.

—Bien, procuraré no olvidar vuestras indicaciones, y rogaré a Dios que me dé la posibilidad de poder desarrollar tan importante misión.

El anciano alquimista, que presentía la proximidad de su muerte, se acercó a mí y me comunicó el mensaje del criptograma, con la ayuda del cual podría hallar aquellos valiosos documentos.

—«*Invierte la cruz y entra, duerme en su interior*» —expresó en clave el sabio.

Comprendí de inmediato que, con aquel jeroglífico, mi buen amigo *Julien* se aseguraba de que yo jamás revelaría el contenido de su secreto, incluso aunque fuera torturado hasta el límite de mi resistencia, pues su significado último me era inaccesible.

—Primero deberéis aseguraros de que nadie os siga o aprecie vuestros movimientos; después, una vez dentro, procurad cerrar de nuevo la puerta de la casa, y, dirigíos al patio, que está en la parte trasera; seguidamente, atravesaréis el recibidor, la cocina y el salón comedor, dejando a ambos lados del pasillo un par de habitaciones que fueron incendiadas por los soldados. Ya en el patio, veréis una fuente que, según me dijeron, disminuyó su caudal de agua al día siguiente que desvalijaron la casa, y seguid luego la pista del rey…

Tras una breve pausa, precedida de un gesto de dolor, *Julien* prosiguió:

—Luego, una vez en vuestro poder el secreto oculto, deberéis esconderlo en un lugar donde no se pueda encontrar sin disponer de la clave. Y, vuelvo a advertiros, sobre todo, bajo ningún concepto debe tener conocimiento de ello la Iglesia —insistió el alquimista.

—Quisiera haceros una pregunta, amigo *Julien*: en el viaje desde *Montaillou*, y cuando pernoctamos en la localidad de *Rennes-le-Château*, apareció muerto en el suelo del carro un murciélago. ¿Qué significado pudo tener aquello?

—El murciélago, por su condición de animal mixto, pájaro y mamífero, simboliza para la alquimia la existencia de los fenómenos ambivalentes; entraña, además, la felicidad, la inmortalidad, y también la inteligencia, pues posee la facultad de orientarse a oscuras. Entraña también lo secreto, lo oculto. Es posible que, más adelante, en algún momento de vuestra vida, tengáis que realizar allí alguna misión de suma importancia para vos y para los que os rodean —dijo con gesto cansado, antes de mirarme y susurrar—: Ahora vamos a descansar, falta poco para la aurora, y no sabemos qué nos deparará el destino en este infierno.

Le respondí asintiendo, vencido por el cansancio. Los demás seguían durmiendo, pero yo quedé pensativo durante un buen rato. ¿Qué significado tendrían las últimas palabras del mago?

XIV.
La pesadilla de Carcasona

—Me hallaba en medio de un profundo sueño cuando, de pronto, el carcelero abrió brutalmente la puerta de la mazmorra. Los demás compañeros, que aún dormían, se incorporaron sobresaltados.

—¡Despertad! Ha llegado el momento —dijo el carcelero, al tiempo que golpeaba con la madera de su lanza la robusta puerta.

Salimos de uno en uno, pese al cansando, mientras *Julien*, que se unía a nuestra marcha, era rechazado.

—¡Tú, no! Mañana, si sigues vivo, recibirás otra sesión de latigazos. Así confesarás de una vez por todas tus actividades brujescas —exclamó con una sonrisa burlona el soldado, mientras el carcelero procedía al cierre de la puerta de la mazmorra.

El trayecto en el reino de las sombras, a través de las entrañas del Muro, fue desolador; nos cruzamos por los pasillos con otros grupos de presos que regresaban a sus celdas en muy maltrechas condiciones, y todos parecían haber sufrido crueles tormentos. El miedo nos tenía paralizados. *Philippe* y yo rezábamos el padrenuestro, mientras intentábamos consolar el ánimo de nuestros compañeros para que pudiesen soportar lo que se nos avecinaba.

De pronto nos detuvieron.

—¡Hemos llegado, pero deberéis esperar aquí! —ordenó el soldado de la guarnición que nos dirigía, mientras abría la puerta y entraba en la sala Permanecimos maniatados a una misma correa, y custodiados por otro guardia.

Al no permitirnos descansar en el suelo, apoyamos la espalda en la fría pared de la galena. La oscuridad era cast total. A sólo una vara por detrás de donde nos encontrábamos había la reja de otra mazmorra, algunos de cuyos presos, los que se mantenían en mejores condiciones, buscaban nuestro mínimo consuelo sacando las manos al exterior. Otros, la mayoría, yacían en el suelo, famélicos, agotados, sin fuerzas para llorar o gritar… Reconocí en aquellos presos a algunos de *Montaillou*; también ellos advirtieron nuestra presencia, pero no pronunciaron el nombre de *Philippe*, y tampoco el mío. Con los ojos llenos de lágrimas, bendecimos a aquellos infortunados, e intentamos paliar su desdicha aunque fuese por un instante.

Nosotros, en un angustioso y cruel anticipo de lo que nos esperaba, éramos sometidos a la primera tortura: esperar nuestro turno. De la cámara que nos aguardaba salían al exterior los más sobrecogedores lamentos. Algunos de ellos pedían incluso la muerte a gritos, y todos podíamos suponer los padecimientos que soportaban aquellas gentes.

Parecía una espera justificada, a juzgar por el número alarmante de reos que habíamos visto. Aquella inmensa prisión estaba atestada de condenados, o de simples sospechosos, condición suficiente para que se les aplicasen los más sangrientos castigos —físicos y psíquicos— con tal de conseguir la información que considerasen oportuna.

Cuando volvió a abrirse aquella siniestra entrada a la cámara, un cuadro de muerte y sangre apareció ante nuestros ojos. Un fuerte hedor a sangre, sudor y orines hacía irrespirable aquel húmedo escenario de terror; el aire estaba cargado de un calor repugnante. De las frías paredes de piedra, y enganchados con hierros afilados, había suspendidos cuerpos sin vida, semejantes a canales de vacuno horriblemente mutilados, de cuyas heridas no manaba más sangre. En el centro de la estancia se veía una losa oscura de piedra, sobre la que se practicaba la tortura del agua. En ese mismo instante entrevimos por una rendija cómo un preso, fuertemente maniatado, recibía en un embudo un chorro de agua, sin parar, mientras otro verdugo cerraba con sus manos la nariz del condenado, para que tuviese que abrir más la boca para respirar. El pecho y el estómago se le iban hinchando y, aterrados, vimos su lenta agonía, hasta que

murió ahogado en pocos minutos, todo ello envuelto en una macabra sinfonía de gritos, gorjeos, vómitos y espasmos.

Muy pocos de los condenados salieron vivos de aquella horripilante y sangrienta sesión, mientras nosotros éramos obligados a contemplar cuanto ocurría ante nuestros ojos, aguardando a que quedaran libres los terribles instrumentos de tortura. Del interior salían unos alaridos desgarradores, emitidos por alguien que, a buen seguro, estaba ya a las puertas de la muerte. Comprobé con mis propios ojos cuánta maldad había en los inquisidores, maestros científicos de la tortura, quienes, además, se rodeaban de unos verdugos sin alma, ávidos de sufrimiento, capaces de forzar el límite de la resistencia humana y luego parar, justo antes de que se rompiera el frágil hilo de la vida, para proseguir después con mayor saña… Y así una y mil veces. Eran auténticas bestias inhumanas, carentes de la mínima misericordia, de la más absoluta piedad; ni siquiera se respetaba la condición íntima de los presos, y se los humillaba previamente despojándolos de sus ropas. Una vez desnudos, eran objeto de las más terribles vejaciones. También las mujeres fueron ultrajadas; algunas eran obligadas a sentarse en un banco de púas afiladas, que les desgarraban el ano y la vulva. Los objetos punzantes eran especialmente apreciados por los verdugos inquisitoriales, que parecían disfrutar viendo el terror que provocaban en sus víctimas. Las mujeres, aunque padecían más el miedo, tenían mayor resistencia al dolor que los hombres, con lo que sus procesos de tortura eran aún más largos y espeluznantes. La vesania torturadora en aquella malhadada prisión no tenía fin.

Mientras aquella locura seguía su curso, en otro ángulo de la estancia, un inquisidor, cómodamente sentado a una mesa, utilizaba una pluma de ave para dar fe de las respuestas de un preso acusado de herejía. Al ver que las respuestas no Jo satisfacían, ordenó al verdugo que lo colocara sobre el potro. Este aparato de tortura consistía en una cruz de San Andrés hecha con dos maderas oblicuas ensambladas por el centro, y provistas de unas muescas que coincidían con el centro de los muslos, de las piernas y de la parte superior e inferior de la víctima. El desdichado, sin más ropa que una camisa, estaba extendido sobre una cruz con el rostro mirando hacia arriba. El verdugo, tras arrancar la ropa de sus brazos

y piernas, y continuando una tarea que parecía conocer a la perfección, procedió a atar con cuerdas de cáñamo al preso en la cruz, colocándole la cabeza sobre una piedra. Con una barra cuadrada de hierro, de una pulgada y media de ancho y con la empuñadura redondeada, asestó un golpe violento entre cada ligadura y contra cada una de las muescas, para terminar con dos o tres golpes en el estómago.

—¡Confiesa, confiesa y te evitarás la tortura! —gritó el inquisidor, mientras clavaba su mirada en el cuerpo mutilado del reo.

—¡Soy inocente, por el amor de Dios, soy inocente! No sé qué he de confesar, ni de qué delito se me acusa. ¡Tened piedad de mí! —balbuceó el torturado.

—¿De veras no sabes cuál es el motivo de vuestro castigo? ¡Prosigue sin contemplaciones! —ordenó fríamente el inquisidor al verdugo.

Finalizada la ejecución, el verdugo colocó el cuerpo del reo sobre una pequeña rueda de carro, a la que se había extraído el cubo, que estaba en posición horizontal sobre un eje, y, tras haberle doblado los muslos hacia abajo, de forma que los talones tocaran la parte posterior de la cabeza, ató al moribundo a los radios de la rueda y lo dejó allí, mientras agonizaba. No olvidaré jamás aquella escena; nunca antes había visto tan de cerca el dolor de un ser humano fruto de la barbarie más atroz.

Pero no acabó ahí la sesión de tortura. Impotentes, asistimos al instante en que se decidió utilizar el método de la «rueda». En un extremo de la inmensa cámara de suplicios, dos verdugos recurrían a ese instrumento bestial para acabar con la vida de uno de los condenados. Tuvieron que sostener aquel cuerpo maltrecho con la ayuda de dos hierros. Tenía los huesos totalmente rotos y dislocados, y se hallaba destrozado en el suelo, con los labios llenos de espuma a causa del padecimiento sufrido. A órdenes del inquisidor, y como si de un simple saco de harina se tratase, el cadáver de aquel hombre fue sacado del recinto y llevado a hombros hasta su mazmorra.

A pocos metros de distancia de donde nos encontrábamos, y situados a nuestra espalda, dos verdugos sometían a otro de los prisioneros a una aflicción extrema, pues sus gritos de dolor eran

desgarradores. Lo hacían caminar sobre ascuas encendidas; el rescoldo, avivado por un fuelle, le abrasaba las extremidades inferiores, mientras otro inquisidor, con aparente indiferencia, tomaba nota del proceso interrogatorio.

Traté de distraer mi atención de aquel ambiente infernal, en el que cualquiera podía advertir los rostros de la locura y de la muerte, que nos rondaban constantemente. Fijé la vista en una hornacina abierta en el grosor de la pared.

—¿Para qué sirve ese hueco en el muro? —le susurré a *Philippe*.

—Es para la tortura de la gota de agua —respondió sin apenas mover los labios y mirándome con ternura.

Al cabo de pocos segundos, aquel hueco del muro fue ocupado por uno de los presos a los que estaban torturando antes de que llegásemos. El pobre hombre fue fuertemente maniatado y su cabeza sujeta firmemente con una horquilla clavada en el fondo del muro del habitáculo, para asegurarse de que no podría moverla en ninguna dirección. Seguidamente, le rasuraron el cráneo y, de pronto, comenzó a recibir una gota de agua fría, cada segundo, de un agujero abierto en la parte superior de la hornacina, a una altura aproximada de una vara. Ante mi asombro, *Philippe* me confesó que encima de su cabeza se hallaba oculto un depósito con capacidad para quinientos litros de agua. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Los gemidos de súplica que habíamos oído tantas veces se clavaban ahora en lo más profundo de nuestra alma, pero ninguna clemencia podíamos esperar de aquellas gentes. El sonido seco, persistente y monótono retumbaba en toda la sala, mientras el agua fría golpeaba lentamente el mismo punto de la cabeza. La intención era provocar la muerte por consunción, pero no hizo falta llegar al final: antes de producirse la perforación del cráneo, el torturado murió víctima de un paro cardíaco. No pudo soportar la presión causada por el impacto del agua, cuyo simple eco enajenaba las mentes.

Una vez finalizado el interrogatorio matinal, los prisioneros eran conducidos ante el inquisidor general de Carcasona, así que *Philippe* y yo empezamos a ser conscientes de que nuestra vida pendía de un hilo. En el último momento, y cuando ya venían a buscarnos, nos informaron de que, ante la ausencia temporal del inquisidor de la ciudad, sólo íbamos a ser castigados con cien azotes. Ambos nos miramos, incrédulos. Pero nuestra suerte no era definitiva, puesto

que seríamos interrogados en los días posteriores, tan pronto como regresara
Geoffroy d'Ablis
.

Una extraña mezcla de sentimientos invadió nuestros corazones, pues la alegría por nuestro destino se veía atenuada por la fatal suerte que habían corrido dos de nuestros compañeros. Ninguno de ellos consiguió resistir las torturas, y fallecieron como consecuencia de los castigos recibidos. Ni siquiera pudimos contemplar sus cuerpos, ni bendecir sus espíritus. Nadie parecía velar allí por nuestras almas.

Los demás supervivientes fuimos conducidos de nuevo a nuestra mazmorra, donde nos aguardaba *Julien*, en un estado apenas consciente. Al vemos, hizo ademán de levantarse: su rostro reflejaba la alegría y la extrañeza de vernos de vuelta con vida. Nos abrazamos emocionados por el dulce reencuentro, e intentamos curar en algo nuestras heridas, dolorosísimas y profundas, que ahora semejaban un tormento menor. Los látigos de los torturadores habían abierto la carne de nuestras espaldas en decenas de llagas supurantes. A pesar del dolor, estábamos tan agotados que caímos dormidos casi sin damos cuenta.

De pronto, volvieron a chirriar los goznes de la puerta del calabozo.

—¡Aquí os dejo la comida de hoy; aprovechadla, porque os hará falta! —exclamó el carcelero, mientras contemplaba con repugnancia nuestras heridas.

Recoger aquellos malolientes platos suponía un tremendo esfuerzo; no teníamos fuerzas ni apetito para comer, así que repartimos el poco pan que habíamos recibido, e hicimos pasar la jarra de agua para paliar la incesante sed, de una garganta a otra, hasta consumir la última gota.

—Lo cierto es que hemos tenido suerte, amigos —exclamó con voz tenue *Julien*.

—¿A qué os referís? —acerté a responder.

—Dentro de esta prisión, conocida con razón como el Muro, existen otras galerías para presos calificados como peligrosos; en ellas, las mazmorras cuentan en su suelo con un alzapón. Se trata de una trampa mortal e inesperada, pues cuando se abre, el preso que

allí se encuentra sella su destino para siempre, a expensas de su propia resistencia tísica; el alzapón es la puerta al más terrible de los infiernos. En las entrañas de la torre de la Inquisición encuentran su triste final centenares de seres humanos allí hacinados, sin piedad, olvidados de este mundo.

Un pavoroso silencio inundó la celda y nos hizo enmudecer a todos. Nadie en aquella prisión podía confiar su vida al instante siguiente, y todos sabíamos que sólo la profundidad de nuestra fe podía mantenernos cuerdos y lúcidos en medio de aquella mortífera insania.

XV.
LA
HUIDA DEL INFIERNO

No fuimos interrogados aquella semana, ni tampoco a la semana siguiente. Vivíamos en un estado de perpetua incertidumbre, sin posibilidad de saber qué iba a ser de nosotros, ni qué sufrimientos nos depararía el destino. Llegamos a pensar que habíamos sido olvidados, o bien que nos creían muertos, pero, sorprendentemente, la comida llegaba puntual, todas las mañanas y, aunque nunca era abundante, era suficiente para que no pereciésemos por inanición. Conforme iban pasando los días, nos extrañábamos de aquel inexplicable interés por mantenernos vivos.

Así transcurrieron varias semanas. Nuestra situación seguía siendo desesperada, cierto es, aunque, y eso era lo más importante, a pesar de las tribulaciones vividas, continuábamos con vida.

Una mañana, a la hora prima, vinieron a levantarnos de forma inesperada, pero mi buen amigo alquimista no respondió a nuestra llamada. Su cuerpo seguía tumbado sobre el suelo, inerte y rígido. *Julien* no había resistido el frío de las noches pasadas y había muerto aquella madrugada. *Philippe* y yo, con los ojos llenos de lágrimas, le dimos nuestra bendición; la situación de los otros dos compañeros no era muy alentadora, y el jefe de los carceleros, avisado del fatal desenlace de *Julien*, ordenó que retirasen su cuerpo ante el riesgo de contraer enfermedades. Podíamos imaginar la suerte que correría el cadáver de nuestro amigo.

Afortunadamente, y a pesar de la aparente rudeza del jefe carcelario, se atisbaban todavía visos de humanidad en algunas de las personas que encontrábamos. Su respeto por la condición humana lo llevó a ordenar que *Julien* fuese enterrado con dignidad y

prontitud. Mientras hablaba con los soldados, observé que me miraba fijamente, como intentando escrutar algo de mi interior que le era inaccesible. En ese momento, se dirigió a mí:

—

Geoffroy d'Ablis

no se ha olvidado de vosotros. Unos asuntos lo retienen ahora en *Avignon* y tardará aún unos días en regresar, pero a su vuelta se encargará personalmente de atenderos —sonrió sardónico y prosiguió—: Mientras tanto, os llevaremos a una estancia más saludable, para que estéis en mejores condiciones para los interrogatorios. Tendréis compañía: os traemos nuevos compañeros para que no os sintáis solos, aunque me temo que algunos de ellos son viejos conocidos vuestros.

Al oír aquellas palabras, *Philippe* y yo respiramos profundamente; nuestro enemigo aún se retrasaría unas jornadas. Al rato, creyendo que estábamos solos en la mazmorra, y cumpliendo con nuestra obligación, discreta y silenciosamente, nos dirigimos a los recién llegados:

—Os damos nuestra bendición, queridos hermanos, y os deseamos suerte en vuestro nuevo encierro —les dijimos a los compañeros que habían llegado con nosotros desde *Montaillou* y que no habíamos vuelto a ver. Ellos inclinaron las cabezas en señal de sumisión. En sus cuerpos, imposibles de disimular, las huellas de los tormentos padecidos y de las heridas recibidas que, en algún caso, cubrían la casi totalidad de su maltrecha piel. Pero, al volvernos, nos quedamos petrificados de terror. Allí parado, en el pasadizo, mirándonos sin pestañear, estaba el jefe de la guardia. Nos observaba inmóvil, con curiosidad, y parecía haber seguido en silencio todo lo sucedido. Ni una sola palabra de admonición o reproche salió de sus labios. En silencio, se volvió, y antes de cerrar la mazmorra mandó a uno de sus servidores que nos trajeran el desayuno, además de dar orden de que no nos molestasen durante todo el día.

¿Qué podría haber sucedido para que aquel hombre poderoso, cuya palabra devenía ley dentro de los recintos de aquella prisión, cediese a semejante gesto? ¿Había algo en aquel carcelero que quizá no habíamos sabido intuir?, nos preguntábamos *Philippe* y yo.

Coincidimos en orar un padrenuestro por las almas de tantas

personas fallecidas en aquel infierno, y de manera muy especial, por *Julien*, nuestro amado y buen alquimista, aquel cuyo secreto me había confiado y con el que yo había contraído una deuda de por vida.

Unas horas después se oyó el crujido de la cerradura, pero esta vez no hubo violencia en las maneras. La puerta se abrió despacio y las bisagras apenas chirriaron. Al momento, teníamos ante nosotros al jefe de los carceleros, mientras el guardián de nuestra celda, por orden de su superior, aguardaba en el exterior, lejos de donde nos encontrábamos.

—¡Tú, sal afuera! —dijo señalándome.

Ya en el pasadizo y a una distancia suficiente para que nadie pudiese oírnos, se volvió hacia mí.

—He de hacerte una pregunta —me dijo.

—¿En qué puedo serviros, señor? —pregunté, atemorizado.

—Tengo algo que comunicarte, relacionado con un asunto personal, y creo que tú puedes ayudarme —dijo quedamente, sin apartar la vista de mí—. He notado en ti una mirada especial, y no suelo equivocarme cuando enjuicio a las personas.

—Estoy en vuestras manos, señor —respondí, impotente.

—Me llamo *Sebastian Canet* y soy el jefe de la guarnición de esta prisión. Como sabrás, te encuentras recluido en la ciudad alta de Carcasona. Si quieres salir de este infierno, yo puedo sacarte. —Hizo una pausa y luego continuó—: Debes ser consciente de que la huida de aquí es imposible; nadie lo ha logrado, que se tenga noticia. Pero, a pesar de ello, y aun a riesgo de exponer mi propia vida, veo en ti una persona especial y voy a intentar que salgas de aquí con vida. Haré lo posible, pero te advierto de que si hablas de esto con alguien, sea quien sea, y nuestra conversación se hace pública, lo negaré y después te estrangularé con mis propias manos. Y quiero que esto último lo tengas bien presente —aseveró en tono amenazante.

Mientras escuchaba atentamente, y con el corazón encogido de miedo, me preguntaba si aquel hombre no podría ser un infiltrado de la Inquisición que me tendía una trampa, tanta era la sensación de irrealidad que nos envolvía. Los presos los llamaban «ratas», y si yo estaba en lo cierto, mi confianza podía conducirme directamente a la cámara de torturas y, por consiguiente, a una muerte segura. No

sabía qué decir, así que, creyendo cercana mi última hora, me encomendé al Altísimo. Alcé mi cabeza para mirar el rostro de aquel hombre que parecía compadecerse de mí, y nuestras miradas se cruzaron fugazmente. Pero, en aquel instante, supe de la nobleza y la bondad de espíritu que, pese a su rudo semblante, transmitían sus ojos. Entonces, el temor desapareció completamente de mi alma.

—Si fracasamos y somos descubiertos, mi vida correrá tanto peligro como la tuya —continuó Sebastian—. Esta operación debemos llevarla a cabo lo más pronto posible, porque el dominico *Geoffroy d'Ablis* regresa definitivamente dentro de un par de días, y sabe con certeza que entre vosotros hay, al menos, un perfecto. E intuyo que se trata de ti, aunque, afortunadamente, nadie te ha identificado todavía. Cuento con la ayuda de un tal *Pierre Clergue*, que acompaña siempre al inquisidor.

Al oír el nombre de *Pierre Clergue*, mi corazón dio un vuelco, pues recordé de inmediato al párroco de *Montaillou*; él era el responsable, no sólo de nuestra detención y posterior cautiverio, sino de innumerables muertes y asesinatos cometidos por los esbirros de la Inquisición. Eso me espantó, y dudé en respaldar el plan que me proponía Sebastian.

—Señor, yo sólo soy un pobre ignorante, temeroso de Dios; decidid vos —me atreví a murmurar.

—¡Sea pues! ¡Carcelero, mete a este preso en la celda de aislamiento! —ordenó, y acto seguido se marchó sin más.

El carcelero me condujo a través de una lóbrega galería, que, paradójicamente, terminaba en luz natural, y próxima a la entrada de la prisión. Allí permanecí durante unos días con sus noches, que se hicieron interminables. Sebastian apareció de repente una tarde para ponerme al corriente de cómo se urdía la trama que permitiría mi fuga. El jefe carcelero se las ingenió para localizar un uniforme de oficial de alta graduación, que camufló en un arcón de sus dependencias privadas, no muy alejadas de donde yo me encontraba preso. Me contó luego cómo hubo de salir de la *Cité* y visitar al boticario de la cercana bastida de *Saint-Louis*, al otro lado del río Aude. Su relato despertó mi curiosidad, y Sebastian me refirió todos los detalles:

—Dios os guarde, Mateo. ¿Tenéis alguna poción para adormilar o narcotizar?

—¿Para quién es?

—Para mi perro. Esta mañana, mientras corría detrás de un gato, se ha clavado la astilla de una rama en el vientre y seguramente tendré que sacrificarlo, pero no quiero que sufra; le tengo afecto, es un fiel compañero.

—Pobre animal. ¿Cuál es el peso de vuestro perro? Lo necesito para calcular los ingredientes.

—Unas ochenta libras —mintió Sebastian, pues sabía que un mastín San Bernardo podía alcanzar las ciento sesenta—, pero no quiero que muera todavía.

—No os preocupéis. Pasad a mediodía, y tendré la poción preparada.

Esa misma tarde, Sebastian requirió la presencia de su segundo en sus aposentos, y nada más recibirlo, cerró la puerta con cautela y bajó la voz:

—*Nicolau*, lo que voy a confiarte debe quedar entre nosotros. He recibido una información confidencial: altos mandatarios inquisitoriales tienen la sospecha de que hay infiltrados cátaros o simpatizantes de la herejía dentro de la soldadesca de la guarnición. Por ese motivo, quisiera interrogar en privado a un preso que tengo encerrado en la celda de aislamiento de la torre alta del castillo condal, la más próxima al pasillo de ronda. Esta misma mañana lo he puesto discretamente a prueba, y estoy convencido de que hablará. Por eso, quiero que lo traigas aquí, a mis dependencias. Pero hazlo con prudencia y sin originar comentario ninguno: eres mi lugarteniente y confío en ti —dijo con complicidad. Y acto seguido, mientras descargaba un puñetazo sobre la mesa, tronó, enfurecido—: ¡Maldita sea! ¡Si hay un solo traidor entre mis hombres, yo debo ser el primero en saberlo! Tenemos que adelantarnos al Santo Oficio, *Nicolau*, y hemos de demostrar que ninguna herejía tiene cabida aquí. Nuestra reputación está en juego, e incluso la posibilidad de ser degradados o trasladados. No quiero ser el hazmerreír de toda de la prisión, así que espero que estés a la altura de lo que te pido.

Nicolau vino a buscarme tal como le habían ordenado. Nada más oír el último tañido de completas de la catedral de

percibí el sonido de las bisagras de la puerta crujir, y no pude evitar estremecerme, pues pensé que me había llegado la hora. El guardia ordenó que saliera de la celda y después de atarme las manos a la espalda y amordazarme, me asió fuertemente por el brazo y me condujo al exterior, escaleras abajo, antes de advertirme:

—Si haces un solo movimiento sospechoso o cualquier tipo de ruido, te mato.

Su voz sibilante, de reptil, convirtió aquella amenaza en un serio aviso de lo que me esperaba. El pestilente aliento que exhalaba me mareó, y tuve que apoyarme en la pared durante un instante para no desfallecer. Hacía tantos días que respiraba el infecto y pútrido ambiente de las mazmorras que el fresco aire nocturno entró en mi pecho como un soplo de vida, un rayo de dulce esperanza.

Me llevaron hasta sus dependencias, y allí fui obligado a tumbarme boca abajo; el guardia me apartó las piernas bruscamente con el pie y me inmovilizó. Luego los dos se sentaron a una mesa y Sebastian sirvió vino en dos copas metálicas.

—Bueno, aquí lo tenemos. Nos espera una larga sesión —comentó, riendo—. ¡Salud!

Ambos vaciaron sus copas de un trago y Sebastian volvió a servir más vino a su ayudante. Mientras le hablaba, el superior miraba fijamente a su segundo, que al cabo de un rato empezó a dar muestras de sopor, su conversación se volvía pastosa y embrollada, babeaba, se le cerraban los párpados, y finalmente cayó de bruces sobre la mesa. El narcótico había hecho su efecto.

Sebastian se levantó raudo y me desató.

—¡Rápido, quítate esas ropas harapientas que llevas y ponte éstas! —me apremió, mientras sacaba el uniforme del arcón.

Entonces comprendí el plan que había tramado Sebastian, y una oleada de tristeza se apoderó de mi alma. Iba a escapar de aquel infierno, pero dejaba atrás a mi buen amigo *Philippe*. No podía dejar de pensar en él, encerrado en su celda, sin esperanza de salir de allí, esperando que fuese la muerte la que lo rescatase.

—No puedo marcharme solo —le espeté a Sebastian, resueltamente.

—¿Qué? —respondió, volviéndose hacia mí, y mirándome fijamente. Su expresión era una mezcla de furia y de pánico

contenidos.

—*Philippe* es mi compañero y mi hermano, no puedo dejarlo aquí, desamparado. O nos marchamos los dos, o ninguno —afirmé, armándome de valor.

—No puedo creer lo que oigo. ¿Qué es esto, una trampa? ¿Una encerrona? —bramó Sebastian, enfurecido.

Mientras se acercaba a mí, sacó su cuchillo de la vaina y lo puso en mi garganta. Podía notar el frío mortal de su hoja presionar mi cuello. Por un momento, creí que me iba a degollar allí mismo.

—Señor, lo que dije es cierto. *Philippe* es mi hermano. No puedo dejarlo abandonado aquí. Si él muere, yo quiero y debo hacerlo a su lado. Tenéis que entenderlo… señor, por caridad… tened compasión…

Empezó a dar vueltas por la sala a grandes zancadas, yendo y viniendo como un animal enjaulado. No dejaba de mascullar y jurar, dirigiéndome feroces miradas y blandiendo su cuchillo desnudo en la mano. Mi precariedad física y mental me impedía pensar con claridad. A mi alrededor, todo se difuminaba, como en una especie de ensueño, y, por momentos, no sabía si lo que estaba ocurriendo era real o no. Lo único que podía hacer era permanecer absolutamente quieto, procurando no desfallecer, y levantar mis plegarias al cielo para pedir por nuestras almas. Sebastian se detuvo de repente, como contenido por una fuerza superior que pareció calmarlo.

—¡Bien! ¡Sea! Saldréis los dos, pero a mi manera. Ahora ya no hay vuelta atrás. *Nicolau* no despertará hasta dentro de un buen rato. Le he dado una dosis suficiente para dormir a un caballo, y eso permitirá explicar tu fuga; inventaré una historia que justifique cómo huiste sin que yo pudiera impedírtelo. Pero para salvar a *Philippe* hemos de poner en riesgo todo el plan, y nada dará cuenta de su marcha. *Nicolau* es sagaz y atará cabos, así que ten por seguro que, cuando despierte y advierta lo que ha ocurrido, dará aviso a la guardia, me denunciará y seré ejecutado por traidor. Sé que ansía mi puesto, y hube de convencerlo utilizando todas las artimañas posibles, a pesar de que él siempre desconfió. Quiero salvar mi vida, así que, si no sigues mi plan, lo mataré y me las ingeniaré para decir que habéis sido tu hermano y tú: O tal vez os mate también a vosotros. ¿Qué respondes? —dijo, con el rostro tenso.

—¿*Philippe* también saldrá?

—¡Sí! ¡Tienes mi palabra!

Mi corazón se llenó de gozo y di gracias al cielo.

—Bien. ¿Qué debo hacer?

—Ponte el uniforme de oficial, y pase lo que pase, no digas ni una palabra. Mantente erguido y camina de forma sobria y marcial. No mires directamente a los ojos a nadie, y obra con toda la naturalidad que te sea posible.

Aquello se estaba convirtiendo en una tarea casi imposible. Yo estaba muy debilitado físicamente, e iba a ser complicado disimular las penurias que había sufrido durante aquel tiempo. Pero la perspectiva de ser libre, de salir para siempre de allí, y de salvar con la mía la vida de mi amado hermano hizo que sacase fuerzas de donde parecía que no quedaban.

Salimos al exterior y nos encaminamos a la que sería la primera gran dificultad: salir de la prisión, dominada desde todos los lados por unas obras perfectamente diseñadas. Aquél era un formidable baluarte dentro de una fortaleza inexpugnable. Cruzamos el patio de armas, hacia el rastrillo del foso. Era una noche oscura, sin luna; el cielo encapotado y el aire húmedo amenazaban tormenta. Sólo las antorchas, dispuestas estratégicamente, señalaban el perímetro de las rondas de vigilancia nocturna. Había empezado la primera vela. Eran los momentos de mayor alerta para la guardia permanente y los centinelas que hacían la ronda itinerante. Ningún movimiento dentro del recinto pasaba desapercibido.

—¡Sargento! —gritó Sebastian, al aproximarse al cuerpo de guardia.

Yo me quedé esperando a prudente distancia, en la oscuridad. El sargento de guardia salió de una pequeña sala, tenuemente iluminada, y se apresuró en llegar a donde lo esperaba Sebastian.

—¿Señor?

—Avisa inmediatamente de la salida del mariscal. Encárgate de que una patrulla notifique la marcha a los centinelas y a la guardia del recinto inferior. Que preparen un caballo para él y otro para mí. ¡Rápido! —ordenó.

—En seguida, señor —respondió el sargento, quien dio orden a dos soldados para que salieran prontamente, portando un despacho del oficial.

Pasaron varios minutos hasta que se oyó el lejano golpeteo de herraduras sobre el pavimento de piedra. Los caballos estaban listos, esperando al otro lado del foso de la torre del homenaje. Salimos decididamente, pasando por el puente sobre el foso de agua, y llegamos hasta los nobles brutos, sujetos de las bridas por un mozo de las caballerizas.

—Puedes irte —ordenó Sebastian, mientras los dos nos encaramábamos a la silla de montar. Al paso, nos dirigimos hacia las dos torres, por entre las que se iniciaba una fuerte bajada, hasta alcanzar la liza. Una revuelta nos obligó a torcer y seguimos bajando. El centinela advirtió nuestra presencia desde una torre de vigilancia.

—¿Quién va? ¡Santo y seña! —exigió una voz imperativa, mientras una saeta amenazante nos apuntaba.

—¡El Señor es mi pastor! —respondió de inmediato Sebastian.

—¡Bien, continuad!

La rampa de acceso estaba fuertemente iluminada para asegurar que la seguridad fuese absoluta y la vigilancia efectiva. Atravesamos una segunda puerta defendida por una crestería y dominada por una gran obra en forma de traviesa terminada, a la altura de los caminos de ronda del recinto inferior, precedidos por una plataforma y por varios merlones. Y después de otra pronunciada revuelta, alcanzamos la *Porte de Toulouse*. Habíamos llegado a la salida. El sargento de la guardia del primer recinto reconoció a Sebastian y se cuadró al paso de los dos oficiales.

—Buenas noches, Daniel, acompaño al mariscal a *Saint-Louis*. Regresaré de inmediato —dijo sin detenerse.

—Bien, señor.

Un segundo más tarde habíamos cruzado la puerta que separaba mi cautiverio del mundo exterior. A un lado, el lugar en el que creí que terminaría mis días; al otro, la vida. Lo había logrado; al fin era libre. Me detuve un solo instante a contemplar el cielo azul sobre nuestras cabezas, y respiré lentamente. Seguía vivo y mi alma se henchía de felicidad.

Nos dirigimos después hacia la bastida de *Saint-Louis*, la ciudad fortificada. Cruzamos el viejo puente romano y Sebastian

me ordenó que lo siguiera a través del camino que se abría a nuestro lado.

Seguimos la ribera izquierda del río Aude durante una milla aproximadamente, y después Sebastian, que iba delante, decidió desmontar. La negrura nos impedía distinguir con claridad la senda por la que viajábamos; nos orientábamos tan sólo por el murmullo del agua y por las luces del distante castillo. Me dirigí a Sebastian en un recodo del camino.

—Señor, me habéis liberado y todavía no conozco los motivos de tanta generosidad para conmigo. ¿Qué queréis de mí?

Sebastian volvió su rostro y advertí en él un gesto grave que me desconcertó.

—Se trata de la salud de mi hija, *Gaia*; tiene once años y padece una extraña enfermedad en la vista. Está desatendida, porque mi esposa falleció el año pasado víctima de la peste blanca. Cuando yo no estoy con ella, sólo cuenta con la compañía de una vecina, anciana ya, y de nuestro fiel y noble perro. El servicio que ella hace le es retribuido, pero el cariño de una madre es insustituible, y la veo sufrir a diario. Sólo quiero que mi hija recupere la salud. No hay nada que me importe más en esta vida que el bienestar de mi pequeña, y ahora sólo me quedas tú.

—Veo en vos un corazón noble y bondadoso. Habéis sido sincero y magnánimo conmigo, y me siento en la obligación de corresponderos. Mi nombre es Guilhelm Bélibaste, y soy el más humilde siervo de Dios.

Deseo vuestro bien, y os ayudaré en todo lo que esté en mi mano, la que guía el Todopoderoso.

Sebastian me miró con asombro, como si tuviese ante sí a un fantasma.

—¿Así que tú eres Guilhelm Bélibaste, el hombre más buscado de todo el Languedoc? Sabrás que el arzobispo de Narbona ha puesto precio a tu cabeza, y que tanto la Inquisición como los soldados del rey te buscan para ejecutarte —dijo, sin dar crédito a lo que veía.

Atisbé en su mirada visos de asombro y una cierta y sorprendente admiración.

—Así es. Soy un proscrito de la justicia desde hace seis años. Me persiguen por un crimen que, Dios me perdone, cometí en defensa

propia.

—He de confesarte que lo intuí nada más conocerte. Me inspiraste confianza desde un principio y por ese motivo deposité en ti mi anhelo y mi preocupación. Confié en tu bondad, y ahora espero que tu sabiduría sirva para curar a mí hija; los tratamientos y los consejos de los médicos no han dado ningún resultado. Sé que los perfectos conocéis el alma humana tanto como el cuerpo, y te pido que hagas por ella lo que nadie ha podido hacer: sanarla y hacer que su vida se llene con todo el amor que puedo darle —su voz se quebró.

Noté que Sebastian hablaba con el dolor de un sentimiento que brotaba de su corazón. Era sincero, y su aflicción profunda. Sentí lástima por aquel hombre, postrado en la desesperación que causa ver el dolor de aquellos a los que uno ama.

—Nunca hago nada por mí mismo, señor. Son los designios del Altísimo los que guían mis actos. Si en su voluntad está sanar a vuestra amada hija *Gaia*, así será. Serán sus designios los que se cumplan a través de mí. Que Dios nos ampare —respondí.

—Ahora deberás permanecer aquí, esperando mi regreso. Debo volver a buscar a tu hermano *Philippe*, tal como te prometí. Pero no podré sacarlo hasta la tercera vela, cuando la guardia esté relajada Dime, ¿cómo lo reconoceré?

—Decidle que vais en mi nombre, que sois amigo de Guilhelm y de *Julien*, el alquimista. Decidle también que puede confiar en vos, como he hecho yo.

Sebastian hizo que me despojara del uniforme y dejara cada prenda en las alforjas; acto seguido, me entregó mi mugriento vestido. Teníamos que actuar de forma disimulada, así que como medida de precaución, y para no levantar sospechas, me amordazó y me dejó atado al tronco de un árbol de ribera. Después se alejó con los dos caballos, y yo me quedé allí, solo y asustado, en medio de una absoluta oscuridad. Me envolvió el silencio, con la única compañía del rumor del agua del Aude. En mi corazón latía el deseo de que *Philippe* se reuniese con nosotros cuanto antes. Recé a Dios con todas mis fuerzas.

Sebastian me relataría, tiempo después, las vicisitudes que hubo de sortear para llegar hasta mi querido hermano y traerlo sano y salvo. Poco después de alejarse del lugar donde yo estaba, cuando

no había cabalgado demasiadas millas. Sebastian desensilló uno de los caballos, ocultó la silla entre unos matorrales y dejó al animal atado por una de sus patas. Se encaminó, luego, de regreso a la *Cité*.

—Hola, Daniel, ya estoy de vuelta —saludó al sargento de guardia de la muralla inferior.

Entró en el recinto mientras descabalgaba, y cogió luego el caballo por la brida, aparentando normalidad.

—¿Ha ido todo bien, señor?

—Por supuesto; nada reseñable —sonrió—. Por cierto, Daniel, después de maitines querría hablar contigo en mi despacho, pues hace tiempo que reflexiono acerca de tu futuro, pero te agradecería que guardases silencio hasta que nos encontremos mañana. Ningún comentario, recuérdalo. Ahora, haz que lleven el caballo a la cuadra.

—Como ordenéis, señor.

Acto seguido, Sebastian se encaminó lentamente a sus dependencias, situadas en la parte alta de la fortificación. Cuando llegó a las mazmorras, entró en el despacho del jefe de la guardia hecho una furia.

—¡*Bernat*!

—¿Qué ocurre, señor? —contestó el sargento, incorporándose al instante.

La farsa de Sebastian parecía funcionar, al menos por el momento.

—¡Sois un hatajo de inútiles! La cincha del caballo que llevaba el mariscal estaba floja y ha caído al suelo. A Dios gracias, no ha sufrido lesiones de gravedad, pero exijo la cabeza del causante. Y tú —dijo clavando su mirada en la del soldado—, como responsable de la negligencia, quedas relevado desde ahora mismo. Que *Bartomeu* se haga cargo de la guardia. Has de saber que, cuando se produzca tu relevo, serás confinado en la sala de oficiales, y mañana, a la hora tercia, te presentarás ante *Nicolau*. ¡Soldado! —ordenó, dirigiéndose a uno de los miembros de la guardia—, tráeme al sargento *Bartomeu* cuanto antes.

—Pero, señor… —balbuceó el atribulado sargento.

—¡Silencio! —El tono airado de Sebastian parecía acrecentarse por momentos.

Apenas transcurridos unos minutos, entró en la estancia el sargento *Bartomeu*, tan adormilado como asustado, y a medio vestir.

—¿Señor? —dijo, saludando marcialmente.

—*Bartomeu*, esta noche tú te harás cargo de la guardia. El sargento *Bernat* queda relevado. Ordena que un soldado lo acompañe a la sala de oficiales y que se aposte en la entrada. Queda absolutamente prohibido que hable con nadie. ¿Has entendido?

—Sí, señor, perfectamente. A sus órdenes.

Después de asegurarse de que sus órdenes se cumplirían, Sebastian se alejó hacia sus aposentos, jurando y maldiciendo en voz alta de forma ostensible. Una vez allí, amordazó a su segundo, *Nicolau*, que aún permanecía inconsciente, y lo encerró en una pequeña estancia anexa. Al toque de maitines, oyó que llamaban a la puerta.

—¡Pasad!

—Señor, aquí me tenéis, como me habíais ordenado —se presentó Daniel, el sargento de guardia del recinto exterior.

—¡Ah, Daniel!, por supuesto, pasa y toma asiento —lo invitó Sebastian cortésmente.

—Gracias, señor.

—Como te dije, he estado pensando últimamente en tu situación aquí, querido Daniel. Y he llegado a la conclusión, que seguro compartirás, de que concurren en ti todos los méritos que podrían ser necesarios para asumir la responsabilidad en la difícil tarea que supone la vigilancia de la zona alta —dijo, mientras le ofrecía una copa de vino.

Los ojos del sargento se iluminaron durante un segundo, y así habrían permanecido de no ser por el efecto que causó en su cuerpo el brebaje que Sebastian le había hecho ingerir. Su expresión de sorpresa se tornó en desconcierto y desorientación, hasta que, presa de un sopor invencible, cayó inconsciente al suelo.

Sebastian llegó a la puerta de acceso de las mazmorras del castillo condal después de cruzar la poterna que conducía directamente al nivel del camino de ronda. El centinela allí apostado, contraviniendo las órdenes recibidas, se hallaba cómodamente sentado. Al ver llegar a Sebastian de forma inopinada, su sorpresa fue mayúscula. Irrumpió en su garita sin que a aquél le diera tiempo a moverse. Al reconocer ante sí al jefe de la guarnición, a aquellas intempestivas horas de la madrugada, el soldado se incorporó de un salto, completamente aterrado.

Sebastian lo atravesó con la mirada, colérico, y vio con desagrado cómo el centinela no podía evitar orinarse encima.

—¡Soldado, eres la vergüenza de la guarnición! ¡Entra en las mazmorras y dile al carcelero que me traiga a un preso llamado *Philippe* que está en la misma celda que el brujo alquimista!

El vigilante, confundido y avergonzado, tardó aún unos segundos en reaccionar, mientras Sebastian aguardaba inmóvil, con gesto serio y amenazante. Después se adentró en la galería, caminando atropelladamente.

Momentos después, el soldado salió con un preso. Detrás y en el interior del pasillo, estaba, con cara de llevar horas dormido, un carcelero que sujetaba una antorcha recién encendida.

—Guilhelm te ha denunciado. ¿Sabes de quién te hablo, no?

—No lo creo capaz de ello —contestó ingenuamente el preso amodorrado, dándose cuenta, demasiado tarde, del desliz.

—De modo que lo conoces —afirmó Sebastian.

Y en presencia de los dos guardias, le propinó un puñetazo en el estómago. El preso aulló de dolor, se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo como un fardo. Cuando Sebastian vio los gestos desesperados del reo, se acercó a donde estaba y le propinó varias patadas.

—¡Tú! —ordenó al carcelero—, ¡amordázalo y llévalo a mis dependencias!

Así lo hicieron. Al llegar a la estancia, y ya a solas con Sebastian, éste ayudó a *Philippe* a reanimarse y lo atendió para que se recuperase de los golpes recibidos. Hubo de convencer más tarde al pobre cátaro de la veracidad de su relato, y ganarse así su confianza. No fue tarea sencilla, pues el desánimo y el recelo habían cundido entre nosotros. Al mencionar detalles de nuestra fuga, así como el nombre de mi aldea natal y de nuestro amigo *Julien*. *Philippe* finalmente se convenció. Aun así, la sospecha no desapareció del todo; la sola idea de escapar de aquella prisión de una manera tan sorpresiva e inesperada resultaba inconcebible.

Esperaron pacientemente a que se produjera el relevo de los centinelas. Empezaba la tercera vela. Era de madrugada y los soldados entraban en la fase de confianza; a esas horas, nada acostumbraba a ocurrir, y el cansancio vencía las voluntades. De esa forma, y a pesar de las órdenes recibidas y de la severidad con que se castigaba la negligencia, la atención en la vigilancia disminuía;

era el momento propicio.

Sebastian entró en la sala del sargento de la guardia, que estaba medio adormilado.

—No te levantes, *Bartomeu*. Voy a escoltar personalmente a un oficial hasta la salida. Es alto secreto, por lo que deberás guardar absoluto silencio. El mariscal va al encuentro de monseñor *Geoffroy d'Ablis*, alto dignatario del Santo Oficio, que llega a primera hora a Carcasona procedente de Aviñón.

—Bien, señor —respondió el sargento.

—Ahora escucha atentamente: durante este rato, te dejo como responsable de la guarnición.

Y acto seguido, le entregó un despacho que el sargento leyó con suma atención. Después, levantó la mirada hacia su superior y sonrió agradecido. *Philippe* y Sebastian salieron de la ciudadela a pie, con cuidado de no perder el camino de vista, y emprendieron la bajada a través de las fuertes e intrincadas rampas. Así llegaron a la *Porte de Toulouse*. Allí había un soldado que, obedeciendo órdenes de un superior, permanecía en el puesto de vigilancia.

—¿Dónde está Daniel, el sargento?

—No lo sé, señor —farfulló.

—Bueno, nosotros viajamos con cierta prisa, así que entrégale al responsable de las caballerizas este despacho firmado por mí. Necesito dos caballos ahora mismo.

Aunque todavía faltaban horas para que amaneciese, creí oír el canto de un gallo en la lejanía. Acto seguido, el rumor de dos jinetes en la oscuridad, cruzando el puente de piedra que circundaba la ribera izquierda del Aude. Se alejaban del sufrimiento y la muerte. A sus espaldas, la peor pesadilla imaginable, el producto de la intolerancia y el fanatismo; enfrente, la libertad y la felicidad, encarnadas para mi maestro y para mí en el dulce rostro de *Gaia* y en el temor de Dios. El amor al conocimiento, la sabiduría espiritual; toda una vida de iniciación y aprendizaje que cobraba sentido a cada galope.

Era noche cerrada, una noche cubierta, sin luna. Incluso el cielo nos favorecía.

Escuché con suma atención y oí cascos de caballos que se acercaban con notable inquietud. Se detuvieron cerca.

—¡Guilhelm, amigo, ya estamos aquí!

Era la voz de Sebastian. Y *Philippe* debía de estar con él: mi querido hermano y maestro… a mi lado, libres al fin.

—¡*Philippe*! ¿Estáis bien, amigo mío? —grité, alborozado.

XVI.
EN
EL REINO DE LAS ÁGUILAS

Sebastian descabalgó y se aproximó a donde me encontraba. Me desató y me condujo hasta *Philippe*, al que abracé emocionado. Sus ojos tenían una extraña luz al verme de nuevo, y me sonrió con una expresión que jamás olvidaré. Nada pudimos decirnos en aquel momento, pero nuestro silencio y nuestros gestos de cariño hablaron por nosotros.

Después, Sebastian me ayudó a subir al mismo caballo que montaba *Philippe* y nos ató a los dos juntos por los tobillos.

—Tenemos poco tiempo. Pronto se percatarán de nuestra huida, y estoy seguro de que saldrán a buscarnos. Por ese motivo, y para intentar despistarlos, les haremos creer que hemos cruzado el río. Así confundiremos el rastro de los perros; después realizaremos una cabalgada de rodeo por los bosques, y acabaremos acercándonos a mi casa, que se encuentra en el camino a Toulouse… No hagáis ruido —prosiguió Sebastian en voz baja. Y luego se dirigió a *Philippe* —: Cámbiate ese uniforme por tu ropa. Haremos un fardo y nos lo llevaremos con nosotros. Más tarde nos desharemos de él.

De pronto, un rasgo de circunspección ensombreció el rostro de Sebastian. Nos miró fríamente y dijo:

—Escuchadme bien: os he liberado porque os necesito, pero lo único que me importa es llegar sanos y salvos a mi aldea. Allí espera mi amada hija, la única que llena mi vida… y no pienso arriesgarla ni siquiera por vosotros. Así que os advierto que, si hacéis cualquier gesto o movimiento sospechosos, os mataré sin contemplaciones.

Deambulamos durante un buen rato, atados sobre las monturas y amordazados, dando rodeos por senderos ocultos para confundir

a los posibles perseguidores. Nos amparábamos en las sombras de la noche, pues ni las estrellas ni la luna se percibían en el cielo. Sebastian seguía delante, marcando el itinerario a través de intrincados caminos por espesos bosques, que recorrimos en más de una ocasión, durante horas. Perdimos la capacidad de orientación, pues parecía que camináse mos en círculos. Hasta que nuestro liberador tiró de la cincha del caballo y nos detuvimos.

—Hemos llegado —anunció.

Luego se apeó y nos ayudó a descabalgar; nos sentamos en el suelo, espalda contra espalda, y fuimos maniatados de nuevo.

—No tardaré en volver, pero recordad lo que os dije; si hacéis cualquier ruido para llamar la atención o intentáis escapar, os degollaré.

Después de atar los caballos, Sebastian se aproximó a su casa y golpeó la puerta repetidamente. Un perro ladró en el interior. Al poco, una luz plomiza proveniente de una lámpara de aceite iluminó el vano de la puerta, y justo detrás, apareció la sombra de una mujer menuda y encorvada. Cuando Sebastian cruzó el umbral de la casa, un enorme mastín San Bernardo se abalanzó ladrando sobre él, formando un gran alboroto. Sin duda, aquél era un recibimiento caluroso.

—¡Calma, *Companh*! —dijo, acariciándole el lomo—. ¿Has cuidado de la pequeña en mi ausencia? —le susurró al oído al animal, de apariencia noble—. Se dirigió luego a la anciana, que lo esperaba con el candil en las manos.

—Clementina, he salido esta noche a resolver unos asuntos y vengo a dormir. ¿Cómo está *Gaia*?

—Ahora duerme, señor; cenó bien, y se acostó temprano.

—Gracias, Clementina —susurró, mientras le entregaba unas monedas.

—No tenéis nada que agradecerme, señor. Sabéis que quiero a *Gaia* como si fuese mi hija, y cuidarla mientras no estáis es para mí una bendición —respondió la mujer antes de marcharse.

Sebastian dejó la puerta entreabierta y, seguido del perro, entró en la casa. A los pocos minutos salió llevando un artilugio que resultó ser una especie de silla de montar; rodeó el edificio y se perdió en la oscuridad. Cuando volvió a aparecer ante nosotros, traía, de las bridas, dos recias mulas ya ensilladas. Una de ellas

llevaba la silla especial que habíamos visto momentos antes. Las ató junto a los caballos y volvió a entrar en la casa. Al cabo de unos minutos, su silueta reapareció en la puerta. Llevaba a una niña en un brazo, y en el otro un enorme fardo.

Cargó en las alforjas todo lo que cupo y seguidamente se dirigió a nosotros para desatarnos. Mientras, la niña permanecía de pie a escasa distancia, adormilada cerca del perro.

—¡Subid a la mula! Primero tú —ordenó, ayudándome. Después hizo subir a *Philippe*.

Nos ató de tal forma que pasó la soga por debajo del animal, entre la silla de la mula y nosotros dos. La mordaza casi nos impedía hablar.

—Quizá os preguntéis por qué ir a lomos de mulas, si los caballos son mucho más rápidos…

Asentí con timidez.

—Es evidente que tendremos que viajar a un ritmo menor, pero no hay otro remedio. Lo cierto es que no podemos huir por las calzadas más frecuentadas, pues son también las más conocidas, y nos atraparían fácilmente. Así que tendremos que recurrir a rutas menos transitadas, senderos accidentados y montañosos, y en esos terrenos son más útiles y resistentes las mulas —explicó Sebastian, y añadió—: No os inquietéis, partiremos ahora mismo.

Montó a la niña de lado en la silla auxiliar, y después la aseguró sujetándola a su propio cuerpo con una sábana que los rodeaba a modo de faja. Iniciamos la marcha: todas las monturas iban enlazadas con una sola soga y seguían obedientes al que encabezaba la fila. Al instante, nos alejamos de la casa y nos internamos en la oscuridad. Cabalgamos a lomos de las mulas durante el resto de la noche y buena parte de la jornada siguiente, mientras *Companh*, el fiel San Bernardo, nos seguía muy de cerca, yendo y viniendo sin cesar.

Sebastian conocía perfectamente la zona. Cuando amaneció y la luz del día fue ganando fuerza, nos detuvimos en un claro del bosque. El camino que habíamos tomado era cada vez más empinado y dificultoso. Las mulas parecían no acusar el cansancio.

—Descansaremos un rato —indicó Sebastian, bajando a la niña.

Luego nos ayudó a bajar a nosotros y nos emplazó a estirarnos en el suelo unos minutos, puesto que corríamos el riesgo de caer

desfallecidos por el cansancio.

—Después comeremos algo y seguiremos la marcha.

Nos ató el tobillo derecho de uno con el izquierdo del otro, y nos quitó la mordaza. Al fin, pudimos respirar con comodidad. Luego nos desató las ligaduras de las manos; nos las restregamos enérgicamente para amortiguar el dolor que nos habían producido las ataduras que habíamos llevado durante horas. En las muñecas teníamos unos profundos surcos amoratados.

Mientras comíamos, me dirigí a Sebastian:

—Señor —le dije sumisamente—, os pido que no desconfiéis de nosotros. No tenemos intención alguna de huir.

Sebastian me miró con afecto, pero su expresión se tornó grave.

—Debes intentar entenderme; creo que sois buena gente, pero no puedo fiarme de vosotros. Aunque lo que te dije es cierto, y vislumbro unos corazones llenos de bondad y franqueza, apenas os conozco, y todavía no sé si de verdad puedes sanar a mi hija. Además, sois dos, y yo podría descuidarme… Todas las preocupaciones son pocas en los tiempos que corren. ¿Quién me asegura que, si me distrajese, no me atacaríais y huiríais? No sería la primera vez que mis ojos verían una traición por parte de personas de bien. En mi vida, hay cosas imposibles de describir. He podido comprobar lo que un ser humano es capaz de hacer para escapar del Muro —dijo con tristeza; su voz dejaba traslucir un profundo dolor, cuya raíz me era imposible averiguar—. Te repito que mi única preocupación es la salud de mi pequeña, y hasta que no vea mejoría en su dolencia, no pienso soltaros.

—¿Puedo preguntaros adonde nos dirigimos?

—¿Qué importa eso ahora? —respondió con voz afligida.

—Estando en la mazmorra de Carcasona prometí a un compañero de celda en su agonía que, si lograba salir de aquel infierno, cumpliría su último deseo. No quisiera faltar a mi palabra.

—¿De qué se trata?

—He de ir a la bastida de
Montesquieu-Volvestre
, al sur de Toulouse —contesté.

—Conozco esa ciudad, está a varios días de marcha de aquí. Si es necesario, iremos, pero lo haremos tomando los senderos más desconocidos, por los que nunca nos seguirán. Recuerda que, desde

anoche, también yo soy un prófugo.

Proseguimos, pues, la marcha, pero esta vez Sebastian no nos maniató ni nos amordazó. Íbamos unidos por una cuerda que pasaba por debajo de la mula y nos ataba los tobillos. Continuamos el ascendente y rocoso sendero, a la par que el sol también ascendía en el cielo, y volvimos a detenemos unas millas después.

—Esperad aquí —dijo, mientras desensillaba.

Quitó luego el arnés a los caballos y ató las mulas a un tronco cercano.

—Cerca de aquí hay una sima muy profunda que poca gente conoce. Arrojaré en ella las sillas, los arneses y el uniforme; jamás los encontrarán.

Regresó al momento, dejó sueltos los caballos y volvimos a partir. Los animales, sin guía, nos acompañaron mansamente durante un rato, alejándose cada vez más.

A mediodía, el sendero desapareció y se convirtió en un impresionante despeñadero. El terreno era rocalloso, y al paso de las mulas veíamos cómo iban desprendiéndose piedras que caían a las profundidades del abismo. Tanto *Philippe* como yo rezábamos al Eterno pidiendo su cuidado en ese nuevo trance. Suerte teníamos de que las mulas no sienten vértigo, pues los caballos, a los que ya habíamos perdido de vista, no se habrían atrevido a seguir por aquel tortuoso sendero.

Una agónica hora después salimos de aquel lugar y accedimos a un altiplano situado entre las montañas, bellísimas, de un verdor que embelesaba el alma. Aprovechamos para comer frugalmente lo poco que quedaba, tratando de repartir la comida de manera equitativa. Aunque el agua del pellejo estaba caliente y sabía a rayos, la bebimos con ganas. En aquellas alturas ya no había arroyos, ni manantiales.

—Ten, hija, bebe un poco —le dijo con ternura Sebastian a la pequeña.

—Está mala, papá —respondió la niña, con gesto de repugnancia.

—Lo sé, pero debes bebería, *Gaia*. No hay más que ésta, y si no lo haces, luego no soportarás la sed. Anda, bebe un poco solamente.

La niña, a regañadientes, obedeció a su padre.

Aquella criatura preciosa, privada de la vista, deambulaba

torpemente a su alrededor. Era necesario que tantease el suelo con las manos para levantarse, y su padre estaba siempre a su lado para servirle de ayuda. También *Companh* le servía de apoyo, y aunque era evidente que no había sido adiestrado, la inteligencia y el cariño del animal conseguían protegerla para que nada le ocurriese. Era hermoso verlos jugar, una mezcla jovial de risas infantiles y ladridos de alegría.

Nos dirigimos luego hacia un desfiladero, y fuimos descendiendo en fuerte pendiente entre dos monumentales colosos de roca calcárea de agudas cortadas, oyendo a cada paso un rumor que se hacía cada vez más audible. Allá, muy arriba, las águilas reales volaban en círculos, vigilando atentamente nuestro paso, alertándonos con sus agudos chillidos.

Poco después arribamos a lo que parecía el nacimiento de un torrente. De las entrañas de la montaña brotaba, por una hendidura en la roca, un considerable volumen de agua, que se precipitaba en una larga caída. El estruendo que causaba impedía que nos oyésemos unos a otros, y levantaba una densa neblina. Luego iniciaba un sinuoso y apresurado viaje perdiéndose en la pendiente, para ir a alimentar, seguramente, algún caudaloso río muy lejos de allí.

La vegetación y la arboleda fueron apareciendo. No seguíamos ningún sendero, ni podíamos adivinar qué itinerario llevábamos, pero Sebastian parecía no tener dudas, y pronto nos adentramos en un bosque de enormes y milenarios tejos, donde los pájaros daban vida al entorno con sus gorjeos y sus trinos. Eso tranquilizó nuestro espíritu y dio algo de paz a nuestra torturada mente.

Llegó un momento en que la fronda era tan densa que parecía que había anochecido de repente. La penumbra por la que transitábamos nos envolvió y cegó muestro camino. A una buena altura, quizá a más de treinta codos por encima de nuestras cabezas, el espeso follaje de aquellos gigantescos árboles atrapaba egoístamente la luz solar entre sus ramas. Por debajo, la vegetación estaba formada por unos espléndidos y lozanos helechos, motivados por la permanente umbría y la intensa humedad reinante. Teníamos incluso sensación de frío.

—¡Capitán! —exclamé, reclamando la atención de Sebastian.

—¿Qué ocurre?

—Necesito una rama de una longitud aproximada de un par de codos y el grueso de una pulgada.

—¿Y para qué la quieres?

—Me hará falta para la curación de *Gaia*, señor.

Sebastian me miró fijamente, con cierta incredulidad, pero mi mirada serena y firme lo convenció; se alejó hacia un rejo joven y, después de examinar sus ramas, cortó una de las más rectas. Me la mostró con satisfacción.

—¿Qué te parece ésta?

La examiné detenidamente antes de responder.

—No es suficientemente recta. Además, he olvidado deciros que debo ser yo quien corte la rama; os pido disculpas.

—¿Qué significa eso? ¿No será una encerrona, verdad? —preguntó, mirándome con desconfianza.

—No, señor, no lo es —respondí.

—¡Sea! Imagino que necesitarás la daga.

Asentí lentamente; Sebastian parecía desconfiar.

—No olvides que, a pesar de que tengas la daga, yo tengo espada y lanza.

—No debéis preocuparos. Nada malo sucederá.

Juntos, muy lentamente, recorrimos el bosque, examinando minuciosamente cada árbol. *Philippe* y yo teníamos los cinco sentidos puestos en la arboleda, tratando de hallar esa rama que nos era imprescindible.

—¡Allí! —exclamó de pronto mi maestro, señalando una situada a unos doce pies del suelo. Era completamente recta, perfecta.

—Debo encaramarme a la mula para poder cortarla —le indiqué a Sebastian—. Desatadme durante unos instantes, os lo ruego.

Sebastian desmontó y me desató el tobillo. Luego tomó nuestra mula de la brida para evitar que se desplazara. Desenvainó después su espada y me tendió la daga. La cogí con cautela y subí de pie sobre la silla. *Philippe* me sujetaba con fuerza.

—Cuando la hayas cortado, y antes de volver a bajar, deja caer la daga al suelo —ordenó imperativamente Sebastian.

—Así lo haré —respondí, mientras trataba de mantener el equilibrio.

Cerré los ojos y musité una oración. Luego, con decisión y de un solo tajo, corté la rama, que debido al peso de su follaje, cayó al

suelo con estrépito. Arrojé la daga y rápidamente volví a sentarme en la silla.

—Cortad el ramaje y reservad el tronco. No lo apuréis demasiado, ya que, cuando pueda, yo mismo lo puliré, señor —solicité con decisión—. Y os ruego, por el bien de vuestra hija, que procuréis que no se doble ni un ápice.

Cuando salimos de la penumbra del bosque, fue tal el impacto luminoso en nuestros ojos que estuvimos un buen rato cegados, parpadeando hasta que nos adaptamos a la luz.

Por la inclinación del sol, dedujimos que sería alrededor de la hora nona. Hicimos otro alto en el camino para descansar, en esta ocasión cerca de un arroyuelo de aguas transparentes. Qué placer saciar la sed con aguas tan frescas. Aprovechamos también para refrescarnos la cara y las manos, y con el rostro mojado dejamos que el sol y el viento nos secasen.

Philippe y yo seguíamos unidos por los tobillos, lo que nos obligaba a desplazarnos con dificultad, siempre ante la atenta vigilancia de Sebastian. Éste se dirigió a nosotros después de ayudar a beber lentamente a su hija.

—Otra tirada y llegaremos a *Cailhau*. Allí compraremos vituallas y pasaremos la noche —afirmó el capitán, mientras aupaba a *Gaia* a la mula.

—Gracias a Dios —murmuré.

Gaia, lastimada e incómoda, se mostraba quejosa con su padre.

—Papá, estoy muy cansada y me duele al sentarme —se lamentaba la niña.

—Pronto llegaremos, hija. Aguanta un poquito más.

El itinerario a través de las montañas nos dejó a la vista *Cailhau*, una pequeña población de apenas treinta fuegos. Gracias al cielo, después de varias jornadas de sufrimiento, dejábamos atrás el terrorífico y hermoso macizo de *Montclar* y se iniciaba la planicie del Aude.

En un sotobosque a una milla escasa del poblado, pudimos, al fin, apearnos de las mulas. La situación de *Philippe* era tan incómoda como la mía, pues el jinete que ocupaba la silla sufría relativamente, pero no así el que cabalgaba sobre la grupa, que no podía adaptar bien la horcajadura a la anchura de las ancas del animal, y sufría un verdadero suplicio de dolor. Por eso, en cada parada, mi hermano y

yo nos turnábamos en la silla. Pese a todo, y debido a la falta de costumbre en la monta y a lo escabroso y difícil del camino, estábamos extenuados. Nos dolían mucho las piernas, y cuando descabalgábamos, apenas podíamos tenernos en pie. Decidimos tumbarnos en la hierba, desmadejados.

Sebastian nos miraba divertido. Bebimos agua del pellejo, que durante el trayecto habíamos rellenado. En la lejanía podían oírse los tañidos de una campana.

—Falta muy poco para la hora décima —comentó *Philippe*, atento siempre a su sonido.

—Debo partir ahora mismo hacia el pueblo, o anochecerá antes de que regrese —dijo Sebastian levantándose.

Se dirigió a nosotros y, como la vez anterior, nos maniató y nos ató juntos, espalda con espalda. Unió las patas delanteras de nuestra mula con una cuerda corta, para que triscara por los alrededores sin posibilidad de alejarse mucho, y después montó.

—No tardaré.

—¿Y si os ocurre algo, señor? ¿Qué será de nosotros si os apresan?

—¿No sois hombres piadosos? ¡Pues confiad en Dios!

Dicho eso, tiró de las riendas y se encaminó lentamente hacia *Cailhau*. Llevaba consigo a *Gaia*; el perro los seguía a poca distancia.

—Sebastian tiene razón esta vez. Debemos confiar en la misericordia divina. Guilhelm.

—Sé lo que pensáis, *Philippe*, pero creedme, es un buen hombre. Nos teme, pero a la vez nos necesita. Sus ojos delatan el enorme sufrimiento que debe de haber habido en su vida. No mienten, sino que muestran todo el amor que siente por su hija, pero su corazón se ha endurecido, y se reviste ahora de una dura coraza de recelo y de rencor. No quisiera que los sacrificios que ha hecho por ella fuesen en balde. Pocos hombres tendrían el valor suficiente para hacer lo que ha hecho él. Debemos rezar por su alma.

Sorprendentemente, Sebastian tardó menos de una hora en regresar. Aún no habían tocado las vísperas cuando vimos aparecer la silueta de su mula.

—Todavía es de día, así que continuaremos hasta
Bellegarde-du-Razès,
a seis millas de aquí. Creo que allí estaremos más seguros. He ido al

pueblo para tantear el terreno, y no me ha gustado la manera como nos miraban. Estoy seguro de que los soldados habrán armado hoy un buen revuelo buscándonos.

Nos pusimos en camino cuando las campanas llamaban a vísperas. El sol, como nosotros, perdía ya sus fuerzas, y la luz menguaba. Era ese momento del día en que el claroscuro del ambiente hace que todo se confunda en el paisaje.

Cruzamos las afueras de la población de
Belvèzere-du-Razès,
y, con las tenues luces de atardecer, la fuimos dejando atrás. El crepúsculo cubría de rojo el firmamento y los fuegos de los hogares comenzaban a encenderse. Nadie transitaba por las calles, el aire era frío y amenazaba lluvia.

A una milla del pueblo empezaron a caer finas gotas de lluvia y, de pronto, un potentísimo relámpago rasgó el cielo, y casi instantáneamente, un horrísono trueno nos ensordeció, lo que significaba que teníamos la tormenta justo encima.

—¡Rápido, seguidme! —gritó Sebastian, mientras ponía al galope a su mula y se encaminaba a una edificación que se perfilaba en la penumbra, próxima al río.

Era una construcción abandonada que se encontraba sobre la orilla izquierda del río. Supimos luego, gracias al conocimiento que Sebastian tenía de la comarca, que se trataba del Sou, afluente del Garona. Allí encontramos un lugar seguro para refugiarnos. Aprovechamos una abertura desmoronada de la pared para entrar en los bajos, incluidas las mulas. En ese momento estalló la tormenta.

La oscuridad era total: tan sólo se oía el ruido de la torrencial lluvia del exterior.

—¡Aguantad! ¡Ahora os ayudo! —vociferó Sebastian en alguna parte. Lo oíamos rebuscar en las alforjas.

Al cabo de unos instantes, vimos saltar unas chispas en la negrura. Sebastian estaba intentando prender la yesca que, previsoramente, había metido en su equipaje. Después de soplar unos instantes, se avivó una llamita. Sebastian lo aprovechó para encender una vela, que iluminó débilmente la estancia.

—Aguanta la vela y procura que no se apague. Pon la mano —le recomendó a *Gaia*, mientras la bajaba de la acémila.

Vino luego a buscarnos, puesto que no podíamos aguantar de dolor. Sebastian encendió otra vela, y aprovechó la mayor visión para buscar madera o algún leño para intentar encender una fogata. Al fin, aquel fuego otorgaba al lugar donde nos hallábamos una apariencia de realidad. La luz iluminó la estancia y pudimos reconocer su aspecto.

—Es un molino, ¿verdad? —pregunté, mirando alrededor.

—Sí, creo recordar este lugar; se trata de un viejo molino de agua. Afortunadamente para nosotros, quedó abandonado hace tiempo, cuando cambió el curso del río y el caudal que mañana veréis era insuficiente para mover las palas —explicó Sebastian.

Nos sentamos todos alrededor del fuego para calentarnos, pues la temperatura había descendido considerablemente.

—Comamos —propuso Sebastian, que había preparado la cena; un trozo de queso, pan y frutas. Por su parte, *Gaia* se había acurrucado junto a su padre, atemorizada y agotada.

—Señor, debo hablar con vos —susurré. Y sin esperar la respuesta, continué hablando con firmeza, mirándolo con seriedad —: Si habéis llegado tan lejos en esto es porque amáis a vuestra hija, y sabemos que el amor que sentís por ella alienta vuestra vida y le da sentido. Pero nos lleváis atados como prisioneros, o peor aún, como si fuésemos ganado. Tengo prohibido jurar, pero os doy mi palabra de que somos hombres de bien; vos lo sabéis, de otra forma, no hubieseis arriesgado vuestra vida sacándonos del Muro. Os suplico, por tanto, que nos tratéis como, en el fondo, os dicta vuestro corazón; como sabéis que somos, y como merecemos. Respetad nuestra dignidad de perfectos, tratadnos como *bons hommes*, y ganaréis nuestra estima más aún de lo que ya os consideramos. Conocéis nuestra forma de actuar, y a pesar de ser maltratados y humillados, siempre devolvemos bien por mal; no alimentamos odios ni rencores, y despreciamos la maldad y la perversidad. Siempre ayudamos a quien nos lo pide: ésa es nuestra filosofía, la que guía nuestra existencia, señor.

Sebastian escuchó sorprendido por mi atrevimiento, serena y atentamente. No salía de su asombro y, pese a la oscuridad, yo podía ver su cara de incredulidad. La luz de la hoguera dibujaba extrañas sombras en su rostro, que lo hacían parecer todavía más temible. Después de unos instantes que parecieron eternos, terminó

de masticar el bocado y lentamente, sin dejar de observarme, se alzó en toda su enorme envergadura. Se aproximó a mí rodeando la hoguera, y, al llegar a mi lado, desenfundó la daga.

Afuera, la tormenta arreciaba, y por el canal del molino se oía el estruendoso y turbulento correr del agua, que parecía querer desbordarse. Los relámpagos y los truenos eran continuos, y entraban por todas las aberturas los resplandores de las descargas, que nos cegaban durante unos segundos; incesantemente se oía el chasquido de los rayos, seguido del terrible estallido de los truenos.

Sebastian se agachó y cortó las ligaduras del tobillo que me mantenían atado a *Philippe*, regresó sin pronunciar palabra a su sitio, se sentó otra vez y siguió comiendo. No volvió a mirarme en toda la cena.

—Deberíamos salir de aquí, tal vez se desborde el canal, y existe la posibilidad de que esta sala se inunde. Además, aquí dentro hace frío, y temo por *Gaia*. Propongo que busquemos cobijo en la casa, que está en el piso superior —propuso Sebastian al terminar la cena —. Pero para eso tenemos que salir al exterior y, por el momento, la tormenta lo impide.

—Y está oscureciendo rápidamente —recordó *Philippe*.

—Sí, es cierto.

Sebastian se levantó y empezó a buscar maderas y telas para confeccionar unas antorchas.

—Hay que buscar sebo; se usa para engrasar los ejes de las ruedas, y estoy seguro de que por aquí tiene que haber.

La tormenta no cesaba, y el cansancio hacía mella en nosotros. Sebastian había improvisado un tablado a dos cuartas del suelo, sobre el que *Gaia* dormía ahora profundamente, abrigada con mantas por su padre.

—¡No está de Dios que esa maldita lluvia cese! —aulló Sebastian —. Haremos vigilancia por turnos. Yo haré la primera guardia; después tú, Guilhelm, y la última la hará *Philippe* para que puedas descansar un rato, pues te veo muy fatigado. En cualquier caso, *Companh* estará siempre atento, y con él estamos seguros.

—Gracias por desatarnos y confiar en nosotros, Sebastian —dijo *Philippe*—. Sois un buen hombre. Buenas noches, y que Dios os guarde.

—Buenas noches, *Philippe* —respondió con sentimiento el militar.

Dejó sus armas —espada, daga, ballesta, un carcaj repleto de afiladas saetas y una lanza— al alcance de su mano, junto a su hija dormida, lugar donde también él descansaría después de su centinela.

—Os dejo la espada para que podáis utilizarla durante la noche, en caso de ser sorprendidos —anunció, y acto seguido, se preparó para la vigilia.

Nos quedamos dormidos en seguida. Sebastian aprovechó su guardia para buscar madera suficiente e intentar que el fuego no se extinguiera. Alrededor de la medianoche, me despertó.

—Es tu turno: no dejes que se apague el fuego. Si oyes algo en el exterior, ven a avisarme. ¿Estás bien despierto?

—Sí —respondí, incorporándome—. Veo que sigue lloviendo.

—No ha parado ni un momento.

—Voy a necesitar la daga, aprovecharé la guardia para pulir la rama que he cortado en la tejeda.

La sacó del cinto y, mirándome con fijeza, me la entregó. Luego se acurrucó junto a su hija y cerró los ojos.

La tormentosa noche transcurrió en calma, y próximo al amanecer, Sebastian relevó a *Philippe*, haciéndose cargo de la última guardia.

—¡Arriba, es hora de levantarse! —gritó Sebastian—. Ya es la hora prima, y el sol comienza a asomar por el horizonte.

—¿Habéis descansado algo? —pregunté a *Philippe*.

—Sí. Lo cierto es que, a pesar del turno de guardia, hacía tiempo que no dormía tan placenteramente. Estos sacos de harina vacíos se han convertido en un colchón muy cómodo, y me han servido también de almohada. ¿Y vos?

—Yo también; cualquier lugar es mejor para dormir que el frío pavimento de las mazmorras. ¡Lástima que me duelan hasta los dientes! —respondí con humor.

—A mí me ocurre igual. No puedo ni moverme —dijo *Philippe*, divertido.

Los dos nos reímos con ganas.

—Voy a preparar algo de desayuno. En la estancia superior he descubierto una vieja cocina, donde quizá pueda calentar un poco de leche para *Gaia*; nosotros nos conformaremos con lo que quede en las alforjas.

A medida que iba avanzando la mañana, los rayos solares iluminaban el interior de aquel viejo molino, y nosotros descubríamos sus diferentes estancias. El edificio constaba de cuatro plantas. En la inferior, donde nos hallábamos, estaban las máquinas (que debían de moverse por la acción del agua contra las palas de la rueda exterior en el canal, cuando el molino estuvo en activo), y también una de las grandes muelas, actualmente estropeada. En la inmediatamente superior se encontraban los recipientes en los que se acumulaban las diferentes clases de harina obtenida durante la molienda de distintos cereales. La siguiente era la que coincidía con la entrada a la vivienda del molinero y su familia. Esa entrada, que daba al camino, se hallaba en lo más alto del talud del lecho del río.

Allí, aún se conservaban algunas prendas de sus últimos moradores, muy raídas y deterioradas, colgadas en los desvencijados armarios o tiradas por el suelo; algunos bastones, y también las camas de madera, aunque con los colchones rotos y toda la solería cubierta de excrementos de palomas, porque la planta superior parecía haber sido un *pigeonnier*, cuyas aves se habían multiplicado de manera alarmante, y habían invadido, poco a poco y sin remisión, la planta inferior.

Lo primero que hice, antes de proceder a la curación de *Gaia*, fue elegir una de las estancias de la vivienda. Escogí la sala principal del molino, pues, debido a la luz de levante, era la habitación mejor iluminada y, por tanto, la más caldeada. Seguidamente, y con la ayuda de *Philippe*, me dispuse a iniciar la delicada y trascendental labor que tenía por delante, aquella a la que debíamos el haber obtenido el divino regalo de la libertad.

XVII.
EN
BUSCA DE LA LUZ

Teníamos que limpiar la casa antes de empezar a trabajar, así que barrimos y fregamos el suelo y las paredes, quitamos los excrementos de paloma y movimos los escasos muebles, la mayor parte de ellos desvencijados y rotos. Fue una tarea ardua, pero dejamos el espacio suficiente para maniobrar con comodidad.

Había llegado el momento de explicar a Sebastian nuestro propósito. Lo encontramos en un barbecho próximo al molino, con *Gaia*, recogiendo leña. *Companh* ladró al vernos y Sebastian volvió la cabeza antes de aproximarse a nosotros. Las mulas pacían a escasa distancia.

—Sebastian, es hora de que hablemos acerca de la recuperación de *Gaia*. Me preocupa no disponer de todo lo necesario, así que creo que deberíamos ir al pueblo para adquirir algunas cosas, y para ello necesitaré vuestra absoluta colaboración.

—Por supuesto, puedes contar conmigo. Además, andamos escasos de comida.

—Necesitamos una libra de sal, dos de azufre y una de alcanfor. También necesitaré incienso, pero como sabéis, la Iglesia es la única que dispone, en estos tiempos, de sustancias como ésas. Y llamaríamos demasiado la atención si lo pidiésemos; así pues, deberemos conformarnos con un sucedáneo. Traed dos frascos con cuatro medidas de resina blanca, además de un almirez y algunos recipientes. Ah, y jabón: creo que con eso podremos empezar.

—No puedo llevarme a *Gaia*, llamaría la atención —dijo pensativo Sebastian.

—*Philippe* os acompañará mientras yo aguardo aquí con vuestra

hija. Confiad, señor, os lo suplico. Si no tenéis fe, no podemos esperar nada del cielo.

—Está bien —respondió Sebastian—. Pero prefiero que me acompañes tú, Guilhelm, y que *Philippe* se quede con *Gaia*.

Nos despedimos de la niña y salimos a pie, acompañados de una mula con alforjas, hacia el pueblo. Era día de mercado, y la calle mayor estaba repleta de gente que iba al centro. Unos acróbatas hacían piruetas y varias personas formaron un corrillo para ver el espectáculo. Algunos aplaudían y les arrojaban monedas a un sombrero depositado en el suelo; otros hacían bailar a un oso pardo amaestrado del Pirineo. Todo aquel variopinto espectáculo nos maravillaba y, al mismo tiempo, nos servía para pasar desapercibidos entre el gentío. Sebastian estaba permanentemente alerta, atento a cualquier eventualidad, mientras acariciaba con sus dedos el mango del cuchillo que llevaba oculto entre la ropa.

Caminábamos a buen paso, y a los pocos minutos, llegamos a la *halle*, donde centenares de personas se agolpaban comprando e intercambiando toda clase de productos: alimentos, vestidos, velas, lámparas de aceite, animales de corral… Allí pudimos adquirir cuanto necesitábamos, e incluso encontramos un puesto en el que vendían esencias y maderas de Oriente. Conseguimos, así, una buena cantidad de incienso de sándalo —uno de los más preciados —, y a muy buen precio, aunque hay que reconocer que Sebastian tuvo que regatear durante un largo rato. Regresamos felices y satisfechos, pues todo estaba saliendo mejor de lo esperado. Cuando ya teníamos el molino a la vista, *Companh* apareció como una exhalación, ladrando de contento. Me dirigí al capitán:

—No será tarea sencilla curar a vuestra hija. Sebastian. El mal está muy arraigado.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que podrá curarse?

—Todo es posible con la ayuda del Señor, pero será un proceso largo y complicado; quizá tardemos un par de días o más.

—No tenéis nada que hacer salvo procurar su salud. Tenemos todo el tiempo del mundo —respondió él fríamente.

Guardé un silencio respetuoso. Sebastian desconocía absolutamente cualquier aspecto de los rituales, y tampoco sabía nada de curaciones. Su condición de padre, y el voluntarioso y benéfico amor que sentía por su hija, hacía que nos apremiase por

ver a *Gaia* restablecida.

—*Philippe* y yo tenemos que prepararnos para efectuar un ritual —observé.

—¿Necesitáis mi ayuda?

—No, no es aconsejable que vos participéis. En el trance del ritual sanativo, nadie más que yo puede estar con *Gaia*, porque no debe recibir ninguna influencia externa. Ése es el motivo de que hayamos limpiado a conciencia la sala del molino. Pero ahora necesitaré que *Philippe* me ayude en los preparativos. He de advertiros, además, de que tendré que ausentarme durante esta noche. Debo permanecer en solitario, velando, para preparar mi cuerpo, y depurar mi espíritu; es un proceso absolutamente necesario para la ceremonia.

—Haz lo que tengas que hacer. A propósito, creo que sería conveniente que cambiases tu antiguo nombre. Es una forma de intentar camuflarnos.

—Sí, ya había pensado en ello. He decidido que, desde hoy, mi nombre será *Pierre Penchenier*.

Fue *Philippe* el que intentó preparar espiritualmente a *Gaia*.

—Escúchame bien, *Gaia*, Guilhelm quiere sanarte de tu ceguera, y va a hacer todo lo posible para que así sea. Es necesario que creas en lo que te digo; debes hacer un esfuerzo por imaginarte todo el mal que hay en tu interior y que te hace sufrir. Intenta pensar en ello como en una fea nube de lluvia, oscura y densa. Cuando Guilhelm te lo diga, debes poner mucho empeño en querer expulsar de tu cuerpo esa nube, y el mejor sitio para apartarla de ti para siempre es aquí —le tocó el vértice de la cabeza—. El mal saldrá de tu cuerpo por un conducto secreto que todos tenemos en ese sitio. Si con la ayuda de Dios, y a través de Guilhelm, expulsas esa nube, te curarás. ¿Lo has comprendido?

—Sí —dijo la niña—. ¿Y luego podré ver? Porque antes podía ver, como los demás niños, pero ahora apenas percibo sombras, algunos colores y, en ocasiones, distingo si es de día o de noche.

—Claro, pero depende también de ti. Si durante todo el día de hoy trabajas con muchas ganas, y piensas en lo que te he dicho, seguro que sanarás, y volverás a ver como antes. Pero recuerda, dependerá de cómo hagamos las cosas antes de que Guilhelm vuelva.

—¡Lo haré! —exclamó *Gaia* con júbilo. Los ojos de la niña se habían iluminado de repente—. ¡Desearé muy fuerte que esa nube se marche!

—Estupendo —dijo *Philippe* sonriendo—. Eres una gran chica.

—¿Puedo contárselo a mi padre?

—Por supuesto, si él también nos ayuda, todo será mucho más sencillo.

Philippe y yo nos pusimos en seguida a trabajar, repartiéndonos las labores. Después de haberla limpiado a conciencia, *Philippe* instaló su laboratorio en una pequeña habitación anexa a la sala grande. Improvisó una especie de alacena para colocar allí los frascos, y en una desvencijada mesa —que había frotado y limpiado previamente— colocó el almirez, un cuchillo, una cuchara, un cubo metálico y el infiernillo, una especie de fogón de cerámica de sobremesa que nos sería muy útil.

En cada frasco depositó las sustancias que habíamos comprado en el mercado. Quedaban todavía algunos frascos vacíos, que más tarde utilizaríamos. Colocamos una enorme cazuela de barro en el centro de la sala grande, que bautizamos como sala del ritual. Yo me dirigí al inquieto padre con la intención de tranquilizarlo haciendo que ocupase su tiempo con alguna tarea:

—Sebastian, necesitamos que traigas leña sólida y de combustión lenta. Sería conveniente que la trajeses de olivo, si es posible. Me conformaré con un par de ramas de laurel y de ciprés.

—Iré a ver si lo encuentro.

Me volví luego hacia mi maestro.

—*Philippe*, ve a buscar lo necesario.

—De inmediato —respondió, y después de poner todos los frascos vacíos en una talega, se marchó.

Mientras esperaba el regreso de Sebastian, bajé a las entrañas del molino y cogí uno de los sacos vacíos; en el exterior, las risas de *Gaia* se mezclaban con los ladridos alegres de *Companh*. Salí afuera y me dirigí al canal de agua. Una vez allí, me desnudé y me sumergí completamente buscando purificar mi cuerpo. Me puse el saco por encima, al que previamente le había hecho tres agujeros: uno en el fondo, para pasar la cabeza, y dos laterales, para los brazos. Me anudé después un cordel a la cintura y cogí el jabón para dejar la túnica bien limpia. Una vez lavada, la tendí al aire y al sol.

Más tarde llegó Sebastian, y rió de buena gana al verme de esa guisa, pero no hizo ningún comentario al respecto. Mientras él cortaba la leña que había traído en la mula, yo la iba transportando al vestíbulo de la sala del ritual, y amontonaba los tacos. *Philippe*, que se había marchado con la otra mula, regresó a mediodía; traía consigo una enorme cantidad de salvia, romero, muérdago y corteza de roble.

Philippe era un auténtico experto en la recolección de plantas. Fue él quien me enseñó la técnica de cortarlas vivas.

—Esa técnica se remonta a los druidas celtas —me dijo—, y consiste en hablar primero con el ser elemental que habita en su interior, antes de cortarla. Hay que explicarle que su sacrificio servirá para curar a un ser superior, por ello se le pide perdón y se solicita a ese ser que ayude a la persona en la curación. Luego, para evitarle sufrimientos, se secciona con un único y rápido tajo. El mejor método es hacerlo con una hoz de oro. Pero antes de eso, el mago debe trazar mentalmente un círculo, cerrándolo alrededor de la planta.

Era evidente que iba a necesitar de toda la sabiduría de mi maestro para llevar a buen término aquella tarea que me había sido encomendada.

—*Philippe*, después de purificaros y lavar vuestro vestido, ¿querréis encender el fuego? —pedí con una sonrisa.

—Por supuesto, hermano, así lo haré.

Después de la purificación, y como había dicho, *Philippe* encendió el fuego dentro de la cazuela en el centro de la sala. Una densa humareda invadió la habitación, pues el fuego había sido encendido en el improvisado atanor. Cuando las llamas se trocaron en brasas y ya se había disipado el humo, entré en la sala, y advertí a Sebastian para que no entrase en ella bajo ningún concepto. Llevaba conmigo la vara de tejo, que había pulido y cortado en una longitud de diecinueve pulgadas y media. Arrojé al fuego las ramas de laurel y de ciprés y mantuve la vara dentro del espeso humo ascendente.

—*¡Sis mihi gladius Michaelis, in virtute Eloim Sabaoth fugiant a te Spiritus tenebrarum et reptilia terrae!* —exclamé, mientras repetía la invocación en cada uno de los cuatro costados de la sala. Luego envolví la vara en un paño de seda que Sebastian había comprado, para evitar así que fuese tocada hasta que llegara el momento.

Después salí de la sala, y la cerré. Debía permanecer así hasta el día siguiente. Entonces, los dos perfectos, revestidos de nuestra dignidad, iniciaríamos la ceremonia de imposición de manos. Esa misma tarde, *Philippe* y yo nos dedicamos exclusivamente al preparado del sahumerio y para ello cortamos en pequeños trozos y en cantidades iguales, todas las hojas de la salvia y del romero. Calculamos una buena cantidad y formamos dos grandes montones de hojas machacadas, puesto que a cada hora del día siguiente debíamos utilizarlas. Acto seguido, trituramos la corteza de roble en una proporción menor —más o menos la mitad— que las anteriores, e igualmente hicimos con el muérdago.

Calculamos, además, una tercera parte proporcional a los montones grandes para añadir el azufre, y una octava parte de alcanfor. En esos momentos habíamos logrado que el improvisado laboratorio se pareciese al de cualquier botica de importancia.

Finalmente, agregamos el preciado incienso; dada su escasez, tuvimos que repartirlo con mucha mesura. Con toda la precaución y la atención imaginables, procedimos a la mezcla del conjunto para conseguir una homogeneidad perfecta.

Por último, repartimos todo el compuesto en veinticuatro porciones, una para cada hora del día. Cada porción sería finalmente mezclada con la resina blanca, justo en el momento de realizar el sahumerio.

Mientras tanto, Sebastian había acondicionado la vivienda del molinero para hacerla más o menos habitable, y el resultado final era bastante aceptable, así que esa misma noche nos instalamos en ella. Aunque nos parecía extraordinario, lo cierto es que pudimos dormir sobre unos colchones que, pese a su deterioro, nos resultaron más cómodos que el frío suelo.

Dado que era imprescindible que yo descansase de la mejor manera posible para el ritual del día siguiente, solicité hacer el primer turno de vigilancia. Pero, ante mi sorpresa, Sebastian, no sólo no me adjudicó el primer turno, sino que no consintió en que hiciese ninguna de las guardias. De esa forma, nuestro indesmayable amigo se ofreció para realizar tanto la de *Philippe* como la mía.

—Estoy acostumbrado a velar. Me resultaría imposible recordar el número de guardias que he hecho en mi vida. Además, me interesa más que mañana os sintáis descansados. No os preocupéis

de nada esta noche.

—Gracias, Sebastian. Despertadnos dos cuartos antes de que salga el sol.

—Así lo haré, no temáis.

Sebastian permaneció en el vestíbulo de entrada a la casa. A *Gaia* le había preparado un lecho en una pequeña habitación anexa a la nuestra.

No opuse resistencia al sueño, que me venció en un instante. Mi mente estaba clara, y mi corazón tranquilo; nada debíamos temer de los días venideros. Y con ese pensamiento, me entregué al mundo de los sueños.

Una voz me despertó con suavidad. Sebastian me tocaba el hombro.

—Levantaos, Guilhelm. Falta poco para el alba.

Aún era noche cerrada. Miré por la destartalada ventana, y pude contemplar el firmamento punteado por infinidad de rutilantes puntos luminosos. Hacía frío.

—Gracias, Sebastian. Ha llegado el momento.

Me incorporé dispuesto a avisar a *Philippe*.

—Ya estoy despierto, hermano —me alertó antes de que llegara —. Tenemos mucho que hacer hoy.

—Bien, creo que mi tarea ha concluido por ahora. Ha sido una noche tranquila, pero me siento cansado. Si no necesitáis nada más de mí, subiré a reposar durante un rato —dijo Sebastian con el semblante serio, e hizo ademán de marcharse—. Por cierto, lo olvidaba, os he preparado algo caliente.

Dio media vuelta y entró en el cuarto de *Gaia*.

Philippe y yo sabíamos que durante la totalidad del día que acababa de nacer no podríamos comer ni beber absolutamente nada. El ayuno completo era imprescindible para depurar nuestro organismo.

Recogimos nuestras túnicas raídas y nos dirigimos al canal, cuyo caudal había menguado considerablemente después de la tormenta. Junto al profundo hueco —lleno ahora de agua—, construido en su momento para albergar la rueda de palas, nos detuvimos a rezar el padrenuestro cátaro.

Esperamos a que despuntara el día y entonces, con los rostros hacía poniente, invoqué a las ondinas…

—¡En nombre de la Madre Tierra, yo te exorcizo. Agua, y con juro fuera de ti toda impureza, para que seas un elemento de purificación y protección para nosotros! —proclamé, introduciendo, al mismo tiempo, las puntas de los dedos de ambas manos en el líquido elemento.

Una vez recitada la invocación, nos desnudamos por completo y nos sumergimos en las frescas aguas, primero yo y luego *Philippe*, y nos frotamos enérgicamente el cuerpo. Luego, sin secarnos, nos vestimos con nuestras túnicas limpias, temblando de frío.

Philippe entró solo en la sala del ritual y procedió a recoger en una bolsa las cenizas que habían quedado del día anterior. Después de limpiar concienzudamente el recipiente, lo colocó a una cuarta de la entrada y encendió el fuego en el atanor. Cuando comprobó que había prendido, salió. Antes de entrar me arrodillé ante él para que impusiera sus palmas sobre mi cabeza.

—Bienaventurados los que padecen persecución injustamente, porque de ellos es el reino de los cielos —murmuró.

Entré en la sala. *Philippe* permaneció en la puerta para auxiliarme en todo lo que necesitara.

—La sal, *Philippe* —apremié.

Esparcí un puñado de sal en todas las esquinas y los recodos de la estancia, y tracé con ella una línea que juntaba el espacio entre los límites de las paredes donde se hallaba el atanor, dejándolo fuera del círculo. Era necesario hacerlo de esa forma, pues una vez cerrado el círculo, ya no podía romperse; sólo podía abrirlo el oficiante, que en este caso era yo. Mientras tanto, *Philippe* tenía que alimentar el fuego a cada hora.

Proseguí con las invocaciones.

—¡En nombre de la Madre Tierra, yo te limpio, para que toda impureza salga de aquí y seas un elemento de purificación y protección del círculo!

Me situé en el centro y me orienté hacia levante, donde se insinuaban las primeras luces del astro rey.

—¡Guardianes de Oriente, Señores del Aire, yo os convoco a presenciar este ritual y proteger este círculo! ¡Invoco a los Elementales del Aire y del Viento! ¡Invoco a Paralda, caudillo de los Silfos! ¡Invoco a la suave brisa que trae videncia e inspiración a la mente! ¡Invoco a todas las fuerzas dadoras de inspiración, videncia e

intuición!

Efectué un giro a la derecha, orientándome ahora hacia el mediodía.

—¡Guardianes del Sur, Señores del Fuego, yo os convoco a presenciar este ritual y proteger este círculo! ¡Invoco a los Elementales del Fuego y a *Djin*, caudillo de las Salamandras! ¡Invoco a los poderes de la luz, y al fuego que consume las mezquindades, los vicios y bajas pasiones! ¡Invoco a estas fuerzas para que me concedan fortaleza para curar y liberen de todos los conjuros, maleficios y perjuicios ejercidos sobre *Gaia*!

Realicé otro nuevo giro, esta vez hacia poniente.

—¡Guardianes del Oeste, Señores del Agua, yo os convoco a presenciar este ritual y proteger este círculo! ¡Invoco a los Elementales del Agua y a *Neckna*, soberana de las Ninfas y las Ondinas! ¡Invoco a las pacíficas y poderosas fuerzas de la savia vital, y a la generosa y oculta belleza del fluido viviente! ¡Invoco a todas estas fuerzas para que traigan salud, bienestar y amor a la vida de *Gaia*!

Seguí girando a la derecha, y, por último, me detuve hacia septentrión.

—¡Guardianes del Norte, Señores de la Tierra, yo os convoco a presenciar este ritual y a proteger este círculo! ¡Invoco a los Espíritus que habitan la Madre Tierra, y a las fuerzas telúricas que sostienen nuestra humilde existencia! ¡Invoco a *Gob*, caudillo de los Gnomos! ¡Invoco a todos los elementales benéficos de la Tierra, para que atraigan sobre *Gaia* bienestar y riquezas, y alejen de ella la maldición de la ceguera!

El primer rayo de sol entró impetuosamente, radiante, iluminando con una dorada luz toda la sala. Me dirigí hacia donde se hallaba *Philippe*, por el lado exterior de la línea de sal.

—La vara —urgí.

Me entregó la rama de tejo envuelta en seda.

Alcé la mano izquierda y la puse en posición de atrapar aquel rayo solar. Con la vara asida por un extremo en la mano derecha, ya despojada del paño de seda, apunté a la vertical exacta del recinto donde coincidía el sol y, cerrando los ojos, tracé un círculo hacia la derecha, imaginando que por la punta de la vara salía un brillante halo de extraordinaria y cegadora luz azulada.

—¡*Siiiiiiiiggggggg*…!

El imponente mantra que brotó de mis labios sellaba el círculo. Ninguna fuerza del mal, por poderosa que fuera, podría ahora traspasarlo. Nada podría entrar y nada podría salir, ya que se quemaría y se extinguiría en su interior con el fuego del atanor.

En ese momento, *Philippe* arrojó al fuego la primera porción del preparado, que levantó una espesa columna de humo, aromático y rutilante a la vez. Faltaban veintitrés dosis por incinerar.

Tuvimos que salir precipitadamente de la sala, pues la atmósfera se hacía irrespirable. Nos encontramos con Sebastian, que había presenciado el ritual desde el inicio.

—Lo que acabo de ver es realmente increíble —atinó tan sólo a balbucear.

Nuestro amigo permanecía atónito e inmóvil. Le respondí suavemente.

—Ahora es cuando empieza lo importante, Sebastian. Será mejor que durmáis; *Gaia* os necesitará cuando despierte. Hoy más que nunca, habladle con mucha dulzura.

—No creo que sea capaz de dormir después de presenciar algo así. Nunca lo hubiese imaginado, pensaba que todo era más sencillo.

—Todo saldrá bien, con la ayuda de Dios. No debéis asustaros por nada de lo que ha ocurrido. Vuestra hija está en manos sabias y expertas. Ahora debo partir; probablemente no regrese hasta mañana, de madrugada. Rezad por mí —dije, mientras me fundía en un abrazo con ellos.

En aquel momento trascendente, necesitábamos establecer vínculos afectivos que diesen armonía a nuestra ceremonia.

Salí apresuradamente y me encaminé hacia el bosque que había visto el día anterior. Distaba unas dos millas del molino, en sentido contrario al del pueblo. Tan sólo llevaba como equipaje la vara envuelta en seda, una manta en bandolera y una bolsa de tela donde *Philippe* había introducido las primeras cenizas del atanor.

Mi misión consistía, a partir de ese momento, en hallar una zona dentro del bosque donde coincidiesen dos situaciones de vital importancia para el éxito del ritual. La primera era encontrar un perímetro de dimensiones razonables, de un tamaño semejante a la superficie de una casa. Allí, y partiendo de un punto central, debían haber cinco árboles adultos, de los que, al menos uno, tenía que

estar orientado al norte respecto a los demás. Lo ideal era que fuesen cedros. Los druidas (palabra que significa «conocedor del cedro») empleaban días, incluso semanas, en localizar ese lugar específico. Yo apenas contaba con un día para encontrarlo.

La segunda disposición era más sencilla, pues una vez ubicada la primera, consistía en que el emplazamiento adecuado dominara el horizonte para poder ver el primer rayo de sol del amanecer.

No fue hasta pasadas vísperas cuando pude encontrar el lugar idóneo. Di gracias al Señor y a la Madre Tierra por su ayuda, puesto que sin Ellos jamás lo hubiera logrado. Era un terreno con una discreta pradera, mas la fortuna no me fue del todo propicia, y los árboles que la circundaban no eran cedros, sino encinas, unas encinas grandes y frondosas. Tampoco su posición era del todo perfecta, pero se hallaban muy próximas unas de otras, y decidí que aquél era un buen lugar.

Tenía que actuar con rapidez, ya que el sol iniciaba su declive. Lo primero que hice fue rodear los árboles exteriormente, formando un círculo completo con una delgada y continua franja de la ceniza que llevaba en la bolsa. Al terminar la operación aún sobraba, así que, situado en el interior del círculo, terminé de vaciarla recubriéndolo y haciendo la franja más alta y más gruesa.

Cerré después el círculo con la vara. De esa forma, quedaba protegido. Luego, y con la misma vara, dibujé en la tierra una estrella de cinco puntas, haciendo corresponder los árboles como si fuesen sus vértices. Efectué más tarde los mismos rituales que en la sala del molino, e invoqué a los Regentes de los Elementales para pedirles su ayuda. En esta ocasión, la ayuda que solicitaba era para mí, para que, a través de mí, pudieran sanar a la niña.

Una vez había anochecido, me senté en el centro del pentagrama y me abrigué con la manta, dispuesto a pasar la noche en contacto con los seres elementales que habitaban dentro de aquellos poderosos colosos enramados, con el susurro del viento, el contacto con la tierra, la humedad del ambiente y el calor de mi alma. Me sentía libre y feliz dentro de aquel mágico e inexpugnable círculo. Esa noche, el rielo estaba sereno y era luna nueva, lo que permitía admirar toda la belleza y la majestuosidad del firmamento.

Poco antes de salir el sol, cuando el cielo devenía de negro a violáceo, me tumbé sobre la espalda, con la cabeza al norte, los

brazos en cruz y las piernas en compás, perfectamente colocado sobre la Estrella Flamígera.

Esperaba el primer rayo solar, el rayo verde, que no dura más que una ínfima fracción de tiempo, apenas un instante; el que hay que atrapar conscientemente, porque es el que transporta la vida, el que insufla la esencia vital. El rayo que otorga el poder.

Cuando el astro rey asomó en el horizonte, me levanté y abrí el círculo con la vara, es decir, de igual forma, pero en sentido contrario. El proceso había finalizado y el corazón me rebosaba de gozo y optimismo. Me sorprendí cantando una antigua melodía, y con el alma henchida de alegría, emprendí el camino de retorno.

A mi llegada, se estaba consumiendo el último fragmento del preparado. El sahumerio había convertido la sala en un lugar impenetrable, repleto de humo, que se iría disipando a medida que se extinguiera el fuego.

—¿Ha surgido alguna dificultad? —pregunté a *Philippe*.

—Ninguna, todo ha salido conforme a lo previsto. ¿Y a vos, cómo os ha ido?

—Muy bien. Me siento exultante, ha sido una noche maravillosa.

Me dirigí luego al capitán, al que vi con aspecto de no haber descansado.

—Sebastian, sería conveniente que fuerais despertando a *Gaia*. Preparad agua caliente y procurad asearla lo mejor posible. Enjabonadla bien, sobre todo la cabeza.

Cuando Sebastian se ausentó, *Philippe* me dijo:

—Mientras alimentaba el atanor, preparé el bebedizo para *Gaia*.

La poción de la que hablaba mi maestro se elaboraba machacando en el almirez las mejores y más selectas hojas de salvia que, para ocultar su amargor, se mezclaban con menta y hierbaluisa. Pero el secreto de la mixtura estaba en el mínimo añadido del cocimiento de ciertos hongos, que sumían al paciente en un letargo hipnótico y lo sometían a la voluntad del oficiante. Había que prestar mucha atención en esa elaboración, ya que un exceso de dosificación podría causar la muerte.

—¿Estás cansado? —preguntó *Philippe*.

—Al contrario, estoy radiante, repleto de energía —exclamé, feliz.

Philippe había calculado perfectamente el tiempo del fuego y la

incineración de la última porción había correspondido con la extinción de las brasas. Retiró la ceniza, procurando obtener solamente la producida por la combustión del preparado del sahumerio, despreció la que había ocasionado el fuego y la introdujo en una talega. Empleó parte de esas cenizas para disolverlas en agua, con sal y una pequeña parte de la pócima. Después lo metió todo en un frasco.

La atmósfera de la sala iba aclarándose, y se difuminó finalmente en una diáfana e inmaculada transparencia. Los rayos del sol entraban ya en la habitación, por lo que apremié a Sebastian para que trajese a *Gaia*.

—Hola, *Gaia* —la saludé dulce y suavemente, besándola y acariciando sus húmedos cabellos—. ¿Estás lista?

—Sí —me respondió, mirándome con ojos soñolientos—. ¿Me curaré?

—¿Has pensado en lo que te dijo *Philippe* sobre la nube?

—Sí, mucho. Y también papá.

—Muy bien, en ese caso, creo que tienes muchísimas posibilidades. ¿No tendrás miedo?

—No. Bueno, un poquito sí —respondió, mientras se restregaba los ojos—. ¿Me dolerá?

—Claro que no. Ahora *Philippe* te dará a beber una cosa muy buena.

Me volví hacia donde se encontraba mi maestro.

—¿Podéis traer el licor, *Philippe*?

—Bébete eso, *Gaia*. Y si luego me oyes hablar muy alto e incluso gritar, no te atemorices, porque forma parte del juego que haremos dentro de la sala grande.

La abracé durante un largo rato para que nuestros cuerpos entraran en una perfecta y armónica sintonía. Mientras tanto, no dejaba de hablarle para conseguir, de esta manera, que se tranquilizase. Sebastian estaba detrás, casi en estado de choque.

Al advertirlo, *Philippe* se apresuró a entrar en contacto con él y, amigablemente, le pasó el brazo sobre los hombros.

—Todo va bien, Sebastian —lo tranquilizó, en un susurro—. No debéis preocuparos. *Gaia* está en las mejores manos.

Abrí el círculo y entré con *Gaia* asida de la mano derecha. En la izquierda llevaba la talega con las cenizas del sahumerio y el frasco;

debajo del brazo, la vara. Una vez en su interior, lo cerré inmediatamente.

—Siéntate aquí, pequeña.

Le indiqué el centro geométrico de la sala, orientándola hacia levante, de frente a los haces de luz solar. El elixir estaba haciendo su efecto. La expresión de creciente estupor de la niña lo confirmaba.

—¿Estás preparada?

—Sí…

Gaia tardó unos segundos interminables en responder, lo que probaba que estaba sometida a mi voluntad.

A una vara alrededor de la niña esparcí la ceniza procedente del sahumerio, y permanecí dentro de ella. Luego cerré otro círculo sobre las cenizas, reduciendo y concentrando su campo de acción.

Una corta e intensa corriente de aire se desató en la habitación cuando el círculo grande quedó abierto, pero no afectó a ninguno de nosotros, ya que estábamos protegidos en el interior del círculo de menor tamaño. Ni siquiera un enorme vendaval hubiese movido una sola mota de ceniza del círculo en el que nos hallábamos.

Con la vara en la mano derecha, alcé los brazos sobre mi cabeza.

—¡Potencias del reino, colocaos bajo mi pie izquierdo y en mi mano derecha! ¡Gloria y eternidad, tocad mis hombros y llevadme por las vías de la victoria! ¡Misericordia y justicia, sed el equilibrio y el esplendor de mi vida! ¡Inteligencia y sabiduría, dadme la corona! ¡Espíritus de *Malkhut*, conducidme entre las dos columnas sobre las cuales se apoya todo el edificio del templo! —clamé al universo.

—¡Ángel de los ojos muertos, obedece o disípate con esta santa agua! —Mojé el pelo con unas gotas del frasco.

—¡Toro alado, trabaja o vuelve a la tierra, si no quieres que te aguijonee con esta espada! —Toqué su cabeza con la vara.

—¡Águila encadenada, obedece a este signo o retírate ante este soplo! —Dibujé sobre su cabeza un pentagrama con el dedo índice de la mano derecha; luego soplé sobre él.

—¡Serpiente movible, arrástrate a mis pies o serás atormentada por el fuego sagrado, y evapórate con los perfumes que yo quemo! —Puse una pizca de ceniza en el cabello.

Imponiendo las palmas juntas sobre su cabeza, inspiré profundamente e imaginé que extraía el mal con las manos, a través

de ella.

—¡Que el agua vuelva al agua! ¡Que el fuego arda! ¡Que el aire circule! ¡Que la tierra caiga sobre la tierra por virtud del pentagrama, que es la estrella matutina, y en el nombre del tetragrama que está escrito en el centro de la cruz de la luz! Amén, amén, amén.

—¡En nombre de los Regentes y de la Madre, te mando que salgas de *Gaia*! —Efectué una profunda inspiración.

—¡En nombre de la Deidad, te ordeno que aparezcas! —Nueva inspiración.

—¡*Gaia*! ¡Déjalo salir, te lo mando en nombre de los Tetrarcas!

—¡Manifiéstate, te lo exijo! —clamé, ordenando imperativamente.

En esos momentos, por entre mis manos, empezó a manar un fluido etéreo, espeso y pardusco, que fue agrandándose, al tiempo que se mantenía flotando por un hilillo que salía del centro de la cabeza de la niña. Fui volviendo muy suavemente las palmas de las manos hacia arriba, y las junté de golpe a ras del cuero cabelludo. De este modo, rompía el hilo conductor, y ese efluvio quedaba en mis manos.

—¡En nombre de la Madre Tierra, exhorto tu condena en virtud de los nombres que he pronunciado! ¡Que el inefable *Michel*, con su espada de fuego, te desintegre y seas justamente precipitado en el fuego, eterno, sin poder residir, morar o habitar en otro lugar, ni ahora ni nunca, por toda la eternidad!

Dicho esto, giré hacia poniente, levanté las manos hasta la altura de los labios, y a la par que iniciaba una inspiración final, soplé sobre ellas con todas mis fuerzas, con lo que en ese instante se desintegró el maligno engendro.

Abrí el círculo y me derrumbé exhausto en el suelo. *Philippe* acudió rápidamente a asistir a *Gaia*, que había caído de costado.

—Toma, bebe, pequeña.

Philippe le dio a beber el resto del elixir y llamó a Sebastian, que acudió raudo.

—Sebastian, llevad a *Gaia* a su cama —le indicó—. Ahora dormirá mucho tiempo. Dejadla descansar, no os apuréis. Cuanto más tiempo repose, mucho mejor.

Luego se acercó a mí, que lo observaba desde el suelo, y

sonreímos.

—Tenéis ese don que a mí me ha sido negado, Guilhelm.

—A vos, sin embargo, la Madre os ha dotado de otros muchos que yo nunca poseeré.

—Por eso somos una dualidad.

—En efecto, así es.

Estaba completamente exhausto. El ritual había agotado todas mis fuerzas y, una vez concluido, surgió en mí toda la tensión y el cansancio acumulados durante aquellos días. Después de rezar y dar gracias al cielo por bendecirme y llenarme de sabiduría, me tumbé en la cama y me dejé conquistar por el sueño.

XVIII.
EL
LABERINTO

Me despertaron unos gritos. No podía reconocer su origen, porque aún estaba medio dormido, pero recuerdo vivamente cómo me sobresaltaron. Mientras me incorporaba, Sebastian entró en la estancia como una exhalación. Me agarró de la mano, me hizo saltar del lecho y me arrastró fuera de la habitación, en dirección a la de *Gaia*.

—¡Ven inmediatamente, Guilhelm! ¡Es inaudito, no puedo creerlo! —gritaba alborozado.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? ¡Ocurre que Dios existe, eso es lo que ocurre! —Sebastian me lo decía como si me creyese ateo.

—Mira, Guilhelm, mira y dime si esto no es un milagro…

Lo que vi me hizo llorar de emoción: *Gaia* caminaba por la habitación, observando todo a su alrededor. De repente se detuvo y se miró las manos.

—*Gaia*…

—Guilhelm, ¿eres tú? —exclamó la niña al reconocer mi voz. Acto seguido, se lanzó a mis brazos—. ¡Puedo ver, Guilhelm, he recuperado la vista! —decía, incrédula—. Ha sido como me prometiste, tu promesa se ha cumplido…

—Gracias sean dadas a los cielos —exclamé, dirigiéndome a *Philippe*, que me observaba sonriente desde un rincón.

—Gracias a ti, Guilhelm. Tú has sido quien la has curado —decía Sebastian, emocionado.

—No me deis las gracias, amigo Sebastian, no he hecho nada por mí mismo; Dios ha sido propicio con nosotros y ha sanado a vuestra

hija, pero la curación de *Gaia* no es definitiva, ni está absolutamente resuelta. Mi consejo es que, cuando sea posible, nos acompañéis a un lugar en el que habita un perfecto al que conocemos. Él sí puede terminar la curación, y asegurarnos de que sea completa y para siempre. De momento, *Gaia* no debe forzar mucho la vista, y tendréis que administrarle lavados periódicos en los ojos con una solución que *Philippe* ha elaborado.

—Por supuesto. Se hará todo cuanto digas —aseguró Sebastian —, aunque creo que debemos marcharnos cuanto antes de aquí. La salud de la niña y el riesgo que corréis me convence de que lo mejor sería que me acercase al pueblo para comprar un carro. He estado pensándolo y creo que encontraré rutas alternativas a las calzadas principales.

—Os acompañaré —dije—, podemos dejar a *Gaia* con *Philippe*. Nadie mejor que él para cuidarla.

Súbitamente, como en una especie de arrebato, Sebastian me abrazó con sus musculosos brazos.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por *Gaia*. Mi deuda con vosotros durará mientras viva; tenéis mi eterno agradecimiento, y juro ayudaros en todo aquello que esté en mi mano.

Luego abrazó a *Philippe*. Nos marchamos dejando a *Gaia* y a mi maestro felices; *Philippe* le mostraba cosas a la niña y ésta las observaba con devoción, las tocaba, y miraba a su benefactor llena de alegría. Creo que pocas veces en mi vida he sentido una dicha tan plena como aquel día. Agradecí a Dios que me hubiera dado vida suficiente para contemplar una escena tan hermosa.

Después del mundano ajetreo de la jornada anterior, en las calles y plazas de
Belvèzere-du-Razès
reinaba ahora una paz absoluta. Llegamos a la calle que discurría paralela al rio, situada en dirección a la salida del pueblo; allí se encontraba el lugar en el que se vendían los carros. Sebastian se dirigió a un vendedor corpulento, de piel sonrosada y expresión satisfecha, que nos atendió en cuanto mi amigo mostró algo de interés. El carromato en cuestión tenía una apariencia sólida y robusta; de sólo dos ruedas, poseía un toldo recio y amplio, con capacidad para seis personas al menos, además de la carga.

—¿Cuánto pides por éste? —preguntó.

—Cien sueldos, señor —respondió el rubicundo vendedor.

—Ese precio es muy caro, te ofrezco treinta.

—¡Vamos, señor! Tengo familia que mantener. Dadme setenta y el carro es vuestro.

—Sólo puedo darte cuarenta, ni una onza más.

—Os lo doy por sesenta y pierdo dinero.

—No me interesa. Iré a comprarlo a otra población. —Sebastian hizo amago de marcharse.

—¡Esperad un momento! ¿Lo queréis por cincuenta? ¡A este paso, tendré que cerrar el negocio!

—¡Sea! Pero, por cincuenta, me regaláis los atalajes.

El vendedor frunció el entrecejo y puso cara de disgusto, pero, después de pensarlo durante unos segundos, aceptó. El trato se cerró con un apretón de manos. Ambos sabían que habían hecho un buen negocio. Regresamos al molino montados cómodamente en aquel carro tirado por la mula que habíamos llevado.

Pasamos una noche más en el viejo molino. La bastida de *Montesquieu-Volvestre*, donde se encontraba la casa de *Julien* el alquimista, quedaba muy lejos; exactamente a sesenta y dos millas de distancia, de modo que decidimos dormir una noche más allí. Las emociones del día nos habían dejado lo suficientemente cansados como para que aquella noche fuese la más plácida que habíamos pasado juntos. Nos dormimos en paz, seguros de que recordaríamos esa jornada el resto de nuestras vidas.

A la mañana siguiente, la de Sebastian fue la primera voz que oímos.

—¡Todo el mundo arriba, es hora de levantarse! —tronó, de forma imperiosa.

Los primeros rayos del amanecer apenas asomaban por el horizonte, y comenzaban a iluminar la fría habitación del molino abandonado. Me dispuse a preparar la marcha de la manera más rápida y segura.

—Sí, debemos marcharnos lo antes posible para no despertar sospechas entre las gentes del lugar; ayer noté que algunos empezaban a miramos con cierta curiosidad —respondí—. Creo que lo mejor sería tomar el camino más rápido hacia *Montesquieu-Volvestre*

, donde he de cumplir con mi promesa, y dirigirnos después hacia el Pirineo del Ariège, concretamente a la aldea de *Montaillou*. Ése es el lugar en el que la pequeña *Gaia* deberá completar su curación. Esperemos que nuestro hermano *Authié* y frey Lorenzo hayan logrado sobrevivir a la barbarie —dije, mirando a *Philippe*.

—Me parece bien, saldremos ahora mismo, pero antes quiero rasurarme la barba —contestó Sebastian, divertido—. Daremos un rodeo a través de senderos y pequeñas poblaciones; estoy seguro de que, desde Carcasona, ya hay numerosos destacamentos militares que nos buscan afanosamente. *Gaia* irá ahora mucho más cómoda montada en el carro —sugirió Sebastian.

—Claro, es lo mejor para ella.

—No quiero ni pensar en el enfado mayúsculo que tendrá *Geoffroy d'Ablis*. Su ira debe de haber vuelto del revés media ciudadela. Tened por seguro que, a estas alturas, habrá puesto un elevado precio a nuestras cabezas. Y habrá mandado incendiar mi casa —manifestó quien había ocupado el cargo de mayor relevancia militar en la ciudadela de Carcasona.

Sebastian no quería atemorizar a su hija, así que la mantenía apartada de nuestra conversación.

—Por tanto, tomaremos un buen desayuno que nos permita aguantar un largo trecho, y partiremos sin más dilación. Debemos procurar no dejar el menor rastro en este lugar que les sirva de pruebas a nuestros perseguidores. He dado de comer y de beber a los mulos, y me he ocupado de ensillarlos para que puedan tirar mejor del carro, así que todo está listo.

Gaia cogió su muñeca de trapo y acarició tiernamente a *Companh*. Sus ojos brillaban cada vez con una luz más viva, y parecía distinguir con mayor claridad todo cuanto sucedía a su alrededor, lo que llenaba de alegría a su padre, que no dejaba de estrecharla entre sus brazos a cada momento. Sebastian preparó las armas y las camufló entre sacos y mantas en un rincón del carro. Antes de que la población se despertara, y con la seguridad de no haber dejado en el molino ningún resto que nos delatara, partimos en silencio.

Salimos de Belvèzere-du-Razès en dirección noroeste, y en el camino nos cruzamos con algunos

buhoneros que entraban entonces en la población para vender sus productos en el mercado. No habíamos recorrido una milla cuando, de repente, los animales se pararon en seco: justo delante de nosotros se balanceaba un cuerpo, colgado de un rollo de piedra. A sus pies había una anciana destrozada de dolor, con los ojos nublados por las lágrimas derramadas; la mujer, rota por la tragedia, no dejaba de mirar el cuerpo de aquel desdichado. El gesto de aflicción de la anciana nos hizo pensar que el ajusticiado debía de ser su hijo.

Sebastian quiso evitar que *Gaia* presenciara aquel horror, y la envió al interior del carromato, pero la pequeña asistió el tiempo suficiente a nuestro emocionado silencio como para darse cuenta de que allí había sucedido algo desagradable.

—Papá, ¿por qué aquel hombre estaba colgado de aquel gancho de hierro? —preguntó ingenuamente la niña.

—Aquel hombre, hija mía, era probablemente un bandido, y la justicia lo ha perseguido y castigado a morir en la picota —respondió Sebastian, mientras nos dirigía un guiño a *Philippe* y a mí. El capitán sabía que, seguramente, su respuesta no se correspondía con la realidad, pero intentaba transmitirle a la pequeña que la justicia era inexorable con quienes, según las autoridades, estaban al margen de la ley.

—¿Philippe, os habéis fijado en la cruz amarilla que llevaba pintada en la espalda ese pobre desdichado? —pregunté a mi hermano.

—Sí. Ése es uno de los numerosos y terribles métodos aplicados por la Inquisición para identificar a quienes ellos califican de «herejes» —respondió con un profundo pesar.

—Pues eso nos obligará a estar todavía más alerta. El botín que obtendrán por nuestra captura hará que los exploradores nos busquen con mayor ahínco; en cualquier momento podríamos ser identificados por los soldados —terció Sebastian.

Seguimos nuestro trayecto por la orilla izquierda del río *Hers*; así garantizábamos disponer de agua potable. Sobre nuestras cabezas se cruzaban numerosas bandadas de aves.

—¡Cuántos pájaros, y qué colores tan bonitos tienen sus alas! —exclamó *Gaia*, admirada.

—Sí, son grullas y cigüeñas blancas. Son aves altas, hermosas y

elegantes que viven en toda Europa, ahora, en estos meses otoñales, inician sus migraciones hacia el sur —respondí, mientras la miraba con cariño.

—¿Y por qué se marchan al sur? —preguntó la niña con interés.

—Vuelan en esa dirección para evitar el frío del invierno.

—¿Y cómo saben adónde tienen que ir? ¿No se pierden?

—Esa pregunta es muy interesante, querida *Gaia*. Con sus migraciones, las cigüeñas y otras especies de aves se desplazan siguiendo unas coordenadas que conocen de forma natural, instintiva, y que nosotros aún ignoramos.

—¿Todas las aves se desplazan de un lado a otro?

—No Además de las cigüeñas blancas, hay muchas otras: la golondrina, el chorlito dorado, el *bobolinc*, el combatiente, el charrán ártico, la collalba gris, la pardela sombría, los mosquiteros boreal y musical y el albatros viajero… Todas ellas son especies de aves que, todos los años, y coincidiendo con los cambios más bruscos de las temperaturas anuales, se desplazan, de norte a sur, o viceversa, frecuentando siempre los mismos lugares, y recorren distancias de muchas millas, a través de tierras, montañas, mares y desiertos —expliqué a la pequeña.

—Sí, *Gaia*, estas aves, tan elegantes y estilizadas, salen ahora para atravesar los cielos del Pirineo, cruzar Aragón y el sur de la Península para alcanzar finalmente el continente africano. Allí permanecerán hasta la primavera; así evitan el duro invierno del Languedoc —añadió *Philippe*.

—¿Y de qué se alimentan?

—La cigüeña blanca suele anidar en las copas de los árboles, o en los tejados y chimeneas de las casas, pero especialmente en aldeas, más que en ciudades; por ello, se alimenta básicamente de pequeños animales del tamaño de un topo —contesté, encantado de la curiosidad de la niña.

—¿Y aquellas otras, por qué no vuelan? —dijo, señalando un grupo de aves que permanecían quietas.

—Ésas no tardarán en partir con las demás. El nido que ves en la copa de aquel roble ha sido construido rama a rama por las cigüeñas; pesa muchísimo, ¿sabes? Puede llegar a pesar más de mil trescientas arrobas. Las cigüeñas, antes de traer los pequeños polluelos al mundo, se han ocupado, pacientemente, de construirlo.

Esa pareja que ves ahí espera el momento en que sus crías estén preparadas para emprender el largo vuelo hacia el sur.

En la lejanía, destacando sobre la copa de un espeso robledal, pudimos contemplar la aguja de la iglesia parroquial de *Mirepoix*. Era la primera población importante de esa ruta que, afortunadamente, no era muy frecuentada.

—En esta población no corremos peligro, aunque debemos seguir en constante alerta. Aquí viven familiares míos, y tengo personas de confianza que atenderán bien a *Gaia*; la pequeña no puede estar tantos días vagando de un lado a otro, sin descansar. He pensado permanecer aquí unos días, aprovechando que he de hacer algunas transacciones mercantiles, y después proseguir hacia *Montesquieu-Volvestre*. Aún nos restan unas sesenta millas de distancia. Pero ese viaje lo haremos tú y yo solos —dijo en voz baja Sebastian, mirándome—, de ese modo, mi hija descansará mientras regresemos, y también *Philippe*, al que veo agotado.

—Bien, así lo haremos, si *Philippe* consiente en permanecer aquí —respondí, buscando con la mirada la aprobación del perfecto.

—Conozco bien esta bastida, y me agrada mucho el pueblo. Estuve predicando a los creyentes en varias ocasiones; en *Mirepoix* siempre ha habido un gran fervor por nuestra fe —dijo *Philippe* satisfecho.

Los rayos del crepúsculo comenzaban a cubrir de rojo los tejados de *Mirepoix*, mientras las campanas doblaban anunciando el ocaso.

Philippe parecía conocer bien el pueblo y, conforme nos adentrábamos en él, quiso explicarnos lo que sabía.

—Esta bastida tiene el orgullo de contar con una larga historia, una historia de fidelidad secular a Occitania y a la fe cátara. Por lo que sé, fue una célebre dinastía de esta población, los *Pereille*, los que financiaron en 1204 las obras de construcción de la fortaleza de *Montségur*, el altar sagrado del catarismo. Uno de sus descendientes, *Pierre-Roger de Mirepoix* «el Joven», fue uno de los más ardientes defensores de la ciudadela durante el último y terrible asedio, que tuvo lugar entre 1243 y 1244. Pero la bastida que ahora vemos no es la original; fue en 1279, cuando, al romperse el dique y desbordarse las aguas del vecino pantano de *Puivert*, la familia Levis, entonces señores de

Mirepoix, decidieron trasladar la nueva ciudad a este lugar, al otro lado del río *Hers*. La anterior había desaparecido cubierta de agua y barro. Diez años después se construyó la iglesia, dedicada a Saint-Maurice,
que posee la nave gótica más ancha de Francia y la segunda de Europa, después de la catedral de Girona.

Philippe hizo un alto justo antes de penetrar en la bastida.

—La puerta que ahora cruzamos se denomina «puerta de Aval». Lamentablemente, y por culpa de la Inquisición, la histórica *maison*, la misma en la que, antes de la caída de Montségur, predicaron perfectos como *Guilhabert de Castres* y *Philippe de Moncade*, fue desmantelada y cerrada, y obligaron al colectivo cátaro a dispersarse y a mantenerse en la clandestinidad —susurró *Philippe*, mientras observaba con cautela todo cuanto sucedía a nuestro alrededor.

—Veo que conocéis bien esta población. Lo cierto es que yo nací aquí, y aunque mis padres ya hayan fallecido, conservo todavía a parte de mi familia, y estoy convencido de que nos ayudarán y atenderán debidamente a *Gaia* el tiempo que estemos aquí refugiados —añadió Sebastian, mientras la pequeña bostezaba de cansancio.

Con la cabeza cubierta con una capucha, el capitán desmontó del carro para conducirlo con mayor facilidad entre las gentes a través de la calle. Debíamos evitar llamar la atención lo menos posible. La tarde daba ya paso a la oscuridad de la noche, y las primeras antorchas de las calles se iban encendiendo. Incluso *Companh* mostraba señales de agotamiento. Pero todos nosotros, a excepción de *Gaia*, adormilada, permanecíamos bien atentos.

—Hemos llegado —musitó Sebastian—, estamos en una de las mansiones más célebres de *Mirepoix*, conocida como la «*Casa de los Cónsules*»; sus propietarios son tíos míos, personas de total confianza. Además, como podéis ver en el rótulo que cuelga de su fachada, el inmueble es actualmente una posada, un sitio muy agradable, en el que estoy seguro de que nos encontraremos cómodos.

—Sí, su apariencia es de una gran mansión; la hermosa fachada de madera está muy bien esculpida —contestamos, admirados, Philippe y yo.

Sebastian golpeó la aldaba de la puerta y, al poco, salió una

mujer a abrirnos.

—Hola, venimos a alojarnos; somos tres hombres y una niña. Tenemos el carro y los animales en la plaza —anunció Sebastian en tono firme.

—Bien. Hay dos habitaciones libres; una doble y otra sencilla. El carro podéis entrarlo por la parte trasera y llevarlo al establo —respondió la posadera.

Era evidente que aquella mujer no había reconocido a Sebastian. Pero, de momento, tampoco la intención de éste era darse a conocer. Tras dejar el carro y los mulos instalados en el patio trasero, entramos en el interior de la casa. Recuerdo la elegante escalinata de madera pulcramente trabajada, la chimenea del salón comedor, el mobiliario, las cortinas… aquélla era, sin duda, una elegante y acogedora casa.

—Quedaos aquí —ordenó Sebastian. Después cogió la mano a su hija, se la llevó a la sala superior de la vivienda—. Procurad no hablar con nadie. No tardaré.

Tras intercambiar unas palabras con la mujer que nos había abierto la puerta, Sebastian subió la escalinata seguido de *Companh*. Mientras, nosotros permanecimos cómodamente sentados frente a la chimenea. A nuestro alrededor había cuatro mesas, todas llenas de gente que se alojaba allí. La mayor parte de ellos estaban absortos en sus conversaciones, comiendo y bebiendo; hablaban de temas mercantiles. Eran, sin duda, comerciantes y prestamistas.

Un rato después, Sebastian bajó y se unió a nosotros en la cena.

—¿Y la pequeña? —pregunté.

—*Gaia* se ha quedado arriba con mis tíos. Ahora está cenando con ellos, y luego la acostarán. Todo va bien —respondió.

Tras una reparadora y abundante cena, subimos a nuestras habitaciones. Sebastian nos acompañó más tarde a la sala principal de la planta superior. Parecía algo azorado.

—Quiero presentaros a mis tíos: Leonor y Esteve. Son mayores, sienten una predilección especial por *Gaia*, y tienen muchas ganas de conoceros.

—Magnífico, nosotros también tenemos enormes deseos de conocerlos y darles las gracias —respondió *Philippe*.

Sebastian nos guió al interior de aquella sala. Frente al fuego de la chimenea había dos ancianos reclinados en sus butacas. Sebastian

se acercó hasta ellos con el mayor sigilo.

—Queridos tíos, quiero presentaros a dos buenos amigos: *Pierre Penchenier* y *Philippe*
d'Alairac.

Sebastian había ido cogiendo costumbre de llamarme por mi nuevo nombre.

—Ellos son los que han ayudado a *Gaia* a curarse de su ceguera; les estoy, por ello, enormemente agradecido. Me siento en deuda con ambos, y será difícil recompensar el enorme bien que han hecho en nuestras vidas. Ahora quiero pediros que no hagáis pública nuestra presencia aquí, y menos que ninguna, la mía. Es largo de explicar, pero, por diferentes y azarosos motivos, los tres somos perseguidos por los soldados y también por la Inquisición.

Los ancianos se dirigieron a nosotros con indulgencia y cariño. Sus miradas delataban el inmenso amor que sentían por su sobrina.

—Os estamos muy agradecidos a los dos, Pierre y *Philippe*, por haber curado a nuestra amada *Gaia*. Y a ti, querido sobrino, debo recordarte que tampoco nosotros mantenemos una buena relación con los soldados franceses. Han sido ellos los que, durante los últimos cien años, no han cesado de masacrar esta bastida, así que no gozan precisamente de nuestra simpatía. Tampoco los ministros de la Iglesia de Roma han dejado de castigarnos. Aunque la verdad es que, desde hace unos meses, disponemos de un *mossèn* valiente y animoso que se juega la vida en cada sermón que pronuncia desde el púlpito —dijo Leonor.

—Señora, los agradecidos somos nosotros, por habernos acogido en su casa de manera tan generosa y espléndida —respondió *Philippe*.

El comentario sobre aquel cura me sorprendió. No era habitual oír ejemplos de excelencia en miembros de la Iglesia en los tiempos que nos había tocado vivir. Me dirigí a *Esteve* con curiosidad.

—¿Es posible conocer a ese hombre, me refiero al *mossèn*? —pregunté.

—Por supuesto, pero el mejor momento es antes del toque de meridies de la hora sexta, que es cuando *frey* Michel se encuentra en la sacristía. *Mossèn Michel* es de los pocos curas católicos que se han ganado el respeto del pueblo en el Languedoc. Su carácter firme y bondadoso le ha granjeado las simpatías de la gente. Se trata de una

persona de plena confianza, humilde y cariñosa, que ha logrado conquistar el corazón de muchos habitantes del pueblo, y que, además, se ha atrevido a condenar, públicamente, el salvaje comportamiento de los inquisidores y también de los soldados reales —explicó Leonor amablemente—. Pero ya tendremos tiempo de hablar. Lo mejor es que os retiréis ahora a vuestros aposentos. Estoy segura de que el largo viaje ha hecho mella en vuestras fuerzas, parecéis cansados.

La pequeña *Gaia* llevaba ya un buen rato durmiendo, pues la habían acomodado en la alcoba de Leonor, en una cama anexa a la de su tía. A los pies de su cama, el fiel *Companh* hacía guardia impasible.

—También yo, a pesar del riesgo que pueda haber, me acercaré mañana a la iglesia para pedir a Dios por la seguridad de todos nosotros —susurró Sebastian.

El endurecido corazón de aquel hombre parecía empezar a ceder ante la realidad: una realidad que le había devuelto la felicidad, encarnada en los hermosos ojos de la pequeña y dulce *Gaia*.

Sebastian se despidió cortésmente de sus tíos, y después lo hicimos nosotros. Pero no habíamos dado un paso todavía cuando Esteve, desconcertado, afirmó:

—Me parece conoceros… —dijo, mirando fijamente a *Philippe* mientras acercaba una lámpara de aceite a su rostro.

—Es muy posible. Estuve en esta bastida predicando en la *maison* cátara antes de que la casa de oración de los creyentes de *Mirepoix* fuese destruida por la Inquisición —respondió mi hermano con cierta nostalgia.

—¡Claro! Ya decía yo. Vuestro rostro me era familiar. Nosotros, de jóvenes, frecuentábamos la *maison*, porque allí encontrábamos la serenidad y los valores que creíamos que faltaban en el mundo. Afortunadamente, desde que llegó del norte el nuevo capellán, el mensaje de la Iglesia católica no se asemeja en nada al proclamado durante la terrible cruzada —suspiró el noble anciano.

Sebastian nos acompañó a nuestras habitaciones, todavía con el eco de aquellas palabras sabias y experimentadas repitiéndose en nuestras mentes. ¿Quién sería aquel osado *mossèn* al que tanto apreciaban sus conciudadanos?

A la mañana siguiente, el anuncio del nuevo día coincidió con

los repiques de campanas que señalaban la hora prima; los gallos se esforzaban en su particular serenata.

Yo contemplaba la vista de la ciudad desde la ventana.

—Este pueblo me trae buenos recuerdos; aquí he estado muy a gusto. La gente de *Mirepoix* siempre ha sido defensora de nuestra religión —dijo *Philippe*.

—Yo también, estimado hermano. En esta bastida siento una especie de vitalidad desconocida que me anima mucho; además, la familia de Sebastian nos han acogido como si fuéramos de los suyos.

No había terminado de decir aquellas palabras, cuando oímos unos arañazos en la puerta. La abrimos con cautela: era *Companh*, dispuesto a hacer lo posible por despertarnos. Detrás del noble animal, la pequeña *Gaia*, que se abalanzó sobre mi pecho mientras me colocaba el chaleco.

—Querida *Gaia*, ¿cómo has descansado?

—Muy bien, hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente. Soy muy feliz en esta casa.

—¿Y tu padre?

—Ha ido a ver a los animales a las cuadras traseras.

—Bueno, pues nosotros iremos ahora a tomar el desayuno.

—Estupendo, será mejor y más seguro —afirmé.

Sebastian regresó antes de empezar y nos acompañó en la mesa. Nuestros anfitriones ocupaban los extremos. Desde los emplomados vidrios de las ventanas apreciábamos la fachada norte de la iglesia, donde se abría la puerta principal; delante, el edificio de la *halle*. El sol comenzaba a iluminar el pueblo con sus rayos pálidos y tenues. El calor del fuego de la chimenea hizo que, con el contraste de temperatura, las cristaleras de la posada se cubrieran de vaho.

—No debéis preocuparos por nada en absoluto, podéis permanecer aquí el tiempo que queráis —dijo Leonor, recibiendo de su esposo un expresivo gesto de aprobación.

—Muchas gracias, sois muy amables. Pero, a pesar de lo bien que nos encontramos en vuestra acogedora casa, deberemos marcharnos pronto de aquí, porque he de cumplir con una promesa. Mi hermano *Philippe* sí permanecerá unos días más, junto a la pequeña *Gaia*, mientras Sebastian y yo regresamos. Después, *Philippe* y yo marcharemos para proseguir con nuestro magisterio —respondí amablemente.

—*Gaia* y yo nos quedaremos el tiempo que sea necesario, hasta que se cansen de perseguirnos. De momento, y para intentar desaparecer de La vida pública, cambiare mi antiguo nombre por el de «*Nicolau Rochefort*». Salvo vosotros, nadie más me recuerda en esta ciudad, pero lo más conveniente es pasar absolutamente inadvertido. Así aprovecharé para hacer las gestiones mercantiles que preciso —explicó Sebastian.

Su hija lo miraba embelesada, y la sonrisa de la niña se nos contagió a todos.

—Y menos te conocerán ahora, que te has rasurado la barba —puntualizó Leonor, mirando con cariño a su sobrino—. Mañana te presentaré a nuestros banqueros, gente de bien, para que te ayuden en lo que necesites.

—Muchas gracias, tíos.

—Sebastian —me dirigí a él lentamente—, a *Philippe* y a mí nos gustaría acompañaros a la iglesia, si no tenéis ninguna objeción.

—Por supuesto, no hay ningún problema, pero hay que ser prudentes. Cuando acabemos de comer y, tras el toque de la hora quinta, nos acercaremos a la iglesia, que está al otro lado de la plaza.

De la planta inferior de la casa provenía un rumor de ajetreo que anunciaba la llegada de nuevos huéspedes y la marcha de otros. El movimiento allí era continuo.

Al salir, contemplamos absortos bajo los soportales la gran variedad de ménsulas que decoraban la fachada de aquella singular posada. Se trataba, sin duda, del edificio más enigmático y hermoso de la población, que armonizaba, además, con las otras casas de la plaza de la bastida; todas ellas exhibían una tonalidad cromática diferente, pues las viviendas se distinguían precisamente por su color. La «*Casa de los Cónsules*» se caracterizaba también por la gran variedad de esculturas en madera que sobresalían. Sus formas grotescas atemorizaban a quien las contemplaba: eran demonios que parecían surgidos de los horrores del averno. Me pareció incluso ver un *Baphomet* templario, y otros muchos animales diabólicos vinculados con las fuerzas del mal. Tampoco faltaban representaciones del sol, la luna y las estrellas. Aquello era todo un misterio por descubrir.

Cruzamos la plaza, a nuestra izquierda quedó la *halle*, y nos dirigimos a la iglesia. Algunas castañas caían con fuerza de las

ramas, y nos recordaban que el otoño había llegado.

—¿*Mossèn Michel*? —pregunté desde la puerta.

—No, soy *Paul*, el sacristán —respondió un capellán que se volvió, sobresaltado—. *Mossèn Michel* está en la capilla de Santa Águeda, la que se halla próxima al altar mayor, en el lado del Evangelio.

—Gracias. Os pido disculpas por haberos asustado.

—No os preocupéis, no tiene importancia —respondió con media sonrisa.

—Yo me quedo aquí rezando. Id vosotros —dijo de repente Sebastian.

Nuestro amigo parecía ansioso por quedarse a solas. *Philippe* y yo nos adentramos en busca de *frey Michel*.

Lo primero que me llamó la atención fue la enorme anchura de la nave. La luz entraba tímidamente por las vidrieras superiores. En aquellos momentos, no había nadie en la iglesia.

Atravesamos el centro de la iglesia observando un respetuoso silencio, y nos dirigimos a la capilla. Al llegar, vimos a un hombre de gran altura y enorme envergadura, con los pies desnudos, que recorría un camino imaginario a través de los senderos ocultos de un laberinto trazado en el pavimento. Estaba completamente distraído del mundo bajo la luz cenital de los rayos solares, que proyectaban cromáticos haces en el suelo a través de la vidriera superior que bañaba aquel lugar sagrado.

XIX.
ENTRE IGUALES

Philippe y yo nos quedamos impertérritos en la entrada de la capilla, al tiempo que el sacerdote realizaba aquel extraño paseo sobre el laberinto, que ocupaba nueve losas aladradas del pavimento. De pronto, vimos que un acólito se aproximaba corriendo.

—*¡Mossèn! ¡Mossèn…!* —gritó.

El párroco, al oír aquellas voces, dio un respingo, volviendo en sí, y se calzó inmediatamente. Al vernos a tan poca distancia de donde se encontraba, se sorprendió sobremanera, pues era evidente que no había sido consciente, en ningún momento, de nuestra presencia allí. Su primera reacción fue simular que estaba organizando el altar de aquel oratorio.

—¿Qué sucede? —reclamó el sacerdote mientras nos escrutaba con la mirada.

—Hemos recibido un mensaje desde Carcasona en el que se nos informa de la visita, mañana mismo, de monseñor
Geoffroy d'Ablis
para presidir la misa de la hora sexta —explicó, jadeante, el acólito.

Aquel nombre nos sobrecogió. La sola mención de nuestro carcelero y perseguidor causó en nosotros un efecto paralizante y aterrador. El párroco advirtió la pálida inquietud de nuestros rostros.

—Bien. Lo esperaba desde hace días; ese mensaje es sólo un recordatorio del que recibí la semana pasada. Con la ayuda de Dios, todo estará listo para la visita de monseñor.

Una vez que hubo entregado el mensaje, el solícito ayudante se

marchó del lugar lenta y silenciosamente. Mientras, nosotros nos mantuvimos expectantes, La fría expresión de aquel semblante escrutador nos obligaba a ser prudentes.

—¿Qué deseáis? —preguntó con voz serena.

—Hemos venido a hablar con vos. Sabemos que sois una persona amante de la libertad humana, de la justicia y de los valores espirituales —respondió *Philippe*.

El capellán pareció relajar algo su gesto, pero mantuvo una posición precavida, de alerta.

—Mi nombre es *Michel Delors*, procedo de Laon y soy, desde hace dos años, el responsable de esta iglesia —respondió el *mossèn*. Sonrió de forma relajada y continuó hablando—: Esta capilla es mi favorita; está dedicada a santa Águeda, y tiene una mágica luz cenital que me ayuda a concentrarme en las oraciones.

—Mi maestro y yo somos occitanos, y estamos de visita en esta bastida. Necesito hablaros urgentemente en confesión —pedí con humildad.

—Venid conmigo, acompañadme al confesonario.

—Si no os molesta, preferiría hacerlo aquí, sobre este laberinto, como testimonio de mi confesión.

—Lo que pedís no es habitual, pero cualquier lugar es bueno para ponerse en paz con el Señor. Esperad aquí mismo mientras voy al confesonario a por la estola.

Sabía que sólo en confesión podría confiar en él. Mi promesa era demasiado importante como para arriesgarla de manera poco cautelosa. El párroco se dirigió al otro lado de la iglesia, mientras *Philippe* y yo lo esperábamos, observando embelesados aquel magnífico laberinto, tan artística y bellamente labrado en el pavimento.

Cuando el padre *Michel* regresó, besó la cruz de la estola morada, se la colocó sobre los hombros y, acto seguido, le rogó a *Philippe* que se retirara a una prudente distancia para preservar la intimidad.

—«*In nomine Patri, et Filii et Spiritus Sancti…*» —recitaba el capellán. En cada oración me bendecía con una señal de la cruz, efectuada con su mano derecha—. Ave María Purísima. ¿A qué has venido, hijo mío?

—Padre, el hombre que me acompaña y yo somos perfectos cátaros, y al igual que vos, somos pastores de almas, aunque nuestra

Iglesia ya hace tiempo que es perseguida, y en muchos lugares ha sido destruida; también aquí, en Mirepoix. Sin embargo, a pesar de sufrir tribulaciones y vivir en permanente huida, mantenemos viva la llama de la fe en nuestros creyentes.

—Si es así, ¿qué es lo que queréis decirme? ¿Acaso deseáis convertiros y abjurar de vuestra herejía? —preguntó.

—No, no es eso, padre. Tengo un secreto que debo guardar; no puedo compartirlo con nadie, pues así se lo prometí a un moribundo.

—¿Y queréis entonces compartirlo con Dios?

—No, padre. Él lo sabe todo y conoce mi alma mejor que yo mismo. Padre, hay algo más que deseo saber: ¿tenéis conocimientos de alquimia? —pregunté de improviso.

—¿Pero qué preguntas son esas que me hacéis? ¡Debéis tener presente que soy un sacerdote de Dios! —contestó, airado—. Os daré la absolución y os marcharéis inmediatamente de mi iglesia.

—Os lo agradezco, pero no necesito vuestra absolución. Recordad que soy un perfecto, y recordad también el secreto de confesión.

Me incorporé respetuosamente y me alejé del banco; mientras me marchaba, pude oír aún las palabras del sacerdote:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis…*

Al llegar a la entrada de la iglesia, vi a *Philippe* y a Sebastian aguardándome. Salimos al exterior sin cruzar palabra.

—¿Qué ha ocurrido? Tenéis un semblante muy serio —preguntó mi hermano.

—No estoy seguro, *Philippe*. Que el Señor me perdone, pero creo que ya desconfío demasiado de todo y de todos, y eso no es bueno. El *mossèn* parece una buena persona. Tiene una franca y sincera mirada, pero tampoco él confía en mí. Lo he leído en sus ojos.

Al llegar a la «*Casa de los Cónsules*», residencia de los tíos de Sebastian, *Philippe* y yo subimos directamente a nuestras alcobas en la planta principal. *Gaia* y el fiel *Companh* estaban jugando en una habitación soleada y coqueta.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

—Muy bien —respondió—. ¿Dónde está mi padre?

—Ha ido a hablar con unas personas, pero volverá en seguida —respondí sonriendo.

Sebastian, en efecto, no tardó en regresar. Tras saludar tiernamente a su hija, fue a la sala en la que descansaban habitualmente sus parientes. Los encontró sentados frente al fuego de la chimenea.

A la hora de la comida, yo seguía con un mutismo inhabitual en mí. Sebastian fue el primero en romper el tenso silencio.

—Pierre ha hablado con el capellán, y parece que las cosas no han ido del todo bien —explicó, dirigiéndose a su tío *Esteve*.

—¿No han ido bien? Qué cosa más extraña; el *mossèn* es siempre muy cordial con todo el mundo —replicó Leonor mientras me observaba.

Dado que era yo el aludido, me vi obligado a responder.

—No ha ocurrido nada grave, sólo un tímido malentendido, pero no debéis preocuparos. Y, en cualquier caso, el único responsable de la confusión soy yo.

Después del oficio de vísperas, y cuando ya había anochecido, *Esteve* vino a mi cámara para avisarme de que había alguien esperándome en el vestíbulo. Bajé al momento, intrigado por saber de quién se trataba. Mi sorpresa fue mayúscula al encontrar delante de mí a *mossèn Michel* que, al verme, sonrió amablemente.

—Me gustaría hablar con vos un instante. Os ruego que disculpéis mi actitud de esta mañana. ¿Podéis salir y caminar conmigo?

—Por supuesto, padre.

Salimos paseando bajo los soportales de la plaza.

—He de confesaros que ha venido *Esteve* a verme esta tarde, y me ha relatado con detalle vuestra odisea, desde la salida de Carcasona hasta la curación de *Gaia*, y también la situación en la que actualmente os halláis. He de agradecer a *Esteve* su ayuda y su comprensión desde el día en que llegué a esta ciudad. Hemos construido una firme y sólida amistad en estos años, y puedo aseguraros que no hay secretos entre nosotros. Lo considero un amigo leal y una persona excelente.

Caminábamos por la villa, alumbrados por la luz de las lámparas de aceite y la que salía del interior de las casas; el sacerdote saludaba amablemente a todos con los que se iba cruzando. El cariño de la gente demostraba que era una persona muy querida.

—Por lo que veo, estamos entre iguales. Aunque ahora me

encuentre aquí como máximo responsable de esta iglesia, llegué a *Mirepoix* desde mi Champagne natal, huyendo de la Inquisición. Aunque voy ataviado de cura, debajo de esta sotana late un corazón templario. La iglesia octogonal de la villa de *Laon* fue saqueada por los soldados franceses y la mayoría de los caballeros fueron llevados presos, los pocos que lograron sobrevivir, para ser quemados en la hoguera de Reims. Yo logré escapar milagrosamente y, cambiando mi identidad y mi hábito, alcancé esta bastida. Al poco tiempo, el párroco anterior falleció por causa de su avanzada edad, y pude ocupar su puesto. Participé en la construcción final de esta iglesia, de dimensiones catedralicias. Luego decidí dedicar este oratorio a santa Águeda, la virgen de Sicilia, que fue martirizada cortándole los pechos. Se dice que, tras el martirio, nuestro amado fundador y mentor, *Bernardo de Claraval*, bebió de la miel que brotó de ellos.

Tras unos instantes de silencio, el párroco continuó:

—Por ello, las emplomadas vidrieras que habéis visto dejan pasar una telúrica luz cenital; a mediodía, los halos de luz solar coinciden proyectándose en el pavimento, donde hay trazado un laberinto que es una reproducción fidedigna del existente en nuestra capilla de Laon. Al recorrer en éxtasis sus cromáticas losetas, no sólo se alcanza el conocimiento. En mi caso, evoco también a mi querida *Laon*.

—¿Un laberinto que logra elevar a un nivel espiritual a quien lo recorre descalzo? —pregunté, mirándolo.

—Efectivamente, así es. Mientras lo efectúa recibe la fuerza de la Madre Tierra con la planta de los pies, y sublima su alma al cosmos.

Un momentáneo silencio se interpuso entre nosotros. Lo que Michel me explicaba era tan fascinante como misterioso.

—Como os he relatado en confesión, *Philippe* y yo somos perfectos de la Iglesia cátara, y nuestra situación se hace cada vez más difícil. Somos perseguidos, torturados y acosados constante e implacablemente por la Inquisición. Por eso, debemos marcharnos de aquí con la mayor celeridad, y más ahora, que conocemos la pronta llegada del asesino
Geoffroy d'Ablis
.

—Efectivamente, son malas noticias. Hace tiempo que esperaba su visita, pero ya no lo temo. Sé que ha habido gente espiándome en

las homilías; ha habido presencias extrañas e inquietantes, e imagino que los exploradores ya habrán dado el aviso. Así que será lo que Dios quiera.

—Lo lamento —acerté a decir.

—No temáis… Por cierto, esta mañana me habéis preguntado si tenía conocimientos de alquimia. ¿Qué interés puede tener eso para vos?

—El moribundo al que me referí antes era un alquimista. Y el compromiso que adquirí con él consiste en ir a su casa y encontrar algo que desconozco; de hecho, tampoco sé dónde buscarlo, porque tan sólo me dio una clave que llevo en la memoria. Ese ha sido el motivo de mi pregunta, y por eso os pedí consejo. Por eso y también porque *Esteve* me habló de vos.

—Veréis, la alquimia no es una ciencia exacta, y cada alquimista puede elegir su camino de diversas maneras con tal de llegar al mismo fin. Por tanto, en ese sentido, ni yo ni nadie puede ayudaros. Solamente puedo sugeriros que, cuando os halléis frente al problema, no utilicéis la mente, la mente nos engaña siempre con sus dudas y sus razones mundanas; dejad que os hable el corazón. Si sois limpio de espíritu, siempre encontraréis la verdad.

—Gracias, *mossèn Michel*, vuestros consejos me serán de gran utilidad y, la verdad, es más de lo que esperaba. ¿Puedo preguntaros cómo, siendo un caballero, os convertisteis en sacerdote sin hacer los votos?

—Yo no era caballero sino *freire*. Mi función en la encomienda templaria de *Laon* estaba dirigida al mantenimiento del oratorio. Por lo tanto, estaba preparado para dirigir la responsabilidad de cualquier iglesia cristiana.

—Entiendo…

—Querido *Pierre*, os deseo mucha suerte. Dejáis aquí a un hermano; podéis confiar en mí para cuanto necesitéis. Tampoco mi futuro es muy esperanzador, ya que, desde hace meses, mi vida pende de un hilo; mis vehementes sermones han llamado la atención de la Iglesia, y no me sorprendería que, mañana mismo, el sanguinario

Geoffroy d'Ablis

acudiera con la intención de apresarme y conducirme a las mazmorras del Muro.

Me emocionaba pensar en el terrible riesgo que corría nuestro buen capellán.

—Anhelo encontraros a mi regreso, pero si algo irreparable os sucede, espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, y que el cielo nos conceda nuevas oportunidades de saludarnos en el futuro —le deseé sinceramente.

Nos despedimos, en la condición de iguales, con un fraternal abrazo.

Mossèn Michel, el que fue una vez el *freire Michel*, de la poderosa encomienda templaria de *Laon*, permaneció inmóvil y emocionado mientras me veía alejarme en dirección a la posada.

Cuando llegué, subí al comedor privado, donde Leonor se disponía a servir la cena. Todos restaron en silencio, aguardando alguna explicación por mi parte, puesto que eran conocedores de mi encuentro con el capellán. Nadie osaba preguntar nada al respecto. *Philippe* me miró con ojos escrutadores. El maestro era el único en reconocer mi interior de una sola vez. Esbozó una media sonrisa.

—Todo ha ido bien, no os apuréis —intentó tranquilizarlos—. Sentaos a la mesa, *Pierre*.

—Amigo Sebastian, debemos partir con prontitud. Mañana llegará a *Mirepoix*
Geoffroy d'Ablis
, y nuestras vidas corren un grave peligro —dije en un susurro.

Leonor se tapó la boca, ahogando un grito.

—¡Dios mío! Ese hombre es un demonio; centenares, quizá miles de personas han sido víctimas de sus atrocidades —afirmó *Esteve*.

Sebastian palideció al oír de mis labios el odiado nombre de aquel maléfico ser. Volvió la vista hacia la ventana y pareció querer perderse en la lejanía.

—Eso trastoca nuestros planes. Partiremos mañana al romper el día y haremos lo acordado. Tú, *Philippe*, permanecerás aquí, en casa de mis tíos, y no saldrás bajo ningún concepto hasta que Pierre y yo regresemos de
Montesquieu-Volvestre
—ordenó Sebastian después de un largo silencio.

—Conforme —asintió *Philippe*.

—Hoy me he acercado a la casa de préstamos para recoger una transacción de valores que ordené antes de partir de Carcasona —

explicó Sebastian—. Dejaré todo mi capital en esta casa y me llevaré lo imprescindible para el viaje.

Luego se dirigió a sus parientes:

—Como ya convenimos, *Gaia* permanecerá en vuestra casa. Procurad que no saiga a la calle; aunque a ella no la buscan, ni la relacionan conmigo, todas las precauciones son pocas en estos malhadados tiempos. Cuidad también de *Philippe*, que se quedará con vosotros mientras Pierre y yo partimos camino de una misión que debemos llevar a cabo. Haremos lo posible por volver cuanto antes.

—No temas, sobrino, aquí estarán seguros, y no les faltará de nada En cuanto al dinero, te dejaremos lo que precises —dijo Leonor con tristeza—. Los mulos están preparados para partir, sólo queda atarlos al tiro del carromato.

—Gracias, pero el dinero estará más seguro ron vosotros —replicó Sebastian.

Luego se volvió hacia *Gaia* y, alzándola con sus poderosos brazos, la apretó tiernamente contra su pecho.

—Mi querida niña, papá debe salir de viaje, pero no quiero que te entristezcas ni te preocupes; volveremos dentro de pocos días, y antes de que te des cuenta, me tendrás de nuevo a tu lado. Tenemos que ir a cumplir una tarea muy importante, así que pórtate bien, cómete todo lo que te ponga la tía Leonor, y obedécelos siempre. Mi amor, juega con *Companh* cuanto quieras, pero no salgas a la calle para nada, ¿de acuerdo? —dijo Sebastian con afecto. Después besó a la niña con delicadeza—. ¿Me harás caso en lo que te he dicho?

—Sí, papá. Te quiero mucho —y lo abrazó con fuerza.

A la primera luz del amanecer, *Philippe* bajó con nosotros al establo para ayudarnos a atalajar los animales al carro. Luego se despidió de nosotros, deseándonos fortuna en la empresa que emprendíamos.

—Simularemos ser comerciantes de paños. He hablado con un tejedor de *Mirepoix* para que nos venda los rollos de telas que tenga, aunque sean de la peor calidad. Los compraremos a precio de saldo, pero llenaremos con ellos el carro y, camuflados de esa guisa, iremos a

Montesquieu-Volvestre

.

El fabricante de tejidos estaba esperándonos; llenamos la parte trasera de la caja del carruaje con unos rollos sobrantes. A decir verdad, poca gente podría interesarse por aquellos horribles diseños. Sebastian había pagado por ellos cincuenta sueldos.

—Si no vendemos estas telas en *Montesquieu-Volvestre*, se las regalaré a mis tíos para que las utilicen como deseen en su hospedería.

Sonreí con simpatía. La buena voluntad de Sebastian lo hacía acordarse constantemente de los suyos.

El camino, siempre en dirección noroeste, seguía paralelo el curso del río *Hers* por su orilla derecha. Descansamos a las afueras de *Boulbounne*, procurando alejarnos todo lo posible de la villa de *Auterive*.

—*Auterive* sufrió mucho durante la cruzada; *Simón de Montfort* mandó incendiar la ciudad y su castillo hace ahora un siglo —recordé tristemente.

—Sí, conozco un poco la historia de esa plaza. Sé que el último conde de Toulouse, *Raymond VII*, la reconquistó en 1226 para Occitania, y sus habitantes han sido siempre fíeles al Languedoc. Aquellos lienzos de muralla que asoman por el norte son los únicos testimonios del arrojo de sus habitantes —explicó Sebastian—. Pero debemos acelerar el paso para no retrasarnos demasiado. Imagino que, al llegar a nuestro destino, sabrás lo que tienes que hacer.

—Lo cierto es que los únicos datos de los que dispongo son las explicaciones que me dio *Julien*, el alquimista, antes de fallecer en la mazmorra que compartimos en el Muro —dije.

Sebastian hizo un gesto de desaprobación; era evidente que su confianza en la empresa que debíamos realizar era menor que la mía. Su carácter militar, pragmático y marcial, había moldeado su manera de abordar situaciones desconocidas. Para él, lo mejor era atenerse a lo inmediato.

—Lo mejor es que busquemos una posada en la que pasar la noche. Nos registraremos con nuestros nuevos nombres: «*Nicolau Rochefort*» y «*Pierre Penchenier*», y lo más importante: debemos pasar absolutamente inadvertidos —aconsejó Sebastian.

—Estoy de acuerdo. Esperemos que sea fácil encontrar alojamiento —respondí.

Montesquieu-Volvestre

se encontraba a unas veintiocho millas al sureste de la ciudad de Toulouse, sobre el sinuoso curso del río *Arize*, en cuyas márgenes se alzaban numerosos molinos harineros que abastecían los renombrados hornos de las tahonas tradicionales de aquella población. Se decía que en sus obradores se elaboraban los mejores panes de Occitania. Llegamos a la bastida con los últimos rayos del atardecer. Había mucho movimiento en las calles, porque se estaba preparando un mercado de alimentos. Esa circunstancia nos favorecía, ya que era más sencillo circular con nuestro carromato entre tantos comerciantes sin que nadie se fijase en nosotros. La primera impresión que nos causó esa bastida fue el agradable aroma de pan recién hecho que flotaba en el ambiente. Tanto Sebastian como yo habíamos oído hablar de los excelentes panes que allí se elaboraban.

—¿Dónde hay una posada decente en esta población? —preguntó Sebastian a un hombre que portaba un saco de harina sobre los hombros.

—La mejor, sin duda, es «*La Halte du Temps*»; no queda lejos de la *halle* —respondió el molinero sin detenerse ni siquiera a miramos.

—Gracias —contesté, atónito.

—Muy bien, pues en ese caso, iremos en dirección a la plaza central de la bastida, y allí nos indicarán —aconsejó mi amigo.

Montesquieu-Volvestre

era una de esas ciudades medievales construidas de nuevo cuño para asegurar los territorios recién conquistados; en este caso, por el rey de Francia tras la tragedia cátara, cuando los ejércitos del monarca capeto invadieron las tierras del conde de Toulouse. La bastida estaba trazada a cordel, con una plaza central en donde se cruzaban las calles principales.

La calle nos llevó directamente a la iglesia, de elegante fachada en ladrillo de obra vista, al igual que el resto de las edificaciones de la villa, pero la humedad reinante se hacía patente, y el musgo florecía en los lugares más umbríos del exterior del edificio. Su color verdoso oscuro contrastaba con el rojo del ladrillo. A ambos nos impresionó la elevada altura del campanario, construido igualmente

con ladrillo rojo típico de la zona.

Enfrente mismo de la iglesia estaba la *halle*, llena aquel día de gente que preparaba los puestos para la jornada siguiente; exhibía un armazón de gran belleza, que me recordó a la bastida de *Mirepoix* por los pilares de madera, sobre los que descansaban las vigas y todo el magnífico ensamblaje de los nervios que sostenían el peso del tejado, resuelto a cuatro aguas. La posada estaba a pocos pasos de distancia de la *halle*, y allí nos dirigimos.

—Hay que actuar con mucho cuidado; veo a algunos grupos de soldados vigilando la plaza y también las *calles* laterales —advirtió Sebastian.

—Sí. Yo también los he visto, aunque no parece que estén buscándonos; más bien diría que están ahí para asegurarse de que todo se desarrolle sin incidencias en el comercio, y evitar robos o engaños en los precios.

Alcanzamos el edificio de la posada al cabo de pocos minutos.

—Buenas tardes —Sebastian bajó del montante y se dirigió a la posadera, una gruesa mujer que estaba barriendo el soportal—. ¿Sois el ama de la hospedería?

—Así es, pero si venís con intención de conseguir una habitación, debéis saber que no queda ninguna. Está completo, señor; mañana habrá mercado —anunció antes de que le preguntásemos.

—¡Vaya, qué infortunio! —se lamentó Sebastian, mientras, como si de un hábito se tratara, sacó una bolsa del cinto y dejó caer en la mano unas cuantas monedas que tintinearon—. Es tarde, y no sé si habrá algún vecino de buena voluntad que pueda damos cobijo en una de sus habitaciones.

La posadera se sonrojó al instante y, sin levantar la mirada, carraspeó levemente. Luego frunció el ceño y, clavando su codiciosa mirada en las monedas, dijo:

—Perdonad, señor. Acabo de recordar que hay una habitación disponible, aunque la hemos tenido hasta hace bien poco de traslado y está desordenada y sucia. No sé si estaréis muy cómodos. ¿Creéis que os haría servicio?

—No lo sé; mejor será que nos acompañéis a verla.

Como todas las hospederías, la casa disponía de almacén y cuadra en la parte trasera del inmueble. Cerrado el trato, llevamos el

carro y los mulos a las caballerizas. Después nos retiramos a nuestras alcobas para refrescarnos en el aguamanil y dejar el equipaje.

—Mañana, con los primeros rayos del sol, iremos a ver cuál es la situación de la casa del alquimista, y valoraremos las posibilidades que tenemos para llevar a cabo nuestra tarea —manifesté.

—Sí, pero lo primero que hemos de hacer ahora es bajar al comedor a cenar para reponer fuerzas. Tendremos que esforzarnos por no delatar nuestra presencia, pero tampoco es conveniente rehuir cualquier conversación con la gente, porque nos tildarían de huraños, y eso haría que se fijasen aún más en nosotros. Debemos comportarnos con discreción y naturalidad.

—Tenéis razón; además, también es bueno oír conversar a los demás. Se aprende mucho de la gente sencilla —dije con una sonrisa complaciente.

Bajamos la escalera y, al llegar al comedor, comprobamos, por la ruidosa algarabía, que estaba lleno de huéspedes, la mayor parte de ellos comerciantes enzarzados en acaloradas discusiones. Por doquier abundaban las charlas de todo tipo, y cualquiera entablaba diálogos con los de su alrededor. Era aquél, sin duda, un ambiente distendido y popular. Pero, a medida que nos aproximábamos, pudimos apreciar que los debates giraban, en la mayoría de los casos, alrededor de cuestiones referentes al mismo asunto: el pan. Tomamos asiento en un rincón de la sala; la posadera nos trajo una jarra de vino con dos vasos de cerámica y una bandeja de castañas asadas mientras nos preparaban la cena.

—El pan de
Montesquieu-Volvestre
es uno de los mejores del Languedoc. Y es así porque se ha mantenido con las mismas especialidades desde tiempo inmemorial: pan de levadura, pan de cereales, pan de harina de maíz, pan de centeno, pan a la harina de castaña, la *fouace á lardon*, pan de harina de espelta, etc. —explicó, con especial énfasis y vehemencia, uno de los comensales de la mesa anexa a la nuestra.

—¿Qué es la espelta? —preguntó con interés un muchacho que estaba sentado a su mesa.

—La espelta es un cereal de alta calidad; su harina proporciona al pan tres elementos dignos de mención: un elevado equilibrio

nutricional, una larga conservación y un sabor excepcional. El germen de espelta, además, gracias a su riqueza alimenticia, permite evitar el hambre entre las comidas y es ideal para poder resistir largas jornadas de trabajo —dijo con amabilidad aquel panadero, al que todos llamaban *Serge Dangla*.

—El pan del que hablas me recuerda mucho a uno que probé en una población de Gascuña —exclamó otro de los componentes de la mesa vecina.

—¡Claro!, porque es muy típico de esa zona. Mis antepasados llegaron a
Montesquieu-Volvestre
hace una centuria, procedentes de *Larresingle*, una ciudad fortificada a pocas millas de la ciudad de *Auch*, cuando esa bastida era una plaza fuerte del conde de Toulouse —explicó *Serge Dangla*. Los demás lo escuchaban embebidos de su relato.

—Bueno, mañana, en el mercado, veréis las diferentes clases de panes que hacemos a diario en nuestro obrador, para que os sirva de ejemplo en vuestras tahonas.

—Sí, pero también tendré el placer de mostraros las exquisiteces de mi pan, denominado *paillasse*, tradicional de *Cournonterail*, en
l'Hérault,
y que mi familia sigue elaborando en *Pont Romeu*. Es una especialidad que tiene algunas interesantes leyendas —afirmó aquel panadero, llamado *Eric Selles*, y que dijo ser de la Cerdanya.

Serge pareció interesado de repente en lo que allí se contaba.

—Pues haznos partícipes de alguna de ellas. Me interesa lodo lo que esté relacionado con la cultura del pan —respondió *Serge*.

—Estupendo, también a mí me fascina averiguar qué hay detrás de muchas de las tradiciones seculares de nuestra tierra. La *paillase* es un pan que, según los relatos más ancestrales, está estrechamente vinculado con los ritos paganos de las fiestas dedicadas a la vendimia; no es una casualidad que el nombre de este pan se corresponda con el saco que servía para recoger los racimos de uva. En las fiestas tradicionales, un hombre se cubría con él y era golpeado con racimos de uva mientras recorría las calles de las poblaciones. Otra característica destacable de ese pan es su peculiar forma, que recuerda sobremanera al racimo de uva —explicó el panadero.

—Sí, todo eso me parece muy bien. Pero debéis convenir conmigo que el pan es un producto que depende fundamentalmente de tres factores: la pureza del agua, la sequedad del ambiente y la calidad de la harina —sentenció a modo de corolario quien parecía ser el más experto en el tema.

Aunque la discusión continuó en términos amables, con aquellas palabras, y sonriendo, el grupo de media docena de panaderos de la mesa de al lado se marcharon, saludándonos cortésmente. Algo sorprendidos, les devolvimos el saludo.

—Es curioso, después de escuchar a esa gente, que, sin duda, conocen a la perfección la materia de la que hablan, estoy decidido a prestarle más atención al pan que comemos a diario; además, debemos pensar que se trata del principal alimento que le damos a nuestro organismo —manifesté.

—Yo soy un gran comedor del pan; desde pequeño, mis padres me inculcaron la importancia de comerlo a menudo por la riqueza de cereales e hidratos de carbono. Y desde entonces, no pasa día en que no procure ingerir al menos media hogaza —respondió Sebastian.

Terminada la cena, nos fuimos a descansar. El viaje había sido agotador, y teníamos que reponer fuerzas para la jornada siguiente.

Con el toque de campanas de la hora prima, que, dada la proximidad de la iglesia, retumbó con estruendo en el interior de las alcobas, Sebastian y yo saltamos de nuestras camas.

—Sebastian, me dijo anoche la posadera que la calle *Mage* no queda lejos de aquí. Se llega a través de la *rue Porte Neuve*.

—Lo mejor será acercarnos ahora mismo, antes de que comience el mercado.

—Es probable que haya soldados buscándonos, y también algunos exploradores de la Inquisición; tendremos que atravesar el centro de la población, así que debemos ser precavidos —argüí.

El propietario de la posada, *sire Joseph Loubière*, aristócrata venido a menos, nos señaló la dirección exacta para llegar a nuestro objetivo.

—No debemos de estar lejos. La casa que buscamos se halla a un centenar de pasos de la iglesia parroquial, dedicada a san Víctor, y construida en 1246, el mismo año que la bastida; enfrente mismo arranca la calle *Mage*, un callejón que desemboca en la *halle* —le

susurré a Sebastian.

La extraña fachada de la iglesia semejaba más una fortaleza que un lugar de culto. Además, la altura de su campanario —más de treinta metros—, y sus dieciséis ventanas con vidrieras emplomadas pregonaban el primer gótico. Era, sin duda, un hermoso edificio, decorado con una sorprendente combinación de ladrillo rojo y piedra.

—Aquí empieza la calle que buscamos —dijo Sebastian con voz tenue.

—Ésa debe de ser la casa, pues tiene grabado un atanor sobre la puerta de entrada.

La mansión se veía abandonada: los postigos de las ventanas, todos de madera, permanecían cerrados, así como la puerta de entrada, y un profundo y misterioso silencio, como un vestigio de soledad eterna, envolvía aquel edificio.

Habíamos encontrado la casa, pero la cantidad de gente que transitaba a esa hora por las calles, atraídos por el mercado que se celebraba, nos llevó a posponer nuestra misión hasta encontrar un momento más propicio. Decidimos volver esa misma noche, amparados en las sombras.

XX.
LA
PISTA DEL REY

Estuvimos largo rato meditando acerca de cuál sería la mejor estrategia para adentrarnos esa noche en aquella casa desconocida. Asomados discretamente desde las ventanas, veíamos el gentío que se movía en la rúa, yendo y viniendo de la *halle*. Personas cargadas con sacos de harina, panes en canastas de mimbre que alimentarían a la familia durante toda la semana, envases de todos los tamaños que contenían miel, tarros de mostaza, aves de corral vivas en grandes jaulas de caña… Hicimos bien en no aventurarnos a llevar a cabo nuestro plan a la luz del día, porque no había visto jamás a tanta gente en torno a un mercado y en tan pocas brazas de distancia.

—Nos llevaremos un candil esta noche; te hará falta dentro de la casa, y también una caja de estaño con yesca y un frasco con aceite de quemar —me sugirió Sebastian.

—Sí, esa mansión debe de ser muy oscura al anochecer, porque tiene todas las ventanas cerradas. Afortunadamente, hoy tendremos luna llena.

Hicimos el mismo itinerario que el efectuado por la mañana. Esta vez vimos muy pocas personas deambulando por calles y plazas. El único sonido que rompió el oscuro y envolvente silencio fueron los repiques de completas. Y la tuna, tras desprenderse de unas oscuras nubes, apareció de golpe e iluminó la villa. En pocos minutos alcanzamos la plaza mayor, con la *halle* ahora desierta, y enfilamos la vía en dirección al callejón *Mage*.

—Os agradecería que, en cumplimiento de la promesa que hice en su momento, me dejaseis entrar a mí solo y me esperaseis aquí

fuera, Sebastian. Además, uno de los dos debería quedarse esperando para asegurarse de que no nos hayan seguido, e impedir que nadie entre en la casa. Yo intentaré localizar lo que busco, aunque he de confesaros que no sé muy bien de qué se trata.

—No te apures; permaneceré aquí y, si me necesitas por cualquier motivo, hazme una señal y acudiré en tu ayuda —respondió Sebastian, antes de ocultarse tras un banco de piedra. Desde allí podía controlar mejor todos los movimientos que se produjeran en el callejón.

Mientras me aproximaba a aquel enigmático lugar me invadió una mezcla de temor y curiosidad; temor a lo desconocido, pues no sabía nada en absoluto de lo que me esperaba en el interior de aquella siniestra y dantesca mansión, y curiosidad por penetrar en el entorno privado del alquimista, allí donde guardaba sus más recónditos secretos. Sentía que mi corazón se aceleraba. Un escalofrío me recorrió la columna y me erizó la piel.

Caminé lentamente unos pasos y llegué hasta un muro que separaba la propiedad de la calle; tenía apenas unos seis pies de alto. Junto al portalón de entrada, a la altura de la cabeza de un hombre, había una clásica hornacina abierta en el grosor del muro, con un santo y una maceta debajo para plantar flores. Al otro lado del arco del portalón, grotescamente pintada en la pared, se distinguía lo que semejaba una cruz amarilla en forma de aspa, la llamada cruz de San Andrés. Aquello actuaba a modo de señal, indicando que la Inquisición había efectuado una requisa, y advirtiendo así a la población que aquél era un sitio maldito, y que se habían llevado a cabo actos de herejía o de nigromancia. Era tal el efecto que causaban aquellas cruces que muchos habitantes cambiaban de lado cuando pasaban por delante de ellas. Recuerdo haberme estremecido al pensar que, si me atrapaban en su interior, retornaría definitivamente a la maldita prisión del Muro, y acabaría mis días en el fuego de la hoguera, acusado de relapso, de herejía persistente.

Miré a ambos lados del desierto callejón y rebusqué debajo de la tierra que contenía el tiesto, en el que quedaban nada más que unas pocas flores secas. Justo donde *Julien* me había indicado encontré la enorme llave de hierro. La limpié cuidadosamente con un extremo de la capa y procedí de inmediato a abrir la puerta. No fue nada fácil, porque, después del largo tiempo transcurrido, la cerradura no

obedecía. El óxido se había incrustado en el mecanismo interior y éste no giraba. Temí que se rompiera, pero, afortunadamente, y tras un breve chasquido, el pestillo cedió y al fin pude entrar en la casa.

Atravesé el portalón y accedí a un pequeño patio que daba acceso a la entrada de la vivienda. Volví a cerrar apuntalando la puerta con un madero; de esa forma, me aseguraba de no tener problemas con la cerradura al salir de allí. Crucé rápidamente el patio y llegué a la puerta de la vivienda, que estaba simplemente ajustada. La Inquisición sabía muy bien que nadie osaría entrar a robar en aquella casa, ya que las condenas por el trasiego de valores procedentes de robo de la herejía se pagaban de forma muy cara. Por otra parte, los inquisidores eran extremadamente cuidadosos en no dejar nada valioso dentro.

Empujé la puerta y el chirrido de los goznes al abrir me paralizó; una oleada de pánico se apoderó de mí, pensé que aquel penetrante y agudo sonido bien podría haber alertado, no sólo a los habitantes de la población, sino también a los de toda la comarca. Por un instante creí que el corazón iba a salírseme por la boca. Oía el latir desbocado del corazón en mi pecho, y tardé un rato en tranquilizarme, hasta que, más calmado, y en vistas de que fuera no se oía ruido alguno, decidí entrar en la residencia del mago. A esas alturas, y aunque la noche era fría, estaba sudando.

Una vez en la antesala, lo primero que hice fue encender el candil que llevaba en la talega con un frasco de aceite de quemar, fósforo y yesca. Miré en derredor: el vestíbulo era de dimensiones reducidas. Había un pequeño arcón abierto, tumbado de lado; los objetos que había contenido tiempo atrás estaban ahora esparcidos. Una fina capa de polvo cubría el suelo. Recorrí un corto pasillo y accedí a una amplia sala, probablemente la principal. En ella había unos grandes ventanales con los postigos cerrados, que dejaban pasar, por los resquicios, espectrales rayos de luna. Todo estaba desordenado y tirado por el suelo. De uno de los rincones arrancaba una escalera que se perdía hacia el nivel superior. Había una alacena tumbada sobre una recia mesa; comprobé con tristeza cómo habían vaciado todos los estantes y desparramado su contenido por el suelo. El panorama era desolador.

A mi derecha se encontraba la pieza destinada a la cocina, donde había una pileta, una mesa, una chimenea rinconera y miles de

fragmentos de cerámica y vidrio, tirados por doquier.

Recordé las palabras de *Julien Bornay*: «Invierte la cruz y entra, duerme en su interior», pero aquel criptograma debía resolverlo, como me dijo, una vez hubiese traspasado el recibidor, la cocina y el salón comedor, en busca del patio trasero; debía dejar a ambos lados del pasillo un par de habitaciones. Más tarde comprendí que la extraña forma de cruz latina de aquella casa no era en absoluto casual.

Aún se percibía en el ambiente el desagradable olor a quemado, producido por el incendio provocado por los inquisidores al destruir todo tipo de documentos y Dios sabe cuántas cosas más. Seguí avanzando sin dejar de observar en todas direcciones, buscando cualquier indicio que pudiese serme útil para resolver aquel rompecabezas.

Alcancé el abandonado patio trasero, en cuyo centro se alzaba una fuente ornamental, con una marmórea cabeza de león, de cuya boca, y por un caño, manaba un débil chorro de agua. El rumor de su tenue caída contrastaba con el tenebroso silencio del entorno. Nada reseñable ni indicativo había allí, un descuidado pavimento de gastadas y hundidas losetas de barro cocido; la amplitud y la separación entre las baldosas había dado lugar a que la hierba creciera entre ellas, pero no quedaban más que algunas briznas, altas y resecas. Entré de nuevo en la casa en busca de algo que me orientase.

No cesaba en mi empeño de intentar encontrar una pequeña señal que me encaminase a encontrar lo que buscaba. Revolví muebles y trastos viejos, subí y bajé escaleras, tanteé suelos y paredes por si hubiera posibles huecos, pero el resultado fue desalentador: no encontré nada que me guiase. Me di cuenta de que, en realidad, no sabía con exactitud qué era lo que estaba buscando, y empecé a perder la esperanza. Mi desánimo llegó hasta el punto de considerar imposible resolver aquel inextricable enigma, y me planteé la posibilidad —nada desdeñable, teniendo en cuenta las circunstancias— de abandonar aquel reto. Según las instrucciones que me había transmitido *Julien*, debía seguir lo que él llamó «*la pista del rey*», pero no sabía por dónde continuar, ni qué más hacer. Además, me preocupaba el hecho de no saber si Sebastian estaba corriendo peligro en la calle, mientras aguardaba mi salida. Todos

estos pensamientos embotaban mi cabeza, mientras, derrotado, emprendí el camino de regreso hacia la salida, con la intención de alejarme para siempre de aquel lugar. Soplé para apagar el candil.

Una vez hube cruzado el patio delantero y cuando ya me disponía a salir al callejón, la fría luz de la luna me mostró lo oculto. Advertí que, junto a la puerta principal, y anexa a uno de los dinteles del portalón, había una cruz latina de piedra labrada en relieve, incrustada en el muro: era un crucifijo sin Cristo.

La pálida y fría claridad de la luna me iluminaba mostrándome la señal. Examiné la cruz, la toqué, y, en aquel preciso momento, en el mismo instante en que las yemas de mis dedos tomaron contacto con el crucifijo y rompieron el silencio de la noche, muy cerca de mí cantó un búho; aquello era el mejor presagio. Después de unos segundos de detenimiento intenté mover la cruz, lo cual me hubiese facilitado mucho el trabajo, pero era imposible; aquella bendita cruz formaba parte de la pared. A pesar de no conseguir mi objetivo, me sentía animado y deseoso de seguir buscando. Aquella azarosa pista me había infundido nuevas fuerzas. De pronto recordé que no había visto ninguna otra cruz en toda la casa.

Pasé un largo rato cavilando, y poco a poco, cundió de nuevo en mí la desesperanza. ¡Nunca conseguiría desvelar aquel enigma! Me encomendé entonces a la Madre Tierra, y al alzar la mirada al cielo, observé con asombro que, coincidiendo con la altura de la hornacina exterior, en el mismo sitio donde había encontrado la primera llave, había otra igual. De hecho, observé que su situación no era exactamente la misma, puesto que ésta colgaba del lado contrario. Al fijarme con mayor detenimiento, vi que la hornacina contenía una Virgen negra de piedra. Esperanzado, introduje la mano detrás de la imagen, pero mi alborozo naufragó en un segundo: allí no había nada.

Completamente desalentado, pensé en desistir de la promesa que le había hecho a *Julien*. Vencido y cabizbajo, me apoyé en la Virgen con ambas manos, y en ese momento la imagen se desprendió de la peana, cedió y cayó al suelo con un ruido sordo y seco. En seguida lo comprendí… ¡La figura estaba hueca! Me agaché para cogerla, pues, de manera sorprendente, no se había roto. Al analizarla detenidamente, comprobé con sorpresa que era una escultura realizada en escayola, pintada de forma artística

simulando piedra. En ese instante intuí que lo que con tanto afán estaba buscando podría hallarse en su interior.

Sin dudarlo ni un instante, la rompí, procurando hacer el menor ruido posible. Dentro encontré un rollo de pergamino. Volví rápidamente al interior de la casa y prendí nerviosamente el candil. Extendí el documento; éste mostraba una leyenda con otra frase criptográfica: «*El monarca vigila el camino en la ambrosía de salvación. Siete veces se cuadrará hasta la salida del laberinto*». Se me cayó el alma a los pies: aquel mensaje era una nueva pista.

Desolado y mentalmente exhausto, me senté e intenté descifrar el primer criptograma. «*Invierte la cruz y entra, duerme en su interior*»; comprendí las claves del primer criptograma: «*Invierte la cruz*»; si figuradamente hubiera dado la vuelta a la cruz de piedra, la *stipes* (el madero largo de la cruz) se hubiese orientado hacia arriba, indicando la hornacina. «*Entra*» significaba que accediera a la cavidad hueca de la figura de la Virgen; «*duerme en su interior*» podía referirse quizá al mucho tiempo que había permanecido oculto…

Me mesé los cabellos con desespero. El tiempo corría en mi contra. «¡Yo soy un cátaro, no un alquimista, y no poseo los conocimientos herméticos suficientes! —pensaba—. ¿Por qué me has metido en esto, *Julien*? ¡Madre, ayúdame, te lo suplico!».

Perdí durante un rato la noción del tiempo. No sabía si Sebastian había sufrido algún percance, y mi nerviosismo aumentó hasta que no pude más.

Salí de la casa con determinación y me encaminé por el callejón hacia el banco de piedra, donde había dejado a Sebastian. Pero mi amigo ya no estaba allí. Miré a mi alrededor y comprobé que mi única compañía era la soledad. Inquieto y preocupado, pensé que quizá se habría cansado de esperar y había decidido marcharse. Ni siquiera podía pensar en que le hubiese ocurrido algo.

Al volverme para regresar a la casa, me di de bruces contra et robusto cuerpo de Sebastian.

—¡Sebastian! —dije sin resuello— me habéis dado un susto de muerte.

—Te he visto salir, pero no sabía si huías de alguien, por eso me he escondido. ¿Has encontrado lo que buscabas?

—En parte sí, pero no lo más importante, y lo que es aún peor, no sé si podré hacerlo —respondí—. He salido porque ya no

aguantaba más. Estaba preocupado por que no tuvierais noticias mías. ¿Qué hora es?

—Acaba de empezar la tercera parte de la noche.

—Todavía tenemos tiempo. Debo regresar y encontrar lo que quiera que sea.

—Ve, no te apures por mí. Estaré aquí cuando salgas.

—Gracias, Sebastian. Que Dios os guarde.

Regresé a la casa algo más tranquilo, pero me inquietaba pensar que carecía de indicaciones para seguir buscando.

Entré de nuevo en la sala grande, y la examiné minuciosamente, palmo a palmo, ayudado por la luz del candil. No obtuve ningún resultado. Subí al piso superior, pero tampoco allí encontré nada que me sirviese. Leí el pergamino decenas de veces, haciendo combinaciones con las palabras a modo de anagrama; efectué todo el recorrido que ya había hecho varias veces, pero todo fue en vano.

No quedaba más remedio que volver de nuevo al inicio. Mi experiencia me aconsejaba que cuando hay un conflicto que la mente no puede resolver, hay que apartarla, es decir, no pensar en nada. Me senté lo más cómodamente posible, apoyando la espalda contra una pared, y fijé la mirada en la llama del candil, que ardía a mis pies. Me relajé mediante los métodos que tantas veces había empleado, y entré pausadamente en meditación. La ancestral y arcana sabiduría cátara, de la que los perfectos éramos privilegiados depositarios, me confortó en ese duro trance de decaimiento interior.

Cuando mis párpados se abrieron, lo primero que vislumbré en la penumbra fue un pequeño oratorio en el pasillo que unía la sala principal con el patio trasero. Lentamente, me levanté y me encaminé al altar, candil en mano. Había pasado innumerables veces por su lado, lo había examinado en más de una ocasión, tal como había hecho con el conjunto de la casa, pero esta vez algo me decía que allí podría encontrar un camino.

Estaba consagrado a san Marcos; al pie de la figura, una orla rezaba: «*Sanctus Marcus benedictas*».

¿Por qué extraña razón un alquimista tenía un oratorio en su casa? ¿Por qué san Marcos y no san Miguel, por ejemplo? «San Marcos fue uno de los cuatro evangelistas… Y se relaciona con un león…». ¡Claro! De pronto mi mente veía con claridad: «*Sigue la pista*

del león». Estaba exultante: aquél era el camino correcto.

Un creciente frenesí nació en mi interior. Necesitaba resolver el enigma, y era consciente de que lo tenía casi al alcance de mi mano. Esta vez no podía permitirme fracasar.

«¡La fuente!», pensé, y salí corriendo hacia el patio trasero.

La cabeza de mármol del león seguía, imperturbable, con las fauces abiertas, por las que vertía un hilo de agua. Había encontrado el león al que se refería el enigma. «¿Y ahora qué?».

«El monarca vigila el camino en la ambrosía de salvación. Siete veces se cuadrará hasta la salida del laberinto». ¿Qué tenía que ver un león en aquel criptograma? «Madre mía, dame fuerzas, no me abandones ahora», clamé interiormente.

Me senté frente a la fuente, ante aquella cabeza leonina, y la contemplé sin cesar durante un buen rato, dejando que la inspiración fluyera por sí sola.

«El león es el símbolo del sol…; el león tiene el poder del oro…; el león, el rey de los animales…

»¡Rey de los animales! ¡El rey…! ¡El monarca!».

Lo tenía allí mismo, delante de mí, mirándome. Sonreí al pensar que lo había tenido justo enfrente de mí y no había sabido verlo. Agradecí a la Madre Tierra su callada ayuda.

Pero el enigma no había terminado. «*El monarca vigila el camino en la ambrosía de salvación… La ambrosía de salvación… El néctar de vida… El agua santa… ¡Claro, la fuente es el camino!*». ¡Bendito seas, Dios mío!

«*Siete veces se cuadrará… Siete veces hará un cuadrado…* —Aquello no tenía sentido—. ¿Se cuadrará un cuadro? Un cuadro… ¡No, siete cuadros…!».

Miré el suelo repleto de losetas cuadradas. Me levanté y las fui examinando una por una, con cuidado y detenimiento, pero la respuesta no aparecía ante mis ojos. Unas estaban resquebrajadas; otras hundidas parcialmente, o cubiertas de tierra; a éstas les faltaba un trozo; aquéllas estaban alzadas. Pero había una gran cantidad y todas eran semejantes. ¿Otro enigma? ¿Qué debía hacer? ¿Levantarlas todas? ¿Contar siete desde la fuente? ¿O quizá desde la puerta? ¿O tal vez desde alguno de los extremos? El mensaje era un verdadero rompecabezas y no me quedaba tiempo. Volví a sentarme frente al león. «… Hasta la salida del laberinto».

El laberinto. Pero allí no había nada parecido a un laberinto… El laberinto: ¡una espiral, quizá! Pero tampoco había ninguna a la vista. ¿Qué podría significar una espiral? «Vamos, Guilhelm, pronto saldrá el sol».

«¡El sol…! ¡La espiral es el símbolo del sol!».

Sin tiempo que perder, y guiándome por las estrellas, localicé el oriente, el lugar por donde pronto asomaría el astro rey. Conté siete losas desde la fuente hacia levante, raspé la superficie que estaba cubierta de musgo y apareció la figura de un león rampante. ¡Era allí! ¡Había encontrado el lugar! Pero tenía que quitar la loseta y ahondar en el suelo, hasta encontrar algo que me cerciorase de mi acierto. Dejé el candil sobre ella señalizándola, y busqué desesperadamente. Encontré un viejo azadón entre la maleza y, febrilmente, y procurando no hacer demasiado ruido, empecé a cavar. Después de una larga y fatigosa hora, di con un cuerpo duro. Era un objeto de poco más de un codo, de escaso peso y forma tubular, envuelto en tela embreada que extraje con muchísimo cuidado; después limpié la tierra acumulada y me aseguré de que no había nada más en la cavidad. Metí finalmente el objeto en la talega y, sin perder tiempo, salí a toda prisa de la casa.

XXI.
FATAL
DESENLACE

Salí de inmediato de aquella misteriosa casa, procurando no dejar ninguna huella visible de mi visita. Cerré incluso la puerta de entrada con la llave. Las primeras luces del amanecer brillaban en el firmamento. Sebastian me aguardaba con la impaciencia y el cansancio impresos en el rostro. Me acerqué a él feliz de que su espera no hubiese sido en vano.

—¿Ha ido todo bien? —me preguntó susurrando.

—Sí, vámonos, rápido —apremié, mientras trataba de ocultar el hallazgo lo mejor posible.

—Regresemos a la posada, paguemos la cuenta, y partamos de inmediato hacia *Mirepoix*, porque me intranquiliza no tener noticias de lo que está pasando allí —dijo Sebastian, fatigado.

—Lamento que hayáis tenido que esperar tanto.

—No te preocupes, estoy bien, y recuerda que sigo en deuda contigo.

En la posada, todo el mundo estaba despierto; se preparaban para la jornada de mercado. Era un continuo trajín de personas y mercancías; muchas de ellas eran alimentos llegados de diferentes lugares de Occitania, Gascuña, el Périgord y Aquitania. Nadie reparó en nosotros, lo cual nos benefició enormemente. A la hora de abonar la cuenta de la habitación, *sire Joseph Loubière* mostró un gran interés por los rollos y piezas de telas que portábamos en el carromato. Sebastian se sorprendió gratamente, pues veía el cielo abierto para desprenderse de la mercancía.

—¿Están a la venta esas telas? —preguntó el mesonero.

—Bueno, la verdad es que tenemos algunos posibles

compradores, pero no nos convencen sus ofertas —respondió Sebastian de forma algo ladina. En esos momentos, mi amigo parecía un vendedor avezado.

—Estoy pensando que, con estas telas, bien podría terminar de poner las cortinas y los visillos de toda la hospedería, y aún me sobraría una parte para los interiores de los armarios. Os doy setenta sueldos por ellas —propuso el posadero.

—No las vendo por menos de ciento veinte sueldos —respondió Sebastian, mientras me hacía disimuladamente un guiño. El nerviosismo del posadero era creciente.

—*Ejem*… veamos… os abono cien sueldos y la cuenta.

—De acuerdo. Ha sido un placer hacer negocios con vos. Os agradecemos vuestra amabilidad; prometemos regresar a vuestra acogedora posada en otra ocasión.

Tras preparar las mulas y el carro, salimos de la hospedería por la puerta de las cuadras, con la intención de cruzar el centro de *Montesquieu-Volvestre* sin llamar la atención, aprovechando la presencia del mercado. Una vez estuvimos fuera del recinto amurallado de la bastida, Sebastian soltó un momento las riendas del carro y extrajo del zurrón la bolsa del dinero.

—Ten, Guilhelm, la mitad de lo que me ha dado el posadero por las telas es tuyo. Mi parte es la que pagué por las mismas en *Mirepoix*. De esta forma, he ganado la cantidad inicial; el resto quiero entregártelo, porque tú lo necesitas más que yo. Además, no hemos pagado nada por el alojamiento, ni por las comidas.

—Gracias de todo corazón, amigo Sebastian. Compartiré este dinero con mi hermano *Philippe*, y puedo aseguraros que nos será de gran ayuda para viajar a Catalunya, a través de los Pirineos, la primavera próxima. Pero antes he de llevaros, tal como os prometí, a la aldea de *Montaillou* para completar la curación de *Gaia* —respondí con afecto.

El día despuntó con nubes en forma de estratos, que presagiaban buen tiempo. El sendero seguía en dirección sureste, por la orilla derecha del *Hers*. Al cabo de un par de horas de viaje, los rayos solares nos cegaban ya la vista. Todo discurría apaciblemente, los suaves gorjeos y el trinar de las aves ponían una nota musical en la tranquilidad de aquel hermoso escenario, cuando, súbitamente, al

entrar en el espesor de un bosque de álamos, unos extraños sonidos rompieron la quietud que nos envolvía. Oímos unos angustiosos gritos pidiendo auxilio que procedían de la espesura.

—¿Qué sucede? —pregunté, alarmado.

—Parece que es una pelea —respondió Sebastian, poniéndose en guardia.

—Aproximémonos; quizá nos necesiten.

—Guilhelm, te recuerdo que no estamos en condiciones de que nos descubran. ¿Y si se trata de soldados, o de exploradores de la Inquisición? —dijo Sebastian mirándome fijamente, mientras detenía el tiro de los animales.

—Pero ¿y si son bandidos que están atracando a inocentes?

Sebastian guardó silencio durante unos segundos. Los gritos desgarradores parecían atenuarse.

—Vamos allá; esperemos que sea para bien.

Sebastian sacó una espada del interior de unas mantas, la desnudó de su funda y bajó a tierra.

Corrimos en dirección al fragor de la escaramuza durante un pequeño trecho, y después de superar un recodo en aquel bosque de ribera, nos encontramos de golpe con una escena que parecía sacada de algún manual de combate. Allí había un carromato parecido al nuestro, cuyos ocupantes estaban siendo golpeados por media docena de bandidos armados con palos y cuchillos. Gritamos advirtiéndolos, decididos a plantarles cara ferozmente. Los sorprendidos asaltantes nos vieron llegar, y observamos con estupor cómo, al ver el impetuoso arrojo que nos movía —así como la temible envergadura de mi compañero—, se dieron a la fuga, amedrentados. Uno de ellos, sin embargo, no retrocedió y permaneció impávido ante Sebastian.

Al ver a su compañero, dos de los fugitivos regresaron al lugar, envalentonados.

—¡No huyáis, cobardes! Somos más, y es posible que también lleven objetos de valor —gritaba incesantemente el cabecilla, pero los demás no regresaron.

Percibí inmediatamente la atmósfera de tragedia que se precipitaba sobre aquel lugar. Sin previo aviso, y tras unos instantes de silencio expectante, el bandido arrojó una lanza a Sebastian, que éste esquivó con agilidad felina, y se abalanzó luego contra mi

amigo blandiendo un enorme cuchillo del que todavía rezumaba sangre. Lanzó una especie de rugido pretendiendo, seguramente, animar a la lucha a los otros dos. Pero Sebastian se mantuvo impertérrito, y aguantó a pie firme la embestida; en el último instante efectuó un rápido quiebro, y golpeó con la hoja plana de su interminable espada el brazo del bandolero, haciéndolo perder el cuchillo. Acto seguido, y con la mano izquierda, le propinó un tremendo puñetazo en la mandíbula que lo lanzó unas cuantas varas hacia atrás. El infortunado cayó de espaldas de mala manera, y allí quedó, ensangrentado y despatarrado. Aquello fue definitivo; los otros dos, admitiendo su inferioridad ante la valentía de aquel guerrero, lanzaron sus armas rudimentarias al suelo, incorporaron como pudieron a su maltrecho líder, y, entre gemidos de dolor, se evaporaron entre las malezas del sotobosque.

En ese instante oímos unos lamentos que procedían del interior del carromato asaltado.

—¿Qué os ha sucedido? —pregunté, acercándome.

—Hemos sido atacados —dijo uno de los viajeros—. *Yves* ha recibido varias puñaladas, yo tengo un corte en el hombro izquierdo, y creo que *Jérôme* está malherido… Pero gracias a vosotros hemos salvado la vida.

Aquel hombre era el único ileso de los ocupantes del carro, pues su pequeña herida era superficial. Los demás parecían heridos de gravedad; uno de ellos, inconsciente, sangraba por el costado abundantemente. Después comprobamos con tristeza que uno de los heridos no respiraba; carecía de pulso y, en pocos minutos, su cuerpo se había vuelto rígido y frío.

—Vuestro compañero recibirá cristiana sepultura, pero lo más importante ahora es atender al herido —dije, mientras me dirigía a socorrer al otro superviviente.

—¿Acaso sabéis de medicina, señor? —preguntó aquel hombre, mirándome ansioso.

—En efecto, —afirmó rotundamente Sebastian—. Haced lo que él os diga.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —clamó al cielo el carretero.

—Debemos colocarlo en un sitio horizontal y blando, procurando moverlo lo menos posible.

—Quizá el mejor lugar para extenderlo sea nuestro carro, sobre

los rollos de telas que llevamos —propuso el viajero, que dijo llamarse *Conrad*.

—Harán falta también agua y trozos de telas.

—Me llegaré al arroyo con este jarrón —dijo Sebastian.

—Las telas las cortaré de este mismo rollo —convino *Conrad*—. Sabíamos que los caminos que atraviesan el norte del *Razès* están infestados de asaltantes, por lo que deberíamos haber hecho el viaje en caravana junto con otros arrieros o comerciantes, pero no hicimos caso.

—¿De dónde sois? —pregunté.

—De
Rennes-le-Château
.

Al oír ese nombre, rememoré con cierto espanto la escena en la que, cautivos y maniatados, de camino a Carcasona desde *Montaillou*, aquel anciano patriarca de barba blanca había profetizado algo misterioso y sorprendente, y me señalaba como el elegido…

De repente, acudió a mi pensamiento la idea, insólita, de que podría ser allí, en aquel maldito lugar, donde se escondiese el contenido del secreto oculto en casa del alquimista. ¡Y qué mejor que en
Rennes-le-Château
! Era el lugar adecuado para ocultar mi hallazgo, que debía permanecer fuera del alcance de las garras inquisitoriales para siempre. Pensé que también *Julien*, en el más allá, se sentiría contento con mi decisión.

—Vivo con mi familia en esa población, y, desde hoy, podéis considerar vuestra mi casa.

—Gracias, hemos oído hermosas historias acerca de la antigua capital del *Razès*, y nos gustaría visitarla en alguna ocasión —respondió Sebastian.

Tras comprobar que la herida de su compañero era de gravedad, aconsejé a *Conrad* trasladarlo con prontitud a donde pudiesen atenderlo. El hospital más próximo estaba precisamente en la bastida a la que nos dirigíamos Sebastian y yo. Aunque la cuchillada era profunda, no había afectado a ningún órgano vital, de modo que teníamos unas horas de margen. Tendimos el cadáver en un rincón

del carro, y yo me situé al lado del herido para atenderlo con mayor facilidad durante el trayecto. Acto seguido, nos pusimos en marcha de inmediato en dirección a la bastida de *Mirepoix*.

Al partir, contemplé durante unos instantes el semblante pétreo de Sebastian. Me admiraban su templanza y su firmeza. Por un momento temí que hiriese de muerte a aquel muchacho. Pero él debió de advertir en aquellos infortunados la infeliz desdicha de la pobreza.

—Recuerda que soy un caballero —dijo Sebastian quedamente —, y sólo mido mi espada con un par. Sé que a muchos de esos pobres diablos la pobreza y la penuria sociales los empujan al bandidaje y al crimen, y buscan poco más que la supervivencia. Únicamente deseaba intimidarlos y ponerlos a la fuga. De todos modos, agradezco a Dios no haber sido consciente, de antemano, del cruel asesinato que habían cometido, pues, si lo hubiese sabido, probablemente habría acabado con todos ellos.

Acababan de doblar a duodécima las campanas de la iglesia de Saint-Maurice
cuando entrábamos en *Mirepoix*. Nos dirigimos inmediatamente al hospital para que atendieran a *Yves*. Ante la tragedia vivida, *Conrad* no podía evitar las lágrimas; la muerte de *Jérôme* y la delicada situación de *Yves* encogían el alma de nuestro amigo, que se protegía la herida del hombro con un paño. Envolvimos al fallecido y lo colocamos en uno de los carros. Los llevamos, debidamente custodiados, al patio trasero de una casa de beneficencia. Aquella noble institución no sólo cumplía la función de casa de caridad, sino que era también un lazareto que se ocupaba de curar a los pestilentes y acoger a peregrinos enfermos o accidentados.

—Este hombre está muy malherido, y ha perdido mucha sangre. Necesita ser operado con urgencia; después deberá permanecer aquí un par de semanas, recuperándose —diagnosticó el galeno.

—Se hará lo que vos aconsejéis, señor —respondió *Conrad*—. Yo me haré cargo de los gastos que ocasionen tanto su hospitalización como su manutención.

—Bien. Hable con la escribanía del hospital sobre todo ello; nosotros llevaremos al herido a un lugar más apropiado. A pesar de que lo de vuestro hombro no reviste gravedad, creo que lo mejor será haceros una cura; de esta forma, nos aseguraremos de que

cicatrice mejor la herida.

Conrad fue atendido por otro médico en la sala anexa. Al abrir la puerta, un fuerte olor dulzón emanó de la estancia. Luego, con el hombro bien vendado, cruzó el amplio vestíbulo y se dirigió a las oficinas del hospital, donde depositó una bolsa de dinero, como pago por los cuidados que recibiría su compañero, y se unió a nosotros.

Decidimos acudir a la posada de los familiares de Sebastian con el ánimo de buscar alojamiento y mantener oculto el cuerpo sin vida de *Jérôme*. Nuestra intención era partir a la mañana siguiente, bien temprano, hacia

Rennes-le-Château

, y dar allí sepultura al asesinado. Aparentemente, la calma reinaba en la «Casa de los Cónsules». Nuestro plan se desarrollaba según lo previsto por Sebastian. *Conrad* fue alojado en una cámara anexa a la nuestra, en la primera planta. Y a la hora de la cena, como de costumbre, todos nos encontramos, de nuevo, en aquella acogedora mesa. Esteve y Leonor actuaban con todo el cariño y el cuidado de unos perfectos anfitriones, y la pequeña *Gaia* no se apartaba un momento de su padre. Mi querido *Philippe* estaba ansioso por abrazarme de nuevo.

Contamos a nuestros queridos anfitriones la odisea que habíamos vivido a lo largo del viaje, el asalto que habían sufrido nuestros amigos y el trágico desenlace del mismo. La muerte de *Jérôme* y el estado de *Yves* nos habían sumido en un silencioso desaliento.

—Lo lamentamos mucho —consoló Esteve a nuestro amigo—. Rezaremos pidiendo que *Yves* se recupere pronto. ¿De dónde sois, querido *Conrad*?

—De

Rennes-le-Château

; pertenezco a una familia de larga tradición de tejedores. Decidí hacer el viaje a Toulouse para llevar algunas muestras de nuestros últimos diseños a diferentes comerciantes de la capital del Languedoc, y, al regresar, entre

Montesquieu-Volvestre

y *Auterive*, fuimos sorprendidos por los bandidos. La muerte de mi compañero *Jérôme* supone una grave pérdida para toda mi familia,

porque lo acogimos de pequeño, al quedar huérfano; sus padres eran creyentes cátaros de *Coustaussa*, y fueron asesinados por los soldados, al sorprenderlos una noche mientras dormían.

Philippe y yo palidecimos al oír el relato de aquel dramático episodio.

—Saldremos mañana mismo, y enterraremos a *Jérôme* —dijo Sebastian, mientras acariciaba el pelo de su hija—. Tú también vendrás con nosotros —añadió, mirando a *Gaia*.

—Yo no quiero volver a separarme de ti, papá. Los tíos se han portado muy bien conmigo, pero te he añorado mucho durante todos estos días. ¿Podré llevar a *Companh* con nosotros?

—Claro, amor mío. Y a vosotros, queridos tíos —se dirigió a Esteve y Leonor—, muchas gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros.

Pero el semblante de Esteve denotaba preocupación.

—Tengo algo que comunicaros —dijo de pronto.

Miré a *Philippe* y distinguí en él la tensión de un pesar interior; mi maestro parecía conocer lo que Esteve iba a contarnos.

—He de comunicaros que *mossèn* Michel ya no está aquí, entre sus feligreses y al frente de su iglesia. El mismo día que partisteis hacia

Montesquieu-Volvestre

, y tal como se había anunciado, llegó a *Mirepoix* el dominico

Geoffroy d'Ablis

, inquisidor general de Carcasona, acompañado de todo su maléfico séquito. Como era de rigor, presidió la misa celebrada en su honor y, antes de que nuestro capellán terminase su homilía cometió el sacrilegio, allí mismo, en el altar mayor, de ordenar a sus soldados que lo arrestaran. Pero el desastre se consumó en el momento en que los guardias se dirigieron a él:

d'Ablis

contempló con horror y sorpresa que, bajo el hábito de sacerdote cristiano, aparecía la cruz paté roja del Temple grabada a la altura del corazón.

—Cuando aquel símbolo, condenado y perseguido por la Iglesia como signo de herejía, quedó al descubierto, el inquisidor vociferó, preso de una rabia incontenible: «¡Que el fuego haga justicia de este hombre!».

—El pobre *mossèn* fue maniatado y llevado a empujones al exterior de la iglesia, y allí, frente a la *halle*, a pocos metros de esta casa, y ante el estupor y la aflicción de las gentes del pueblo, recluyeron a nuestro amado sacerdote en un carro celda para llevarlo preso hasta Carcasona. Sabemos que quien es recluido tras los insalvables muros de la prisión jamás vuelve a salir…

La noticia nos dejó sin aliento, y la cena terminó entre sollozos. Habíamos perdido el apetito, pero lo peor es que también habíamos perdido a un buen amigo. No tardé en evocar mi estancia en *Montréal-de-Sos*, donde aquellos caballeros me introdujeron en los conocimientos más profundos del Temple, y me acogieron en la encomienda de manera tan generosa. Bien sabía Dios que aquellos días habían sido los más felices de mi vida, y sirvieron para dar forma al anhelo de espiritualidad y al sentimiento cátaro que latían en mi interior.

Todos éramos conscientes de que, en aquellos precisos instantes, *mossèn Michel* podía estar siendo horriblemente torturado, pero fui yo quien, en un susurro, pidió levantar a los cielos una plegaria por la suerte de nuestro amigo templario. Abrí el evangelio de san Juan y rezamos. Las lágrimas de Leonor corrían por sus mejillas, y la pequeña *Gaia*, que hacía gala de una extraordinaria madurez, soportaba con entereza el dolor de los adultos.

—*Pierre*, quiero daros este documento que me facilitó el *mossèn* para vos, antes de la misa —dijo *Esteve*.

—¿De qué se trata?

—Lo desconozco, está lacrado y nada me dijo al respecto.

Lo abrí ante la atenta mirada de los demás y procedí a leerlo en voz alta:

Fray
Geoffroy d'Ablis,
dominico,

a dom Michel, cura de la parroquia situada en la bastida de Mirepoix, salve, sed rápido en obedecer nuestras órdenes apostólicas. Tenemos Ja intención, de acuerdo con lo que nos corresponde hacer como inquisidor, de hablar de estos temas que conciernen a la fe, a la asamblea del clero y de los fieles. Por eso, en virtud de la autoridad papal de que estamos investidos en estos

lugares, os rogamos, pedimos y ordenamos anunciar al pueblo, el domingo próximo, que deberá acudir, en siete días, a la iglesia catedral de
Saint-Maurice,
para escuchar cosas que conciernen a la ortodoxia de la fe.

—Éste fue el primer documento que el inquisidor general de Carcasona le hizo llegar al párroco, anunciándole su llegada una semana después, y con la intención explícita de que colaborase en todas sus exigencias —afirmó con tristeza *Philippe*.

La voz de Leonor rasgó el silencio de la casa:

—Ese papel será el recuerdo que conservemos de nuestro querido amigo *mossèn* Michel; para nosotros será, por siempre, el mejor párroco que haya tenido la iglesia de *Mirepoix*.

Sebastian hizo acostar a su hija, y *Conrad*, abatido y exhausto, saludó a los dueños de la casa y se retiró a su alcoba.

—A raíz del apresamiento del *mossèn*, varios feligreses se lanzaron contra los guardias —añadió Leonor—. La gente estaba alterada y ofuscada, y muchos de ellos actuaron dejándose llevar por la rabia que produjo aquella injusticia. Su intención era loable, y no buscaban más que socorrer al párroco, pero las consecuencias fueron sencillamente catastróficas: la mayoría murieron ejecutados por orden del inquisidor, ahorcados en la picota que se alza sobre el cruce de caminos que conducen al castillo de *Duns*. Ahora que sabéis dónde localizarlos, intentad evitarle a la niña la triste visión de tan horrendo panorama.

—Haces bien en decírmelo, querida tía, aunque lo cierto es que *Gaia* ya presenció algo parecido en el viaje desde
Belvèzere-du-Razès
.

—Después de lo sucedido con el *mossèn*, considero que debéis partir de Mirepoix con urgencia. Este lugar ya no es seguro en absoluto, y los soldados pueden volver en cualquier momento —añadió Esteve.

—Soy plenamente consciente del riesgo de permanecer aquí. Partiremos al alba, e intentaremos ocultarnos durante un tiempo en pequeñas poblaciones del Pirineo. Después, cuando todo se haya calmado, prometo regresar con *Gaia*.

—Sabes que puedes acudir a nosotros siempre que lo necesites. Somos tu única familia, y para Leonor y para mí, tú has sido como un verdadero hijo —respondió Esteve desde lo más profundo de su alma.

—Lo sé. Mi hija os quiere tanto como yo y os considera sus abuelos. Habéis sido un enorme sustento en mi vida, y os lo agradeceré hasta que muera.

Emocionados, nos despedimos de aquel matrimonio extraordinario y nos encaminamos a nuestras respectivas habitaciones, pero antes de entrar en la cámara, *Philippe* me detuvo y con sigilo me dijo:

—Querido hermano, deberíais desprenderos de ese objeto que lleváis encima. Puede ser peligroso llevarlo con vos permanentemente, y su contenido sigue siendo un misterio. No debéis poner en peligro aún más nuestras vidas.

—Sí, lo sé; he pensado en ello, asumo plenamente mi condición y lo arduo de mi tarea. Como habréis intuido, creo que el lugar más adecuado para llevar a cabo tal misión sería en *Rennes-le-Château*. Allí, los ministros de la Iglesia no suelen hacer acto de presencia porque consideran que esa población está gobernada por los poderes del diablo.

—Así es, y si ésa es vuestra decisión, debo deciros que la considero acertada —respondió *Philippe*.

—Cuando me haya liberado por fin del compromiso, y después de enterrar al pobre *Jérôme* como merece, nos dirigiremos a *Montaillou* para reencontrarnos con nuestro hermano *Pierre*; ansío saber en qué situación se encuentra la aldea después de la masacre sufrida a manos de los soldados, y conocer también qué fue de aquellos niños, abandonados a su suerte mientras sus padres eran maniatados y conducidos, como nosotros, a las infectas celdas de la prisión de Carcasona.

Philippe calló, pero ninguno de los dos dejaba nunca de pensar en el destino de aquellas criaturas desamparadas y huérfanas. Ambos teníamos siempre presente la fortuna que Dios había puesto en nuestro camino. Y nuestra fortuna tenía un nombre: Sebastian.

XXII.
RENNES-LE-CHÂTEAU

Aún no habían doblado las campanas anunciando la hora prima, y las sombras de la noche imperaban aún en el exterior, cuando todos estábamos ya a punto para salir hacia
Rennes-le-Château
. Las mulas habían sido atalajadas. *Conrad* se despidió de nuestros anfitriones con las más efusivas muestras de agradecimiento. Leonor abrazó con ternura y delicadeza a *Gaia*, que todavía tenía los párpados cerrados de sueño. Tras un frugal desayuno, nos alejamos de aquella gente bondadosa y magnánima como poca habíamos conocido. Al contemplar la fachada norte de la iglesia de
Saint-Maurice
no pude evitar recordar a Michel, el caballero templario que tuvo la valentía de desafiar a la poderosa maquinaria de la Inquisición. Recé en silencio por él.

El hombro de *Conrad* mejoraba; aquella noche había tenido algunas molestias, aunque ya no sangraba, y su aspecto no era tan preocupante. Pero a todos nos inquietaba el grave estado en que se encontraba *Yves*, y el serio riesgo que corría su vida. Ninguno de nosotros dejaba de pensar en él. Mientras atendía a *Conrad*, llegó Sebastian con el carro, y después de la cura, fue *Conrad* el que trajo el suyo. Así, dispuestos y con esperanza, partimos lentamente.

Instantes después, recorríamos la *calle* principal de la bastida, saliendo del recinto amurallado con las primeras y frías luces del amanecer La
Porte d'Aval
, al sureste de la población, estaba ya abierta, aunque el soldado que hacía la centinela en la parte superior permanecía todavía alerta en

la cuarta guardia. Sebastian lo observaba atentamente, tal vez con cierta nostalgia de su larga estancia en la *Cité*. *Gaia* se había arrebujado, y cayó dormida; la niña disponía, esta vez, de espacio suficiente para descansar de forma plácida y tranquila. Su padre la arropó con algunos almohadones que sus tíos le habían dado para el viaje.

Soplaba un molesto viento de mistral, cortante y frío, propio del invierno de aquella zona. *Conrad* tiraba de las riendas de su carro, en cuyo interior, envuelto entre lienzos y rollos de tela, se hallaba el cuerpo sin vida de su amigo *Jérôme*. A su lado iba *Philippe*, que había decidido acompañarnos en aquella empresa, y se había convertido en nuestro verdadero consuelo espiritual. Y, siempre atento, a una distancia prudente de las ruedas y los cascos de los mulos, el fiel *Companh*. El intenso frío hacía que nuestra respiración se convirtiese en un extraño vaho que contrastaba con la atmósfera de nuestro entorno. *Conrad* decidió ir delante, pues él era quien mejor conocía la ruta hacia aquella población.

El camino seguía la orilla derecha del río *Hers*. Debíamos acelerar la marcha, puesto que, a pesar de las bajas temperaturas, el cadáver de *Jérôme* empezaba a descomponerse, y el hedor apestaba las ropas del carro.

En ocasiones, Sebastian miraba de reojo el zurrón en el que yo llevaba el objeto que había encontrado en casa del alquimista, pero no hizo ningún comentario alusivo al asunto, y yo agradecí su prudencia. Tampoco para mí resultaba cómodo desconocer el contenido del enigma que tanta influencia había ejercido últimamente en nuestras vidas. Así pasaron varias horas, en absoluto silencio, quebrado apenas por la respiración entrecortada de la pequeña *Gaia*. Ambos íbamos ensimismados en nuestros pensamientos.

De pronto pasamos frente a la poderosa fortaleza de *Puivert*. Me dirigí a mis compañeros:

—Resulta sorprendente pensar que, en el interior de este poderoso castillo, que otrora fue uno de los más importantes templos cátaros, se reunían algunas de las damas más cultas del mundo occidental para hablar de cualesquiera que fuesen los temas de mayor trascendencia, sociales y culturales, mientras que los más prestigiosos trovadores recitaban su poemas, y los juglares cantaban

y tocaban con sus instrumentos las canciones de gesta. Y, amigos, no hace de eso ni cien años.

Tras unos instantes proseguí:

—El torreón del homenaje, que tiene una altura de setenta y ocho codos, aún pregona aquel antiguo esplendor, del cual son testimonio mudo unos grabados en los nervios de las bóvedas, alusivos al mundo de la música. Y en su patio de armas, del que oí que tiene una extensión de dieciséis codos de ancho por veinticinco de largo, coincidían los más brillantes oradores y músicos de Europa. Ahora, sin embargo, y a causa de la terrible cruzada y la persecución sufrida durante décadas, es un esqueleto de piedra.

—Conozco bien este lugar —confesó Sebastian—. De pequeño frecuentaba el castillo, cuando aún era un baluarte habitado.

Tras unos minutos de silencio, le pregunté:

—¿Y vuestros padres?

—Mis padres, Marcos y Saissa, me educaron en los más fundamentales principios basados en el respeto y el amor por los demás. —Sebastian sonrió levemente y añadió—: He de confesarte ahora, amigo Guilhelm, que mi madre era perfecta. Era la priora de una *maison* en *Mirepoix*, pero fue descubierta por la inquisición y, junto con mi padre, fue asesinada salvajemente. Yo logré huir gracias a mis tíos, a los que ya conoces, y a quienes, por supuesto, debo la vida. Ellos fueron quienes me criaron. Desde entonces, llevo dentro de mi alma un odio no cicatrizado. Por eso decidí hacerme soldado del Santo Oficio, y ascendí luego a responsable de la guardia de la *Cité* de Carcasona. La venganza anidaba en mi interior, y no deseaba otra cosa más que infligir el mayor daño posible a aquellos que tanto dolor me causaron. Tenía que ser la satisfacción por el inmenso agravio cometido.

Unos instantes de profunda respiración, y Sebastian prosiguió el sobrecogedor relato de su vida.

—Pero poco después mi esposa murió de peste blanca de forma repentina, y mi hija sufrió la grave enfermedad que la privó de la visión; todos mis planes se trastocaron, y mis ansias de justicia fueron desvaneciéndose… Pero, gracias al cielo, llegaste tú a nuestras vidas, y supe, desde el primer instante, que eras la persona adecuada para sanarla. Heredé de mi madre una intuición especial que siempre me ha funcionado, y tampoco esta vez me equivoqué.

Ahora, a pesar de todos aquellos rencores tantos años soterrados, ya no me atormento pensando en la venganza. Lo más importante para mí es la seguridad y el bienestar de mi hija.

—Amigo mío, desde mi condición de hombre, y no de perfecto, he de deciros que, desde un principio, me asombrasteis por vuestra valiente decisión. Abandonasteis de la noche a la mañana uno de los cargos más importantes a los que pueda aspirar un soldado por el más noble de los sentimientos: el amor a vuestra hija. Y eso os hace todavía más grande de lo que sois físicamente —respondí con humor, mientras rodeaba con mi brazo derecho sus poderosas espaldas. Sabía que el sentimiento cátaro latía en el enorme corazón de aquel hombre bondadoso.

Justo encima de nuestras cabezas, una bandada de cigüeñas blancas emprendían, algo rezagadas, el viaje hacia el sur. Caí en la cuenta de que también mi maestro y yo, pasado el rigor del invierno, íbamos a seguir, aunque a pie, el mismo itinerario. Se lo comuniqué a Sebastian.

—Una vez que lleguemos a *Montaillou* y *Gaia* sane definitivamente, *Philippe* y yo nos dirigiremos, con la llegada de la primavera, a Catalunya, atravesando los Pirineos por el camino de los *bons hommes*, porque aquí la situación, como podéis ver, se está haciendo cada vez más difícil Seguiremos nuestro magisterio en tierras del reino de Aragón; sabemos que son numerosos los colectivos de cátaros que, huyendo de la cruzada y de la Inquisición, han iniciado una nueva vida en aquellas lejanas tierras. Allí se instalaron y allí viven, por el momento, sin ser perseguidos. Tenemos, además, una importante labor que realizar.

—Mi hija y yo permaneceremos en el Languedoc, intentaremos ocultarnos en pequeñas aldeas pirenaicas del Ariège, y trataremos de regresar después a Mirepoix, cuando el momento sea más propicio. Aunque sólo ellos me conocen en la bastida, quiero velar por el bienestar y la educación de *Gaia* —respondió Sebastian.

—A mí me preocupa la salud de mi hermano *Philippe*; está mayor, y las torturas recibidas en el Muro le han dejado graves secuelas.

Sin apenas darnos cuenta, llegamos a *Quillan*, sobre el fértil valle del Aude. A la orilla derecha de ese gran río, y coronando una colina, teníamos a la vista la población de

Rennes-le-Château
. Nos dirigimos hacia allí a buen ritmo, siguiendo siempre la dirección marcada por el carromato de *Conrad*. El viaje fue rápido, ya que comimos sobre la marcha y sólo paramos para que descansaran las acémilas, y aliviar en algo nuestros maltrechos cuerpos.

Al alcanzar las primeras casas, el carro delantero se detuvo, y *Conrad* bajó a tierra.

—Hemos llegado; podéis consideraros en vuestra casa. Ardo en deseos de ver a los míos, y prefiero no pensar el dolor que experimentarán al conocer el fatal desenlace de *Jérôme*. Pero creo que lo primero que deberíamos hacer es ir a descansar. Así que nos dirigiremos directamente a mi casa, que se encuentra en el extremo nordeste del pueblo. ¡Seguidme!

—¿Cómo os encontráis, *Philippe*? —pregunté con afecto a mi hermano.

—Bien. *Conrad* ha sido un excelente y ameno compañero de viaje; es una persona culta y muy amable.

—He notado que una de las mulas de nuestro carro cojea; esperemos que no sea nada grave.

—Sí, yo también me he fijado. La llevaremos al *albeytero* de confianza lo más pronto posible para ver qué es lo que le pasa —respondió *Conrad* al oírme.

Los padres de *Conrad*, Lucas y Margarita, nos acogieron amablemente. Pese a lo imprevisto de nuestra visita, nos prepararon una alcoba a cada uno para descansar, y compartieron su cena con nosotros. Al conocer la desgracia sufrida por *Jérôme*, decidieron, entre lágrimas, enterrarlo al día siguiente en el panteón familiar. *Gaia* cenó y, muerta de cansancio, se llevó a *Companh* al cuarto mientras le acariciaba las orejas. El buen *Conrad* contaba nuestra aventura con ardor, y ensalzaba el valor demostrado por Sebastian y la hazaña que supuso encararse a la banda de asaltantes. Demostró también el cariño que sentía por mí, y alabó mi destreza en el cuidado de los enfermos. Descubrimos en ellos gente de bien, de firmes principios y buena posición económica, gracias al comercio y la venta de telares, empresa a la que se habían dedicado desde varias generaciones anteriores. Pero a pesar de su condición de comerciantes, sorprendía comprobar el abundante número de libros

que poblaban las estanterías, tanto del salón principal como de las alcobas. Verdaderamente, resultaba insólito encontrar volúmenes, y en esa cantidad, fuera del secretismo que imperaba en los recintos eclesiásticos.

Al acabar la cena, me disculpé con mis compañeros y salí a la calle; necesitaba dar una vuelta por el pueblo, sentir el aire fresco de la noche en mi rostro.

—Debéis disculparme; no tardaré. No me gusta acostarme recién cenado —me excusé, mientras me aseguraba el zurrón en la espalda.

—Arropaos bien, en esta época del año, y de noche, hace frío de verdad —me aconsejó Lucas.

—¿Deseáis que os acompañe, *Pierre*? —respondió *Philippe*.

—No, gracias. Intentaré regresar pronto.

—Tened, abrigaos —Lucas me tendió una zamarra de piel vuelta.

Mis pensamientos se concentraban en el deseo de cumplir finalmente la promesa dada a *Julien*. Quería poder pensar con claridad, y lo mejor era intentar llevar a cabo mi misión amparado por las sombras de la noche. Salí a la calle, y un golpe de viento frío me golpeó la cara. Me abrigué cuanto pude y decidí caminar sin rumbo fijo, buscando el lugar más apropiado para ocultar el secreto que me había revelado el alquimista. Crucé algunas calles bajo la plomiza luz de los candiles de aceite y, ante mi sorpresa, apareció delante de mí la fuente en la que los soldados nos habían llevado a beber agua. Al instante, el corazón me dio un vuelco: como una aparición, surgió de la nada la figura etérea de aquel anciano patriarca.

—Te estaba esperando —dijo con gesto cansado.

—¿Quién eres? ¿Nos conocemos? —respondí, temeroso.

—Sí… Te conozco desde antes de que nacieras. Y sé que la misión que te ha traído hasta aquí es muy importante. Has decidido correctamente: éste es el lugar adecuado. No temas ahora por tus padres, están bien. Seguro que recuerdas lo que te dije en nuestro anterior encuentro. Tú eres el elegido; estás llamado a cumplir una misión de gran importancia en la historia… —explicó con sorprendente convicción aquel singular personaje.

Yo no salía de mi asombro. Estaba tan petrificado como asombrado; volvía a tener ante mí al hombre que había llenado mi

espíritu con su profecía y, de nuevo, iba a marcharse sin que pudiese averiguar nada acerca de él.

—Por favor, identificaos. Decidme quién sois y por qué me habéis escogido precisamente a mí…

Ni siquiera pude terminar la frase. El enigmático anciano de barba blanca —que apenas iba abrigado y no parecía temer al frío— se volvió y se evaporó en la oscuridad de la noche. Se marchó sin ruido, como un espíritu ancestral aparecido de repente. Aquel misterio insondable y telúrico volvía a mi vida. Parecía que el propio Satán imponía su tiránico mando en ese pueblo, por encima del espacio y del tiempo. Aquel extraño ser decía conocer a mi familia…

Yo no salía de mi estupor. Pero no podía olvidar el motivo del viaje que me había llevado a
Rennes-le-Château
. Oí el repique de campanas, que anunciaba completas, y en ese momento decidí dirigir mis pasos hacia la iglesia. Sentí una especie de premonición indicándome que era allí, en aquel lugar, donde podría ocultar mi hallazgo. Lo cierto es que la iglesia no llamaba la atención; después de haber visto la de *Mirepoix*, esta de
Rennes-le-Château
parecía una capilla. Sin embargo, presentía que allí se escondía algo sobrenatural. Sobre el arco de la entrada había un friso con una frase amenazante: «*Terribilis est locus iste*». («Este es un lugar terrible»). La tenue luz del candil, que iluminaba el ángulo de la calle, me sirvió para distinguir los caracteres del mensaje. Pero lo más sorprendente es que la inscripción no estaba terminada…

Era un paraje solitario y desierto. Apenas se veía un pequeño cementerio adosado al exterior de la cabecera del edificio. La puerta de la iglesia estaba entreabierta, y un pequeño candil de aceite iluminaba lúgubremente el interior. Dentro, un enigmático y tenebroso diablo hacía las veces de peana de la pila bautismal, sostenida sobre la cornamenta de aquella figura demoníaca, en la que había escrita otra expresión sobrecogedora: «*Par ce signe tu le vaincras*». («Con este signo le vencerás»). Al igual que la inscripción anterior, situada en el tímpano de la portada, también ésta se hallaba inacabada. Me acerqué al altar; el templo estaba dedicado a María Magdalena, la que fuera compañera de Jesús, y con la que —

según la tradición oral, aunque apócrifa—, el Señor tuvo una hija. Tras la crucifixión y muerte en el Calvario, ambas partieron de Palestina y llegaron a las costas de Marsella, portando un mensaje para la cristiandad. Pero ¿por qué allí, en aquella lejana y perdida población del Languedoc? ¿Qué sentido tenía aquello?

Busqué minuciosamente por todas partes un buen escondite para ocultar lo que llevaba encima, pero no encontré ninguno adecuado. Al no percibir ningún sonido en el exterior, salí afuera para seguir buscando, y, de golpe, entre unos ramajes, observé la forma de un pilar muy antiguo con extraños grabados en cada uno de sus cuatro frentes; lo tanteé y comprobé que estaba hueco, y que en la parte superior tenía una abertura por la que acceder a su interior. Comparé la amplitud del agujero con la del envoltorio que llevaba, y comprobé con satisfacción que era la adecuada, tanto en anchura como en profundidad. Limpié con las manos el lugar para introducirlo con mayor facilidad, y busqué algo con que sellar la entrada para volver a colocar la cubierta plana superior. Tuve suerte: cerca de donde me hallaba había restos de materiales de obra, y también argamasa seca preparada, porque los albañiles y los canteros debían de estar trabajando en aquel lugar.

Ya más tranquilo, utilicé aquella hendidura para ocultar definitivamente el secreto del alquimista. Horas más tarde, mientras trataba de conciliar el sueño, acudían a mi mente, de forma vivida, los detalles de aquella noche. Nada de lo ocurrido podía explicarse fácilmente, y ni siquiera mi maestro *Philippe* podía ayudarme en esa ocasión.

A la mañana siguiente, las campanas de la iglesia doblaron anunciando la hora cuarta, y, acto seguido, oí el toque de difuntos en honor a *Jérôme*. El sepelio era bien temprano, tal como anunciaron los padres de *Conrad*, Nos encontramos en el salón principal de la casa para desayunar, antes de compartir aquella jornada de dolor y acompañarlos al entierro.

—¿Cómo os fue todo anoche? —preguntó *Philippe*.

—Bien; hacía mucho frío, pero conseguí resolver el asunto que me trajo aquí.

—Me alegra que por fin os hayáis liberado de vuestro compromiso.

—Yo también lo celebro —añadió Sebastian.

—¿Y la pequeña *Gaia*? —pregunté.

—Esta mañana estaba muy cansada, y he decidido dejarla un rato más en la cama. Hace mucho frío, y no quiero que acuda con nosotros a presenciar el entierro de hoy.

—Sí, lo mejor será que se quede.

—¿Y la herida del hombro? —le pregunté a *Conrad*.

—Mucho mejor, gracias. La curación en el hospital de Mirepoix fue milagrosa.

De repente, el gesto de Sebastian se crispó, y adoptó una expresión de seriedad. Era evidente que algún pensamiento inquietante había cruzado su mente.

—A propósito, hay algo que quería preguntaros: ¿por qué a esta población se la considera gobernada por los poderes del mal? —le preguntó seguidamente a Lucas.

—Es una buena pregunta, y existen numerosas leyendas al respecto. Cuenta una de ellas que hace muchos años, en una época anterior incluso al catarismo, los visigodos, primero, y los merovingios, más tarde, establecieron en este lugar la capital de su primer reino en el sur de las Galias. Llamaron a esta población *Rhedae* y rindieron culto a sus divinidades ancestrales, a las que ofrecían incluso seres humanos. De aquellos lejanos rituales quedó un remanente de culto que ni la llegada del cristianismo fue capaz de absorber y anular por entero. Pero no todos aquellos sacerdotes fueron igualmente sanguinarios; hubo druidas nobles que, con un justo comportamiento con la sociedad intentaron establecer un equilibrio, pero no lograron vencer la maldad de la mayoría, y se dice que algunas de dichas almas nobles siguen vagando en el ambiente de
Rennes-le-Château
.

Al oír aquel relato me estremecí. Al instante recordé la imagen fantasmagórica del patriarca de origen remoto que había venido a mi encuentro en dos ocasiones. Después de las palabras de Lucas, ¿podría tratarse de un druida de los tiempos visigodos o merovingios?

—¿Y cuál sería la otra explicación? —volvió a preguntar Sebastian.

—La otra clave estaría mucho más cerca en el tiempo, porque se

remonta a poco más de un siglo. En 1210, el sanguinario *Simón de Montfort* llegó a
Rennes-le-Château
para combatir la herejía cátara al frente de los cruzados, y no sólo asesinó a la mayoría de sus habitantes, saqueó e incendió la población, sino que, en otoño del año siguiente, y tras poner sitio a la vecina fortaleza de *Coustaussa*, mandó degollar a toda la guarnición —explicó Lucas—. Después ordenó que se diera cristiana sepultura a los cuerpos. Sin embargo, el responsable espiritual de la cruzada,
Arnaud-Amaury
, impidió que se llevase a cabo, y los cadáveres quedaron esparcidos por el interior de la ciudad y también por las inmediaciones. Por esa razón, algunos creen que, desde entonces, aquellas almas en pena siguen vagando por
Rennes-le-Château
, esperando al fin el descanso eterno.

Lucas se tomó un breve respiro, antes de proseguir:

—Sin embargo, la más espeluznante de todas es la que dice que, cuando *Simón de Montfort* arrasó la región, algunos de sus esbirros, que habían oído hablar de un fabuloso tesoro escondido en lo más profundo de las entrañas de la tierra, lo buscaron infructuosamente. Según la tradición secular —prosiguió Lucas—, el tesoro duerme en una cámara secreta desde hace siglos. Sólo unos pocos habitantes de esta villa sabían llegar a las entradas de los pasadizos subterráneos existentes por los alrededores. Muchos fueron torturados con el objetivo de que revelasen el secreto de su localización exacta, pero morían sin decir nada, porque, en realidad, nada sabían. Cuando les tocó el turno a los más jóvenes, *Audiard*, un noble anciano de blancas barbas que, debido a su edad, aún no había sido interrogado, se dirigió a ellos y confesó saber cómo llegar hasta el tesoro. De hecho, el acceso constaba de varías entradas y salidas, muchas de ellas inencontrables. Un grupo de veinte soldados con antorchas siguieron al anciano a las profundidades de las cavernas, pero no regresaron. En la entrada se había apostado uno de los soldados, que permitió la entrada a otros dos grupos de soldados, que tampoco salieron nunca. Misteriosamente, la tierra los engulló para siempre. Presa del pánico y de la superstición, toda la soldadesca

huyó despavorida de *Rennes*. Con su gesta, el anciano *Audiard* salvó a gran parte de la población. Se dice que en las noches de calma estival, si se aplica con atención el oído al suelo, pueden oírse los gritos y los lamentos de aquellos soldados, que, errantes, buscan eternamente la salida a través del laberinto de pasadizos.

Tras una breve pausa, Lucas prosiguió:

—Existe también otra leyenda que sobrevuela la atmósfera de este pueblo desde los tiempos de *Clodoveo*, cuando el monarca merovingio, tras visitar *Rhedae* en el año 496, decidió la conversión de su pueblo al cristianismo. Desde entonces, aquella dinastía estableció en esta población su centro de operaciones de la *Septimania*, ciudad que fue antigua capital del antiguo reino visigodo en las Galias. Otro monarca merovingio, *Dagoberto II*, decidió contraer matrimonio en esta iglesia.

—¿Pero por qué *Clodoveo*, el que fue el más célebre de los monarcas francos antes de Carlomagno, decidió aquí la conversión de su pueblo al cristianismo? —pregunté.

—No se sabe. Puede que *Clodoveo* hubiese descubierto algo, alguna pista misteriosa que lo llevase a tomar dicha decisión, precisamente en nuestro pueblo. Se dice que el suelo de
Rennes-le-Château
es de naturaleza volcánica: no debemos olvidar que el volcán *Cardou* se alza a pocas millas de distancia de aquí, y cuenta la leyenda que al interior de su cráter fueron arrojados los cuerpos de los vencidos en las terribles batallas que libraron a lo largo de siglos visigodos y francos —añadió nuestro anfitrión.

—Yo desconocía todas esas leyendas; jamás las había oído —reconoció, sorprendido, *Conrad*.

—Porque son sólo leyendas ancestrales: hay, además, una especie de acuerdo implícito entre las gentes del pueblo para no mencionar la existencia del tesoro. Si corriese la voz, acudirían, víctimas de la codicia humana, todo tipo de gentes ávidas de riquezas, y
Rennes-le-Château
se convertiría en una cueva de ladrones —explicó su padre, mirando con indulgencia a su hijo.

—Todas esas historias, aunque en muchos casos no pasen de ser meras teorías, dicen mucho del sentir popular, y, en ocasiones,

pueden servir para aclarar algunos misterios —añadió *Conrad*.

—Anoche me sorprendió la extraña inscripción inacabada que vi sobre la puerta de entrada a la iglesia —confesé.

—Sí. Esa frase es el ejemplo de lo que habéis escuchado, y está situada precisamente en el acceso al lugar más sagrado, el templo. Pero es importante recordar que la iglesia se alzó sobre el antiguo altar de sacrificios que visigodos y merovingios utilizaban para rendir culto a sus divinidades.

—Eso confirma que ése es el lugar más sagrado de la población, porque lo sagrado, como bien sabéis, no es el edificio, sino la tierra, el enclave sobre el que se alza el templo —recordé—. En un versículo del *Génesis* leí, en una ocasión, lo siguiente: «¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo».

—Sin embargo, algo debe de haber de cierto en todas esas historias si contemplamos el hecho de que, antes de caer en desgracia y ser perseguidos por la Iglesia y por el monarca francés, los templarios envolvieran este lugar con poderosas fortalezas, como son los castillos de *Serre, Coustaussa* y *Arqués*, que parecen custodiar los tres flancos de esta colina. El cuarto estaba arropado de forma natural por el volcán *Cardou* —añadió Lucas.

—¿Y el sacerdote del pueblo? —preguntó *Philippe*.

—*Mossèn Eduard* es un hombre ya mayor, que no quiere discusiones ni conflictos, e intenta llevarse bien con todos. Es consciente del difícil papel que tiene aquí, en su parroquia. Lo cierto es que sorprende comprobar cómo las autoridades eclesiásticas no suelen venir a

Rennes-le-Château

y, mucho menos, las vinculadas con la Inquisición. Por otra parte, un elevado porcentaje de los habitantes de este pueblo son descendientes de aquellas familias que fallecieron durante la cruzada y, muchos de ellos, o se han hecho ateos, o mantienen en secreto las enseñanzas de sus antepasados. Algunos, aunque pocos, se han vuelto a la doctrina oficial, y se han convertido en devotos católicos. Por ese motivo, el cura párroco, hijo también de este pueblo, y que conoce muy bien a sus feligreses, lleva su sacerdocio basado en el respeto absoluto, y jamás ha hecho la menor insinuación que suponga obligatoriedad para nadie de acudir a misa. Con esa actitud se ha ganado el respeto de los ciudadanos, y

todos lo aprecian: es un buen hombre —respondió, emocionada, Margarita.

Era el momento de descubrir nuestro secreto, y ante la sinceridad mostrada por nuestros anfitriones, y previendo su respaldo incondicional, *Philippe* desveló su condición de perfecto.

—También yo soy perfecto cátaro y compañero de mi hermano *Philippe* —declaré yo después—. Mi nombre es Guilhelm Bélibaste.

Siguieron unos instantes de sorpresa y admiración. Todos clavaron su mirada en nosotros, y el silencio que inundó la sala se quebraba tan sólo por el fuerte viento que batía los postigos de madera de las ventanas. Fue Lucas el primero en contestar, en un tono de comprensión que nos reconfortó:

—Nada de lo que acabáis de manifestar cambia las cosas. Tal como os dijimos cuando llegasteis a ésta, vuestra casa, podéis permanecer en ella el tiempo que queráis, y debéis saber que apreciamos en vosotros, no únicamente el haberle salvado la vida a nuestro hijo, sino también el valor de confesaros. También nosotros, queridos amigos, somos descendientes de creyentes cátaros. De hecho, el taller de tejedores que ha servido de sustento para varias generaciones de nuestra familia es una herencia de nuestros abuelos, y todos nosotros estamos haciendo lo posible para que esta humilde y trabajosa actividad siga dando, como resultado, unos tejidos de la mejor calidad. *Conrad* se ha convertido en un gran experto en telas y diseños —respondió Lucas con aprobación.

Philippe y yo estábamos exultantes de gozo, esperanzados por fin tras tanto tiempo sufriendo persecución y viviendo tribulaciones. Decidimos que durante la celebración del entierro de *Jérôme*, y cuando el *mossèn* se hubiese marchado, llevaríamos a cabo, en secreto, una ceremonia cátara en memoria de aquellas almas errantes, e intentaríamos dar descanso eterno a tantos espíritus atormentados que vagaban eternamente en la oscuridad.

—Deberéis realizarla cuando el cementerio esté desierto, de tal forma que los únicos testigos seamos nosotros —advirtió Margarita.

La ceremonia estaba prevista para la hora sexta, cuando el sol de aquella mañana del mes de diciembre hubiese caldeado levemente la fría atmósfera de

Rennes-le-Château

. *Mossèn Eduard* acudió pronto a la casa, acompañado de dos jóvenes

acólitos. Uno de ellos llevaba un crucifijo alto, y el otro, un incensario. El capellán dio el pésame a toda la familia, saludó amablemente al resto de los que allí estábamos, y de inmediato procedió al sepelio.

El cuerpo de *Jérôme* había sido introducido en una caja de madera sin barnizar, pues no hubo tiempo de preparar el féretro. Sobre el ataúd, en lugar de una cruz cristiana, podía distinguirse un disco solar, grabado de manera discreta; consistía en una estela discoidal, un símbolo que, inequívocamente, estaba más próximo al catarismo que a la Iglesia de Roma. *Philippe* y yo nos miramos con curiosidad.

La silenciosa comitiva atravesó el centro del pueblo en dirección al camposanto, simado, como era habitual, en un lugar sagrado próximo a la iglesia. Únicamente se oían las letanías del cura. Numerosos vecinos del pueblo se agolpaban en las aceras y los soportales para dar el último adiós a *Jérôme*. No reparé en sus caras de aflicción hasta que, surgido nuevamente de la nada, y con una expresión de serena tristeza, apareció entre ellos el misterioso anciano de tupida y nívea barba. Iba envuelto en su peculiar túnica blanca, y me observaba atentamente. Mi desconcierto me detuvo. Cerré los ojos un breve segundo, y al abrirlos de nuevo, comprobé, asombrado, que había desaparecido. Donde lo había visto un instante antes, no quedaba ya nadie. Absolutamente confuso, me dirigí en un susurro a *Philippe*:

—¿Lo habéis visto? —pregunté.

—¿A qué os referís, hermano?

—Al anciano de las vestiduras blancas del que os hablé: ha vuelto a manifestarse por tercera vez.

—Lo lamento, pero no lo he visto.

—Estaba allí, a pocos pasos, enfrente de nosotros…

La noche anterior había llovido, y el suelo del cementerio estaba húmedo. Al llegar nuestra pequeña comitiva, contemplamos a dos hombres con los pies semihundidos en el barro, que cavaban con picos y palas abriendo una fosa. El *mossèn* dirigió a los presentes unas palabras elogiosas hacia *Jérôme*, rogando a Dios que lo acogiera en su gloria. Mientras tanto, la caja fue depositada suavemente en el suelo. *Philippe* y yo no pudimos contener las lágrimas; Sebastian había preferido quedarse en la casa con *Gaia*. Al finalizar el acto

religioso, el camposanto fue vaciándose lentamente; también el *mossèn*, después de darle el pésame a la familia de *Conrad*, se marchó con sus ayudantes.

Era una mañana fría, con un viento continuo y molesto que doblaba violentamente las copas de los árboles más gruesos. Cuando nos quedamos solos, mi maestro y yo iniciamos el ritual cátaro. De pronto, al alzar la cabeza, contemplé la hierática figura del anciano patriarca que me miraba de lejos con dulzura.

—*Philippe*, dadme la vara —solicité a mi hermano, que la llevaba envuelta en su paño de seda.

—Madre, intercede por mí para que la Deidad me oiga. Danos fuerzas —musité, mientras clavaba en el suelo mi rodilla izquierda para coger un puñado de tierra de la fosa recién excavada.

Me levanté; la tumba se hallaba frente a mí. El fuerte viento nos hacía tambalear. *Philippe* se situó detrás e impuso sus manos sobre mis hombros; al instante percibí que la transmisión de su energía hacía duplicar la mía, adquiriendo una enorme fuerza. Recité el fragmento del evangelio de Lucas en honor a *Jérôme*:

—«Nadie pone en oculto la luz encendida, ni debajo del almud, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira, pues, no suceda que la luz que en ti hay sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbra con su resplandor».

Luego, con la ayuda de la vara, cerré el círculo alrededor de toda la población. *Philippe* me asió con más fuerza, llegando incluso a hacerme daño. Elevé el rostro al cielo y levanté los brazos sobre mi cabeza.

—«¡En nombre de todos los pueblos de la Tierra, unimos nuestros corazones al Ritmo del Cosmos e invocamos la grandeza de la Fuerza Universal! ¡Oh, Señor del Amor y de la Luz, Maestro del Saber de todos los tiempos y lugares, ven a unir todas las partes separadas, todos los anhelos, todos los credos, todas las luces, todas las vidas! ¡Danos el ánimo, danos la fuerza de servir; danos la Paz, y la fuerza de la Virtud! ¡Danos, oh. Maestro, el Poder de Tu Verbo para que el Reino venga, para siempre, a la Tierra! ¡Nosotros Te

afirmamos como Voluntad del Bien! ¡Nosotros Te afirmamos como Amor Consagrado! ¡Nosotros Te afirmamos como Sabiduría eterna, y Te manifestamos en el mundo como Luz y Verdad! ¡Tú, que cada cosa que has creado vuelve a Ti!» —clamé.

En ese momento, el viento se volvió huracanado; cambiaba caprichosamente de dirección, y barría y levantaba por los aires todo lo que encontraba a su paso. Los demás se echaron al suelo de inmediato, atemorizados. Un trueno retumbó en las alturas.

—«¡Oh, espíritu de todos los espíritus! ¡Aliento imperecedero de vida! ¡Suspiro creador! ¡Alma eterna de las almas!».

Densos y negros nubarrones se arremolinaban sobre nosotros. Empezó a diluviar con inusitada furia, y un rayo rasgó el cielo de parte a parte.

—¡Nosotros ya no seremos arrollados por la tormenta, sino que mantendremos por las bridas a los caballos alados de la mañana y dirigiremos el curso de los vientos de la noche para volar ante Ti!

El fragor de la tormenta era tan grande que no podía oír ni mi propio clamor.

Arrojé al aire la tierra, mientras trazaba, con la vara orientada a los cielos, un círculo sobre la línea del horizonte. Entre el torrente de lluvia azotada por el huracán vislumbré cómo acudían, deambulando, seres espectrales de mirada ausente, que se quedaban vagando por las inmediaciones.

—¡Yo soy el Chacal de los Chacales, y aire obtengo de la presencia del Dios de la Luz; y lo conduzco a los límites del firmamento y a los confines de la Tierra, y a las fronteras de los extremos de vuelo del ave fénix!

En ese preciso momento, la tormenta adquirió su máxima virulencia.

—¡*Moloc*, en nombre de Dios, te ordeno que sueltes de tus garras las almas que no te pertenezcan! ¡Así se otorgue aire y luz a estos seres errantes, almas atormentadas por el dolor y las injusticias de los tiempos, para que regresen junto al Fuego Divino!

La violenta tempestad cesó de golpe, y todo quedó en calma, impregnado de un súbito silencio. El aire se aquietó durante unos segundos, pero, súbitamente, un intensísimo remolino de fuerzas sobrenaturales irradiadas hacia el cielo surgió del agujero abierto en la tierra, y todas las erráticas almas fueron arrastradas hacia arriba.

En aquel momento, el patriarca se acercó a donde nos encontrábamos y se despidió de mí con una sonrisa beatífica y pura. Luego se unió a aquel torbellino de cegadora y azulada energía que salía de la tumba. Quedé aturdido por un momento. Supe después por *Philippe*, que yo había sido el único en presenciar tan extraordinario fenómeno. Al cabo de un brevísimo lapso de tiempo se abrieron rápidamente las nubes y dejaron ver un hermoso cielo de reluciente azul.

—¿Os encontráis bien, hermano? —me preguntó *Philippe*.

—Me he conmocionado, pero estoy bien. ¿Y vos, cómo os encontráis?

—Muy debilitado, pero ha merecido la pena —dijo sonriendo—. Ahora debemos cubrir la fosa lo antes posible.

Todos los allí reunidos ayudaron en la tarea, y al cabo de pocos minutos terminamos de rellenar aquella oquedad, sobre la que colocamos una sencilla losa para que el lugar fuera respetado.

—La próxima primavera plantaremos un roble en este lugar —declaró Lucas.

—También podría ser un tejo, o un fresno. Todas esas especies arbóreas son sagradas —apunté.

—¿Cuál ha sido la causa de que se desatasen esas fuerzas naturales? —preguntó Lucas con curiosidad.

—Las energías nunca van de fuera hacia adentro, pues, de ser así, serían demoníacas; deben ir siempre de dentro hacia afuera —respondí.

Después de aquel acto emocionante y mágico, permanecimos un par de jornadas en
Rennes-le-Château
. *Philippe* y yo estuvimos dando pláticas y homilías sobre la esencia del catarismo, y leyendo el evangelio de san Juan en la casa de Lucas y Margarita. Pasadas algunas jornadas, *Conrad* nos comunicó su intención de regresar a Mirepoix para saber cómo marchaba la recuperación de *Yves*. Todos nos encontrábamos muy a gusto allí. En aquella familia se respiraba una envidiable atmósfera de amor y respeto, pero debíamos seguir nuestro camino, y éste se dirigirla ahora hacia el Pirineo, concretamente a *Montaillou*, donde debía culminarse la curación de *Gaia*.

En nuestro pensamiento permanecía una honda preocupación

por lo que podríamos encontramos en nuestra querida aldea tras tantos meses ausentes. Sufríamos, inquietos por la suene de aquellos niños desamparados, y también por la de nuestro hermano *Pierre*, del que desconocíamos si seguía aún con vida.

XXIII.
REGRESO A MONTAILLOU

Partimos de *Rennes-le-Château* con la paz que transmite el sentimiento del deber cumplido. La más importante de las tareas que habíamos llevado a cabo nos había conducido a ese difuso territorio en el que la historia se confunde con las leyendas, y todos deseábamos el descanso eterno a las almas errantes que vagaban por el pueblo. En mi mente perduraba aún el eco de las palabras de aquel hombre de mirada noble y mayestática figura. Me había hablado de mis padres, me había dicho que se encontraban sanos y salvos, y, aunque los añoraba enormemente, esa breve frase me tranquilizó y aquietó en gran medida mi tumultuoso espíritu. Cuántas cosas había vivido desde que había abandonado, más de un lustro atrás, el hogar paterno en *Cubières*, el pueblo que me había visto nacer. Mi hermano se hallaba a mi lado, como siempre.

—¿Cómo os encontráis, *Philippe*?

—Bien; la estancia en esta población, lejos de confirmar los malos augurios que se oyen de ella, me ha dado mucha paz.

—Yo también siento un bienestar desconocido, una alegría interior difícil de explicar. Quizá responda al hecho de haber cumplido, al fin, la promesa hecha a nuestro querido *Julien*.

Companh sacudía su denso pelaje al viento, como si, ante el frío ambiental, intentase desentumecer sus huesos mientras recorría el sendero de descenso, a pocos pasos del carromato. Gata seguía

dormida, y Sebastian, *Philippe* y yo ardíamos en deseos de llegar a *Montaillou* El camino estaba duro y resbaladizo por la escarcha de la noche; el agua se había convertido en placas de hielo, con el riesgo que eso suponía para nuestra integridad, así que hicimos lo posible por no forzar los mulos a un esfuerzo desmesurado y peligroso. La distancia hasta *Montaillou* no era muy grande en millas, pero la dificultad de los pasos de montaña que debíamos salvar hacía que nuestra empresa se complicase.

Al adentrarnos en el valle del *Couiza* tomamos contacto con las frescas aguas del Aude, cuya corriente, aunque en sentido contrario a su curso actual, nos llevaría hacia *Quillan* atravesando *Espéraza* y Campagne-sur-Aude.

Debidamente camuflados, hicimos una parada en esa última población, y visitamos el surtido mercado para comprar algunos alimentos. También los animales debían descansar. Tras unas horas de parada, en un bosquecillo próximo al río, junto a una agradable fuente, proseguimos el viaje.

—Conozco bien la zona que nos disponemos a atravesar —dijo *Philippe*—. Esta región se conoce con el nombre de *País de Sault*, tierra de larga tradición cátara. Su capital, Belcaire, fue un cruento escenario de la cruzada, personificada en la violencia ejercida por *Simón de Montfort*. Su castillo es famoso por sus elevadas torres, y, a poca distancia de la población, hay otra fortaleza, también legendaria, donde su defensor, el señor *Raymond de Roquefeuil*, resistió en 1218 el ataque de los cruzados hasta caer mortalmente herido. Afortunadamente, y como buen cátaro, recibió, antes de morir, el *consolamentum* de manos del obispo de *Razès, Benoît de Termes*.

—Es una historia sobrecogedora —respondió Sebastian.

—Sí, pero los tristes acontecimientos relacionados con esa fortaleza no acaban ahí —añadió mi hermano—. En 1240, los soldados franceses volvieron a sitiar *Roquefeuil*, encolerizados por los sucesivos y fracasados intentos por capturar al que era su señor en esa época,

Pierre-Roger de Mirepoix

. Pero éste, aunque con pocos efectivos, logró rechazar valientemente aquel desesperado ataque.

—Recuerdo que mis familiares de *Mirepoix* me hablaron en

varias ocasiones de ese singular personaje —susurró Sebastian.

La vista que se ofrecía ante nuestros ojos era de una intimidante hermosura.

—Ahora entramos en una zona de profundas rocas, y parece que pasaremos justo por el centro de ellas —proclamé.

—Sí, son las estrechas gargantas del Rebenty —respondió *Philippe*—. Si alzáis la cabeza, veréis sobre aquella colina de piedra las casas de
Niort-de-Sault,
cuya fortaleza, la
Roche-Aniort,
se encuentra fuera de nuestra vista, al otro lado de la montaña. Hace un siglo fue la antigua capital del vizcondado, y se fijó como residencia de algunos renombrados perfectos, entre los que se encontraban *Raymond Mercier, Raymond Agulher* y *Raymond Imbert*.

—Entristece comprobar cómo todo aquel esplendor cultural se ha destruido por culpa de la guerra. Es lamentable el espectáculo que ofrecen las ambiciones, los intereses y las envidias de los hombres —dije, apesadumbrado.

—Es cierto. En apenas un siglo, y como consecuencia de la violencia, han ido desapareciendo una filosofía vital y una forma de entender la existencia. Quiero recordaros, además, que los señores de Niort, que entonces regían los destinos de esta región de *Sault*, se contaron entre los últimos defensores del catarismo —explicó *Philippe* con dolor contenido.

Nos detuvimos por segunda vez, y era ya la duodécima hora cuando entrábamos en *Montaillou*. La aldea presentaba un desolador aspecto de dolor y abandono; muy pocas personas se cruzaron con nosotros mientras atravesábamos las rúas principales. Los contados aldeanos que vimos huían despavoridos, atemorizados ante nuestra presencia. Me fijé atentamente en el rostro de aquellas gentes, pero no logré reconocer a nadie, incluso la capilla de la Virgen,
Notre-Dame-des-Carnesses,
se hallaba desocupada, y su entorno despoblado y yermo, al igual que las fuentes del *Jirc*, de *Bounet* y de *Rivel*. Un aire helado azotaba las empinadas calles y las desiertas plazas. La población entera transmitía una extraña sensación de abandono y tragedia. No quisimos atemorizar a nadie, y fuimos directamente al *domus*,

igualmente solitario. La mayoría de las casas de la aldea parecían deshabitadas.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí, *Philippe* —aconsejé—; esta fue, si no me equivoco, la casa en la que estuvimos alojados.

—Estoy de acuerdo. Pero parece desolada.

—Quedaos aquí. Voy a dar una batida antes de entrar —mandó con tono imperioso Sebastian.

Gaia estaba cansada por el agotador viaje y permaneció en el interior del carromato con *Companh*.

—¡Papá, ten cuidado! —clamó la pequeña.

Sebastian regresó después de unos minutos de espera, asegurando que aquella casa estaba totalmente abandonada, y que no había advertido señales de que nadie viviese allí ahora.

—Creo que lo mejor será que entremos y nos instalemos en este antiguo *domus*. Mañana, con la luz del día, intentaremos averiguar cómo están las cosas en la aldea y qué ha sido de nuestros hermanos *Guilhelm Authié* y *frey* Lorenzo —propuse—. Dios quiera que sigan vivos.

—Yo me ocuparé de asegurar bien el portalón de entrada, y organizaré luego las habitaciones en donde vamos a instalarnos de momento. Habrá que hacer alguna guardia, porque no sabemos cuál es la situación real del pueblo, ni la suerte que hayan podido correr sus habitantes. Pero antes deberíamos comer algo —dijo Sebastian, mirando con ternura a su hija—. Podemos dejar el carro y los mulos en la cuadra trasera, que está en buen estado.

La casa estaba fría. La chimenea del *domus* hacia mucho que no se encendía. La cocina conservaba, sin embargo, los cacharros guardados dentro de las alacenas; los muebles de pared de las estancias estaban abiertos y sin ropas, aunque había camas con algunas sábanas y mantas. Era evidente que faltaba, desde hacía tiempo, el calor humano y la vida que nosotros intentábamos darle a la casa, pues tanto a *Philippe* como a mí nos traía buenos recuerdos. Sebastian intentaba explicarle con dulzura la situación a su hija.

—*Gaia*, hija mía, hemos venido hasta esta aldea del Pirineo para terminar de curarte de tu enfermedad en los ojos. Aunque la labor más importante ya la hizo Guilhelm, ahora tendrás la oportunidad de ver bien del todo.

—Sí, papá, lo sé. Pero ya veo mucho mejor —respondió la niña,

mientras me miraba con cariño.

—Esta noche ocuparemos las habitaciones de la fachada principal, las únicas con chimenea, y que son, por ello, las más caldeadas de la casa. Son, además, las estancias que nos ofrecen mayor seguridad para poder defendernos en caso de peligro —aconsejó Sebastian.

—Mañana, de día, averiguaremos qué es lo que ha sucedido aquí —musité.

Aquella noche, y a pesar del cansancio acumulado, ninguno de nosotros pudo conciliar el sueño, a excepción de *Gaia*, que se instaló en la habitación de su padre. Estuvimos toda la noche inquietos, alertas ante cualquier imprevisto. Al día siguiente nos levantamos pronto, pero faltaban aún unas horas para que amaneciese. Sebastian fue a los establos para ver cuál era el estado de los animales. *Companh* permanecía echado sobre una manta a los pies de la cama de su dueña, velando por su seguridad. *Philippe* caminaba encorvado, vencido por el paso de los años. Contemplé con cariño sus esfuerzos por disimular en parte su postración física, y me acerqué a él con benevolencia.

—Cuando avance la mañana y se disipe la niebla, nos acercaremos a la gruta que sirvió de refugio a nuestros hermanos.

—También yo tengo ganas de saber de ellos.

—Me gustaría acompañaros —terció Sebastian.

—Por supuesto, me encantaría que vinieseis con nosotros, y también vuestra hija. Esperemos que Guilhelm *Authié* y frey Lorenzo estén bien.

Tiempo después de que las campanas de la iglesia anunciaron la hora sexta, la niebla seguía cubriendo espesamente la atmósfera. En el pueblo, un silencio sepulcral helaba el ambiente. El frío era intenso. Finalmente, bien abrigados, decidimos ir a la gruta, situada en dirección al barranco donde se abrían las espectaculares gargantas de *la Frau*. Recordaba bien el lugar, porque había estado allí en numerosas ocasiones en compañía de *Philippe*. Sebastian permanecía, como de costumbre, en constante vigilancia. Tras unas horas de trayecto alcanzamos el roquedal, en cuya ladera de mediodía se abría la caverna. Allí debían hallarse nuestros hermanos *Authié* y Lorenzo. Los indicios de un fuego en la explanada delantera de la boca del antro nos hicieron sospechar que,

felizmente, aún estaban vivos.

—¡Hermanos *Authié* y Lorenzo, somos nosotros, *Philippe* y Guilhelm! —grité ya en la antesala de la cueva, mientras me iba adentrando.

Los demás permanecían, prudentemente, en el exterior. Un olor agradable y familiar embriagó mis sentidos: era el dulce aroma de plantas aromáticas en plena cocción. Nada se oía en el interior de la cueva; tras unos instantes de silencio, se oyeron, lejanos y cansados, los pasos torpes de alguien que se aproximaba. El corazón me dio un vuelco, porque de repente advertí que sólo eran dos los pies que se acercaban.

—¿Quién va?

Reconocí con alegría la voz de uno de nuestros amigos templarios.

—Soy Guilhelm Bélibaste, *frey* Lorenzo.

—¡Qué alegría veros, querido Guilhelm! Os creíamos muerto hacía tiempo en el infierno del Muro de Carcasona —exclamó frey Lorenzo con lágrimas en los ojos.

Ambos nos fundimos en un fraternal abrazo antes de salir a la claridad de la antesala. En la mirada de nuestro amigo se vislumbraba un velo de pesadumbre.

—¿Y nuestro hermano *Authié*? —pregunté con preocupación.

Los ojos de *frey* Lorenzo se humedecieron antes de responder.

—Falleció hace un par de meses, víctima de la peste blanca. No pude hacer nada por él, pero descansó en paz. Él mismo se administró el *consolamentum*, y recuerdo que pidió por vuestras almas, puesto que os dábamos por muertos.

—La muerte de *Authié* es una desgracia para todos —dije con tristeza—. A mí me acompaña *Philippe*, que también está vivo; ha venido conmigo y nos aguarda fuera, junto a quien debemos nuestra liberación de las terribles mazmorras de Carcasona.

Philippe y *frey* Lorenzo se fundieron en un largo y sentido abrazo al reencontrarse después de tanto tiempo.

—*Frey* Lorenzo, os presento a Sebastian, nuestro benefactor y salvador. Él es el responsable y el artífice de nuestra libertad. Es una persona de total confianza; arriesgó su vida para salvarnos de aquel infierno y, desde aquel día, sufre, por esa causa, persecución junto a nosotros. Somos fugitivos de la justicia, como podéis ver. Y nos

acompaña su hija *Gaia*, de once años, a la que hemos querido traer para que culminéis la curación que yo empecé hace unos meses. Padecía de una ceguera casi irremediable, pero llevé a cabo uno de los rituales de sanación y mejoró milagrosamente. Creí que lo mejor era asegurar el proceso y traerla aquí para que vos os ocupéis de ella.

—Os agradezco que hayáis pensado en mí; lo mejor será que pasemos dentro, allí estaremos más seguros y no hará tanto frío. En estos momentos estaba preparando un jarabe de arándanos, porque hay un brote de diarreas en la aldea que afecta especialmente a la población infantil. Supongo que habréis notado el silencio y la sensación de soledad del pueblo —susurró el templario.

—Una sensación casi lúgubre —respondió Sebastian.

—A propósito de los niños, ¿qué fue de ellos después de nuestra captura, hace ahora cerca de un año? —preguntó *Philippe*.

—Fue algo terrible: la vecina aldea de
Verdun-Lauragais
desapareció. Todos sus habitantes fueron llevados presos a Carcasona, y ninguno de ellos regresó con vida —respondió frey Lorenzo sin dejar de caminar hacia el interior de la gruta.

—¿Y de *Montaillou*? —quise saber.

—No quedó ningún adulto en el pueblo: los niños permanecieron solos, huérfanos y desamparados durante un par de semanas. Hasta que algunas familias de *Ax* y *Tarascón* decidieron venir a vivir a nuestra aldea para guarecer a los pequeños. Muchos no vacilaron en adoptarlos como si fueran propios. Ahora aquellos niños ya tienen unos nuevos padres, y lo que es más significativo, la mayoría de ellos siguen viviendo en la misma casa donde nacieron. Lo decidieron así para que no extrañasen también la vivienda.

—Anoche, al llegar a la aldea, comprobamos que hay muy pocas casas habitadas.

Ha sido una tragedia terrible. Un gran número de viviendas están vacías, incluso el *domus* donde os alojasteis. Sus propietarios fueron asesinados durante la redada de los soldados que os llevaron presos a Carcasona. La antigua casa del *bayle* se ha convertido en un improvisado colegio en el que los niños están recogidos durante el día, mientras sus padres trabajan en el campo o pastan el ganado en los montes. Debéis actuar con mucha discreción, porque el cura, que

viene de Ax, os delataría sin miramiento alguno. Es una persona ambiciosa y ansia hacer méritos y obtener el grado de abate, primero, y presbítero, después —explicó *frey* Lorenzo—.

Al tiempo que nos relataba lo ocurrido durante nuestra ausencia, nos ofrecía asiento en la sala interior de aquella gruta que él había convertido en su refugio. Nos sentamos frente al caldero de cocción y al herbolario.

—Al llegar a la aldea anoche y comprobar sorprendidos que estaba vacía, nos alojamos en el *domus*.

—Hicisteis bien; allí no os dirán nada porque, además, aquel barrio de la aldea, como habréis podido comprobar, está casi deshabitado. La zona más poblada se encuentra entre las fuentes de *Jirc* y de *Bounet*. De todas formas, insisto, debéis actuar con mucha precaución. Después de vuestro apresamiento, la Inquisición dejó tranquila por un tiempo esta aldea, pero no conviene que os fiéis de nadie; cualquiera puede tratarse de un infiltrado del obispo de *Pamiers*, y no dudéis de que os delatarían sin pensarlo dos veces.

—Hemos regresado a *Montaillou* principalmente para que se termine de sanar *Gaia*. Después decidiremos qué camino seguir. Quizá permanezcamos aquí, e intentemos camuflarnos cambiando de nombre; o bien escojamos marcharnos a otro lugar —repuso suavemente Sebastian.

—Haré todo lo que esté en mi mano para curar definitivamente a vuestra hija —respondió *frey* Lorenzo.

—*Philippe* y yo aguardaremos en *Montaillou* durante el invierno. Más tarde, a inicios de la primavera próxima, cruzaremos los Pirineos en dirección a Catalunya. No hay lugar seguro para nosotros en todo el Languedoc. Nos acosarán y nos perseguirán hasta darnos caza.

Philippe asentía mientras me escuchaba.

—¿Y qué fue de *Raymond Maury*, el tejedor y sastre de la aldea? —pregunté.

—Fue asesinado en su propia casa, al igual que el resto de su familia. Se enfrentó a los soldados franceses que os apresaron aquella triste jornada. El telar, el batán y el taller de sastrería fueron destruidos por los soldados; poco pudo salvarse de las llamas. *Raymond Maury* y su familia perecieron en el incendio, asfixiados por el humo. Durante una semana, *Guilhelm Authié* y yo estuvimos

abriendo fosas con la ayuda de algunos pastores de trashumancia, para dar cristiana sepultura a los innumerables muertos de la aldea. Ríos de sangre bajaban por las empinadas calles como recuerdo de aquella matanza.

Durante unos minutos, el doloroso recuerdo y la inmensa tristeza que sentíamos por lo acaecido hizo que un silencio profundo se apoderase de aquel recinto rupestre.

—¿Dónde reposa el cuerpo de nuestro hermano *Authié*?

—Lo enterré a pocos metros de la cueva, sobre la colina que se alza justo encima de donde nos encontramos. Él amaba mucho este lugar, y estoy seguro de que su espíritu está con nosotros en estos momentos —susurró frey Lorenzo.

—Quisiéramos acercarnos a dar nuestro adiós al hermano *Authié* —manifestó *Philippe*.

—Bien. No tendréis ningún problema en localizar la tumba, porque le grabé una estela discoidal con los rayos solares y la estrella de cinco puntas en el dorso. Mientras, y si os parece bien, amigo Sebastian, examinaré los ojos de vuestra hija —dijo el templario, mientras, con pasos torpes, se acercaba a la altura del herbolario.

—Tenéis mi total gratitud, *frey* Lorenzo, por todo cuanto hagáis por *Gaia* —le oí decir a Sebastian en el momento en que nos encaminábamos al exterior de la gruta.

No estaba lejos, en efecto, la tumba con los restos de nuestro hermano *Guilhelm Authié*. Subimos unos veinte codos superando la gran apertura de la cueva, para ver que, sobre la galería central de la misma, se hallaba la estela. Junto a ella había unas flores frescas que frey Lorenzo, con toda seguridad, se ocupaba de colocar todos los días bajo el epitafio. *Philippe* y yo le dimos el *consolamentum* a título póstumo, y rezamos después un padrenuestro. Tras un largo rato de meditación, regresamos al interior de la caverna.

—He examinado los ojos de *Gaia* y, como ya le he dicho a Sebastian, considero adecuado esperar a la llegada de la primavera para conseguir las plantas necesarias para su definitiva curación —explicó *frey* Lorenzo.

—No hay ningún problema. Nos quedaremos en *Montaillou* hasta entonces; lo más importante para mí es la curación de mi hija —contestó Sebastian amablemente.

Por diferentes motivos, íbamos a permanecer juntos los meses de invierno en aquella aldea. Por tanto, debíamos seguir tan estrechamente unidos como habíamos estado hasta ese momento.

—Mientras tanto, creo prudente que nos quedemos en el *domus* que nos cobijó anoche. Es un lugar adecuado para alojarnos temporalmente, y no será sencillo encontrar otro refugio que nos proporcione tanta comodidad y discreción —aconsejó Sebastian, buscando nuestra conformidad.

Todos estuvimos de acuerdo.

Aquella jornada la pasamos en la cueva de *frey* Lorenzo. Hacía tanto tiempo que no sabíamos unos de otros, y había tantas cosas que contar que estuvimos charlando durante interminables horas. Él conversaba al tiempo que no cesaba de hacer sus preparativos, pensando en la enfermedad de los niños de la aldea. Lo ayudamos gustosos en esa ardua labor, y recordamos, así, los meses en *Montaillou* en los que los tres perfectos tuvimos que hacer frente a las epidemias que pusieron en peligro a gran parte de la población infantil de la aldea. Sebastian parecía encontrarse muy a gusto entre nosotros, debido, seguramente, a que, en el fondo de su corazón, latía también el sentimiento cátaro. Algo en el interior de su alma le decía que su hija estaba en buenas manos.

—Tendré listos estos preparados a lo largo de esta noche, y mañana, al amanecer, iré a la aldea para seguir aplicando los tratamientos en los niños que están más graves.

—Nos gustaría ayudaros en esta tarea, al igual que en tantas otras ocasiones. Lo más importante es la salud de esas criaturas, y no permitiremos que sufran aunque corramos riesgo de ser delatados.

—Gracias, hermanos. Ahora mismo roda ayuda es poca. Mañana iré al *domus* para reunirme con vosotros, y desde allí, proseguiremos los tratamientos en las casas de los niños enfermos. Al contar con vuestra generosa ayuda, dispondremos de cuatro manos que harán un enorme servicio. Puede que, siendo más, terminemos antes de erradicar esta plaga —respondió con alegría *frey* Lorenzo.

Tras despedirnos de él, regresamos al *domus*. Todo seguía igual: los animales, con agua y paja, habían tenido tiempo de descansar en los establos traseros de la casa, y preparamos una sencilla cena. *Companh* no se separaba ni un instante de *Gaia*, y esperaba

impacientemente a que la niña se retirara a su alcoba para recostarse a los pies de la cama. Después de nuestra frugal cena, los tres nos quedamos frente a la chimenea, oyendo el crepitar de los troncos secos de madera.

—A pesar del elevado riesgo que supone, he pensado en quedarme a vivir con mi hija en esta aldea para siempre. Veo que aquí hacemos mucha falta —dijo Sebastian.

—Es una decisión que os honra. *Montaillou* precisa de personas como vos, con ganas de hacer cosas. *Gaia* no tardará en recuperar plenamente su visión gracias a los cuidados de *frey* Lorenzo. Pero, si permanecéis en este pueblo, debéis tener mucho cuidado en no ser descubiertos, porque el futuro de *Gaia* depende totalmente de vos. Vos sois su padre y, salvo vuestra pequeña familia de Mirepoix, su único sustento en la vida.

—También he pensado en instalarme en *Mirepoix*, pero dejaré pasar un tiempo, porque ahora estarán buscándonos los soldados y el cuerpo inquisitorial mandado por
Geoffroy d'Ablis
. Esta aldea queda más retirada de Carcasona, y, como ha dicho *frey* Lorenzo, después de vuestro apresamiento, *Montaillou* parece haber sido olvidada por la Iglesia.

—Debemos ayudar a erradicar la epidemia infantil y, hasta la llegada de la primavera próxima, intentaré recuperar en la medida de lo posible el taller de *Raymond Maury*, donde trabajé como tejedor y sastre, porque es evidente que la comunidad lo precisa. He decidido que llevaré a cabo esa actividad por las mañanas, y *Philippe* y yo seguiremos dedicando las tardes y las noches a continuar nuestro magisterio con las familias y los creyentes de la aldea.

Mi maestro hizo un leve gesto de asentimiento.

—El sendero más conocido para atravesar los Pirineos es el que parte de *Montségur* y llega a la ciudad catalana de Berga, después de pasar por Bagá, Gósol y la montaña del Pedraforca —aconsejó Sebastian.

—Sí, ése es el sendero que popularmente se conoce como el *camí dels bons homes*, pero estará muy vigilado, y cuenta con tramos de ascensión realmente duros que requieren una buena preparación física. Y me parece que yo ya estoy muy mayor para poder recorrer un camino tan exigente —reconoció *Philippe*, afligido.

—Pues, en ese caso, haremos el camino más directo, corto y cómodo, el que transita a través del Pirineo de Girona, por *Font Romeu, Llivia* y *Puigcerdà*, población, ésta última, de larga tradición templaria. Y lo haremos una vez los pasos de montaña se abran al derretirse la nieve, camuflados como pastores de trashumancia —aseveré.

Philippe me sonrió con gesto cansado. Nuestra aventura seguía su curso incesante.

XXIV.
EL
SANTO TEMPLARIO

Y así fue. Trabajamos duramente durante aquel invierno en la recuperación de la salud de los niños. Después de la terrible diarrea, nuevos brotes de peste blanca sacudieron a la comunidad de *Montaillou*. Esta última epidemia fue de extrema gravedad, pues afectó de forma mayoritaria a la población infantil; muchos de los pequeños expectoraban sangre desde los primeros días, y fallecían entre grandes sufrimientos. Pero, con el esfuerzo de todos nosotros y la sabiduría de frey Lorenzo, logramos erradicarla en buena medida. *Philippe* y yo alternábamos las labores médicas con los sermones y las pláticas que dábamos por las tardes en la planta baja del *domus*, en cuya casa volvió a ponerse en marcha el antiguo horno de pan, y también la almazara de aceite. Recuperé con mucho esfuerzo lo poco que pudo salvarse del incendio en el taller de *Raymond Maury*, y volvieron a oírse los maderos del telar para mayor alegría del vecindario. Los aldeanos me traían las lanas de las ovejas recién esquiladas para que les hiciera chalecos y abrigos a los pastores —y también a los agricultores de los campos de cereales que había en las laderas de las montañas—, con los que protegerse y resistir el frío terrible y los intensos vientos que azotaban los pastos de altura. Sebastian —que había cambiado de aspecto y de identidad para no ser reconocido—, demostró ser un gran maestro de obras, y se ocupó, personalmente, de la restauración de los *pigeonniers*, los molinos de agua y las fuentes públicas, que habían quedado seriamente dañados por los soldados franceses. *Gaia*, que seguía como una alumna más las clases que se impartían en la antigua escuela del consistorio, mostró un gran interés por la cocina

y la elaboración de los alimentos; ayudaba ya en las tareas de la casa y gustaba de amasar el pan candeal y luego, tras la fermentación y la cocción, verlo salir dorado del horno.

Andábamos ocupados en nuestros pequeños y cotidianos quehaceres cuando, sin avisar, llegó la primavera. Las nieves fueron derritiéndose de los pastos de montaña, y *Philippe* y yo decidimos emprender el viaje a Catalunya con el primer ganado de trashumancia que pasase por la comarca de *Aillon* y cruzase *Montaillou* para dirigirse hacia el sur, a los Pirineos. Por tanto, debíamos estar preparados, porque la ocasión podría presentarse en cualquier momento. A los pocos días nos comunicaron que en cuestión de horas atravesaría la aldea un numeroso rebaño de ovejas.

Aquella misma tarde quisimos celebrar una misa a modo de despedida para los restantes miembros de la congregación cátara de *Montaillou*, y el lugar más apropiado y discreto era, sin duda, el *domus*. Así pues, debíamos convocar con prontitud a las gentes para que acudiesen a la ceremonia. Sebastian y *Gaia* recibieron gozosos nuestra invitación, y manifestaron su deseo sincero de convertirse en devotos creyentes cátaros durante la misma. Sebastian estaba feliz y emocionado.

—Hermano *Philippe*, me gustaría que, en virtud de tu condición, siendo de los dos el perfecto de mayor edad, y por el aprecio y el respeto que os profeso, fueseis vos quien condujese el seminario. Probablemente sea el último que realicemos en *Montaillou* —rogué.

—Muchas gracias, querido Guilhelm Será un honor complaceros.

Los miembros de la comunidad cátara de la aldea fueron llegando lentamente, a medida que regresaban desde sus diferentes lugares de trabajo. *Philippe*, tras ponerse las vestiduras propias para oficiar la ceremonia, subió los peldaños del púlpito e inició su parlamento.

—Queridos hermanos, como ya sabéis, existe un Dios bueno que es quien creó nuestra alma en perfecta armonía con nuestro cuerpo. Creó todo lo bueno y todo lo perfecto. Y existe el Demiurgo, un dios maligno y perverso, que creó la tentación y el pecado, para que nuestro cuerpo, que tiene presa nuestra alma, creada por el Dios bueno, sea víctima de maldades y perversiones. Y con ello lograr que el alma, esa diminuta luz divina, quede aprisionada entre las

tenebrosas tinieblas de los vicios y, no hallando por ella misma el camino, fracase en su intento de alcanzar la perfección para llegar a Dios. Esos dos dioses son Uno solo, un Todo, el Absoluto, así como cada uno de ellos tiene su lado masculino y su lado femenino, formando el andrógino cósmico perfecto. El Dios bueno, engendró con su parte masculina al Creador; la parte femenina, la Madre, gestó la Creación y todas las cosas visibles e invisibles que se conocen, e incluso las que se desconocen. Debemos, por tanto, tener en cuenta al Creador bueno y al Creador maligno.

Tras un ligero descanso, *Philippe* prosiguió su homilía:

—El Creador, la Madre, es quien gesta y da la vida, pero es femenino, dado que sólo una mujer puede hacer la tarea de la gestación. Fue eso lo que más ofendió a los llamados doctores de la Iglesia de Roma, puritanos del cristianismo primitivo, y propició grandes y enconadas polémicas antes de la corrupción definitiva de su iglesia. Según proclamaban, fue Eva la que impulsó al pecado a Adán, y ambos fueron expulsados del Paraíso. Fue Eva la gran pecadora proscrita, quien arrastró al hombre al mundo de la perdición, privándolo de la facultad de hablar con Dios. Para ellos, la mujer es fuente de conflictos, conspiraciones y confusión; no tiene sentido de la discreción, habla demasiado, tiene poca lucidez y provoca constantemente al hombre con el pecado de la carne, apartándolo del camino hacia la perfección y el *religare* con Dios.

Nueva pausa de mi hermano y maestro, y prosiguió.

—Para nosotros, los cátaros, la mujer forma parte indivisible de la divina dualidad universal. La mujer es la mitad del hombre, como el hombre lo es de la mujer. No es posible morir sin haber nacido antes, y para ello es absolutamente necesaria la unión del hombre con la mujer y viceversa. Es igualmente necesaria esa unión en perfecta sintonía para alcanzar al Cristo, es decir, para volver a nacer; o sea, el nacimiento segundo.

—Fue Jesús, el gran iluminado, quien nos mostró, con su ejemplo, cómo liberar el alma del cuerpo. Esto es, morir primero para volver a nacer, y para eso son imprescindibles la caridad y el sacrificio para con los demás. Morir significa la muerte de nuestros defectos, los vicios que atenazan nuestra alma. Nacer hace referencia al nacimiento segundo que debemos lograr con nuestras energías creadoras. Y la caridad y el sacrificio significan entregar ese

conocimiento a aquellos que lo desconocen, sin ninguna excepción.

—Éste es el momento de recordar como ejemplo de conducta a nuestra protectora y archidiácono, la perfecta *Esclarmonda de Foix*.

—Cuando unos soldados escalaron el *Fas de Trébouchet* y tomaron posesión del *Roc de Tour*, en *Montségur*, sitiado hacía casi un año, cundió el temor y la inquietud entre los cátaros asediados. Fue entonces, y pese a que hacía algún tiempo que se hallaba fuera de este mundo, cuando se apareció a los fieles cátaros. Les habló firme y dulcemente para que se preparasen para la *endura*, el abandono voluntario del alma. Y recordándoles el evangelio de Juan, les dijo: «Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz».

—Escogió a cuatro caballeros creyentes que serían los encargados de sacar nuestro tesoro de la fortaleza, así como El libro de los Principios para que no cayeran en manos profanas. Bajó ese día una espesa niebla que dejó sin ninguna visibilidad la cumbre de *Montségur*. Los cuatro valientes, guiados por *Esclarmonda*, se descolgaron por pavorosos precipicios y recorrieron veredas imposibles, salvando así de las garras del Demiurgo, el creador maligno, la verdadera doctrina del Cristo. En la noche de ese mismo día, ya cautivos, todos los creyentes cátaros sonrieron felices, al ver una fogata encendida sobre la cumbre del vecino monte *Bidorta*. ¡El tesoro cátaro estaba por fin en lugar seguro! Al día siguiente, en la ladera de *Montségur*, todos se entregaron, entre cánticos, a las llamas de la Inquisición.

Philippe se detuvo unos breves segundos para descansar. Se le notaba fatigado, pero a pesar de la decrepitud de su ajado cuerpo, y de su postración física, cada vez más acentuada, la voluntad inquebrantable de aquel anciano y su voz firme hacían emocionarse a los presentes y atraían toda su atención. Se habría dicho que los tenía hipnotizados, tal era el interés con el que lo escuchaban. Los ojos de mi hermano ardían impetuosos y llenos de pasión.

—Hermanos en Cristo, seguramente éste sea mi último sermón en *Montaillou*… —Su voz se quebró—. Es por este motivo por lo que quisiera hablaros de nuestra oración fundamental, el padrenuestro que nos dejó el bienamado Jesús de Galilea, el Cristo. Por ello, quiero explicároslo de manera detallada, para que se comprenda el poderoso mensaje que encierra.

—«Padre nuestro que estás en los cielos» —empezó—. Como ya os he dicho, existen el Dios-Padre, que engendró, y Dios-Creador, la Madre que gestó. Nos dirigimos al Padre, porque es Padre de misericordia, de la luz, de la caridad y de los espíritus. También es Padre de todas las otras sustancias, es decir, de las vidas, de las almas, de los corazones y de los cuerpos. Y vive más allá del séptimo cielo, citado por el profeta Isaías y también por el apóstol Pablo, pero reina en cada uno de ellos y en todas partes.

—«Santificado sea tu nombre» —continuó—. Se santifica su nombre cuando, por nuestras obras, se nos reconoce como sus hijos legítimos. El Padre escucha nuestras plegarias antes de que las invoquemos, y nos responde. Mientras aún estamos hablando, Él nos oye. Así lo dijo el profeta Isaías.

—«Venga a nosotros tu reino» —prosiguió—. Ese reino es Jesucristo, el Cristo hombre. En el libro del Apocalipsis, Juan nos dice: «… de parte de Jesucristo, el cual es testigo fiel, primogénito, o el primero que resucitó de entre los muertos, y soberano de los reyes de la tierra, el cual nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes de Dios…».

—«Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la Tierra».

—Dice el apóstol Pablo a los tesalonicenses: «Ésta es la voluntad de Dios: que os abstengáis de la fornicación, que cada uno sepa poseer su vaso con santidad y respeto, y no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios. Y que ninguno engañe o defraude a su propio hermano, porque el Padre es vengador de estas cosas. Corregid a los desordenados, animad a los pusilánimes, acoged a los enfermos, sed pacientes con todos. Que cada uno de vosotros se guarde de devolver a otros mal por mal; antes perseguid lo que es bueno, entre vosotros y con todos. Sed siempre gozosos en el Padre, orad sin cesar, dad gracias en todo; que ésta es la voluntad en Cristo».

«El pan nuestro sustancial dánoslo hoy». —*Philippe* se expresaba con elocuencia—. Bien es cierto que el pan alimenta el cuerpo, pero el pan que alimenta el alma es el sustancial, es decir, la caridad. La caridad es paciente, es benigna, lo soporta todo, todo lo sufre, todo lo cree, y todo lo espera. Esa sustancia de Dios siempre está junto a nosotros.

«Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos

a nuestros deudores». —Bebió un sorbo de agua y se aclaró la garganta. Debemos perdonar las pequeñas ofensas que recibimos, para que los graves pecados que cometemos nos sean perdonados a su vez.

«Y no nos dejes caer en tentación». —Miró en silencio a cada uno de los reunidos—. Las tentaciones son las pruebas a las que cada uno somos íntimamente sometidos por Dios, muchas veces aparentemente sin pecado. Así, se ha de saber que existe una doble tentación, la de Dios y la del Demiurgo, es decir, la de Dios por la vida y la del Demiurgo por la muerte. La tentación de la vida es aquella que habla de la Sabiduría. La Sabiduría infunde vida a sus hijos; quien la escucha mantendrá la confianza, porque ella está a su lado en la tentación. Desencadenará en él temor y miedo, y lo probará hasta tentarlo en sus pensamientos, lo alegrará, le revelará sus aspectos ocultos y lo colmará de entendimiento, ciencia y rectitud. La tentación de la muerte es aquella en la que caen los que quieren enriquecerse a costa del mal ajeno; es la trampa del Maligno.

«Mas líbranos del mal». El mal es el Demiurgo, el Satanás bíblico, el diablo, el espíritu diabólico, que provoca constantemente al ser humano con las más refinadas tentaciones. Conoce y explora nuestras más bajas pasiones para que nuestra alma esté cada vez más encerrada y perdida. De esta manera, el triunfo del Pelícano es cada vez mayor.

—¿A qué os referís, señor, cuando citáis al Pelícano? —preguntó uno de los feligreses.

—El Pelícano, ave representada en los antiguos bestiarios griegos, el *Physiologós*, y latinos, el *Physiologus*, se corresponde, tanto entre los cristianos como entre los paganos, con la representación de Jesucristo, en la cual se admiten todas las orientaciones metafísicas, desde el monoteísmo estricto al diteísmo radical o relativo. En las versiones ortodoxas y monoteístas, el Pelícano mata a sus propios hijos, que le han ofendido, lo que significa que Cristo se ha visto obligado a castigar a sus hijos, los pecadores. Sin embargo, cuando los ve muertos, el Pelícano los resucita rociándolos con su sangre. Y eso significa que Cristo, *Christus in Passione*, resucita a los hombres sacrificándose por ellos —respondió mi hermano con voz paciente y temblorosa.

Justo en ese instante se hizo el silencio. *Philippe* dirigió la vista a Sebastian y *Gaia*, que se levantaron y se aproximaron a donde él se encontraba. Efectuaron el *melhorament* y se situaron delante de mi hermano. Ambos, padre e hija, se arrodillaron ante él, y se inclinaron tres veces consecutivas hacia el suelo con las manos juntas, mientras decían en cada ocasión: «Bendecidnos, señor, rogad por nos». *Philippe* les respondió: «Juan y Juana, que Dios os bendiga a los dos». Después, Sebastian y *Gaia* —que serían llamados Juan y Juana durante la ceremonia en reconocimiento a san Juan Evangelista— pidieron la gracia de ser conducidos a buen fin. El maestro contestó: «Dios os bendiga, oramos a Dios para que os haga buenos cristianos y os conduzca a buen fin». Seguidamente, aquellos nuevos creyentes, y tan queridos amigos, que habían abierto su corazón aceptando ingresar en nuestra Iglesia, exclamaron: «Buen cristiano, la bendición de Dios y la vuestra».

—«Tenedla de Dios y de nos» —respondió *Philippe*.

Tras la celebración de la ceremonia, nos despedimos fraternalmente de cada uno de los miembros de la comunidad. Nuestra partida era inminente y nosotros estábamos preparados para emprender la marcha.

—¡Hermanos, tened mucho cuidado! —nos aconsejó *frey* Lorenzo: un profundo pesar se reflejaba en su semblante por nuestra marcha.

—Lo tendremos, y ruego a Dios para que volvamos a encontrarnos todos algún día. Cuidaos —respondí.

Me dirigí después al buen Sebastian y a la hermosa *Gaia*. Abracé con cariño a aquella niña a la que tanto habíamos cuidado. Llevaría su dulce rostro impreso en mi corazón para siempre.

—Deseo que *Gaia* se cure para siempre del mal que tanto la aquejó. Y ruego por vuestra alma, por su cuidado y para que Dios os guarde como hasta hoy.

—Muchas gracias, amigo Guilhelm. Sabes bien que te estaré eternamente agradecido por todo lo que has hecho por nosotros.

—No tardéis en regresar, os echaremos de menos —dijo *Gaia*, con lágrimas en los ojos.

—Querida *Gaia*, me gustaría que aceptases este vestido que te he confeccionado como muestra de nuestro cariño —dije con ternura.

—¡Mira, papá, qué bonito vestido de lana! Me gusta mucho y

creo que me quedará muy bien, ¿verdad, papá? —agradeció la pequeña, llena de felicidad.

—Probablemente nos quedaremos a vivir aquí durante un tiempo. Hay algo en esta aldea que, aunque solitaria y fría, me ha transmitido paz desde que llegamos. *Gaia* cuenta ya con buenas amigas, y los aires frescos de la montaña parece que le vienen bien; además, frey Lorenzo ha prometido enseñarme algunos de los secretos de las plantas.

—Sí, pero yo creo que hay algo más —intervino *frey* Lorenzo.

Había cierta malicia en su mirada.

—¿A qué os referís? —pregunté.

—Si no ando mal informado, creo que el buen amigo Sebastian le ha echado el ojo a la tabernera, la bella *Fabrise Rives*, y parece que las cosas van viento en popa. Hay quien dice que se oyen, incluso, campanas de boda —explicó con alegría el templario.

Todos le dimos nuestra enhorabuena a un conturbado Sebastian. Aquel rudo gigantón, herido en mil batallas, no tardó en ruborizarse como si de un púber se tratase ante las carcajadas de los presentes. Una vez calmadas las risas, le anuncié a *frey* Lorenzo mi intención de dejar el telar y la sastrería a los ayudantes más cualificados para que siguiesen con el taller como había funcionado hasta ese momento. Después, nos despedimos con un fuerte abrazo. En lo más profundo de mi ser recibí el doloroso presentimiento de que aquel encuentro iba a ser el último. Les transmití mi bendición, en silencio, a quienes se quedaban en *Montaillou*, y les deseé la mayor felicidad del mundo. *Philippe* pareció leerme el pensamiento, y me miró fijamente antes de partir.

Como nos habían anunciado, antes de que las campanas redoblasen a la mañana siguiente anunciando el alba, un inmenso rebaño hizo su entrada en la calle principal de la población. Al frente de aquel enorme grupo, formado por más de mil ovejas, caminaba un pastor humildemente vestido. Al acercarse a nosotros descubrí con gran alegría la presencia de mi amigo de la infancia *Bernard Martí*. De nuevo, el destino lo había puesto en mi camino. Nadie más lo acompañaba a la cabeza de aquel ganado, y al reconocerlo, exclamé jubiloso:

—¡Amigo *Bernard*! ¿Otra vez por aquí?

—Querido Guilhelm, qué alegría encontrarnos de nuevo.

Aprovecho el primer deshielo para hacer esta ruta.

—¿Hacia adónde vas con este enorme rebaño?

—En esta ocasión me dirijo al condado de *Empúries*, concretamente a la villa de *Torroella*, donde permaneceré hasta el estío; luego regresaré a *Cubières* por las tierras del obispado de *Urgell*.

—Debo pedirte un favor, amigo *Bernard*: quisiera saber si podríamos acompañarte en tu desplazamiento a través de los puertos de montaña de los Pirineos. Mi hermano *Philippe* y yo estamos perseguidos por la Inquisición, como sabes, y tenemos la intención de huir hacia Catalunya por los lugares menos vigilados.

—No veo ningún problema en que me acompañéis. Iréis conmigo, como pastores. Además, me seréis de ayuda, porque uno de los familiares que hace la ruta habitualmente a mi lado enfermó y no ha podido acompañarme. Así que pasaréis aún más inadvertidos.

—Os quedamos profundamente agradecidos —respondió *Philippe*.

—Pues adelante, no perdamos más tiempo. Pero, antes que nada, quizá las ovejas deberían saciar antes su sed en el canal de la *font de Bounet Bernard*.

—De acuerdo.

Hacía muchos años, desde mi más tierna juventud, ya tan lejana, que no volvía a pastorear rebaños por los montes, aunque esperaba, por el bien de todos, ser capaz de cumplir con mi obligación. *Philippe* se había granjeado la amistad de uno de los pastores, hijo de una familia de creyentes a quienes mi hermano había aleccionado, hacía años, en la religión cátara en la villa de Rabastens, la misma en la que yo había alcanzado el grado de perfecto.

Tras llevar a las ovejas a beber, emprendimos el descenso por la ladera de la montaña. Al volver el rostro, y cuando estábamos ya en la llanura inferior, aún pude apreciar en la lejanía a Sebastian, a *Gaia*, a *frey* Lorenzo y a *Companh*, que aguardaban todavía allí, al borde de la colina, para despedirse de nosotros. Alcé el brazo para saludarlos con cariño y emoción.

—¿Sabes algo de mi familia? —pregunté a *Bernard*, una vez estuvimos solos.

—Sí, los vi hace unos pocos días. Están muy envejecidos, pero son fuertes. Creen que sigues preso en la prisión de Carcasona, y

sufren por tu encierro. Alguien les dijo que fuiste capturado.

—La situación en el Languedoc se está haciendo cada vez más asfixiante, especialmente para nosotros, los cátaros, y también para quienes nos ayudan y nos protegen.

—Lo sé muy bien. Los registros continuos se suceden en *Cubières*, así como en otros pueblos y aldeas del *Razès*. Incluso ha corrido el rumor de que habías regresado a ver a tu familia. A veces, los interrogatorios son interminables, y los inquisidores han llegado a ajusticiar a algún aldeano, creyendo erróneamente que ocultaba información sobre ti.

—Mi decisión de cruzar los Pirineos y llegar a territorios alejados de la barbarie que se vive en el Languedoc no ha sido precipitada. Tanto *Philippe* como yo queremos proseguir con nuestro magisterio, y transmitir los preceptos de respeto y amor entre los seres humanos. Todo lo contrario de lo que muestran los ministros la Iglesia católica, tanto por sus acciones como por sus homilías. Por eso hemos decidido hacer este viaje. En nuestra tierra nos persiguen y nos acosan sin piedad, y somos conscientes de que, si permaneciésemos aquí, tarde o temprano seríamos nuevamente capturados. Y, esta vez, nada nos salvaría de morir en la hoguera.

—Lo comprendo muy bien —repuso *Bernard*—. Catalunya es una tierra tolerante, que ha sido siempre respetuosa con los cátaros, a los que ha acogido con gran generosidad. Sabemos que allí se os quiere y se os respeta, porque, además, transmitís un mensaje de laboriosidad que tiene un profundo arraigo en la mentalidad de las gentes. Muchos negocios de tejidos de esa tierra han sido levantados gracias a la iniciativa de los Buenos Hombres.

—Tus palabras son un motivo de alegría para nosotros, amigo *Bernard* —exclamé, lleno de júbilo.

Mientras avanzábamos camino de aquella tierra de paz y concordia, pensaba en lo mucho que restaba por hacer y en el insondable destino que nos esperaba.

Durante toda aquella jornada descendimos laderas y valles, hasta alcanzar el lecho del río Segre, ya en el condado de la Cerdanya. Pasamos la noche al amparo de una buena fogata, en unos cobertizos de piedra que *Bernard* conocía por haber utilizado en otras ocasiones. A la mañana siguiente, muy temprano, nos pusimos de nuevo en marcha. Llegamos a *Font Romeu* cuando las

campanas de la iglesia redoblaban la hora sexta; allí tuvimos ocasión de cruzarnos con algunos peregrinos que visitaban la Virgen negra de la población, conservada en una modesta ermita que se alzaba sobre un nacedero de aguas milagrosas a pocos pasos del núcleo urbano.

Mientras descansábamos, me dirigí a *Philippe*:

—En estos años que llevamos juntos hemos vivido momentos terribles y de gran tribulación, estimado hermano. Pero he de confesaros que todo lo que tengo, lo poco de lo que dispongo en esta vida, os lo debo a vos, *Philippe*. Y quiero que recibáis mi eterno agradecimiento. Sin vuestra ayuda, mi espíritu se hubiese marchitado y hubiese perecido en este mundo injusto y cruel —dije con cariño.

—También yo he aprendido mucho de vos. Reconocí en vos, desde aquel hermoso día en las grutas de *Ussat*, al alumno que seguiría devotamente mis enseñanzas. Y no me defraudasteis. Vuestra pureza de alma y vuestra bondad han sido para mí una recompensa y una gratificación mayor que cualquier honor mundano. Hace tiempo que siento una pena imposible de aliviar viendo cómo nuestra Iglesia ha sido perseguida y destruida por la Inquisición a lo largo del último siglo. Nada queda ya del mundo que nosotros conocimos —dijo *Philippe* con una tristeza infinita impresa en el rostro.

—No digáis eso, hermano. Viviréis todavía muchos años más, y juntos intentaremos reconstruir nuestra Iglesia y hacer que renazca de las cenizas, aplastada por los diablos de Roma, por el fanatismo de la Inquisición y el monarca francés. Todos esos príncipes del mal han perseguido igualmente a los templarios, a pesar de todo el bien que han hecho por la humanidad.

—Sí, es cierto; nosotros hemos mantenido siempre relaciones fraternales con los caballeros del Temple, porque, de alguna manera, coincidíamos en numerosos aspectos doctrinales. Además, la Iglesia católica jamás vio con buenos ojos que a la mujer se la considerase digna de ejercer ningún cargo de responsabilidad, tanto en el aspecto religioso como en el social o cultural. En nuestro caso, y como perfectos, coincidimos con los templarios en admitir, e incluso promover a las mujeres al frente de una comunidad con el título de prioras, como sabéis. Pero nuestra visión del cristianismo ha

fracasado, y ahora somos considerados sólo como una simple excrecencia herética.

En efecto, a lo largo de la historia del catarismo en nuestra tierra, habían sido innumerables los ejemplos de mujeres que había alcanzado la más alta responsabilidad al frente de nuestra Iglesia. Ése fue, sin duda, uno de los motivos de que la doctrina oficial vaticana nos señalase como un elemento peligroso y discordante dentro del cristianismo oficial.

Philippe estaba triste. Veía reflejado en él todo el antiguo esplendor del modo de vida cátaro, pero la realidad era que de aquello no quedaban más que pálidos reflejos.

Al final de aquella misma jornada, y tras dejar atrás *Bourg-Madame*, y dejando a nuestra derecha, sobre una colina, el pequeño núcleo de *Llivia*, llegamos a la villa de Puigcerdà, una hermosa ciudad repleta de bellos jardines, un inmenso lago y elegantes mansiones. En el centro de su casco urbano había una iglesia templaria muy cercana a la *Font de Llanes*, y dedicada a san *Bartomeu*. Adosada a ella, una hospedería regentada por los caballeros de la orden. Y fue allí donde, tras consultarlo con Bernard, decidimos pasar la noche.

Nos abrió la puerta un joven e impetuoso novicio.

—¡Pasad! Tenemos un par de habitaciones libres —exclamó.

—Muchas gracias. Pensamos pasar sólo una noche.

—Como dispongáis. Esta noche, tan pronto como regrese *frey* Guillén Durán, que ha ido a prestar su ayuda a unos peregrinos, cenaremos todos juntos —explicó el joven.

—*Frey* Durán… hemos oído hablar de él. En el Languedoc se dice de él que es un santo —respondió *Philippe* con júbilo al oír aquel nombre.

En la sala había mucha claridad natural, y tenía una chimenea central con gruesos troncos de leña que caldeaban el ambiente. Había varias personas reunidas al calor de la lumbre mientras esperaban la cena. Después de dejar nuestras bolsas en los aposentos y lavarnos las manos y el rostro en el aguamanil del patio, nos reunimos todos en el salón principal de aquel acogedor albergue.

—¡Podéis tomar asiento! Frey Guillén ya ha regresado —avisó el novicio.

Nos sentamos a una mesa alejada de la chimenea, pero que iluminaban los rayos solares que traspasaban el cristal. Ante la sorpresa de todos, *frey* Guillén se dispuso a tomar asiento a nuestra mesa.

—¿Puedo sentarme a vuestro lado? —preguntó el *freire* templario.

—Por supuesto, sería un honor que nos acompañaseis.

—Como veis, esta noche están todas ocupadas.

El hombre nos miró durante unos segundos con una mirada de águila, y, tras esbozar una sonrisa, aclaró:

—Mi nombre es *frey* Guillén Durán, y soy caballero templario de esta encomienda, que tiene su sede en las casas del *Portal d'Ix*, donde nos establecimos hace unos quince años.

—Nosotros somos occitanos, y venimos acompañando a un amigo que lleva un rebaño hacia el condado de Empúries —dije en voz baja.

—Sí, no hace falta que me deis más explicaciones. En nuestro pueblo estáis, al menos de momento, a salvo.

Nos dimos cuenta de que aquel buen hombre era consciente de la naturaleza de nuestro periplo.

—La situación se está haciendo cada vez más insostenible. Incluso nosotros, los templarios, estamos en una posición delicada. Como sabéis, en el reino de Francia hace tres años que nos persiguen sin remisión. Pero aquí, en Catalunya, afortunadamente, somos súbditos de la corona aragonesa, y se nos respeta algo más, aunque nuestro futuro no es en absoluto esperanzador. Los tentáculos vaticanos son cada vez más largos y corremos peligro por todas las tierras de la cristiandad. Nuestro comendador, *frey Guillén de Puigmancle*, me ha dado plena libertad para que ayude a todos los que, como vosotros, huyen de la Inquisición. Y dedico mis esfuerzos a socorrer y dar cobijo a los que buscan seguridad, o simple supervivencia. En más de una ocasión, hemos tenido que rechazar incursiones en el condado de Cerdanya de soldados franceses que han llegado hasta las puertas de Puigcerdà persiguiendo a presuntos herejes. Lo cierto es que los únicos herejes son ellos, dada la arbitraria crueldad y el fanatismo de sus comportamientos. Desde la caída de Montségur, hace más de medio siglo, la situación se ha

vuelto angustiosa. A lo largo de estos años, he visto a familias enteras destrozadas por la barbarie inquisitorial.

Frey Guillén se tomó un instante de respiro, antes de seguir explicando la situación en que se estaba viviendo:

—Este albergue en el que nos encontramos funciona también como hospital. Se creó, en un principio, para peregrinos a Compostela, pero ahora son mayoritariamente cátaros quienes solicitan nuestra ayuda; llegan aquí en condiciones muy precarias. La situación se complicó aún más cuando el monarca francés Felipe IV, hace tres años, ordenó la supresión de nuestra orden. Esa medida fue secundada dos meses después por el pontífice Clemente V, que promulgó la bula «*Pastoralis Praeminentiae*», por la que se ordenaba a todos los príncipes cristianos asaltarnos en nuestros propios feudos y arrestarnos, basándose en una lista de trece falsos cargos acusadores. Afortunadamente, el monarca aragonés Jaime II no ha obedecido tales órdenes, pero no confiamos en la justicia humana, y creemos que puede tardar muy poco en ceder, presionado por la Iglesia de Roma; de momento, son los arzobispos hispanos de Toledo y Santiago quienes están comenzando a obedecer las explícitas órdenes papales de arrestar y procesar a los templarios.

Philippe y yo nos miramos, reconfortados por sentirnos en un lugar que nos acogía y nos protegía, al menos de forma temporal. Si aquel caballero había tenido la valentía de hablarnos con tanta claridad, nosotros debíamos hacer lo mismo.

—Mi compañero y yo somos perfectos cátaros. Como habéis intuido con acierto, huimos de la Inquisición, y nos dirigimos al condado de *Empúries*.

—He supuesto que ése era vuestro camino; me ha parecido ver en vuestra mirada el rastro afligido de la persecución religiosa. Aunque he de reconoceros que transmitís serenidad y se atisba en vuestros silencios el brillo de la sabiduría.

—Me inicié en algunos de los secretos del Temple en la encomienda de
Montréal-de-Sos
, antes de alcanzar el grado de perfecto cátaro en la villa de Rabastens.

—Es curioso, conozco bien ese lugar, situado en las montañas de

l'Ariège.
Anduve por allí unos días, de paso hacia Carcasona, y recuerdo las grutas que se abrían en las entrañas de aquella montaña, dedicadas a los hombres y a las mujeres —evocó con agrado *frey* Guillén.

—Como os decíamos antes, ahora nos dirigimos hacia el interior de Catalunya, concretamente a la zona de *Empúries*, camuflados entre un numeroso rebaño de ovejas —confesó *Philippe*.

—Ésa es una forma de huir, a través de las vías pecuarias de los altos pasos de montaña del Pirineo, que se utiliza a menudo.

—Bueno, en realidad queremos ir más lejos, mucho más al sur, concretamente al norte del reino de Valencia, porque creemos que es un territorio más libre y seguro. Hemos oído que la aridez de sus tierras y lo arduo de sus frutos no despierta la ambición de los hombres.

—Es cierto. Y resulta curioso porque, precisamente, yo me formé como caballero en una población de esa zona llamada Bordón, un bonito pueblo encaramado en la cima de una colina, como un nido de águilas.

Frey Guillén tosió unos instantes, y luego prosiguió

—Recuerdo de él la sala de iniciación, de planta octogonal, y la Virgen negra. Hace ya muchos años de eso… —susurró frey Guillén con nostalgia.

—Tengo grandes deseos de conocer esas tierras y empaparme con la contemplación de tantos lugares hermosos. Son innumerables los cátaros que han huido, desde sus pueblos y aldeas del Languedoc hacia aquellas lejanas contradas, buscando una vida mejor, llena de paz —reconocí, confiado.

Después de una ligera cena, compuesta de caldo, fruta, verdura y leche con miel, acompañado todo ello de pan de candeal, nos despedimos de nuestro amigo templario, y procedimos a retiramos a nuestras alcobas. Caí con facilidad en un profundo sueño, pero en plena noche me despertaron unos gritos angustiosos, acompañados de largos lamentos, que reflejaban un dolor extremo. Afuera sonaba el redoble de laudes. Me asomé a la ventana, y contemplé, en el patio trasero del albergue, la llegada de un carromato repleto de desechos humanos. Me vestí en pocos minutos y bajé. *Frey* Guillén había llegado antes que yo, y ya estaba prestando su ayuda. Mi preocupación ante un panorama tan horrendo era enorme.

—¿Qué sucede, frey Guillén?

—He traído a estos pobres occitanos desde Llivia. Son dos familias procedentes de Rabat, cerca de Tarascón; sus hogares fueron incendiados por los soldados franceses, quienes asesinaron, además, a otros miembros de ambas familias. Llevan varios días vagando, desesperados, a la intemperie, huyendo con el terror dibujado en sus rostros —explicó el templario.

Presté de inmediato toda la ayuda que fue necesaria para paliar el sufrimiento de aquella gente. Éramos muchos colaborando en el mismo fin. Lo más urgente era curar las heridas de la mayoría de ellos, que, afortunadamente, no resultaron ser de gravedad. Se les facilitaron mantas para protegerlos del frío, y fueron instalados más tarde dentro del salón principal del albergue, frente a la chimenea. Tendimos sus ropas en una cuerda para que el calor del fuego las secara, y les dimos de beber una taza de sopa caliente y leche. Recuerdo como si fuese hoy mismo la mirada perdida de aquellos aterrados niños. No pude dormir en toda la noche; me resultaba imposible sacar de mi mente el semblante tembloroso y pálido de aquellas pobres criaturas, víctimas inocentes de la más ciega violencia, y que habían contemplado tan de cerca el horror de la muerte. Dejé descansar a *Philippe*, pues sabía de su agotamiento por tanto viaje, y ahora lo necesitaba más que nunca. Nos faltaba todavía un largo trecho por cubrir hasta llegar a Torroella.

XXV.
BRUJAS
Y LEYENDAS

Abandonamos Puigcerdà a la mañana siguiente. Nos despedimos de nuestro querido templario *frey* Guillén Durán, y marchamos de la hermosa y acogedora villa de la Cerdanya junto a *Bernard*. A pesar de nuestra corta estancia, tanto a *Philippe* como a mí nos dejó un grato recuerdo aquella villa señorial: su clima benéfico, la belleza de sus jardines que, junto a la abundancia de estanques y frondosos parques, hacían de la ciudad un reducto de frescura y verdor. Pero no sólo era un descanso para nuestras penalidades; aquella ciudad constituía un auténtico refugio moral para buena parte de los colectivos cátaros que huían de la barbarie que padecía nuestra tierra. Se respiraba un clima de respeto mutuo, de abierta y sincera consideración hacia el prójimo; un ambiente tan alejado de la feroz represión vivida por las gentes occitanas que costaba no temer que, en cualquier momento, la paz y la deferencia mutuas se quebrasen y surgiesen de nuevo los fantasmas de la incomprensión y el fanatismo. Muchos de ellos nos habían precedido en el esperado periplo hacia el interior de tierras catalanas. *Frey* Durán se despidió de nosotros con cordialidad, deseándonos la mejor de las suertes en nuestra empresa, al igual que hicieron muchos de los viajeros hospedados en su albergue. Bernard nos instaba, con brío, a acelerar la marcha.

—Hemos de darnos prisa, aún nos faltan unas treinta leguas para llegar a Torroella, y deberíamos cruzar el valle de *Toses* con luz diurna —aconsejaba, impetuoso—. Hagamos las cosas con presteza y sin detenernos.

Pero el ingente número de ovejas hacía difícil moverse con

rapidez por aquellas escarpadas montañas, y las paradas eran constantes.

Aún se distinguían cumbres nevadas en los bellos parajes por los que transitábamos. Dejamos atrás algunos soleados burgos, alejados de cualquier indicio de civilización conocida; muchos estaban situados en las laderas del espléndido valle del Segre, e iniciamos después la remontada hacia el paso de la collada de *Toses*, lo que suponía un auténtico desafío para nuestros cansados pies, y casi una temeridad para el ganado. Pero no quedaba otro remedio. Las sabias palabras de Bernard tenían un sentido, y si no queríamos vernos acosados por peligrosas manadas de lobos, estábamos obligados a salvar aquel vertiginoso paso natural de día. La suerte estuvo de nuestro lado: gracias a la labor que habían llevado a cabo los peones camineros encargados de limpiar los caminos a golpe de pala, conseguimos rebasar los límites de aquellos temibles despeñaderos. Las monedas que nuestro amigo había abonado en la villa de *Urtx*, a modo de peaje, tuvieron, al fin, un buen uso, y la recompensa fue más que un alivio para todos. *Bernard* se congratulaba de su feliz inversión y de la suerte que nos había reportado.

Entramos en *Ribes* cuando el sol comenzaba a ocultarse a nuestra espalda, más allá de las nevadas cumbres. Ribes era una influyente villa, situada en el condado de Cerdanya, donde el arroyo de *Abellà* entrega sus frescas y nerviosas aguas al rio Fresen Encerramos el ganado en un refugio que *Bernard* conocía, al tiempo que mi maestro prefirió que pasásemos la noche al cobijo de un modesto albergue. Allí fue donde trabamos amistad con un eremita que había vuelto, esa misma tarde, del santuario de Núria. A esas alturas de nuestro largo y accidentado periplo, ninguno de nosotros creía ya en las casualidades.

A pesar del cansancio, *Philippe* mostró un notable interés por conocer de cerca ciertos aspectos de aquel lugar y, al oír cómo uno de los huéspedes mencionaba la visita del anacoreta, se acercó hasta el ermitaño con la intención de entablar conversación. Sin embargo, en un principio, no recibió más que una hosca y breve respuesta, algo así como una escéptica negativa. La quietud franca y honesta del maestro convenció a aquel hombre de la bondad de su gesto y, tras unos segundos de duda, nos invitó a compartir su discreta mesa, muy cercana a la chimenea del comedor. Aceptamos gustosos

y nos presentamos; el eremita dijo llamarse Felipe.

—Hemos oído hablar del santuario de Nuria —explicó *Philippe*.

—No queda lejos de aquí; a menos de seis leguas al norte de *Queralbs*. Éste ha sido un invierno muy duro, de grandes nevadas y fuertes vientos. He llegado hoy mismo a *Ribes* para llenar la despensa de la gruta de alimentos, y mañana, bien temprano, tengo pensado regresar. Mi asno descansa ahora en el establo del albergue, pero en cuanto amanezca partiré. No puedo dejar solo el santuario muchos días, porque cada vez son más los peregrinos que llegan a estas montañas en primavera, desde todos los rincones de Catalunya, para pedir a la Virgen.

El anacoreta iba ataviado con un largo bordón, y poseía una mirada severa que le confería un aspecto de autoridad y nobleza.

—¿Es muy antiguo el culto a la Virgen de Nuria? —pregunté.

—Así es. El culto se remonta a mucho tiempo atrás, cuando un anacoreta llamado Gil, secundado por varios compañeros, inició el culto a una imagen de la Virgen. Años después, y como consecuencia de la invasión musulmana, esta estatua, que mostraba una Virgen sin velo, rústica y arcaica, fue ocultada en la montaña para preservarla de los infieles. De esa forma, permaneció desaparecida durante largos años, hasta que un devoto de la Virgen llamado Amadeo recibió, en la lejana Siria, la orden de un ángel para que viniese a los Pirineos y edificase un templo. Pero debía estar ubicado en un lugar concreto, justo en la confluencia de dos ríos, donde se alzaba una gran piedra blanca. Si cavaba en ese sitio, encontraría un tesoro.

Tras una breve pausa, Felipe prosiguió:

—Cuando Amadeo llegó al lugar que el ángel le había señalado comprobó con creciente estupor cómo los pastores de la zona lo entendían perfectamente, a pesar de expresarse en su lengua natal, la copta. Sin mayor dilación, empezaron a cavar juntos en el punto exacto del suelo que el ángel había indicado a Amadeo. Y fue allí donde se encontró la cueva. Su interior irradiaba una luz cegadora que, para sorpresa de todos, no sólo alumbraba la estatua de la Virgen, sino también una campana, una cruz y un caldero.

—¿Y qué significaban esos tres objetos? —preguntó *Philippe*, con el mayor interés.

—La campana tenía la finalidad, como elemento de transmisión

de señales, de congregar a los fieles. La cruz recordaba que aquél era un lugar cristiano, y coronaba, al mismo tiempo, la fachada de la ermita. En el caldero se cocían los alimentos para la comunidad entera, y la imagen, venerada, presidiría el altar mayor del templo. Hoy, la devoción popular ha hecho que el caldero adquiera una nueva dimensión, que es la de dar fertilidad a las mujeres que introduzcan su cabeza dentro del citado recipiente.

A pesar de su carácter afable, *Philippe* y yo creímos prudente no explicar cuál era el motivo de nuestro viaje. De igual modo, preferimos no identificarnos, aunque no era la desconfianza lo que nos movía a permanecer en el anonimato. Durante su relato, el comedor había ido llenándose de viajeros desconocidos, y nadie sabía dónde se ocultaban los muchos miembros de la Inquisición. Nos despedimos cordialmente de aquel hombre y nos retiramos a descansar, pues nos esperaban duras jornadas hasta llegar a nuestro destino. Al amanecer salimos del albergue. Preguntamos al posadero por nuestro amigo, pero éste se había marchado hacia las montañas con su burra cargada de alimentos, así que desayunamos un vaso de leche con miel y pan tierno, e hicimos provisión de pan antes de reunimos de nuevo con Bernard. El pastor, acompañado de su rebaño y de media docena de perros adiestrados, nos esperaba a la salida del pueblo. El sendero estaba orientado al mediodía, paralelo al curso del río *Freser*. En sus colinas se alzaban numerosos molinos harineros. Alcanzamos los afamados balnearios, cuyas salutíferas aguas fueron ya descubiertas y disfrutadas por los romanos. Tras rebasar Villadavandali alcanzamos la villa de Ripoll, donde el *Freser* entrega su caudal al río *Ter*.

En Ripoll hicimos otra parada. Era una gran población que podía abastecernos de cualquiera de las cosas que necesitábamos. La villa entera se recogía al amparo de su magnificente cenobio. Buscamos alojamiento en un albergue que se hallaba a pocos metros del ábside del monasterio. *Bernard* se unió a nosotros después de dejar resguardado el ganado. El establecimiento estaba regentado por un hombretón robusto y apacible, de movimientos lentos y hablar pausado, en cuyo catalán se mezclaban a menudo términos occitanos. Cuando nos oyó hablar, se acercó a atendernos personalmente.

—Os doy la bienvenida a mi humilde hogar. Mi nombre es

Melchior Bonet, y será un placer atenderos.

—Agradecemos vuestra hospitalidad. Somos occitanos y nos dirigimos a Torroella —respondí.

—Occitanos… y, ¿de qué zona del Languedoc sois?

—Del *Razès* —respondió *Philippe*.

—Conozco bien aquella tierra. He estado en varias ocasiones en *Rennes-le-Château*, una población con fama de maldita… Yo provengo de *Usson*, en el *Ariège*.

En ese momento alcé la cabeza y vi un escudo con las armas del apellido «*Bonet*» decorando la chimenea del comedor. Comprendí de inmediato que aquel hombre era, sin duda, un *faidit*, probablemente desposeído de sus tierras y sus posesiones por la Inquisición, al igual que le había ocurrido al pobre *Nicolau*, que falleció ante mí a los pocos días de mi huida de Cubières. Su solo recuerdo me turbaba todavía.

—¿Hace mucho tiempo que vivís en Catalunya?

—Sí, unos veinte años. Escapé después de que mi familia fue asesinada al completo por haber prestado ayuda a los cátaros de mis tierras: perdí a mis padres, y también a mi esposa y a mis hijos. Logré huir milagrosamente, crucé las montañas con la ayuda de un escudero y encontré refugio en esta tierra de acogida. Comencé en Ripoll casi desde la indigencia con los escasos bienes que pude traerme. Rehíce mi vida y, pasados los años, puedo decir que me siento feliz. He contraído matrimonio con una mujer del condado, que me ha dado un hijo, y tengo una vida plena. Sin embargo, y a pesar de la distancia, no puedo olvidar mis raíces. Aún tengo grabada en mi memoria la fortaleza de *Usson* —dijo con gran sentimiento el *faidit*.

Aquel hombre no había tenido reparos en desvelar su identidad ante unos desconocidos y contarnos los avatares sufridos en su vida, así que convinimos en confesar nuestra condición:

—Mi compañero *Philippe* y yo mismo, *Pierre Penchenier*, somos perfectos cátaros, y huimos de Occitania perseguidos por la Inquisición y los soldados franceses. Acompañamos a un amigo que conduce a un rebano de ovejas hacia el condado de Empúries para intentar escapar.

—Comprendí cuál era vuestra situación nada más veros. Podéis

confiar en que estaréis seguros en este pueblo. Y mientras permanezcáis en Ripoll, contaréis con mi ayuda —respondió *Melchior*.

—Agradecemos vuestras amables palabras, pero nuestra intención es quedarnos sólo esta noche. Debemos proseguir el viaje mañana en dirección a Olot.

—¿Mañana? Es una lástima que partáis con tanta urgencia, porque Ripoll es una ciudad muy interesante, llena de lugares hermosos, una ciudad monumental. Su monasterio es majestuoso, y cuenta con un portal de impresionante belleza, cuya portada exhibe una sublime iconografía alusiva al Nuevo Testamento, que algunos la llaman: «*La biblia de piedra*». Me hubiese gustado mostraros su interior.

—He oído hablar mucho de ese lugar —reconoció *Philippe*.

—Ripoll es conocido como el «*bressol de Catalunya*». Su monasterio se remonta a los tiempos visigodos, cuando
Rennes-le-Château
era conocida como *Redhae*, y fue, en su momento, la capital del *Razès*. En su *scriptorium se* formó *Silvestre II*, el papa del primer milenio; tenebroso año mil, tanto para los cristianos como para los musulmanes, porque ambas religiones pensaban que la Tierra iba a dar un terrible vuelco, hasta ponerse del revés. Por ello, en algunos lugares se llegaron a construir, incluso, escaleras con peldaños en sentido ascendente y, en el techo, otros tramos descendentes —dijo *Melchior*.

—Veo que conocéis bien la Historia.

—Sí, quise conocer las raíces de mi cultura, de mis ancestros, de mi religión y de mi país desde pequeño. Pero la insensatez humana, la barbarie que significó la cruzada, y los errores cometidos por la jerarquía eclesiástica supusieron el declive de nuestra sociedad. Hemos perdido una oportunidad histórica para mantener en nuestra amada Occitania el clima de tolerancia y respeto que se alcanzó antes de la tragedia de *Béziers* —expuso, con cierto resentimiento. Sus palabras traslucían un doloroso, aunque comprensible, resentimiento.

Hicimos ademán de despedirnos. Al día siguiente nos esperaba otra larga y dura jornada de camino, y queríamos descansar lo suficiente.

—Nos veremos mañana temprano, queridos amigos. También yo suelo levantarme al alba; el albergue requiere mucho trabajo. Que descanséis —añadió.

Bernard y sus compañeros también habían terminado la cena, y nos aguardaban para subir juntos a los aposentos. Acordamos levantarnos al oír los redobles de campanas del vecino monasterio anunciando la hora prima.

Un frío intenso atería los cuerpos aquella mañana del mes de abril, y el sol comenzaba lánguidamente a hacer su aparición por las colinas de levante. Fuimos a buscar el rebaño tras despedirnos con cariño y un fraternal abrazo del posadero, pues *Melchior Bonet* no consintió en cobrarnos ni una sola moneda. Aquel hombre bueno y generoso permaneció de pie junto a la puerta mientras nos alejábamos.

—Lo mejor para acortar la distancia que nos separa de *Olot* sería virar y dirigirnos hacia el nacimiento del sol. Tengo previsto llegar allí dentro de un par de días —dijo *Bernard*.

Aquellas dos jornadas que nos separaban de la capital de la *Garrotxa* transcurrieron sin contratiempos a través de un camino que superaba crestas y valles abiertos entre montañas. El rebaño pudo pastar a sus anchas porque el hielo ya había desaparecido en esa zona. El agua fresca de los innumerables manantiales sirvió también para saciar nuestra sed.

Pasamos la noche en un antiguo almacén de madera abandonado en un paso de montaña cerca de *Olot*; donde compartimos el espacio con el ganado. Las ovejas caldeaban la fría atmósfera de aquella enorme estancia con su aliento, mientras el viento golpeaba con fuerza los postigos y el tejado. Al despertarnos, todos los pastos estaban blancos a causa de la escarcha nocturna, pero afortunadamente no heló, y pudimos proseguir sin mayores problemas. Comimos un poco de pan con queso y fruta que llevábamos en las bolsas; las ovejas saciaron su sed en el manantial que brotaba en el prado, y pacieron en los frescos pastos de la montaña. Entramos en *Olot* al atardecer, cuando los rayos solares iluminaban los tejados rojizos de sus casas, y el volcán del *Montsacopa* se encendía como un mágico telón de fondo de la villa. Antiguas leyendas corrían acerca de la larga tradición brujesca de esa población, que se alzaba sobre un manto de lava y entre altivos

cráteres ya apagados. Preferimos buscar refugio a las afueras de la dudad para estar más próximos al sendero que debíamos tomar para dirigirnos a *Banyoles*.

Lo primero que hicimos al llegar fue encerrar el ganado en un refugio. Al abandonar el recinto y dirigirnos al lugar donde pensábamos pasar la noche, un ruido ensordecedor que desgarraba el alma nos hizo detenernos, atónitos ante tal alboroto. Una multitud desordenada corría por las calles sin rumbo aparente; otros portaban antorchas, o golpeaban con furia utensilios de cocina. De pronto, apareció ante nosotros un carromato llevado por varios mulos que portaba en su plataforma superior, y fuertemente maniatadas, a dos mujeres de aspecto grotesco. Algunos soldados las golpeaban desde el suelo sin piedad, mientras los vecinos les lanzaban desde las ventanas de sus casas tomates y otras hortalizas. Los insultos ofendían incluso a los oídos menos sensibles. Algunos, en cambio, preferían mantenerse alejados de aquel extraño cortejo. Al frente de la comitiva, sobre un caballo de porte imperial, iba un sargento de aspecto severo y armado hasta los dientes, que se abría paso a empujones entre la muchedumbre.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntamos a uno de los muchos ciudadanos que corrían despavoridos.

—¡Son brujas! ¡Las quemarán vivas por cometer actos satánicos! —respondió, colérico, sin detenerse. Mi maestro y yo nos miramos sin pronunciar palabra. A los pocos minutos, aquel terrible cortejo cruzó por delante de nosotros. Permanecimos inmóviles y espantados ante el paso de aquella caótica comitiva. Los ojos de la mujeres condenadas pedían clemencia y misericordia para sus almas. Y *Philippe* y yo, en silencio, rezamos un padrenuestro por su piadoso descanso. Al momento, el carro, junto con el gentío que lo acompañaba, se perdió por el extremo de la empinada calle en dirección a las afueras de la ciudad, donde, según nos dijeron, en un lugar conocido como «*Les Forques*», estaba preparado el cadalso. Habían dispuesto una gigantesca montaña de madera seca donde, maniatadas a un poste, morirían abrasadas las dos mujeres.

Entramos en el albergue con gran desazón. *Bernard* estaba con nosotros. Cenamos de manera frugal y los demás se marcharon a sus aposentos. A pesar de que el sueño me vencía, yo preferí quedarme unos minutos en la sala, al calor de la chimenea,

meditando acerca de muchas de las cosas que habíamos vivido. Las condiciones básicas de convivencia entre los hombres, la libertad, el respeto mutuo y la tolerancia religiosa retrocedían de forma alarmante en esos tiempos infames en los que nos había tocado vivir. La Iglesia controlaba todos los resortes de la vida cotidiana, asfixiando incluso los más privados resquicios de heterodoxia. Su inabarcable dominio se manifestaba en la ingente cantidad de edictos promulgados, en la multitud de leyes impuestas, que envenenaban la esfera privada de las gentes. Qué triste era constatar lo poco que un hombre solo podía hacer ante un poder tan absoluto. Sin darme cuenta, caí dormido sobre la mesa del comedor, cuando, de pronto, alguien me despertó:

—¿Os encontráis bien?

—Sí, perdonad, pero es que me he quedado dormido tras la cena.

—Hace rato que he cerrado el local, y me disponía a apagar las lámparas de aceite y las velas del comedor —explicó con voz ronca aquel hombre.

—Me marcho a mi habitación, debe de ser hora de descansar…

—Ya se oyó el toque de laudes —respondió. Mi interlocutor resultó ser el dueño del albergue, y respondía al nombre de *Félix Serra*.

—¿Vos sois nacido aquí? —pregunté.

—Sí. Bueno concretamente en *Bianya*, pueblo cercano a *Olot*, tierra de volcanes y de leyendas.

—Y de brujas, como he tenido ocasión de ver hoy.

—La cultura mágica no sólo está arraigada en Olot, sino también en otras villas catalanas. En las tierras de Girona, por ejemplo, hay una larga tradición de culto al diablo, y en todo el territorio que comprende, entre otras, villas como Castellfollit de la Roca, Besalú, Banyoles, Torroella, Roses v todo el bosque de Les Gavarres. Hay un lugar considerado maldito en el Empordá, llamado «*Els Clots de Sant Julià*», donde, al parecer, sólo moran lagartos, serpientes y toda clase de alimañas, y ni las ovejas se atreven a entrar…

—De donde yo vengo no hay tanta tradición de brujería como aquí, pero la gente vive igualmente atormentada y perseguida por las leyes impuestas por la Iglesia.

—Lo sabemos, allí la persecución es otra. La ortodoxia doctrinal está causando gran aflicción en las clases mas humildes de la

sociedad.

Hubo unos minutos de silencio. La cálida luz de la vela iluminó el rostro de Félix, y pude distinguir sus facciones. Numerosas cicatrices surcaban sus mejillas, y había perdido el ojo izquierdo. Su singular rostro conservaba la huella del sufrimiento.

—¿Qué os ocurrió, buen hombre? —pregunté con amabilidad.

—¿Os referís a mi rostro?

—Sí. Veo que tampoco vuestra vida ha sido fácil.

Félix esbozó una amarga sonrisa.

—Sé bien de qué os hablo. Hace años, quizá más de diez, oculté en mi casa a una mujer perseguida por bruja, pero los dominicos, secundados por los soldados, entraron y la apresaron, arrastrándola directamente a la hoguera. Mi castigo fue algo más benigno; fui torturado en las mazmorras del castillo de Santa Pau, donde recibí doscientos latigazos y perdí un ojo que me extrajeron con una barra de hierro al rojo vivo. Pero la crueldad no acabó ahí: apresaron y torturaron también a mi esposa y a mis dos hijos. Ellos no soportaron los castigos infligidos y fallecieron a los pocos días. Me desposeyeron de todos mis bienes, incluyendo mi casa, y quemaron mi valiosa biblioteca, de la que apenas pude salvar un solo libro, el Evangelio de San Juan. En sus páginas he encontrado refugio durante estos años. He vivido solo desde entonces, y así seguiré el resto de mi vida.

El rostro de aquel hombre había ido desencajándose a medida que rememoraba su tragedia.

—Lo lamento mucho. También yo he sido perseguido y he sufrido a causa de la intolerancia y el mal. Me vi obligado a escapar de mi tierra, el Languedoc, por herejía —expliqué.

—¿Acaso sois cátaro?

—En efecto, mi nombre es *Pierre Penchenier*. También yo sigo las enseñanzas de san Juan. Ese evangelio es el más estimado por nosotros, y dice mucho de vuestra inclinación espiritual —afirmé.

—Parecéis una persona de firmes convicciones.

—Soy perfecto cátaro, y he venido a Catalunya, y a otros territorios del reino de Aragón, para seguir transmitiendo el magisterio entre los numerosos creyentes que, huyendo de las tierras del Languedoc, se han ido instalando en diferentes lugares de la geografía hispana. Me acompaña mi hermano *Philippe*, también

perfecto.

—¿Cuánto tiempo estaréis aquí? Me gustaría acompañaros a una gruta en la que se celebran aquelarres —repuso Félix.

—Seguimos mañana el camino hacia Torroella. Viajamos como pastores, ocultos en medio de un gran rebaño de ganado.

—Hubiese sido un placer para mí enseñaros los rincones escondidos de esta villa. Quizá en una ocasión más propicia podáis regresar a visitarnos. Aquí tendréis siempre vuestra casa.

—Muchas gracias, y que Dios os bendiga —respondí mientras nos dábamos un fuerte apretón de manos.

Mi descanso fue breve, aunque reparador. Por la mañana, tras el amanecer, *Philippe* vino a buscarme y bajamos juntos a desayunar. Félix había preparado un sabroso desayuno a base de tostadas con aceite de oliva de la región, frutos secos, miel, bollería y leche de vaca recién ordenada. Nos despedimos con afecto y prometimos volver a encontrarnos.

Nuestra siguiente parada era *Besalú*. El viaje seguía la orilla derecha del lecho del río Fluvià, y se hacía muy agradable. Enormes coladas basálticas nos recordaban que estábamos en medio de una región volcánica, donde antaño la furia de la Tierra explotó a través de los cráteres, arrojando montañas enteras de lava incandescente, y cambiando totalmente la fisonomía del paisaje. Parecía un mundo irreal, repleto de tonos marrones y negros, con el verdor de la vegetación como contraste. El trinar de los pájaros anunciaba la llegada de la primavera.

—Ese pueblo que veis asomar allí arriba, sobre las columnas de basalto, es *Castellfollit de la Roca* —nos señaló Bernard—. He pasado por este sendero en varias ocasiones llevando el ganado, y cada vez que lo contemplo me siento más atraído.

—Es realmente sorprendente —dijo *Philippe*.

—¿Qué sabes de su historia? —pregunté con curiosidad.

—Se dice que aquí moraron tres mujeres tildadas de brujas, las cuales organizaban ruidosos aquelarres en una gruta próxima al rio. Pero una noche llegaron los soldados, acompañados de un sacerdote dominico que dio orden de apresarlas. Podéis imaginar cuál fue su final; las sometieron a terribles tormentos antes de quemarlas en la hoguera. La leyenda asegura que las tres mujeres, tras morir abrasadas, se transformaron en lechuzas. Algunos dicen que vieron

esas aves nocturnas salir de entre las llamas, y los cánticos de las lechuzas siguen oyéndose durante la noche de san Juan que, como sabéis, es el solsticio de verano.

Nos alejamos de *Castellfollit* y pasamos por *Sant Jaume de Llierca*, donde se alza un altísimo puente de un solo arco de medio punto que salva el profundo cauce del río Llierca. Hicimos allí un alto en el camino, en un extenso prado para que el ganado pastara a sus anchas. También nosotros repusimos fuerzas en un manantial próximo al río. La siguiente población que visitamos fue *Argelaguer*, situada sobre la orilla izquierda del río *Fluvià*. Y, por fin, después de un recto camino entre colinas, alcanzamos *Besalú* cuando los rayos del sol comenzaban a ocultarse entre los conos volcánicos.

—Hay un redil próximo al puente, junto a la iglesia de san Martín, al otro lado de la riera de *capelladas*, que servirá como refugio para las ovejas. Debéis estar bien atentos, pues el único albergue del pueblo está en la plaza donde se alza la iglesia de san Pedro, y Besalú es una población en la que viven personas de enorme influencia, y corréis el riesgo de que alguien os identifique —advirtió *Bernard*.

—Te agradecemos tu consejo. Yo tengo que recuperar fuerzas; anoche no dormí mucho —afirmé.

El albergue de *Besalú* estaba, en efecto, en el mismo centro de la población. Un gentío ensordecedor llenaba de tal forma el comedor principal que hacía imposible entenderse. Muchos de los huéspedes eran comerciantes, y algunos de ellos parecían judíos. *Bernard* me dijo que *Besalú* contaba con una pequeña pero muy activa judería, cuya comunidad, además de disponer de una *mikvé* (baños rituales), era famosa por el alto nivel cultural de sus miembros. El dinero corría con alegría por todas partes. Había también una *ceca* (casa de acuñación de moneda) cuyo establecimiento estaba a pocos metros del albergue.

—Propongo dar un breve paseo por la población después de la cena, aunque bien abrigados, porque, de noche, el frío es intenso aquí —sugirió *Bernard*.

—También yo quisiera descubrir de noche esta población. He oído decir que luchó por ser sede episcopal, hasta que su conde, *Bernat Tallaferro*, murió ahogado cruzando el Ródano —respondió *Philippe*.

—Así es, veo que conocéis bien la historia —expresó con júbilo Bernard.

Así que, terminada la cena, y bien arropados en nuestros mantos con capuchón, iniciamos el recorrido. El barrio judío, que la gente conocía como el «*Call*», se abría a pocos codos del albergue; todo en silencio. La rúa que lo atravesaba comunicaba directamente con la entrada interior del puente. Nunca en toda mi vida había visto un puente de piedra tan impresionante como aquél. A pesar de que los soldados procedían al cierre de la puerta, pudimos ver cómo se estaba levantando un sólido torreón hexagonal en el centro del puente que serviría para asegurar aún más las defensas de la dudad. Parecía una villa inexpugnable, resguardada en torno a su judería, sobre un altozano que se alza en la confluencia del capelladas con el Fluvià. Las luces de las antorchas que iluminaban las murallas se reflejaban en las frías aguas de ambos ríos. Fue una experiencia inolvidable. Después de deambular por los callejones contiguos a las iglesias de Santa María, la más elevada, San Pedro y San Vicente, y recorrer los interminables pasadizos y los soportales de las calles, decidimos regresar al albergue.

Amanecimos descansados y dispuestos a reiniciar la marcha. Nuestra siguiente meta era *Banyoles*. Poco antes de llegar a *Fares* abandonamos el curso del río Fluvià para descender, ahora en dirección mediodía, hasta *Banyoles*, por *Serinyà*.

—En la próxima parada os tengo preparada una agradable sorpresa —dijo Bernard.

—¿Una sorpresa? La verdad es que en todo este viaje no hemos dejado de asombrarnos —respondí.

—Es cierto —rió nuestro amigo—, pero *Banyoles* tiene algo especial, algo que no se encuentra en muchos lugares.

—Todo cuanto contemplemos será motivo de admiración.

—Ya falta menos. Tan pronto rebasemos aquella colina, podréis verlo con vuestros propios ojos.

Después de superar la colina de la que nos habló *Bernard*, mi maestro y yo enmudecimos al contemplar la belleza cautivadora de un lago de aguas azules y negras, justo en medio de las montañas. A orillas de aquella límpida superficie de cristal se extendía la ciudad.

—Ése es el lago que da nombre a nuestra próxima parada. *Banyoles*. Y allí tengo un buen amigo, conocedor de las gentes y las

historias de la comarca. He pensado que podemos visitarlo esta noche y charlar con él, si os parece bien.

—Por supuesto. Es una maravillosa vista la que se contempla desde aquí.

Philippe y yo ansiábamos conocer a aquel amigo de *Bernard*. Según no dijo, su nombre era Elías Fàbrega, y era el posadero junto a un lugar llamado fuente de la *Puda*.

La posada no estaba lejos de la orilla occidental del lago, al que arribamos después de un recorrido por las calles de la ciudad. Elías, en efecto, estaba cerrando las puertas. Los dos amigos se saludaron con afecto; parecía que hubiese pasado mucho tiempo desde que se habían visto por última vez. Elías era un hombre enjuto y alto, de ojos vivaces y nerviosos. Después de las presentaciones, dimos una vuelta caminando, y Bernard le pidió que nos relatase algunas de las leyendas que él había escuchado hacía años.

—La mayor parte de los que llegan hasta aquí vienen sólo a curarse de sus males, pero muy pocos se interesan por la historia del lago. Estos baños llevan por nombre «*La Font Pudosa*», pero las gentes del lugar los conocen mejor como «*La Puda*». Las aguas son frías, muy saludables y ha corrido la voz de que sanan algunas enfermedades —explicó Elías—. En cuanto al lago, yo nací en *Banyoles*, y desde siempre me ha atraído esta masa de agua. El lugar transmite una atmósfera mágica, pues se trata de una agua que nace en las entrañas de la tierra, sin necesitar, por tanto, de ningún río o arroyo que lo alimente.

—Es sorprendente. Nunca antes habíamos visto nada similar.

—Estoy seguro de ello. Pero sus leyendas son igualmente fascinantes. Una de ellas habla de un enorme dragón que vivía en su interior; su corrompido aliento, según la creencia popular, contaminaba las aguas, y para evitarlo, los habitantes de *Banyoles* se veían obligados a arrojar todos los días a sus aguas una criatura, o a una doncella. Gracias a la intervención de un virtuoso eremita, *sant Mer*, que convenció al dragón para que dejara de comer carne, se puso fin a aquellos sacrificios. Finalmente, el animal, arrepentido por su voracidad, murió de viejo, y fue enterrado junto a la tumba del santo. El fervor popular hizo que, a partir de entonces, todos los 27 de enero se celebrase un *aplec* para evocar dicha leyenda.

—Es una historia extraordinaria —exclamó *Philippe*.

—Otra leyenda relacionada con el lago, que se ha conservado desde tiempos inmemoriales, cuenta también la historia de un dragón, representado esta vez en la persona de un temible señor feudal de estas tierras. El tirano ejercía su poder con la mayor violencia, y practicaba de manera despótica el derecho de pernada. Él era el único propietario del lago. Pero un día, el abad del monasterio de *Sant Esteve* llegó para confesarle de sus pecados, y en aquel momento, el tirano regresó a su figura de animal y vivió hasta el fin de sus días en el lago. Los lugareños cuentan, además, historias referidas a unos seres encantados que el vulgo conoce como aloges, o goges. Se dice que son las almas de las personas desaparecidas en la espesa bruma, y ahogadas en sus aguas después de haber sufrido el encantamiento de los poderes de unas hadas infernales que danzaban de noche a las orillas del lago. Pero nadie ha logrado verlas jamás para contarlo —explicó Elías.

Nuestro anfitrión disfrutaba contando a los forasteros el conjunto de relatos que seguro amenizaban las largas veladas de invierno.

A la mañana siguiente, antes de emprender el camino hacia Torroella, contemplamos todos el lago durante unos minutos, expectantes como niños ante una posible aparición del dragón, o quizá de las aloges… De repente, a lo lejos vimos aproximarse a un zagal que subía la empinada pendiente mientras daba grandes voces.

—¡*Bernard*! ¡En la encrucijada…! —gritaba, señalando con la mano algún punto apartado de nuestra vista. *Bernard* se incorporó, alarmado.

—¿Qué ocurre?

—¡En la encrucijada, *Bernard*…! —Atinaba sólo a decir el chico, casi sin resuello y fuera de sí.

Cuando llegó hasta nosotros, *Bernard* sujetó al enajenado muchacho por los hombros.

—¿Qué es lo que hay en la encrucijada?

—¡Una anciana, *Bernard*! ¡Está metida en una jaula! —El muchacho sollozaba.

—Vamos a ver qué es lo que está pasando allí —dijo, antes de coger sus escasas pertenencias, entre ellas mi talega, en la que llevaba todavía la vara envuelta en su paño de seda, y un pellejo de

agua.

Yo me encaminé con él hacia el lugar que señalaba el joven pastor.

—Vamos con vos —me indicó *Philippe*, haciéndole una seña a *Bernard*.

—¡Tú quédate aquí! —le ordenó *Bernard* al zagal.

Bajamos a través de la verde y florida pradera, y pasado un diminuto altozano, divisamos la encrucijada de caminos justo al lado de un reducido bosquecillo de hayas. En un primer momento no advertimos nada extraño, pero conforme nos aproximábamos, percibí un indefinible sentimiento de inquietud, una extraña sensación de desasosiego que se acrecentaba conforme avanzábamos. La sensación se convirtió en un punzante hormigueo por todo el cuerpo, así como un agudo sonido en mis oídos que me mareaba. Unos pasos más allá, y sobre nuestras cabezas, una jaula de reducidísimas dimensiones, y en su interior, una anciana totalmente desnuda. La aberrante prisión era de hierro forjado, y estaba suspendida de la gruesa rama de una enorme haya, a unos dos metros y medio del suelo, oscilando. En ese momento, la vibración en mi interior era de gran intensidad.

—Quedaos aquí —les indiqué a mis compañeros, que no parecían notar nada anormal.

—Ve con cuidado, Guilhelm, si se trata de una bruja y la socorres, corres el riesgo de ser condenado —me advirtió *Bernard*.

—Lo sé, pero se trata de un ser humano, y nadie merece un castigo semejante. Mi deber es prestar auxilio a quien lo necesite.

Me aproximé a la mujer, que estaba tumbada en el suelo de la jaula, aparentemente sin sentido, y cubierta de sus propios excrementos. La convulsión de mis sentidos era brutal, agónica, estremecedora Podía percibir el aura —de un intenso color rojo parduzco— que flotaba sobre su cuerpo, cambiando constantemente de forma y de tonalidades, lo cual significaba que aún estaba viva. Un agudo hedor llegó a mí nariz.

—Buena mujer… —susurré.

De pronto, levantó la cabeza y clavó sus ojos acerados y malignos en mí, emitiendo unos guturales sonidos, como maullidos de gato. Su mirada tenía una expresión diabólica, llena de un odio infinito. Se asió con ambas manos de las barras de hierro y se

incorporó mostrando de forma explícita su repugnante desnudez. Retrocedí, espantado. Al momento, oí la voz de *Philippe*, que gritaba a mi espalda:

—¡Tened cuidado, Guilhelm!

Me armé de valor y me acerqué un poco más, ofreciéndole el pellejo de agua. Todo sucedió en un segundo: la anciana hizo amago de coger el cuero, pero en ese instante, una fuerza invisible y sobrenatural impactó en mi pecho, me levantó del suelo y me proyectó hacia atrás con inusitada potencia. Salí volando y caí a varios codos de distancia, quedándome sin resuello y ligeramente traspuesto. A pesar de mi confusión, pude distinguir claramente la risa de la mujer.

—¡Es una bruja, Guilhelm! ¡Vámonos de aquí! —gritaba Bernard.

—Necesita ayuda y se la daremos. Ahora más que nunca. —Y dirigiéndome a mi hermano, le pregunté—: ¿Estáis dispuesto a ayudarme, *Philippe*?

—Por supuesto, Guilhelm. Sabéis que podéis contar conmigo —respondió. Luego se dirigió al pastor—: *Bernard*, lo mejor será que os marchéis.

Philippe me ayudó a reponerme; extraje la vara y, blandiéndola, regresé junto a la jaula.

—Estamos en los dominios del *cosmocrator, Philippe*, el soberano del mundo.

—Lo sé. Guilhelm, no poseo vuestro don para presentirlo, pero lo intuyo.

—¡Sé muy bien quién eres, y no te temo! —le grité a la hechizada —. ¡Te ordeno que liberes su alma, que no te pertenece! ¡Déjala ir, espíritu del mal!

La infortunada empezó a bramar. Gritaba emitiendo los más terroríficos sonidos que jamás habían percibido oídos humanos. *Philippe* y yo intentamos no prestar atención a los agudos chillidos y a los improperios que salían de su boca, y nos recogimos en unos momentos de oración y meditación interior. El sol declinaba hacia poniente, pero estaba aún muy alto y radiante. Mi hermano se colocó detrás y sentí de nuevo la energía de sus manos sobre mis hombros. Volvía a renovar las mías en perjuicio de las suyas. Tracé con la vara un círculo en el suelo a nuestro alrededor y, alzando los brazos, puse la mano izquierda sobre la luz solar, queriendo

atraparla. Orienté la palma semicerrada de la mano derecha hacia la mujer, imaginando que ese rayo de sol entraba por mi mano izquierda, me atravesaba y salía por la derecha, incidiendo sobre la poseída. Ésta empezó a retorcerse en medio de grandes espasmos. Observé que su aura empezaba a palidecer, y que el color rojo se desvaía levemente. Abrí el círculo y me aproximé a la anciana, que se había desplomado. Introduje a través de los barrotes la boca del pellejo y le ofrecí un poco de agua, que bebió con avidez. Su mirada no mostraba ya maldad alguna, sino agradecimiento, y su rostro expresaba la paz interior que había recuperado al fin. Poco después, expiró. Al volver la cabeza hacia *Philippe*, comprobé con gran pesar que mi maestro yacía en la hierba, completamente exhausto.

—*Philippe*, hermano mío —musité, acunando su cabeza en mi regazo.

—No os aflijáis, querido Guilhelm. Estoy viejo, y mis fuerzas no son las de antaño. Soy para vos poco más que un lastre para vuestra misión.

−No digáis eso, amado *Philippe*. Nada de lo que ahora soy hubiera sido posible sin vuestra ayuda.

XXVI.
AQUELARRES

Hicimos un alto para dormir en Tramelera en el trayecto entre las poblaciones de Banyoles y Torroella, separadas tan sólo por unas ocho leguas de distancia. El viaje se nos hizo más corto de lo esperado.

—Nos encontramos en pleno condado de *Empúries* —dijo *Bernard* tan pronto como el ganado cruzó por la calzada romana.

—Es como si el aire cambiase de consistencia —respondí.

—Algo así. En esta región se respira una extraña atmósfera de brujas, aquelarres y sobrecogedoras leyendas, o quizá sean simplemente las fragancias de plantas aromáticas que nos envuelven con la brisa del mar —bromeó el pastor.

—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en el *Empordá*, amigo *Bernard*? —le preguntó *Philippe*.

—Hasta finales de junio, en principio.

Miré extrañado a mi maestro. ¿Por qué mi hermano le haría aquella pregunta al responsable del rebaño?

—Hemos hecho bien en rodear Girona. En Ripoll me dijeron que evitásemos en la medida de lo posible ir en esta ocasión hasta esa ciudad. Parece que se está llevando a cabo una caza de brujas en las zonas de *Sant Félix, Sant Pere de Galligans* y *Sant Daniel*, y hubiese sido temerario transitar por una villa infestada de soldados y miembros de la curia católica.

—Te agradecemos enormemente la ayuda que nos has prestado de forma tan desinteresada —respondí. *Philippe* me miró con una sonrisa de aprobación.

Dos jornadas después de partir de *Banyoles*, y tras dejar atrás la pintoresca villa de Verges —una hermosa población rodeada de

sólidas murallas y poderosas torres—, llegamos a nuestro destino: *Torroella de Montgri*. El pueblo dormitaba en un extraño silencio, a la sombra de una empinada colina coronada por un castillo sin torres. Nuestro ganado, que durante el viaje había visto incrementado su número en, al menos, treinta cabezas más, fue encerrado en sitio seguro. Buscamos después, como siempre, alojamiento en alguna de las pocas casas de hospedaje que no estuviesen absolutamente ocupadas. Encontramos un sitio donde cenar y descansar en una posada próxima a la torre de *Les Bruixes*. Todos los miembros de la mesa coincidimos en el comedor de la posada.

—Ha llegado la hora de despedirnos, queridos amigos. Ha sido un verdadero placer y ha supuesto un enorme aprendizaje vuestra compañía durante estas semanas. He de reconocer que las cosas han marchado mejor de lo que imaginé al principio —dijo Bernard.

—Querido amigo, somos nosotros los que hemos aprendido de vuestros conocimientos y de vuestra sabiduría. Jamás pensé que este trayecto aparentemente trivial y rutinario, que vos realizáis anualmente, pudiese ser motivo de tantas y tan variadas vivencias, espirituales, culturales, religiosas… humanas, en definitiva. Ha sido una maravillosa y enloquecedora experiencia —respondió, agradecido, *Philippe*.

—En efecto, y queremos agradecer de nuevo tu guía y tu paciencia —apostillé.

Cenamos abundantemente: un buen plato de caldo caliente, una ensalada variada, bien aliñada con el aromático aceite de oliva del *Empordá*, frutas frescas y un vaso de leche con miel y bollería. Tras la comida. *Bernard* y sus compañeros se retiraron a sus aposentos a descansar. *Philippe* y yo decidimos quedarnos un rato en la mesa. El gesto serio de mi maestro me alertó. Se dirigió a mí con voz suave y cansada.

—Hermano Guilhelm, he de deciros algo. A pesar de encontrarme muy a gusto en Catalunya, debo confesaros que añoro mucho mi tierra, nuestro Languedoc, y, aunque sea consciente de que mi tiempo en este mundo se está acabando, me gustaría que mis ojos se cerrasen para ser enterrado donde nací. Sé bien que muy poco me queda ya por hacer; mi edad se ha convertido en un problema para este viaje, y he de reconocer que mi ánimo no es el de antaño. La represión inquisitorial y militar ha ido minando la moral

y quebrando los valores espirituales de los creyentes de toda Occitania. Tras la caída de *Montségur*, nuestro altar sagrado, nuestro mundo se ha ido derrumbando lentamente. Pocas cosas me ilusionan ya, y quizá la más importante entre ellas haya sido vuestra formación, de la que me siento enormemente orgulloso. He tenido en vos al mejor alumno que cualquier maestro pueda soñar.

Contemplé el rostro fatigado y pesaroso de mi hermano y maestro durante todos esos años, y una tristeza y una desazón infinitas invadieron mi alma. *Philippe* me anunciaba su marcha y yo no podía creerlo. Debería continuar sin su compañía, sin sus sabios consejos y sus palabras de aliento. No podía ni imaginar el sufrimiento de su ausencia de ahora en adelante. No conseguía articular palabra. Pero, al fin, mis labios suplicaron:

—Amado *Philippe*, os ruego que lo meditéis detenidamente. Hemos recorrido un largo camino juntos, primero en nuestra querida Occitania, y ahora en tierras catalanas para llevar a cabo una misión. Yo me veo incapaz de poder realizar solo nuestra tarea.

Después de unos instantes proseguí:

—Nos esperan en *Sant Mateu* un grupo importante de occitanos que aguardan nuestra llegada y necesitan que les transmitamos el magisterio de nuestra Iglesia cátara. Y faltan aún muchas millas hasta llegar al reino de Valencia. No podemos rendirnos ahora.

—Guilhelm, ambos sabemos que sois la persona adecuada para cumplir con esa misión. La tarea os fue asignada a vos, y debéis realizarla lo mejor que podáis. Por otro lado, es muy larga, en efecto, la distancia que nos separa del reino de Aragón, y ése es un motivo añadido para que decida no emprender ni siquiera el trayecto. Debéis intentar comprender las causas de mi decisión; es lo más adecuado. Yo no sería para vos más que un estorbo, un elemento que os retrasaría y os distraería de la importante labor que debéis llevar a cabo. Os ruego que aceptéis mi decisión de regresar al Languedoc, allí podré seguir siendo útil, impartiendo mis enseñanzas entre los pocos colectivos que quedan de creyentes. Y así viviré, esperando pacientemente que llegue mi hora.

Los ojos de *Philippe* estaban nublados por las lágrimas. Sentí un dolor físico al escucharlo, como si algo se rompiese dentro de mí. Sabía que su decisión era prudente y aceitada, pero mi corazón se rebelaba ante la perspectiva de su marcha. Hice acopio de serenidad

y me abracé a él en silencio. Así estuvimos, fraternalmente unidos, durante un instante. Al separarnos, me miró con cariño y me deseó suerte en mi nueva andadura.

—Permaneceré aquí durante el tiempo que *Bernard* esté con su ganado. Después regresaré con él a Occitania.

—Yo tomaré el camino hacia el sur, en dirección a la ciudad de Tortosa, desde donde, a través de los puertos de ontaña, alcanzar *Sant Mateu*, en tierras valencianas —contesté—. Tan sólo quiero pediros que, si tenéis ocasión, deis noticias mías a mi familia. Tranquilizadlos y decidles que ardo en deseos de abrazarlos.

—Podéis estar seguro de que así lo haré.

Después de tantas estaciones juntos, llegaba el desgarrador momento de la despedida. Me separé unos metros para saludar a *Bernard* y a sus compañeros, y miré a *Philippe*. Nos contemplamos desde la lejanía hasta perdernos de vista. Pensé que jamás volvería a verlo.

Estuve caminando toda aquella jornada. Finalmente llegué a una población sólidamente fortificada, que resultó ser *Peratallada*, y allí decidí buscar un lugar para pasar la noche. Las puertas de la muralla estaban a punto de cerrarse, y logré entrar antes de que recogieran el puente levadizo. Era un pueblo tranquilo. En el albergue noté, sin embargo, que en el ambiente se respiraba cierto nerviosismo.

—¿Qué sucede? —pregunté al dueño de la posada.

—Mañana es el día del solsticio, y, como todos los años, las brujas de la comarca se reúnen en el bosque para celebrar el aquelarre.

—¿En el bosque? Pero ¿no será un acto muy arriesgado? —quise saber.

Aquel hombre, antes de responder, me analizó visualmente, seguramente para conocer mi identidad; pero, no tardó en responder:

—No, en absoluto. Aquí no llegan los soldados ni los inquisidores, porque el señor de Peratallada, que es también el dueño del castillo de *Torroella de Montgri*, tiene mucha influencia en el reino, y, desde hace años, se toleran este tipo de ceremonias en sus territorios. Yo iré a verlo, acompañadme si os place. Os aseguro que no os arrepentiréis. ¿Cómo os llamáis, señor?

—*Pierre Penchenier*.

—Yo soy *Agustí Balcells*, para serviros.

—Y decidme, ¿dónde se encuentra ese bosque?

—En la hondonada de un apartado lugar conocido como «*Els Clots de Sant Julià*».

Cuando oí aquel nombre, recordé al posadero de Olot, quien me había hablado de aquel maléfico lugar, según él, centro de adoración a Satanás.

—Bien, iré con vos.

—Ésa es una buena decisión. Mañana, después del toque de la hora sexta, partiremos en mi carro.

—Pues hasta mañana. Con vuestro permiso, ahora me retiraré a descansar. He tenido una dura jornada.

Al día siguiente, después de oír las campanas anunciar meridies, Agustí me aguardaba en la puerta del albergue para acompañarme.

—He tenido ocasión de comprobar la terrible caza de brujas que se está produciendo en toda esta región.

—Sí. Así es, *Pierre*. Pero, como os dije, aquí, y gracias a la poderosa influencia de nuestro señor, gozamos en este aspecto de una cierta libertad.

—He de reconoceros que quedé asombrado ante la grandiosidad de la fortaleza de *Peratallada*.

—Este castillo es, al mismo tiempo, el palacio de nuestro señor, el lugar desde el que gobierna todas las tierras con el respaldo del rey Jaime II. Sin embargo, su conocida ayuda a las curanderas calificadas por la Iglesia de brujas, y también a los brujos de su territorio, hace que la Inquisición desconfíe de él y lo someta a vigilancia —explicó Agustí.

—Debe de ser una persona muy querida por sus gentes.

—Así es, en efecto. Pero eso no evita que castigue con severidad a los que lo traicionan. Se sabe que encierra en sus terribles mazmorras a los servidores infieles, ya sea por envidias y demás miserias humanas, o por haber denunciado ciertas cosas a los esbirros inquisitoriales. Desde hace algunas semanas, tiene preso a un delator descubierto cuando hablaba con un miembro de la Iglesia, al tiempo que recibía una bolsa de monedas, tal como Judas. Esa denuncia traicionera provocó el proceso de varias mujeres en la vecina localidad de *Ullastret*, aprovechando que nuestro señor

estaba de viaje.

Llegamos al bosque animados por la conversación, casi sin darnos cuenta. Pero al penetrar en él, vimos abrirse ante nosotros un espacio húmedo, asfixiante, de una extraña atmósfera fría y lúgubre Se trataba de una antigua cantera de angostos túneles, explotada hacía muchas centurias, y en la que apenas quedaban ahora más que serpientes y animales venenosos. Agustí propuso esperar escondidos entre la maleza hasta la caída de la tarde para acercarnos a ella procurando que nadie percibiese nuestra presencia allí. El sitio al que quería llevarme era conocido con el nombre de «el trono de la reina».

—Conozco bien este lugar, porque ya de niño corría por aquí, incluso sufrí la picadura de una serpiente, y gracias a las pócimas de una curandera, salvé la vida. Por ello, es importante que tengamos mucho cuidado, por que abundan estos peligrosos reptiles, y, además, hay profundos agujeros en el suelo, y podemos caer en una de sus profundas simas, de las que nos resultaría muy difícil salir con vida —me aconsejó.

—No temáis, iré siempre siguiendo vuestros pasos.

Después de sortear algunos recodos del bosque llegamos al sitio señalado por Agustí. Estábamos solos, y pude admirar el famoso «trono de la reina», una extraña roca abierta en su parte inferior por un arco, en cuyo intradós había grabada una cruz paté templaria. En la parte superior de la roca se distinguían unas canalizaciones hechas para que corriera la sangre del animal sacrificado, que recordaban a un antiguo centro de ritual cruento de tiempos remotos. Una extraña atmósfera reinaba en aquel lugar, como si estuviésemos cercanos a las puertas del mismísimo Infierno.

—Vamos a ocultarnos detrás de esos arbustos —susurró *Agustí*.

Se oía, lejano y apagado, el murmullo de unas voces.

—Son los cánticos de las brujas —dijo entre dientes, mientras me instaba a guardar silencio.

Estábamos a punto de contemplar un ceremonial que suponía para mí un gran descubrimiento, y no quería que nada me pasase por alto. En el claro inferior, justo delante de nosotros, y como había predicho Agustí, fueron concentrándose las personas que iban a protagonizar el ritual. El grupo estaba dirigido por una mujer de apariencia robusta, recia y enigmática. Cuando sus compañeras —

conté también unos pocos hombres— ocuparon el círculo en torno a una hoguera, la mujer inició la negra letanía con una voz sorprendente por lo hermosa, timbrada y dulce:

—¡Lucifer, ten piedad de nosotras! ¡Escucha nuestras súplicas!

Aquellas frases retumbaron entre la espesa y humeda vegetación. Instantes después, aquella mujer continuó hablando:

—¡Mi señor Lucifer! ¡Ante ti, poderoso señor, renuncio a Dios!

Un silencio sepulcral dominaba aquella sobrecogedora escena.

—¡Ante ti renuncio a Cristo…!

La mujer siguió invocando con abominables imprecaciones al Señor de la Luz y las Tinieblas. Tras unos minutos de súplicas al Mal, un desgarrador silencio se adueñó del lugar, sólo roto por el crepitar de las maderas en el fuego. Después continuó:

—Hermanas, pronto vendrá *lo Vermell*, nuestro amo y señor, y entonces comenzará el sabat en esta noche del solsticio de estío, la más corta del año. Así será para que el resplandor del fuego reduzca aún más la brevedad de esta oscuridad.

El resplandor de la fogata iluminaba perfectamente el entorno, y pudimos contemplar con detalle todo cuanto allí acontecía. Veíamos las facciones de los celebrantes, sus ropas, y también las sombras que proyectaban sobre los árboles cercanos, que se engrandecían a medida que se acercaban al fuego. Fueron encendiéndose otras hogueras. Pasaron unos instantes, y entonces apareció un hombre, que depositó sobre el altar cercano al fuego un cabrón atado por el cuello, que dejó sujeto a una estaca. De repente, todas las mujeres, desde las más jóvenes hasta las ancianas, se arremolinaron alrededor del animal, y una a una se dispusieron en fila y fueron besando el trasero de aquella bestia. No podía creer lo que veían mis ojos. Después de cometer semejante aberración, comenzaron a dar brincos y a hacer cabriolas alrededor de la hoguera, riendo y cantando sin cesar, como poseídas por el mismísimo demonio, mientras bebían un extraño brebaje que manaba de unas calabazas ahuecadas.

La mujer que operaba como oficiante arrojó al fuego varias brazadas de unas hierbas secas, semejantes al cáñamo, y otras con unas vainas anaranjadas, que inmediatamente produjeron un espeso humo que se propagó con rapidez por las inmediaciones. Llegó hasta donde nos encontrábamos nosotros, y percibimos un olor

dulzón, como a caña quemada, que pronto empezó a embotar nuestros sentidos. En ese momento, las mujeres que danzaban entraron en un estado semejante al trance, y comenzaron a dar alaridos y a girar sobre si mismas como si de peonzas se tratase. Las oíamos gritar «*eboe lo baque*» y otras horribles y blasfemas invocaciones al Soberano del Mal, muchas de las cuales soy incapaz de rememorar.

Uno de los hombres que sujetaba el macho cabrío profirió un grito de alerta, agudo y gutural. Las mujeres se detuvieron inmediatamente y se volvieron hacia él. El hombre, que con la mano derecha sostenía en vilo al animal, mantenía alzada sobre su cabeza la mano izquierda, en la que empuñaba una daga de hoja sinuosa de doble filo. Dejó de gritar y, mirando al macho, le descargó un terrible golpe y lo degolló de un solo tajo. Grandes chorros de sangre comenzaron a manar de aquella pobre bestia y bajaron a continuación por los canales del ara. Se desató la locura más absoluta; las mujeres empezaron a desprenderse de sus vestidos, profiriendo histriónicos gritos y alaridos; algunas llegaron a arrancárselos, y las más jóvenes quedaron, en su gran mayoría, completamente desnudas. Muchas de ellas se arrodillaron con apremio bajo el flujo de sangre para recibirlo directamente en sus cuerpos desnudos, y otras llegaron a revolcarse en el viscoso líquido. Las de más edad se despojaron tan sólo de la parte superior de su ropa, dejando al descubierto, de manera impúdica, sus pechos enormes y fláccidos, manoseándoselos en una orgía de convulsiones y movimientos grotescos. La espesa sangre caía por sus torsos, y manchaba el suelo de un rojo intenso e hiriente.

En medio de aquel frenesí descarnado, vi que casi todas ellas llevaban tatuado un sapo en el hombro izquierdo. La situación se desbocó de pronto, y las más jóvenes empezaron a frotar sus cuerpos contra los de sus compañeras en una infernal orgía de sexo lésbico e impuro. Mostraban sus sexos descarnados, sin pudor alguno, hasta que una de ellas, una hermosa y joven criatura, de cuerpo armonioso y rostro bellísimo, pareció fijar su atención en el sitio exacto en el que me hallaba escondido. Me miraba directamente a los ojos a través de la oscuridad, como si supiera que yo estaba allí, observándola. Alarmado, creí que nos había descubierto, tal era la intensidad de su mirada. Por un momento,

llegué a pensar que aquella diabólica criatura me sometía a la más sacrílega tentación. Podía oír sus gemidos de placer, producto de la locura en la que se había convertido aquel lugar. La joven gozaba del sexo sin ningún recato, de forma impúdica y obscena, ante mis ojos. Finalmente me ví obligado a apartar la vista, perturbado.

Me volví hacia mi compañero Agustí y comprobé con estupor que se estaba masturbando frenéticamente, absolutamente enajenado por la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Observé que había tenido ya un orgasmo, pero aquel infeliz había sido atrapado en la esfera de Lilith, y seguía alimentando con su semen la continuidad de aquella satánica orgía. Pensé que en los alrededores habría otros muchos camuflados que estarían haciendo lo mismo, para regocijo de aquellas mujeres, que de sobra sabían que eran observadas y que con sus actos lésbicos provocaban la masturbación o el coito, con el consiguiente derrame del precioso líquido en los hombres, y profundos, intensos y múltiples orgasmos en las mujeres. Comprendí entonces la insistencia de aquel hombre por asistir a aquel acto aborrecible: era la atracción sexual en su vertiente más impura y diabólica.

De pronto sentí, horrorizado, que también en mí se estaba despertando el instinto animal, esa pulsión incontrolable que podía conducirme al más abominable de los pecados. Aquella criatura preciosa había provocado mi excitación y mi deseo carnal; sus gestos voluptuosos y explícitos, dirigiéndose de manera felina hacia mí, me sobresaltaron. No pude soportarlo por más tiempo, me levanté de donde estaba y corrí, huyendo de la tentación en sentido contrario al del aquelarre. Estaba mareado, como si mis sentidos se hubiesen embotado a causa de alguna rara droga. Creí ver delante de mí, entre las sombras que las llamas proyectaban sobre los árboles del bosque, un gigantesco espectro que recordaba extrañamente la cabeza de un macho cabrío. Mi mente producía imágenes delirantes, producto del espejismo en que se había convertido la realidad. Aquella siniestra sombra no desaparecía: al contrario, advertí en ella la forma de unos ojos incandescentes que me miraban fijamente. Me desvié hacia mi derecha, internándome en la espesura sin saber adónde me dirigía; sólo quería alejarme de aquel lugar de perdición e ignominia lo antes posible. Corrí y corrí desesperadamente, tropezando y cayendo entre zarzas y matorrales

en la más completa oscuridad, pero afortunadamente no caí en ninguna sima.

Soy incapaz de recordar el tiempo que transcurrió, pero me descubrí lleno de arañazos, con la ropa destrozada y una profunda brecha en la mejilla derecha que aún hoy conservo como un estigma diabólico. Perdí el sentido de la realidad y la noción de lo que había a mi alrededor. Me encontré de golpe en el suelo, boca abajo, en un sendero alejado del bosque. Ni siquiera conservaba la vara que llevaba en el zurrón de bandolera: estaba astillada por la mitad y ya no tenía poder alguno.

El cielo mostraba la violada luz que precede al alba, y fue entonces cuando me di cuenta de lo cerca que había estado de perder mi alma para siempre. Recordé el deseo desbocado y primitivo que había provocado en mí el cuerpo desnudo y juvenil de aquella muchacha. No pude reprimir el llanto, y lloré amargamente, tumbado en medio de la nada.

—¡Perdóname, Madre, te lo suplico! ¡No soy digno de ti! ¡Soy un miserable pecador que no merece tu compasión! *Philippe*, ¿por qué me habéis abandonado? Vos jamás hubieseis permitido que asistiera a esa ceremonia satánica. ¡Madre, merezco tu desprecio, ten piedad de mí! —rogué humildemente.

Mi desconsolado llanto no había cesado cuando el primer rayo de sol tocó mi cabeza; sentí su tibia calidez como una caricia celestial, que me envolvía y me acunaba. Toda la pena y la desolación que atenazaban mi alma fueron desvaneciéndose gradualmente, y una dulce y serena paz inundó mi corazón.

—¡Gracias, Madre, juro que nunca más te defraudaré!

Di gracias a Dios por su misericordia, y con el alma llena de fe y de esperanza en el futuro, me levanté imbuido de una profunda alegría, y empecé a caminar, renovado espiritualmente, lleno de energía, alejándome de aquel bosque maldito y de la infrahumana experiencia vivida, en dirección a mediodía. Ensangrentado y con el vestido desgarrado, pero feliz.

XXVII.
POR
TIERRAS CATALANAS

Muchas leguas restaban aún por recorrer hasta alcanzar mi destino: La villa de *Sant Mateu* y debía hacer ese trayecto en solitario, intentando ocultarme y pasar inadvertido. Por eso utilizaba siempre el seudónimo de *Pierre Penchenier*. Del mismo modo, hice lo posible por trabajar en aquellas ocupaciones en las que yo tenía experiencia según la temporada del año; unas veces de pastor, otras de fabricante de peines de telar, otras de viticultor, de ganadero o de aceitero. Procuraba también evitar los grandes núcleos de población, de forma que, al transitar por el condado de Barcelona, me cuidé de no entrar en su capital. Encontré trabajo en la pequeña población de *Palau-Solità i plegamans*, concretamente en la poderosa encomienda templaria de Santa Magdalena, cuya explotación agropecuaria, custodiada por una fortaleza que se alzaba sobre la ribera derecha de la tierra de Caldes, estaba en proceso de entrega a sus nuevos propietarios, los hospitalarios. Allí colaboré en diferentes tareas de la granja, lo cual me proporcionó los ingresos mínimos para seguir con mi viaje, siempre en dirección a mediodía.

Anduve durante largos meses por caminos, senderos, puertos de montaña y alguna antigua calzada; me alojé en hospederías, masías, hospitales y albergues de peregrinos y, tras cruzar la línea de castillos y fortalezas que delimitaban la antigua frontera de la *Marca* —ya en la *Catalunya Nova*—, llegué a la villa de Santa Coloma, ciudad protegida por los barones de Queralt y rodeada por sólidas murallas. La judería superaba los cincuenta fuegos. Los señores de Queralt ejercían jurisdicción sobre treinta de ellos, del mismo modo

que sobre el resto de la población, mientras que los demás dependían del rey. La sinagoga era conocida como «*Scola dels Jueus*». Entre los miembros de mayor renombre de aquella judería se contaba el sastre *Moshe Cabrit*, que me dio trabajo en su taller. Aquel hombre afable, influido posiblemente por mis consejos, legó en su testamento toda su inmensa fortuna a la ciudad, y estableció de manera específica que el dinero debía ser empleado en la construcción de un hospital. Y así se hizo; al poco tiempo de su muerte, empezaron a edificarse los cimientos de aquella obra. El resto de la comunidad judía de Santa Coloma colaboró también en aquella labor, dedicada en su mayoría al cultivo y elaboración del azafrán, la especia más cara del mercado, cuyo precio superaba en ocasiones al del oro. Con los beneficios que se obtenían de su comercio, los almogávares catalanes de Roger de Flor pudieron costear sus grandes maniobras navales con las velas del reino de Aragón. La judería de Santa Coloma llegó a ser tan influyente en aquella época que marcó los precios de todo el azafrán que se comercializaba en el Mediterráneo. Sin embargo, el panteón de los señores de Queralt, a las afueras de Santa Coloma, fue sufragado por los templarios, cuyos caballeros grabaron en hierro su *tau* en algunas rejerías del templo; además, en su bella pollada en arcos de degradación, dejaron también los templarios numerosos símbolos herméticos.

Atravesé desde allí un vasto territorio de altozanos y valles cubiertos de viñedos; pasé después por Barbera, el primer castillo templario en tierras catalanas, y que, tras la caída en desgracia de la orden, y su posterior persecución, estaba en proceso de abandono. Alcancé pronto Montblanc, ciudad de gran poder económico, que me recordó a Carcasona por la grandiosidad de sus murallas y sus altísimas torres. El recinto se prolongaba hasta el sector más elevado de la colina. La ciudad, a pesar de los cuatro años transcurridos, aún parecía pregonar con orgullo el haber sido marco de celebración de las primeras Cortes Generales de Catalunya.

Montblanc era la «*Vila Ducal*» catalana, ciudad estratégicamente situada entre Tarragona y Lleida, a través de la antigua vía Hercúlea. En aquella apacible población se respiraba un clima de tolerancia. En sus calles y plazas coincidían sin conflicto (aunque sin mezclarse, cierto es) gentes de las tres culturas —cristianos, judíos y

musulmanes—, que frecuentaban sus lugares respectivos de culto.

Sus singulares condiciones —un clima benigno, libertad reconocida de culto, una riquísima variedad de productos culturales autóctonos y una excelente situación geográfica— la convertían en una ciudad ideal para construir una nueva vida, pero lamenté no encontrar en ella a ningún cátaro. Supe que las pocas familias occitanas que pasaron por la ciudad permanecieron allí el tiempo justo para adquirir víveres, y prosiguieron luego su trayecto hasta el reino de Valencia. Los cristianos gobernaban la ciudad; eran los dueños de los principales comercios, cobraban los peajes del puente y administraban el hospital. Los judíos, por su parte, eran artesanos, y destacaban especialmente en la escultura, la orfebrería y la medicina, mientras que los musulmanes trabajaban el campo y eran excelentes diseñadores de los canales de riego, además de afamados panaderos y reposteros. No tardé en encontrar trabajo en Montblanc. Durante los primeros meses, me empleé en los molinos harineros de la ribera derecha del río Anguera. Aquello se conocía con el nombre de «*Molins de la Vila*» —que comprendían el «*Molí de la Volta*» y el «*Molí Xiquet*»—, en los que se hacía la harina capaz de abastecer a todas las poblaciones de la zona; el trigo llegaba de las comarcas de Lleida y también de Huesca. Y más tarde trabajé en el taller del renombrado escultor judío Francesc de Penedès, autor de una magnífica imagen de Nuestra Señora de la Salud. Permanecí con él un par de meses, en los que descubrí los secretos de la piedra, la fantasía del barro y la escayola y la nobleza de la madera. En ese lapso de tiempo, *Francesc de Penedès* me ofreció la posibilidad de quedarme con él de manera definitiva, convertido en algo parecido a un ayudante. Yo agradecí su confianza, pero mi propósito era alcanzar *Sant Mateu*.

Desde Montblanc me dirigí a

l'Espluga

siguiendo el sendero que recorre la orilla izquierda del Francolí. Las gentes del pueblo iban de romería al santuario de la Santísima Trinidad, una imagen negra aparecida bajo una encina bendita, porque recibió el impacto de un rayo. Pasé luego por las afueras del monasterio cisterciense de Poblet hasta llegar a Vimbodí, pueblo famoso por sus artesanos del vidrio, verdaderos alarifes de los cuatro elementos que elaboraban, en sus hornos de cocción,

excelentes obras de cristal de color azul cobalto. Fueron ellos quienes me hicieron saber que los alquimistas elegían ese color por sus poderes contra el mal de ojo. Busqué trabajo en Vimbodí para pasar el invierno, y lo encontré, finalmente, ayudando en el gremio de vinateros.

Llegó la vendimia, y con ella el arduo trabajo de la recolección de la uva. Uno de mis compañeros supo de mi procedencia, y me informó de la presencia de varias familias occitanas en el área próxima a Flix, localidad cercana al río Ebro. La noticia me llenó de alegría. Hacía tanto tiempo que andaba por tierras catalanas en soledad, y era tanta la añoranza de mis seres queridos, que la simple evocación de mi hermano y maestro *Philippe* me emocionó. Desee con toda mi alma que siguiese aún con vida, protegido de cualquier aflicción y sufrimiento. Todo mi anhelo consistía en reencontrarme de nuevo con ellos.

Tardé una semana en llegar a Flix. A lo largo de las estribaciones septentrionales de la *Serra del Montsant*, hube de sortear heladas y rocosas cumbres de incesante ventisca —custodios de antiguos centros de eremitas—, además de ancestrales lugares de culto, pueblos malditos y un sinfín de contratiempos antes de llegar a Flix. El pueblo se alzaba a la sombra de un castillo majestuoso, en un amplio meandro del rio.

A pesar del continuo ir y venir de las gentes, del movimiento que había en sus calles y plazas, todo el mundo parecía conocerse, así que me dirigí a una posada para pasar la noche. Allí indagué procurando no parecer muy interesado.

—Creo que esas familias a las que os referís viven en el arrabal próximo al río y trabajan en el comercio del trigo —señaló el dueño del albergue.

Aquel hombre poseía unos rasgos exóticos, orientales, incluyendo un aceitunado color de piel. Después supe que mi interlocutor era morisco.

—Os quedo muy agradecido, señor —respondí.

—Si llegáis hasta allí y los encontráis, preguntad por «*los de Minerve*».

Aquella denominación debía de responder al hecho de que eran familias oriundas de esa población occitana, enclavada entre Carcasona y Narbona.

—Gracias, sois muy amable. Mi intención es ir mañana a verlos.

Aquella noche apenas concilié el sueño. No conseguía apartar de mi mente el recuerdo de mis padres. Un profundo sentimiento de amargura y tristeza me invadió al pensar en las muchas personas que, como yo, habían visto truncadas sus vidas, abocadas a un exilio forzoso y definitivo, buscando únicamente sobrevivir. Fui consciente, de golpe, de mi radical e inconsolable soledad. Y lloré. Lloré durante horas amargas lágrimas desconsoladas y huérfanas. Sabía que debía seguir siendo más fuerte en mi camino, pero, en realidad, me sentía más débil y abandonado que nunca en toda mi vida.

Desayuné temprano, tras oír las campanas que anunciaban la hora *tertia*, y salí en dirección al lugar señalado por el posadero. El arrabal estaba al otro lado de la plaza, en dirección norte, justo en el punto donde el Ebro recibe las aguas del río de la Cana. Todas las casas de aquel barrio se asomaban a las verdosas aguas del río. Al llegar observé a varias personas descargando en un muelle fluvial y me aproximé cautelosamente.

—Buenos días, ¿sabríais decirme dónde puedo encontrar a los de Minerve? —pregunté.

Me miraron detenidamente unos instantes, de arriba abajo. Uno de ellos dejó el bulto que llevaba en el suelo antes de responder:

—Yo soy uno de los que buscáis. ¿Quién sois vos?

El inequívoco acento occitano de aquellas breves palabras me llenó el corazón de gozo.

—No temáis, también yo soy del Languedoc —respondí amablemente.

—¿Y qué hacéis por estas lejanas tierras, señor?

—Fui ordenado perfecto hace mucho tiempo, y, desde entonces, recorro el territorio catalán en busca de los pocos feligreses de la Iglesia cátara que consiguieron escapar a la barbarie practicada por la Inquisición, esa plaga que azota nuestra amada tierra occitana.

Al oír mis palabras, aquel hombre se postró ante mí, haciendo tres veces seguidas la genuflexión en señal de respeto. Yo lo saludé y lo bendije, colocando la palma de mi mano derecha sobre su frente. Sopesé Ja posibilidad de presentarme con mi auténtico nombre, pues me encontraba entre personas de mi feligresía, pero la posibilidad de ponerlos en riesgo ante cualquier deplorable

eventualidad me hizo descartarlo de inmediato. No podía hacerles correr riesgos innecesarios.

—¡Qué gran felicidad encontraros, señor! Mi nombre es Leonardo, y estoy seguro de que mi familia se sentirá muy honrada de recibiros.

—Yo soy *Pierre Penchenier*. Será para mí un placer conocer a los vuestros.

El trayecto que separaba el lugar donde nos habíamos encontrado de la morada de Leonardo lo hicimos entre mutuas preguntas acerca de nuestros pareceres sobre la situación que vivían los cátaros en aquella región.

—Hemos llegado, señor —anunció Leonardo finalmente—. Me gustaría que consideraseis ésta como vuestra casa, y os ruego que entréis. Mis padres y hermanos estarán en el patio recogiendo las uvas de las parras.

Golpeó tres veces la aldaba y, al instante, una mujer de avanzada edad abrió lentamente la puerta.

—Madre, vengo acompañado de un perfecto cátaro; ha llegado recientemente desde Occitania.

Aquella buena mujer se arrodilló ante mí haciendo tres veces seguidas la genuflexión del *melhorament*. Yo la bendije posando la palma de mi mano en su frente. Acudió entonces su familia y me acompañaron entre muestras de afecto al interior de la casa. Me instaron a que les contase cómo había transcurrido mi particular odisea hasta llegar allí. Estaban ansiosos por conocer detalles de mi periplo por tantas y tan variadas tierras. Pero palidecieron al escuchar de mi boca la situación extrema que se vivía en el Languedoc.

—Nosotros tuvimos que salir de Minerve hace unos quince años, huyendo de los inquisidores. Otras muchas familias no tuvieron tiempo de hacerlo, y perecieron a manos de los soldados —explicó Juan, el padre de Leonardo. Tras una breve pausa, prosiguió—: Llegamos a Flix por la ruta de los *bons hommes* aprovechando el deshielo del Pirineo, y gracias a la ayuda de unos templarios que se dirigían a Miravet. Aquí encontramos el modo de ganarnos modestamente la vida en el comercio del trigo, que se desarrolla a través del río Ebro, desde Zaragoza a Tortosa.

—También en Tortosa hay algunas familias cátaras —recordó

Leonardo. Luego añadió con pesar—: Hace unos días regresamos de la localidad de Granadella a donde fuimos para asistir a los funerales del perfecto *Raymond de Castelnau*, el que fue alto dignatario de la Iglesia cátara de Agen, fallecido a causa de la peste blanca.

—Recemos un padrenuestro por el descanso eterno del alma de nuestro hermano *Raymond*, a quien no tuve la oportunidad de conocer personalmente, pero del que oí hablar de forma excelente —dije—. Muchas personas, entre las cuales mi hermano, también perfecto *Philippe*, han loado su inestimable labor durante años.

Juan me invitó en nombre de todos a permanecer algunas jornadas más con ellos. Acepté encantado.

—Os lo agradezco, me encamaría acompañaros unos días antes de proseguir mi viaje a Tortosa.

—Estupendo. En ese caso, y en vista de que nos honraréis siendo nuestro invitado, pondremos a vuestra disposición una habitación cómoda y espaciosa —respondió Juan amablemente—. Nosotros tenemos pensado ir a Tortosa en barca tan pronto como hayamos terminado el trabajo de los fardos de trigo que llegan por el río. Quizá os apetecería acompañamos.

—Estaré encantado de ir en vuestra compañía, y os agradezco vuestra generosidad. Si lo creéis conveniente, me gustaría interpretaros esta noche un pasaje del evangelio de san Juan.

—Por supuesto, es una maravillosa idea, y una ocasión para escuchar de nuevo la palabra de Dios. Podríamos habilitar esta habitación y adecuarla para la reunión. Haremos lo posible para avisar a los demás creyentes de Flix.

La sugerencia de Juan recibió la aprobación unánime y entusiasta de su familia.

XXVIII.
EL
RÍO DE LAS CULTURAS

Durante varios días compartí el calor de aquella humilde familia originaria de Minerve. Clara, la esposa de Juan, me instaló en una habitación a la que se accedía desde el patio trasero, donde me trasladé tras dejar el albergue. Por las mañanas ayudaba en las tareas de recogida de las partidas de trigo que llegaban a diario a través del río, para ser distribuidas seguidamente por tierra, a lomos de caballerizas, o en carruajes que partían hacia todos los pueblos de las tierras del Ebro. Por las tardes, al igual que había hecho en compañía de mí maestro, presidía las reuniones de creyentes leyendo y reflexionando sobre versículos del Nuevo Testamento; o bien tratábamos cuestiones de orden moral y de comportamientos éticos. Recuerdo aquellas veladas como algo inolvidable, aquellas gentes nobles y laboriosas se ganaron todo mi cariño y mi admiración. Una tarde se me acercó Juan.

—Mañana partiremos hacia Tortosa —anunció.

—Muy bien, prepararé mis cosas. ¿Qué distancia nos separa de esa dudad?

—Unas cuarenta y siete millas de navegación por río, que se recorren cómodamente en dos jornadas, pues iremos con la comente a favor —explicó.

—Debemos estar en el muelle donde nos vimos por primera vez cuando las campanas doblen a *secunda*. Así aprovecharemos mejor la jornada, y, además, a esa hora hay poco movimiento en el puerto, lo que nos ayudará a pasar desapercibidos. Tendremos el sol de frente hasta *meridies* —recordó Leonardo.

—Eso significa que esta noche celebraremos nuestra última

reunión; nos despediremos de la comunidad, aunque espero poder regresar en alguna ocasión —dije con nostalgia.

—Sabéis que aquí tenéis vuestro hogar para cuando deseéis volver —manifestó Juan.

—Os quedo profundamente agradecido. Aunque mi objetivo es alcanzar el reino de Valencia, desconozco qué puedo encontrar en Tortosa.

Tal como había recomendado Leonardo, partimos a la hora señalada. Viajaríamos en una embarcación de carga plana y sin velas, con un habitáculo que haría las veces de refugio en caso de tormenta. Había transcurrido un corto trayecto de navegación, cuando Juan se me acercó:

—En esa población que veis, sobre la orilla derecha del río, llamado Ascó —porqué la que se abre enfrente es Vinebre—, hay una importante comunidad judía que mantiene estrechas relaciones comerciales y culturales con las de Tortosa, Gandesa, Falset y Flix. Aquí debemos abonar un peaje por navegar por el río.

Móra se nos apareció de repente, acurrucada dentro de sus murallas, con las aguas del río lamiendo sus cimientos y las rocas de la orilla. Tras abonar otro peaje, seguimos nuestra travesía. En torno a nosotros, alfombrando ambas orillas, había interminables hileras de olivos que se perdían en la lejanía.

—Algunos de estos olivos son muy antiguos, *Pierre*. ¡Fijaos en el grosor de sus troncos! —señalaba Juan.

—En efecto, el olivo es uno de los árboles sagrados de las culturas de los pueblos mediterráneos. No hay dos troncos iguales —comenté.

—Esos olivos pertenecen a la variedad *Farga*, y dan un aceite de muy buena calidad.

—También en Occitania tenemos olivos, pero en menor cantidad respecto a los que he visto en estas tierras del mediodía catalán.

—Precisamente, en *Minerve* trabajábamos en la elaboración de aceite. Lo producíamos en una almazara próxima a Lastours, es por ello, por lo que conozco un poco el fascinante mundo de la cultura del olivar y del aceite.

—El aceite de estas tierras lo elaboran las comunidades judía o morisca, pues son quienes más lo consumen; los cristianos, en cambio, prefieren la manteca de cerdo —explicó Leonardo.

—Es sorprendente y alentador comprobar cómo un río, en este caso, el Ebro, pueda ser el canal de entendimiento y comunicación de los pueblos y gentes que viven y trabajan bajo las mismas estrellas del firmamento; y que todos respeten y estimen. Es una hermosa metáfora, y todo un ejemplo que deberíamos aprender en nuestra querida Occitania, donde, desde la cruzada albigense, sólo ha habido masacres y exterminios de pueblos, ciudades y aldeas enteras —manifesté con dolor.

Llegamos al poco a la altura de *Miravet*, y sobre nuestras cabezas vimos, un imponente castillo.

—Hace unos pocos años que esa fortaleza dejó de pertenecer al Temple. Los caballeros que en ella residían lucharon hasta verter la última gota de su sangre contra los cristianos del monarca Jaime II enviados por la veguería de Tortosa. La comarca entera se estremeció al conocer la derrota final de los templarios. Ahora es una ciudadela hospitalaria, que depende de la Castellanía de Amposta y, tengo que decirlo, buena parte de las libertades que se habían alcanzado durante el periodo templario se han perdido en gran medida, especialmente desde que la Iglesia de Roma mete las narices en la vida cotidiana de la gente y persigue cualquier presunta disidencia herética o pecaminosa a través del terror, el castigo, la fuerza y unos desorbitados impuestos —explicó Juan.

—Es una sorpresa para mí escucharos decir esas cosas. Desconocía que estuvieseis tan bien informados de cuanto ha sucedido, y también de lo que sigue ocurriendo —contesté, mientras Leonardo remaba hacia la orilla.

Juan me miró en silencio. Distinguí en él la llama de la justicia. Pero no dijo nada más.

—Aprovechando la entrega de los fardos de trigo, y que hoy es día de mercado allí, quisiera comprar en Miravet algunas piezas de cerámica vidriada que precisamos —intervino Leonardo.

—Nos vendrá bien estirar un poco las piernas —repuse.

—Bien, pero procurad no alejaros mucho. Como os he dicho antes, después de la rendición de la fortaleza, las cosas han cambiado para peor, y los nuevos caballeros son menos tolerantes con los grupos no cristianos —afirmó Juan con gesto serio—. Además, no tardaremos en partir; a media tarde debemos alcanzar *Benifallet*, donde pasaremos la noche.

Y allí fue donde pernoctamos, en un almacén cerca del muelle fluvial, puesto que el pueblo no disponía de albergue que acogiese a los viajeros. *Benifallet* era una aldea cuyas casas de piedra se levantaban sobre la orilla izquierda del río. Los tres dormimos profundamente aquella noche. A la mañana siguiente, bien temprano, después de ingerir un ligero desayuno a base de leche con miel, mermelada y pan de centeno recién elaborado en la tahona, y algunos frutos secos, proseguimos la travesía siguiendo la corriente del Ebro. La primera población importante que pasamos fue *Xerta*.

—¡Fijaos! Están construyendo un azud —exclamó Juan.

—¿Qué es un azud?

—Es un desagüe de la corriente del río para que, cuando aumente su nivel, el líquido excedente se desvíe directamente para alimentar dos canales laterales del Ebro. Así, además de asegurarse de que las crecidas del río no provocaran inundaciones, los agricultores de la zona disponen de riegos para sus tierras de labor. Los canales de regadío deben estar construidos con un cinco por ciento de inclinación, ni más ni menos —explicó Juan.

—Es toda una obra de arte. ¿Y por qué tanta exactitud?

—Es una herencia musulmana que están llevando a cabo sus descendientes, los moriscos. Los cristianos no conocen apenas esa ciencia matemática, y los judíos se dedican a otros sectores. El cinco por ciento debe respetarse en todo el trazado del canal, porque si es superior, el agua circula muy de prisa, y si es inferior, el caudal puede llegar a detenerse a causa de las plantas silvestres que acostumbran a crecer en los márgenes; por ello, es importante mantener bien limpios de cauces para la circulación del agua.

Había transcurrido un buen rato desde que las campanas de la catedral doblaron a décima, cuando hicimos nuestra entrada en la ciudad de Tortosa. Lo más impresionante era, sin duda, la fortaleza aérea llamada, según me dijo Leonardo, «*la Zuda*». En la falda norte de la colina se extendía la judería, y el arrabal morisco estaba situado entre ésta y la catedral. Después de dejar la barca bien amarrada en el muelle y la mercancía guardada en los almacenes portuarios, lo primero que hicimos fue buscar alojamiento. Lo encontramos en un sencillo establecimiento próximo al rio. Luego, aprovechando la luz solar, deambulamos por el centro de Tortosa,

una ciudad heterogénea, cosmopolita y diversa, con gran actividad cultural y comercial, como todos los núcleos de gran población que cuentan con puerto y atarazanas.

—Nos acercaremos a la zona de la comunidad cátara por la noche, después de cenar, para llamar menos la atención —propuso Juan—. Ahora, si os parece bien, mi hijo y yo queremos cumplir vuestro anhelo y mostraros algunos de los edificios y lugares más emblemáticos de Tortosa, la ciudad más importante del sur de Catalunya.

—Ya sabéis que tengo grandes deseos de conocerla; he oído hablar mucho de esta población —respondí.

Al atravesar un paso abierto entre dos arcadas, nos tropezamos con un grupo de elegantes viajeros, acompasados por sus criados que portaban los equipajes.

—Estamos en el *Portal del Romeu* —dijo Juan en voz baja Por aquí pasan los peregrinos que, procedentes de Valencia, llegan a Tortosa para hacer el peregrinaje a Compostela. Y esos señores con los que nos hemos cruzado son peregrinos adinerados que suelen alojarse en la hospedería de enfrente.

—Pues, visto desde fuera, no parece un establecimiento muy elegante —susurré.

—Es cierto. Pero la diferencia está en sus comidas.

—¿Sus comidas?

—Son las cenas, realmente. A la mañana siguiente del hospedaje, la mayoría de los peregrinos se levantan con un gran apetito sexual y enormes deseos de saciarlo de forma lúbrica y apresurada —explicó Juan, mientras su hijo no podía evitar una sonora carcajada.

—¿Y cuál ha resultado ser la causa de semejante desenfreno matutino? ¿Se ha podido averiguar en qué consisten tales cenas?

—La verdad es que no entraña ningún secreto. Se dice que son alimentos afrodisíacos, basados en higos secos, aceite de oliva, unas hebras de azafrán y marisco —explicó Leonardo—. No es nada extraño, por tanto, que en esta zona de la ciudad haya tantos prostíbulos.

Paradójicamente, a escasas calles de allí, se levantaba, gloriosa e imponente, la magnífica catedral de la villa.

—Curiosamente, en la catedral hay siempre musulmanes, y nunca he podido averiguar la causa, sobre todo al tratarse de un

edificio católico —reconoció Juan.

Me acerqué al grupo discretamente, decidido a averiguar el porqué de tan insólito comportamiento. Y, al instante, hallé el motivo. Los musulmanes oraban ante una lápida de piedra grabada con un fragmento del Corán que estaba incrustada en el muro del ábside de la catedral. Sin duda, el edificio, antes de ser iglesia católica, había sido la mezquita mayor de la ciudad en la época en que ésta fue musulmana. Juan propuso visitar el patio principal situado muy cerca de donde nos encontrábamos.

El claustro transmitía una sensación inalterable de serenidad y quietud, capaz de convertir las almas de los que allí rezaban en un remanso de paz. Su estructura espacial ayudaba al recogimiento interior, y nos trasladaba a algún sitio muy alejado de nuestras preocupaciones mundanas. Era un verdadero oasis de sosiego y descanso.

Reclamó mi atención una ventana circular, con rayos en forma de disco, y cinco radios en una curva rotatoria. Supuse que aquella abertura tenía la misión de iluminar el corazón del templo, exactamente el altar mayor.

—Esa ventanita que veis arriba, casi oculta sobre las arcadas de la galería del claustro, se conoce como *trisquelion*, y tiene una misión muy concreta —expliqué—. A través de esa ventana en forma de rayos solares, salen al exterior las almas de los difuntos que reciben en esta catedral la ceremonia del entierro. Se trata de una ventana evocadora del sol, uno de los cultos herméticos que los templarios recuperaron de los celtas. Por tanto, aquí, antes de construirse la catedral, debía de haber un santuario del Temple, adosado quizá a la mezquita islámica, hecho que confirmaría la estrecha relación que los caballeros templarios mantuvieron con las culturas no cristianas.

—Es asombroso —exclamó Juan.

Permanecimos allí, maravillados, durante un rato, hasta que Juan propuso regresar a la hospedería para cenar y acercarnos, después, a las casas de la comunidad cátara, situadas cerca de la subida a la *Zuda*, al otro lado de la ciudad.

Al llegar al albergue, la enorme algarabía y el ruido que hacían los huéspedes impedían que pudiésemos oírnos bien entre nosotros. No conseguíamos entender qué era lo que había provocado semejante alboroto.

—¿A qué se deben tantos gritos? —preguntó Juan.

Nos indicó con la mano que guardáramos silencio, y se aproximó a una de las mesas con la intención de entender algo de lo que allí ocurría. Hizo un gesto de desaprobación y volvió hacia nosotros.

—No son buenas noticias.

—Explicaos, señor —rogué.

—Ha llegado un grupo de peregrinos desde la Toscana, y traen datos fiables según los cuales el gran maestre templario *Jacques Bernard de Molay*, junto con otros compañeros también maestres, fue apresado y sometido a torturas atroces por los soldados del rey Felipe IV en bastidas y ciudadelas francesas: Domme, Chinon, y otras cárceles de alta seguridad.

El impacto de la noticia fue tal que los tres nos quedamos sumidos en un profundo silencio, descorazonados y tristes. Juan decidió que, fuese cual fuese nuestro ánimo, teníamos que llevar a cabo la visita a las familias cátaras. Así pues, nos dirigimos con presteza hacia la zona en la que vivían. Un viento helado nos cortó la respiración y nos obligó a cubrirnos la cabeza con el capuchón para protegernos de su efecto. Comenzó a caer una fina llovizna. El arrabal estaba próximo al interior de la muralla por el sector norte.

—Hemos llegado —anunció Juan—, pero os ruego que permanezcáis aquí hasta que os avise, señor.

Juan y su hijo se adelantaron para asegurarse de que todo estaba bajo control, y evitar, de esta forma, que yo corriese ningún riesgo. Volvieron al cabo de pocos minutos.

—Todo está en perfecto orden. Podéis entrar.

Los seguí a través de un pasadizo oscuro, alumbrados únicamente por una lámpara de aceite; llegamos por él a un patio de vecinos, donde nos esperaban unas quince personas de diferentes edades. Los mayores, al verme, se acercaron e hicieron el saludo correspondiente por tres veces.

—Amados hermanos, levantaos. Os doy la bendición.

Entramos seguidamente en una sala más amplia y, a la luz de unas lámparas de aceite, me dirigí a ellos.

—Mi nombre es *Pierre Penchenier*. He hecho un largo viaje desde el *Razès* para venir a veros y saber de vosotros. Fui encarcelado y condenado a morir por perfecto; huyo de la Inquisición, y he sido

perseguido y acosado desde hace años.

En ese momento, la persona de mayor edad de aquella comunidad se erigió en el portavoz de todo el grupo. Su voz sonó profunda y sincera.

—Yo soy *Raymond Rosell*, y debo deciros que es un honor para todos nosotros contar con vuestra presencia aquí, tan lejos de nuestra amada Occitania. Y queremos daros no sólo nuestra más cordial bienvenida, sino ofreceros también una estancia en la que alojaros los días que dure vuestra visita a Tortosa.

—Agradezco vuestra generosidad. Fui formado y ordenado en Rabastens bajo la formación de mi hermano *Philippe d'Alairac*. Él me acompañó durante unos años en mi periplo por tierras occitanas y catalanas, pero hace un tiempo decidió regresar al Languedoc. Yo decidí seguir el camino en dirección a las tierras del sur, con el propósito de venir a encontrarme con vosotros para daros mi bendición y transmitiros las homilías de nuestra Iglesia que, desgraciadamente, se encuentra en los momentos de mayor tribulación de nuestra historia.

Un tenso silencio planeó en la estancia Las miradas de mis queridos feligreses denotaban la presencia de un dolor misterioso que atenazaba sus rostros. Intuí que algo de extrema gravedad había ocurrido.

—¿Que sucede? —pregunté, alarmado.

Miré detenidamente a cada uno de los presentes.

—Tenemos noticias acerca de vuestro hermano, el perfecto *Philippe d'Alairac*; hemos sabido que falleció tristemente hace unos meses —dijo *Raymond*, apesadumbrado.

Mi rostro se consternó al oír aquella terrible noticia.

—Cayó en manos inquisitoriales, víctima de una traición, delatado por informaciones facilitadas por los exploradores cuando regresaba al Languedoc. Parece ser que lo capturaron cerca de Tarascón. Sobrevivió milagrosamente a terribles o inhumanas sesiones de tortura, y fue llevado, después, a Carcasona, donde murió en la hoguera… —Amplió *Raymond*.

Por sus mejillas caían lágrimas de rabia. Un incontenible sollozo

impidió terminar a Raymond.

El mundo se desmoronó a mi alrededor. Me era imposible hablar, ni moverme. Quedé petrificado, como si el tiempo se hubiese detenido para siempre. Pero ni siquiera el llanto acudía a mis ojos. Incliné el rostro y pedí ayuda a Dios para superar ese momento de amargura y extrema aflicción. A mi mente acudieron multitud de instantes de felicidad vividos junto a mi querido hermano y maestro, y rogué por el descanso de su alma. Mas mi condición de perfecto me obligaba a dar ejemplo de fe y entereza moral a mis feligreses y hermanos; no podía dejarme llevar por la ira, ni por la desesperación, y mucho menos por el odio.

—Hermanos míos, nuestro amado hermano, el perfecto *Philippe*, vivió de acuerdo con sus ideales y con su doctrina. Su comportamiento fue ejemplar a lo largo de su vida. Debéis saber que sirvió a la comunidad con caridad y sacrificio. Jamás mostró queja alguna, sino un talante feliz, y tuvo siempre una palabra amable para quien lo necesitaba, infundiendo su alegría a todos los que lo conocimos. Fue justo, sincero y casto. Sus actos buscaron el bien de sus semejantes y el amor al prójimo, y a Dios por encima de cualquier aflicción. Sea, pues, su muerte motivo de gozo para nosotros, porque su alma se ha liberado del cuerpo y ha ido a reunirse con el Creador. No odiemos a sus verdugos, sino, al contrario, recemos por sus almas, porque, como dijo Jesús el Cristo, ignoran lo que están haciendo. Debemos pedir al Padre que los perdone por sus errores y sus atrocidades. Igualmente, debemos aprender a perdonar el daño que suframos por su causa. Cristo dejó dicho que cuanto más padezcamos por causa de la injusticia, cuantas más ofensas, delitos y muertes suframos, más debemos perdonar, Ésa es nuestra doctrina, la doctrina que nos dejó Jesús el Cristo, emanada del Padre celestial a través del evangelio de Juan.

Me costaba hablar, e incluso respirar, pero sentí fuerzas infundidas por el espíritu de Dios, y leí el pasaje evangélico del Sermón de la Montaña, tanto por su bien como por el mío. Cuando concluí, Juan se acercó a mí, preocupado.

—¿Os encontráis bien, *sènher*? Estáis muy pálido. Bebed un poco de agua.

—Sí, gracias. Ya estoy mejor. Estaré con vosotros el tiempo que sea necesario; mientras tanto, buscaré trabajo en la ciudad, y por las

noches haremos las pláticas en esta sala, si lo consideráis conveniente —propuse.

—Por supuesto. Estamos felices de recibiros en nuestra modesta comunidad, buen Guilhelm. Como os he dicho antes, aquí tenéis vuestro hogar el tiempo que sea necesario. Pero no es preciso que trabajéis, nosotros os ofrecemos tanto el alojamiento como vuestra manutención —contestó *Raymond*.

—Muchas gracias, pero, como conocéis, mi condición me exige ganarme el pan con el sudor de la frente. Mañana, tras el toque de la hora sexta, dejaré el albergue y vendré a acompañaros.

Esa noche, en la intimidad de mi alcoba, lloré la muerte de *Philippe*. Sabía que, en esos momentos, mi querido maestro contemplaba ya el divino rostro de Dios, pero su dolorosa ausencia había dejado un vado en mi alma por siempre jamás.

XXIX.
TRADICIONES

El dolor por la pérdida de *Philippe* me acompañaría el resto de mi vida, pero Dios había puesto una misión en mi camino y sabía que debía cumplirla. Caí rendido de cansancio a altas horas de la madrugada, pero ni siquiera ese rato descansó mi cuerpo. El corazón se rebelaba contra la obstinada y cruel realidad, y me desperté asustado, incapaz de asumir su ausencia. Acompañé aquella mañana al muelle a Leonardo y a Juan. Tenían que realizar unas transacciones comerciales, en concreto, entregar las balas de trigo en los almacenes del puerto. Luego, una vez realizado el trabajo, llevamos un par de fardos de trigo a la comunidad cátara, y *Raymond*, a cambio, los obsequió con varias barras de pan candeal recién horneado en la tahona. Era visible el afecto que unía a aquellas gentes. La armonía que allí se respiraba hizo que recordase a mí hermano *Philippe*, quien, desde el cielo, contemplaría gozoso aquella atmósfera de respeto y tolerancia que, aunque exiliados de nuestra amada tierra natal, se respiraba entre los nuestros. Comprendí entonces qué era lo que tanto había añorado él en los últimos tiempos. *Raymond* se acercó hasta mí sonriendo.

—Os hemos preparado la estancia, *sènher*. Quedaos a comer con nosotros.

—Me he despedido ya de las gentes del albergue, y estoy dispuesto a venir con vosotros los días que permanezca en Tortosa.

—Bien, pero debemos partir pronto, amenaza tormenta —respondió Juan.

Tras compartir el ágape con ellos, acompañamos a Juan y a su hijo hasta el muelle, donde partieron de regreso a *Flix*, remolcados por un barco de mayor calado que remontaba la corriente en

dirección a Zaragoza. La suerte estuvo de mi lado aquel día, y aquella misma tarde encontré un empleo. Me presentaron a un fabricante de tejidos llamado *Domenico Panisello*, quien resultó que necesitaba un oficial en su taller de confección. Era un hombre de amplia cultura, y profundamente deseoso de aprender. Compartí con él largas charlas y tertulias. Yo le hablaba de Occitania, le contaba cuál era la situación en el Languedoc antes de la tragedia de las cruzadas y del horror de la Inquisición, cuando los cantares de gesta y los juglares recitaban sus odas de castillo en castillo y de pueblo en pueblo, transmitiendo una cultura que, lamentablemente, jamás volvería a conocer su antiguo esplendor. Él recordaba su infancia en una aldea de la región de Lombardía, al borde del lago *Maggiore*. Según me contó, el paisaje en que creció era bellísimo, y estaba rodeado de las nevadas cumbres de los Alpes.

—¿Sois feliz viviendo aquí, en esta ciudad tan alejada de vuestro hogar? —le pregunté una tarde.

—Mis padres, como otras muchas familias italianas procedentes de Lombardía, Génova o Pisa, llegaron a Tortosa a los pocos años de la conquista cristiana, atraídos por las posibilidades comerciales de esta tierra, frontera entre los reinos cristianos del norte y las riquezas de *al-Andalus*, al sur. Y lo cierto es que hemos sido muy felices aquí. En esta tierra me hice hombre y me casé con una bella mujer de Bítem. He tenido dos hijos con ella, y me siento satisfecho de que nuestras telas gocen de gran reputación en las comarcas del Ebro —respondió ufano *Domenico*—. Y vos, ¿dónde habéis adquirido tantos conocimientos?

—Mi vida no ha sido fácil, las circunstancias me han obligado a saber un poco de todo. He ejercido muchos oficios: fui ganadero en las montañas del *Razès*, en el Languedoc, o vinatero en la zona catalana de Poblet… Han sido muchos los trabajos que he tenido que aprender y poner en práctica. Pero me siento muy afortunado, pues gracias, en gran medida, a ese tipo de existencia, he tenido oportunidad de conocer a personas de gran humanidad, de quienes he aprendido los aspectos más importantes de la vida: el respeto a las personas por encima de sus credos religiosos, de su posición social o económica, o incluso de su sabiduría. He relativizado las cosas mundanas para dar más importancia a las cuestiones del espíritu. Comprendí, al fin, que todo debe conseguirse a través del

esfuerzo personal, del trabajo honrado y cotidiano, y que hay que aprender a escuchar la sabia voz de los que más saben.

—Sin duda esas palabras os ennoblecen —respondió Panisello. Tras un breve silencio, prosiguió—: ¿Y dónde aprendisteis el oficio de peinador de lanas?

—En la villa de Rabastens, cerca de Albi, situada en el Languedoc. Trabajé durante un tiempo en un taller de renombre, como el vuestro.

—¿Cuánto hace que llegasteis a nuestra ciudad?

—Llegué hace unos días desde Flix, en compañía de unos amigos. Mi intención es permanecer en Tortosa hasta que culmine la misión que me trajo aquí.

Después se produjo un tenso y extraño silencio. Domenico me miró sin atreverse a expresar sus pensamientos. Sonriendo, intenté tranquilizar a aquel hombre.

—No creáis que soy un recaudador de impuestos, o un miembro de la Inquisición que pueda ocasionaros algún mal, al contrario.

—Entonces, ¿qué sois? —preguntó, nervioso, Domenico.

—Soy perfecto cátaro; huyo de los inquisidores desde hace más de nueve años y, en su momento, tuve que cruzar los Pirineos para escapar. Vine hasta aquí para poder continuar con mi magisterio entre los creyentes que, al igual que yo, se exiliaron de Occitania —confesé, afligido.

—No temáis. Aunque soy católico, conozco bien la tragedia del pueblo cátaro, porque a mi tierra de origen llegaron también numerosos colectivos de occitanos huyendo de la Inquisición. Mi familia los ayudó a encontrar refugio en las aldeas más apartadas de los lagos alpinos.

—Entonces debéis saber que, cuando salga de aquí, impartiré las pláticas de nuestras enseñanzas al colectivo de creyentes, como hago todas las noches.

—Me gustaría asistir, si fuese posible, a alguna de las reuniones.

—Por supuesto. Nuestra Iglesia está abierta a todos.

Domenico se mostró muy interesado en los días posteriores por la doctrina cátara, hasta el punto de manifestar su voluntad de hacerse creyente y de incorporarse a dicha comunidad en Tortosa. Por ello, antes de abandonar la ciudad, creí necesario preparar a *Raymond* para que fuese ejerciendo la labor doctrinal e iniciar, de ese

modo, el camino que lo llevase a alcanzar la dignidad de perfecto. Mi objetivo era que él se convirtiese en el responsable religioso de aquel colectivo de creyentes y pudiese ejercer el magisterio de nuestra Iglesia.

Raymond me agradeció jubiloso una tarde que lo hubiera iniciado en las sabias enseñanzas de los Evangelios. Lo miré con afecto y con una íntima satisfacción.

—Es para mí una gran alegría estar a vuestro lado. Sé qué estáis capacitado para ello, y gozáis, además, del aprecio y el respeto de todos los creyentes.

—Antes de partir hacia el remo de Valencia, recordad, *sènher*, que también en la zona del valle del Matarraña, concretamente en los pueblos de *Beseit, Fontdespatla, La Freixneda, Massalleó* y *Vallderoures*, encontraréis a algunos grupos de cátaros occitanos. Se sentirán muy contentos de recibiros en su seno. Todas esas poblaciones se encuentran en la ruta que lleva a Alcañiz, y también en el camino que desciende a *Sant Mateu*, por Morella. Mi consejo sincero es que hagáis la ruta más corta, la que pasa por la villa de Orta.

—Gracias, *Raymond*, procuraré recordar todos esos lugares.

Aquella misma noche se convocó una ceremonia de despedida, a la que asistió Domenico. Al final de la reunión se evocó con emoción la figura de mi hermano *Philippe*, cuya memoria llevaría siempre en mi corazón.

Al día siguiente, al despedirme de mi buen amigo *Domenico Panisello*, le comuniqué la ruta que tenía previsto realizar.

—Mañana, precisamente, envío un cargamento a la villa de Gandesa que después recorrerá gran parte de la *Terra Alta*. Al pasar por *Orta*, el carruaje puede dejaros en esa población.

El camino se internaba por un valle a la sombra de espectaculares macizos montañosos de roca rojiza desnuda, cumbres desafiantes y espesos bosques. Eran los *Ports de Beseit*, según me contó *Josep*, el conductor del carro. Aquél era un territorio de singular belleza natural, un lugar apropiado para encontrar refugio. No era extraño que hasta esa zona alejada de las rutas tradicionales hubiesen llegado antes que yo muchos otros cátaros desde mi querida Occitania.

Minutos antes de que las campanas de la iglesia parroquial

doblaran a séptima, entramos en la villa de *Orta*. Un agradable aire primaveral refrescaba la atmósfera.

—Os sentiréis muy a gusto en esta villa, señor —dijo *Josep*—. Es una población tranquila, que respira siempre un ambiente apacible.

Descendí lentamente del carruaje; me envolvía una sensación de tranquilidad.

—Es bien cierto lo que decís. Noto una indefinible energía de cariz positivo. Os quedo muy agradecido; que el Padre os acompañe por siempre. Dejadme en la plaza principal.

Orta no era una población de mucha tradición caminera, así que no parecía que hubiera allí ningún albergue. Decidí salir de dudas y me dirigí a un campesino que cruzaba la plaza en aquel momento.

—¿Dónde puedo alojarme, buen hombre?

—En *Orta* no hay posada, pero podéis preguntar en aquella casa de enfrente. Pedid por *domna* Neus, la señora.

Hice sonar el aldabón de la puerta un par de veces y, al poco, crujió la bisagra y una mujer de avanzada edad apareció delante de mí.

—¿Qué deseáis, señor? —preguntó con hosquedad.

—¿Vos sois *domna Neus*? Quisiera poder alojarme unos días en vuestra casa.

La mujer me miró de arriba abajo unos instantes, y luego me espetó:

—Sí, soy yo, pero el pago es por adelantado.

—No hay ningún problema, sólo serán unos días; he de seguir después el camino hacia el interior del reino de Valencia a través del Matarraña —respondí amablemente.

—De acuerdo, acompañadme.

Pasados unos minutos, el arisco carácter de la mujer fue suavizándose, y también sus maneras. Parecía ir confiando paulatinamente en alguien que no era para ella más que un desconocido. También el trato se hizo más amigable.

—¿Qué os ha traído por *Orta*, señor?

—Me han dicho que aquí viven personas de procedencia occitana.

—Quizá os refiráis a unos cátaros que vivieron cerca del arrabal que lleva al santuario de San Salvador.

—Deben de ser ellos. En Tortosa me dijeron que había aquí una

pequeña comunidad cátara, y quisiera saludarlos.

—No sé si los encontraréis. Las cosas han cambiado desde hace unos años, más o menos desde la ausencia de los templarios. Durante muchos años, *Orta* fue uno de los enclaves más importantes del Temple en la Terra Alta. Pero, con la desaparición y el exterminio de los caballeros, esta plaza fue entregada a los sanjuanistas, y los cátaros consideraron conveniente marcharse de aquí. Creo que se encaminaron a *Sant Mateu*.

—Vuestras palabras me tranquilizan; temía que les hubiese ocurrido lo peor a esas pobres gentes. Continuaré, pues, el trayecto hacia el reino de Valencia.

—Aguardad, señor. Mañana temprano se lleva a cabo una romería hasta el santuario de la colina de Sant a Bárbara, y creo que os agradaría verlo. Quizá podáis encontrar a alguien que os dé alguna información más exacta para vuestro interés.

—Está bien. Aprovecharé para descansar un poco y también para visitar la villa.

Después de tomar algo de comida preparada por la adusta *Neus*, descansé en el aposento. Desde sus ventanas tenía una magnífica vista del pueblo y de su entorno, salpicado de colinas y algunos santuarios. Un rato después, tras refrescarme, marché a recorrer la población. La encomienda templaria se hallaba en el centro urbano. A poca distancia estaba la iglesia, una construcción fortificada dedicada a Santa Magdalena, en cuyo interior —y también en los exteriores— destacaba la abundancia de elementos alusivos al Temple. Muchos de aquellos símbolos me eran familiares, los había visto anteriormente en
Montréal-de-Sos
. Me crucé con algunos monjes soldados sanjuanistas, que eran los nuevos señores del pueblo. Durante la cena, Neus me propuso acompañarla al día siguiente.

—He pensado que mañana, con el toque de la hora *tertia*, podemos acudir a la romería de San Salvador.

—Bien. No hará falta que vengáis a avisarme. Tengo un sueño muy ligero, así que bajaré cuando las campanas doblen a *secunda*.

Cuando salí a la calle, vi que el pueblo entero había salido a participar en aquella fiesta. Decidí integrarme como si fuese uno más, mientras *Neus* se unía a un grupo de amigos y vecinos. La

comitiva cruzó el centro de la población; al pasar ante la iglesia, la mayoría se santiguaron. La colina de Santa Bárbara no quedaba lejos del núcleo, a la altura de los extramuros de la muralla, frente a los molinos de aceite de torre y una cruz de término. Toda la familia participaba, y especialmente los niños. El grupo al completo subimos hasta la fachada del santuario, y allí nos dio la bienvenida un anacoreta. Pero la gente no tenía intención de entrar en aquel cenobio: se agolparon sobre las rejas que delimitaban el pequeño camposanto, y cuando aquel eremita abrió la cerradura, entraron precipitadamente en el recinto, abrazando las grandes tumbas con devoción.

—¿Quiénes están enterrados aquí? —pregunté a *domna* Neus.

—En esas tumbas están enterrados los maestres del Temple de nuestra encomienda.

—¿Y por qué este fervor popular?

—Las madres de las familias de *Orta* consideramos que si nuestros hijos beben el agua que llevan en el recipiente, con los granos y el polvo disuelto extraídos del raspado de las losas de estas tumbas, serán tan valientes e inteligentes como los que aquí descansan.

—Esos tumbas son realmente grandes —contesté, asombrado—. Miden más de cuatro codos y medio de largo.

—Así es, nosotros las conocemos como las tumbas «*dels Gegants*». Durante el tiempo que los templarios estuvieron en *Orta*, la población alcanzó su mayor prosperidad y esplendor.

Se dirigió en ese momento a unos hombres que caminaban a unos pasos de nosotros.

—Señor, creo que estas personas pueden daros información acerca de las familias cátaras que hubo en *Orta*.

—Lo único que sabemos es que hace unos tres años partieron de aquí las dos familias que residían junto a las almazaras. Trabajé con ellos en las recolecciones de las olivas, pero decidieron abandonar la población cuando los templarios, por orden de la Iglesia, perdieron sus posesiones en *Orta*; éstas pasaron a manos de los hospitalarios, que tienen fijada su casa principal en la *Castellana de Amposta* — confesó aquel hombre.

—¿Sabéis adonde se dirigieron?

—Dijeron que iban al sur, al reino de Valencia; probablemente

estén en *Sant Mateu*. Los nombres de ambas familias son *Causseau* y *Mistral*.

XXX.
El
Matarraña

A la mañana siguiente, tras despedirme de *domna* Neus, partí hacia Alcañiz. El camino se hizo largo. Viajé a través de la orilla izquierda del río *Algars* e hice algunas paradas en pequeñas poblaciones; entre las cuales, Caseres en cuya iglesia se rendía culto a santa María magdalena. Pasé luego por *Calaceit*, cuyo conjunto urbano, a la sombra del castillo y rodeado por una muralla, era impresionante. Allí encontré un puesto en el que tomar una carreta que me llevase a Alcañiz.

Alcañiz era una dudad que dormitaba entre el sinuoso curso del Guadalope y la fortaleza superior, que la gente llamaba «*de la Concordia*», una ciudadela donde la orden de Calatrava tenía su feudo, desde el que controlaban todos sus territorios en el reino de Aragón. Pero tuve ocasión de descubrir otra Alcañiz, una ciudad oculta, la de los pasadizos donde encontraron refugio aquellas comunidades que eran perseguidas por los poderes religiosos y políticos. Recuerdo que fue allí, precisamente, en una de aquellas interminables galerías de las entrañas de Alcañiz, donde conocí a unas familias occitanas que habían llegado hasta aquella dudad huyendo de las masacres de la Inquisición. Durante el día trabajaban en las diferentes instalaciones que se hallaban escondidas bajo tierra (la nevería, el obrador de pan, las bodegas, los almacenes, la almazara…), y por la noche dormían acurrucados en las salas de los pasadizos. Para evitar ser descubiertos, pocas veces salían al exterior. Los calatravos habían dado orden de captura de todo aquel «hereje» que no se hubiese convertido a la fe oficial. La situación,

por tanto, era casi desesperada.

Entablé conversación con el de mayor edad, un hombre de tabello cano y rostro ajado, llamado Mateo, que mostraba una serena e imperturbable calma.

—¿Por qué no buscáis un lugar más seguro, hermanos?

—Hemos pensado en muchas ocasiones en salir de aquí y alcanzar el reino de Valencia, que sabemos es la zona más segura para los cátaros, pero no nos ha sido posible. Ya llevamos una década viviendo en estos túneles y, en cierto sentido, nos hemos acostumbrado a ellos —explicó.

Compartí con ellos unos días inolvidables, ayudándolos en los diferentes trabajos que desarrollaban. Por las noches intentaba transmitirles amor, caridad y paz a través de mis palabras. Pero pasaron las jornadas, y hube de partir y emprender un nuevo camino, rodeado del silencio y la soledad de mis meditaciones. A menudo añoraba la compañía y el ánimo que me infundía *Philippe*, y procuraba rezarle y tenerlo presente. Me dirigí, en esta ocasión hacia Morella, lugar en el que, según las gentes de Alcañiz, vivían varias familias cátaras, llegadas en diferentes momentos del Languedoc.

Absorto en mis pensamientos, no fui consciente de que erraba el camino que estaba siguiendo y, en vez de ir hacia el sur, tomé el sendero que llevaba de nuevo a *Calaceit*. En el trayecto, después de cruzar el río Matarraña, me encontré con unos campesinos que me hicieron ver mi error. Pero en lugar de volver sobre mis pasos, me aconsejaron visitar *Massalleó*, población en la que era posible encontrar a algún cátaro. Decidí acercarme a conocer la villa.

Massalleó se alzaba igualmente sobre la ladera de mediodía de una colina, a la sombra de una soberbia iglesia fortificada. La población, rodeada de murallas, transmitía un silencio extraño. Me adentré en el pueblo basta llegar a la plaza mayor. El silencio se había convertido en una misteriosa quietud.

—¿Qué sucede? —pregunté a un anciano que se había detenido a mi lado. Su rostro denotaba cierta tristeza.

—Ayer falleció el capellán, y hoy se celebra el entierro.

En aquellos momentos, algunos grupos de peregrinos en viaje hacia Compostela entraban en el pueblo por el portal de *Sant Jordi* siguiendo el sendero Jacobeo del Ebro, que discurre por esta población —me explicó el hombre.

Recordé entonces que Tortosa ejercía un papel semejante, pues, en ese itinerario hacia Galicia de las gentes que acudían para venerar la tumba del apóstol Santiago, era también una dudad intermedia, situada, en este caso, entre Valencia y Zaragoza.

—¿Dónde puedo alojarme en vuestro pueblo, buen hombre?

—En el hospital, que es igualmente albergue de peregrinos. Se encuentra al final de esta rúa, que pasa bajo la casa consistorial. Debéis torcer luego por los soportales a la izquierda y no tardaréis en ver el edificio.

—Que Dios os bendiga —dije.

—Que Él os acompañe —respondió el anciano.

Seguí las indicaciones que me habían dado y llegué al hospital. La puerta estaba entreabierta, así que la empujé suavemente y entré. Me atendió una mujer que barría en la planta baja.

—¿Qué deseáis?

—He oído que podría encontrar albergue aquí para esta noche.

Al oír mi acento occitano, la mujer me miró con detenimiento y dejó la escoba apoyada en la pared. Se acercó hasta mí, emocionada.

—¿Puedo preguntaros de donde sois, señor?

—Vengo del Languedoc. He recorrido un largo camino.

—¿Y quién sois? —preguntó, ansiosa.

Comprendí en ese momento que aquella mujer era una de las personas a las que andaba buscando. Me identifiqué sin temor.

—Soy perfecto cátaro, buena mujer.

La dueña de la casa se postergo a mis pies, haciendo por tres veces la genuflexión del *melhorament*, mientras besaba mis manos. Yo le di la bendición, con la palma de mi mano derecha sobre su frente.

—Incorporaos, por favor, señora —pedí.

—Mi nombre es *Guilhelma*. Resido con mi esposo y el resto de mi familia en esta población desde hace mucho tiempo; tuvimos que huir precipitadamente de nuestra tierra natal en *Lagrasse*. Las masacres de los esbirros eclesiásticos nos hicieron temer por nuestra vida. Tuvimos suerte de no ser sorprendidos durante la noche, y, con la ayuda de unos ganaderos, pudimos tomar el camino de los *bons hommes* antes de la llegada de las nieves.

—Yo soy *Pierre Penchenier*, y he venido para permanecer con vosotros y compartir el magisterio de nuestra doctrina.

—Sed bienvenido. Nosotros administramos este establecimiento, y contamos con la plena confianza del señor de las tierras, que vive en la fortaleza superior. Acompañadme, *sènher*, os conduciré hasta vuestro aposento. Mi esposo, Baltasar, está en estos momentos curando a unos peregrinos: vendrá después a saludaros —dijo *Guilhelma*, antes de acompañarme al interior de aquel albergue hospital.

—Os quedo muy agradecido, mujer. Durante la cena saludaré a Baltasar.

—Por supuesto, y también al resto de la familia. Será un honor teneros entre nosotros.

Después de tomar posesión del cuarto, quise conocer el edificio. Debajo de la escalinata que comunicaba con la planta superior había un enorme recipiente de piedra cerrado con un cerrojo. Al salir a una sala contigua al patio trasero, observé a una hilera de personas, algunas de ellas en precarias condiciones físicas, que parecían esperar a que las llamasen desde dentro de la estancia. Esperé unos instantes, y vi que quienes salían de aquella estancia lo hacían con una indudable expresión de felicidad en el rostro, muy diferente de la de quienes no habían entrado aún en ella. Al cabo de un tiempo de espera, puede averiguar la causa. Al momento se oyó una voz imperiosa que ordenaba:

—¡Puede pasar el siguiente!

Entré en la sala y vi a un hombre con bata blanca aplicando aceite, con un paño fino de tela de raso, a las zonas más afectadas de los pacientes: los pies. La mayor parte de aquellos hombres, debido al esfuerzo del peregrinaje, tenían las plantas cubiertas de llagas y heridas.

—¡Sentaos en esta silla, señor, os atenderé en seguida! —exclamó el galeno.

Seguía perplejo, sin saber qué responder. Pero al oír el acento occitano de aquel médico deduje que me encontraba ante el esposo de *Guilhelma*. Obedecí su mandato, y pensé que posiblemente él podría sanar las pequeñas escoceduras que me habían provocado en los pies las largas jornadas de camino. Me presenté ante él, y me miró con incredulidad, perplejo ante mi presencia.

—Yo no soy peregrino, pero he caminado tanto como cualquiera de ellos —dije al sanador—. ¿Sois Baltasar, el esposo de *Guilhelma*?

—pregunté con una sonrisa.

—En efecto, así es, pero ahora debéis disculparme, señor. Tengo mucho trabajo curando a los peregrinos. Os aseguro que no es fácil.

—¿Y cómo lo hacéis?

—A base de friegas y masajes con aceite puro de oliva —contestó secamente, visiblemente turbado.

Comprendí al oírlo la utilidad que tenía aquel gran recipiente de piedra que había visto bajo el hueco de la escalera. Estaba debidamente cerrado, lejos del ruido de la gente y la luz del sol, pues el aceite es un elemento vivo, sumamente sensible a tales factores. Era también lógico el desconcierto de aquel hombre ante mi presencia y mis preguntas. La Inquisición urdía constantemente pérfidas tretas para cazar a los incautos, y las gentes humildes habían aprendido a desconfiar de todo aquel que no conociesen. Pero esa misma noche cenamos y pasamos juntos la velada posterior, y Baltasar quedo convencido de mi sinceridad. Fue Baltasar quien me habló del origen catalán de la mayoría de las familias que habitaban en aquella comarca del Bajo Aragón. Había sido consecuencia de la repoblación llevada a cabo por el monarca Jaime II, que realizó con gentes procedentes de las comarcas al sur de la Marca Hispánica, de Lleida y de Tarragona. Ése era el motivo de que la lengua común en el valle del Matarraña fuese el catalán.

Una semana estuve compartiendo con aquellos buenos amigos amenas veladas y charlas en la villa de *Massalleó*. Leíamos juntos versículos de los Evangelios, y yo trataba de responder con lucidez y acierto las muchas preguntas que me planteaban. Me hablaron de Beseit, y hacia allí marché, feliz de continuar la labor que el cielo me había encomendado, y con los buenos y sabios consejos de Baltasar. Gracias a él, mis pies me permitían de nuevo viajar a buen ritmo, y el aceite de mi amigo me había regenerado por completo.

Visité en *Valjunquera* las angostas galerías construidas en las entrañas de la iglesia de San Miguel Arcángel, donde los templarios habían edificado un centro de culto. El pueblo estaba situado al sur de *Massalleó*, al otro lado del río Matarraña. Llegué después a *La Freixneda*, tras unas pocas leguas de viaje en dirección mediodía. Allí se producía el cambio de templarios por calatravos, pero las reminiscencias del Temple eran aún visibles, tanto en la simbología grabada en las piedras y las fachadas, como en las tradiciones. En la

colina superior, llamada de Santa Bárbara, los templarios, manteniendo ancestrales cultos, estudiaban los *ortos solares*, tanto en los equinoccios como en los solsticios. Se conservaban varios pozos fuente, abiertos por templarios como centros de culto al agua y a la Madre Creadora en la zona inferior del pueblo.

Decidí permanecer unos días en *Vallderoures*, la población más importante de la región. Y, afortunadamente, encontré trabajo como pastor de ovejas. En la iglesia parroquial se estaba esculpiendo un extraño rosetón en el lado nordeste del templo, de forma triangular. Era evidente que, al haber sido abierta en el sector más trío, la función principal de aquella ventana no era la de iluminar la iglesia, sino la de transmitir mensajes ocultos a los creyentes. Más tarde supe que los alarifes eran templarios que, aunque habían sido obligados a perder su condición de caballeros, se ganaban la vida como excelentes escultores y maestros canteros. Ellos fueron también los constructores del castillo vecino, unido a la iglesia a través de un pasillo elevado, cuyas obras se encontraban en plena realización. Llamó mi atención el hecho insólito de que aquella fortaleza careciese de patio de armas; en su lugar había una ara rodeada por un baldaquino de piedra. Era ésa la confirmación de la sacralidad de aquel enclave, concebido como centro de adoración a los dioses desde tiempos inmemoriales. Pero además de su naturaleza litúrgica, tenía, al mismo tiempo, una función práctica, pues permitía estudiar los eclipses, los solsticios y los equinoccios estacionales. De ese modo, las paredes y los muros del castillo iban a desempeñar una función mucho más importante que la simple defensa, como era la custodia de un lugar tradicionalmente sagrado y recuperado después por los templarios.

Fue en *Vallderoures* donde conocí la noticia fatal que confirmaba lo que muchos habíamos temido: el gran maestre
Jacques Bernard de Molay
había sido quemado en la hoguera de París la primavera anterior, después de haber sido sometido, con algunos de sus maestres, a los más crueles tormentos en *Domme* y *Chinon*. Con él terminaba la orden del Temple. El antiguo mundo de los templarios, en el que habían creído tantos hombres sabios, por el que tantas buenas gentes habían luchado, se deshacía ahora ante mis ojos. Dudé ante tanta injusticia de la bondad y la presciencia divinas. Surgieron en

mi interior preguntas sin respuesta, y una crisis de conciencia me abocó a una momentánea pérdida de la esperanza. No conseguía vislumbrar luz alguna ante la oscuridad y la muerte que me rodeaban. Un abismo insondable se abría bajo mis pies y en lo más profundo de mi mente. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar a mi hermano *Philippe*.

A la mañana siguiente viví un episodio sobrecogedor. Había subido a pastorear cerca de la cumbre de la Peña de Aznar la Gaya, conocida popularmente como «*la Caixa*». Se trataba de la montaña sagrada de la región, un espléndido altar natural al que se acostumbraba a llevar el ganado enfermo o débil. Se decía que los aires revitalizadores de la cima, el agua de los manantiales y los pastos frescos conseguían que los animales se recuperasen sin ayuda de la *albeytera*. Me encontraba absorto en mis pensamientos, sentado sobre la hierba contemplando la inmensidad de los picos nevados que se elevaban hacia el cielo cuando, al volver la vista, vi, a unos pasos de mí, la figura de *Philippe*. Mi hermano, muerto en la hoguera, aparecía ahora suspendido en el aire, a unas pulgadas del suelo. Su expresión beatífica y su sonrisa limpia y santa me impresionaron. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Mi maestro flotaba como un espíritu, igualmente sentado. Lo envolvía un halo plateado y su tez despedía una extraña luminosidad. De forma sorprendente, la figura angelical de *Philippe* no proyectaba sombra alguna.

—Hermano Guilhelm —me habló con dulzura—, me gustaría poder abrazaros, pero mi naturaleza me impide hacerlo.

Su voz no me llegaba a través de mis oídos, sino que resonaba en mi interior como un cálido susurro.

—*Philippe*… —Salió de mi garganta un débil gemido, mezcla de angustia, tristeza y añoranza.

—No temáis, Guilhelm; no estáis solo. Yo siempre os acompaño, voy a vuestro lado aunque no podáis verme. No desfallezcáis; vos sois la esperanza de la Iglesia cátara, la verdadera Iglesia de Cristo. He venido a deciros que vuestra labor está llegando a su término. Debéis prepararos para regresar a Occitania y consumar vuestra misión.

—Pero… si hago eso, la Inquisición me apresará y me llevará a la hoguera.

—Mi amado Guilhelm, ésa es precisamente la culminación de vuestra obra. Bien sabéis que la tradición de nuestros queridos ancestros proclama que un rey occitano dará de comer a su caballo sobre el altar de Roma. Vuestro sacrificio servirá para que eso se cumpla; si no, de nada habrá servido la inmolación de los cientos de creyentes y perfectos que fueron a las hogueras cantando felices por amor y fidelidad a su fe. Ha llegado el momento de que se dé a conocer que llegará un tiempo, no muy lejano, en que Roma, la antítesis del amor, la creadora de maldad, la aniquiladora de la fe, la destructora del auténtico Cristo, la madre de todos los vicios… será finalmente destruida y pisoteada por los cascos del caballo de nuestro Rey Salvador. Vos sois el escogido para que ese mensaje de esperanza sea dado a la humanidad, Guilhelm, tal como vaticinó el druida de
Rennes-le-Château
. Así, mi amado hermano, gracias a vuestro martirio y a vuestra generosidad, la humanidad entera gozará de otra oportunidad para alcanzar la perfección y la verdad, y podrá liberar su alma del Maligno y unirse por siempre con Dios.

—No sé si tendré valor para hacer lo que me pedís, *Philippe*. Sólo siento el miedo en lo más profundo de mi alma.

—Lo sé muy bien. Sois un ser humano, lleno de temores y debilidades, pero debéis pedir a Dios que os dé ánimo y os conforte como hizo con su hijo en el Calvario, para afrontar estos momentos de padecimiento. Puedo aseguraros que merece la pena el sufrimiento a cambio de la recompensa infinita que os aguarda.

La imagen de *Philippe* iba desvaneciéndose gradualmente. Se disipaba como el humo en el viento, como las nubes en las cimas, como la niebla en los valles.

—Sed fuerte, Guilhelm Todas las fuerzas cósmicas están con vos. El Príncipe de las Sombras es fuerte, pero vos lo sois mucho más. ¡Luchad, Guilhelm! ¡Aguantad! ¡Terminad vuestra misión en Aragón!, esa tarea que estáis cumpliendo con tanto empeño y amor, porque soy consciente de la dificultad que entraña recorrer tantos lugares sometido a no pocos riesgos. Regresad luego a Occitania y cumplid con vuestro cometido…

La imagen de *Philippe* desapareció finalmente. Yo quedé en silencio unos instantes, buscando con la mirada el lugar en el que mi

maestro se me había aparecido. Tenía el alma llena de un gozo indescriptible. Al fin sabía cuál era mi destino y a qué debía consagrar mi existencia desde ese momento, y fui consciente de mi precariedad. Sentía el corazón renovado y ardía en deseos de emplear lo mejor de mí para dar testimonio de nuestra fe por todas las tierras que Dios me permitiese recorrer antes de llamarme a su presencia. Agradecí con todas mis fuerzas y repleto de júbilo al Eterno su compañía y su misericordia, voz en grito, sobre aquel megalítico altar montañoso.

Siguiendo los consejos de Baltasar, me dirigí a *Beseit* desde *Vallderoures*, a pocas millas de distancia. En el recorrido por la antigua calzada romana que sigue la orilla izquierda del río Matarraña contemplé la poderosa cima de la Peña de Aznar la Gaya. Recordé los consejos de mi amado maestro, y me sentí reconfortado. *Beseit* era una población en la que los templarios habían ejercido una poderosa y positiva influencia. A la entrada de la villa, antes de cruzar el río por el puente de piedra, se encontraba la ermita de Santa Ana. El pueblo se abría enfrente mismo, y numerosas corrientes de agua fresca y cristalina que descendían de los Puertos creaban cascadas y balsas de agua. Las mujeres lavaban allí la ropa y los zagales se zambullían; aguas abajo, la corriente movía las palas de los molinos. Era una hermosa estampa, digna de un fresco del *Giotto*.

Encontré alojamiento en *Beseit* en una hospedería próxima a los lavaderos públicos. Mi intención era pasar allí únicamente unos pocos días, pero acabé viviendo en aquel pueblo algo menos de tres meses. Trabajé en ese tiempo en un taller de zapatería, un oficio desconocido para mí, pero que me resultó interesante y fácil de aprender. Desarrollaba mi labor durante el día, y por las noches me reunía con las cinco familias de occitanos cátaros que habían llegado hasta aquel idílico lugar huyendo de la barbarie de nuestra tierra. La iglesia de *Beseit* la habían dedicado los templarios a san *Bartomeu* durante el tiempo en que rigieron los destinos de la villa.

Me contaron que, en aquellos tiempos, los caballeros acostumbraban a reunirse en unas galerías ocultas bajo la roca en donde se alzaba el pueblo, y llevaban a cabo toda clase de ritos en honor a una Virgen negra, próxima a un nacedero de agua; el lugar era conocido por las gentes como la «*Cova del Cargol*». Supe, además,

que cuando el real decreto del exterminio de la orden llegó a *Beseit*, los templarios ocultaron la escultura de un *Baphomet* en los sótanos de la iglesia para que no fuese descubierta por la Inquisición. Una vez que concluí mi labor en *Beseit*, marché a *Fontdespatla* desde Valderrobres, después de haber hecho un alto en un santuario rupestre dedicado a María Magdalena, lugar frecuentado tanto por magos templarios como perfectos cátaros anteriores a mi, como lo confirmaban las cruces grabadas en la roca que hacía las funciones de altar.

A diferencia de los demás pueblos que había visto en aquella comarca, *Fontdespatla* se levantaba sobre una suave colina. Todas las casas dormitaban a la sombra de un sólido torreón cuadrangular, que, además de torre de defensa, albergaba las mazmorras en su planta inferior. Era una población pequeña, pero contaba con algo de interés para mí: su camposanto. Precisamente, Octavio, el encargado de cuidar la *sagrera* era un cátaro occitano, que no tuvo reparos para aceptar aquel singular trabajo después de haber enviudado. Permanecí con aquel buen creyente un par de jornadas, atraído, además, por las formas de las estelas discoidales que había grabadas en las sepulturas. La mayoría de aquellas estelas evocaban nombres, apellidos y símbolos de mi querido Languedoc. Entre ellas, la estrella de doce puntas, el disco solar o el pentágono. Una parte de mis raíces occitanas estaban ante mí, inmersas en un espacio sagrado como postrera etapa para alcanzar la reencarnación. Decidí darles a todas aquellas personas allí enterradas el *consolamentum* póstumo, no como sentido de dolor, sino como fuerza energética capaz de insuflar a quienes reposaban eternamente la alegría de una liberación que todo fiel cátaro alcanza tras la muerte.

XXXI.
EXORCISMO

Por aquel entonces sucedió algo que iba a marcar la devoción y la fe católicas de esas tierras. A pocas millas de distancia de *Fontdespatla*, cerca del cauce del río *Tastavins*, se produjo la milagrosa aparición, sobre unos zarzales, de una imagen negra de la Virgen, que dio lugar al nacimiento de una fuente de quince caños, de la que manaba una agua fresca y cristalina. Octavio me llevó hacia allí en carro, y en el trayecto nos encontramos con numerosos peregrinos. Comprobé el respeto y el afecto que le profesaban a aquel occitano las gentes del lugar.

—Ese río que baja de los Puertos, el *Tastavins*, es el principal afluente del Matarraña —explicó Octavio.

—Matarraña… es un nombre bien extraño.

—Algunos eruditos aseguran que se trata de un término muy antiguo, que significa «territorio entre obispados».

—¿«Entre obispados»?

—Sí. Después de la caída en desgracia de la Orden del Temple, dos poderes eclesiásticos se repartieron a su antojo esta comarca: por una parte, el obispado de Tortosa, y por otra, el arzobispado de Zaragoza.

—En tal caso, ¿qué papel desempeñan los calatravos?

—Uno escasamente secundario; son una mera comparsa del arzobispo de la Seo de Zaragoza —respondió.

Compartí con Octavio una jornada campestre en aquel hermoso y recogido lugar cercano a Peñarroya, y luego seguí mi camino hacia Morella, a unas ocho leguas de distancia. Hice un pequeño alto en Torre de Arcas para dormir. Era una villa agradable, abocada a orillas del río Bergantes, apenas un riachuelo, atravesado por un

sencillo puente de piedra. Me proveí de un pan excelente en el horno de «*Pan Cocer*» de esa villa, y proseguí después el viaje hacia Morella, cruzando un casi insalvable puerto de montaña. Tenía los pies destrozados, y un viento helado me azotaba el rostro y me impedía avanzar. Perdido en medio de la nada, inmóvil bajo el elegante vuelo de las águilas y los buitres que sobrevolaban la cumbre, invoqué de nuevo a mi maestro *Philippe*. Noté que las fuerzas me abandonaban, y creí que me derrumbaría de un momento a otro. Pero en ese instante de decaimiento sentí cercana la presencia de mi querido hermano, y recibí en mi corazón su aliento, animándome a continuar y a no desfallecer. Era el escogido para una trascendental misión y, al mismo tiempo, nadie más que yo, el último perfecto cátaro podía cumplirla.

—¡Gracias, *Philippe*! —clamé, para que aquel impetuoso viento transmitiese a los cuatro vientos que no iba a defraudar al Padre. Ni el más huracanado y temible torbellino podría haber impedido que mi voz llegase a oídos del hermano al que tanto había querido.

Remonté algunas colinas, siempre en dirección mediodía, y, al cabo de un buen trecho, contemplé admirado la ciudad de Morella, acurrucada dentro de un férreo lienzo de murallas y poderosas torres, coronando un prominente altozano. Llegaba a mis oídos desde la lejanía el redoble de las campanas que anunciaban la hora duodécima, así que intenté acelerar un poco el paso para no encontrarme cerradas las puertas de la villa. A Dios gracias, llegué a tiempo y, al poco de cruzar la puerta principal, un agudo chirriar de las bisagras me indicó que la ciudad se cerraba ante la inminencia de La noche.

Hallé alojamiento cerca de la plaza principal. Quena encontrar con prontitud a las familias cátaras del pueblo, pero el cuerpo me exigía descanso. La ascensión a los Ports me había dejado exhausto, y mis piernas no me sostenían. Así que decidí postergar el encuentro hasta el día siguiente. Cené frugalmente y me retiré a mi cuarto a leer el Evangelio.

En Morella parecía amanecer más temprano, porque la ciudad se elevaba sobre una eminente colina. El sol iluminó la alcoba y me despertó de un profundo sueño. Después de desayunar me dirigí al arrabal donde vivían las familias de occitanos. Era una zona próxima al sector norte del interior de la muralla, en la que se

concentraban los principales gremios de la población: caldereros, cordeleros, panaderos, herreros, etc. Entré en una fragua y me dirigí a un grupo de personas:

—Perdonad, ando buscando a unas familias de origen cátaro.

Había cuatro hombres alimentando el fuego con un soplete y golpeando el yunque. Al oír mi pregunta, todos ellos dejaron de inmediato de trabajar y se volvieron hacia mí.

—¿Quién sois? —preguntó uno de ellos.

Su acento me reveló que ellos eran algunas de las personas que andaba buscando.

—Soy perfecto cátaro, y he realizado un largo viaje para conoceros y hablar con vosotros.

—¿Ah, sí? Será mejor que no vengáis con monsergas —respondió otro, airado—. Si vais a hacer algún encargo, decidlo, y si no es así, ya podéis marcharos. Tenemos trabajo.

—Perdonad, no he querido ofenderos.

La verdad es que no esperaba una reacción tan desabrida a mis palabras: quedé sin respuesta y, cabizbajo, me marché de allí.

Dediqué el resto del día a recorrer el interior del núcleo urbano; advertí en seguida el enorme peso que la Iglesia de Roma tenía en aquella ciudad. Era insólito ver la cantidad de frailes y monjes de todas las órdenes religiosas, y pertenecientes a diferentes congregaciones, que transitaban por las calles y plazas. Me asombré al contemplar los enormes y suntuosos conventos y monasterios que salpicaban la ciudad por doquier. Tal era así, que cuando las campanas tocaban las horas, los tañidos sonaban al unísono por todas partes, en una suerte de envolvimiento ensordecedor.

Al día siguiente salí del albergue bien temprano, y al doblar la primera esquina, me salió al paso un mozalbete que no debía de tener más de diez años.

—*Sènher*, buscad una casa que tiene grabada una cruz de doce puntas sobre la puerta.

Soltó aquella frase con decisión y sigilo, como si transmitiese un misterioso enigma, y, dicho esto, salió corriendo sin que pudiera preguntarle nada. Intenté encontrar la casa dando vueltas por la población hasta que, agotado y desalentado por lo infructuoso de mi búsqueda, entré en un recoleto callejón, apartado de las vías principales, y frente a mí apareció la puerta de la que me había

hablado aquel muchacho. ¿Qué debía hacer ahora? Llamé suavemente, pero nadie abrió. Esperé un rato por si veía salir o entrar a alguien, pero no apareció nadie. Por fin, cuando ya me marchaba, una susurrante voz de mujer que provenía de una ventana cercana, me dijo:

—Volved al anochecer.

Así lo hice. Ya completamente de noche, regresé al callejón y llamé quedamente a la puerta cerrada. De nuevo, nadie abrió ni contestó. Nada se oía en el interior, y yo no veía nada más allá de mis manos. La oscuridad era absoluta y no había ni siquiera un punto de luz que me diese una referencia. Volví a llamar al pasar unos minutos.

Pasó mucho rato y llamé de nuevo. De pronto, oí una voz masculina que surgía de encima de mi cabeza.

—¿Qué queréis? —preguntó en un dialecto nítidamente albigense.

—Busco a gentes occitanas —respondí en la misma lengua.

—¿Quién sois?

—*Pierre Penchenier*. Soy un sacerdote cátaro.

—¿Cómo se llama vuestro archidiácono?

—Su nombre es *Jacques Authié*.

—¿De dónde sois?

—De la región del *Razès*.

—¿Juráis, entonces, que sois un perfecto cátaro?

—Sabéis que tenemos prohibido jurar, pero os doy mi palabra.

—¿Dónde habéis estado antes de llegar a Morella?

—He recorrido numerosos pueblos de las tierras del Ebro y, desde la dudad de Tortosa, llegué primero a Orta, y luego a Alcañiz, para entrar más tarde en la comarca del Matarraña en el Bajo Aragón.

—¿Y hallasteis creyentes cátaros allí?

—Sí.

—Quiero conocer sus nombres.

—En la mayoría de los casos, eran grupos reducidos de familias creyentes. Pero recuerdo el nombre de mi buen amigo *Raymond*, en Tortosa. Él me indicó el camino hacia Orta, donde sus dos familiares cátaros, *Robert Causseau* y *Salvador Mistral*, hacía ya unos años que se habían desplazado a *Sant Mateu*.

—Bien. Regresad mañana a la misma hora.

Así, y de forma tan abrupta, terminó la breve y extraña conversación. Obedecí el mandato de aquella voz, y volví al día siguiente. Esta vez, la puerta estaba entornada, y dentro se adivinaba una tenue penumbra. Llamé, pero nadie salió, por lo que la empujé y entré lentamente. Era una sala grande y completamente solitaria; en una esquina había una pequeña mesa y un candil.

—Que la paz de Dios bendiga esta casa —dije en previsión de que alguien pudiese oírme.

—Que ella os acompañe.

La voz sonó justo a mi espalda, por lo que me volví, asustado. En frente de mí estaban los cuatro hombres que hallé en la fragua el primer día. Pero esta vez, y ante mi sorpresa, se inclinaron ante mí transmitiéndome su respeto, mientras uno de ellos me decía:

—Mi nombre es Felipe, *sènher*. Somos del Languedoc, y es un honor poder recibiros.

—Os ruego que os levantéis —les dije, al tiempo que les daba mi bendición.

—Somos cinco familias occitanas las que residimos en esta ciudad del reino de Aragón desde hace unos quince años —dijo otro de los hombres.

—Os rogamos que perdonéis nuestra falta de hospitalidad y desconfianza iniciales, pero la Inquisición no cesa de acosarnos, y nos hemos visto obligados a tomar todo tipo de precauciones. Las artimañas que emplean son cada vez más retorcidas y sofisticadas, así que comprobamos la veracidad de vuestras palabras. Hoy os hemos seguido durante todo el día. Si nos permitís avisaros, no debéis ir buscando occitanos de la manera en que lo hacéis, ya que la Inquisición os detectará de inmediato. Todos los creyentes cátaros de esta región hemos ideado y aceptado un código de reconocimiento que sólo nosotros conocemos y que vamos cambiando con frecuencia. La clave que utilizamos en estos momentos es una estrella de doce puntas dentro de un círculo, y con el número cinco grabado en latín en su centro, evocadora de la cruz del Languedoc. Por favor, aprendéosla de memoria y no la escribáis jamás en documento alguno. Hoy ya es tarde, pero, si os parece, mañana podemos reunirnos con la comunidad aquí mismo.

—Es cierto todo cuanto decís, intentaré ser más cauto.

—¿Hasta mañana, pues?

—Sí, hasta mañana —me despedí con una amplia sonrisa.

—Ah, una última cosa, nunca mencionéis nombres de creyentes de la comunidad a quien no conozcáis o confiéis. Ésa es otra trampa de la Inquisición.

—Agradezco vuestros consejos, y os prometo recordarlos.

Me marché, adentrándome en la oscuridad del exterior. Era una noche fría pero serena, y hacía un ligero viento. Sobre la cornisa de la fachada del convento de San Francisco vi un búho de gran tamaño, símbolo de la inteligencia, que acechaba alguna de sus presas. Sus enormes pupilas fijas me seguían. Parecía como si aquel rey de las sombras quisiera transmitirme un buen augurio.

A la jornada siguiente me retiré a la estancia después de la comida a descansar un poco, y preparé algunas homilías para la noche, antes de marchar hacia el lugar señalado. Al llegar a la casa me aguardaban en la puerta algunas personas, que me saludaron respetuosa y efusivamente. Ya en el interior, observé que la sala principal de aquella vivienda se había preparado para mi recibimiento. Felipe, además de ejercer de anfitrión, dirigía aquel primer encuentro.

—Estimado perfecto *Pierre*, estamos ansiosos por escuchar de vuestros labios noticias acerca de nuestra querida tierra, y de cuál es la situación de la fe cátara y de los creyentes.

—Hace años que me marché de allí, pero he de comunicaros, con todo el dolor de mi corazón, que la situación es francamente desesperada. La Inquisición y sus esbirros controlan la vida de las gentes, sin distinción alguna; persiguen a todos los que profesen una religión distinta de la que establece la Iglesia de Roma. De los castigos y las penas sufridos no os hablaré, pues son conocidos por todos vosotros. También yo fui capturado por los soldados y encarcelado en las mazmorras del Muro, en Carcasona, de donde pude evadirme en compañía de otro perfecto. Después no tuve más remedio que cruzar los Pirineos y venir a estas tierras del reino de Aragón, atravesando Catalunya de norte a sur.

—Nuestro caso es similar. La mayoría de los que estamos aquí somos oriundos de *Fanjeux* y de *Gaillac*, de donde tuvimos que huir también a causa de las persecuciones de la Inquisición. Otros muchos miembros de nuestras familias no tuvieron tanta suerte, y

fueron asesinados sin piedad por los soldados, dirigidos por los frailes dominicos. También el perfecto de *Fanjeux* fue quemado en la hoguera.

Al oír el nombre de la villa de *Gaillac*, acudió a mi mente el recuerdo del hermano perfecto *André Tavernier*, asesinado en la hoguera en presencia de *Philippe* y mía.

—He atravesado Catalunya en diferentes etapas, y me dirijo ahora a *Sant Mateu*, pues me han informado del elevado número de occitanos que viven allí.

—Es cierto. Una cuarta parte de la población de *Sant Mateu* es de origen occitano. Y vuestra labor allí será muy relevante, porque el perfecto que imparte su magisterio es un hombre ya anciano, y precisará de un clérigo más joven que pueda ayudarlo en su labor.

—Vuestras palabras me llenan de júbilo, amigo Felipe, al constatar que, tan lejos de la tierra que nos vio nacer, existe todavía un grupo de personas que han logrado mantener la esencia de nuestra fe cátara. Iré a *Sant Mateu*, pero antes quiero establecer con vosotros, queridos hermanos, un estrecho vínculo de amistad y de fe a través del magisterio de nuestra Iglesia. Os propongo que leamos juntos esta noche un capítulo del *Libro de los dos principios*.

—Me gustaría que el tiempo que permanezca con vosotros pudiese trabajar; no me importa la tarea ni su dificultad. Quisiera adaptarme todo lo posible a vuestra vida cotidiana.

—Podríais haber trabajado en mi herrería, pero contraté a un empleado hace pocos días. Sin embargo, el compañero *Pasqual Vital* sí precisa de una persona en su taller de cestería.

—Os quedo muy agradecido; conozco bien ese oficio, puesto que es frecuente en diferentes lugares del *Razès*. Debemos establecer el principio de que los alimentos que nos llevemos a la boca los hayamos ganado con el sudor de nuestra frente. El trabajo dignifica al ser humano y nos hace más humanos, respetuosos y fuertes.

—He de advertiros que la Iglesia tiene en esta ciudad un poder ilimitado. Por tanto, debéis mantener una conducta que no llame en absoluto la atención; hay delatores por todas partes. Y. por si fuera poco, además de los impuestos que debemos pagar, y debido a nuestra condición de «herejes», nos obligan a sufragar algunas de las obras que se llevan a cabo en los innumerables monasterios, iglesias y conventos de la población. Si nos negamos a hacerlo,

sufrimos duras represalias como castigo. Nos destrozan los talleres y nos apresan, o secuestran a algún miembro de nuestra familia en calidad de esclavo y se lo llevan al puerto de *Vinaròs*, que se ha convertido en carne de galeras. Ninguno de ellos tiene posibilidades de regresar. No es una casualidad, por tanto, que en esta ciudad apenas haya judíos, y los pocos moriscos que permanecen son explotados en los trabajos más duros.

—He recorrido hoy la ciudad y me he dado cuenta del inusitado poder que tiene la Iglesia. ¿Sucede lo mismo en *Sant Mateu*?

—No, en absoluto. Afortunadamente, allí, gracias a los conceptos establecidos por los templarios, se respira una atmósfera de mayor libertad. Los caballeros propiciaron un clima de respeto entre las tres comunidades. Como consecuencia de ello, los católicos no tienen tanta presencia social ni tanto peso político. Al contrario, la fuerza del trabajo en el comercio, la industria, la ganadería y la agricultura son los pilares que sustentan y han contribuido a desarrollar la economía de esa influyente ciudad de la región, y también de sus habitantes.

Aunque lo cierto es que la situación, ahora que la Orden del Temple no existe oficialmente, puede haber sufrido cambios sustanciales y haber empeorado.

—Yo soy un defensor convencido de la libertad de credo. Afirmo que cada persona debe seguir los impulsos de su espíritu, y ningún poder terrenal tiene por qué obligar a nadie a que tenga ésta u otra religión. Ésa es, sin duda, la base de nuestra filosofía cátara, como bien sabéis.

—Gracias al ambiente de tolerancia que se respira en *Sant Mateu*, también los alquimistas disfrutan de mayor libertad de pensamiento y de actuación. Los maestros de los cuatro elementos tienen sus laboratorios en casas dentro de la ciudad, y también en pequeñas aldeas que rodean a esa población. Buscan en ellos sin cesar la Piedra Filosofal.

Durante cerca de un año compartí con aquellas sencillas y generosas gentes una estrecha amistad, y establecimos unos lazos afectivos, de camaradería, solidaridad y compañerismo que jamás podría olvidar. Una noche, mientras leíamos en calma las homilías, un estruendo sonó en el exterior, seguido de unos gritos y carreras de personas. Salimos de inmediato a la calle y vimos a un hombre

de mediana edad tirado en el suelo, echando espuma por la boca, mientras otros intentaban reducirlo.

—¿Qué ocurre? ¿Está enfermo?

—Sí, pero el mal que lo atormenta es superior a los saberes de los hombres —respondió uno de los que trataba de controlar los violentos movimientos del afectado.

—¿A qué os referís, buen hombre? —pregunté.

—Este desdichado está endemoniado, y la única posibilidad de curarse es acudir mañana ante la imagen del ángel, en el santuario de la *Virgen de la Balma*.

—Todos los años, el día 8 de setiembre por la mañana, feligreses de la mayoría de los pueblos que se ecuentran en los puertos acuden en romería a ese lugar para liberar el espíritu de alguno de sus familiares. Deben expulsar de sus entrañas al Maligno, y lo hacen a través de un exorcismo que, desde tiempos que se pierden en la memoria, se practica allí mismo —explicó Felipe.

—¿Dónde queda ese lugar?

—A menos de cuatro leguas de distancia siguiendo el curso del río Bergantes. Está cerca de Sorita. ¿Acaso deseáis ir, *sènher*?

—No, era más bien curiosidad.

Era probable que, detrás de esa fiesta, pudiese estar la sombra de la Iglesia católica que, con el fin de atemorizar a sus fieles de los peligros que correrían si eran vencidos por las tentaciones de Satanás, intentara mantenerlos como devotos cristianos. Pero ésa era la peor manera. Mientras tanto, sus ministros no predicaban precisamente con el ejemplo. Remolcaron a empujones al poseído por la calle, mientras le colocaban un crucifijo sobre los labios para que no dejara de besarlo.

Logré establecer, en aquella pequeña y activa comunidad, las bases doctrinales para un posterior desarrollo espiritual de nuestras enseñanzas, y preparé con dedicación a Felipe para que fuese impartiendo el magisterio de nuestra Iglesia hasta que yo pudiese formar a alguien en la dignidad de perfecto o diácono. Éste debía ocuparse después del colectivo cátaro en esa ciudad. El tiempo que permanecí en Morella significó una luz en mi vida, y un motivo de alegría para seguir adelante, convencido de la utilidad y el sentido de mi servicio. Mi antiguo decaimiento, provocado por el trágico final de mi maestro *Philippe*, y que me había llevado a un profundo

agujero anímico, dejó paso a un lúcido optimismo. Tenía una misión que cumplir, y no podía defraudar a mi hermano, ni a la comunidad cátara; tanto a los vivos, como a los fallecidos, ni tampoco a mí mismo.

XXXII.
SANT
MATEU

A la noche siguiente, y tras la cena de hermandad, se celebró una íntima ceremonia de despedida de la comunidad. Me apenaba dejar atrás a aquel admirable grupo de creyentes. No faltaron cánticos dedicados al recuerdo de nuestro país, y durante el transcurso de aquella fiesta entrañable, Felipe se ofreció a llevarme en carro por la mañana hasta *Sant Mateu*, aprovechando un envío de hierro forjado que debía entregar en *La Jana* y *Traiguera*. Acepté, y partimos al amanecer. El fuerte y frío viento que nos azotó en el viaje, realizado entre puertos de montaña y profundos barrancos de vértigo, era una de las características del clima de las tierras inferiores del Ebro.

Las campanas de la iglesia arciprestal de *Sant Mateu* doblaban anunciando la hora duodécima cuando hice mi entrada en la villa. La primera impresión que me causó aquella ciudad fue de actividad. A pesar de ser el momento del ocaso, en el que se aplazaban las actividades hasta la jornada siguiente, todo seguía allí en pleno movimiento, y nadie molestaba al prójimo. Incluso la soldadesca asomaba únicamente por las almenas de la muralla. No observé tampoco a ningún mendigo por las rúas o plazas pidiendo limosna; en Morella, en cambio, abundaban en las puertas de las iglesias y conventos. En *Sant Mateu* se respiraba una atmósfera de diligencia en el obrar, de eficacia laboral, y todos los ciudadanos parecían estar ocupados en algo. Yo no sabía exactamente adonde dirigirme, y entré en el primer establecimiento que vi. Se trataba de una panadería, en cuyo obrador trabajaban más de quince personas entre oficiales y ayudantes, que andaban preparando la masa madre

para la jornada siguiente. El acento de los que allí trabajaban delataba que eran inequívocamente occitanos.

Procuré quedarme solo en la tienda, y después me acerqué al mostrador.

—Un pan candeal, por favor.

En el momento de entregármelo, dibujé discretamente en la harina esparcida en el mostrador una estrella del Languedoc dentro de un círculo con el número cinco en latín en su interior, en alusión al pentágono. El joven que me atendía observó el dibujo, alzó el rostro sorprendido y, tras desbaratar de inmediato el símbolo con la mano, se marchó rápidamente a avisar al encargado. Al instante apareció un hombre recio y canoso, que me escudriñó con curiosidad, detenidamente.

—¿Qué deseáis? —preguntó amablemente.

—*Leva l'essència* —dije. Y después de una pausa, continué—: Busco a los miembros de la comunidad cátara de *Sant Mateu*.

—*Lévala a lo Saint Paire* —respondió—. Bien venido, ¿quién sois?

—Me llamo Guilhelm Bélibaste; soy perfecto cátaro, y vengo de Occitania; pero, para confundir a la Inquisición, me hago llamar *Pierre Penchenier*.

—Respetaré vuestro apodo; pero pasar al obrador, os lo ruego —me dijo con respeto aquel hombre, al que llamaban Marcos.

Una vez dentro, apañados de las miradas de la calle, Marcos se postró delante de mí, efectuando las tres venias. Luego me dio el beso de la paz.

—¡Que halléis la paz! —les deseé a los allí presentes, mientras les daba la bendición—. He recorrido un largo camino para venir expresamente a veros a esta ciudad. He venido para conoceros y compartir con vosotros el tiempo que me reste.

—Todos nosotros somos occitanos y creyentes cátaros. Nuestras vidas estaban en peligro en el Languedoc, y por ese motivo nos vimos obligados a abandonarlo —respondió Marcos.

—¿De dónde procedéis?

—Somos oriundos de diferentes lugares de Occitania (*Montaillou, Arques, Minerve, Avignonet, Rabastens, Cordes*…), y llegamos a *Sant Mateu* en distintos grupos y en precarias condiciones. Fuimos muy

bien acogidos aquí desde el primer día. En lo que a mí respecta, llevo en esta ciudad más de doce años —manifestó Marcos.

—Tan pronto he llegado a la ciudad, he notado una atmósfera de gran actividad laboral.

—Así es. Estamos satisfechos de nuestra situación; aquí todos estamos ocupados, y creemos que los impuestos que pagamos son justos.

—Me reconforta oíros decir eso. Y ahora quisiera saludar a vuestro perfecto.

—Su nombre es *Pierre Maury*, pero en estos momentos no se encuentra en *Sant Mateu*. Partió hace una semana hacia *Beseit* para ver a unos familiares, y sabemos que regresa mañana —explicó Marcos—. Por cierto, *sènher*, ¿tenéis donde alojaros?

—La verdad es que no he tenido tiempo de buscar ningún albergue, porque he venido directamente a vuestra panadería.

—No os preocupéis, podéis instalaros en mi casa. Tengo habitaciones de sobra y estaréis bien atendido.

—Gracias, pero no quiero molestaros. Cualquier rincón sin demasiadas comodidades me servirá. Además, el tiempo que permanezca en *Sant Mateu* desearía estar también ocupado en alguna actividad. Todos los trabajos son honrados, y me agradaría ocupar mi tiempo en algo que fuese útil a la comunidad.

—Creo saber dónde podríais trabajar. ¿Conocéis cómo funciona un telar?

—Si —contesté.

—Estupendo. Mañana, si os parece, iremos al taller de una familia, también cátara, en donde se confeccionan excelentes tapices. He oído que precisan de un oficial.

—Os acompañaré encantado.

—Os presentaré, además, a los restantes miembros de nuestra comunidad. Nuestra presencia es notoria, ya que ocupamos un barrio entero de la ciudad. Pero eso será mañana; ahora debéis de estar fatigado por el viaje. Prepararemos aquí mismo una cena sencilla, y la compartiremos mientras fermenta la masa. Después os acompañaré a mi casa; no queda lejos. Yo he de trabajar toda la noche en el obrador.

—Gracias, lamento causaros tantas molestias.

—Al contrario, es para mí un honor que os encontréis entre

nosotros —afirmó Marcos afectuosamente.

La casa en la que vivía Marcos era un edificio bien iluminado, provisto de patio con jardín trasero. Mi estancia miraba a mediodía, y una fragancia a hierbas aromáticas impregnaba los sentidos aquella mañana otoñal. Al asomarme descubrí la causa de aquel aroma agradable. Había dos hombres calentando plantas silvestres en una caldera de hierro, cuya tapa superior sellaban con barro en cada elaboración; mientras uno avivaba el fuego inferior, otro cernía en una red de alambre las ramas ya utilizadas. Al final de aquel proceso, el líquido resultante pasaba por un serpentín, para terminar, finalmente, en un arroyo, consiguiéndose así el néctar del perfume, obtenido a base de plantas de romero, tomillo y salvia, que serían las plantas mas abundantes en esa zona del Maestrazgo. Esa actividad me era familiar, porque en *Cubières* se hacía lo mismo con plantas de lavanda, pero en medio de los campos. Bajé luego al salón. La familia de Marcos al completo estaba esperándome. Él acababa de llegar de la panadería, con ojos soñolientos, y, tras un breve diálogo, se despidió cortésmente para ir a descansar.

—Esta tarde, antes de abrir la panadería, os acompañare al taller de los telares. El encargado sabe de nuestra visita y nos estará esperando.

Marché después del desayuno a recorrer aquella población, a la que había bautizado íntimamente como «la pequeña Occitania».

Dediqué la mañana a deambular por la ciudad. En la porticada plaza mayor, latía el corazón comercial de *Sant Mateu*, donde se alzaba una fuente decorada con un ángel. La iglesia arciprestal era la principal referencia religiosa católica de la villa. El templo, de dimensiones catedralicias, mostraba sin embargo una sobria fachada, de la que destacaba la portada, realizada en arcos en degradación. Me fijé en los capiteles y observé que en uno de ellos estaba representada la cabeza cercenada de san Juan Bautista, entregada sobre una bandeja, evocando, sin duda, la estrecha relación de aquella población con los caballeros templarios. Otro dato revelador lo constituyó el hecho de que el campanario de la iglesia fuese exento, y de planta octogonal, formando una construcción más militar que religiosa.

Seguí caminando por el interior urbano de *Sant Mateu* con una sensación de plenitud que en muy pocos lugares había

experimentado. De pronto se produjo un gran alboroto en las calles. La gente corría despavorida de un lado para otro. Cercano al mercado había un grupo de hombres.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Dicen que ha llegado a la ciudad una persona muy importante —me respondió uno de ellos.

—¿Y de quién se trata?

—Parece que se trata del senescal del rey Jaime II, que ha llegado a *Sant Mateu* para hablar con los judíos —dijo en voz baja el de mayor edad.

Me quedé un tanto perplejo y no entendí bien a qué se debía tanto revuelo, pero continué mi camino extasiado ante la belleza que se desplegaba ante mis ojos. Volví a contemplar más esculturas alusivas al ángel en otros lugares de la dudad. Abundaban, además, las fuentes y los pilares, en torno a los cuales se congregaban grupos de personas que hablaban de temas muy diversos. Asimismo, era muy llamativa la sorprendente y admirable diversidad cultural de la ciudad, verdaderamente un ejemplo a seguir, pues convivían en armonía judíos, musulmanes y cristianos (entre los que se contaban cientos de genoveses, venecianos y florentinos), además de la comunidad cátara de origen occitano. Al oír el redoble de las campanas, anunciando la hora quinta, decidí regresar a casa de mi anfitrión para preparar algunos asuntos que me aguardaban esa tarde. Nada más llegar me comunicaron que el perfecto *Pierre Maury* acababa de regresar y me esperaba en el salón. Entré lentamente en la sala y le rendí el *melhorament* al perfecto como signo de respeto a su edad, además de darle el beso de la paz. Recibí su bendición.

—Me han hablado de vuestra llegada a *Sant Mateu*, hermano Guilhelm —afirmó con voz cansada.

—Llegué anoche de Morella, después de un largo viaje desde Occitana. Pero ¿cómo fue el vuestro desde *Beseit*?

—Hacía mucho tiempo que no veía a mis familiares. He estado con ellos unos días. Al regresar por Morella, me han dado saludos para vos. ¿Qué os ha traído por aquí?

—No sé si sabréis, amado hermano *Pierre*, que la situación en el Languedoc no puede ser peor para los cátaros, y el peligro se acrecienta a diario. Somos perseguidos sin tregua, y asesinados por los soldados a iniciativa de la Inquisición.

—Sé bien lo que está sucediendo. Todo lo que acaece en Occitania llega a *Sant Mateu* en pocos días. También había oído hablar de vos, y del triste final de vuestro hermano *Philippe d'Alairac*, a quien, hace mucho años tuve el gozo de conocer personalmente en las cuevas de *Ussat*. Habéis llegado en buen momento a esta ciudad, porque, como veis, yo ya estoy viejo, y necesito alguien que pueda ayudarme. Son muchos los occitanos cátaros que viven en *Sant Mateu*, y debemos consagrar nuestra vida a la lectura de los Evangelios y a darles consuelo.

—Estoy feliz de haber venido. Oí hablar de esta ciudad en *Ussat*, cuando *Bartomeu*, el panadero de aquella población de *l'Ariège*, me dijo que sus dos hijos habían llegado hasta aquí huyendo de las masacres.

—Sí, los conozco, son buenos creyentes. He procurado mantener a lo largo de todos estos años un apego cercano por cada uno de mis feligreses.

—Deseo incorporarme lo más pronto posible a la comunidad, y ser útil con mi trabajo. Marcos me ha dicho que falta un oficial en un taller textil.

—En efecto, nos acercaremos después de la comida para que conozcáis el lugar. Creo saber a qué fábrica se refiere. Pero ahora, si os parece, y aunque estoy algo cansado, quiero llevaros a nuestra *maison*, que se encuentra cerca de aquí —propuso *Pierre*.

—De acuerdo, pero antes quisiera someterme al servicio del *apparelhament* con vos, dado que no me confieso desde que *Philippe* y yo estábamos juntos.

Pierre me escuchó en confesión, y yo pude liberar mi alma de aflicciones largamente postergadas. Después salimos al exterior. *Pierre* padecía problemas reumáticos a causa de la edad, y debía apoyarse en un bastón.

—¿Y vos, *Pierre*, de dónde sois? —pregunté.

—De *Montaillou*, aunque he residido muchos años en *Rabastens*.

—Conservo de ambas poblaciones un imborrable y grato recuerdo; en *Rabastens* alcancé la Perfección, y en *Montaillou* ejercí el magisterio.

—Lo sé, aunque yo partí de *Rabastens* unos meses antes de

vuestra llegada para atender las necesidades de los cátaros que venían a esta ciudad en busca de refugio. Ya no me quedan familiares en Occitania. Sólo conservo a mi hermana, Guilhelma, y a sus dos hijos, que residen aquí, en *Sant Mateu* —recordó, apenado.

—¿Qué habéis sabido de *Rabastens* desde entonces?

—Sólo que el prelado *Pelfort de Rabastens*, obispo de Pamiers, se está cansando de las presiones que recibe del Vaticano para que motive a sus canónigos en la persecución de los cátaros de su circunscripción. Y cuando eso ocurra, cuando *Pelfort* ceda ante la Iglesia de Roma por razones de edad, podéis estar seguro de que todo se vendrá abajo, porque no tardarán en colocar en su lugar a una persona sin escrúpulos, y eliminar, así, cualquier pequeño brote de catarismo a lo largo y ancho del Languedoc —explicó, angustiado.

—¿Y quién puede ser el que sustituya a *Pelfort*?

—Se habla de un tal *Jacques Fournier*, actualmente abad de *Fontfroide*, un hombre formado en la Universidad de París, y que recuerda, por su siniestra frialdad, a
Arnaud-Amaury
. Recemos para que eso no suceda.

—Nuestra tierra ha perdido sus sólidos valores escasamente en una centuria. Será muy difícil volver a recuperar todo el patrimonio aplastado y saqueado por la Iglesia de Roma. La situación se ha vuelto aún más insoportable después del Concilio de *Vienne*, celebrado hace unos años, cuando el Vaticano concentró en una sola fuerza a los dos poderes represivos más sanguinarios del Languedoc: la jurisdicción del obispado de Pamiers y los dominicos de Carcasona.

—Así es. Mientras tanto, nosotros permanecemos lejos de Occitania, y lo único que podemos hacer aquí es intentar mantener el espíritu del fuego que arde en los corazones de nuestros creyentes, y ser motivo de esperanza para que no se desanimen —dijo *Pierre*.

—Deseo colaborar con vos en esa ardua tarea, hermano *Pierre*.

Mi vehemencia se justificaba en la fuerza que mostraba aquel hombre, y en sus sólidos principios.

La *maison* era una humilde casa. *Pierre* tocó cinco veces la puerta con los nudillos y, acto seguido, crujió la bisagra del portalón. La

estrechez de la fachada no se correspondía con la amplitud del interior.

—Esta noche, tras el toque de completas, os presentaré a los demás miembros de la comunidad, y dedicaremos después una homilía a la dualidad —anunció *Pierre*, amablemente.

—Me hace muy feliz comenzar hoy mismo con mi misión.

—Como aún nos queda algo de tiempo, quisiera que me acompañaseis a recorrer el centro de la ciudad.

—Anduve por la mañana un buen trecho, pero estoy seguro de que en vuestra compañía descubriré aspectos sorprendentes. Al pasar por la fuente de la *Vila* me llamó poderosamente la atención la abundancia de referencias a la figura del ángel que he visto repartidas por plazas y fuentes.

—La forma del ángel no sólo la veréis representada dentro de la ciudad, sino también en sus inmediaciones. Como sabéis, es el símbolo del evangelista Mateo, que dio nombre a esta población, y que tuvo como primer foco de asentamiento a un grupo de eremitas mozárabes antes de la llegada de los musulmanes, quienes la bautizaron con el nombre de *Benifarquet*. Aún se conservan restos de la alcazaba que, tras la conquista cristiana por los ejércitos de Jaime I, fue ocupada por los hospitalarios. Pero fueron los templarios quienes rigieron con mayor influencia los destinos de esta ciudad. De ahí la libertad dé expresión, la tolerancia y el respeto a los distintos credos que, como habréis podido comprobar, integran el común modo de hacer de sus habitantes.

—Desde luego, es algo ejemplar en todos los sentidos.

—El mismo campanario de la iglesia evoca, con su planta octogonal, la mano del Temple. Ese robusto torreón tiene dieciocho brazas de altura y la misma medida de perímetro, lo cual resulta muy sorprendente —explicó *Pierre*.

En el trayecto que hicimos juntos, *Pierre Maury* recibía constantemente el saludo de cuantos creyentes se cruzaban con nosotros, saludo que devolvíamos con la misma amabilidad y respeto. Me maravillaba contemplar que tan lejos de nuestra tierra existiese un lugar como la villa de *Sant Mateu*, en el que parecía haberse reunido el último germen de nuestra Iglesia.

—Regresemos ya a casa de Marcos; deben de estar esperándonos —sugirió *Pierre*.

—Bien, además, con tanto andar, se me ha abierto el apetito.

Al llegar a la casa, él y toda su familia nos esperaban con la mesa preparada.

—Veo que ya os habéis conocido —dijo Marcos.

—Sí, el perfecto *Pierre Penchenier* ha llegado a *Sant Mateu* en un momento muy oportuno —respondió Maury con una sonrisa.

—Esta mañana se armó un enorme revuelo en las calles, y al preguntar me contestaron que había sido a causa de la llegada a la ciudad de un personaje de relieve —comenté.

—Se trata del senescal del monarca Jaime II, que ha venido expresamente a *Sant Mateu* para solicitar a la comunidad judía local un elevado préstamo que sirva para sufragar las campañas de los almogávares en Neopatria y en Bizancio —respondió Marcos.

—Los judíos de esta ciudad tienen un gran poder económico. Sus crecientes negocios y sus pujantes finanzas hacen que su poder sea enorme.

—¿Y dónde se encuentra la aljama judía?

—Cerca de aquí, pero os llevaré mañana, porque quiero presentaros al rabí de la comunidad.

—Y esta tarde, tal como quedamos, os llevaré al taller de tejidos —recordó Marcos.

—He de reconocer que son las personas como vosotros quienes han forjado ese espíritu de fraternidad que habita la ciudad. Recemos para que algún día, no demasiado lejano, podamos trasladarlo de nuevo a nuestra tierra.

Se oía el redoble de las campanas anunciando la hora décima. Marcos y yo salimos en dirección al taller; *Pierre* prefirió quedarse a descansar en la casa.

XXXIII.
LA
TRAICIÓN

Marcos se adentró en la judería para acortar el camino hasta el taller textil.

—Esta rúa, la más larga y una de las más estrechas de *Sant Mateu*, se conoce como el «*carreró dels Jueus*», y es la principal arteria que atraviesa la aljama judía de la ciudad —explicó—. Todos sus bajos están destinados a negocios, donde se comercia con el oro, la plata, las piedras preciosas, las especias, las especias, la seda, la porcelana, pero también se financian proyectos económicos. Observad, *sènher*, a las personas que están sentadas en aquel banco de madera.

—¿Qué es lo que están haciendo?

—Tratan un acuerdo de financiación, o quizá un simple préstamo de dinero.

—¿Y lo hacen en la calle?

—Efectivamente. Así, los judíos intentan demostrar que sus transacciones son legales, que no esconden nada turbio. Además, se confía en la honradez de quienes participan en esta operación, y permanece en la memoria de cada cual, puesto que no dejan ningún documento escrito o firmado.

—Esa conducta da la medida de la honestidad de unos caballeros.

—Así es, pero el problema es que someten a quienes precisan de dinero a unos intereses verdaderamente abusivos, que podríamos calificar incluso de usura, ya que están en torno al cuarenta por ciento sobre el nominal. Cuando los templarios intervenían de modo directo en la vida diaria de la ciudad, los intereses eran del diez por

ciento. Jamás utilizaron los préstamos en provecho propio, o los concibieron como un negocio con el que lucrarse y obtener enormes ganancias —recordó Marcos—. El Temple creó, además, un documento de crédito y débito con el que podían realizarse viajes por los territorios de Occidente con la tranquilidad de poder recibir dinero a cuenta de ese certificado, incluyendo el peregrinaje a Compostela. Para mayor comodidad, uno podía alojarse en cualquier albergue de su jurisdicción, y recibir ayuda en hospitales en caso de ser asaltado por los bandidos.

—Tengo entendido que algunos de los templarios de *Sant Mateu* pasaron a formar parte de la Orden del Hospital, y otros decidieron buscar refugio en las montañas de los alrededores. Allí continuaron sus oraciones a la Virgen negra y a sus santos en capillas rupestres, enclaves próximos a nacederos de aguas salutíferas. Otros, los menos, se han dedicado al estudio de la filosofía arcana en lugares como *Culla*.

—Estáis bien informado, *sènher*. La calle por la que caminamos, y que parece no tener fin, se cierra en sus extremos al caer la noche. De esa forma, la comunidad judía queda protegida hasta el amanecer.

Después de pasar ante la fachada de un hermoso templo vimos un edificio del que entraban y salían numerosas personas. Era la tienda en la que se compraban telas, y al lado había otra puerta mucho más grande, capaz de recibir a carros llenos de algodón y fardos de tejidos de todos los tamaños.

—Ya hemos llegado; aguardad un momento, *sènher*, voy a avisar al encargado —anunció Marcos.

Unos instantes después apareció Marcos acompañado por un hombre de mediana edad, pelo canoso, y vestido con una bata de color azul, cubierta de hilos y polvo.

—Soy *Raymond de les Cases*, el encargado de este telar. Acabamos de recibir un gran pedido de Florencia, y estamos hasta arriba de trabajo. Pero, pasad, os lo ruego. Marcos me ha dicho que conocéis los oficios de tejedor y fabricante de peines de telar.

—Sí, los aprendí en *Rabastens*, y he trabajado, además, en diferentes lugares.

—Nosotros estamos ahora en plena actividad, los telares están funcionando sin descanso, así que venís en un buen momento.

Podéis incorporaros al trabajo ya mismo, si os parece bien.

—Por supuesto. Trabajaré media jornada, porque he de contribuir, también, al mantenimiento de los valores espirituales de toda la comunidad cátara de *Sant Mateu*. Y deberé preparar las homilías en la *maison* —expliqué.

—Sé de vuestra dedicación a la comunidad. De hecho, tengo pensado no establecer con vos ningún horario fijo. Os facilitaré las llaves de la puerta del taller para que podáis venir a trabajar cuando más os convenga. Es para nosotros un gran motivo de alegría contar con vos, *sènher*, en esta humilde empresa.

—Mi mayor y único deseo es poder contribuir al progreso de nuestra comunidad, incluso fuera de Occitania.

—Recibiréis la cantidad de quinientas *jaquesas* al mes por vuestro trabajo.

—Me parece justo. Todo lo que sobre de mi manutención pasará a los fondos de la *maison*.

Después de un respetuoso saludo, Marcos se despidió. Yo recibí una bata azulada para comenzar los trabajos en el taller. *Raymond* se acercó para conversar conmigo. El estruendo que provocaba el trabajo de los telares nos obligaba a alzar el tono de voz.

—Me ha impresionado comprobar el movimiento y la actividad comercial que he observado aquí.

—Decimos, en tono divertido, que si los talleres de *Sant Mateu* dejasen de trabajar, media Italia se quedaría sin vestir exclamó, mientras daba orden de empaquetar una partida de tejidos.

—¿Media Italia? —respondí, asombrado.

—En efecto. Desde hace años, ciudades como Florencia, Pisa y Génova se abastecen de nuestros tejidos.

—¿Y cuál es el secreto de semejante éxito?

—La lana, posiblemente. Es conocido por todos que la hispana, que procede de las ovejas merinas, es la mejor del mundo. También, es preciso decirlo, el éxito reside en la destreza de los operarios, en su mayoría occitanos, que son quienes mejor conocen este oficio —puntualizó.

En *Sant Mateu* tuve ocasión de conocer de cerca el inundo de la Cábala. *Moshé Durand*, rabí de la comunidad hebrea, me invitó a la fiesta del año nuevo judío, el *Rosh Hashaná*, en la que participé activamente. Yo, por mi parte, y con la aprobación de mi hermano

Pierre, lo invité a nuestra *maison* para que asistiera a una de nuestras homilías, además de la ceremonia del *consolamentum* que dimos a varios creyentes que, por razones de edad, fallecieron aquel crudo invierno. Pasé dos años allí. Y fueron dos años de sosegada felicidad. La vida en aquella tranquila ciudad aragonesa se desarrollaba con armonía y sosiego. Un grupo de occitanos llegó un día a *Sant Mateu* en condiciones lamentables, desnutridos y con evidentes signos de haber sufrido violencia física. Nos contaron algo que nos heló la sangre a todos: la Iglesia había nombrado como nuevo obispo de Pamiers al abad de Fontfroide, *Jacques Fournier*, y lo había situado, al mismo tiempo, al frente del tan odiado cargo de inquisidor general del Languedoc. O lo que es lo mismo, aquel hombre pasaba a ser el más alto poder religioso en Occitania. Pierre, Marcos y yo nos reunimos en la *maison* para hablar de las consecuencias.

—Ésta es la peor noticia que podríamos haber recibido, y anuncia nuestro final, queridos hermanos —dijo Marcos, apesadumbrado.

—*Jacques Fournier* es un ser sanguinario, ávido de infligir todo el daño que le sea posible a los creyentes. Se trata del mayor torturador, un sabio del dolor, un hombre sin escrúpulos ni piedad; ésa es la bestia que ostenta ahora el máximo poder en nuestra tierra —lamentó *Pierre*.

—He oído decir de él cosas verdaderamente horribles, que harían estremecer a cualquier hombre de bien. A pesar de ser occitano, ha perseguido con saña a nuestras gentes. No se ha detenido hasta convencer a Juan XXII de la importancia de sustituir a *Pelfort de Rabastens* como prelado. Su ambición no tiene límites.

—Nuestras vidas se cruzaron azarosamente en *Saverdun*, la villa natal de Fournier. Él pertenece a una familia de panaderos, de ahí su apellido, y recuerdo con diáfana claridad que, ya en su juventud, se trataba de una persona ambiciosa y cruel que no mostraba afecto alguno ni respeto por sus progenitores.

—Ahora más que nunca, la alargada sombra de la Inquisición se cierne sobre nosotros, y debemos extremar las precauciones. Los valores espirituales de nuestra Iglesia cátara se encuentran depositados aquí, en esta ciudad hispana, muy lejos de Occitania; seamos prudentes en nuestro comportamiento público —aconsejé.

Los cambios que se anunciaban afectaron también a *Sant Mateu*. El ejemplar y envidiable equilibrio social que allí se vivía se vio alterado desde ese momento. La ciudad pasó a pertenecer a la Orden de Montesa, y la residencia de sus maestres se fijó en *Sant Mateu*, un vasto territorio que se extendía desde Amposta al norte, a *Xátiva*, al sur, y desde el Mediterráneo al este, a Morella en el interior. Muchos de aquellos nuevos caballeros habían sido templarios un lustro antes. Fue a partir de ese momento cuando la Iglesia católica empezó a intervenir en la escena social, política y económica de la ciudad. Una de las primeras medidas fue la implantación de más iglesias y centros de culto obligado. La de San Pedro fue alzada en el corazón del arrabal de la morería. El templo se construyó en una explanada al final de la calle de *Cort*. Un edificio de esa empinada rúa se transformó en prisión y se encerró en sus tétricas mazmorras a todos aquellos considerados molestos o perniciosos por los católicos, ya fuese por razones religiosas o por oposición a algún tipo de impuesto que se consideraba abusivo; por ayudar a una persona perseguida por la Inquisición, o por negarse simplemente a pagar el diezmo a la Iglesia… Sin embargo, y a pesar de todas esas imposiciones, nuestra comunidad, al igual que los habitantes de la judería y de los barrios moriscos, conservó una posición relativamente estable.

A los pocos meses, y para colmo de males, el hermano *Pierre* falleció a causa de un enfriamiento. Fue una pérdida dolorosa para todos. Al sepelio acudió no sólo toda la comunidad cátara de la dudad, sino también representantes de otras poblaciones. Tuve la ocasión de saludar a algunos que ya conocía, y aprovechamos para compartir unos días juntos, celebrar reuniones en la *maison*, además de pláticas y homilías en las que se leyeron versículos y capítulos de los Evangelios. Rezamos el padrenuestro por el alma del hermano *Pierre Maury*. Cuando se marcharon, decidí volver a *Beseit* para comunicar a los familiares del infortunado la noticia de su muerte.

En aquellas fechas se promulgó una bula papal por la que todos los bienes que antaño fueron de los templarios, así como de los hospitalarios, debían pasar, por disposición pontificia, a una nueva orden llamada de Montesa. El monarca aragonés Jaime II dio su respaldo a la disposición en carta fechada el 8 de agosto de 1319, en la que ordenaba enviar a sus procuradores a *Sant Mateu* el día de

San Bartolomé para que se llevase a cabo tal nombramiento, al tiempo que se establecía la ciudad de *Sant Mateu* como centro administrativo de los territorios de dicho maestrazgo. El primer maestre de la nueva orden militar fue *frey Guillén de Eril*, fallecido en extrañas circunstancias en el castillo de Peñíscola, a pocas semanas de su designación.

Tras ese cambio, que alteró los sectores administrativo, jurídico y social de la población, los católicos de *Sant Mateu* fueron ocupando de forma paulatina los cargos más influyentes de la vida económica, vendiendo a los italianos las patentes de fabricación de tejidos, con lo que la ciudad quedó convertida en uno de los mayores centros distribuidores de lana ovina. Llegó a decirse que, sin la lana de aquella región, los telares de Florencia habrían enmudecido. Hubo también elementos positivos: a partir de ese momento llegaron muchos más rebaños a *Sant Mateu*, y no sólo de Prádena, en Segovia, sino también de Occitania. Los cátaros que llegaban traían nuevas informaciones acerca de lo que acaecía más allá de los Pirineos. Uno de los que vino en esos meses fue un occitano llamado *Arnaud Sicre*, que pronto encontró trabajo en el taller de zapatería de *Pere Puig*. Una mañana, mientras estaba colocando unas suelas, oyó preguntar en la calle a una mujer:

—¿Hay trigo para moler?

Gerard, uno de los compañeros de Sicre en el taller, le espetó:

—Me parece que tienes ahí a una paisana tuya. ¡Y bien joven y lozana!

Al oír eso, dejó de trabajar y salió al exterior de inmediato, mostrando una amplia sonrisa.

—*Escusatz, jove femna* —dijo en occitano—. Soy de *Ax*, ¿de dónde sois vos?

—Soy *Doça*, de *Saverdun* —respondió, sorprendida, la joven.

—Por vuestro acento, hubiera dicho más bien que erais de Prades o de *Montaillou*.

—Viví de pequeña en *Ax* —afirmó *Doça*, sonriente.

—Quizá vos podáis decirme al fin dónde puedo encontrar a Guilhelm Bélibaste. Lo busco desde hace días.

—La verdad es que no lo conozco; moran en esta comarca tantos hijos de Dios que resulta difícil relacionarse con todos. ¿Tenéis entendimiento del Bien, hermano?

—Sí, de todo Bien, plazca a Dios repuso *Sicre*.

—Nosotros nos reunimos los domingos y los días festivos en la *maison*.

—¿Y dónde está la *maison*?

—No puedo decíroslo, señor. No os ofendáis, pero debo proteger a la comunidad.

—Perdonad, no era mi intención incomodaros; soy creyente y deseo asistir a las reuniones comunales.

—En ese caso, debéis decirme las palabras de reconocimiento, señor —respondió Doça, alegremente, la inocente joven no estaba acostumbrada a desconfiar de la gente.

—Hace poco tiempo que resido en *Sant Mateu* y no he podido contactar aún con el conjunto de la comunidad —se excusó *Sicre*.

—Hablad, entonces, con el perfecto.

—¿Cuál es su nombre?

—Se llama *Pierre Penchenier*. Y ahora dejadme, os lo ruego, señor, tengo mucho que hacer y el día es corto…

Sicre vio alejarse a la joven y volvió a la zapatería. Su compañero *Gerard* se reía por lo bajo, mientras clavaba un tacón.

—¿No ha habido suerte?

—No. Todo lo que tiene de hermosa lo tiene de terca —respondió, riendo también.

La joven y cándida Doça era de una peligrosa ingenuidad, y puede que ésa fuera la causa de su desaparición. Dijeron que fue seguida y vigilada durante un tiempo, hasta que una tarde no apareció por su casa. Su ausencia se prolongó por espacio de tres días, y eso ocasionó un enorme revuelo, pues era una chica muy apreciada en el seno de la comunidad cátara. Se decidió organizar varios grupos de búsqueda, pero no dieron ningún resultado.

Su marido, *Berengier*, molinero y buen creyente, estaba desolado. No dormía, y deambulaba noche y día por la ciudad y sus alrededores. Era como un espectro sin alma. Los demás hacíamos turnos para acompañarlo. Intenté hacerle ver la conveniencia de que descansara, pero fue inútil: no comió ni bebió un sorbo de agua. En la madrugada del cuarto día de la desaparición de *Doça* nos despertaron unos golpes en la puerta del piso inferior. Oí que alguien solicitaba mi presencia, por lo que me vestí rápidamente y bajé al vestíbulo. Vi lágrimas en los ojos de los presentes y pregunté,

alarmado:

—¿Qué ocurre, Marcos?

—*Sènher*… se trata de *Doça*… —Pero no pudo continuar, y prorrumpió en sollozos.

—¿La habéis hallado? —pregunté, esperanzado.

—¡Sí, *sènher*, venid conmigo! ¡Rápido! —Y, sin dar más explicaciones, salió raudo al exterior.

Corrí junto a Marcos, que parecía una alma que lleva el diablo. Al llegar al cauce del río hacia el lecho observamos a un grupo de personas con antorchas. *Doça* estaba tendida en el suelo, ensangrentada e inmóvil, aparentemente muerta. Su marido la acunaba; desconsolado, no podía reprimir el llanto.

—¡*Doça, ma domna! ¡La maire des mos filhs!*

Era imposible separarlo de su esposa. Lo aparté con ternura, y contemplé, horrorizado, una de las escenas más espeluznantes que había visto nunca: la pobre Doça estaba destrozada, como si una alimaña se hubiese ensañado con ella. Había perdido un ojo y varios dientes. Le habían amputado dos dedos y tenía rotas varias costillas. Al examinarla con mayor atención, comprobamos con espanto que le habían clavado algún objeto punzante en el costado y presentaba heridas de arma blanca en diferentes parles de su delicado cuerpo. Aquella pobre criatura había sufrido el brutal ataque de un auténtico desalmado. Madre de Salvación, ¿quién podía haber cometido semejante monstruosidad? Sentí náuseas, y un irrefrenable sollozo pugnaba por abrirse paso en mi garganta. Intenté conservar, en la medida de lo posible, la calma que la situación requería. En ese momento noté la tenue voz de la chica. *Doça* musitaba algo ininteligible.

—¡Silencio! Ordené en tono imperativo.

De inmediato se hizo el silencio a mi alrededor. Pegué la oreja a sus labios y, con voz entrecortada, intentó explicarme lo que le había ocurrido. Poco a poco, su relato fue tomando forma; yo la escuchaba atentamente. Los demás se acercaron hasta nosotros. Su martirio había sido terrible. *Doça* me contó que había sido torturada; no supo quién o quiénes la golpearon en la cabeza, haciéndola perder el sentido. Cuando despertó estaba en una habitación, amordazada y completamente desnuda, tumbada sobre una mesa. Sus piernas estaban atadas a las patas del mueble. La violaron repetidamente,

por turnos, mientras la instaban a delatar el nombre y el lugar en que hallar al perfecto. A pesar de que la pobre muchacha no había podido soportar el tormento, y había cedido ante sus preguntas, no la creyeron, y siguieron torturándola sin piedad. Tampoco impidió que el suplicio continuase haber dado el nombre de todos los cátaros de la comunidad. Así la tuvieron durante tres interminables días. Al cabo, fue dada por muerta y arrojada como un perro al lecho del río. *Doça* expiró minutos después de concluir su estremecedor relato. Me miró con dulzura e inclinó el rostro. Mi dolor era infinito. Pedí una oración por el descanso eterno de su alma.

—Llevadla a casa y que se disponga su entierro lo antes posible. No debemos alertar a las autoridades, así que lo más prudente será que llaméis a un médico judío de confianza para que certifique su defunción. No dejéis solo a *Berengier* ni por un momento, y que las mujeres se hagan cargo de sus hijos —pedí.

Doça fue enterrada al día siguiente en el pequeño terreno que los occitanos tenían reservado en el cementerio local. Durante el parlamento observé cerca de mí a un hombre de mediana edad, buen porte y aspecto elegante, que seguía muy afectado la ceremonia. Se marchó antes de que ésta finalizase. En cuanto localicé a Marcos, le di instrucciones para que convocara una reunión de urgencia esa velada en casa de *Raolf*, el carpintero, y lo urgí para que ningún miembro de la comunidad se ausentase. Me dirigí a ellos por la noche.

—Hermanos, la terrible muerte de *Doça* confirma que nos encontramos ante un grave peligro, por lo que, a partir de hoy, extremaremos todas las precauciones. No ostentaréis signo o símbolo alguno de nuestra tierra natal. No hablaréis en público en occitano, ni entre vosotros, ni con vuestra familia, y las reuniones se celebrarán temporalmente y de manera alternativa en las casas de los creyentes. La *maison* quedará, por el momento, abandonada. Nadie debe acercarse a ella hasta nuevo aviso. Y no dudéis en lo que os aconsejo: a la primera señal de alarma, cambiad vuestros nombres, dejad cuanto poseáis, y huid a tierras más seguras.

Transcurrieron desde aquella noche tres semanas de relativa calma. Un domingo, aquel mismo hombre que había hablado con la malhadada *Doça* acudió a casa de Rambautz a participar en nuestras homilías. Terminada la reunión, solicitó hablar conmigo.

—Amado *sènher*, soy portador de un mensaje de vital importancia para un perfecto de estas tierras —dijo, mientras realizaba el *melhorament*.

—Que Dios os bendiga —respondí, mientras le daba la bendición y lo animaba a alzarse.

—Mi nombre es *Arnaud Sicre*, y procedo de la ciudad de *Ax*, en *l'Ariège*

.

—Conozco bien esa ciudad, he pasado por ella en numerosas ocasiones. Pero ¿cómo se llama ese perfecto que buscáis?

—Guilhelm Bélibaste, ¿acaso lo conocéis?

—Lo conozco bien, pero, desgraciadamente, no puedo indicaros su paradero. Si queréis, dadme ese mensaje y haré lo posible para que Bélibaste lo reciba.

Al oír mi verdadero nombre estuve a punto de delatarme, pero conseguí serenarme.

—Bien. Su familia me ha transmitido un mensaje de suma urgencia, y me ha solicitado que se lo haga llegar personalmente.

—¿Y cuál es el contenido de ese mensaje que traéis con tanta premura?

—Sus padres están gravemente enfermos, y desean que su amado hijo vaya a darles el *consolamentum* antes de cerrar los ojos de esta vida.

Podía percibir su aura, que fluctuaba sobre su cabeza como la llama de una hoguera, a medida que hablaba. Era evidente que aquel hombre no decía toda la verdad, o quizá ocultaba algo.

—¿Conocéis a sus padres?

—Por supuesto, he compartido con ellos muy buenos momentos.

—Vuestro mensaje será transmitido, no os apuréis.

—Gracias, *sènher*.

—¿Acaso huís de la justicia? —pregunté.

—Todavía no, pero lo cierto es que temo por mi vida. La inquisición intenta acabar con todos nosotros.

—Si no yerro, no sois de *Sant Mateu*; ¿qué hacíais en el entierro de *Doça*?

—La conocí pocos días antes, *sènher*.

Me refirió entonces con detalle cómo había sido su encuentro con la pobre infortunada.

—Bien. ¿Dónde puedo encontraros a partir de ahora?

—Trabajo para el zapatero *Pere Puig*. Os espero.

Antes de que alcanzara la salida, le pregunté:

—Hermano, ¿sabéis dónde residen ahora los padres del perfecto Bélibaste?

Vaciló un instante antes de contestar:

—Raimon *el Bensenhat* y *Lauri* viven en *Cubières*, villa en la que entablé también una buena amistad con el perfecto *Philippe d'Alairac*

.

—Sea; id con Dios —respondí tras un segundo de silencio.

Al oír el nombre de mi amado hermano en boca de aquel desconocido me quedé atónito. Aquel hombre me desconcertaba. Había algo en su manera de expresarse y de mirar que me hacía dudar de su sinceridad. En cualquier caso, era innegable que conocía a mis padres, y me había dado referencias fidedignas. ¿Por qué habría de recelar de él? Me sentí como un miserable.

—Madre, perdóname. Desconfío de un hombre que se ha sacrificado haciendo un largo viaje para encontrarme. El asesinato de *Doça* ha hecho mella en mi disposición hacia el prójimo, no tengo disculpa —recé.

Con total seguridad, Doça había sido torturada por la Inquisición, y era probable que hubiesen descubierto el nombre de los cátaros de la comunidad. Era evidente que corríamos un serio peligro. No podía fallarles a los míos: debía regresar al Languedoc por mis padres, por mi iglesia y por mi congregación. Pero, en el fondo de mi alma, me resistía a creer que hubiese llegado mi tiempo, mi final en este mundo.

Esa misma noche empecé a preparar mi alma para la que podía ser la última etapa en mi presente vida. Medité y recé hasta quedar exhausto, y así me dormí. Nunca he sabido si el abigarrado y extraño sueño que tuve fue tal, o lo que creí vivir sucedió realmente. Me vi en medio de un extenso prado sin límites. A mi alrededor se distinguía tan sólo el horizonte. Yo corría por la verde hierba, pero mis pies no tocaban el suelo. Era de noche y, sin embargo, podía ver nítidamente y con claridad. Corría y corría sin cansarme, pero no sabía qué rumbo tomar, porque aquel enorme océano de hierba no tenía ninguna referencia. El paisaje que me rodeaba aparecía

absolutamente idéntico; no había árboles, ni montañas, ni depresiones: era completamente llano. Alcé la cabeza y observé el cielo; había millares de puntos luminosos y brillantes que titilaban, pero no pude reconocer ninguna constelación.

Me paré y seguía sin tocar el suelo; tenía la sensación de estar muy lejos de la tierra, pero también muy lejos del cielo. Flotaba, ingrávido, como alejado del universo. De pronto, una estrella fugaz cruzó el firmamento y seguí su dirección. Percibí en la lejanía un débil resplandor que iba agrandándose a medida que me aproximaba. Al llegar, vi que se trataba de una enorme pira ardiendo, una gigantesca hoguera entendida. Me detuve frente a ella afligido, mirando hipnotizado aquellas temibles llamas que bailaban para mí su infernal y macabra danza, lamiendo la bóveda celeste.

—Venid, Guilhelm, acercaos.

Oí la voz de *Philippe* que me llamaba. Miré en derredor, pero no lo veía.

—¡*Philippe*! ¿Dónde estáis?

—Aquí, Guilhelm, al otro lado de la pira…

Miré y vi a mi maestro. Como me había dicho, se encontraba al otro lado del fuego, pero apenas podía distinguirlo a través de aquellas enormes llamaradas. Rodeé la hoguera, mas al llegar a la mitad, algo me impidió progresar, una fuerza desconocida me detenía. Traté de llegar por el otro lado, pero fue en vano. No podía avanzar.

—Pasad a través del fuego, Guilhelm. Sólo así podremos volver a encontrarnos.

—Eso es imposible, *Philippe*. Si lo hago, me abrasaré.

—Confiad en mí, mi buen hermano. Pasad a través de la hoguera. Salvad a vuestra gente.

Haciendo acopio de voluntad y valor, me encomendé a la Madre y avancé hacia aquel torbellino de llamas y fuego. Entré en aquel infierno muy despacio, y comprobé sorprendido que las llamas no devoraban mi cuerpo, ni consumían mi vestido. Había recorrido unos pasos y calculé que por entonces debía de hallarme en el mismo centro de la gigantesca hoguera. Sólo veía una brillante, cegadora e incandescente luminosidad a mi alrededor, y oía el ensordecedor rugido del fuego devastador, como una tormenta.

Cuando salí del fuego, *Philippe* no estaba. Sin embargo, todo había cambiado. Era de día, lucía un espléndido sol, había árboles, montañas, ríos, y vi en el prado a los niños de mi comunidad y de todas las comunidades, jugando y riendo con sus padres junto a un lago. Nadie parecía percatarse de mi presencia. Tampoco quedaba rastro de la hoguera. Entonces comprendí y desperté.

—Gracias, Madre —murmuré—. Gracias, *Philippe*.

Al finalizar la reunión del siguiente domingo, comuniqué mi marcha a la congregación.

—Queridos hermanos, os voy a dejar por un tiempo. Debo regresar al Languedoc para llevar a cabo una misión impostergable. Marcos será, desde hoy, vuestro preceptor espiritual: hacedle caso. Ahora recemos.

—¿Qué vamos a hacer sin vos, *sènher*?

—Debéis confiar en el Eterno, seguir las Enseñanzas, y manteneros más unidos que nunca. Rezad. Yo estaré siempre con vosotros, en espíritu.

Al acabar la última reunión en casa de Marcos, di las instrucciones necesarias para mantener la cohesión de la comunidad e intentar que, tras mi marcha, no hubiera fracturas sociales, ni mucho menos doctrinales. Esa misma tarde vino a verme *Sicre*, que había asistido a la reunión dominical.

—*Sènher*, he sabido que os marcháis, y me gustaría acompañaros al Languedoc, si os parece bien.

—¿Es que no estáis a gusto en *Sant Mateu*?

—¡Oh, sí! Pero añoro mi tierra y pienso en volver desde hace tiempo. Creo que ésta es, sin duda, la ocasión propicia para hacerlo. Además, no regresaré —dijo. Luego, bajando la voz y la mirada, confesó—: Y después de lo de *Doça*, tengo miedo de la Inquisición.

—De acuerdo, podéis venir conmigo.

—¿Y cómo avisaréis al perfecto Bélibaste de vuestra marcha? —preguntó con ingenuidad.

—No os preocupéis por eso. Él ya lo sabe.

—Ah, en ese caso…

—Bien, pues así será. Partiremos dentro de dos días, al alba.

—Aquí estaré, dispuesto para la marcha.

XXXIV.
REGRESO A OCCITANIA

Estaba decidido a no poner en peligro a la comunidad cátara de *Sant Mateu*, así que tenía plenamente decidido que lo mejor era regresar a Occitania. Debía evitar a toda costa que ninguno de ellos cayese en manos inquisitoriales y sufriesen asesinatos y torturas por mi culpa. Una voz interior parecía querer advertirme de que aquel viaje era una trampa para mí, pero, tal como me recordó *Philippe*, debía completar mi labor, y yo sabía, en lo más profundo de mi alma, que no era otra sino salvar a los últimos creyentes de las iras de la Iglesia de Roma.

Arnaud Sicre, que había conseguido un carromato con dos mulos, además de adquirir provisiones para aquel largo viaje hacia el norte, me aguardaba ya en la puerta de la *maison*.

Un nutrido grupo de creyentes, entre los que se encontraba Marcos, vinieron a desearme suerte y un rápido regreso a *Sant Mateu*. Tuve tiempo de despedirme personalmente de la mayoría, e intuí en esos momentos de tristeza que llevaría impresos cada uno de sus nombres en mi corazón para siempre. En mi interior sabía que aquélla era mi última despedida.

Instantes después de que las campanas de la iglesia arciprestal de *Sant Mateu* doblaron a la hora *prima*, abandonábamos aquella ciudad del reino de Valencia. Era una mañana de finales de marzo, días después del equinoccio primaveral. El viento que nos azotaba se hacía más fuerte a medida que atravesábamos las tierras del Ebro.

—El mejor itinerario hacia los Pirineos, *sènher*, es a través de las

comarcas de Lleida —aconsejó *Arnaud*.

—Sí, también yo lo creo así; cuando alcancemos la *Cerdanya*, las nieves cubrirán ya las altas cumbres, y los caminos estarán despejados —respondí.

—¿Añoráis a vuestra familia?

—¡Qué buen creyente no recuerda con el mayor cariño y afecto a los suyos, y más aún después de tanto tiempo sin verlos! ¿Y vos, no recordáis a los vuestros?

—Mi madre fue una devota y fiel creyente, y por ello murió quemada en la hoguera.

Sicre pronunció esas palabras sin inmutarse lo más mínimo. Aquello me llevó a pensar que, o bien mentía, y lo que decía no era cierto, o bien no lo lamentaba en absoluto. De mi mente no se borraba la escena de la agonía de *Doça*, aquella joven martirizada, y lo que eso comportaba. Con su muerte se amenazaba directamente la integridad de la comunidad occitana de *Sant Mateu*, la más importante fuera del Languedoc. No cabía duda de que detrás de aquel crimen estaba la larga y siniestra mano de la Inquisición, que había llegado hasta aquella tranquila y próspera villa para destruir el único foco sólido de la fe cátara.

—Espero que Guilhelm Bélibaste haya recibido el mensaje que os di para él en relación con su familia.

—No temáis, se lo transmití personalmente. Guilhelm es hombre de honor, y sabrá bien qué debe hacer.

—¿Y vos, *sènher*, qué recuerdos tenéis de vuestra niñez? —preguntó *Sicre*.

—Al igual que el perfecto Guilhelm, nací también en el *Razès*, tierra de larga historia, pero que ha perdido, desgraciadamente, el esplendor que vivió hace algo más de un siglo, pues la cruzada albigense y la Inquisición se encargaron de destruirlo. Nada queda ya de aquella época magnífica, marcada por la poesía trovadoresca, los cantares de gesta, los recitales de música y teatro, las veladas de tertulia, en las que se abordaban libremente todos los temas que hoy la Iglesia prohíbe: la libertad de pensamiento o el papel de la mujer en la sociedad, entre otras muchas cuestiones; materias que llegaron hasta mis oídos a través de mis padres, y que ellos me enseñaron con una actitud de rechazo a la intransigencia. Como debemos hacer nosotros, me mostraron siempre el camino del respeto y el amor por

los demás a través de los Evangelios. ¿No pensáis vos lo mismo?

El silencio de *Arnaud* evidenciaba que difícilmente había sido educado en los valores cátaros, y quizá su infancia estuviese marcada por principios menos espirituales.

—El recuerdo que tengo de mi madre es el de una mujer a la que todo el mundo respetaba y admiraba. Mi padre, en cambio, se mostró siempre más interesado por los negocios y por incrementar el patrimonio familiar. Pero un día, a causa de sus ideas religiosas, mi madre fue encarcelada, torturada, y finalmente quemada en la hoguera. Mi familia perdió todos sus bienes y propiedades, que fueron confiscados por la Inquisición. Sólo quedó a salvo…

Pero *Sicre* no terminó la frase; ¿qué habría querido decir con aquellas palabras?

—Querido *sènher*, estamos llegando a Agramunt, importante villa del condado de Urgell, pero no convendría entrar en la ciudad, puesto que, con seguridad, habrá muchos soldados. Cuanto más alejados y discretamente pasemos, mejor.

—Sí. Son más aconsejables las pequeñas aldeas. En sus mercados suele haber menos vigilancia.

Aunque mi destino estaba escrito, y sabía con certeza que mi voluntad no era libre, sino que estaba sujeta a la voluntad del Eterno, no quise poner en peligro la vida de mi compañero de viaje. Habíamos dejado atrás la ciudad de Agramunt, cuando sucedió algo significativo en nuestro camino. Recuerdo que había dos urracas revoloteando en el aire, peleando entre sí. Después se posaron en la rama de un árbol; seguidamente atravesaron caminando el sendero y, finalmente, comenzaron a volar en torno al camino, en una actitud que parecía perseguir transmitir un mensaje. Aquella escena formaba parte de una superstición, una conjura de mala suerte, y era, por tanto, signo de mal agüero. Decidí hablar con aquel hombre sobre su vinculación con mi familia.

—¡Nunca me han gustado esos pajarracos! —exclamó *Sicre*.

—Esas aves son portadoras de mensajes ocultos. La aparición de una urraca volando en un camino, delante de un agricultor, a menudo genera pánico en el campesino. Además, según antiguas tradiciones cristianas, se las acusa de no ir de luto riguroso durante la Crucifixión, y se supone que llevan una gota de sangre del diablo debajo de la lengua —expliqué.

—Vuestras palabras me producen escalofríos.

—Dijisteis en *Sant Mateu* que habíais conocido muy bien a la familia de Guilhelm Bélibaste. ¿Cuál fue vuestra relación con ellos? —indagué, sin esperar gran cosa de su respuesta.

—Conozco a *Raymond el Bensenhat* y a su esposa *Lauri* desde hace mucho tiempo. Son devotos creyentes, personas de gran humanidad, y muy queridas no sólo en Cubières, sino también en otras muchas poblaciones del *Razès*. Se sienten orgullosos de sus hijos, y de manera muy especial de Guilhelm, que fue primero pastor y ganadero en las montañas, y después, por diversas y tristes circunstancias, tuvo que escapar perseguido por la justicia. Erró durante un tiempo por las montañas, y más tarde fue ordenado perfecto cátaro en la villa de *Rabastens*.

No conseguía dar crédito a que aquel desconocido relatase mi vida hasta el más mínimo detalle. Aquel hombre conocía los momentos cruciales de mi biografía. Resultaba insólito oírlo contarla con toda naturalidad. Aquello me desconcertó; pensé en positivo, en la valentía que había demostrado haciendo un largo viaje desde el Languedoc para llegar hasta *Sant Mateu*, a fin de transmitir un doloroso mensaje en relación con la salud de mis padres. Debía darle, por tanto, un voto de confianza, aunque no lograba borrar de mi mente la imagen de Doça, terriblemente torturada por un asesino despiadado.

—Fueron los padres de Guilhelm quienes me pidieron que llevase el mensaje hasta *Sant Mateu*, porque veían cercano su final, y deseaban que fuese su querido hijo quien les diera el *consolamentum* para la paz de sus almas —añadió *Sicre*.

—Ha sido un rasgo de humanidad por vuestra parte venir hasta aquí, y estoy seguro de que mi buen amigo Guilhelm Bélibaste sabrá agradecéroslo algún día.

Nuestras miradas se cruzaron apenas un instante, pero advertí una inexplicable llama de ira en sus ojos.

Atravesamos hermosos parajes naturales a través de estrechos senderos que, sobre la orilla izquierda, remontaban las caudalosas y frías aguas del Noguera Pallaresa. Sin embargo, mi decaído ánimo y una indefinible sensación de intranquilidad me impedían admirar la belleza natural de los parajes que nos rodeaban. Toda la maravilla que suponía la creación divina permanecía fuera de mi atención.

Recorrimos los grandiosos desfiladeros del *Collegats*, y los hermosos lagos del Pallars, pero no me detuve en ninguno de ellos. Nada había que contemplar, salvo la inquietud de mi alma. Antes de llegar al *Coll de Nargó* decidimos acampar en un claro del bosque y pasar la noche allí. Miraba la lumbre de la fogata que nos calentaba cuando decidí que no podía continuar mi viaje en aquellas condiciones. Recé a Dios para que guiase mis palabras, y me dispuse a desvelar la verdad.

—Mi condición de perfecto me impide seguir ocultando mi verdadera identidad. Yo soy Guilhelm Bélibaste, al que buscáis desde hace tanto tiempo.

Arnaud no pareció sorprendido. De hecho, ni un músculo de su cuerpo se alteró.

—Debo confesaros, por mi parte, que lo supe desde el primer momento. Imagino que no ignoráis la circunstancia de que sois el último perfecto cátaro que aún vive. Pero no os preocupéis: pronto tendréis la oportunidad de ver a vuestros padres.

Aquellas últimas palabras me desconcertaron. ¿Qué significaba que pronto vería a mis padres? De repente, como un fogonazo, apareció en mi mente una nítida imagen. Comprendí que mis padres debían de haber muerto hacía tiempo. Contaba yo, a la sazón, con cuarenta y un años; de tal forma que ellos, en buena lógica tendrían que haber fallecido. La siniestra sonrisa que se dibujó en el rostro de aquel personaje y el aura que centelleó en torno a su encorvada figura terminaron de convencerme de que me hallaba ante un delator, un cazador de recompensas. Probablemente mi captura le serviría para recuperar parte del patrimonio familiar confiscado por la Inquisición.

Pasé la noche en vela, incapaz de dormir, e intentando aquietar mi espíritu y determinar la realidad de mi situación. Sobre mi cabeza, un firmamento estrellado de innumerables puntos luminosos, y una estrella fugaz, un signo revelador y positivo. Arnaud durmió plácidamente, pero su sucia conciencia lo delató, y en mitad de la noche, habló en sueños. Mencionó las bolsas de dinero que percibiría tan pronto llegase a Pamiers, después de entregar al hereje para que fuese apresado. El hereje del que hablaba mi compañero era yo.

Me desveló un rebaño que pasó cerca de nosotros. Había caído

traspuesto a primera hora de la mañana, producto del cansancio. *Sicre* continuaba disfrutando del sueño. Calenté un poco de leche en las brasas que quedaban encendidas, y noté que se había despertado. Se frotó las manos con fruición antes de preguntar:

—¿Cómo ha amanecido hoy el día?

—Algunas nubes, pero no lloverá, los animales ya están preparados para partir.

Atravesamos valles hasta llegar a tierras del obispado de Urgell; tras rebasar *Castellbó*. *Arnaud* aconsejó torcer hacia los caminos que se abrían en dirección a Roncesvalles.

—Querido *sènher*, es mejor evitar
la Seu d'Urgell
. Puede haber muchos soldados, y no es aconsejable acercarse.

—De acuerdo. Pero deberíamos desprendernos aquí de los animales, dejarlos libres en el prado y recoger las bolsas del carro, porque los senderos que atraviesan estos pasos de montaña, dada su verticalidad y su dureza, no disponen del espacio suficiente.

Pero aquello no era más que una excusa. Yo sabía bien que aquel explorador mercenario de la Inquisición buscaba un pretexto para alejarse de la Seu y adentrarse, con presteza, en los territorios vasallos del conde de *Foix*, dependientes de la jurisdicción de Carcasona, y no del reino de Aragón, como era la ciudad catalana de
la Seu d'Urgell
. La realidad de los hechos probó que no me equivocaba; dos jornadas después, al llegar a *Tirvia*, al sur del *Bosc de Virós*, y tras rebasar las frías aguas del Noguera de Cardós, en la *Vall Ferrera*, me detuve de improviso y me dirigí a mi captor:

—Ha llegado el momento de que cumpláis con vuestro cometido. Sabed que estoy preparado, y tened el valor de hacerlo.

Arnaud Sicre quedó aturdido, sin respuesta. Me miró fijamente antes de responder.

—De modo que lo sabéis. Sabéis que fui a *Sant Mateu* por vos, para forzaros a regresar a Occitania y hacer que seáis entregado a la Inquisición a causa de vuestra herejía. Me pregunto cómo habéis aceptado este viaje conociendo vuestro final.

—Tengo una misión que cumplir, y es ese destino el que gobierna mi vida y dirige mis actos. Sé que mis padres ya no viven. Y de haber tenido vos estrechas relaciones con ellos, yo las

recordaría; pero reconozco que, en un principio, me desconcertó el amplio conocimiento que tenéis de mi vida y de los distintos avatares que me han acaecido.

—Fui bien adiestrado por el mejor maestro posible: *Jacques Fournier*, obispo de Pamiers. Desde hace cuatro años, ese hombre santo cuenta con la satisfacción de haber apresado a más herejes que ningún otro alto cargo de la Iglesia, tarea que, puedo aseguraros, realiza con la mayor destreza. He podido comprobarlo en primera persona en numerosas ocasiones. A pesar de lo que de él se dice, no los tortura físicamente, sino que inocula en ellos una especie de veneno psicológico que hace que, en poco tiempo, los herejes se odien entre sí, haciendo que se sientan culpables de haber seguido un camino espiritual equivocado al haberse apartado del catolicismo oficial. Ese sutil matiz es más importante de lo que parece a simple vista, pues, desmoralizados y quebrados ya psicológicamente, procede luego a torturarlos físicamente. Son muy pocos los que vuelven a ver la luz del sol —detalló sádicamente. Sacó una afilada daga y la puso en mi garganta—. Y ahora, os ataré y os dejaré en aquella cueva, hasta que regrese a por vos, acompañado de los soldados que os prenderán.

Pensé en poner fin a mi vida. Estaba dispuesto a morir antes que ser capturado por los esbirros de la Inquisición. La única manera que mi condición de perfecto me permitía era la *endura*, pero la promesa hecha a mi amado *Philippe* me impidió acabar con mi vida. Al cabo de unas horas oí pasos en el exterior; quien corría era *Sicre*, acompañado de los sonidos metálicos de las botas de los soldados.

—¡Lo he dejado allí, dentro de aquella cueva! —gritaba—. Aquí tenéis al hereje. Apresadlo, es buscado por la Inquisición desde hace muchos años —ordenó al sargento.

Los soldados me obligaron a ponerme en pie y me cargaron de cadenas.

—Atadlo bien, si consiguió evadirse del Muro, ¡¿qué no será capaz de hacer en medio de estas montañas?!

Recorrimos estrechos pasos de montaña en dirección a Francia durante horas. En uno de los breves descansos, y mientras estaba sentado sobre una piedra, aquel cazador de recompensas se me acercó y me susurró al oído:

—Cuánto disfruté violando a aquella preciosa criatura de *Sant*

Mateu. Era tan dulce y hermosa, tan frágil e inocente; una verdadera alma cándida. Fue una pena tener que abusar de ella de ese modo… Le pregunté por vos, pero no quiso facilitarme ninguna información útil, así que no me quedó más remedio que convencerla por la fuerza. La mutilé con delicadeza, lentamente. Corté uno a uno los dedos de sus manos, pero ella mantuvo su obstinado silencio. No quiso responder, así que utilicé unas tenazas para arrancarle los dientes. Lamento todo aquello, de veras, pero no fue culpa mía: me desesperaba su terquedad de tal manera que ni siquiera al extraerle un ojo conseguí que emitiese sonido alguno. Le rompí las costillas, la golpeé en el pecho y en los costados, y su precioso y delicado cuerpo quedó ensangrentado y sucio. Pero nada de aquello quebrantó su fe. Nada… salvo el escuchar de mis labios la amenaza de tomar represalias contra sus adorados hijos. Aquella advertencia fue definitiva. Medio moribunda y destrozada por el dolor, me confesó que ella sólo tenía conocimiento de la existencia en *Sant Mateu* de un único perfecto, que era *Pierre Penchenier*. Por tanto, ese *Pierre Penchenier* debía ser, sin lugar a dudas, la persona que tan afanosamente buscaba: ¡vos mismo, vive Dios!

»Me facilitó después, uno a uno, el nombre de todos los miembros de la comunidad cátara de *Sant Mateu*, pero ninguno de ellos era Bélibaste. De esa forma, el perfecto Bélibaste no era otro más que *Pierre Penchenier*. Ésa es la causa de que os acompañase. Acabada su confesión, la llevé en el carromato hasta las afueras de la ciudad y la arrojé al barranco que abre el río. Creo que conocéis el resto.

Una risa sarcástica agitó el rostro de aquel asesino. El regocijo que le producía el crimen, la maldad y el dolor ajeno se traslucían en cada uno de sus gestos. Me hallaba frente a un ser diabólico. O quizá frente a un enviado del mismísimo demonio.

—Rezaré para pedirle al Eterno que tenga piedad de vuestra alma. Al contrario de Él, carecéis del más mínimo sentimiento de compasión, por lo que no os comportáis como un ser humano. Nada sois, ni nadie; apenas un pobre fariseo, un criminal desalmado, un esbirro que trabaja para uno de los cuatro grandes diablos que reinan y gobiernan el mundo. El mayor de todos ellos es el papa, Lucifer; el segundo diablo es monseñor el rey de Francia, la encarnación de *Bael*; el tercero es el obispo de Pamiers, Moloch

posee su alma; y el inquisidor de Carcasona es el cuarto diablo: Satán.

Con sus diabólicos ojos llenos de cólera y rabia, el cazador de recompensas se levantó de mi lado y, alejándose, llamó a los soldados para que prosiguiéramos la marcha. Estaba claro que no quería perder ni un minuto más; soñaba con recuperar los bienes y las propiedades que habían sido confiscados a su familia, y también con acariciar las bolsas de monedas que iba a percibir por mi captura.

Pasé la primera noche encerrado en la mazmorra de un castillo del vizcondado de Castellbó, perteneciente al condado de *Foix*. A la mañana siguiente, bien temprano, reemprendimos de nuevo la marcha, ya a través de pasos de montaña de mayor desnivel, lo que obligaba a los soldados a utilizar sus lanzas como bastones. En un par de jornadas alcanzamos el valle de *Ax*, donde, al fin, pude beber un poco de agua.

Mientras descansaba en una pequeña plaza, un vecino de la localidad, *Pierre Lafont*, un buen creyente al que había conocido años atrás en *Montaillou* —y al que había formado en el taller de sastrería y telar—, me reconoció y se encaró con los soldados, gritando: «Ese hombre es bueno, no es culpable de ningún delito, ¡dejadlo libre!». Al oírlo, *Sicre* ordenó a los soldados que lo detuviesen y lo golpearan La paliza fue brutal; al cabo de pocos minutos, el desdichado yacía en un inmenso charco de sangre: los golpes recibidos le habían destrozado el cráneo. Le di el *consolamentum* entre empujones y golpes, y así continuamos mi último viaje.

XXXV.
EL
JUICIO

Desde *Ax*, y en dirección a *Foix*, la capital del condado, el camino remontaba la corriente del río *Ariège*, dejando su curso a nuestra derecha. Al pasar frente a las cuevas de Ussat recordé que en aquellos escarpados conviví con los caballeros templarios de la encomienda de
Montréal-de-Sos
, y fue allí donde comenzó mi iniciación en la fe cátara. En una de aquellas
cuevas-santuario
tuve la dicha de conocer a mi hermano *Philippe*.

Me invadió una profundísima tristeza, una infinita melancolía atenazó mi corazón al recordar las horas vividas junto a mi amado hermano. Allí me hice perfecto, y alcancé el sueño de iniciación y perfección espiritual que dio sentido y rumbo a mi desorientada vida. Allí, realmente, había empezado todo. Añoraba a *Philippe*, pero me reconfortaba pensar que él ya no sufriría los padecimientos que a mí me esperaban.

Dejamos atrás Tarascón, y no tardamos en alcanzar *Foix*. La ciudad se extendía sobre la orilla derecha del río. Arriba, dominando los rojizos tejados de las casas, se alzaba la poderosa silueta del castillo, formado por tres altas torres; una impresionante construcción militar de piedra gris, coronada por un islote que dominaba el centro del valle. Aquella hermética fortaleza era, al mismo tiempo, el principal feudo del condado. Fui conducido hasta allí arriba, a través de una penosa e interminable rampa de piedra, y fui encerrado en una de las mazmorras de la torre más próxima a la

entrada de la fortaleza.

Permanecí en aquel lugar unos pocos días. La comida era escasa, aunque no faltaba la fruta, y gracias a Dios, no fui sometido a tortura. El castillo de *Foix* había sido, durante la cruzada, uno de los bastiones más firmes del catarismo, y logró rechazar en varias ocasiones a los soldados de *Simón de Montfort*. Desde *Foix* me condujeron hasta la ciudad de Pamiers, feudo del obispo *Jacques Fournier*, quien había logrado concentrar en su persona el máximo poder represor de la Iglesia contra el catarismo en todo el Languedoc. Y no era poco el poder que ostentaba la Iglesia católica en Pamiers: los dominicos y la Inquisición; poderes, ambos, que tenían su residencia y su cuartel general en la ciudad de Carcasona. Pero me informaron de que mi proceso no iba a tener lugar allí, sino en Pamiers.

Fui exhibido por el centro de la ciudad. Me condujeron cargado de cadenas, azotado y humillado. Sin embargo, la gente mostró respeto y silencio, y no recibí insulto alguno.

Al pasar por el pórtico de la catedral de Saint-Antonin no pude evitar acordarme de Esclarmonda de *Foix*, la más célebre perfecta de nuestra fe cátara, quien, hacía poco más de un siglo, y en aquel mismo lugar, había tenido la valentía de avergonzar al mismísimo Domingo de Guzmán en un debate donde también intervinieron los obispos de *Toulouse* y de
Saint-Lizier
.

En aquella ciudad, uno de los feudos de la Iglesia católica más poderosos de todo el mundo occidental, volví a ser consciente de la precariedad de mi vida y de mi condición de perfecto cátaro. Las cárceles de Pamiers dependían directamente de la Inquisición y, en espera del juicio, recibí toda clase de humillaciones. Fui encerrado en un oscuro calabozo, más bien una auténtica prisión subterránea, en la que la oscuridad era permanente y total. La humedad penetraba en mis huesos y me calaba hasta sentir un frío insoportable. Las heridas de mi cuerpo me atormentaban, apenas podía moverme de dolor. Mi mano izquierda estaba completamente tumefacta; me habían descoyuntado todos los dedos, y el daño era insufrible. Los latigazos hacían que mi espalda ardiese, y tenía un ojo completamente hinchado.

Perdí la noción del tiempo. No sabía cuánto había transcurrido desde mi llegada a la prisión, y tampoco tenía modo alguno de averiguarlo. Donde yo me encontraba, en las entrañas de la fortaleza, no llegaba el sonido del campanario, ni ningún otro ruido; sólo el chasquido esporádico de alguna gota de agua que se filtraba por el techo y se precipitaba, estrellándose contra el suelo, encharcándolo. Era la forma más segura de vencer mi voluntad y plegarme a sus pretensiones.

—Madre celestial —clamé—, ayúdame a pasar este cáliz amargo, igual que hiciste con el dulce Jesús en el monte de los Olivos. En verdad es amargo, porque como humano que soy, tengo miedo. Miedo a la tortura y al martirio de la hoguera. ¿Por qué son tan despiadados esos hombres, convencidos de que somos nosotros quienes permanecemos en la oscuridad del error? ¿Por qué unos seguidores de la doctrina de Jesucristo, que actúan en nombre de Dios, la suprema bondad, martirizan y asesinan a seres indefensos que intentan pregonar la verdad de los Evangelios? ¿Cuál es el daño, y contra quién lo hacemos?

A punto de desfallecer a causa del agotamiento, me pareció oír descorrer un cerrojo encima mío. Oí pisadas que bajaban por la escalera de caracol: se acercaba más de una persona. En la negrura, percibí una luz, probablemente un candil, que se iba intensificando a medida que se aproximaba. Aunque intentaba ver algo, la luz me cegaba y me obligaba a cerrar los ojos. Sentí que temblaba, pero el motivo no eran el frío y la humedad de aquella sima.

—¿Guilhelm Bélibaste?

Aún no vislumbraba quién era el que pedía por mí.

—Yo soy.

—Guilhelm, soy el padre Agustín, sacerdote benedictino. Me han encomendado que dé cuenta del motivo que te mantiene aquí encerrado —su voz era suave y melodiosa.

Mis ojos se iban acostumbrando a la luz, y empezaba a ver. Además del sacerdote que me hablaba, fuera de la reducida celda había dos clérigos más que se mantenían algo retrasados en el pasadizo. Uno de ellos llevaba el candil, por lo que la cara del sacerdote quedaba en penumbras. Entre nosotros, la puerta enrejada.

—Debo comunicarte que los calificadores de la Santa Inquisición

han determinado que seas encausado por hereje —continuó el religioso—. Estoy aquí para convencerte de que abjures de tus errores y regreses al seno de la Iglesia católica. Aún estás a tiempo; si lo haces, el inquisidor será benevolente contigo. Pero debo advertirte que, en caso contrario, serás enjuiciado con rigor.

Yo no podía pensar con claridad. ¿Cómo era posible que quisieran que negase la verdad? No conseguía entender que pretendiesen de mí que rechazase mis conocimientos, mis experiencias, mi doctrina y mi fe, tan sólo porque ellos estimasen que me equivocaba. ¿Cómo hacerles ver que quienes estaban equivocados eran ellos?

—Guilhelm, ¿abjuras de la herejía y deseas abrazar la fe verdadera?

—No. Mi doctrina es la verdadera, no la vuestra.

—Lamento oír eso. Que el Señor se apiade de tu alma.

—Que Él se compadezca de la vuestra, en verdad lo vais a necesitar más que yo.

Al oír esas palabras, el sacerdote se levantó y se marchó de mi celda. De nuevo quedé sumido en las tinieblas.

—Madre —recé—, ahora estoy mucho más fortalecido, ya no temo. Mientras los aguardo, rezaré por mis verdugos.

Vinieron a buscarme dos carceleros. Me trataron con corrección, y me acompañaron a una sala bastante reducida. Allí vi a un clérigo sentado tras una mesa; junto a él, un escribano, y en un rincón, otro tonsurado.

—¿Eres Guilhelm Bélibaste?

—Así es.

—¿Dirás la verdad a todo lo que se te pregunte?

—Mi doctrina y mi fe me impiden mentir.

—¿Conoces las oraciones del avemaría, el credo o el rosario?

—No.

—¿Has vivido en otros reinos?

—Sí. En el reino de Aragón.

—¿Sabes por qué te han detenido?

—Sí, me lo han comunicado hoy mismo.

—¿Qué tienes que decir a eso?

El clérigo de la mesa era quien me preguntaba, mientras el escribano iba apuntando, en silencio.

—Nada.

—De ese modo, ¿te confiesas culpable de herejía?

—Soy un perfecto cátaro y no me considero, por ello, un hereje, ni tampoco culpable de nada en absoluto.

—¿Niegas, entonces, la divinidad de Jesucristo?

—Sí, la niego Jesús fue Cristo, pero sólo hay un Dios.

—¡Explícate!

—Señor, no puedo explicaros en un instante lo que se tarda años en comprender.

—¿Insinúas que seré incapaz de entender lo que digas?

—Si sois incapaz de comprender que no se debe martirizar, ni matar a inocentes que no piensen como vos, ¿cómo pretendéis conocer las enseñanzas de Jesucristo? ¿Acaso habéis leído en algún pasaje del Nuevo Testamento que Jesús haya maltratado a alguien porque no escuchara las enseñanzas que Él impartía?

—¿Y tú sí alcanzas a penetrar en sus enseñanzas?

—Sí, y como Él, imparto la doctrina a quien quiera oírla, sin ningún tipo de coacción.

—Entonces, ¿te consideras a ti mismo como Jesucristo?

—Señor, lo que creo es que vos no sois competente para juzgarme, sólo Dios, que conoce el alma de los hombres, puede juzgar sus actos. Y no creo que vos conozcáis demasiado nuestra fe cátara.

Permanecí muchos días encerrado, y la única luz que veía se filtraba por la puerta cuando ésta se abría para alimentarme. No probé bocado. La comida que me traían contenía alimentos de origen animal, por lo que ni siquiera la toqué. Eso hizo que adelgazase aún más; podía notar todos los huesos del costillar. Además, la disentería me debilitaba rápidamente. A los pocos días vino otro clérigo, acompañado de dos de sus compañeros, y me comunicó, de forma solemne, que la Inquisición lo había nombrado procurador de mi defensa, pero rechacé amablemente su ayuda.

Pasó mucho tiempo, imposible calcular cuánto. La realidad había ido perdiendo terreno en mi mente, y, poco a poco, los momentos de lucidez fueron alternándose con otros de ensoñación ilusoria. Una mañana me lavaron y me afeitaron, me cortaron el cabello, me pusieron un vestido limpio y me condujeron a la sala de vistas.

—Ante este tribunal de la Santa Inquisición, presidido por Su

Señoría Gran Inquisidor, el obispo *Jacques Fournier*; secundado por el hermano dominico *Gaillard de Pomies* y el inquisidor Jean de Beaume, además de otros ilustrísimos señores consultores, calificadores, el ilustre señor notario *Pierre Blanchart*, y demás nobles concurrentes, comparece el llamado Guilhelm Bélibaste, acusado de herejía, el cual, en fase probatoria inicial, ha confesado y reconocido sus pecados sin ningún atisbo de arrepentimiento.

Hizo un breve silencio, carraspeó y continuó:

—Conociendo el resultado de la investigación sumaria y secreta cumplidamente probada, el contenido de la acusación, el de la calificación, y de las probanzas aportadas, y con la ayuda de Dios, da comienzo este auto de fe.

Escuché las palabras del fiscal. Éste parecía intimidado por la imponente presencia del asesino *Jacques Fournier*, e intentaba dar lucimiento a su oratoria. Yo permanecía de pie, en el centro de una sala grande. En una alta tarima, enfrente, se hallaba sentado el criminal, al que distinguí por el brillo violeta de la enorme piedra amatista de su anillo pastoral; estaba en un plano ligeramente superior al de las dos sillas que tenía a ambos lados, ocupadas por un obeso religioso y un enjuto y demacrado clérigo de torva mirada. A mis costados había varios grupos de cinco o seis personas, entre laicos y religiosos. El único que estaba de pie era el fiscal: el acusador. Después se incorporó al estrado el arzobispo de Narbona, *Bernard de Farges*, que, aunque en aquel momento era la máxima autoridad religiosa de la zona, quiso situarse en un lugar más discreto, intentando dejar el papel principal al malévolo Fournier, que tenía las manos manchadas de la sangre derramada por los míos.

—Guilhelm Bélibaste, ¿juras decir la verdad?

—Señor, los cátaros no juramos, pero diré la verdad, pues jamás mentimos.

—¿Es verdad que despreciáis el Antiguo Testamento como libro sagrado?

—Esos escritos son obra del Maligno, pues no predican el amor, sino el odio. No encauzan al ser humano hacia la bondad y la liberación del alma, sino que lo encierran aún más en normas vacías y obligaciones estériles. Ese libro no busca la perfección, sino el sometimiento.

—Los cátaros os besáis entre hombres, ¿significa eso que practicáis el pecado nefando?

—Es bien cierto que quien mal piensa mal hace. ¿Acaso no besaríais vos a vuestro padre o a vuestro hermano? ¿Pecaríais por ello de incesto?

—¿No es más cierto que niegas a Jesucristo como la segunda persona de la Santísima Trinidad, y que sea, por tal motivo, el mismo Dios?

—Jesús no afirma en ningún momento que sea Dios, sino que permite que otros digan de él que es hijo de Dios y, sin embargo, llama «padre» a Dios. Se refiere a sí mismo en todo momento como Hijo del Hombre, lo que pone de relieve su carácter mortal, su condición humana. Pero reconoce que Dios le ha dado ciertos poderes, como el de expulsar demonios, según nos dice Mateo. En el evangelio de Marcos dice que sus poderes no son exclusivamente suyos, y reconoce que todos podemos alcanzarlos si tenemos fe. Quizá deberíais leer los Evangelios más a menudo.

Observé que el acusador se sonrojaba, pero era difícil discernir si de vergüenza o de cólera. Su vacilación y una desconocida energía me animaron a continuar:

—Incluso se opone a que lo llamen «bueno», ya que «sólo Dios es bueno». Está escrito en el evangelio de Marcos.

—¡Anatema! ¿Es lícito continuar el auto ante tamañas irreverencias, señoría?

Mi acusador estaba fuera de sí y se dirigió al asesino, que me observaba atentamente con un rictus de triunfo en el rostro.

—Ha quedado suficientemente manifiesto que eres un hereje blasfemo y que no sientes ningún rubor en demostrarlo incluso aquí, en nuestra presencia. —Su mirada transmitía una furia incontenible—. Por tanto, y por la misericordia de Dios, antes de que finalice el presente auto y se dicte sentencia, dado que no ha lugar a proseguir, es mi deber conminarte a abjurar de tu error y abrazar la fe católica.

—Señoría, no tengo nada de que retractarme. Nunca he hecho mal a nadie, cosa que vos no podréis decir. Habéis juzgado y mandado ejecutar a inocentes, pero debo recordaros que Jesús dijo: «No juzguéis si no queréis ser juzgados, pues con la vara que midáis se os volverá a medir», y a vos, Dios os demandará vuestros

crímenes.

—¡Eres un blasfemo impertinente! ¿Cómo osas hablarme de esa manera? ¿Acaso eres también vidente y sabes lo que me depara el Altísimo?

—No hace falta la videncia, señoría, para ver que sois un hombre retorcido, colérico y un despreciable asesino. Tampoco es necesaria para advertir que ese religioso que tenéis al lado está atrapado por el vicio de la gula, del mismo modo que el que os acompaña al otro lado cae a menudo en el pecado del sexo, incluso en sus más bajas pasiones, y que sus apetencias lo inclinan hacia su propio sexo.

—¡Basta, nigromante, hijo de Satán! —Se levantó enfurecido, rojo por la ira, y con la mirada desorbitada—. ¡Guardias, lleváoslo y arrojadlo a las mazmorras!

Me azotaron con saña desmedida y me pusieron luego sal en las heridas; posteriormente, me trasladaron de nuevo a mi celda. Lo que para ellos era un terrible castigo, un tormento físico, era para mí una dicha. Aquel cuerpo afligido, producto del mal y carcelero de mi alma, a la que encerraba sin dejarla marchar libremente, era ahora castigado por su pecado. El agotamiento era extremo; llevaba días sin alimentarme, pues no quería comer cocimientos de animales. Pero fueron trayéndome fruta de manera regular, pues como me dijeron, el inquisidor tenía gran empeño en que no muriera aquel malvado quería tener la satisfacción de verme morir en la hoguera. Rechacé también la fruta; deseaba morir allí, de hambre. De nuevo fui azorado por negarme a ingerir alimentos, hasta que, desfallecido y al borde de la muerte, recordé las palabras de *Philippe* y comí.

Fui llevado otra vez ante el tribunal. Y, de nuevo, como en la primera ocasión, tenía ante mí a sólo tres personas. El clérigo sentado a la mesa permaneció esta vez en silencio, y fue el lego, seguramente el notario, quien me leyó un pergamino.

—Sentencia. *Christi nomine invocatio*. Nos, *Jacques Fournier*, obispo de Pamiers y responsable general de la Inquisición en el Languedoc, secundado por el dominico de Carcasona, el hermano *Gaillard de Pomies*, y el inquisidor de Carcasona, *Jean de Beaume*, fallamos atentos los autos y los méritos del proceso, indicios y sospechas que de él resultan contra el llamado Guilhelm Bélibaste, relapso y reincidente, que debemos condenar y condenamos a que sea

relajado al brazo secular de la justicia, para que lo juzgue conforme a las leyes civiles. Así lo pronunciamos y lo declaramos, para morir quemado en la hoguera. Que Dios se apiade de su alma pecadora.

—Pido que la sentencia se lleve a cabo en el patio de mi castillo de *Villerouge-Termenés* —manifestó el arzobispo *Bernard de Farges*.

—Que así sea. Mientras tanto, que sea recluido en el Muro —concluyó el vil *Jacques Fournier*.

Sufrí toda clase de vejaciones en Pamiers, hasta que, a finales de agosto de aquel año de 1321, me llevaron preso a Carcasona sobre un carro jaula, para provocar así la burla de las gentes en los pueblos y las aldeas. Pero pocas personas salieron al paso de la comitiva. A pesar de ser verano, una atmósfera de frialdad dominaba el ambiente; podía intuir que, en el fondo de las almas del pueblo occitano, seguía latiendo la fe cátara. Mi muerte pondría fin a una fe que, durante varios siglos, había sido capaz de hacer tambalear los cimientos de la Iglesia católica.

Retorné al fin, y después de muchos años de libertad, a la prisión de la que escapé gracias a la generosa bondad del buen *Sebastian Canet*, mi querido y añorado capitán. Deseé intensamente que él y la pequeña *Gaia* fuesen felices y se hallasen a salvo de cualquier mal, y recé por el cuidado de todos ellos. Recordé igualmente a *Julien*, mi antiguo compañero de celda, quien me confesó su secreto. Y me acordé uno por uno de tantos hermanos que, como *Philippe* y como yo, fuimos conducidos hasta allí desde la aldea pirenaica de *Montaillou*, la mayor parte de los cuales fueron torturados y asesinados sin piedad.

Permanecí en Carcasona hasta el día 21 de octubre, y fui trasladado definitivamente a *Villerouge-Termenés* tres días después, donde aguardé, en soledad, los últimos días de mi vida.

XXXVI.
La profecía

Un ruido terrible, ensordecedor, retumbó en las galerías y los pasillos exteriores. Presentí que había llegado el momento. Habían sonado las campanas anunciando la hora quinta, cuando oí el sonido metálico de las bisagras y la puerta de la mazmorra se abrió. Aparecieron frente a mí el carcelero, el jefe de la guardia del castillo y un monje dominico que los acompañaba.

—¡Tu hora ha llegado, hereje! —exclamó con voz imperiosa y burlona el sargento de la guardia.

El monje se dirigió a mí:

—Hijo, he venido a salvar tu alma. A confesarte, y tus terribles pecados os serán perdonados.

—Nada he hecho a lo largo de mi vida de lo que deba avergonzarme, y sólo confesaré mis pecados ante un hermano mío perfecto, si lo hubiese, y si no es así, directamente al Eterno, que todo lo ve y todo lo sabe, y a quien encomiendo mi alma.

—¡Pues que tu alma se consuma por el fuego del averno! —clamó el dominico, dominado por la cólera.

Me ataron las manos a la espalda, con tal fuerza que las cuerdas me provocaron heridas en los brazos. Fui conducido a empujones al exterior. En ese breve trayecto acudían a mi mente los recuerdos más felices de mi existencia. Una voz se revelaba en mi interior:

—Guilhelm…

—¿Sois vos, *Philippe*?

—Sí, mi querido hermano. Habéis sabido llegar hasta aquí. Estoy orgulloso de vos.

—*Philippe*, acompañadme, tengo miedo.

—No tengáis miedo, Guilhelm. Estoy aquí con vos, a vuestro lado. Escuchad con atención lo que el profeta Isaías dijo para nosotros: «Había un buen hombre de su secta que se preguntaba si poseía realmente la verdadera fe, y que le rogaba a Dios que le mostrara su gloria. Un día que así rezaba se le apareció un ángel y le dijo que había venido para mostrarle la gloria del Padre Santo y para hacerle ver si seguía la verdadera fe y el verdadero camino. Lo hizo subir sobre sus hombros y lo llevó al primer cielo después de este mundo de tribulaciones, y ahí lo hizo bajar. Y ese hombre vio al señor de ese mundo y de ese cielo. Se acercó a él y quiso adorarlo. Pero el ángel se lo prohibió y le dijo que no lo adorase, porque era su Padre. Luego el ángel volvió a ponérselo sobre los hombros, y lo llevó a un segundo mundo y a un segundo cielo, y lo hizo bajar. Y el hombre, al ver al señor del segundo mundo sentado en un trono de mayor gloria que el primero, quiso adorarlo, pero el ángel se lo prohibió. Y de esta manera el hombre fue llevado por el ángel a través de todos los cielos, hasta el séptimo cielo, y el hombre quiso adorar a todos los señores de los cielos y de los mundos, cuya gloria era tanto mayor cuanto más elevado el lugar, pero el ángel se lo prohibía.

»Por fin llegó al séptimo cielo y, cuando vio al señor de este cielo, el ángel Je dijo que era el Padre Santo, y que lo adorara. El hombre se acercó al Padre, lo adoró y el Padre Santo le preguntó de dónde venía. Le dijo que era de tierra de tribulaciones, y el hombre vio en este cielo una gran claridad, muchos ángeles, hermosos vergeles y pájaros que cantaban. Allí reinaba la alegría sin tristeza, no había hambre, ni sed, ni frío, ni calor, sino sólo una gran dulzura. Y le dijo al Padre Santo que, en adelante, quería quedarse con él. Pero el Padre Santo le contestó que no podía quedarse por el momento, pues la carne nacida de la corrupción no podía permanecer allí; debía volver a bajar a la tierra de tribulaciones y predicar la fe que ya practicaba, pues era la suya. Y el hombre pidió permiso al Padre para quedarse un momento, cosa que el Padre le concedió. Pasado ese momento, el ángel le dijo al hombre que volviese a subir sobre sus hombros, pues había llegado la hora de regresar abajo, y el hombre le dijo que todavía no se había quedado con el Padre de prima a tercia. Pero el ángel le dijo que, al contrario, que ya había estado siete siglos, y que lo comprobaría cuando llegara a la tierra.

El hombre subió a los hombros del ángel y, descendiendo a través de todos los cielos, llegó a este mundo, y desde entonces predicó lo que había visto. Y fue así, decía, cómo su fe y su secta fueron confirmadas.

—Gracias, *Philippe* —susurré—. Ahora ya no tengo miedo. Siento que ese hombre soy yo, un humilde servidor del Eterno, que no merece tanto honor y tanta gloria.

En ese momento, mi espíritu se enalteció y empecé a cantar con una inmensa alegría interior.

En aquella fría mañana del día 24 de octubre del año 1321 entregué mi alma al Padre Santo. Después de ser atado al poste, alcé la mirada y contemplé al arzobispo, entregado por entero al espectáculo, mientras bebía y comía con apetito. Recé por su alma. Y antes de que el humo me asfixiase y fuese consumido por las llamas, sentí que mi hermano *Philippe* me otorgaba desde la gloria el *consolamentum* para la paz de mi alma. Grité luego con todas mis fuerzas: «*Al cap de set cents ans verdegerai lo laurel*». («Después de setecientos años, reverdecerá el laurel»). Cuando las llamas alcanzaron su mayor virulencia, una paloma blanca surgió de la hoguera, para elevarse y volar hacia los confines del universo…

Exactamente siete años después, los últimos quinientos cátaros, que habían buscado refugio en las cuevas del Pirineo, fueron encerrados por orden de la Inquisición en Lombrives, la gruta más grande de Ussat
(l'Ariège)
, cuya red de galerías subterráneas comunica directamente con Niaux. Tapiaron con piedras y tierra las salidas al exterior; todos aquellos *bons hommes* perecieron por *endura*. Dos siglos después, el monarca francés Enrique IV, descendiente de los condes de *Foix*, ordenó personalmente derribar aquellos muros. El espectáculo que contempló fue sobrecogedor: un descomunal amasijo de restos humanos hacinados, que fueron posteriormente exhumados y enterrados en tierra consagrada. Desde aquel día, una estela rinde un justo homenaje a aquellos cátaros.

Mientras tanto, la maldición profetizada por Guilhelm Bélibaste sigue su curso. Según la profecía del laurel, en el año 2021, al cumplirse los siete siglos de la muerte del último perfecto cátaro, llegará a la tierra el anticristo, que vengará también a los templarios.

GLOSARIO

***Albeytero*:** Así llamados a los médicos que curan animales (veterinarios), en los siglos medievales, como confirma **Antonio de Nebrija**, en su célebre obra: "*Dictionarium Latinohispanicum, et vice verse Hispanicolatinum… nunc denuo…*".

Alumbrados: Así calificados a los que optaron por formas de oración contemplativa; perseguidos como herejes por la Iglesia oficial.

***Anatema*:** Excomunión.

***Aplec*:** Palabra catalana, que se traduce por romería; congregación festiva de carácter popular.

Bastida: Ciudad medieval, levantada de nuevo cuño, sobre un trazado que recuerda el damero del ajedrez, con calles longitudinales que se cortan en ángulo recto, generando un espacio central libre, en donde se levantaba el mercado. En Occitania hay un total de 364 bastidas, construidas entre los siglos XIII y XIV.

***Baussan*.** Estandarte templario; también llamado "*Confalón*". Era de color negro y blanco, realizado con anchas bandas verticales u horizontales, o en cuadros, sobre la que destacaba una cruz patée con la inscripción del lema de la Orden. Los caballeros conocían su estandarte como la bella enseña.

***Bayle*:** Alcaide de una población (pueblo, villa, aldea).

Beso de la paz: También llamado "beso de caridad", señalaba el final de una ceremonia.

***Bons hommes*:** Así llamados a los cátaros en Occitania y Cataluña.

***Braza*:** medida de longitud, equivalente a 4 codos: 1,7744 metros.

***Bressol*:** En catalán: cuna.

Bulero: Persona comisionada para distribuir las bulas de la Santa Cruzada y recaudar su limosna.

Canciller: Jefe de la justicia real.

***Carpe Diem*:** Vivir el instante.

***Castellano*:** Máxima autoridad de un recinto amurallado (ciudadela, castillo, fortaleza).

***Codo*:** Medida de longitud, equivalente a unos 0.4436 metros.

Completas: Medida de tiempo, en el ámbito monacal; se corresponde con las 21:00h de la noche, produciéndose una oración y descanso, hasta *Maitines*.

Condestable: Jefe del ejército real.

***Consolamentum*:** Nombre que recibía para los cátaros el bautismo espiritual (conocimiento del Bien), aplicado en los momentos previos a ser conducidos a la hoguera, por imposición de las manos y del Espíritu, a través del cual se accedía al conocimiento del Bien; pero esta ceremonia sólo la podía impartir un "buen cristiano" (perfecto o perfecta), y, tras la cual, el espíritu podía desprenderse del cuerpo carnal que lo aprisionaba. En la ceremonia del *consolamentum* el neófito se oye llamar "piedra viva" del templo de Dios (algo similar al ritual templario), y termina como creyente cuando éste recibe la fuerza necesaria para ser cristiano en todos sus actos, estando preparado entonces para el martirio, si fuera preciso, al tiempo que jura ser fiel hasta la muerte.

Creyentes: Adeptos al catarismo, quienes debían a los perfectos un cierto respeto; al escuchar sus sermones, eran liberados del terror del infierno.

Cruzels: Subterráneos, en los cuales se reunían cátaros —también utilizados por los templarios— para celebrar sus ritos, a los cultos paganos autóctonos dedicados a la tierra y a las diosas madres (Vírgenes negras).

***Décima*:** Medida de tiempo; se corresponde con las 16:00 horas.

Día/Jornada: Desde la salida a la puesta del sol.

Diácono: Primer grado de la jerarquía dentro de la Iglesia cátara.

***Domus*:** Casa rural, con explotación agraria y ganadera, en la Occitania medieval.

Dualismo: La religión cátara estaba basada en una idea antigua bien sencilla: el constante enfrentamiento entre dos principios: el Bien y el Mal. No existía nada más que un dios, el Dios del Bien, mientras que el Mal estaba vinculado con la materia y el tiempo.

***Duodécima*:** Medida de tiempo; se corresponde con las 18:00h, y señalaba la finalización del día laboral, el ocaso (*solis occasu*).

Endura: Así llamado al suicidio ritual que, según las crónicas históricas, llegaron a practicar los cátaros, a iniciativa de un perfecto, cuando éste consideraba que había llegado el momento propicio para el fatal desenlace colectivo. La forma de llevarse a cabo era simplemente rehusar la ingesta de alimentos hasta que, entre cánticos de gloria y en la más absoluta oscuridad de una cueva, llegase la muerte.

Estadio: Medida de longitud; equivale a 400 codos = 177.44 metros

***Exploratores*:** Espías, agentes, esbirros de la policía secreta de la Inquisición; encargados de investigar a personas, y utilizaron cualquier método con tal de conseguir información sobre la identidad o paradero de un cátaro, y condenarle luego, como hereje, en un Auto de fe.

***Faidits*:** Señores nobles de Occitania que, por haber sido sorprendidos por los exploratores de la Inquisición, ayudando a una familia, o a un cátaro individual, serían desposeídos de sus feudos, que fueron entregados a la Iglesia o a la corona capeta.

Gnosis: Palabra de origen griego, que designa el conocimiento al que el hombre debe dirigirse para realizar la Gran Obra.

***Halle*:** Así llamada la zona interior del mercado público de una bastida medieval. En cuya zona inferior se desarrollaba la compra-venta de artículos; mientras que en las plantas superiores, se alojaban los cónsules de la ciudad.

Heterodoxo: Persona que se aparta de la ortodoxia.

Jaquesas: El dinero jaqués era una moneda de vellón aragonesa,

creada por don Jaime I "el Conquistador", que se acuñaba en la ciudad de Jaca (Huesca).

Laudes: Horario monástico; señalaba las 03:00h de la madrugada (oración).

Laurel: El laurel, en la Antigüedad, fue una planta utilizada para combatir las tormentas, además de para entrar en trance y adquirir con ella el don de la profecía. El laurel es una planta aromática que estaba consagrada al dios Apolo, que era el símbolo de la victoria; por ello se consagraba con rama de laurel a los poetas y a los guerreros victoriosos.

***Legua*:** Medida de longitud, equivale a 5572,7 metros.

***Maisons*:** Casas de trabajos artesanales, utilizadas también como centros de reuniones de los cátaros, instaladas en las zonas rurales, en estrecho contacto con los oficios tradicionales, en donde se rezaban las oraciones, se celebraban los ágapes y los perfectos —o también una priora— oficiaban unas ceremonias sencillas, abiertas a todos sin excepción, en las cuales también se impartían sus enseñanzas en forma de seminarios.

***Maitines*:** Horario monástico, que indicaba la media noche (reunión y oración).

Melioramentum: Los creyentes cátaros mostraban respeto a todos los perfectos/as que encontraban en su camino por medio del "*melioramentum*", en forma de tres genuflexiones (inclinándose tres veces hasta el suelo la rodilla), al tiempo que rogaban al "buen cristiano" que les concediera su bendición.

Menestral: Persona que profesa un arte mecánico. En el caso de los telares occitanos, éste era el responsable del funcionamiento de toda la maquinaria.

***Metempsicosis*:** Transmigración de las almas de un cuerpo a otro. Los cátaros creían en ello.

***Milla*:** Medida de longitud, equivale a 1480 metros.

Nihil Omni: "Nadie escapará"; frase que preconizaban los frailes cristianos desde el púlpito de las iglesias, para atemorizar a los feligreses, ante la amenaza del infierno, tras la muerte.

Noche/Vigilia: Desde la puesta a la salida del sol; período de tiempo que se dividía en cuatro partes de tres horas cada una: *prima, secunda, tertia et quarta nocte*.

***Nona*:** Medida de tiempo; se corresponde con las 15:00 horas; en los conventos, se oraba, se producía un descanso, reflexión o lectura hasta *Vísperas*.

***Octava*:** Medida de tiempo; se corresponde con las 14:00 horas.

Ortodoxia: Creencia recta, conforme a la doctrina y dogmas de la Iglesia católica.

***Paso*:** Medida de longitud, equivale a 1,479 metros

***Perfecto*:** (Consumado); miembro de la escala superior más elevado. El grado superior del nivel eclesiástico del catarismo; ataviados de azul, después de haber recibido el *consolamentum*, velaban por la comunidad de fieles de su responsabilidad.

Peste blanca: así llamada en la Edad Media la tuberculosis.

***Pie*:** Medida de longitud, equivalente a 30.47 cm
(1 m
= 3.28 pies).

***Pigeonnier*:** Palomar.

***Prima*:** Medida de tiempo; coincidía con el *ortu solis* (salida del sol) del amanecer; aproximadamente, las siete de la mañana. Y, como horario monástico, señalaba las 06:00h de la mañana, con el cual se iniciaba la vida laboral en el convento, hasta la hora nona, llevándose a cabo entonces el desayuno.

Priora: (Del latín, *anteposita* = superiora). Perfecta responsable de una "*maison*" cátara femenina.

Quarta: Medida de tiempo; eran las diez de la mañana.

Quinta: Medida de tiempo; eran las once de la mañana.

Sagrera: Camposanto, cementerio, en el catalán antiguo.

Secunda: Medida de tiempo; eran las 8 de la mañana.

Senescal: Jefe o cabeza principal de la nobleza que la gobierna. También es llamado así al mayordomo mayor de la Casa Real.

***Sènher*:** Señor, en occitano.

Séptima: Medida de tiempo; eran las 13 horas.

***Servisi*:** (Preparación). Puesta en disposición al acto de contribución y de sumisión a la Iglesia cátara por parte de un buen creyente.

***Sexta*.** Medida de tiempo; eran las doce del mediodía (*meridies*). En los conventos, se rezaba el Angelus, reunión para orar, y se almorzaba en los refectorios; era la principal comida del día.

Tejido de la vestidura de la luz: Así llamado por los cátaros al perfeccionamiento interior del individuo, considerada la mayor preocupación del catarismo como corriente religiosa y filosófica, puesto que constituye la vía de traslación y ascenso hacia el Espíritu. La vestidura de la Luz se llevaba a cabo tras la celebración de la ceremonia de la iniciación, de color negro; después, tras la demostración de su experiencia como "*perfecto*", pasaba al azul.

***Tertia*:** (Tercia). Medida de tiempo; eran las 9 de la mañana. En el mundo conventual, se realizaba un rezo obligado durante la actividad laboral.

***Texerant*:** (tejedor). Oficio muy común entre los creyentes cátaros de finales del siglo XIII y comienzos del XIV. Así eran llamados de forma peyorativa los buenos hombres del Languedoc por los clérigos católicos.

***Undécima*:** Medida de tiempo; se corresponde con las 17:00h.

***Vara*:** Medida de longitud, equivalente a dos codos = 0.8872 metros.

Vestiduras: La vestidura de color negro (entregada a los nuevos miembros oficiantes) como primer grado de iniciado; después se colocaba la de color azul (como vestidura de luz y recuperación simbólica del cuerpo espiritual que el ser humano había perdido a lo largo de sus anteriores existencias); el objetivo final = la búsqueda de la perfección. Después, para pasar más desapercibidos ante la Inquisición, los perfectos sólo se identificaban con un simple cordón que llevaban en la cintura.

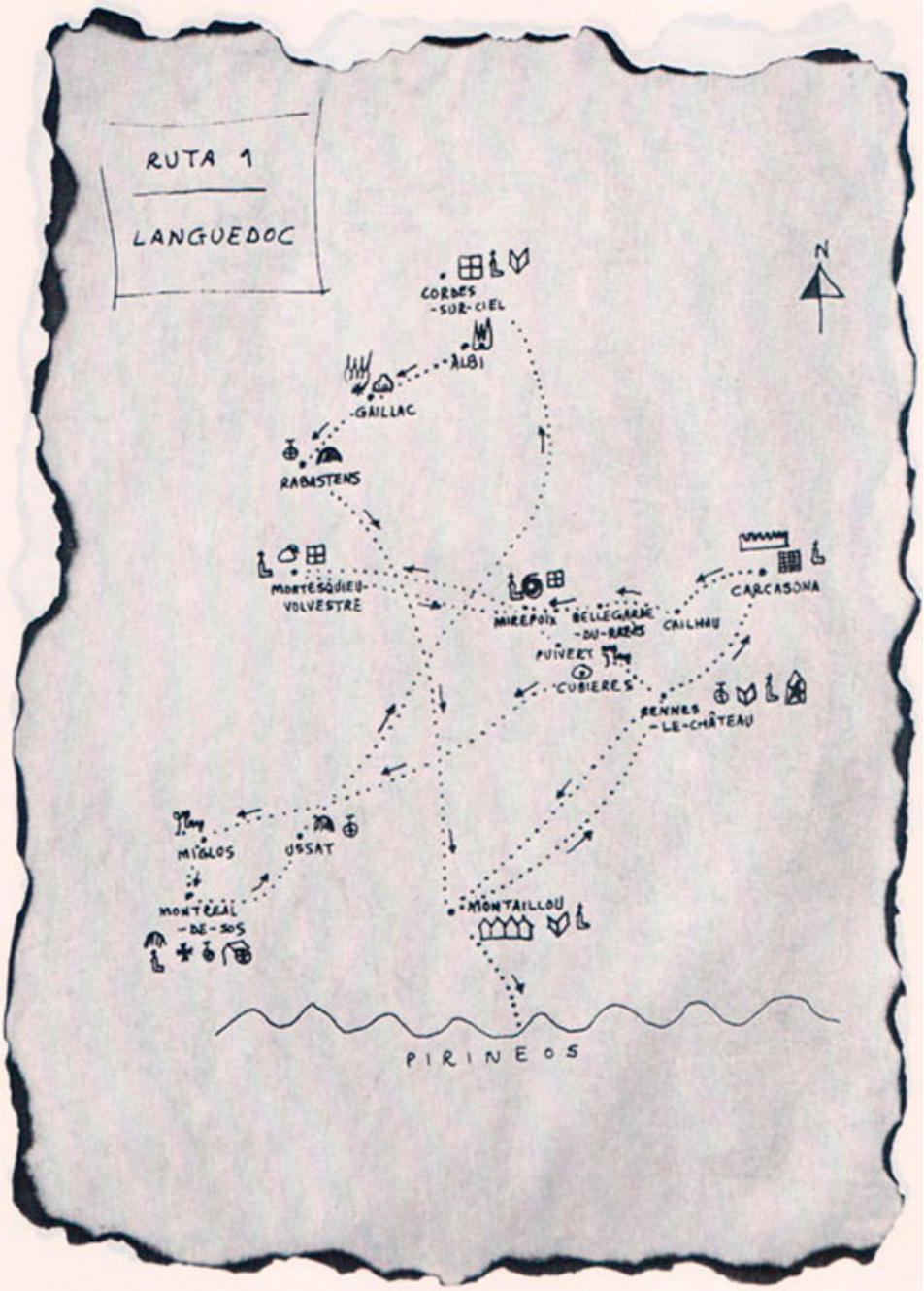
Vigoleros: Ayudantes de los verdugos, en las tareas de preparar a los reos, antes de llevarse a cabo las torturas y ejecuciones

finales.

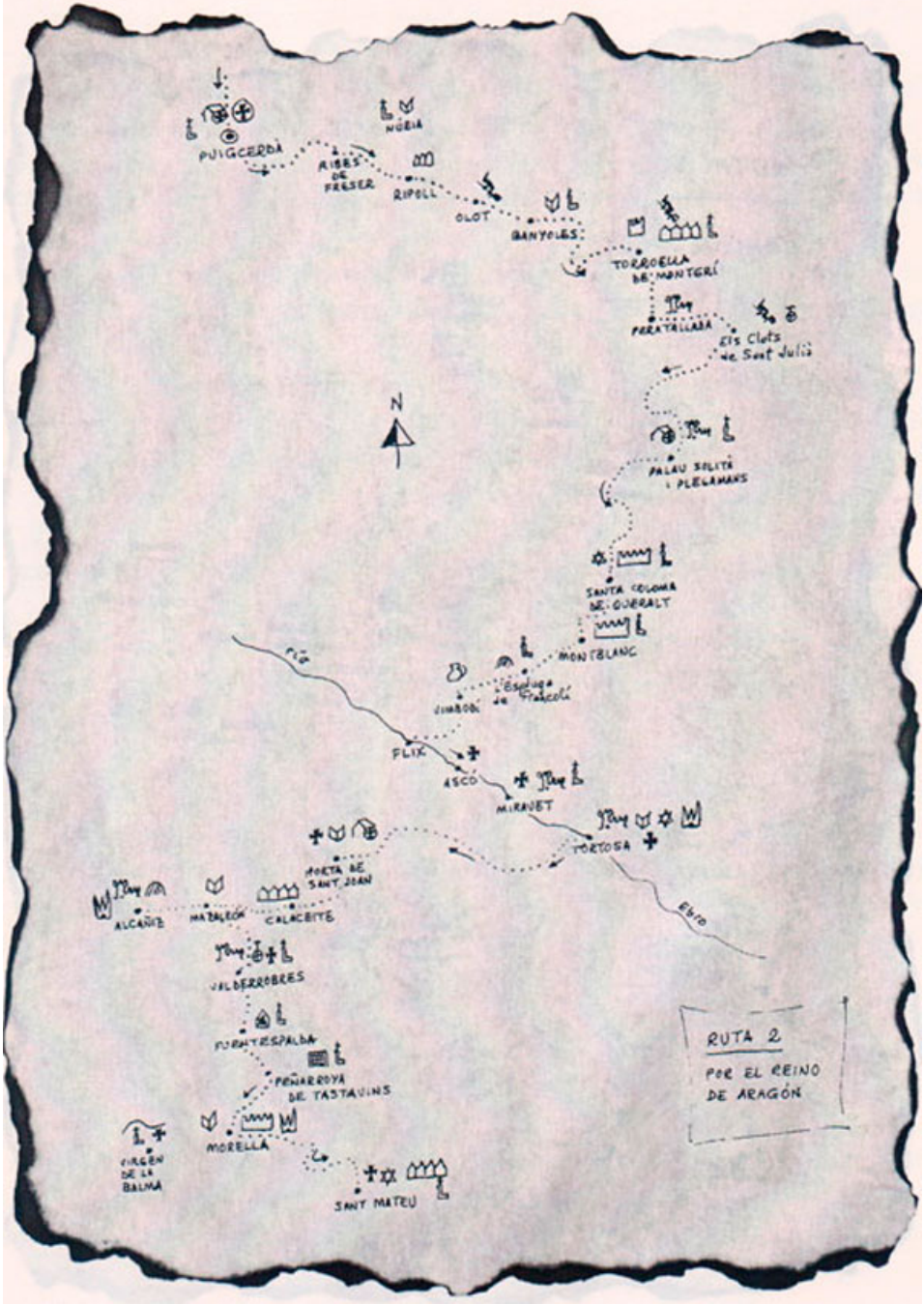
Visión de Isaías: Obra apócrifa bíblica, escrita por un judío cristianizado en el siglo II d. C., en cuyas páginas se narra la visión del citado profeta, respecto a la segunda llegada a la Tierra de Jesucristo, a través del Séptimo Cielo y su gloriosa ascensión. Libro que sirvió de inspiración a los predicadores cátaros.

***Vísperas*:** Medida de tiempo; eran las 18:00h; el cual señalaba la finalización de la vida monacal, reflexión y lectura hasta Completas; y cena.

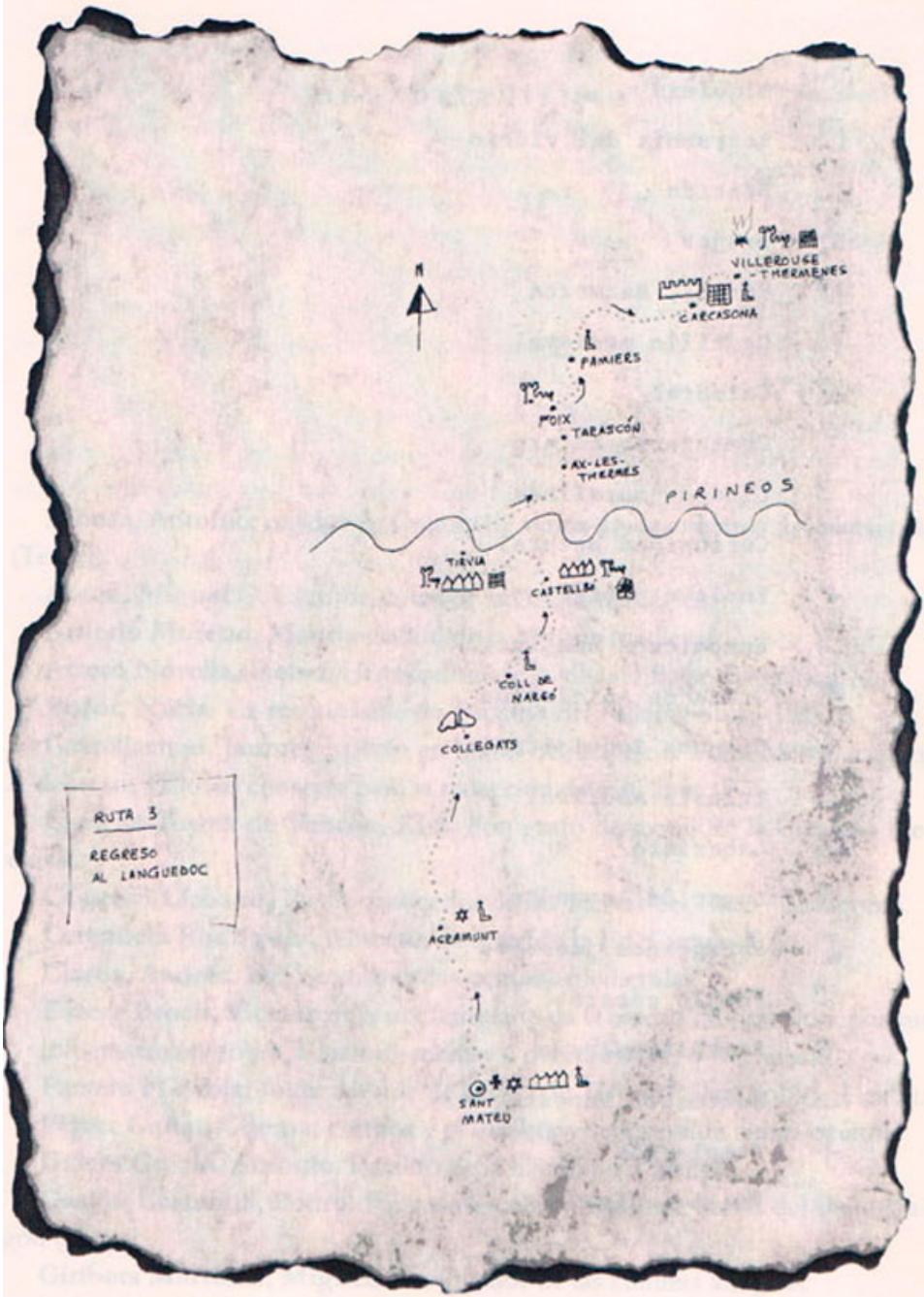
Ruta 1:


RUTA 1
LANGUEDOC
N
CORDES -SUR-CIEL
ALBI
GAILLAC
RABASTENS
MONTESQUIEU-VOLVESTRE
MIREPOIX
BELLEGARDE -DU-RAZÈS
CAILHAU
CARCASONA
PUIVERT
CUBIERES
RENNES -LE-CHÂTEAU
MIGLOS
USSAT
MONTSÉGUR -DE-SOS
MONTAILLOU
PIRINEOS

Ruta 2:


PUIGCERDÀ
NÚRIA
RIBES DE FRESER
RIPOLL
OLOT
BANYOLES
TORROELLA DE MONTERÍ
PERATALLADA
Els Clots de Sant Julià
N
PALAU SOLITÀ I PLEGAMANS
SANTA COLOMA DE QUERALT
MONTBLANC
Esdugo de Francolí
VIMBODÍ
FLIX
ASCÓ
MIRAVET
TORTOSA
PORTA DE SANT JOAN
ALCAÑIZ
MAZALEÓN
CALACEITE
VALDERROBRES
FUENTESPALDA
PEÑARROYA DE TASTAVINS
MORELLA
VIRGEN DE LA BALMA
SANT MATEU
Ebro
RUTA 2
POR EL REINO DE ARAGÓN

Ruta 3:


VILLEROUGE - THERMENES
CARCASONA
PAMIERS
FOIX
TARASCÓN
AX-LES-THERMES
PIRINEOS
TÍRVIA
CASTELLBÓ
COLL DE NARGÓ
COLLEGATS
ACEAMUNT
SANT MATEO
RUTA 3
REGRESO AL LANGUEDOC

SIMBOLOGÍA DE LAS RUTAS

Alquimia

Artesanía del vidrio

Bastida

Brujas

Cárcel, mazmorra

Castillo medieval

Catedral

Cementerio cátaro

Ciudad amurallada

Curiosidad natural

Enclave esotérico

Encomienda templaria

Gruta de iniciación

Hoguera inquisitorial

Iglesia medieval

Laberinto

Lugar de leyendas

Peregrinos jacobeos

Pueblo cátaro

Santo templario

Santuario rupestre

Templarios

Villa judía

Itinerario seguido por Guilhelm Bélibaste

Punto de partida de la ruta

AGRADECIMIENTOS

Albesa, Antonio; regidor de Cultura de varios ayuntamientos del Matarraña (Teruel).

Aracil, Miguel G. Escritor, autor de la Cataluña Mágica.

Arderiu Moreno, Mauri; erudito de la historia medieval.

Artero Novella, Isabel. Historiadora de la villa de Bagà (Barcelona).

Bosor, Núria.
Ex-responsable
de Turismo del Pallars Sobirà (Lleida). **Castellarnau, Jaume**; experto en temas ocultos de la Edad Media, a quien le debo sus valiosos consejos para la redacción de este libro.

Castells-Torres de Venosa, Kim. Fotógrafo de temas de la Cataluña medieval.

Castellví Llebaria, Jordi; conocedor de las Tierras del Ebro (Tarragona).

Cerezuela Rodríguez, Alberto; director de la Ed. Círculo Rojo.

Clarós, Andrés. Dr. Erudito en las culturas medievales.

Esteve Broch, Vicente; maestre templario de la ciudad de Castellón; por sus informaciones sobre la historia medieval del Maestrazgo valenciano.

Farrera i Granja, Joan. Alcalde de la villa de Tirvia (Pallars Sobirà. Lleida).

Ferrer Cuñat, Chema; escritor y periodista valenciano de temas ocultos.

Galera Gracia, Antonio. Erudito de la historia del Temple.

Gasión Carmona, Pedro. Por sus descubrimientos en tierras del Bajo Aragón (Teruel).

Giribets Martínez, Miguel; investigador de las culturas antiguas.

Gonzálvez Danés, Núria. Dama templaria de Lleida.

Mantecón, María Antonia. Escritora; presidenta del Fomento, de Gandía.

Marco Cuadrado, Pedro. Amante de la historia medieval, y estudioso de los enclaves sagrados.

Martí, Francis. Presidente de los caballeros templarias de Bagà (Barcelona).

Martrus, Josefina; quien tanto me apoyó para descubrir la Francia cátara.

Monge, Aurelio L.; director de "*Lo Racó del Temple*", de Miravet (Tarragona).

Palao Pons, Pedro. Escritor e investigador de la historia oculta.

Pàmies Mariné, Josep; investigador de la historia antigua y medieval.

Panisello Chavarria, Joan; maestro ceramista de Jesús/Tortosa; a quien le debo el haber descubierto las Tierras del Ebro.

Pellicer Ollés, Vicent; estudioso de los Puertos de Tortosa/Beceite.

Sanmartí Carrés, Rosa
Mª
, Toni Clarà, y Vila Gros, Teresa. De la *Fundado Labrum*, de Manresa.

Sarlat,
Mary-Su
. Dama templaria de Argentina.

Segarra Giner, Enrique; erudito de la villa de *Sant Mateu* (Castellón); paraíso soñado de Guilhelm Bélibaste y de innumerables colectivos cátaros que en ella encontraron refugio y felicidad ante la adversidad.

Serret Guardia, Octavio. Difusor de la cultura del Matarraña, desde

su Librería de *Vallderoures*, quien tanto me animó para que descubriera su comarca.

Sibís, Llàtzer; presidente del Consell Comarcal del Pallars Sobirà (Lleida).

Solsona Palma, Sergio; estudioso del esoterismo templario, desde su Maestrazgo turolense.

JESÚS ÁVILA GRANADOS (Granada, 1950). Periodista y escritor, lleva más de 40 años investigando las claves ocultas de la historia, y en especial todo aquello relacionado con las culturas marginales y olvidadas. Durante todo este tiempo, sus estudios e investigaciones le han llevado a recorrer más de 50 países y, fruto de sus viajes, ha publicado numerosos libros y reportajes. Además, es conferenciante, coordinador y director de congresos y simposios relacionados con temas esotéricos, autor de guiones tanto para televisiones españolas como francesas y dinamizador de proyectos culturales.

En dos ocasiones ha sido condecorado por el Consejo de Europa como mejor periodista del continente y ha recibido un centenar de premios, nacionales e internacionales, en reconocimiento por su labor en la proyección de los valores de los pueblos y las gentes.

En su labor de periodista, Jesús Ávila Granados colabora de forma habitual en revistas como *Historia* (National Geographic), *Más Allá*, *Año/Cero*, *Enigmas*, *Historia de Iberia Vieja*, *Fomento* o *Escuela*, así como en otros muchos medios de difusión nacional. En su labor de escritor, es autor de un total de 93 libros, entre los que destacan títulos como *Mazmorras que han hecho historia*, *La mitología templaria*, *La mitología cátara*, *La mitología celta*, *El libro negro de la historia de España*, *A través de la España oculta*, *Rutas de España*,

Templarios en las Tierras del Ebro, *Matarraña insólito*, *El último hereje*, *La otra historia de España*, *La Andalucía de los viajeros* o *La España inédita*.